

GOERING

Roger Manvell

Heinrich Fraenkel



Lectulandia

«El único que sabe realmente algo del Reichstag soy yo, ¡porque yo le prendí fuego!».

Hermann Goering —o Göring— es uno de los personajes más fascinantes del Tercer Reich. Jefe de la Luftwaffe y mariscal del Reich, consiguió hábilmente situarse como número dos del régimen nazi; su inteligencia y astucia llegarían a poner en serios aprietos a sus acusadores durante el proceso de Núremberg. Pero, por otro lado, Goering era un hedonista megalómano, adicto a la morfina. De carácter voluble y fanfarrón, era amante de los uniformes vistosos y las batas de seda, y, como buen excéntrico, tenía un león como animal doméstico.

Aunque Goering estaba más interesado en confiscar bienes ajenos —obras de arte, sobre todo— que en planificar asesinatos masivos, su incuestionable participación en los crímenes nazis le llevaría a ser condenado a morir en la horca, aunque conseguiría suicidarse en el último momento. Su profecía de que «en cincuenta o sesenta años habrá estatuas de Hermann Goering por toda Alemania» no se cumpliría.

Lectulandia

Roger Manvell & Heinrich Fraenkel

Goering

ePub r1.0

Rob_Cole 11.11.2015

Título original: *Goering*
Roger Manvell & Heinrich Fraenkel, 1962
Traducción: Xavier Riesco Riquelme
Retoque de cubierta: Rob_Cole

Editor digital: Rob_Cole
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

Hermann Goering ingirió veneno en su celda la noche del 15 de octubre de 1946, a poco más de una hora de que estuviera previsto que fuera conducido al cadalso erigido en el gimnasio de la cárcel de Núremberg. Murió por su propia mano para demostrar que seguía siendo el dueño de su destino, el último Napoleón del régimen nazi que se había defendido con tanta energía y habilidad frente al Tribunal Militar Internacional que finalmente lo condenó a muerte por ahorcamiento. Su culpabilidad, según la expresión de su sentencia, era «única en su enormidad».

Ni Heinrich Fraenkel ni yo comprendíamos verdaderamente a Goering cuando empezamos a investigar para esta biografía. Habíamos leído mucho sobre él en los muchos estudios sobre la historia del Tercer Reich, en las que aparecía como una especie de gigante inanimado que esperaba a cobrar vida al ser puesto al lado de la extraordinaria y muy estudiada personalidad de su amo, Hitler. Los intentos por resolver el enigma de este as de la aviación de la Primera Guerra Mundial que se convirtió en un exiliado y un drogadicto trastornado, este hombre al que Hitler no quería acoger otra vez en el movimiento nazi pero que se convirtió en el segundo nazi más importante del Reich, se hicieron unos pocos años después de la Segunda Guerra Mundial en la forma de las breves pero útiles biografías realizadas por Butler, Young y Frischauer. Pero desde entonces han aparecido una gran cantidad de nuevos datos, algunos ya publicados y otros inéditos, que hemos estudiado junto a los nuevos y a menudo sorprendentes testimonios que nos proporcionaron hombres y mujeres que, bajo diversas circunstancias, habían conocido bien a Goering y que ahora se sentían con más libertad para hablar de lo que habían sentido en el pasado, o que ahora hablaban por primera vez. Muchos de ellos revelaron hechos nuevos y de gran importancia.

Al principio, cuanto más descubríamos sobre Goering, más profundo se volvía el misterio de su personalidad. Un momento estábamos tratando con el esposo sencillo y devoto, el hombre que se arrodillaba para orar desbordado de emoción en la pequeña capilla privada en Estocolmo que pertenecía a la familia de su mujer de origen sueco, Carin, y al siguiente nos enfrentábamos a las pruebas que apuntaban al organizador despiadado de campañas para el uso de mano de obra esclava, para la extorsión y con el fin de causar la muerte en masa por inanición en los países ocupados por el Reich. El impulsor de algunas de las leyes de caza más justas y compasivas en Europa también puso su nombre en los decretos que crearon los campos de concentración donde, según admitió, inevitablemente tendrían lugar brutalidades. Esos hechos quizás fueran comprensibles en la extraña dicotomía de la mentalidad nazi, a la que sin duda la mayoría de nuestros lectores ya están acostumbrados. ¿Pero cómo se

puede reconciliar la infantil vanidad afeminada del hombre que, mientras recibía a sus invitados en la mansión llamada Carinhall, desaparecía una y otra vez para cambiarse y reaparecer vestido con todo tipo de trajes extravagantes y que solía llevar encima joyas de enorme tamaño, con el hombre astuto, brillante y valeroso que estaba dispuesto a plantar cara a sus acusadores en Núremberg y que a veces incluso les ganaba en el debate, aunque el suyo era uno de los peores casos que defender ante un tribunal en toda la historia?

En el cuerpo gordo y torpe de este hombre de humor brutal y alardes vulgares también existía un hombre de genuino conocimiento y de cierto gusto por las artes, un hombre que apreciaba los libros y de amplias lecturas, un hombre que durante varios años disfrutó de la compañía de diplomáticos y aristócratas, a los que encantó haciendo que dejaran constancia de homenajes a su persona como anfitrión y negociador. Hombres como Halifax y Henderson de Inglaterra, François-Poncet de Francia, Sumner Welles de los Estados Unidos y Dahlerus de Suecia, afirmaron que, en el momento de reunirse con Goering, quedaron convencidos de su sinceridad y probable buena voluntad. Sus dos esposas le eran devotas, y él a ellas.

Ningún testimonio que hayamos encontrado sobre Goering explica éstas y otras contradicciones en su naturaleza. Heinrich Fraenkel pasó más de dieciocho meses de investigación viajando por Alemania, reuniéndose con personas que habían conocido a Goering tanto en su vida pública como en la privada. Encontró a la viuda de Goering, *Frau Emmy Goering*, todavía convencida de la grandeza de su esposo y de su dedicación a Alemania, y todavía amargamente resentida por la forma en que Hitler lo trató al final de todo. Sin embargo, gracias a los hombres que tuvieron relación con él en su vida pública, Fraenkel obtuvo una visión más crítica del oportunismo de Goering: hombres como Franz von Papen, por ejemplo, o Hjalmar Schacht. Oficiales de alta graduación y asistentes de Goering en la Luftwaffe, especialmente Karl Bodenschatz, Erhard Milch, Adolf Galland y Bernd von Brauchitsch, le proporcionaron a Fraenkel una imagen completamente diferente, la del comandante que se vuelve más despiadado y arbitrario cuanto más caía en la abyección al enfrentarse a las obsesiones de Hitler. Que Goering temía desmesuradamente a Hitler durante los últimos años de la guerra es algo que ahora parece probado, así como que se retiró todo lo lejos que pudo de la devastación y las decepciones de una guerra ya perdida para disfrutar de los lujos que aún le quedaban y regodearse en las obras de arte y tesoros que había acumulado en Carinhall, la mansión que se convirtió en símbolo de su orgullo y su éxito, y que en su forma y estructura era tan excéntrica como el castillo de William Randolph Hearst en San Simeón.

Aun así, seguimos sin encontrar la explicación de la extraña mezcla en Goering de encanto y ferocidad, de devoción y crueldad, de arrojo físico y cobardía moral, de ansias de poder y abyección ante Hitler. ¿Era su mala salud, el problema glandular que causó su exceso de peso, una causa de sus inconsistencias? Fraenkel

estudió los detalles de sus hábitos personales con ayuda del testimonio de los hombres que habían atendido a Goering de una manera u otra, y en particular el de Robert Kropp, su ayuda de cámara desde 1933 hasta su encarcelamiento en Mondorf en 1945.

Entonces, ya a finales del periodo de investigación, un comentario fortuito en una conversación nos reveló la verdad sobre la drogadicción de Goering, despejando todos los rumores que había en Alemania durante su vida. Goering jamás se curó definitivamente de la adicción que adquiriría por primera vez en 1923, cuando se le recetó morfina para aliviar el dolor de las heridas que recibió durante el fracasado golpe de Estado de Múnich. Como otros aviadores de la Primera Guerra Mundial, estuvo al cuidado y bajo la observación del célebre profesor Kahle de Colonia, un especialista en adicciones. Este hecho fue confirmado por el personal del Sanatorio Kahle, que Fraenkel visitó y donde le fueron dados detalles sobre la drástica cura que Kahle le administraba periódicamente cuando había que eliminar los elementos tóxicos del sistema de Goering.

Entre los síntomas de la adicción a la morfina descritos por el Instituto Kahle se contaba una gran excitación del sistema nervioso, actividad excesiva de determinadas glándulas, efusiones de energía vital y vanidad anormal. Todo esto contribuyó mucho a explicar los extremos de comportamiento que tan a menudo describen aquéllos que conocieron a Goering.

Al mismo tiempo conocí en Estocolmo a uno de los especialistas que observaron a Goering durante el peor periodo de su adicción, en 1925, cuando su violencia lo hizo peligroso y hubo de ser confinado en el sanatorio de Langbro. Me aseguró que las facultades mentales de Goering no estaban disminuidas en absoluto, que su trastorno era causado por la excesiva cantidad de morfina que no podía evitar administrarse.

Nuestros contactos nos condujeron entonces a varios hombres y mujeres que habían conocido a Goering de niño, los más importantes de los cuales eran *Fräulein* Erna, *Fräulein* Fanny Graf y el eminente médico Hans Thirring, que nos contó la significativa relación que existía entre la madre de Goering y su padrino judío, *Ritter*^[*] von Epenstein, a resultado de la cual Goering pasó muchos años de su niñez y juventud en el castillo de Veldenstein, donde la familia Goering fue invitada a vivir mientras disfrutara del favor de ese hombre arbitrario y desagradable. Goering siempre se refirió a ese castillo como si hubiera pertenecido a su padre, pero Heinrich Ernst Goering en realidad vivía allí porque von Epenstein se lo permitía y al final la familia fue expulsada y tuvo que irse a vivir a Múnich en relativa pobreza. Más tarde, Goering no sólo heredaría Veldenstein de la viuda de Epenstein sino que poseería una mansión que superaría en mucho el esplendor de las grandezas provincianas de su juventud.

Esos y otros hechos comprobados empezaron a hacer más creíble el carácter de Goering; la violencia de sus motivaciones y la extravagancia y oportunismo de su

comportamiento se pueden comprender ahora con más claridad. Los excesos de su vanidad, en cualquier caso, eran debidos en cierta medida a su condición física. Pero incluso sus enemigos estaban dispuestos a concederle mérito por su habilidad como negociador, y el difunto lord Birkett, a quien consultamos sobre el comportamiento de Goering en Núremberg, comentó cómo «Goering había logrado dominar el proceso desde el principio». «Nadie», escribió lord Birkett en sus notas privadas, «parece que estuviera preparado para su inmensa habilidad, su conocimiento y su completo dominio y comprensión de cada detalle de los documentos capturados... Afable, astuto, perspicaz, capaz, ingenioso, veía al instante los elementos de la situación y según crecía su confianza, más evidente era su dominio».

Hemos cribado minuciosamente por primera vez todo el espectro de las pruebas sobre la personalidad y carrera de Goering y lo que ha emergido a la luz lo ha convertido en una persona más notable, compleja, fascinante y humana de lo que normalmente se piensa. No era simplemente el gallardo representante del hombre corriente según lo aceptaba mucha gente, el gángster político genial pero despiadado que consiguió que los nazis fueran socialmente aceptables para los diplomáticos. Era, de hecho, mucho más que eso; era astuto e inteligente, capaz de comprender y dominar una gran variedad de asuntos cuando se tomaba la molestia de hacerlo. Pero debido a su debilidad de carácter y carencia de valentía moral a menudo, especialmente en sus últimos años, tenía un ansia estúpida de poder, era fatuo hasta el punto de la megalomanía, se comportaba como un niño malcriado que sufría de delirios de grandeza y una incapacidad crónica para soportar aquellos hechos que le desagradaban o las consecuencias de su propio fracaso. Incluso durante el colapso final de Alemania continuó ampliando su fabulosa mansión de Carinhall, y su único logro notable al final de su carrera no fue en el campo de la política o de la guerra, sino en el de la vasta colección de obras de arte que reunió con toda la astucia, falta de escrúpulos y mente calculadora que habían caracterizado su servicio inicial a Hitler.

En este libro nos hemos concentrado en contar la historia de la vida y carrera de Goering como líder del partido nazi y posteriormente como segundo de Hitler en el Tercer Reich. La historia de este periodo en conjunto ha sido, por supuesto, contada ya muchas veces, de manera notable por el Dr. Alan Bullock, William L. Shirer y el profesor Trevor-Roper, y no forma parte de nuestro propósito repetir lo que ya se ha investigado de manera tan exhaustiva, excepto en forma resumida para dejar claras las motivaciones detrás de los actos y pensamientos de Goering.

En una reseña de nuestra anterior biografía de Goebbels, el profesor Trevor-Roper, tras generosos elogios dedicados al trabajo que habíamos hecho, se preguntaba si hombres como Goebbels se merecían que se dedicara tiempo a la investigación de sus vidas. Creemos que, aparte de la necesidad de conocer hasta donde sea posible las razones por las que los acontecimientos históricos se desarrollaron de la manera en que lo hicieron, los hechos sobre las personalidad y

vidas de los hombres que influyeron sobre ellos no dejan de tener valor e interés. El nazismo no fue solamente un factor en el pasado inmediato; fue una manifestación de la naturaleza humana, y puede volver a ocurrir en cualquier momento y en cualquier lugar. Ahora mismo está sucediendo en muchos países de África. Solo por esta razón siempre es saludable comprender cómo llegaron al poder hombres como Goebbels o Goering, y cómo se comportaron una vez que lo tuvieron en sus manos. No son únicos en la historia, ni tampoco tenemos razones para creer que serán los últimos de su especie en traer el sufrimiento a los pueblos que permiten que hombres así los gobiernen.

Nos gustaría expresar la deuda que hemos contraído con las muchas personas que nos han ayudado a entender a Goering y que nos han proporcionado datos sobre él. La lista de esas personas incluye, además de a *Frau* Emmy Goering y a aquellos amigos y compañeros de Goering que ya hemos mencionado, a otros miembros de su familia, al consejero legal de *Frau* Goering, el Dr. Justus Koch y al profesor Hans Thirring. Entre los expertos en arte que trabajaron para Goering consultamos especialmente al Dr. Bruno Lohse, el asesor personal de Goering en París, y a *Fräulein* Gisela Limberger, su bibliotecaria, que estaba a cargo de su colección de arte. También les estamos agradecido por su ayuda a Christopher Hibbert, el biógrafo de Mussolini, y a Denis Richards, historiador de la RAF. Los libros y archivos de la Biblioteca Weiner en Londres, del *Institut für Zeitgeschichte* en Múnich, del Centro de Documentación Americano en Berlín, del *Deutsches Staatsarchiv* en Potsdam y en el *Rijksinstituut voor Oorlog Documentarie* en Ámsterdam fueron puestos a nuestra disposición de la forma más generosa; en la Biblioteca Wiener recibimos especial ayuda por parte del Dr. L. Kahn y de las señoritas Ilse Wolf y G. Deak, en el *Institut* la recibimos de los doctores Hoch y Graml, en el *Deutsches Staatsarchiv* del profesor Helmut Loetzke y en el *Rijksinstituut* de los doctores Jong y van der Leeuw. Otras personas que nos ayudaron enormemente con el material de trasfondo fueron los doctores Ernst Hanfstaengl y Hans Streck. En Estocolmo, les estamos particularmente agradecidos a los doctores Vilhelm Scharp y Uno Lindgren y a las señoritas Maud Ekman e Inger Reimers. Finalmente, nos gustaría darle las gracias al señor M. H. Peters, que emprendió con paciencia y habilidad la formidable tarea de mecanografiar un manuscrito particularmente difícil.

R. M.

Pour le Mérite

Hermann Wilhelm Goering nació en el sanatorio de Marienbad en Rosenheim, Baviera, el 12 de enero de 1893. Era el segundo hijo del cónsul general alemán en Haití del segundo matrimonio. Tras sólo seis semanas, su madre lo dejó en Alemania y volvió rápidamente al lado de su marido; no volvería a ver a su hijo hasta pasados tres años. Para aquel entonces ya demostraba ser un niño terco y difícil.

En 1885 su padre, Ernst Heinrich Goering, un antiguo oficial de caballería que ahora era miembro del servicio consular alemán, se había casado en segundas nupcias a la edad de cuarenta y cinco años con Franziska Tiefenbrunn, una muchacha bávara de orígenes modestos. Ya había tenido cinco hijos con su anterior esposa. Su nuevo matrimonio tuvo lugar en Londres, adonde Bismarck le había enviado para que estudiara los métodos ingleses de administración colonial antes de poner a Goering a cargo del difícil y hostil territorio alemán en el suroeste de África, e hizo bien su trabajo, tratando a los caciques africanos con tacto y diplomacia. Al cabo de cinco años había conseguido que el área fuera segura para el comercio alemán y fue, en ese sentido, el fundador de la colonia. Mientras estuvo allí se ganó la amistad de Cecil Rhodes y también se convirtió en amigo del Dr. Hermann Epenstein. A su regreso a Alemania, se presentó voluntario para otro puesto en ultramar y fue nombrado cónsul general en Haití.

Para cuando Hermann fue concebido, Franziska, que necesitó toda la reciedumbre de su herencia bávara y austríaca para poder llevar esa vida en constante movimiento y en condiciones inhóspitas y duras, ya había dado a luz a tres hijos: Karl, Olga y Paula. Poco antes del nacimiento de su cuarto hijo, salió de Haití y volvió a casa sola. Cuando regresó a Haití, dejó al bebé de seis semanas en Fürth, Baviera, en manos de una amiga de la familia, *Frau Graf*, cuyas hijas se convirtieron en las compañeras de juegos de Hermann y al que mucho tiempo después lo recordarían como un niño guapo y de carácter testarudo.

Cuando el niño tenía tres años, su padre regresó a Alemania para jubilarse. Uno de los primeros recuerdos de Hermann Goering era la forma en que expresó su resentimiento hacia su madre golpeándola en la cara cuando ésta intentó abrazar a su hijo tras una prolongada ausencia. Franziska se disgustó muchísimo^[1].

La familia se reunió en Berlín y durante los cinco años siguientes vivió en la Fregestrasse en Friedenau, un tranquilo barrio residencial de la capital. Durante ese

tiempo, la ambición infantil de Hermann era llegar a ser oficial del ejército alemán, y a la edad de cinco años su padre le regaló un uniforme de húsar. Más tarde le gustaría recordar cómo de pequeño le pedía al criado de la familia que le trajera las espadas y gorras pertenecientes a los invitados militares de su padre para admirarlas mientras yacía en la cama por la noche.

Epenstein, el amigo de Heinrich Goering en África y, como luego se demostraría, amigo en particular de su esposa Franziska, también se había asentado finalmente en Alemania. En contraste con Heinrich Goering, que tenía comparativamente poco dinero aparte de su pensión estatal para mantener a su familia de cinco hijos, Epenstein era un soltero muy rico. Podía permitirse sus caprichos, entre los cuales se contó el dejar que Hermann, junto con sus hermanos y hermanas, se convirtieran en sus ahijados.

Un hombre dominante, Epenstein era estricto a la hora de exigir que se le diera el grado apropiado de respeto. Perdía los estribos si sus invitados llegaban siquiera un minuto tarde a las comidas. Era pequeño, cetrino y gordo, obsesionado con el sentido de clase, aunque su padre no había sido más que un cirujano militar en Berlín. Le gustaba fingir que su padre había sido cirujano de la casa real, y había adquirido su título de caballero mediante donaciones a las manos adecuadas. Su amigo de toda la vida era el doctor Thirring, cuyos dos hijos se contarían más tarde entre sus muchos ahijados; uno de ellos, el profesor Hans Thirring, se convertiría en un distinguido médico.

Epenstein siguió soltero, viajando mucho y disfrutando de la vida. Ejerció poco de médico, aunque atendió a Franziska en África cuando dio a luz a su primer hijo. Cuando decidió asentarse, fue el Dr. Thirring el que le encontró el castillo de Mauterndorf, en Austria, no lejos de la frontera con Baviera. Epenstein se gastó una gran cantidad de dinero en restaurar y amueblar el castillo, recreando en él la pesada y pomposa atmósfera de medievalismo alemán que tanto estimularía la joven imaginación de su ahijado Hermann. Después de que Heinrich Goering hubiera regresado a Alemania, Epenstein compró un segundo castillo más pequeño llamado Veldenstein, a veinticinco kilómetros de Núremberg; ofreció esta nueva propiedad, que era una casa construida sobre las ruinas de una antigua fortaleza franca del siglo XI, a la familia Goering como hogar. Aquí se asentó finalmente Hermann Goering con su hermano mayor, sus dos hermanas y su hermano menor, Albert.

Veldenstein siempre fue para él la sede familiar. Mientras que el mundo de su padre representaba a Prusia con su etiqueta militarista, sus rigurosos uniformes, sus pomposos desfiles y sus recuerdos de Bismarck, el rico mundo de su padrino representaba la Alemania medieval. Sus castillos románticos le dieron una primera visión de esplendor medieval en el magnífico escenario de las montañas bávaras y excitaron en él el deseo de un poder feudal que jamás le abandonaría. Siempre fue empecinado y caprichoso, dominando a sus hermanos y hermanas mayores y haciendo gala de un instinto agresivo a la primera señal de cualquier oposición o

limitación impuesta. Vivía al aire libre tanto como podía, con sus ojos puestos en las oscuras laderas de coníferas que se extendían hacia los Alpes y que ya de niño anhelaba escalar.

En Veldenstein, Franziska, la madre de Goering, vivía como la amante de Epenstein. Su esposo anciano y complaciente tuvo que aceptar la situación en términos humillantes. Epenstein se reservaba el mejor dormitorio de la mansión para él, mientras que Franziska dormía en una habitación no menos lujosa situada convenientemente cerca. Heinrich Goering no era admitido en esa parte de la casa; tenía que dormir en el piso bajo. Cuando la familia visitaba a Epenstein en Mauterndorf, el padre de Hermann se alojaba en una casa separada del castillo. Se contentaba, o eso fingía, con la dignidad que le quedaba por su título de ministro Residente que se le había concedido junto con el cargo de gobernador colonial. (Posteriormente, su hijo siempre se referiría a él como «el ministro *presidente*^[*]»). En su edad proveya, encontró algo de consuelo en la bebida y en jugar a los bolos, y ejercía poco o ningún control sobre su segunda familia de hijos jóvenes. Franziska seguiría siendo la amante de Epenstein durante unos quince años; quizás fue irónico entonces que la relación se rompiera justo antes de la muerte de Heinrich Goering.

Oficialmente, Epenstein era cristiano, habiendo sido bautizado en su infancia. Pero era de familia y apariencia judía, y su nombre aparecía en el «*Semi-Gotha*» de aquel tiempo, un volumen que registraba todas las familias con títulos y de ascendencia judía. Era un hombre al que le gustaba ser considerado el benefactor de muchos niños, a los que animaba a tratarle de «padrino». No sólo disfrutaron de este privilegio los cinco hijos de la familia Goering, sino también los dos hijos del Dr. Thirring. Solía escribir extensas cartas a sus amigos sobre cómo educar a sus hijos, cómo casar bien a sus hijas y cómo invertir su dinero.

No es difícil ver el efecto que tuvo esta situación sobre Hermann Goering de niño. Su padre se convirtió en una nulidad que vivía de los recuerdos de su pasado servicio a Alemania; su padrino se convirtió en el símbolo de poder y riquezas hacia las que se veía instintivamente atraído, aunque ya a una edad relativamente temprana debió empezar a molestarle la situación en la que Epenstein había puesto a su madre.

En su biografía autorizada, escrita por Gritzbach y publicada cuando Goering estaba en el poder, se aseguraba que de niño azuzaba su perro contra los judíos locales para demostrar su innato sentido de la integridad racial; pero ésta era una de las leyendas nazis que la mayoría de los jefes imponían a sus biógrafos. Hermann, sin embargo, sí que era lo suficientemente terco y malcriado para hacer exactamente lo que quería. En lugar de disciplina y autoridad, sólo encontró indulgencia, ya que la relación de sus padres no tenía ninguna base de afecto o respeto. Era el favorito de su padre y lo sabía. En una ocasión, antes de que supiera leer, robó un telegrama dirigido a su padre mientras éste estaba fuera y luego se lo entregó ya abierto a su vuelta. «*Ich bin doch Papas Liebling!*», solía decir. «¡Soy el favorito de papá!».

Desde el principio, Hermann se oponía rotundamente a la idea de asistir a un

internado. Suspendió en su primera escuela, en Fürth, a la que fue enviado en 1900, alojándose con uno de los profesores. Era temperamental y difícil de controlar, y siempre estaba dando órdenes a sus compañeros en sus ansias por jugar a los soldados. En casa, como cualquier otro niño, formaba a sus soldaditos de plomo, pero añadía dramatismo a sus juegos apilando alfombras para crear montañas para sus maniobras y usando espejos para aumentar las dimensiones de sus fuerzas. Las historias sobre la Guerra de los Bóers eran comunes en aquel entonces, y las simpatías naturales de los alemanes como nación en conjunto estaban con los bóers y no con los ingleses. Su padre le regaló un uniforme bóer con pantalones cortos caquis y sombrero de ala ancha, y lo llevaba con orgullo cuando estaba lejos de la escuela, jugando a ser un general de los bóers. Sus compañeros le temían como luchador.

A la edad de once años fue enviado a un internado en Ansbach, que su padre había elegido al azar de una lista por orden alfabético. Al principio odió estar allí; la disciplina era estricta y la comida mala. Para ese entonces ya comenzaba a apreciar la buena comida, y la *Rindfleisch*^[*] que le daban todos los días le asqueaba. Organizó una protesta entre sus compañeros. Luego envió su ropa de cama a casa en un pulcro paquete y unas pocas horas más tarde apareció en persona, tras haber vendido un violín por diez marcos para pagarse el viaje. Se le dijo que tenía que volver, pero se negó con tanta tozudez que sus padres cedieron al final. Según su propia versión de la historia, tiempo después, cuando llegó a la etapa en la que ya no podía soportar más la disciplina y las restricciones de Ansbach, se acostó en su cama y no volvió a levantarse desafiando los esfuerzos de médicos y profesores hasta que le concedieron permiso para marcharse. Una vez en Valdenstein, creía que el éxito de su desafío era una señal de su heroísmo natural, el derecho por nacimiento de un niño cuyos antepasados, como su padre siempre le contaba, habían representado un papel en la grandeza de la historia de Alemania. Sabía muy bien para ese entonces que su tatarabuelo, Michael Christian Goering, había sido *Commissarius Loci*, una especie de ministro de economía regional para Federico el Grande de Prusia. Goering recordaría a ese antepasado con orgullo cuando él mismo se convirtió en *Commissarius* para toda la Alemania nazi.

Mientras tanto, el único liderazgo que podía ejercer era sobre los niños que había a su alrededor. Más tarde, en su madurez, se reiría al recordar cómo solía golpear en la cabeza a todo niño que desafiara su autoridad. Afirmaba que primero defendía y luego asediaba el castillo de Veldenstein, animando a sus compañeros a que demostraran su destreza y valor mientras escalaba los muros arriesgando su vida. El castillo en ruinas inspiraba su imaginación romántica. Cuando tenía ocho años, mientras contemplaba el paisaje rural desde la torre del castillo, tuvo una visión de carros romanos con guerreros empenachados que atravesaban el valle que tenía debajo. Corrió a contárselo a su madre y hermana, pero ellas sólo se rieron de él. Ese aspecto espectacular de la historia era el que le atraía. Le fascinaban las leyendas teutónicas, como la saga de los Nibelungos, y los héroes de la historia alemana, como

Carlomagno y Federico el Grande. Su único interés por los libros consistía en que proveyeran su imaginación con imágenes de caballería. Más adelante haría que trazaran para él un árbol genealógico ficticio de su familia que la enlazara directamente con Federico el Grande, Carlomagno y Santa Isabel de Hungría, y pasaba el tiempo pregonando esas leyendas sobre su persona entre los psiquiatras que tenían la tarea de evaluarle en las celdas de la cárcel de Núremberg.

Durante las vacaciones escolares, la sangre del joven Goering se despertaba a la vista de las montañas, y mientras aún era un niño se convirtió en un experto alpinista. Sin saber casi nada de la materia, persuadió a su cuñado y a un amigo para que lo llevaran al Grossglockner un pico de 3700 metros. Insistió en que intentaran el ascenso por la ruta más difícil del noroeste. Empezaron la ascensión al alba, subiendo asidero a asidero hasta que el sol matutino calentó sus rostros en la primera cumbre del Teufelshorn, el Cuerno del Diablo. Ahora tenían que recorrer una abrupta cresta que conducía directamente al pico del Grossglockner. Encordados, avanzaron lentamente con una garganta a un lado de cerca de ochocientos metros y por el otro de casi un kilómetro sobre el glaciar del Glockner-Kars. Alcanzaron la cima, pero durante el descenso el muchacho casi pierde la vida. Al intentar una hazaña más allá de sus capacidades, se hubiera precipitado al vacío si su cuñado no hubiera interpuesto su cuerpo para detener su caída.

Se dice que a los quince años, cuando escalaba una de las paredes de la cadena del Schwarzberg, se dislocó el hombro al balancear su cuerpo para auparse a una hendidura, y luego tras colocarse él mismo el brazo en su sitio, continuó la escalada pese al dolor^[2]. Daba la impresión de ser temerario en extremo, y las historias sobre su desprecio al peligro crecían. Hubo una ocasión, en los Alpes austríacos, en la que se encontró con una avalancha. Se quedó tan impresionado por el espectáculo de rocas que se estrellaban y masas de nieve en movimiento que no se percató del pánico entre los que le acompañaban. En otra ocasión, estaba en una barca con unos amigos cuando la embarcación empezó a ser arrastrada hacia una catarata. Según la versión que contaba Goering, les gritó a sus compañeros que dejaran de comportarse como idiotas, que si iban a morir, no era para ponerse así. Goering creía entonces, y esa creencia le acompañó en su vida adulta, que nada podía hacerle daño. Era, de manera bastante literal, insensible al peligro físico.

Leyendas o no, éstas son las historias heroicas que envuelven su juventud y que reforzaban su indisciplina y falta de autocontrol^[3]. No hay lugar a dudas, sin embargo, sobre su arrojo y resistencia física en sus años de juventud, y ambas cosas justificaron que su padre y Epenstein lo enviaran a una academia militar a la edad de doce años, la Escuela de Cadetes de Karlsruhe en Baden. Allí, en opinión de esos hombres, le enseñarían disciplina de una vez. Y allí, lo cual en el fondo no es tan extraño, fue donde Hermann Goering encontró al fin una escuela apropiada para héroes. Su hermana Paula y las hermanas Graf, que le llevaban unos tres años, asistían a un colegio privado para señoritas también en Karlsruhe. Un día, cuando

tenía quince años, la directora del colegio, *Fräulein* Grüber, le invitó a almorzar para que visitara a su hermana y amigas. Llegó erguido y gallardo en su uniforme y le entregó a la directora un gran ramillete de lilas, entrechocando los talones y besándole la mano. Las muchachas se quedaron de lo más impresionadas hasta que averiguaron, cuando las llevó a una *Konditorei*, que no le quedaba dinero para pagar los dulces que se habían comido.

A la edad de dieciséis años, Goering fue a la escuela de entrenamiento militar en Lichterfelde, cerca de Berlín. La vida social en esa academia era más cercana a sus gustos; por las noches disfrutaba en compañía del que posteriormente afirmaría que era el más selecto de los *Kadettenkorps*, al cual, naturalmente, pertenecía; y por el día respondía positivamente a la disciplina de cuadros y a los uniformes que tanto excitaban su imaginación infantil. Superó con éxito sus estudios y dejó la academia con las más altas distinciones. En marzo de 1912 fue asignado al Regimiento Príncipe Guillermo, el 112 de Infantería, cuyo cuartel general estaba sito en Mullhouse. Tenía diecinueve años. Goering asumió su estatus de oficial con orgullo convencional: «Si estalla la guerra, podéis estar seguros de que daré una buena imagen y estaré a la altura del apellido Goering», le dijo a su familia y amigos cuando se reunieron para admirarle en su nuevo uniforme.

Fue al año siguiente, 1913, cuando los Goering rompieron definitivamente con Epenstein y tuvieron que marcharse de Valdenstein. La relación entre Epenstein y Franziska se había agotado y acabó convirtiéndose en una serie de tediosas peleas con el anciano. La situación se volvió imposible y Heinrich Goering se vio obligado a trasladar a su familia a Múnich. Moriría casi inmediatamente después, y se celebró un imponente funeral en el *Waldfriedhof* (cementerio) de Múnich. Goering luchó por controlarse, pero estalló repentinamente y abiertamente en lágrimas mientras estaba de pie en uniforme al lado de la tumba de su padre.

En Mullhouse se había habituado a la rutina de una vida militar que todavía seguía profundamente anclada en las tradiciones de Federico el Grande, pero dedicaba al alpinismo todo momento en que estuviera libre de sus obligaciones. Su mejor amigo era un colega oficial, el teniente Bruno Loerzer, con quien mantendría el contacto durante toda su vida. Tanto él como Loerzer seguían destinados a Mullhouse cuando estalló la guerra en agosto de 1914. Mullhouse era una guarnición de frontera en la Alsacia alemana, a poco más de un kilómetro de la frontera con Francia, y el regimiento de Goering fue movilizado inmediatamente y destinado detrás del Rin. Su primera oportunidad de aventuras llegó cuando la sección que estaba bajo su mando fue enviada a reconocer las posiciones enemigas. Las avanzadillas francesas ya estaban penetrando en territorio Alemán y habían ocupado Mullhouse. El teniente Goering y sus hombres cruzaron el Rin hacia Mullhouse en tren blindado. Goering pronto se olvidó de las limitaciones de sus órdenes cuando oyó por los exaltados civiles que los franceses estaban ocupando el ayuntamiento. Fue directamente hacia allí y encontró que los franceses ya no estaban en posesión del edificio, destrozó los

carteles que habían puesto declarando que la ciudad estaba bajo la ley marcial francesa y luego salió en persecución de los invasores. Al final, tras haber intercambiado disparos con los franceses, Goering regresó a su base con cuatro caballos de dragones franceses como muestra de su iniciativa en acción.

Al día siguiente, el dominio sobre Mullhouse sufrió un desafío más serio. Una vez más, el teniente Goering disfrutó de su propia escaramuza personal. Equipó a su sección con bicicletas y al amanecer su patrulla de siete hombres pedaleaba por la carretera que les era familiar hacia la ciudad que antes fuera su base. Sus primeros encuentros con los puestos avanzados franceses tuvieron un éxito ligeramente excesivo, y con el arrojo ardiendo en los corazones, atravesaron rápidamente las afueras de la población hasta que pasaron por debajo de los puentes del ferrocarril, que de hecho estaban en posesión de los franceses, y se internaron pedaleando en el corazón de la ciudad, donde el enemigo imponía una ocupación completa. Una vez allí, Goering no tardó en requisar un caballo. Tenía intención de capturar al general francés Paul Pau cargando repentinamente en medio de los hombres que rodeaban a éste, para subirlo sobre la silla y volver galopando a las líneas alemanas. Pero el plan salió mal: uno de sus soldados perdió la calma y disparó su fusil antes de tiempo. Goering y su sección dieron media vuelta en sus bicicletas y, con los pies haciendo girar apresuradamente los pedales, huyeron a toda velocidad hacia su cuartel general, a donde llegaron sin aliento pero indemnes. Goering nunca superó esa ocasión perdida de dar un comienzo espectacular a su guerra. Pero inmediatamente se le asignó otra tarea, y esa misma tarde se encontró en lo alto del campanario de la iglesia de Illzach con los franceses entrando en las calles del pueblo. La sección escapó con algunos prisioneros franceses.

Goering se convirtió en un experimentado oficial subalterno y en las campañas siguientes todo lo que sufrió fue un ataque de reumatismo debido a la humedad de la guerra de trincheras. Fue enviado a un hospital en Friburgo. Mientras tanto, su amigo el teniente Bruno Loerzer fue trasladado a un centro de formación aeronáutica en la misma ciudad, y sus historias llenaron de envidia al inválido convaleciente. Goering pronto se sintió lo suficientemente repuesto para visitar la academia de vuelo, aunque desde luego, no lo suficiente para volver a las húmedas trincheras. Solicitó un traslado oficial, que fue rechazado inmediatamente. Pero Goering no se desanimó. Cuando Loerzer terminó su formación, un nuevo observador le acompañaba en los cielos. Goering se había trasladado él solo y por su cuenta, arriesgándose a las consecuencias. De hecho, en realidad fue indultado cuando el tribunal militar le condenó a tres semanas de arresto en los barracones. La sentencia jamás se cumplió, debido a que, gracias a la nebulosa organización de la fuerza aérea, para cuando debía hacerse efectiva Goering y Loerzer ya habían sido asignados como equipo al xxv Destacamento Aéreo del Quinto Ejército del Príncipe Guillermo... aunque parece ser que tuvieron que robar un avión para poder unirse al destacamento.

Su principal tarea era el reconocimiento. Goering, que tenía que fotografiar y

dibujar las posiciones enemigas y los emplazamientos de la artillería, estaba en su elemento. Su habilidad y precisión se hicieron famosas. Con base ahora en Stenay, en el noreste de Francia, fotografió la cadena de fortificaciones que rodeaban Verdún. Con Loerzer volando bajo, disparaba con su pistola contra los hombres en tierra. Luego volaban sobre las posiciones enemigas, guiando y dirigiendo el bombardeo de artillería. El príncipe heredero otorgó a Goering y Loerzer la Cruz de Hierro de primera clase por su trabajo. La tarea de fotografiar desde esos primitivos aeroplanos era extremadamente difícil y peligrosa, y Goering tenía que inclinar el cuerpo por fuera de la carlinga, aguantándose con sus recias piernas de alpinista contra el otro lado de su asiento, ya que el ala inferior impedía tener una visión directa del terreno que había debajo. Se estiraba por fuera del avión, sosteniendo la pesada cámara y exponiendo placa tras placa con la lente apuntando verticalmente hacia el suelo.

Esa fue la ocupación de Goering durante la primavera de 1915. Al poco tiempo aprendía Morse para poder enviar mensajes a la base. Se dice que su primer mensaje a un comandante de batería en tierra fue: «¡Pueden dejar de disparar; no le darían al puñetero blanco de todas formas!». El comentario ni siquiera estaba cifrado. Otra de sus hazañas ocurrió con ocasión de un ataque aéreo francés contra el cuartel general del príncipe en Stenay, que coincidió con una visita de la princesa Cecilia a su esposo. El ataque fue efectivo, y Goering y Loerzer fueron enviados solos con órdenes de vengar el honor del príncipe. Goering disparó contra un avión francés con su pistola y dejó caer sus pequeñas pero efectivas bombas (llamadas «ratones de aviador») sobre los hangares del aeródromo francés. Fue ese ataque el que se dice que le inspiró la idea de llevar una ametralladora improvisada en el avión. Fue el primer aviador alemán en hacer tal cosa.

Cuando entraron en servicio mejores aeronaves alemanas, en particular el Aviatik, Goering sintió la necesidad de pilotar su propio aparato. No hay duda de que disfrutaba ejercitando su habilidad como observador, y también del control especial que le daba sobre el trabajo de oficiales que le superaban en rango. Sabía que dependían de él para que les guiara mientras volaba sobre sus cabezas, evaluando la posición como un general al mando y transmitiendo sus «instrucciones» a tierra. Él y Loerzer asistieron a conferencias de Estado Mayor que normalmente hubieran estado vedadas para hombres de tan poco rango... pero sus consejos eran oídos y las fotografías que habían tomado necesitaban su interpretación experta. De esta forma, Goering llegó a ser conocido por el príncipe Federico Guillermo. A Goering no le llevó mucho tiempo darse cuenta de que el futuro de la guerra para él estaba en el aire, y que era necesario que se convirtiera en piloto. Volvió a la academia de vuelo de Friburgo, donde obtuvo sus alas en un tiempo récord y se jactaba de que nunca había estrellado un aparato. En octubre de 1915 se convirtió en un *Jagdflieger*, un «piloto de caza» o piloto de combate. Goering y Loerzer eran miembros del *Jagdstaffel* 5, una sección de la nueva flota de aviones bimotores que Alemania estaba poniendo en el aire en el frente occidental.

Los ingleses acababan de poner en el aire el bombardero Handley-Page para cubrir las necesidades de la cambiante estrategia en guerra aérea. Un brumoso día de noviembre el nuevo piloto vio un gigante negro volando frente a él, y sin pensarlo se lanzó en picado para verlo más de cerca y, si era posible, derribar la aeronave con sus ametralladoras. Estaba solo; no había hecho caso, a diferencia de sus compañeros, al hecho de que había aviones de combate ingleses en las cercanías. Goering atacó, maravillándose del tamaño del aparato, con las miras puestas en la cola y la sección central del avión. Neutralizó a un artillero y luego al otro, ya que la maniobrabilidad de su máquina era muy superior a la del Handley-Page. Hizo que uno de sus motores estallara en llamas. Y repentinamente se vio bajo el fuego de un enjambre de cazas Sopwith que descendieron sobre él, virando y dando vueltas a su alrededor. Su motor resultó alcanzado y su depósito agujereado por las balas, luego Goering fue herido y sus sentidos comenzaron a abandonarle mientras su máquina también se calaba y perdía potencia. Con el combustible vertiéndose en la carlinga, Goering hizo todo lo que pudo para controlar el aparato, que ahora caía hacia las líneas enemigas y pronto estaría al alcance de las ametralladoras en tierra. Los cazas habían desaparecido, pero su avión descendía girando entre nieblas y nubes. Fue el fuego de ametralladora procedente de tierra el que le sacudió para que reaccionara. Elevó el morro del avión y volvió en vuelo rasante a territorio alemán con lo que le quedaba de combustible antes de hacer un aterrizaje forzoso en el cementerio de una iglesia que era usada como hospital. Fue operado de una herida grave en la cadera por la que fácilmente hubiera podido desangrarse de no haber habido manos expertas inmediatamente disponibles. Se contaron dieciséis agujeros de bala en el fuselaje de su avión.

Goering estuvo inmovilizado cerca de un año. Mientras se recuperaba tuvo su primer asunto amoroso registrado, con una muchacha llamada Marianne Mauser, la bella hija de un granjero acomodado cerca de Mauterndorf. Sus padres eran gentes de posición mediocre, pero aun así no permitieron que la joven pareja llegara al punto del compromiso matrimonial. *Herr* Mauser consideró el asunto sagazmente: un aviador podía ser una figura romántica, pero su esperanza de vida, desafortunadamente, era corta.

Mientras Goering se recuperaba lentamente, el nuevo concepto de «as del aire» iba creándose en los frentes. El piloto de combate que se enfrentaba a la muerte en un mortífero duelo de ingenio con hombres tan resistentes y hábiles como él mismo, que vuela por encima del lodo y la degradación de la guerra en tierra, se convirtió en el nuevo héroe cuya foto acaparaba toda la publicidad. Los nombres de Richthofen y Udet se convirtieron en objetos de admiración tanto entre los alemanes como los Aliados, porque sus hazañas o las de sus camaradas se convertían en noticias apasionantes. Loerzer fue nombrado comandante del Escuadrón 26, con base en Mullhouse, donde Goering se reunió con él tras ser dado de alta del hospital en 1916. En Aachen, un día soleado, Loerzer salvó la vida de Goering cuando tenía encima a tres aviones franceses; una vez más consiguió aterrizar a duras penas con el aparato

lleno de agujeros de bala y el tren de aterrizaje destrozado. Pero Goering había hecho lo mismo por Loerzer en una ocasión anterior. Así era la vertiginosa guerra en el aire, de decisiones rápidas y de una camaradería basada en la confianza en la pericia mutua.

Hacia 1917, la reputación de Goering como piloto de combate ya estaba plenamente establecida. Además de la Cruz de Hierro, le serían concedidas la León de Zaehring con espadas, la Orden Karl-Friedrich y la Medalla Hohenzollern con espadas de tercera clase, todo eso antes de su condecoración final, la *Pour le Mérite*. En mayo fue puesto al mando del Escuadrón 27, que necesitaba una mejora en su moral. Ahora Goering era responsable tanto de la administración como de la estrategia; tenía que mostrar un liderazgo inspirador. Se puso manos a la obra inmediatamente para reforzar el escuadrón, trabajando día y noche para asegurar la eficiencia, primero en tierra y luego en el aire, del mismo. Ese verano, los dos escuadrones, el 26 y el 27, operaron conjuntamente, volando desde el mismo aeródromo en el frente de Flandes, Isegham, cerca de Ypres. Los ataques aéreos contra los Aliados se convirtieron en una ofensiva importante; el escuadrón de Goering en particular tenía que ayudar en la protección de los demás aviones, atrayendo hacia ellos el fuego enemigo. Los Aliados, mientras tanto, redoblaron sus esfuerzos en el aire y los alemanes contestaron formando grandes escuadrones combinados llamados *Jagdeschwader* (escuadrones de caza) que equivalían a cuatro de las otras formaciones; el primero de esos escuadrones estaba bajo el mando de Manfred von Richthofen. Goering y Loerzer se contaban entre los pilotos cuyos escuadrones fueron combinados para crear la tercera de esas formaciones de gran tamaño.

Según se desarrollaba la ofensiva final de marzo de 1918, Goering fue reconocido como un oficial excepcional cuyo liderazgo tenía un efecto vigorizante entre hombres cuya moral flaqueaba. Se le trasladaba a cualquier área donde se estuvieran experimentando dificultades de ese tipo. La vida en el aire era breve y llena de riesgos. Después de abril, cuando Richthofen murió en combate, su promoción fue rápida. Una mañana de mayo, cuando Goering estaba en la carlinga a punto de despegar en una misión, su edecán vino corriendo hacia el aeroplano agitando un papel en la mano. Sobreponiéndose al rugido de los motores, gritó que el Emperador le había concedido a Goering la medalla *Pour le Mérite*. Ésa era la máxima condecoración que podía otorgarse; no se concedía por una única acción de valentía excepcional, sino por haber mostrado valor continuamente en combate^[4].

El capitán Reinhardt, un célebre piloto, fue elegido para suceder a Richthofen como nuevo comandante del escuadrón. También él murió un día de mayo, mientras probaba un nuevo avión que Goering en persona acababa de pilotar. Fue entonces, el 7 de julio, cuando Goering fue elegido para comandar el famoso escuadrón de Richthofen, ahora seriamente mermado. El 14 de julio, el día que asumió el mando, los hombres desfilaron para conocerle. Karl Bodenschatz, en su libro *Jagd in*

Flanders Himmel comenta lo duro que parecía. «Se podía ver en sus movimientos y en su forma de hablar». El teniente Von Wedel lo presentó a los hombres y Goering replicó «en un tono de voz extrañamente insistente», con palabras informales y sin preparar. Dijo que era un honor especial el ser nombrado comandante de una unidad como aquélla, y habló de los hombres que habían muerto para que la fama y el espíritu del escuadrón fueran los que eran, un espíritu que todos tendrían que tener presente en los terribles días venideros. Entonces el teniente Bodenschatz, como edecán, le entregó a Goering el distintivo de Richthofen, el bastón fabricado para el aviador más famoso de Alemania por un artesano llamado Holzapfel, gesto que tanto había agradado a Richthofen que había conservado el bastón a su lado hasta el día que murió. Reinhardt había tenido el bastón sólo cuatro semanas.

El 17 de julio Goering envió su primer informe oficial, en el que escribió:

Los monoplazas ingleses siguen siendo tan efectivos como siempre, pero los cazas franceses rara vez penetran más allá de la línea del frente; normalmente evitan los encuentros serios. Por otro lado, los biplazas franceses suelen aparecer en formación cerrada, llevando a cabo sus bombardeos implacablemente y a baja altura. Para ese fin suelen emplear bimotores Caudron cuyo blindaje resiste nuestra munición. Yo mismo, al atacar un Caudron a corta distancia el 15.7.19, malgasté casi toda mi munición; el Caudron simplemente siguió volando, ignorándome por completo. Habría que atacar a esas máquinas bien armadas y blindadas con artillería antiaérea. Al volar en formación cerrada ofrecen un buen blanco para nuestro fuego antiaéreo... Muchos [de nuestros pilotos] tienen que despegar hasta cinco veces al día. A largo plazo, ni los hombres ni las máquinas podrán soportar ese desgaste... La falta de comunicación telefónica directa entre escuadrones y grupos de combate se añade a nuestras dificultades. Es imperativo que se completen nuevas líneas telefónicas.

Al día siguiente Goering se cobró su vigésimo segundo avión aliado, un Spad que derribó a primera hora de la mañana. Informó de manera resumida:

A las 8.15 atacé a varios Spad. Obligué a uno de ellos a descender y, tras algo de barrena, lo derribé. Cayó en los bosques de Bandry.

Ésa fue la última victoria personal de Goering. Pese a los tiempos que corrían, se fue de permiso («bien merecido», según Bodenschatz) el 26 de julio, dejando al teniente Lothar von Richthofen, el hermano de Manfred, al mando del escuadrón. Goering no volvería hasta el 22 de agosto.

El *Geschwader*, según afirmó Bodenschatz, derribó unos quinientos aviones de

los aliados durante sus nueve meses de existencia, pero hacia finales de septiembre el número de hombres y oficiales había quedado muy menguado: cincuenta y tres oficiales, incluyendo personal médico y administrativo, y 473 suboficiales y soldados. La meteorología era mala. «Los rasgos del teniente Goering se endurecen», comentó Bodenschatz. Pero el final de la guerra estaba a la vista. En tierra, el ejército alemán estaba en retirada, y según el verano se iba convirtiendo en otoño, la Fuerza Aérea Inglesa derribaba más y más pilotos de Goering.

En noviembre, durante los últimos días de la guerra, el tiempo era malo y las noticias peores. Circulaban rumores de que el Káiser iba a abdicar, que había disturbios en Berlín, que la Marina se había amotinado; se decía incluso que los soldados disparaban contra sus oficiales. El 9 de noviembre, Goering reunió a sus oficiales y les urgió a que fueran tan leales los unos a los otros en esos días difíciles como lo habían sido en combate, y que lucharan hasta el final.

El periodo del 7 al 9 de noviembre fue testigo de desórdenes cada vez mayores. Los informes de Goering, según los registró Bodenschatz, dejan constancia del hecho. El 7 de noviembre había grandes combates al este del Mosa, y el avance de los Aliados obligó a Goering a replegar a sus hombres y equipo al aeródromo al oeste de Tellancourt, donde las condiciones en tierra eran malas para los despegues y aterrizajes. El tiempo lluvioso impedía volar, y los informes de Goering eran escuetos y formales.

... de noviembre. Nos instalamos en el aeródromo de Tellancourt. Llovizna, cielos muy encapotados.

... de noviembre. Tiempo desfavorable. No pasó gran cosa. Preparándonos para la retirada.

Durante tres días de noviembre, los 9, 10 y 11, Goering recibió muchas instrucciones contradictorias de un alto mando indeciso. La atmósfera de capitulación le resultaba odiosa a un hombre de su temperamento, que tan recientemente había ganado el mérito supremo y cuyo escuadrón, pese a las crueles pérdidas y los reemplazos sin instrucción completa, había sido responsable de grandes actos de valentía y notables éxitos en el aire, hasta que se vio inmovilizado en el suelo de forma tan injustificable (como le parecía a este joven comandante de veinticinco años cuya fotografía estaba a la venta para el público alemán como héroe de guerra). Le llegaban instrucciones dispares: tenía que rendir sus aviones a los americanos, tenía que llevar a sus hombres y máquinas a Darmstadt.

El 10 de noviembre el tiempo seguía haciendo imposible el vuelo, y la agonía de la espera se prolongaba:

... de noviembre. Por orden del comandante de la Fuerza Aérea del Quinto

Ejército, los aeroplanos deberán volar a Darmstadt, el equipo más valioso será enviado por transporte de carretera... en dos columnas de ocho camiones cada una. Las tiendas y unas cuantas máquinas inútiles se quedarán en Tellancourt. Los hombres se desplazarán parte en camión y parte a pie para ejercitarse. Los suministros de comida son adecuados.

Entonces, el 11 de noviembre, llegó la noticia oficial del armisticio y se detuvo la evacuación. Bodenschatz escribe sobre el extraño silencio que se abatió sobre la campaña. Goering convocó a sus hombres y les dijo que jamás se rendiría a los Aliados; continuaría con la evacuación hacia Darmstadt. Bodenschatz fue puesto a cargo de los camiones y los pilotos despegaron pese a la llegada de un oficial del Estado Mayor con órdenes de que el escuadrón pusiera sus aviones a disposición de los franceses en Estrasburgo. Al principio Goering se negó de plano; si había que hacerlo, dijo, entonces que lo hiciera otro. Al final, unos pocos aparatos volaron a Estrasburgo, donde sus pilotos los inutilizaron en aterrizajes forzosos deliberados como último acto de desafío al enemigo.

En la confusión, algunos de los pilotos de Goering equivocaron su ruta y aterrizaron en Mannheim, que era uno de los lugares donde las asambleas de soldados y trabajadores, en revuelta activa contra la autoridad que quedaba, habían tomado el aeropuerto. Al aterrizar, los pilotos fueron desarmados y enviados a Darmstadt por carretera. Cuando llegaron e informaron de lo ocurrido, Goering se puso furioso. Volvió a poner a todo el escuadrón en el aire y voló la poca distancia que había hasta Mannheim, donde, mientras los oficiales privados de sus armas aterrizaban, Goering y el resto de sus pilotos sobrevolaban en círculos el aeródromo. Los oficiales en tierra entregaron un ultimátum a la asamblea de soldados y trabajadores que decía que a menos que las armas robadas les fueran devueltas inmediatamente y se les permitiera volver a despegar sin impedimentos, su comandante, el teniente Goering, ametrallaría el aeródromo. Se devolvió apresuradamente sus armas a los pilotos y volvieron a reunirse con su escuadrón en el aire. Entonces Goering voló de vuelta a Darmstadt y ordenó a aquellos que podían hacerlo que estrellaran sus aviones.

El informe final de Goering sobre el día del armisticio es un homenaje formal a su escuadrón.

... de noviembre. Armisticio. El escuadrón vuela a Darmstadt con mal tiempo. Niebla. Desde su fundación, el *Geschwader* ha derribado 644 aviones enemigos. Las muertes por acción enemiga alcanzan un total de 56 oficiales y suboficiales pilotos, 6 soldados. 52 oficiales y suboficiales heridos, 7 soldados.

Hermann Goering
Teniente O. C.
Geschwader.

Goering fue desmovilizado, con el rango honorario de capitán, en la antigua ciudad bávara de Aschaffenburg, a unos cincuenta kilómetros de Frankfurt. Allí, según parece, se alojó en la villa del director gerente de la Buntpapier A. G., una compañía de fabricación de papel, y la disolución real del *Geschwader* tuvo lugar en el patio de las instalaciones de la compañía donde se guardaba el equipaje de los oficiales antes de enviarlo a sus casas. Goering y sus oficiales pasaban la mayor parte del tiempo en el Stiftskeller, el mejor restaurante y lugar para beber de la ciudad. Estaban decididos a mantenerse juntos tanto tiempo como pudieran. El 19 de noviembre Goering dijo finalmente adiós, y descubrió su don como orador en un discurso que pronunció en el Stiftskeller. Habló de la historia y los logros del famoso escuadrón Richthofen, de los amargos tiempos que Alemania ahora debía soportar, y del vergonzoso comportamiento del pueblo alemán en su actitud hacia aquellos que, como oficiales, se habían sacrificado por su país. Se sentía indignado por la revuelta de los soldados contra la autoridad, y por el apoyo que las asambleas de soldados recibían en muchas partes de Alemania. «Ha comenzado la nueva lucha por la libertad, los principios, la moral y la patria», dijo. «Tendremos que recorrer un camino largo y difícil, pero la verdad será nuestra luz. Debemos estar orgullosos de esta verdad y de lo que hemos hecho. Debemos pensar en ello. Nuestra hora volverá a llegar». Brindó por el Richthofen *Geschwader*; bebieron solemnemente y luego rompieron sus vasos contra el suelo.

En el exterior, se congregaban en las calles muchedumbres de civiles y exsoldados para insultar a los oficiales, que, según creían ahora, habían traicionado a Alemania y sacrificado las vidas de sus hombres para ganar condecoraciones del tipo que el emperador había otorgado a Goering. Se dice que Goering fue asaltado en la calle y que con dificultad consiguió evitar que la turba le arrancara las medallas de la pechera. Se quedó en Aschaffenburg hasta principios de diciembre y entonces, sin beneficios ni pensión, se trasladó a Múnich, donde vivía su madre. Para él estaba claro que debía labrarse su propia carrera en el mundo.

En Múnich, en un principio fue muy afortunado. Durante la guerra había dado un tratamiento generoso a un prisionero de guerra, el capitán Frank Beaumont, un piloto del *Royal Flying Corps*, que había hecho un aterrizaje forzoso en un aparato averiado tras destruir dos aviones de combate alemanes en el aire. Formaba parte del credo de Goering el admirar a un buen enemigo, e hizo todo lo posible por evitar que el ejército se llevara al capitán Beaumont; habló con él largamente sobre la profesión de volar, algo de lo que los dos eran grandes entusiastas. Goering descubrió entonces que el capitán Beaumont, que hablaba alemán con fluidez, estaba destinado en Múnich con la responsabilidad de preparar el camino para la disolución de la fuerza aérea alemana. Goering se presentó junto con Ernst Udet y fue bien recibido. De hecho, durante unas cuantas semanas, hasta que Múnich se caldeó demasiado políticamente hablando para que Goering pudiera quedarse, Beaumont actuó como anfitrión de Goering y Udet, pagando la pasada amabilidad de éstos con una largueza

tal que los dos hombres pudieron vivir bien mientras pensaban qué hacer^[5]. Mientras tanto, su compromiso no oficial con *Fräulein* Mauser quedó olvidado. *Herr* Mauser le escribió a Goering: «¿Qué tiene usted ahora que pueda ofrecer a mi hija?». La respuesta telegráfica de Goering fue: «Nada».

Durante esas semanas inmediatamente posteriores al final de la guerra, Goering se encontró inmerso en un nuevo mundo completamente ajeno a él. Era un oficial prusiano cuya única preparación para la vida era su formación militar y el sentido de casta inspirado por su padre, así como las tradiciones representadas por su vida de niño en los castillos del sur. Ahora era un desempleado de veinticinco años en busca de trabajo. Políticamente, Alemania se había convertido en una especie de anarquía donde las turbas imponían la ley, debido a la debilidad del gobierno apresuradamente constituido para formular un tratado de paz. En Múnich, el trono de Baviera se derrumbó y se proclamó una república el 8 de noviembre, pocos días antes del armisticio. Guillermo II, el Emperador de Alemania, había huido a Holanda, y el general Ludendorff, jefe del Estado Mayor, también había desaparecido. La clase trabajadora alemana se había vuelto contra los hombres que percibían como responsables de la guerra, y los soldados que continuaban en uniforme consideraban que sus oficiales eran unos traidores. En Berlín y en otras cuantas ciudades alemanas se proclamó oficialmente una revolución socialista.

Los oficiales, mientras tanto, se agruparon para defender su casta. Organizaron los llamados *Freikorps*, «los cuerpos libres» de voluntarios, en un intento por mantener la existencia del ejército alemán. En diciembre Goering asistió a una reunión de oficiales en la Sala Filarmónica de Berlín en la que habló el nuevo ministro de la Guerra prusiano, el general Walter Reinhardt, instando al público que abarrotaba el lugar a apoyar al nuevo gobierno y a obedecer sus órdenes de que los oficiales abandonaran las insignias tradicionales de su rango y reemplazaran sus charreteras por galones en las mangas de sus chaquetas. El propio general llevaba sus tres galones; sus charreteras y medallas habían desaparecido.

Cuando Reinhardt estaba a punto de concluir la reunión, Goering se levantó en medio de los asistentes. Llevaba su uniforme completo, con sus charreteras plateadas, las estrellas de su nuevo rango y la *Pour le Mérite* bien destacada entre sus medallas y condecoraciones. Se subió al estrado diciendo, «le pido perdón, señor». La gran reunión de oficiales quedó en silencio. Goering había descubierto su habilidad como orador en Aschaffenburg; ahora, como uno de los oficiales jóvenes más famoso de toda Alemania, se sentía obligado a decir lo que pensaba. Empezó así:

Suponía, señor, que como ministro de la Guerra, aparecería hoy aquí. Pero esperaba ver una banda negra en su manga que simbolizara su más profundo pesar por la atrocidad que se propone infligirnos. En vez de la banda negra, lleva usted galones azules en su brazo. ¡Creo, señor, que hubiera sido más apropiado que llevara galones rojos!

Los oficiales rompieron en un aplauso, pero Goering levantó la mano pidiendo silencio y continuó hablando.

Nosotros, los oficiales, hemos cumplido con nuestro deber durante cuatro largos años... y arriesgamos nuestros cuerpos por la patria. Ahora hemos vuelto a casa... ¡y cómo nos tratan! Escupen sobre nosotros y nos quitan todo aquello que nos enorgullecía llevar. Y esto os digo, que el pueblo no es el culpable de esa conducta. El pueblo fue nuestro camarada, el camarada de cada uno de nosotros, sin reparar en condiciones sociales, durante cuatro agotadores años de guerra... Los únicos culpables son los que han manipulado al pueblo, esos hombres que apuñalaron por la espalda a nuestro glorioso ejército a costa del pueblo. Y por tanto os imploro que abriguéis el odio en vosotros, un odio profundo y duradero hacia esos animales que han humillado al pueblo alemán... Pero llegará el día en que los expulsaremos de nuestra Alemania. Preparaos para ese día. Armaos para ese día. Trabajad para que llegue ese día^[6].

Entonces Goering abandonó la sala, negándose a seguir sirviendo en un ejército que estaba dispuesto a obedecer las degradantes órdenes del gobierno republicano.

Ahora quería una sola cosa, dar la espalda a la humillación del ejército. Su oportunidad llegó a través de la industria aeronáutica alemana, que pese a todo seguía en funcionamiento. Goering conocía a los fabricantes de aviones, ya que cuando era un as de la aviación los había visitado a menudo y probado sus máquinas. Ahora se dispuso a hacer una demostración del Fokker F7 en Copenhague y a la vuelta le regalaron el avión. Voló con el aparato al aeropuerto de Kastrop y allí hizo exhibiciones aéreas para el público. Hacía acrobacias aéreas y hacía vuelos cortos llevando pasajeros a cincuenta coronas el viaje. De esta forma ganaba dinero suficiente y vivía bien en un hotel. Su magnífico historial militar, que era un problema en casa, era una ventaja social en Dinamarca. Se quedaría en ese país la mayor parte de 1919, viviendo la buena vida tanto como se lo permitían sus ingresos, y las mujeres disfrutaban de su compañía. Volaba de día y flirteaba de noche.

El comportamiento de Goering en Dinamarca no siempre fue ejemplar, pero era guapo y sin compromiso, un hombre útil y atractivo para agraciarse la mesa de una anfitriona. Una de sus anfitrionas, sin embargo, sufrió mucho su falta de modales y autocontrol el día que se hicieron públicos los términos del Tratado de Versalles, cuando en medio de una cena a la que asistían veinte o más invitados, gritó: «¡Llegará el día que volveremos para escribir otro tratado!». Al final, él mismo arruinó su vida social en Dinamarca, y una mujer casada de la cual estaba enamorado hizo todo lo posible para convencerle de que dejara el país para irse a Suecia^[7].

Goering tenía la ambición de obtener una posición oficial en el mundo de la

aviación. Las acrobacias aéreas ponían a prueba su valor, pero su forma de vida apenas si era apropiada para un soldado y aspirante a caballero. Oyó que se iba a establecer una línea aérea civil en Suecia, y en 1920, tras unos contactos preliminares, logró obtener un puesto de piloto para la Svensk-Lufftrafik. Antes de eso, durante un periodo en el que su avión estuvo fuera de servicio debido a daños en el tren de aterrizaje, se ganó la vida haciendo vuelos de exhibición y acrobacias cerca de Estocolmo. Goering fomentaba la leyenda de que su avión era el mismo que había pilotado como comandante del escuadrón Richthofen; la publicidad era buena para el negocio. También ganaba algún dinero en Estocolmo como representante de la compañía Heinicken de paracaídas, que se abrían automáticamente cuando el piloto saltaba del aparato.

Goering, como piloto de larga experiencia, recibía con frecuencia encargos para llevar a hombres de negocios y otros pasajeros en viajes privados. Uno de esos vuelos con particulares sería un acontecimiento importante en su vida. Una tarde de invierno de 1920, el conde Eric von Rosen, un explorador famoso y aventurero, llegó al aeródromo y pidió que le llevaran en un vuelo corto a su hacienda de Rockelstad en el lago Baven, cerca de Sparreholm. Nevaba, y le parecía que un vuelo, aunque extremadamente arriesgado, era la forma más rápida de llegar a casa. Le gustaba la idea de la aventura de volar entre la nieve, si había un piloto lo suficientemente valiente para atreverse a correr el riesgo. Goering estaba más que dispuesto a realizar el viaje en la hora o dos de luz diurna que quedaban. Tras perder momentáneamente el rumbo mientras el avión daba bandazos y rozaba árboles y colinas, al final aterrizaron en el hielo del lago Baven, cerca del castillo Rockelstad. El conde von Rosen estaba muy mareado por el viaje. Era demasiado tarde para que Goering regresara, y aceptó la invitación de Rosen y su esposa para pasar la noche en el castillo.

La residencia de los Rosen era para Goering, una vez más, un hogar que podía tratar con respeto. La atmósfera medieval le recordaba los castillos de su juventud en Alemania. Pasó la mirada por las armaduras, los trofeos de caza y las reliquias de expediciones, los cuadros que eran señal de buen gusto y las tradiciones de una familia de abolengo. Había un gran oso disecado en posición amenazadora que el propio conde había capturado a la verdadera usanza vikinga. Después de un baño y una bebida caliente, los congelados aeronautas sintieron cómo la vida volvía a ellos junto a un gran fuego de troncos.

Mientras Goering permanecía frente a los leños ardientes, debió percatarse de la esvástica grabada en el herraje que rodeaba la chimenea. Probablemente fuera la primera vez que veía el emblema^[8]. Frente a la chimenea estaba la gran escalera que conducía al salón. Goering levantó la vista y al instante su atención quedó fijada en la visión de una mujer que descendía por la escalera hacia él: era hermosa. El conde se la presentó como la hermana de su mujer, la baronesa Carin von Kantzow, que se alojaba con ellos en el castillo.

Goering tenía veintisiete años. Durante la velada, mientras observaba a esa alta mujer cinco años mayor que él, empezó a enamorarse de ella. Haber descendido de los cielos llenos de nieve a ese magnífico castillo junto a un lago helado ya era bastante romántico. Y ahora, envuelto en calidez y confort, con el fuerte licor agitando la sangre en sus venas, la sensación de amor romántico creció en él, un amor que no se parecía a las alegres aventuras y amoríos de las ciudades. La hermana mayor de Carin, la condesa von Wilamowitz-Moellendorff, en su biografía de Carin, afirma que Goering experimentó un flechazo a primera vista. Él y la familia permanecieron despiertos la mitad de la noche, cantando canciones populares suecas y alemanas con el acompañamiento de la guitarra de von Rosen.

Carin von Kantzow era una mujer maternal y muy hogareña; era de temperamento sentimental, infeliz, se había distanciado de su marido y estaba lista para responder al tipo de amor idealizado que Goering estaba dispuesto a ofrecerle. No gozaba de una salud robusta. No cabía la posibilidad, teniendo en cuenta las circunstancias, de otra forma de amor que no fuera una basada en la devoción romántica, ya que Carin era vigilada de cerca por su hermana y su cuñado, así como por sus padres, y tenía un hijo de ocho años, Thomas, al que amaba muchísimo. Su marido, Nils von Kantzow, con quien llevaba diez años casada, era un oficial del ejército y había sido agregado militar sueco en París.

Para cuando Goering pudo marcharse del castillo, ya le había pedido a Carin que se reuniera con él en Estocolmo. Se acordó que él la visitaría en la casa de sus padres. Su padre, el barón Karl von Fock era, como su marido, un oficial del ejército sueco; su madre, la baronesa Huldini Beamish-Fock, era una inglesa cuya familia vivía en Irlanda y cuyo padre había servido en el regimiento Coldstream. Su hermana Fanny había estado casada con un oficial alemán, el conde Richard von Wilamowitz-Moellendorff, que murió en la guerra. Las simpatías de Carin estaban completamente de parte de Alemania, como simbolizaban su cuñado y ahora el apuesto héroe de guerra alemán que, según empezaba a darse cuenta Carin, estaba perdidamente enamorado de ella.

Carin era, por inclinación natural y educación, sentimentalmente religiosa. Su madre mantenía una cofradía cristiana para mujeres centrada en su residencia. Esta hermandad femenina, llamada la Sociedad Edelweiss, había sido creada por la abuela de Carin, la señora Beamish, que se había ido a vivir a Suecia tras quedar viuda. La señora Beamish había muerto el 25 de diciembre de 1895 y su hija, la baronesa, le había prometido que mantendría la sociedad con el mismo espíritu.

La Sociedad Edelweiss tenía su propia capilla, una construcción pequeña en el reducido jardín amurallado detrás de la residencia familiar en Greve-Ture-Gatan. La capilla, como la sociedad, todavía sobrevivía a la hora de escribir este libro con la actual condesa von Rosen como su hermana superiora. Sus reuniones se celebraban, y continuaron haciéndolo, en días laborables, cuando los miembros se reunían para orar y tocar música. La capilla sólo puede contener a un número muy reducido de

personas. El sol que entra a raudales por sus ventanales la hace luminosa y alegre; el suelo está bellamente alfombrado y está amueblada con antigüedades. Hay cuatro reclinatorios frente al diminuto presbiterio con su altar. Está en medio de un jardín amurallado adornado con estatuas religiosas. Esta capilla posteriormente contendría terribles recuerdos para Goering, pero por ahora le parecía, bajo la influencia de Carin, como una revelación de paz espiritual y belleza.

La pequeña capilla en el jardín y la hermandad unida por la oración bajo el emblema de una flor estaban hasta cierto punto influidas por el florido misticismo que estaba en boga a finales del siglo XIX, el misticismo que afectó a muchos poetas de la época, y especialmente al irlandés W. B. Yeats. Una de las hermanas, la princesa María Isabel zu Wied, publicó en 1937 un libro inspirado en esta fe llamado *La Vida Interior*. Su dedicatoria dice: «A Hermann Göring, con amistad y gratitud^[9]».

Goering, impresionable, solitario y enamorado de Carin, se vio atraído al culto de la Capilla Edelweiss. Escribió una carta sentimental a la baronesa en un sueco imperfecto:

Me gustaría agradecerle con todo mi corazón el hermoso momento que me fue dado pasar en la Capilla Edelweiss. No tiene idea de cómo me sentí en esa atmósfera maravillosa. Era tan tranquila, tan encantadora, que me olvidé de todo el ruido y las preocupaciones terrenales y me sentí como transportado a otro mundo. Cerré los ojos y absorbí la atmósfera límpida y celestial que llenaba toda la sala. Era como un nadador descansando en una isla solitaria antes de volver a lanzarse a las feroces corrientes de la vida. Se lo agradecí a Dios y oré con calidez.

La azarosa vida de piloto ya no tenía el mismo atractivo para Goering. Quería casarse con Carin y volver a Alemania. Pero se interponían muchos obstáculos entre los dos, entre los cuales estaba su falta de trabajo fijo y la actitud poco favorable de Carin y su familia a la idea del divorcio. Decidió que debía volver a casa para prepararse para una vida diferente a la del soldado o la del piloto. A principios del verano de 1921 dejó a Carin en Suecia y regresó a Múnich, donde su madre seguía viviendo. Allí se matriculó a la edad de veintiocho años como estudiante de la universidad, en ciencias políticas. Carin, mientras tanto, visitó a *Frau* Goering en Múnich, y como resultado finalmente se decidió a pedirle el divorcio a su marido. Nils von Kantzow se comportó con la mayor generosidad y le dio dinero a su esposa junto con su libertad. Esto permitió a Carin y Goering casarse y establecer un hogar en Alemania. La boda tuvo lugar en Múnich el 3 de febrero de 1922. El primer hogar de los Goering fue un pabellón de caza en Hochkreuth, en los Alpes Bávaros, cerca de Bayrischzell, a unos ochenta kilómetros de Múnich, y allí fue donde pasaron su luna de miel.

Tanto él como ella eran ardientes nacionalistas. Goering necesitaba poca

incitación ya fuera en la universidad, donde era un estudiante desganado, o en cualquier otra parte, para expresarse violentamente contra la República de Weimar y asistir a mítines nacionalistas donde se vilipendiaba al gobierno. También estaba el Tratado de Versalles, que le dolía como una desgracia nacional. Desde la guerra, Alemania había pasado por un periodo de crisis, revolución y colapso económico, todo debido al odio revanchista de sus enemigos y a la traición de su propio gobierno. Eso era lo que pensaba Goering.

El periodo en que Goering había estado volando en Escandinavia fue el mismo durante el cual Adolf Hitler había estado organizando a su vez el partido nazi, el NSDAP (*Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán). Hacia 1922, cuando Goering se encontró con Hitler por primera vez, éste había formado las SA (*Sturmabteilung*), su fuerza de tropas de asalto, que usaba como fuerzas de seguridad en sus mítines políticos y para provocar disturbios en los mítines de otros partidos. Tenía su base en Múnich. El gobierno regional bávaro era tolerante y débil; debió emprender acciones para desbandar a esos perturbadores de la misma forma que los *Freikorps* de posguerra fueron desbandados. Pero los ataques de las SA contra los comunistas no eran mal vistos por el gobierno bávaro; en las calles ocurrían con frecuencia batallas enconadas. Nadie que viviera en Múnich podía ignorar a Hitler hacia 1922.

Durante la defensa de Goering en los juicios de Núremberg, proporcionaría este relato de cómo él y Hitler se conocieron en el otoño de aquel año^[10]:

Un día, un domingo de noviembre u octubre de 1922, la exigencia de extradición contra nuestros líderes militares saltó al primer plano otra vez con ocasión de una manifestación de protesta en Múnich. Acudí a esa manifestación de protesta como espectador, sin tener ninguna conexión con ella. Allí hablaron varios oradores de diferentes partidos y organizaciones. Allí pidieron que hablara Hitler. Había oído su nombre mencionado brevemente con anterioridad y quería oír lo que tenía que decir. Rehusó hablar, y fue pura casualidad que me encontrara lo suficientemente cerca para oír las razones de su negativa... Consideraba inútil lanzar protestas sin ninguna fuerza que las respaldara. Eso me causó una profunda impresión, ya que yo era de la misma opinión.

Inquirí, y averigüé que Hitler celebraba una asamblea todos los lunes por la noche. Fui allí, y Hitler habló sobre aquella manifestación, sobre Versalles y sobre el rechazo al tratado. Dijo que una protesta tiene éxito sólo si está respaldada por el poder para darle fuerza. Si Alemania no se volvía fuerte, ese tipo de cosas carecía de sentido. Su convicción hablaba palabra por palabra como si procediera de mi propia alma.

En uno de los días siguientes fui a la oficina del NSDAP. Al principio sólo quería hablar con él para ver si podía ayudarme de alguna manera. Me recibió

enseguida y después de que me presentara dijo que era un extraordinario giro del destino el que nos hubiéramos conocido. Al instante empezamos a hablar de las cosas que ocupaban nuestros pensamientos; la derrota de nuestra patria... Versalles. Le dije que yo y todo lo que poseía estábamos completamente a su disposición para esta causa esencial e importantísima: la lucha contra el Tratado de Versalles.

Hitler habló largamente sobre su programa y luego le ofreció a Goering una posición en el partido nazi.

Llevaba tiempo buscando un líder que se hubiera distinguido de alguna forma durante la última guerra, de forma que tuviera la autoridad necesaria. Ahora le parecía un golpe de suerte que yo en particular, el último comandante del escuadrón Richthofen, me pusiera a su disposición. Le dije que no me sería muy agradable tener un puesto de dirigente desde el principio porque parecería que había venido al partido simplemente por el puesto. Finalmente llegamos a un acuerdo: Durante dos meses permanecería oficialmente en segundo plano, y sólo asumiría el liderazgo después de ese tiempo, pero en realidad quería hacer sentir mi influencia de inmediato. Accedí a ese compromiso y de esa manera uní fuerzas con Adolf Hitler.

Así fue como Goering, complacido consigo mismo, se unió al partido nazi y a la edad de veintinueve años volvió a tener aquello que más deseaba: estar al mando de hombres.

Fracaso y exilio

Para Goering el mando de las tropas de asalto, que siguiendo su propia sugerencia no asumió formalmente hasta dos meses después, se convirtió en una tarea absorbente. En sus propias palabras:

Al principio era importante hacer de las SA una organización estable, disciplinarla y convertirla en una unidad de absoluta confianza que llevara a cabo las órdenes que yo o Hitler le diéramos... Desde el principio luché para atraer a las SA a aquellos miembros del partido que fueran lo suficientemente jóvenes e idealistas para dedicar su tiempo libre y todas sus energías a la organización... En segundo lugar, intenté encontrar reclutas entre los obreros^[11].

Se necesitaban esos hombres para los combates callejeros organizados y como fuerza ofensiva en las reuniones políticas de Hitler. Goering era el hombre ideal para levantar la moral. Tal y como lo dijo el propio Hitler, al recordar los principios de su relación:

Me gustaba. Lo convertí en el jefe de mis SA. Fue el único de sus jefes que dirigió las SA de la forma apropiada. Le di una turba indisciplinada. Al poco tiempo había organizado una división de once mil hombres^[12].

Desde el mismísimo principio de esta extraordinaria relación, Hitler, el cabo en gabardina, ejerció un poder absoluto sobre Goering, el afamado comandante del Escuadrón Richthofen. Hitler no procedía de buena familia, ni había tenido una buena educación; durante años había vivido en la miseria, incapaz de resolver el problema de ganarse la vida de la forma más básica. En el ejército, donde había sido un *Meldegänger* o correo para oficiales, había obtenido un galón y nada más. Pero ahora estaba obsesionado con la necesidad de obtener poder político, y su don para el debate y la agitación lo habían convertido en el amo indiscutido de Goering. Parecían una pareja de lo más improbable, pero cada uno de ellos tenía la percepción para reconocer las ventajas que el otro podía proporcionarle. Goering ofreció a Hitler los servicios de un oficial y caballero de fortuna. Hitler le ofreció a Goering la

oportunidad de convertirse en un revolucionario activo y de agitar un puño ensangrentado al grito de «¡Al infierno con Versalles!».

Goering se trajo a Carin de las montañas a Múnich, y se establecieron en una nueva casa en la zona de Obermenzing. Amueblaron su pequeño hogar lo mejor que pudieron y pronto se convirtió en lugar de reunión para los miembros permanentes del nuevo partido. Carin conoció a Hitler y asistió al primer gran desfile en el Marzfeld [el Campo de Marte, literalmente] de Múnich, el 28 de enero de 1923. Le caía bien Hitler, que sabía cómo encandilar a las mujeres, y muy pronto los Goering ofrecían su hospitalidad al líder y sus amigos, personas como Rudolf Hess, que también había sido piloto en la Fuerza Aérea; Alfred Rosenberg, al que llamaban filósofo, un báltico-germano de Riga que había huido a Alemania durante la Revolución Rusa tras haber vivido en Moscú y se había convertido en un furibundo anticomunista, y el capitán Ernest Roehm, un soldado profesional de treinta y seis años que todavía seguía en el ejército; aunque no era miembro de la casta de la oficialidad por nacimiento. Durante la guerra, Roehm había entablado contacto con el general Ludendorff, el último jefe de Estado Mayor del Ejército Alemán. Aparte de Rosenberg, todos esos hombres eran militaristas, lo que los convertía en una compañía apropiada para Goering, aunque no tanto para su aristocrática esposa.

Roehm, en particular, era útil por la gran cantidad de amistades que tenía en los círculos militares, y había hecho mucho por aumentar el número de voluntarios para las SA. De hecho, veía en las SA el núcleo de un ejército secreto que acabaría reemplazando finalmente al Reichswehr, las fuerzas de defensa de la República, que consistían principalmente en el ejército y que el Tratado de Versalles había limitado supuestamente a 100 000 hombres. Este homosexual de cuello grueso, era un hombre capaz que consideraba a Goering más un rival que un aliado. Pero Hitler, que ya empezaba a practicar su política de divide y vencerás, reconoció en Goering un freno apropiado para las energías indisciplinadas de Roehm, a quien concedió el altisonante título de Jefe de Estado Mayor mientras que Goering era el comandante real de las SA.

Carin, la baronesa de esmerada educación y tendencias místicas, debió contemplar con un cierto asombro a esos hombres que entraban y salían de su casa a todas horas y que hablaban hasta quedarse roncos, comparados con los compañeros que había tenido durante su vida protegida en Estocolmo. Pero Hermann estaba claramente en su elemento, y contaba con la gran ayuda de la cuenta bancaria de su esposa en Suiza. Carin estaba decidida a que su esposo sirviera lo mejor que fuera capaz a su país, que ahora también era el de ella. Por encima de todo, ella, como su marido, aceptaba el genio de Hitler sin discusión, y escuchaba los interminables debates en los que se atacaba invariablemente el comportamiento de la nueva democracia representada por la República de Weimar y el tratamiento de Alemania a manos de los Aliados tras la derrota, junto con los judíos y los comunistas, que eran considerados como los poderosos instigadores de la humillación y el sufrimiento de

Alemania.

Para demostrar lo serio de sus intenciones, tanto Hess como Goering acudieron a la Universidad de Múnich y asistieron, según Ernst Hanfstaengl, que los conoció durante ese periodo, a cursos de conferencias sobre la guerra de liberación alemana contra Napoleón, impartidas por el historiador Karl Alexander von Müller^[13]. Hanfstaengl, que encontraba entretenida la compañía de Goering, aunque fuera «un completo *condottiere*, el perfecto soldado de fortuna», dice que éste también tenía un cierto desprecio irónico por los bávaros provincianos que rodeaban en ese entonces a Hitler; intentó reafirmar su origen familiar llevando monóculo. Hitler aparentemente le devolvió el cumplido cuando Goering no estaba presente, haciendo mofa de los devotos «cariños» que Carin profesaba continuamente a Goering. Y, sin embargo, Hanfstaengl consideraba a Goering una persona atractiva e inteligente, con un fondo de sentido común mucho más amplio que el de los demás nazis.

Las SA eran uno de los muchos refugios semimilitares para los soldados expulsados del ejército durante los años posteriores a la guerra. Originariamente, muchos de ellos se unieron al movimiento *Freikorps*, que fue tolerado deliberadamente por los Aliados tras la disolución formal del Ejército Imperial, debido al miedo al poder comunista en Alemania y al fervor revolucionario de la Unión Soviética. El movimiento *Freikorps* era la respuesta de la derecha a la izquierda tanto dentro como fuera de Alemania; estaba organizado a nivel regional de manera privada y financiado por los ricos para oponerse al gobierno izquierdista. Sin embargo, los *Freikorps* pronto se convirtieron en bandas de saqueadores indisciplinados, repudiados por los Aliados y la República de Weimar. Eran una fuente ideal de reclutas para los nazis, que a su vez eran unos saqueadores. Los *Freikorps* siempre habían actuado como inspiración para Hitler; según Goering y Reitlinger, tomó de ellos la bandera con la esvástica, las camisas pardas y lo que se convertiría en el saludo hitleriano. También tomó de ellos a Roehm, que era uno de los líderes de los *Freikorps* después de la guerra.

Cuando finalmente los Aliados impusieron el desarme de los *Freikorps*, Hitler convirtió inmediatamente lo que era a todo los efectos su propio movimiento de *Freikorps* en una organización «deportiva»; posteriormente la rebautizaría como *Sturmabteilung* o las SA, que como hemos visto era el nombre que ya tenía cuando Goering se puso al mando de ésta. Mientras Roehm quería vincular las SA con el «Reichswehr Negro», el ejército complementario y encubierto apoyado secretamente por la República de Weimar, Hitler quería retener las SA para sí mismo, actuando como guardaespaldas y fuerza propagandística para el desarrollo de la agitación política dirigida contra la República de Weimar y la izquierda alemana. Solo por esta razón, Goering era, desde el punto de vista de Hitler, un comandante más adecuado para las SA que Roehm.

Durante 1923, Goering trabajó en la reorganización de las SA, que crecieron rápidamente en número hasta tal punto que incluso el gobierno de derechas de

Baviera empezó a preocuparse. Hitler, aunque seguía siendo un revolucionario aficionado, sabía que en esta etapa de complicaciones y caos en la política alemana no era lo suficientemente poderoso para liderar una rebelión a escala nacional; necesitaba aliados que compartieran lo suficiente sus puntos de vista para trabajar con él y a los cuales pudiera dominar al final por la fuerza de su personalidad. Por esta razón, 1923 fue para él un año de negociaciones extenuantes y en su mayor parte fracasadas, en las que Goering estuvo estrechamente implicado, mientras que al mismo tiempo las SA eran disciplinadas y recibían instrucción al estilo militar en los bosques a las afueras de Múnich. El gobierno bávaro, siempre en la incertidumbre en cuanto a sus relaciones con Hitler, se posicionó, pese a todo, en abierta rebelión contra el gobierno de Berlín en los últimos meses de 1923. En esta situación radicaba la esperanza de Hitler de poder amalgamar las fuerzas que depondrían al gobierno nacional y que lo llevarían a él personalmente a obtener cierto tipo de poder en la cresta de la ola revolucionaria que se originaría en Baviera.

En enero, Hitler consiguió persuadir a las autoridades bávaras para que le permitieran celebrar una reunión de unos cinco mil SA en Múnich. En este encuentro multitudinario habló en contra del gobierno central en un intento de demostrar a sus seguidores que la apuesta del partido por hacerse con el poder político en Alemania era más importante que entrenarse para combatir a los franceses en el Ruhr. Opuesto a cualquier relación con el ejército, Hitler también era consciente de que para tener éxito debía aliarse con movimientos nacionalistas similares al suyo y aumentar así sus fuerzas. Eso último lo consiguió en febrero con la ayuda de Roehm. En primavera comenzó con sus intentos, sin éxito, de persuadir al general Otto von Lossow, el comandante del ejército en Baviera, para que marchara con él a Berlín a la manera de Mussolini. En abril, Goering ocupó las oficinas del periódico del partido nazi de tirada diaria, el *Völkischer Beobachter*, para impedir el arresto de Dietrich Eckart, el escritor de mala reputación que dirigía el periódico para Hitler. Otro desafío más a las autoridades.

El 1 de mayo Hitler cometió un error fatal. Había planeado una manifestación importante para ese día tradicional en el que los socialistas de Múnich celebraban su manifestación; había esperado recibir el apoyo de Lossow, pero este apoyo, pedido en el último momento, se le negó de manera contundente. Eso lo dejó en una situación embarazosa, ya que, si causaba los disturbios que pretendía, tanto el ejército como la policía se verían obligados a atacar a los hombres de las SA en vez de darles apoyo, hombres que ya habían recibido la orden formal de reunirse en todo su número llevando las armas ilegales que poseían. El propio Hitler, presa de la ansiedad respecto a qué hacer, se reunió con Goering y otros colegas y asociados destacados en la plaza de armas de Oberwiesefeld, donde miles de hombres esperaban sus órdenes. Él, Goering y el resto llevaban sus condecoraciones; tanto Hitler como Goering aspiraban a tener un feroz aspecto marcial con sus cascos de acero. Roehm, a su vez, se sobrepasó al engañar al ejército regular para que rindiera sus armas a las tropas de

asalto. Eso fue demasiado para el general Von Lossow. Convocó a Roehm, que seguía siendo un oficial del ejército, y le dijo que debía devolver las armas inmediatamente. Entonces envió a Roehm escoltado a la plaza de armas con el ultimátum de que las tropas de asalto no debían desfilar ni causar más problemas. Hitler sabía que había sido derrotado, aceptó el hecho pese al airado consejo de los demás y, frente a todos sus hombres, capituló ante Von Lossow, sin cuyo apoyo sabía que no tendría éxito ninguna violencia a gran escala. Al final regresó a su casa de Berchtesgaden para volver a planear el futuro, y durante unas cuantas semanas participó poco en los debates subsiguientes en Múnich. Pasó la mayor parte del verano en las montañas.

Los debates, con o sin la presencia de Hitler, tuvieron lugar de manera interminable en las oficinas del partido, en los hogares de los líderes (particularmente en la casa de Goering en Obermenzing) y en la taberna Bratwurstglöckle cerca de la Frauenkirche [iglesia de Nuestra Señora], en el centro de Múnich. Allí, Goering, Roehm, Heines —el amigo homosexual de Roehm y asesino convicto—, Anton Drexler —uno de los fundadores del partido nazi—, Eckart, Rosenberg —el llamado intelectual del grupo— y Ernst Hafstaengl —el acaudalado representante de la cultura de Múnich—, se solían sentar juntos por la noche en la misma mesa, bebiendo cerveza y discutiendo su política en voz alta y sin concesiones. A menudo Carin se unía a su compañía y ocasionalmente Julius Streicher acudía desde Núremberg para añadir su contribución particular de grosero antisemitismo. Cuando Hitler estaba en Múnich se unía a ellos, aunque, según parece, prefería visitar Obermenzing y las comodidades más tranquilas que le proporcionaba Carin. Fue ella la que insufló nuevos ánimos en los corazones de Hitler y su marido en los oscuros días que siguieron a la derrota del 1 de mayo.

Hacia el otoño, Hitler y Goering volvían a estar ante la puerta del general Von Lossow, urgiéndole a que se uniera a ellos en su causa común contra el gobierno central. Mientras tanto, en agosto, Gustav Stresemann se había convertido en canciller en Berlín, y el 27 de septiembre, alarmado por la aparentemente inevitable insurrección en Baviera, proclamó la ley marcial en toda Alemania. Tres semanas antes, el 2 de septiembre, Hitler había reforzado su consolidación de las fuerzas nacionalistas en una reunión multitudinaria celebrada en Núremberg, en la que su discurso contra el gobierno central fue muy aplaudido; el general Ludendorff también había consentido en aparecer en apoyo del movimiento. Por otro lado, el descontento social llevaba creciendo desde enero sin que los nazis o sus socios bávaros tuvieran nada que ver, cuando los franceses ocuparon el Ruhr para obligar a Alemania a hacer efectivas las compensaciones prometidas en el Tratado de Versalles. El movimiento *Freikorps* había entrado en una fase de resistencia pasiva para hostigar al invasor y, animado por el Reichswehr Negro, el cuerpo complementario ilegal del Reichswehr, se había mostrado dispuesto a liderar una revuelta contra el gobierno de Berlín. Este Reichswehr Negro, bajo el comandante Buchrucker, alcanzaba unos veinte mil hombres y en el pasado había sido tolerado porque guardaba las fronteras del este

contra los polacos. Pero ahora esa fuerza ilegal tenía desagradables conexiones con la sociedad secreta conocida como *Die Feme*^[*], con su tradición medieval de brutalidad y atrocidades, y que, como los movimientos militaristas en Baviera, era una amenaza cada vez mayor para la seguridad del gobierno central en Berlín.

El objetivo de Stresemann era terminar con la resistencia pasiva en el Ruhr para salvar a Alemania de la anarquía y llegar a un acuerdo con los Aliados: el gobierno bávaro, por otro lado, se oponía a cualquier concesión a los Aliados. Mientras tanto, la inflación asolaba la economía alemana, y el marco, que ya había caído a más de siete mil frente al dólar en enero, se desplomó a simas abisales hacia noviembre.

Durante este periodo Goering había intentado, en nombre de Hitler, convencer al general Von Lossow, como comandante del Distrito Militar Bávaro, para que rompiera su alianza formal con Berlín y que marchara con las SA y sus socios para deponer al gobierno de Stresemann, que hacia el invierno ya consideraba a Baviera como el principal centro de rebelión en Alemania y estaba dispuesto a emplear la fuerza que hiciera falta para reprimir cualquier posible revuelta. Mussolini les había dado una espléndida demostración de lo que se podía conseguir de esa manera cuando realizó su Marcha sobre Roma en octubre del año anterior. Los desconfiados intentos de Hitler por crear una alianza con el gobierno bávaro no pudieron, sin embargo, desarrollarse hasta el punto de la acción, y Hitler decidió forzar el asunto con sus asociados más inmediatos. Mientras decidía qué acción emprender, Gustav von Kahr, el nuevo comisario del Estado y virtual dictador de Baviera, anunció una asamblea política. Ésta tendría lugar el 8 de noviembre de 1923, y Hitler sospechaba que Kahr, en quien no confiaba en absoluto, anunciaría por su cuenta la independencia de Baviera y robaría así el impulso a los nazis. Hitler estaba decidido a que eso no ocurriera, y ordenó a Goering que preparara a las tropas de asalto para entrar en acción. Goering se apresuró a cumplir con sus órdenes abandonando a Carin en su lecho de enferma: tenía neumonía y todavía seguía febril. Para añadir a sus preocupaciones, su madre acababa de morir. Besó a Carin y le dijo que volvería muy tarde y que no debía preocuparse. Entonces se reunió con Hitler lo antes que pudo y convocó a las tropas de asalto.

El mitin público convocado por Von Kahr se celebró en el enorme auditorio de la Bürgerbräukeller, una taberna en las afueras que podía acomodar una asistencia de tres mil personas. Kahr subió al estrado junto al primer ministro de Baviera, el Dr. Von Knilling, el general Von Lossow y otros ministros del estado bávaro. Kahr habló a sus oyentes mientras éstos estaban sentados bebiendo cerveza en grandes jarras; habló de la necesidad de un nuevo ejército alemán que fuera heredero de la gloria perdida en esos tiempos. Para el público se trataba de un tema ya familiar, y se preparaban para seguir bebiendo a buen ritmo cuando repentinamente oyeron la voz de un hombre gritando y el sonido de disparos de pistola. Hitler, con un aspecto desaliñado en un abrigo que le quedaba grande, estaba de pie sobre una mesa apuntado al techo con su pistola. A su lado estaban Hess y Goering, así como el

guardaespalda personal del líder, un luchador llamado Graf. Avanzaron hacia el estrado, donde Kahr se quedó inmóvil, tan conmocionado como su público por esta salvaje interrupción.

Hitler se puso frente a él y gritó: «Ha comenzado la revolución nacional. Este edificio ha sido ocupado por seiscientos hombres armados. Nadie puede abandonar la sala». Los bebedores de cerveza vieron que había una ametralladora apostada en la entrada principal. Hitler engañó a los presentes haciéndoles creer que los gobiernos de Baviera y el Reich habían sido derrocados, y que el ejército y la policía habían unido sus fuerzas a la esvástica. Entonces procedió a desalojar a los ministros del estrado a punta de pistola para llevarlos a una reunión en otra habitación. Goering se quedó al mando.

El público se recuperó de la conmoción y empezó a hablar. Goering pudo ver que no estaban satisfechos, así que decidió hablar a la concurrencia él mismo, hablando desde el estrado: «No hay nada que temer», gritó. «Somos sus amigos. No tienen razón para rezongar, ¡tienen cerveza!». Se había formado un nuevo gobierno, añadió, indicando la habitación donde Hitler, pistola en mano, intentaba febrilmente convencer a los tres ministros para que se unieran a él en un gobierno formado con el general Ludendorff. Ludendorff, de hecho, no sabía nada de lo que estaba ocurriendo, aunque en ese momento era llevado a la cervecería por los emisarios de Hitler.

Los ministros, inseguros de qué hacer con Hitler, que estaba en un estado de paroxismo, eludieron sus exigencias. La situación era tensa porque esperaban que Ludendorff apareciera en cualquier momento, y no se podía mantener coaccionados a los numerosos asistentes durante mucho tiempo. Hitler tenía que actuar. Sin más discusión, volvió al estrado, anunciando a la asombrada audiencia que un nuevo gobierno nacional estaba formándose con la colaboración de los ministros. Anunció que él tendría el control de la política del nuevo gobierno nacional y que el general Ludendorff estaría al mando del nuevo ejército nacional que marcharía inmediatamente hacia Berlín. Los asistentes, creyendo que Hitler había conseguido el apoyo de los hombres en los que confiaban (tanto como confiaban en alguien), empezaron a dar vítores. Entonces llegó Ludendorff. Aunque se enfureció ante la sorpresa que le habían preparado, dejó que su presencia pareciera apoyar lo que estaba ocurriendo. Hitler, feliz hasta el delirio, juró venganza contra los «criminales de noviembre» de 1918 y afirmó que en esos momentos nacía una nueva Alemania, fuerte, libre y espléndida. Gritó: «¡El día de mañana verá un nuevo gobierno nacional o nos verá muertos! Mañana ganaré o moriré». Y, como un actor en un melodrama, se puso el cañón de su pistola en la cabeza.

El problema, mientras los asistentes salían, era qué hacer con los ministros. Hitler tenía que dejarlos en las manos de Ludendorff, mientras él acudía a las calles a poner fin a la batalla que, según oyó, había empezado entre las tropas de asalto y un destacamento de tropas del ejército. Cuando al fin regresó, descubrió que se había dejado marchar a los ministros después de que dieran su palabra de honor a

Ludendorff de atenerse a lo acordado. Hubo una gran confusión de ideas respecto a qué acciones emprender. Mientras tanto, Kahr, que había recibido llamadas telefónicas de Berlín en las que se le amenazaba con medidas extremas, dio los pasos que pudo para contraatacar. Al amanecer había cientos de proclamas impresas pegadas por todo Múnich abjurando de cualquier acuerdo con Hitler y ordenando la disolución del partido nazi. Kahr entonces transfirió el gobierno del Estado a Ratisbona. Estaba claro para todas las fuerzas armadas que el Estado no había sido engañado para unirse a la revolución de Hitler y que el gobierno original seguía en el poder.

Tan pronto como tuvo un momento libre, Goering pidió a Hanfstaengl que telefonara a Carin y le dijera que no se preocupara si no volvía a casa esa noche; entonces le entregó una carta dirigida a ella para que la pusiera al correo. Estaba profundamente preocupado por ella, aunque hasta cierto punto le tranquilizaba saber que su hermana Fanny estaría junto a ella para cuidarla. Entonces volvió su atención a las incertidumbres de las acciones de esa noche.

Hitler, Goering y Roehm estaban descubriendo por experiencia propia que no se podía poner en marcha una revolución de manera tan apresurada, descuidada o melodramática. El único que había emprendido una acción decisiva era Roehm, ocupando el cuartel general del ejército en Múnich, donde permaneció con sus hombres. Hitler lo visitó durante la noche para discutir la situación. Hess, mientras tanto, estaba ocupado tomando rehenes, incluyendo a dos ministros del gobierno bávaro. Fue Ludendorff el que propuso una solución al dilema de qué hacer. Sugirió una acción basada, como comentó mordazmente, en su reputación personal. No creía que las fuerzas armadas o la policía dispararan contra él, y propuso que a la mañana siguiente, el 9 de noviembre, marcharía a la cabeza de las tropas de asalto con Hitler a su lado para tomar el centro de Múnich. Hitler, al que ya no le quedaba otro plan en mente, accedió con relucencia.

Así, cerca de las once de la mañana de ese lóbrego día de noviembre, comenzó la marcha. Hitler, Ludendorff, Goering y Hess, junto con otros líderes nazis, se pusieron a la cabeza de unos tres mil miembros de las tropas de asalto, de los cuales sólo unos pocos estaban armados. Salieron de la Bürgerbräukeller y avanzaron a lo largo de la carretera hacia el centro de la ciudad. La bandera con la esvástica estaba enarbolada bien alta, y un camión que transportaba tropas de asalto con ametralladoras se puso cerca del principio de la columna. Hitler llevaba su pistola en la mano mientras marchaba. Goering, que esperaba problemas, se aseguró de llevar unos cuantos rehenes bajo vigilancia con ellos, por si su presencia resultaba ser de utilidad.

Los nazis tenían que cruzar el puente Ludwig sobre el río Isar antes de poder llegar al corazón de la ciudad. Allí, un destacamento de la policía armada estaba apostado para enfrentarse a ellos y Ludendorff detuvo el avance. Fue Goering quien entró en acción. Se adelantó solo, imponente y adusto en su abrigo de cuero negro, con la *Pour le Mérite* colgada del cuello, saludó al oficial al mando de la policía y le

dijo que tenían rehenes, incluyendo a ciertos ministros, a los que mataría si se intentaba impedir la marcha por la fuerza. El oficial de la policía, sin saber qué hacer, decidió al final permitirles pasar. Las tropas de asalto arrebataron triunfantes las armas de las manos de los policías. La primera victoria era suya.

Avanzaron lentamente cruzando el río y entraron en la Zweibrückenstrasse, yendo en dirección hacia la Marienplatz, donde estaba situado el ayuntamiento, a más de kilómetro y medio de su punto de partida una vez cruzado el río. En la Marienplatz se les unió Julius Streicher, que estaba ansioso por no quedarse fuera de esa procesión histórica y que había venido desde Núremberg para ver lo que ocurría.

Para ese entonces ya era mediodía, y la marcha continuó. Ludendorff seguía al frente, y a su lado su edecán, Hans Streck. A la izquierda de Ludendorff caminaba Hitler, que por alguna extraña razón iba cogido del brazo de Scheubner-Richter, otro de sus allegados. Graf, el guardaespaldas de Hitler, caminaba con Goering a un paso o dos por delante de Hitler, a la izquierda. Su objetivo era el Ministerio de la Guerra, a más de kilómetro y medio de distancia, en la Schoenfeldstrasse; Roehm y sus hombres seguían ocupándolo desde la noche anterior, aunque asediados por un destacamento del ejército. Para llegar al ministerio, los líderes nazis tenían que llevar a las tropas de asalto por una estrecha callejuela a la derecha de la Marienplatz que primero se llamaba Dienerstrasse y luego Residenzstrasse. Avanzaron y se les ordenó cantar mientras marchaban, pero pronto llegarían al principal obstáculo. El final de esa calle estaba bloqueado por la policía armada. Los cantos nazis se acallaron, y la marcha se detuvo.

Esta vez fue Graf el que se adelantó desafiante: «¡No disparen!», gritó, «¡Viene su Excelencia el general Ludendorff!».

Hitler, detrás de su guardaespaldas, gritó: «¡Ríndanse! ¡Ríndanse!».

Entonces, empezando por un bando u otro, comenzaron los disparos. Ludendorff, ignorando el peligro, se adelantó y atravesó indemne las filas de la policía; los apartó con la arrogancia de su autoridad pasada, aunque estuviera vestido de paisano. Pero prosiguió solo hasta la plaza abierta que había más allá. A sus espaldas, Scheubner-Richter, que había ido cogido del brazo con Hitler, yacía agonizante en el suelo, y Hitler, al tropezar o al buscar refugio, cayó de mala manera y se dislocó el hombro. Acobardado por la confusión y el dolor, huyó en un coche que seguía a la comitiva. Al mismo tiempo, Hess también consiguió escapar. Pero Goering cayó en la calle, gravemente herido por un disparo en la ingle, y la sangre empezó a manar de su herida. Según la versión de la propia hermana de Carin, Fanny, ella había seguido la procesión y vio algo de lo que había ocurrido. Fue ella la que le dio la noticia a Carin.

Con sus principales líderes huidos, arrestados o heridos, la procesión nazi pronto se desintegró. Los que estaban en la retaguardia de la columna oyeron el intercambio de disparos y luego vieron huir a los hombres que les precedían. Ludendorff, al que nadie había pensado en seguir, fue arrestado; Roehm y sus hombres se rindieron. Goering fue llevado por hombres de las SA a una casa cercana, que resultó pertenecer

a un vendedor de muebles judío llamado Ballin, cuya esposa, Ilse, vendió lo mejor que pudo las heridas de Goering con una toalla. Ella y su hermana cuidaron de él hasta la noche, cuando fue enviado en secreto a la clínica de un amigo, el profesor Von Ach^[14]. El profesor informó a Carin inmediatamente del paradero de Goering. Según Fanny, Carin pareció tener una premonición en el mismo instante en que Goering cayó. Aunque estaba enferma, se vistió inmediatamente y acudió al hospital. Allí supo que las heridas de Goering eran graves. También oyó que había una orden de arresto contra él, emitida por Lossow. Goering le suplicó que encontrara alguna forma de evitar que lo capturaran. Fanny describe a Carin sentada al lado de la cama de su esposo, cogiéndolo de la mano, analizando con calma y en voz baja cuál sería la mejor manera de actuar, sin apartar los ojos de los de su marido ni un solo instante.

A riesgo de su propia vida, concertó que unos amigos vinieran desde Garmisch, cerca de la frontera austríaca, y se llevaran a Goering a su casa, conduciendo más de cien kilómetros desde Múnich. Allí Goering yació en cama, debilitado, enfermo y resentido. Carin supo que Hitler había sido arrestado el 11 de noviembre en Uffing, donde la familia Hanfstaengl había estado cuidándolo. Pero estaba preocupada por sus propios problemas. En una carta escrita el 30 de noviembre le describe a su madre la condición de su esposo.

Hermann está en un estado terrible. Las piernas le duelen tanto que apenas puede soportarlo. Hace cuatro días, todas las heridas que se habían cerrado volvieron a abrirse y sigue habiendo una cantidad espantosa de pus en la pierna. Le hicieron una radiografía y descubrieron que había una masa de fragmentos de bala, así como suciedad procedente de la calle, alojados en los músculos de su muslo. Lo operaron con anestesia, y durante los últimos tres días ha estado febril. Su mente parece divagar; a veces grita y a veces sueña con el combate en la calle. En todo momento sufre un dolor indescriptible. Tiene toda la pierna insertada con tubos de goma para extraer el pus. Es tan amable, tan paciente, tan bueno, pero en lo más hondo de su corazón es desesperadamente infeliz.

Carin se dio cuenta de que la presencia de su marido empezaba a ser algo sabido y que debía intentar llevarlo a la seguridad de Austria. No tuvo éxito. Fue arrestada y puesta bajo vigilancia en el hospital de Garmisch, donde fue objeto de manifestaciones en su apoyo durante las cuales se llegó a amenazar a la policía con violencia. Goering dio su palabra de honor a la policía de que no intentaría volver a escapar, pero Carin estaba decidida a que lo hiciera, aunque le hubieran confiscado el pasaporte. Con la ayuda de amigos y simpatizantes en la policía, Goering fue llevado en coche directamente de su cama a la frontera y sacado fuera de Alemania usando un pasaporte falso. Los hombres que lo sacaron del país se hicieron pasar por miembros

de la policía con órdenes de llevárselo^[15].

Sus heridas no habían recibido todavía tratamiento apropiado, y fue llevado a un hospital en Innsbruck. Allí los médicos reabrieron las heridas y las radiografiaron, y Goering fue operado. Volvió a tener fiebre y sufrir un gran dolor, y los doctores le recetaron morfina; según Hanfstaengl, que también había huido a Innsbruck, recibía dos inyecciones al día.

Estoy aquí sentado junto a la cabecera de mi querido Hermann. Tengo que observar cómo sufre en cuerpo y alma, y no hay nada que pueda hacer para ayudarlo. Ya sabes lo horrible que es esa sensación. Su herida es sólo pus, por todo el muslo. Muerde la almohada porque le duele muchísimo, y gime continuamente. Puedes imaginarte lo que eso me reconcome el corazón. Hace exactamente un mes desde que le dispararon, y a pesar de que le inyectan morfina todos los días, su dolor sigue siendo tan atroz como antes. Dejé el hotel y me mudé aquí hace quince días. Me siento muchísimo mejor al estar junto a él todo el tiempo. Los espías vigilan nuestra casa en Múnich; nuestras cartas son confiscadas, nuestras cuentas bancarias han sido bloqueadas, y nuestros coches requisados... Me dicen que también se ha dictado orden de arresto contra mí.

Goering permaneció en el hospital hasta el 24 de diciembre, cuando fue dado de alta, aunque todavía tenía que usar muletas.

Mientras tanto, la red clandestina nazi en Austria trabajaba, y con la ayuda de la doncella y el jardinero de los Goering en Obermenzing, empezaron a pasar por la frontera ropas y otros artículos que podían ayudar a los Goering en su exilio. Para ese entonces las calles de Múnich estaban cubiertas de carteles con la fotografía de Goering y la leyenda de que era un hombre buscado.

En Austria había muchos simpatizantes nazis que acudieron en ayuda de Goering. Enviaron un árbol de Navidad al Tiroler Hof, el hotel propiedad de otro simpatizante donde Goering pasó las Navidades con Carin. Mientras Goering estaba todavía en el hospital recibió la visita de Kurt Ludecke, uno de los altos dirigentes del partido, a quien dio un relato vívido del golpe de Múnich. Goering pidió a Ludecke que lo representara en una convención nazi que tendría lugar en Salzburgo. El abogado de Hitler vino a verle el 31 de diciembre, y el Tiroler Hof celebró una fiesta para ellos. La hermana de Hitler, Paula, también era una visitante asidua. En Navidades, Carin había contraído un enfriamiento acompañado de fiebre, y la tensión bajo la que había estado empeoró su salud. Goering continuó adelante con la morfina. Hacia el 3 de febrero, su aniversario de boda, Carin estaba algo mejor y Goering le regaló una máquina de escribir portátil, cosa que a Carin le encantó y la animó a escribir más cartas a casa.

La primera misión de Goering tras su recuperación fue una invitación para hablar

ante un grupo de nacionalistas en Innsbruck, pero hacia febrero estaba ocupado por completo con la organización del partido en Austria, siguiendo instrucciones de Hitler, que ahora se encontraba en prisión a la espera de juicio. Hitler se negó a dejar que Goering volviera, como éste se había ofrecido a hacer, para someterse a juicio junto a su Líder. Prefería que reuniera al partido en Viena, dando mítines y trabajado con nazis austríacos como Walter Riehl. Los Goering continuaron viviendo en el Tiroler Hof, consiguiendo de vez en cuando pagar su estancia, pero su dinero y propiedades en Múnich habían sido embargados por las autoridades bávaras.

El juicio en Múnich contra los líderes del golpe de Estado empezó el 26 de febrero y en abril llegaron a Innsbruck las noticias sobre el veredicto: Ludendorff fue absuelto, Hitler y los demás, ya estuvieran en el banquillo o en el exilio, fueron declarados culpables. Hitler cumpliría una sentencia de cinco años en la fortaleza de Landsberg, aunque era creencia común que difícilmente esa sentencia se extendería más allá de seis meses. El juicio había sido «blando», con Hitler actuando agresivamente y sus palabras llenando las páginas de la prensa alemana. Hess regresó voluntariamente de Austria para ser su fiel compañero en la cárcel. En la prisión, Hitler vivió bien, como si fuera una especie de invitado; pasaba el tiempo ocupado en la redacción del *Mein Kampf*. Goering apeló para una amnistía, pero no se le concedió. Todo ello era más mortificante porque los nazis tuvieron cierto éxito en las elecciones de abril en Baviera y por primera vez pudieron ocupar escaños en el Reichstag. Si hubieran permitido a Goering volver a Alemania, Hitler hubiera estado preparado para dejarle representar al partido como diputado del Reichstag. Carin se aventuró a volver a Múnich para intentar liberar sus propiedades de forma que pudieran venderlas para aliviar sus penurias económicas; no lo consiguió. Pero el 15 de abril visitó a Hitler en Landsberg y recibió de él una fotografía personal con la frase «A la admirada esposa de mi comandante de las SA».

Por pobres que fueran, los Goering aparentemente decidieron no demostrarlo en público. Según Hanfstaengl, vivían con ostentación en su hotel, y causaron un gran resentimiento entre los demás exiliados que no tenían medios de vida. Goering, aparentemente, prestaba poca importancia al dinero; pedía prestado con liberalidad y luego no hacía ningún gesto de devolverlo, como averiguaría Hanfstaengl a su propia costa.

Mientras tanto, las autoridades en Viena estaban preocupadas por los problemas que les causaba la presencia de Goering en Austria. Se les pidió educadamente a él y a Carin que se marcharan. Goering seguía teniendo dolores en la pierna y Carin estaba enferma, pero parecía que lo mejor era aceptar esa otra etapa de exilio con buena cara. Con la ayuda del gerente del Tiroler Hof se trasladaron a finales de abril para pasar una breve estancia en el hotel Britannia en Venecia; los administradores eran amigos y los Goering recibieron tratamiento privilegiado. Carin continuó enviando cartas sentimentales a su madre. Mientras descansaba, Goering se olvidó de la política y se convirtió en estudioso del arte. Encontraba las galerías de arte

inspiradoras y esos días de visitas culturales pusieron los cimientos de su futuro interés en los tesoros artísticos. En mayo fueron a Roma pasando por Florencia y Siena, y allí se quedarían hasta la primavera de 1925.

En Roma, Goering conoció a Mussolini, a quien admiraba por haber conseguido en Italia lo que Hitler acababa de fracasar en hacer en Alemania. Goering quería estudiar el fascismo así como las artes mientras estuviera allí. Consiguió una audiencia con Mussolini por mediación de su amigo el príncipe Philipp von Hessen, que se encontraba en Roma para cortejar a la princesa Mafalda, la hija del rey de Italia, con quien se casaría posteriormente. Goering le contó a Mussolini la historia de Hitler y la sublevación abortada de Múnich y Mussolini expresó cierto interés en conocer a Hitler una vez que saliera de la cárcel.

Hitler salió de Landsberg el 20 de diciembre de 1924, pero no se puso en contacto con Goering. Estaba demasiado ocupado con la desintegración del partido durante su ausencia para hacer otra cosa que reunir las riendas del poder en su mano una vez más. Mientras tanto, Rosenberg usó su periodo de autoridad mientras Hitler estaba encarcelado para borrar el nombre de Goering de los registros del partido.

Los Goering tenían otras preocupaciones, además. La madre de Carin estaba enferma, y Carin quería estar a su lado. Sus exiguas finanzas durante ese año de inactividad forzosa hacían que vivir en Roma fuera imposible; se vieron obligados a vivir de la caridad de amigos y conocidos, y su orgullo se resintió. Al final consiguieron reunir el dinero para el largo viaje al norte. Viajaron a Suecia atravesando Austria, Checoslovaquia, y la Ciudad Libre de Danzig, ciudad que en opinión de Goering debía pasar a ser alemana. En Estocolmo, él y su esposa se fueron a vivir a un modesto piso en Odengarten.

Goering tenía treinta y dos años en ese momento y era un hombre enfermo cuyo cuerpo fue descrito por su médico como el de una mujer de edad avanzada: fofo, descolorido y blancuzco. Carin, aunque contenta de estar de vuelta en casa, sucumbió a su enfermedad; tenía el corazón débil y estaba desarrollando tendencias epilépticas. Durante dieciocho meses tuvo que ser testigo del deterioro gradual de su amado esposo mientras la morfina que en un principio usaba para combatir el dolor de sus heridas terminaba adueñándose finalmente de él. Goering se convirtió en un adicto a la morfina, y su aspecto escandalizó a la familia de Carin; anteriormente sólo lo habían conocido como el joven piloto entusiasta que durante cuatro años había sido el devoto pretendiente de Carin; ahora carecía de trabajo y era una carga para su familia, inyectándose morfina diariamente para mantener a raya la desesperación. Él y Carin estaban gastándose el dinero obtenido por la venta de su casa en Obermenzing, operación que se les había permitido al fin.

Hacia el verano, Goering mostraba los peores síntomas de la adicción a la morfina. Los arrebatos de violencia lo hacían peligroso, y Carin, que también estaba enferma, se vio obligada a dejar que los doctores se hicieran cargo de él por completo. Carin quería que su único hijo, Thomas, que entonces tenía trece años,

viniera a vivir con ella, pero Von Kantzow, su anterior marido que la había tratado con tanta generosidad, se opuso firmemente. Cuando Goering fue llevado al hospital de Aspuden para ser puesto en observación, Carin se vio involucrada en una querrela por la custodia de su hijo. Von Kantzow litigó con éxito con un certificado médico que declaraba que, ya que Goering era víctima del morfinismo y que Carin sufría de epilepsia, ninguno de los dos podían ser considerados aptos para cuidar del niño^[16]. Goering, de hecho, fue finalmente declarado un drogadicto peligroso y se obtuvo autorización policial para ingresarlo en el manicomio de Langbro el 1 de septiembre de 1925, después de que atacara violentamente a una enfermera que se había negado a darle morfina. Fue llevado con escolta policial a Langbro y puesto en la sala de internos violentos. De allí consiguió salir finalmente gracias a un psiquiatra que le convenció para que cooperara y se enfrentara a los sufrimientos que acompañarían inevitablemente al periodo inicial de abstinencia de la droga.

Goering se encontraba ahora bajo observación psiquiátrica directa, y es interesante comparar los recuerdos de su médico sueco con los archivos de los psiquiatras penitenciarios norteamericanos que lo observarían veinte años después en la cárcel de Núremberg. Ya en 1925 se le describió como una persona de carácter débil, un hombre que usaba la bravuconería para encubrir una carencia fundamental de coraje moral. El doctor suizo lo consideró un histérico, de personalidad inestable, sentimental pero insensible a los demás, un hombre violento que actuaba impulsado por el miedo. Como muchos hombres capaces de grandes actos de valentía física que a menudo lindan con la desesperación, carecía del otro tipo de valentía más elevada para dirigir su vida y que era necesaria cuando se veía abrumado por grandes dificultades^[17].

Salió de Langbro después de unos tres meses, pero se vio obligado a regresar cuando descubrió que no podía mantener su abstinencia de la droga. Cuando al fin volvió a entrar en el mundo normal, se sentía en mejor estado de salud y de ánimo. Aunque su interés en Alemania volvía a revivir, todavía seguía sin poder regresar a su país, y de hecho no lo haría hasta que el recién elegido presidente Von Hindenburg no proclamó una amnistía política en otoño de 1927.

Ambiciones cumplidas

Goering regresó a Alemania con entusiasmo. Fue solo, ya que Carin estaba enferma y necesitaba tratamiento. Volvió tanto para encontrar un trabajo que le permitiera ganarse la vida como para renovar su contacto con Hitler, a quien fue a ver a Múnich. Hanfstaengl fue el único miembro del círculo nazi que pareció alegrarse sinceramente de volverle a ver. Lo describió como «más gordo, más pragmático y materialista, y principalmente preocupado por ascender en la escala social».

Hitler estaba ocupado con el problema de reconstruir el partido nazi como fuerza política en el Estado. Ahora estaba decidido a conseguir el poder por medios constitucionales. Le habían sucedido muchas cosas desde el día en que viera a Goering herido en la calle mientras él mismo era apartado a empujones de la violencia y el fracaso. Había estado en la cárcel; había escrito el *Mein Kampf*, ese fárrago de ignorancia, prejuicios y astucia ocasional que pasaba por su filosofía; y había regresado a Múnich para revisar su estrategia con el fin de desplazar al gobierno y obtener el poder. El partido había hecho campaña en dos elecciones en 1924 y tenía una representación en el Reichstag de catorce miembros; se enfrentarían a otra campaña electoral en 1928. El antiguo puesto de Goering como jefe de las SA lo ocupaba ahora Von Pfeffer, y en ese momento Hitler no estaba dispuesto a reemplazar a Von Pfeffer por un capitán sin un céntimo. Hitler tenía muy presente el dinero, necesitaba hombres que pudieran mantenerse por su cuenta. Lo más importante era atraer dinero al partido, no que el partido diera dinero. Goering necesitaba un sueldo y Hitler, por tanto, no lo recibió con ninguna efusividad; además, siempre recelaba profundamente de cualquier soldado profesional, y Goering no se había hecho popular entre el resto de los socios de Hitler, quienes le contaron que Goering a menudo lo criticó durante su exilio en Austria e Italia y que usaba el partido exclusivamente para sus propios fines personales. Eso era verdad hasta cierto punto: para Goering, un escaño en el Reichstag hubiera aumentado de manera inconmensurable su estatus como representante comercial e intermediario. Al final Hitler accedió a un compromiso. Se acordó que Goering volvería a Berlín a hacer fortuna, manteniéndose en contacto con el partido.

Aunque el dinero escaseaba, Hitler no estaba sumido en la pobreza. La prensa nazi ganaba terreno. Había ingresos regulares procedentes de los innumerables mítines multitudinarios en los que siempre se cobraba una pequeña tasa de admisión. Había contribuciones de simpatizantes adinerados. Hitler tenía ingresos, sus

declaraciones de la renta han sobrevivido y demuestran que estaba aprendiendo a discutir sus gastos con los inspectores de Hacienda.

Goering se estableció gradualmente durante los meses de invierno como representante dentro de la industria aeronáutica. Estaba en contacto con Erhard Milch, un alto cargo en Lufthansa, compañía que disfrutaba de un monopolio en la aviación civil alemana. Actuaba como representante en Berlín para la Bayerische Motoren Werke [BMW], que fabricaba motores de aviación, y para la firma Heinkel. También era representante para la compañía de paracaídas sueca Tornblad, y trabajaba desde un pequeño despacho en la Gaisbergstrasse, que compartía con Victor Siebeld, que posteriormente se convertiría en fabricante de aviones^[18]. Heiden afirma que la BMW fue adquirida por Camillo Castiglioni, un judío italiano de Trieste, que pagó generosamente a Goering para que actuara como su representante, pero que Goering hizo poca cosa por él. Heiden describe a Goering como infatigable en su trabajo y vida social, sin dormir, trabajando a la luz de las velas en su piso, con un retrato de Napoleón frente a él y una espada medieval detrás^[19].

En Berlín se le unió Paul Koerner, otro antiguo oficial, que se convirtió en su socio. También empezó a retomar sus anteriores contactos sociales, tales como Bruno Loerzer y el príncipe Philipp von Hessen.

A principios de 1928, Goering aparentemente decidió presionar a Hitler. Se acercaban las elecciones de esa primavera y fue a Múnich para luchar por el reconocimiento que, en su opinión, merecía. Junto con Hanfstaengl, caminó por la nieve hasta el piso de Hitler en la Thierschstrasse. Goering no quería ir solo, pero Hanfstaengl se negó a acompañarle. Más tarde, Hanfstaengl colegiría que Goering había perdido los estribos pero que había conseguido su propósito; Hitler consintió que fuera considerado como candidato al Reichstag por los nazis^[20]. Hanfstaengl afirma que a menudo oyó a Hitler expresar su temor a que Goering no fuera de ninguna utilidad para el partido; sin embargo, Goering copió el estilo de Hitler y su forma de expresarse en la tribuna con un efecto considerable.

Para ese entonces, Goering estaba razonablemente asentado y tenía ganas de empezar a mezclar los negocios con la política. Fue particularmente útil en Berlín, donde las principales fuerzas de los nazis radicaban en la clase trabajadora gracias a la aparente influencia del joven y brillante agitador Joseph Goebbels y los líderes «izquierdistas» del partido, Otto y Gregor Strasser. Hitler ambicionaba el poder definitivo que sabía que sólo vendría de combinar los votos del proletariado con el dinero, influencias y presiones de los empresarios. Goering, el soldado y caballero, sabía cómo comportarse en esa compañía; Hitler seguía pasando vergüenza cuando interactuaba con la alta sociedad, inquieto cuando se vestía con trajes formales que nunca parecían quedarle bien y a disgusto por su fracaso a la hora de entablar conversaciones intrascendentes con gente con la que nunca antes se había relacionado socialmente. Mientras Goebbels, al que había nombrado Gauleiter del partido en Berlín, luchaba por Hitler en las calles, de Goering se esperaba y se le

exigía que conquistara los despachos de lujo y los salones sociales.

Hacia mayo, en vísperas de las elecciones, Goering se sintió lo suficientemente seguro para escribirle a Carin diciéndole que viniera a reunirse con él en Berlín. Fue una reunión gozosa tras meses de separación, aunque había conseguido ir a visitarla en Estocolmo en Navidades. La llevó a su piso en el número 16 de la Berchtesgadenerstrasse.

Goering ocupó su lugar en muchos estrados de orador, incluso al lado del radical Goebbels. Debatía interminablemente de política con Koerner y otros miembros del partido; evidentemente, empezó a descuidar los negocios y se vio corto de fondos, ya que Carin dejó escrito que se vieron obligados a tomar comidas apresuradas en restaurantes, llegando incluso a compartir un tazón de crema de guisantes con Koerner. Los viejos temas recurrentes de conversación —Versalles, el bolchevismo, los judíos, las compensaciones a los Aliados o los males del gobierno socialdemócrata—, fueron atacados de manera interminable con voces que sonaban como el chasquido de látigos.

Los nazis dieron un pobre espectáculo en las elecciones del 20 de mayo. Obtuvieron 810 000 votos, mientras que los socialdemócratas ganaban más de nueve millones. Los nazis sólo obtuvieron doce de los 491 escaños del Reichstag. Goering y Goebbels ocuparon dos de esos escaños en nombre del partido. Como Goebbels lo describió a su manera presuntuosa: «No soy un miembro del Reichstag. Soy el poseedor de inmunidad parlamentaria y de un pase gratuito de tren^[21]». Las autoridades no podían prohibir a los miembros del Reichstag que hablaran en público, como habían hecho en el pasado con Hitler y Goebbels; Hitler, de hecho, seguía teniendo prohibido hablar en público en Berlín. Goering, menos cínico que su colega, estaba encantado con las elecciones. Goering fue elegido por Baviera, según Hanfstaengl, y cuando éste fue a despedirlo en la estación de Múnich cuando iba hacia Berlín, Goering llevaba un sombrero de alpinista bávaro con un edelweiss y un enorme penacho; cubría su cuerpo «enormemente gordo» con un «vistoso abrigo de aviador hecho de cuero» y enseñaba alegremente su billete de tren gratis de primera clase. Entre los que le enviaron sus felicitaciones a Goering cuando ocupó su escaño en el Reichstag se contaron el príncipe Federico Guillermo, que le escribió: «Su extraordinario talento y habilidad como orador, así como su fuerza física, serán de gran ayuda en su nuevo puesto como representante del pueblo en el Reichstag». Las peleas en el Reichstag eran un suceso demasiado frecuente, donde la fuerza de las palabras a menudo tenía que ser respaldada con la de los puños.

Carin describió a su madre en una carta fechada el 14 de junio el gran día en el que Goering ocupó su escaño, el número 54, en el Reichstag.

A nosotros, todo lo que ha pasado nos parece bien y creo que es de un interés colosal. Ayer abrió el Reichstag, y naturalmente, allí estuve. Hermann tiene un buen escaño al lado del general Von Epp de Baviera; los dos tienen delante

una mesa para ellos solos. Obtuvieron esos escaños tan buenos porque había que aumentar el número de todas maneras. Y en buena hora. Se me hizo extraño ver a los *Rotgardisten* [Guardias Rojos]; han llegado al Reichstag de manera bastante insólita y abusan de su poder de manera colosal. Todos iban con uniformes adornados con la estrella de David, es decir, la estrella soviética, que es casi lo mismo, con brazaletes rojos, etc. La mayoría eran jóvenes e iban buscando pelea. Y algunos de ellos tenían un aspecto absolutamente criminal. ¡Cuántos judíos hay en todos esos partidos, menos en el de Hitler!... Hermann estará terriblemente ocupado, sin duda. Incluso ahora sólo lo veo ocasionalmente. Pero pasa conmigo todo su tiempo libre. Al menos intentamos hacer las comidas juntos, pero rara vez podemos comer los dos solos... El sábado o el lunes volaremos a Zurich. Hermann ha sido invitado a dar unas conferencias, y aparte de eso espera hacer unas cuantas demostraciones del paracaídas Tornblad. Últimamente ha habido muchos accidentes con paracaídas (de otras compañías), y a Hermann le gustaría demostrar lo que puede hacer el Tornblad.

En otoño de 1928, Carin menciona que su situación económica había mejorado tanto que pudieron alquilar un piso moderno de cinco habitaciones en el número 7 de la Bandenschestrasse y amueblarlo con parte del mobiliario de su antigua casa, que afortunadamente habían conseguido recuperar. Ahora Goering recibía ingresos regulares como diputado del Reichstag, además del dinero que obtenía por sus negocios y los pagos que le hacía la Lufthansa. Fritz Thyssen, el famoso empresario, dice que también ayudó a Goering durante ese periodo.

Conocí a Hermann Goering de la siguiente manera. Un día, el hijo de uno de los directores de una de mis compañías de minas de carbón, *Herr Tengelmann*, vino a verme. «Escúcheme», me dijo, «hay en Berlín un tal *Herr Goering*. Intenta con todas sus fuerzas hacer el bien para el pueblo alemán, pero hasta ahora ha recibido poco apoyo por parte de los empresarios alemanes. ¿No le gustaría conocerle?». A consecuencia de esta sugerencia, conocí a Goering llegado el momento. En esos días vivía en un minúsculo apartamento, y estaba ansioso por un sitio más grande para tener mejor imagen. Pagué el coste de esa mejora.

En ese momento, Goering me parecía una persona de lo más agradable. Era muy sensato en asuntos políticos. También llegué a conocer a su primera esposa, Carin, que era una condesa sueca por nacimiento. Era una mujer arrebatadoramente encantadora y no mostraba señales del trastorno mental que empañaría su vida antes de morir. Goering la idolatraba, y ella era la única mujer capaz de encarrilarlo, como si Goering fuera un jovencito^[22].

Se decidió que el área de interés de Goering en el Reichstag deberían ser las comunicaciones, que incluían la aviación. La tarea de los diputados era hostigar al gobierno en todos y cada uno de los temas que pudieran encontrar. Cuando hubo un debate sobre el declive en la eficiencia de los ferrocarriles estatales, Goering atacó de manera virulenta:

La única causa real de este estado de cosas intolerable en el Reichstag son los abusos sufridos por los ferrocarriles alemanes a manos del Plan Dawes y las compensaciones de guerra. Todos los partidos presentes en el Parlamento deben admitirlo a día de hoy, pero todos los partidos son igualmente responsables de este estado de cosas. Ésa es la raíz del mal. Los ferrocarriles del Reich, que antes fueron el orgullo de Alemania, probablemente los mejores del mundo, los fieles sirvientes del pueblo y de todas sus necesidades económicas, ahora solo son considerados algo para ser saqueado y explotado por nuestros enemigos. Mi partido ha hecho hincapié en esto desde un principio. ¡Cuando lleguemos al poder pondremos fin a este estado de cosas intolerable y restauraremos los ferrocarriles alemanes para el pueblo alemán^[23]!

Consciente de su deuda con Lufthansa, exigió durante un debate en el Reichstag sobre las previsiones para la aviación en junio de 1929 que se votara un aumento de la subvención para la línea aérea civil ya que, según dejó constancia Heiden, la aviación alemana tenía que cumplir con «una gran tarea patriótica», es decir, actuar como pantalla para el rearme alemán en el aire. «¿Por qué no hay un ministro del Aire?», preguntó Goering.

¿Por qué economizamos en esas cosas cuando nuestro deber con la nación exige lo contrario? ¿Por qué insisten los miembros individuales, así como los comités, en informes anónimos que sólo sirven para destruir la confianza en la aviación alemana? Nosotros, los aviadores, cuando se nos lo ha pedido, hemos luchado abiertamente y volveremos a hacerlo. Espero, caballeros, que decidan abordar este problema con el mismo espíritu franco de forma que las dificultades a las que se enfrenta la aviación alemana sean eliminadas.

Terminó diciendo: «Salven la aviación. Si no lo hacen, vivirán para lamentarlo». Durante toda su carrera como diputado del Reichstag, insistiría constantemente en aumentar las subvenciones para la aviación, siempre alentado por su servicio a la industria aeronáutica.

Para ese entonces, Goering era llamado el «nazi de salón», el «embajador de Hitler». Las cartas de Carin a su madre durante los tres años siguientes, al final de los

cuales su salud cedió finalmente bajo la tensión de ser la esposa de Goering, pueden ser leídas como una gacetilla de sociedad. Los Hohenzollern ya habían caído en las redes del partido; el príncipe heredero era un amigo en las sombras, pero su hermano Augusto Guillermo (cuyo apodo era Auwi), se unió al partido en 1930 y se convirtió en orador junto a Goering, y su hermano Eitel Federico también estaba interesado en el nacionalsocialismo. El príncipe y la princesa Zu Wied se habían convertido en invitados regulares en el piso de la Bandenschestrasse y tenían una estrecha relación con los Goering. «El cocinero de la princesa Zu Wied ayudará en la cocina», escribió Carin cuando planeaba dar una pintoresca comida sueca al estilo campesino con la ayuda de sus amigos y su devota criada Cilli; los invitados de los Goering incluían a Thyssen, Hjalmar Schacht y a Hitler. «¡Nuestra casa está tan abarrotada de políticos que me volvería loca si no fuera tan fascinante!», dice Carin en un arrebató. Su círculo social en expansión incluía empresarios, altos cargos de las embajadas (a los que Goering había conocido inicialmente por motivos de negocios) y una colección de aristócratas que por una razón u otra observaban con interés el avance del partido con la esperanza de que algún día pudiera ofrecerles protección para sus negocios o intereses personales.

Otros de los invitados mencionados en las cartas de Carin a casa incluyen al príncipe Henckel-Donnersmark, un acaudalado empresario y terrateniente de Silesia, y al barón Koskull de la legación sueca, así como varios otros miembros de la aristocracia. La Nochebuena de 1930, Goering trajo a casa «encantadores regalos personales» y todos cantaron villancicos después de una cena con carne fría y frutas; Thomas von Kantzow estuvo presente y cantó villancicos con su madre. Goebbels también vino a almorzar el día de Navidad, cuando llegó el príncipe Augusto Guillermo, trayendo como regalos azucenas y una manta de pelo de camello. Posteriormente, en 1931, los Goering serían invitados a Doorn a pasar una semana con el exKáiser, quien, según Hanfstaengl que era otro amigo íntimo de Auwi, estaba lo suficientemente interesado en los nazis como para haberle escrito a Hitler y nombrar de manera informal a Auwi como su representante en el partido^[24]. El hogar de los Hanfstaengl en Múnich se convertiría en uno de esos lugares de reunión social que tan útiles le fueron a Hitler durante los primeros años de debate y organización, y Hanfstaengl dejó constancia de que fue ahí, el 24 de febrero de 1930, donde Goering consiguió disuadir a Hitler de decir una oración fúnebre sobre el cuerpo de Horst Wessel, un miembro de las SA que gozaba en vida de mala reputación y que había muerto el día anterior en un riña de taberna: una acción propagandística que Goebbels se moría por llevar a cabo. Goering representó una influencia moderadora en este debate, y su victoria sobre Goebbels era una señal de que había vencido la desconfianza de Hitler hacia él.

Pero antes de convencer finalmente a los empresarios de que apoyaran al partido, el partido tuvo que hacer frente a la disensión en sus propias filas entre la «izquierda» y la «derecha» y luchar en la amarga campaña electoral del verano de 1930. El

mando de las SA (que ahora contaban con unos 100 000 hombres, sobrepasando la cifra permitida por el Reichswehr) seguía en manos de Pfeffer; el mando que Goering anhelaba. Las SA estaban compuestas principalmente de desempleados con gusto por las manifestaciones y la violencia; eran los representantes más o menos conscientes de los «desposeídos» en Alemania. Hitler, Goering y Goebbels contemplaron su fuerza creciente con desconfianza; se necesitaba una mano fuerte para controlarlos. Otto Strasser, director del *Berliner Arbeiterzeitung* era, como siempre había sido, un radical y sus artículos pseudorrevolucionarios en apoyo de huelgas y disturbios en la industria eran cada vez más embarazosos para Hitler y el ala derechista del partido, ahora que se habían comprometido con obtener el poder por medios legales y convencer a los empresarios para que los apoyaran. En junio de 1930, Hitler y Otto Strasser se reunieron en Berlín sin llegar a un acuerdo. Hitler regresó al sur, a Múnich, y ordenó a Goebbels, como Gauleiter de Berlín, que expulsara a Strasser del partido. Strasser respondió fundando su propio movimiento nacionalista, el Frente Negro.

Esta expulsión del hombre que parecía ser el paladín de los desposeídos enfureció a las SA, cuyo comportamiento anárquico era contemplado con desconfianza por los empresarios con los que Goering se relacionaba. Las oficinas del partido en Berlín fueron asaltadas por las SA en septiembre, el mismo mes de las elecciones, y Hitler en persona tuvo que ir a Berlín a rescatar a Goebbels de esa situación imposible. Usó sus considerables poderes de persuasión y su prestigio como líder del partido para tranquilizar a los gamberros de las SA y prometerles el paraíso. Se nombró a sí mismo su comandante y después, en enero de 1931, nombró a Roehm, a quien había convocado para que volviera de un trabajo como instructor militar en Bolivia, jefe de Estado Mayor de las SA. Fue un momento amargo para Goering pero, como demostrarían los acontecimientos posteriores, estaba mejor empleado donde estaba.

Goering, mientras tanto, como todos los jefes nazis, hablaba en público en todo mitin que Goebbels pudiera organizar a través de los representantes del partido en Alemania. La consigna electoral era «¡Despierta, Alemania!». Carin a menudo viajaba con su esposo, y su salud se resentía del incesante ajetreo de viajar de un lugar a otro. Sus cartas revelan la intolerable tensión a la que estaba sometida durante este último año de su vida activa con Goering. Durante el verano de 1930 se derrumbó y tuvo que retirarse a una casa de reposo en Kreuth, Baviera. Cuando podía, Goering, acompañado de su hijastro Thomas, la visitaba los fines de semana. En agosto se había recuperado lo suficiente para asistir a la asamblea del partido en Núremberg con su esposo, pero una vez más la tensión resultó ser demasiado para ella y regresó a la casa de reposo para recibir más tratamiento.

Las elecciones se celebraron el 14 de septiembre. El resultado fue una destacada victoria para los nazis y un significativo paso adelante en su campaña por hacerse con el poder. Recibieron casi seis millones y medio de votos, lo que les dio derecho a 107 escaños. De la noche a la mañana habían pasado de las profundidades de la política

alemana a ser la segunda fuerza en el Reichstag. Ahora podían negociar desde una posición de fuerza, aprovechándose en toda ocasión de la debilidad y vacilación del gobierno democrático de Alemania.

Todo Occidente se dirigía a un periodo de dificultades financieras que minaría su fortaleza y resistencia moral a la corrupción. Esos fueron los años oscuros. El derrumbe de Wall Street sucedió en otoño de 1929. Stresemann, el único estadista con visión, recursos y resistencia a la adversidad de los sucesivos gobiernos democráticos, había muerto. El mariscal de campo Von Hindenburg, anciano y obstinado, era el presidente. Brüning, del Partido de Centro Católico, honesto y bienintencionado, había intentado gobernar como canciller sin el Reichstag, pidiendo poderes de emergencia, y había fracasado. El resultado de esos acontecimientos fueron las elecciones que catapultaron a los nazis al umbral del poder.

Hitler estaba ahora más convencido que nunca de que la forma correcta de lograr su ambición era la vía legal y constitucional. Goering aceptó por completo esta política. Tras aprobarse una Ley para la Protección de la República en 1930, en un intento de suprimir los crecientes desórdenes públicos, Goering dijo: «Combatimos contra este Estado y el presente sistema porque queremos destruirlo por completo... pero de manera legal» para satisfacer a «los cabizbajos ciudadanos corrientes. Antes de que tuviéramos la Ley de Protección de la República decíamos que odiábamos este Estado; bajo esta ley decimos que lo amamos... ¡y todo el mundo sabe lo que queremos decir^[25]!». Cuando tres saboteadores fueron acusados por el Ministerio de Defensa de promover las doctrinas nazis entre el ejército, Hitler en persona compareció ante el Tribunal Supremo en Leipzig como testigo de la defensa; allí hizo su célebre afirmación de que la revolución nacional alemana tendría lugar por medios constitucionales y que entonces, usando también medios constitucionales, «daremos forma al Estado de la manera que consideramos correcta». Esto fue el 25 de septiembre, once días después de los resultados de las elecciones.

Así, los nazis continuaron jugando a un astuto doble juego para atraer tanto a los trabajadores como a los empresarios a sus redes políticas. El 14 de octubre Goering firmó, junto con Goebbels, Gregor Strasser y otros diputados nazis una moción para presentar ante la cámara que recomendaba la confiscación de «todas las propiedades de los magnates de la banca y de la bolsa... para beneficio del pueblo alemán sin compensación», y que «todos los bancos grandes, incluyendo el llamado Reichsbank», deberían «convertirse en propiedad del Estado sin más demora^[26]». Hitler se enfureció y la moción fue retirada. Sólo dos meses después, en diciembre, Strauss, un miembro de la junta del Deutsche Bank, invitaba a Hjalmar Schacht, que había dimitido de su puesto de presidente del Reichsbank, a cenar con él para que conociera al diputado Hermann Goering. La impresión que Goering causó en Schacht fue la de una «persona agradable y bien educada» sin «nada que pudiera describirse como radicalismo político irreconciliable o intolerable^[27]».

Goering se apresuró a invitar a Schacht a una cena en la que éste podría conocer a

Hitler en persona. Esa fiesta tuvo lugar el 5 de enero de 1931. Fritz Thyssen y Goebbels también estuvieron presentes. Schacht comentó lo confortable y de buen gusto que era el «agradable hogar de clase media de los Goering». No encontró ostentación alguna. *Frau* Goering le pareció de lo más amable y encantadora; le dio una comida «en esencia sencilla» y luego se retiró a un sofá a escuchar la conversación. Hitler no llegó hasta después de la cena, vestido con los pantalones oscuros y la chaqueta marrón del uniforme del partido. Estaba evidentemente ansioso por tranquilizar al que fuera presidente del Reichsbank; Schacht lo estudió cuidadosamente y lo encontró una persona natural, sin pretensiones ni artificios. Se percató de la forma en que tanto Goering como Goebbels se retiraban a un segundo plano y dejaban las cosas en manos de Hitler, quien monopolizó la conversación. Schacht se quedó impresionado con la sensatez y moderación de Hitler, aunque al mismo tiempo se vio conmovido por la «absoluta convicción sobre la rectitud de sus opiniones y su determinación a traducir esas opiniones en acciones».

Schacht afirma que, como resultado de este encuentro, intentó convencer a Brüning de que debía formar un gobierno de coalición para usar la fuerza de los nazis al mismo tiempo que moderaba su política, pero su sugerencia fue rechazada. Tales sugerencias eran típicas de las intrigas fútiles de una democracia débil y vacilante ante la inminente marea nazi, que aunque sólo controlaban el dieciocho por ciento del electorado, se enfrentaba a un rival que todavía seguía pensando en el gobierno en término de ventajas tácticas menores que una persona obtenía sobre otra. Esto puede funcionar cuando los hombres que buscan cargos gubernamentales o los tienen son honestos y desean servir al bienestar general de una comunidad estable. Pero en la Alemania de 1930, con tres millones de parados y los combates callejeros diarios promovidos por los nazis contra sus oponentes —los comunistas—, tales tácticas eran un suicidio político.

Hitler no hubiera aceptado esa forma de coalición restrictiva para él. Tenía cosas más importantes que hacer: convencer a los empresarios y banqueros de que los nazis eran la única forma de asegurar un gobierno estable de derechas y que debían invertir a gran escala en financiar al partido. William L. Shirer confeccionó en su momento una lista de hombres eminentes de la industria que decidieron que Hitler era su hombre. Walther Funk, editor de uno de los principales periódicos de economía, se había unido al partido nazi a instancias de los empresarios que controlaban las minas en Renania; necesitaban un portavoz que pudiera influir en Hitler a favor de la empresa privada. Otros de esos hombres fueron el barón Kurt von Schroeder, banquero, Georg von Schnitzler del IG Farben y el fabricante de pianos Carl Bechstein, que apoyó a Hitler desde fecha temprana. Thyssen ya había entrado en el redil y Schacht iba de camino. Shirer estima que, entre 1930 y 1933, una sección sustancial de la industria alemana apoyaba al partido nazi con muchos millones de marcos al año. En agosto de 1931 Hitler pudo regalarle a Goering un gran Mercedes; luego vería lo imprevisible que era Goering como conductor, que se pasaba con el

coche al carril contrario de la carretera y hacía sonar el claxon continuamente para advertir a los coches que se acercaban por ese carril^[28].

Pero 1931 fue para Goering un año de sufrimientos personales. En una fiesta de las Navidades anteriores, Carin se había desvanecido mientras la familia cantaba «Noche de Paz». En primavera volvía a estar gravemente enferma y oyó por casualidad cómo el médico le decía a su marido que jamás se recuperaría; consiguió reunir fuerzas, pese a ello, y se aferró a la vida durante unos cuantos meses más.

Pese a su preocupación por el estado de salud de Carin, Goering tenía que hacer frente además a nuevas y difíciles tareas dirigidas a derrotar a Brüning, que seguía teniendo a su favor la mayoría de los votos en el Reichstag. En mayo, Hitler lo envió a Italia a una misión en el Vaticano. Hitler se percató de que Brüning recibía gran parte de su apoyo de las áreas católicas de Alemania, como Renania y Baviera, y que los católicos consideraban que el partido nazi abogaba por el paganismo. Aunque Goering era protestante, estaba considerado como el hombre con más relación con la religión entre el círculo cercano a Hitler; también era un orador habilidoso. Cuando Goering llegó a Roma, se reunió con el cardenal Pacelli, en aquel entonces secretario de Estado del Vaticano, pero que más tarde llegaría a ser el papa Pío XII. Esa visita causó muchas especulaciones en la prensa. Tras su regreso, Goering dejó claro en una entrevista en el *Nationalzeitung* que no se había entrevistado con el Papa, como afirmaban los periódicos izquierdistas; y añadió: «Señalé que el partido apoya de manera inequívoca la constitución de una cristiandad positiva, y también expresé de manera tajante la exigencia del Führer de que la Iglesia Católica no debería interferir en los asuntos internos del pueblo alemán^[29]».

Antes de ser enviado en esta misión a Roma, el 3 de febrero, Goering había ayudado a poner en marcha la salida del Reichstag que organizaron los nazis y otros partidos de derechas en protesta contra el gobierno de Brüning. Los nazis no volverían a ocupar sus escaños hasta septiembre, cuando regresaron para intentar otras tácticas en su esfuerzo por obligar a dimitir a Brüning. Esta retirada organizada del partido llevó a que el partido estableciera un vínculo entre el general Kurt von Schleicher, en representación del ejército, y Roehm, en representación del partido nazi y las SA. El apellido Schleicher en alemán significa «intrigante», y ésa sería la naturaleza de sus actividades a la hora de tratar con los nazis. El presidente Von Hindenburg prestaba oídos a Schleicher y se había convertido en el agente político tanto del ejército como del Ministerio de Defensa; su intervención había resultado decisiva a la hora de influenciar a Hindenburg para que nombrara canciller a Brüning en 1930. El equilibrio de poder existente entre la oposición a Hitler era como mucho inestable y plagado de desconfianzas. Hindenburg tenía ochenta y cuatro años, estaba inevitablemente predispuesto a favor de la depuesta monarquía y de la importancia política del ejército; el Reichstag en sí estaba debilitado por demasiados partidos minoritarios que buscaban mezquinas ventajas sobre los demás.

Brüning intentaba superar las dificultades que atravesaba Alemania mediante

decretos que al final resultaron ser ineficientes. Schleicher estaba a favor de un gobierno autoritario independiente de los nazis pero dependiente del apoyo del ejército. Cuando los nazis obtuvieron su asombrosa victoria en las elecciones de septiembre de 1930, Schleicher cambió las bases de sus cálculos. A la luz de los recientes acontecimientos bien pudiera ser necesario incluir a los nazis en su plan para establecer una coalición que impusiera su gobierno sobre Alemania pasando por encima de los estúpidos del Reichstag.

Goering, mientras tanto, era muy consciente de la intrusión cada vez mayor de Roehm en el terreno diplomático, que Goering consideraba como propio. Se ha afirmado que Roehm fue crucial a la hora de poner en marcha el célebre pero fallido intento de reunión entre Hitler y Hindenburg el 10 de octubre, y que preparó el terreno reuniéndose en privado con Hindenburg por adelantado. Sin embargo, las pruebas apuntan a que la mejor explicación es que fue el propio Schleicher, a desgana, el que consiguió esa concesión del presidente y que Roehm fue el iniciador de la idea. Roehm, sin embargo, perdió todo el prestigio que pudiera haber ganado con esta maniobra cuando Hindenburg se negó bajo ningún concepto a reunirse con un hombre del que sabía que era un pederasta. El «cabo bohemio», como llamaba el presidente a Hitler, debía acudir apropiadamente acompañado, y Goering, diputado del Reichstag y antiguo oficial del ejército con una *Pour le Mérite* en su haber, era el hombre que el presidente prefería para esa función.

La convocatoria del presidente llegó en un momento problemático. Para Hitler era un momento inoportuno para una reunión tan importante. Su sobrina Geli Raubal acababa de suicidarse con la pistola de su tío, aunque la chica era veinte años más joven que Hitler, éste sentía un amor obsesivo y ejercía sobre ella un despotismo patológico que es la única explicación razonable para su suicidio. Las opiniones de Hanfstaengl sobre la enfermiza relación de Hitler con su sobrina revisten cierto interés. Afirma que Hitler usaba a Geli, que, como su madre, dependía por completo de Hitler, en este caso para satisfacer sus peculiares gustos sexuales o para superar su probable impotencia mediante la excitación que le producía. Hanfstaengl afirma haber visto dibujos pornográficos de Geli hechos por Hitler que el Führer se negó a destruir tras su muerte, cuando desaparecieron, para reaparecer como motivo de chantaje. El escándalo que rodeaba a su muerte pronto llegó a la prensa; pero Gürtner, el ministro bávaro de Justicia, fue persuadido para que hiciera caso omiso de la obvia necesidad de una investigación del caso; el cuerpo fue enviado a Viena para su entierro, donde Himmler y Roehm representaron a Hitler. Goering, aparentemente, estaba completamente dispuesto a aceptar una explicación completamente romántica de la muerte de Geli, y más tarde diría en presencia de Hitler que creía que lo ocurrido era el resultado de un accidente y no de un suicidio. A lo cual, según Hanfstaengl, Hitler cayó llorando sobre el hombro de Goering, diciendo: «Ahora sé quién es mi amigo de verdad». «Puro oportunismo por parte de Goering», comentaría Hanfstaengl. Como Goering después de la muerte de su esposa, Hitler conservó un

recuerdo de Geli, en la forma de un busto esculpido, en una especie de capilla rodeada de flores.

La conmoción por la muerte de Geli le causó a Hitler una crisis emocional de la que jamás se recuperaría por completo. Se retiró a Tegernsee, Baviera, en un estado de completo derrumbe emocional. Cuando le llegó la noticia de que Hindenburg consentía finalmente en reunirse con él acompañado de Goering, Hitler simplemente preguntó dónde estaba Goering. En Suecia, fue la respuesta, junto al lecho de su esposa moribunda.

Carin se moría; su corazón le fallaba. A principios de verano había estado en una casa de reposo en Silesia; posteriormente pareció recuperarse lo suficiente para disfrutar de un paseo en el nuevo Mercedes de la familia. Pero el 25 de septiembre recibió la noticia de que su madre había fallecido. Carin se desmayó; cuando al fin recuperó la consciencia, murmuró: «Creía que iba a seguir a mamá...». Insistió en que Goering la llevara a Estocolmo para el funeral. Su estado era tan débil que llegaron cuando el funeral ya se había celebrado. A Carin sólo le quedaban unos pocos días de vida.

Goering amaba a su esposa, pero había hecho que su vida fuera muy difícil. Carin se había entregado de manera desprendida a él y a la causa política que había adoptado con ciego entusiasmo porque era la de su marido. Cuando llegó el telegrama de Hitler que ordenaba a Goering que regresara inmediatamente para reunirse con Hindenburg, Carin hizo su último gesto de autosacrificio. Goering se arrodilló junto a su lecho mientras ella le rogaba que la dejara y volviera a Alemania. Finalmente, accedió a marcharse. Nunca más volverían a verse.

La reunión para la que Goering había vuelto tan a desgana tuvo lugar el 10 de octubre. No quedan registros de lo que se dijo. Una declaración oficial publicada ese mismo día decía: «El presidente del Reich ha recibido hoy a *Herr* Adolf Hitler y al capitán Hermann Goering, miembro del Reichstag, y ha obtenido de ellos una descripción detallada de los objetivos del movimiento nacionalsocialista. A todo esto siguió una discusión de asuntos de política interior y exterior».

La reunión fue naturalmente objeto de muchas especulaciones. Se dice que Hitler se puso nervioso y que habló demasiado, y Hindenburg, según algunos, le dijo a Schleicher que a lo más que podía aspirar Hitler era a ser ministro de Correos y Telégrafos. Hitler y Goering acudieron nada más salir de la reunión a una concentración nacionalista en Bad Harzburg en la que, una vez más, el gobierno de Brüning recibiría fuertes ataques por parte de un contingente procedente de diversos partidos de derechas y notables representantes de los empresarios. Hitler se comportó de manera mecánica y al final se retiró de la concentración porque los demás líderes de los otros partidos lo eclipsaban. A este fracaso siguió una gran asamblea de las SA y las SS (los *Schutztaffel*, guardias de elite) en Brunswick el 17 de octubre, donde Hitler aguantó de pie un desfile que supuestamente duró seis horas y que, desde luego, le devolvió la sensación de poder. Goering estaba de vuelta en Berlín

organizando otro asalto más contra Brüning, quien el 13 de octubre había anunciado otra vez un nuevo gobierno reconstituido del Reichstag. El 16 de octubre, una moción de censura fue derrotada por el estrecho margen de veinticinco votos. Y entonces, el 17 de octubre a las cuatro de la mañana, Carin murió.

Según la descripción de Fanny de las últimas horas de vida de su hermana, Carin estaba tranquila y sus ojos parecían mostrar felicidad, pero no podía dormir; habló con la enfermera de noche sobre su marido e hijo Thomas, y luego rezó por ambos, mientras sus ojos se abrían enormemente, como si tuviera una visión. Cuando llegó la hora, murió sin dolor.

Goering, afligido por el dolor, viajó a Estocolmo acompañado de su hermano Karl y su amigo Koerner. Encontró el cuerpo de su esposa yaciendo en un lecho rodeado de flores en la Capilla Edelweiss en el jardín posterior de la casa. Se arrodilló junto a ella, solo, abrumado por el pesar y el remordimiento de no haber estado con ella cuando murió. El día de su cumpleaños, el 21 de octubre, su cuerpo fue trasladado a Lövoe, cerca de Drottningholm, para ser enterrado en la cripta familiar.

Goering volvió directamente a Alemania tras el funeral. Se fue a vivir al Hotel Kaiserhof, que era el cuartel general de Hitler en Berlín. La única manera que tenía de superar su dolor era volcarse por entero al servicio de Hitler. Eso no fue problema: los siguientes quince meses se contaron entre los más ocupados de su vida.

El calendario político para 1932 estuvo completo. En marzo y en abril tuvieron lugar dos elecciones presidenciales sucesivas, seguidas inmediatamente por las elecciones estatales. En mayo, Brüning se vio obligado a dimitir y en junio Franz von Papen, un conocido de Goering, se convirtió en canciller. A eso siguieron en julio las elecciones al Reichstag, con un aumento de votos para los nazis. En agosto sobrevino la negativa por parte de Hindenburg de hacer canciller a Hitler, seguida por la movilización de las SA y la declaración de ley marcial por Papen. En septiembre tuvo lugar el célebre asunto del enfrentamiento entre Goering y Papen por la disolución del Reichstag. En noviembre Papen dimitió y las nuevas elecciones trajeron una pérdida de dos millones de votos para los nazis; en diciembre, Schleicher fue nombrado canciller. Luego vinieron las negociaciones finales que condujeron a la caída de Schleicher y, mediante las intrigas de Papen, el ofrecimiento de la cancillería a Hitler el 30 de enero de 1933.

Toda esta ardua campaña se planeó y libró desde el cuartel general de Hitler en el Kaiserhof y a menudo también desde el piso de Goebbels, donde el círculo interno de líderes se reunía y hablaba durante toda la noche. En sus diarios y biografías oficiales, tanto Goebbels como Goering afirman haber tenido una gran iniciativa personal durante este periodo de lucha crítica. Ambos estaban cerca del Führer, ambos necesitaban el reflejo de su gloria como recompensa. Goebbels acababa de casarse, y su esposa, Magda Quandt, que, como Carin, era divorciada, era una mujer de medios considerables y completamente devota de Hitler, con quien se llegó a pensar en cierto momento que se casaría. Goering tenía que ver cómo el Führer, que

tanto cariño demostrara por Carin, pasaba sus horas nocturnas en compañía de la familia de un rival. Goering se mudó a otro piso, en la Kaiserdamm y volvió a la inquieta vida de soltero. Cuando se encontraba en Múnich era, como Hitler, un visitante frecuente de la casa de Hanfstaengl. Añoraba profundamente la atmósfera doméstica que Carin había creado para él, y hasta cierto punto debía ser consciente de que no caía bien entre los demás líderes del partido. Hitler lo admiraba con reparos; le impresionaban sus capacidades como orador y, sobre todo, sus contactos sociales. «Lléname la barriga e iré a por ellos con energía», le comentó Hitler a Hanfstaengl.

El primer problema era hacer que Hitler se decidiera a presentarse a las elecciones presidenciales. Hitler se había negado a rajatabla a apoyar la propuesta de Brüning de extender el periodo de mandato de Hindenburg como presidente sin recurrir a las elecciones, elecciones que según afirmaba Brüning perturbarían aún más a la nación durante ese periodo de dificultades políticas y económicas. Pero cuando las elecciones presidenciales se convirtieron en inevitables, Hitler titubeó durante interminables semanas antes de consentir que su nombre fuera presentado como oponente a la formidable candidatura de Hindenburg. Goebbels admite que Goering fue «una ayuda valiosa» para Hitler en ese momento, un raro cumplido procedente de un hombre tan egotista. No fue, sin embargo, hasta el 22 de febrero cuando Hitler se decidió finalmente y permitió que se hiciera una declaración pública sobre sus intenciones de presentarse a las elecciones. Toda la máquina de propaganda nazi entró inmediatamente en acción y Goering, como los demás oradores nazis, recorrieron el país, hablando en una interminable sucesión de mítines.

La oratoria nazi era pura agitación demagógica mediante la palabra y el gesto, una forma de mímica con fines políticos. El que se consideró como el mejor discurso de Goering en apoyo de Hitler, dado en un mitin en el Estadio de los Deportes de Berlín, en realidad no fue más que una fanfarria de palabras huecas, sin un solo hecho ni argumento razonado; y sin embargo, al ser proclamado en la potente voz de Goering, tuvo un efecto dinámico sobre la audiencia nazi que contemplaba los discursos electorales como espectáculos embellecidos por la música y las banderas de Goebbels y los desfiles de los hombres de Roehm. Esos grandes espectáculos organizados, con su siniestro respaldo de violencia en las calles, eran la forma de presión usada sobre el pueblo alemán para obligar al voto que pondría el poder en las ansiosas manos de Hitler. Goering se sumergió en el torrente de palabras que todos ellos se sabían de memoria y que recitaban sin pensar, mientras los altavoces resonaban sobre los rostros alzados de un público aturdido por el estruendo de las palabras.

¡Hombres y mujeres de Alemania! Muy poco tiempo nos separa de la hora del destino de la nación alemana. El pueblo alemán será quien decida si la historia alemana puede volver a comenzar o terminará ¡para siempre! ¡Se acerca! El día en el que dirá su férreo sí o no; dirá si la catástrofe, si el desastre de 1918,

si las carencias de los últimos trece años le conducirán completamente al caos y a la desintegración en el bolchevismo, o si comenzará la ascensión de una nueva Alemania, que permitirá al pueblo alemán volver a formar parte de la gloriosa historia de sus antepasados.

El propio pueblo alemán, a quien amo con toda la fuerza de mi corazón, juzgará por sí mismo el sistema que lo ha colocado en una deshonrosa servidumbre, una esclavitud interior y exterior. Las protestas del sufriente pueblo alemán serán un tremendo grito contra la tortura que padece, una tortura que lleva soportando, mental y físicamente, desde hace trece largos años. ¡Álzate, pueblo! Volverá a ser libre, interior y externamente. Nosotros, los nacionalsocialistas, hace años que somos los acusadores en nombre del pueblo. ¡Acusamos al sistema! Acusamos a los partidos creados por el sistema. Acusamos a los hombres que lo representan. Hemos despertado al pueblo. Hemos puesto empeño para que no se pueda dormir de nuevo al pueblo alemán con el narcótico de nuevas promesas, que siempre traen consecuencias funestas. Durante años hemos trabajado para crear una nueva nación, y los cielos bendecirán esta gran obra y a aquéllos que la llevan a cabo, desde el más humilde de los hombres de las SA hasta nuestro Líder, porque Dios no tolerará la esclavitud^[30].

«Goering habla bien», anotó Goebbels en su diario esa noche.

El 13 de marzo, el día de las votaciones presidenciales, Hitler perdió, pero la pérdida de las elecciones no fue de ninguna manera catastrófica. Hitler obtuvo más de once millones de votos contra los poco más de dieciocho millones y medio de Hindenburg. Teniendo en cuenta a los demás candidatos (Thaelmann, el comunista, obtuvo unos cinco millones), Hindenburg se quedó corto por la mayoría absoluta exigida por la constitución para hacer necesaria otra ronda electoral de desempate. La policía prusiana asaltó las oficinas de los nazis el 17 de marzo, y la redada demostró, para satisfacción de Brüning, que, si Hitler hubiera ganado la presidencia, hubiera movilizad o inmediatamente a las SA para llevar a cabo un golpe de Estado. El 19 de marzo, Goering convocó una conferencia de prensa en el Kaiserhof para los corresponsales extranjeros. Se mostró muy afable. Los había reunido allí —explicó— para asegurarles una vez más el deseo del partido de proceder con la más absoluta legalidad en todos los asuntos.

Fue de lo más encomiable por nuestra parte [dijo] el recluir a trescientos cincuenta mil SA en sus propios cuarteles el día de las elecciones. Al hacer esto, prevenimos que se derramara sangre. En cuanto a las alegaciones de la policía de que nosotros los nazis nos preparábamos para tomar Berlín, la idea es completamente absurda. Tenemos derecho a tomar nuestras propias medidas para evacuar de la ciudad a nuestras mujeres y niños, y protegerlos

del daño que pudieran causarles grupos de agitadores gubernamentales y, de hecho, eso fue lo que hicimos. Les aseguro, caballeros, que contamos con tantos oficiales del ejército en nuestras filas que de haber querido sublevarnos lo hubiéramos hecho de una forma completamente diferente^[31].

En la segunda votación, el 10 de abril, Hindenburg consiguió a duras penas su mayoría absoluta pese al hecho de que Hitler aumentó sus votos en otros dos millones. El 13 de abril se proclamó un decreto de emergencia que prohibía a las SA y las SS, así como también al cuerpo especial de aviación de los nazis, que Goebbels usaba para transportar oradores de un lugar a otro, y que Goering apoyaba con empeño porque en él estaban las semillas de una futura fuerza aérea. Hitler, por una vez, hizo gala de paciencia diplomática ante la aparente disolución de su ejército privado. Hacia principios de mayo, Hindenburg obligó al general Wilhelm Groener, ministro de Defensa y del Interior, a extender la prohibición a todas las organizaciones paramilitares, incluyendo la favorita del ejército, la organización *Stahlhelm* de veteranos derechistas del ejército. Entonces, los nazis decidieron que había llegado la hora de actuar. El 9 de mayo, Goering arremetió verbalmente con toda su ira contra Groener en el Reichstag:

No crean que al quitarle su camisa parda pueden quitarle también su espíritu al hombre de las SA. Cuando los demás partidos a menudo cambian de política, así como de camisa, en este caso el espíritu y la política siguen siendo los mismos pese a la prohibición y la represión. La fidelidad y la camaradería, que para muchos de ustedes se han convertido en fantasmas, como sus juramentos, son para nosotros la base de la unión entre los alemanes, que permanecerán unidos por su país y su pueblo. Por tanto, es natural que en el día de hoy, tras el dictamen del gabinete, expresemos en voz alta nuestras sospechas. Un gobierno que ha perdido todas sus batallas en el campo de la política interior, la exterior y la económica, ya no puede contar con nuestra confianza. Siempre ha ocurrido así en la historia. Cuando un general ha perdido una batalla, tiene que retirarse. Las tropas no están ahí para desangrarse hasta morir por el general, y el pueblo no existe para que lo arruine un gobierno que ya no es dueño de la situación. Así que hoy declaramos que el gobierno ya no goza de la confianza del pueblo, ¡el pueblo clama por hombres nuevos! Hacemos un llamamiento a todos aquellos que quieren ayudar en la reconstrucción de Alemania... Cumpliremos con nuestra misión histórica de reconciliar todas las clases y dejar claro a todos que la cuestión del destino nacional debe quedar por encima de las mezquinas cuestiones de la vida diaria, y que las clases, confesiones y profesiones deben inclinarse ante el problema del destino de la nación alemana... El gabinete Brüning debe desaparecer. Debe desaparecer para que Alemania pueda

vivir^[32].

Cuando fue recibido con abucheos y silbidos por la izquierda, Goering gritó: «¡Caballeros, creo que están ustedes especializados en alta traición!». Groener fue obligado a dimitir, traicionado a sus espaldas por Schleicher, que ahora estaba cambiando sus lealtades hacia Hitler. Schleicher le había dicho a Hindenburg que Groener ya no gozaba de la confianza del ejército. Hindenburg le pidió fríamente a Brüning que dimitiera; Schleicher, aliado con los nazis, había prevalecido. Las SA y las SS continuaron intactas, pero Hitler las mantuvo temporalmente sin uniformar y fuera de las calles de Berlín, concentrándose en las siguientes elecciones. Goering siguió en contacto con Schleicher.

Brüning, el «asceta monjil», como lo llamaba Goering, dimitió formalmente el 30 de mayo. Hindenburg convocó inmediatamente a Hitler a Berlín; Goering fue con él para ver al presidente, que les informó, sin invitarles a tomar asiento, que iba a nombrar canciller a Papen. Hitler dijo que estaba dispuesto a apoyarlo, pero el precio inmediato que Papen tuvo que pagar fue levantar la prohibición sobre las SA el 15 de junio.

Inmediatamente comenzó en muchas ciudades alemanas una sangrienta oleada de batallas callejeras entre los nazis y los comunistas. Hitler consideró que Papen jamás tendría la confianza del Reichstag y que tendrían lugar otras elecciones en las que intentaría mejorar aún más la posición del partido nazi. Hubo algún debate sobre si Hitler debía ser el vicescanciller de Papen. «Recuerdo que le dije a *Herr Von Papen*», dijo Goering en Núremberg catorce años después, «que Hitler podía llegar a ser una gran cantidad de cosas, pero jamás un “vice”. Fuera lo que fuese que llegara a ser, estaría naturalmente en la posición más elevada^[33]». Así, el 1 de junio Papen se convirtió en canciller; disolvió el Reichstag y una vez más se volvieron a anunciar elecciones para el 31 de julio. Tan grandes fueron los disturbios durante el mes de julio que Papen disolvió el gobierno estatal prusiano y se nombró a sí mismo comisario del Reich para Prusia.

Dieciocho meses después, Goering recordaría, con las patentes simplificaciones de un fanático profeso, sus sensaciones en aquel momento. Por encima de todas las cosas, afirmó, venía su devoción a Hitler, la suma de cuyas virtudes describe como «algo místico, inexplicable, casi incomprensible... Amamos a Adolf Hitler porque creemos que Dios nos lo ha enviado para salvar a Alemania...». A Hitler le ofreció su «lealtad firme e incondicional»; a cambio, recibió «confianza incuestionable». «¡Su autoridad es un hecho indiscutible como la del rey Arturo en la Mesa Redonda!», escribió Goering. «El gran error del sistema anterior de liberalismo fue imaginar que el pueblo querría gobernarse a sí mismo, y ser su propio líder. No, el pueblo quiere ser gobernado y tener líderes... El partido bien podría combatir en la oposición dentro del sistema parlamentario, pero a Adolf Hitler le hubiera sido imposible gobernar en un parlamento democrático de esa manera^[34]».

En las elecciones, los nazis aumentaron su control del país al superar del doble de los votos anteriores. Ahora tenían 230 escaños. Pese a ello, Hindenburg se negó a entregar la cancillería a Hitler. En la reunión entre ambos el 13 de agosto, Hitler, que una vez más estaba acompañado de Goering, se negó a las exigencias de Hindenburg para que cooperara en un gobierno de coalición. Hindenburg, que entonces tenía ochenta y cuatro años, despreciaba tanto a sus invitados que ni les invitó a que se sentaran; permaneció de pie todo el tiempo frente a Hitler en un intento por someterlo. Pero fue inútil. Hitler y Goering estaba decididos a destruir el gobierno de Papen, y también al gobierno de cualquier otro ministro que se interpusiera entre Hitler y la cancillería. Sabían que casi estaban en el poder. Goering escuchó de pie mientras el anciano, apoyado en su bastón, «exhortaba solemnemente a *Herr* Hitler a que por bien del partido nazi ejerciera su oposición de manera caballerosa».

El nuevo Reichstag se reunió el 30 de agosto de 1932. Goering fue propuesto como su presidente por los nazis, en alianza con el Partido de Centro y el Partido Popular Bávaro, y fue elegido^[35]. En su primer discurso como presidente del Reichstag, volvió a atacar a Papen:

Prometo cumplir con los deberes de mi cargo con imparcialidad, justicia y según las leyes de esta asamblea. Mostraré la debida consideración por las regulaciones y la dignidad de esta asamblea. Pero debo dejar perfectamente claro que seré igualmente vigilante a la hora de asegurar que el honor y la dignidad del pueblo alemán no sean atacados en esta asamblea. La gloriosa historia del pueblo alemán siempre encontrará en mí un defensor dispuesto. Proclamo a todo el pueblo alemán que esta sesión ha demostrado claramente que el nuevo Reichstag tiene una mayoría activa y capaz de dirigir los asuntos de Estado sin que el gobierno tenga que recurrir a medidas de emergencia. El hecho de que tengamos un gabinete nacional me inspira esperanza en que seré capaz de cumplir con mi deber como presidente del Reichstag y que el honor del pueblo, la seguridad de la nación y la libertad de la patria serán las principales estrellas que guíen todas mis acciones^[36].

La elección de Goering como presidente del Reichstag fue un gran triunfo personal para el hombre que sólo cinco años antes era un exiliado sin hogar ni futuro en Alemania, y que siete años antes estaba confinado en Langbro con una camisa de fuerza. Pese a su nuevo cargo, Goering nunca dejó de entablar negociaciones para su amo. Como Goebbels y Roehm, se convirtió en miembro del Herrenklub, el lugar de reunión más exclusivo de Berlín, y allí pudo apaciguar las suspicacias de los *Junkers*, los altos mandos del ejército y los grandes empresarios alemanes. Todos estos éxitos llegaron como resultado de lo que Goering definió como «las tácticas de la legalidad». Sin embargo, no fue un escrupuloso seguidor ni de los procedimientos

parlamentarios ni de las reglas de la caballerosidad el primer día que el Reichstag se reunió bajo su presidencia. Eso fue el 12 de septiembre, el día en que, como lo expresó Goering, «tuvo lugar esa famosa escena en la que *Herr Von Papen* quiso disolver el Reichstag, pero yo, como presidente del Reichstag, se lo impedí».

Papen había adoptado el inusual curso de acción de obtener un decreto del presidente para disolver el Reichstag antes de que éste se reuniera. Estaba decidido a usarlo en el momento que más le conviniera, aunque no en la primera sesión. En un principio quería presentar el programa de su gobierno en un discurso preparado. Sabía que los comunistas estaban preparados para lanzar una moción de censura contra su gobierno en cuanto se abriera la sesión, pero Papen contaba a su vez con una objeción preacordada contra el lanzamiento de esta moción de censura que llevaría a cabo uno de los diputados del Partido Nacionalista. Esto le hubiera dado libertad para seguir adelante. Pero cuando en realidad ningún diputado objetó a la moción de censura comunista, el Reichstag levantó la sesión a petición del diputado nazi Wilhelm Frick. Durante ese descanso, Papen envió a buscar apresuradamente su decreto de disolución mientras Hitler debatía la situación con los principales diputados nazis en la residencia de Goering, el Palacio del presidente del Reichstag. Los conspiradores nazis decidieron que la forma más rápida de derrotar a Papen era soltar la sorpresa en el Reichstag de apoyar a los comunistas en su moción de censura. Eso sí que no se lo esperaba Papen.

Los diputados volvieron a la cámara todos juntos, y Papen reapareció con la caja roja oficial que todo el mundo sabía que era el símbolo del decreto de disolución. Pero Goering, apartando la mirada deliberadamente de Papen, pidió al Reichstag que votara sobre la moción de censura de los comunistas. Papen se puso en pie inmediatamente y exigió que le prestara atención, con el decreto en la mano que una vez leído le liberaría del control del Reichstag durante el tiempo que siguiera siendo canciller. Goering, sonriendo ampliamente como si estuviera llevando a cabo un ataque aéreo, hizo caso omiso a Papen. Papen avanzó hacia él y le puso el decreto bajo las narices. Goering siguió sin hacerle caso, concentrado en contar los votos. Papen sólo logró treinta y dos votos; 513 diputados votaron en su contra. Entonces y sólo entonces bajó la vista Goering aparentando interés por el decreto que tenía bajo los ojos. Incluso lo leyó. Y entonces lo declaró no válido porque tenía la firma de un canciller que ya no estaba en el cargo.

Papen describió en sus memorias su versión de lo ocurrido.

La cámara se convirtió en una escena de completo desorden. La sesión degeneró en una competición de tiro y en medio del tumulto Goering se negó a reconocer mi derecho a hablar. Se volvió con ostentación hacia la izquierda del Parlamento y fingió no oírme. En vez de eso, gritó: «Ya que no se ha presentado ninguna objeción a la propuesta del partido comunista, es mi intención proceder con la votación». No quedaba otra solución excepto

acercarme al estrado presidencial y golpear la mesa de Goering con el decreto de disolución y salir del Reichstag con todos los miembros del gabinete, acompañados de un bramido general de escarnio.

En su libro *Alemania Renacida* Goering describe esta burla de los procedimientos parlamentarios con un deleite cínico.

Consistía simplemente en jugar con las palabras, en una carrera contra el segundero del reloj; en el fondo carecía de importancia cómo y dónde me entregara la orden presidencial; lo importante fue que nos resistimos a ella con todas nuestras fuerzas... El gabinete de von Papen se retiró y el Reichstag continuó sentado en sus escaños. Sabía que el que siguieran sentados era sólo una farsa, pero eso también carecía de importancia... la imposibilidad de continuar jugando al juego parlamentario quedó claramente demostrada ante el pueblo.

En su testimonio en Núremberg en 1946, Goering sería igual de franco. Dijo: «Me eran indiferentes los medios por los cuales consiguiera llevar el partido al poder. Si era por medio de negociaciones parlamentarias, pues muy bien; si era mediante decisión del presidente del Reich, pues tanto mejor». El presidente, sin embargo, no aprobó los juegos parlamentarios de Goering, y el Reichstag fue disuelto^[37].

Se anunció la siguiente ronda de elecciones para el 6 de noviembre. Mientras tanto, Papen continuó en su cargo por decreto presidencial. Hasta cierto punto, los nazis se habían excedido a la hora de jugar sus bazas. Perdieron más de dos millones de votos en las elecciones y su número de diputados descendió de 230 a 196. Mucha gente había dejado de confiar en ellos por completo, y se estaban quedando sin dinero. Sus tácticas durante los meses anteriores y su actitud tanto hacia el presidente como hacia el canciller no complacían a los empresarios, de quienes seguían dependiendo como principal fuente de apoyo económico. Además, el número de desempleados, de cuyo descontento se nutría el voto nazi, había disminuido apreciablemente; puede decirse que el verdadero apogeo del voto nazi en Alemania ocurrió cuando el desempleo estaba en sus cifras más altas, en julio de 1932. Se les acababa el tiempo.

La batalla entre Hindenburg y Hitler y la conspiración detrás de ésta empezó inmediatamente después de las elecciones y duró hasta las trágicas semanas finales de la libertad en Alemania. La decadente democracia alemana se fue apagando gradualmente hasta desaparecer, aunque Hitler ahora sólo tuviera el apoyo del 33,1 por ciento del electorado total, una caída del 4,2 por ciento desde las elecciones de julio. La eminencia gris detrás de Hindenburg seguía siendo Schleicher. Papen dimitió el 17 de noviembre siguiendo su consejo. Según Heiden, Goering estaba en

Roma, sentado junto a Mussolini en un banquete en honor de los invitados que asistían al Congreso Europeo de la Academia de Ciencias, cuando le llegó la noticia de la derrota de Papen. Tras asegurarle a Mussolini que el fascismo ahora estaba a punto de triunfar en Alemania, voló de vuelta a Berlín a tiempo de realizar los acuerdos necesarios con el secretario de Estado del presidente, Otto Meissner, para una reunión entre Hitler y Hindenburg. El 19 de noviembre, Hitler se reunió con el presidente, y otra vez el 21. No salió nada de aquellas reuniones. Hitler estaba decidido a ser canciller, y Hindenburg a no permitirlo a menos que consiguiera un apoyo mayoritario en el Reichstag, cosa que ahora era imposible.

La siguiente etapa llegó cuando Schleicher se aseguró la cancillería para él. Los líderes nazis estaban divididos sobre si debían cooperar con él o no. Se reunieron el 1 de diciembre en Weimar, y de nuevo el 5 en el Kaiserhof, para debatir el asunto; Gregor Strasser, que en realidad jamás fue un hombre de Hitler, había estado en contacto directo con Schleicher y, de hecho, estaba dispuesto en secreto a conducir a una facción de los diputados del partido a la trampa de Schleicher a cambio de ser nombrado vicecanciller. Goering, Goebbels y Hitler se oponían rotundamente a cualquier compromiso. Se dejó que fuera Goering, posiblemente con la ayuda de Roehm y Frick, el que negociara con Schleicher según la línea acordada en la última conferencia. Según Heiden, Goering ya había recibido instrucciones de abordar a Schleicher el 3 de diciembre para pedirle el cargo de primer ministro de Prusia y se le dijo que el apoyo de los partidos centristas iría a parar a Strasser como primer ministro del Estado.

Cuando el nuevo Reichstag se reunió el 6 de diciembre, Goering fue reelegido presidente. Hizo todo lo posible para dejar al Parlamento en ridículo, y dijo de manera cortante a los diputados que la vida del nuevo Parlamento sería breve. Cuando se hubo sentado, el Reichstag continuó con sus asuntos mientras Goering miraba a los diputados con unos binoculares, comparando las caras que no conocía con las de un informe fotográfico que tenía en su mesa. Observaba en particular a los hombres que sospechaba que eran cómplices de Strasser, y al propio Strasser. Dos días después, Strasser tuvo una violenta desavenencia con Hitler y luego escribió una célebre carta de recriminación, abandonó el partido y se marchó al sur. Hitler, consciente de que su futuro pendía de un hilo, amenazó con pegarse un tiro si el partido le abandonaba, mientras Goering amenazaba con partirle el cuello a todos los seguidores de Strasser.

El 4 de enero de 1933, Hitler tuvo la que él creía que era una reunión secreta con Papen en casa del banquero Schroeder, en la que se debatió algún tipo de posible colaboración futura. Mientras tanto, Schleicher, al cortejar a los sindicatos, perdía el favor de los empresarios, a los que empezó a chantajear. Strasser había regresado de Roma, y se sabía que conspiraba activamente con Schleicher para convertirse en su vicecanciller. Los dirigentes del partido se encontraban congregados en el diminuto Estado de Lippe, donde Goebbels se concentraba en una campaña electoral especial

por el valor propagandístico que tendría una victoria allí a los ojos del resto de la nación en conjunto. «A medianoche también vino Goering», escribió Goebbels el 13 de enero en su diario publicado de ese periodo. «Strasser es el sempiterno tema de nuestras discusiones... La prensa berlinesa dije que será nombrado vicecanciller». Y al día siguiente Goebbels pasó la tarde con Goering «discutiendo nuestras preocupaciones».

Goebbels tenía razón sobre la importancia de las elecciones de Lippe como propaganda. Después de que los nazis hubieran ganado por una victoria lo suficientemente decisiva en ese diminuto Estado, la marea volvió a cambiar en su beneficio. Strasser no entró en el gabinete; los hombres detrás de Hindenburg, temerosos de acabar en un punto muerto, finalmente decidieron volverse hacia Hitler. El 22 de enero, Oskar, el hijo del presidente, y el secretario de Estado Meissner se reunieron en el mayor de los secretos con Hitler, Goering y Frick. Se reunieron en casa de Joachim von Ribbentrop, un miembro del partido nazi que hizo aquí su debut histórico porque conocía a Papen. Goering acudió desde Dresde, donde había pronunciado un discurso en contra de que Hitler se uniera al gobierno actual. Hitler se propuso, aparentemente, impresionar al hijo del presidente y lo logró.

El plan de Papen para volver las tornas contra Schleicher empezaba a funcionar. El presidente se negó a permitir al canciller, que era incapaz de obtener el apoyo suficiente en el Reichstag, que estableciera una dictadura militar en lugar de un gobierno parlamentario. El 28 de enero Schleicher dimitió, dejando el campo despejado a sus rivales. Hitler, consciente de que la cancillería estaba a punto de caer bajo su tenaz asedio mientras sus rivales se desmoronaban ante él, se volvió, según Goebbels, «muy callado». Las negociaciones finales se dejaron en manos de Papen que estaba, por supuesto, en contacto con Goering. Ese mismo día, según Papen, a Hitler se le dijo que el presidente quería que formara un gabinete «según los términos de la Constitución», lo que significaba un gabinete que tuviera el apoyo de una mayoría del Reichstag. Hitler se negó: estaba dispuesto a formar un gabinete presidencial, un gabinete independiente del apoyo del Reichstag, que incorporaría hombres de otros partidos, pero primero exigió ser nombrado canciller y comisario del Reich para Prusia y que un miembro de su partido (se refería a Goering) fuera ministro del Interior tanto del Reich como del Estado clave de Prusia. A primera hora de la mañana siguiente, Hitler y Goering se presentaron para proponer que Frick se convirtiera en ministro de Interior del Reich y Goering en ministro del Interior de Prusia. Papen replicó que él, como vicecanciller, sería nombrado comisario del Reich para Prusia, y Hitler los aceptó «con mal perder». Entonces dejó que Papen discutiera el asunto con el presidente. Después de todo, Papen y sus asociados creían que superarían en número a los nazis en el gabinete en proporción de cuatro a uno y que así los mantendrían controlados.

El 29 de enero Goebbels escribió:

Por la tarde, mientras tomamos café con Hitler, Goering aparece de improviso y da la noticia... el Führer será nombrado canciller mañana... ésta es probablemente la hora más feliz de Goering... Ha preparado el terreno de manera diplomática y astuta para Hitler durante meses en angustiosas negociaciones... Este probo soldado con el corazón de un niño... ¡se encara con el líder y le da la noticia de su vida!

Pero ése no fue precisamente el final de las intrigas, como recuerda Papen en sus memorias:

Schleicher, mientras tanto, encontró otra baza que jugar. Envió a uno de sus emisarios privados, Von Alvensleben, a Goering, que inmediatamente vino corriendo a darme las noticias. Schleicher había enviado un mensaje diciendo que mi verdadera intención era engañar a los nazis, y que les convendría más aliarse con Schleicher, que sólo quería retener el cargo de ministro de Defensa. Alvensleben había indicado que se podía encontrar el medio de neutralizar a Hindenburg. Schleicher aparentemente había llegado incluso a insinuar que si «el viejo caballero» ponía dificultades, él, Schleicher, movilizaría la guarnición de Potsdam. Goering me dijo que él y Hitler habían respondido con una negativa tajante a ese plan y que se lo había contado inmediatamente a Meissner y a Oskar von Hindenburg^[38].

Para prevenir esa jugada por parte de Schleicher, el presidente ordenó apresuradamente al general Werner von Blomberg, que asistía a una conferencia en Ginebra, que regresara en el próximo tren. En la estación fue recibido independientemente entre sí por Oskar von Hindenburg y por un oficial de Estado Mayor que tenía órdenes de llevarlo al Ministerio de Defensa. A Blomberg se le dijo que sería ministro de Defensa en el gabinete de Hitler.

Mientras los miembros del nuevo gabinete atravesaban el jardín que conectaba la cancillería de Papen con el palacio presidencial, donde serían recibidos por Hindenburg, Hitler seguía malhumorado por las limitaciones que, según afirmaba, le imponían a sus poderes. Amenazó al gabinete con nuevas elecciones que, según afirmaba, pronto confirmarían la mayoría de la que carecía en ese momento en el Reichstag. Al instante empezó una discusión, y Hindenburg se impacientó por que le hicieran esperar. Al final se decidió pedirle que decretara la disolución del Reichstag, y los nazis, acompañados por sus infelices socios, entraron en la sala presidencial para jurar sus cargos.

Goering describió la tensión de este periodo.

Del 20 de enero en adelante estuve, como delegado político, en constante

contacto con *Herr* Von Papen, con el secretario de Estado Meissner, con el líder de la *Stahlhelm*, Seldte, y con el líder de los Nacionalistas Alemanes, Hugenberg, y discutí con ellos posibles acontecimientos futuros... Al final se llegó a un acuerdo... El año pasado, como representante de Hitler, a menudo hice de enlace entre el Kaiserhof y la Wilhelmstrasse, y nunca olvidaré el momento en que salí apresuradamente hacia mi coche y pude ser el primero en gritarle a las muchedumbres expectantes: «¡Hitler ha sido nombrado canciller^[39]!».

Las tácticas de la legalidad habían ganado. «De qué forma más gloriosa», escribió Goering, «ha sido usado el anciano mariscal de campo como instrumento de Dios».

La conquista del Estado

Goering recibió a la prensa en su palacio a las dos y media de la tarde. Estaba embargado por las emociones de la victoria, y sonreía de felicidad a los corresponsales extranjeros que se congregaban a su alrededor. Eran conscientes de la atmósfera cambiante en las calles, que estaban llenas de nazis triunfantes. Goering sintió la necesidad de liberar tensiones, y convirtió la recepción en un acontecimiento social. Oscureció rápidamente aquella tarde invernal; la «Canción de Horst Wessel», cantada por hombres que sabían que su Líder era dueño al fin de la cancillería del Reich, empezó a sonar amenazadora a los oídos de los alemanes que no tenían nada que celebrar.

Era ya de noche cuando Hitler, con Goering a su lado, celebró su primera reunión de gabinete. Los carabinas de la democracia, el vicescanciller Von Papen, el barón Konstantin von Neurath, ministro de Asuntos Exteriores, el conde Lutz Schwerin von Krosigk, ministro de Finanzas y el hombre especial de Hindenburg, el general von Blomberg, ministro de Defensa y jefe del Reichswehr, creían, en la ceguera de su inocencia, que estaban allí para mantener el comportamiento apropiado del gabinete ahora que los nazis tenían las riendas del poder. Frente a ellos y sus colegas de menor rango estaban Hitler, Goering y Frick, tres nazis contra nueve políticos veteranos. Podían oír a la muchedumbre cantando «Deutschland über Alles» en el exterior. Los nazis salían a ocupar las calles de todas las ciudades alemanas.

Pero Hitler no había obtenido de Hindenburg un gabinete presidencial, y por tanto su gobierno podía caer en cualquier momento si el Reichstag votaba su cese. La alternativa a la que se enfrentaban los nazis era o bien ofrecer concesiones al Partido de Centro Católico, para obtener su apoyo, o persuadir al gabinete, la mayoría de cuyos miembros pertenecían a otros partidos para acordar unas nuevas elecciones, elecciones en las que debían ser conscientes que el partido nazi emplearía todas las medidas de presión a su disposición sobre el pueblo para asegurarse una mayoría decisiva en el Reichstag. Hitler y Goering, con sus ojos fijos en los desconfiados hombres que estaban sentados frente a ellos, intentaban hacer que la situación actual pareciera tan imposible que sus colegas no pudieran hacer otra cosa más que acceder a la disolución del Reichstag.

Mientras tanto, había que dedicar unas pocas horas a la celebración antes de reanudar las indelicadas negociaciones. Resonaban tambores desde la Puerta de Brandenburgo. En el Tiergarten, las SA y SS se congregaban con antorchas para las

festividades de esa noche. La gente esperaba a ambos lados de la Wilhelmstrasse y en la Wilhelmsplatz a que apareciera la procesión. Entonces, con música de bandas, las filas pardas empezaron a desfilar abriendo un camino llameante de antorchas mientras Hindenburg, el impotente presidente, permanecía en la ventana contemplado el homenaje a Hitler, que estaba de pie con el brazo rígido en el balcón de la cercana cancillería. «Por primera vez se retransmite por radio una manifestación del pueblo alemán», escribió Goebbels en su diario, y Goering rugió su entusiasmo a través del micrófono instalado en la cancillería.

El 30 de enero de 1933 quedará registrado en la historia de Alemania como el día en que la nación fue restaurada a su anterior gloria una vez más, como el día en que una nueva nación se levantó y barrió a un lado toda la angustia, el dolor y la vergüenza de los últimos catorce años... Ahí está el célebre mariscal de campo de la Guerra Mundial, que está a punto de llevar al pueblo y al Reich a una era nueva y mejor. Que los alemanes reciban este día con tanta alegría como lo reciben los cientos de miles congregados frente a estas ventanas, inspirados por una nueva fe... que el futuro nos traiga los que hemos deseado en vano durante largo tiempo: pan y trabajo para nuestros compatriotas, y libertad y gloria para la nación^[40].

Esa noche de celebración, la mente de Goering ya estaba ocupada con las oportunidades que se presentarían más adelante. En el gabinete de Hitler era ministro sin cartera, ministro del Interior de Prusia y comisario del Reich para la Aviación. El primer cargo lo convertía en el plenipotenciario de Hitler, su embajador, su paladín (por usar la que se convertiría en su expresión favorita); el segundo cargo, aunque técnicamente bajo la supervisión de Papen, le otorgaba poderes únicos sobre la policía en el que era de lejos el Estado más importante de Alemania; y el tercer título reconocía que pronto tendría a su cargo la tarea inmediata especial de crear una fuerza aérea en el Reich. También siguió siendo presidente del Reichstag, que fue disuelto a la mañana siguiente, cuando Hitler informó finalmente a su gabinete de que no había forma de lograr un acuerdo entre los nazis y el Partido de Centro. Las nuevas elecciones se anunciaron para dentro de un mes, el 5 de marzo: mientras tanto, el nuevo gabinete permanecería en su puesto. «Todos nosotros entendíamos que una vez que hubiéramos llegado al poder debíamos conservar ese poder bajo cualquier circunstancia», dijo Goering en su declaración en Núremberg. «No queríamos dejarlo en manos del azar, de elecciones y mayorías parlamentarias... Para poder consolidar este poder ahora, era necesario reorganizar las relaciones políticas de poder».

Hitler y Goering seguían manteniendo firmemente sujetas sus máscaras de legalidad frente a sus rostros, según von Schwerin von Krosigk y Papen. «Quizás habría que clarificar el concepto de ilegalidad», dijo Goering a sus jueces. «Si aspiro

a una revolución, se trata entonces de una acción ilegal para el Estado ya existente. Si tengo éxito, entonces se convierte en un hecho y, por tanto, legal». La intención de Goering, entonces, era usar su nueva posición como ministro del Interior de Prusia como el canal principal mediante el cual consolidar el control de los nazis sobre los cargos electos y permanentes, no sólo en Prusia sino en todos los demás estados provinciales.

Según Gritzbach, su biógrafo oficial, Goering casi vivió permanentemente en el ministerio prusiano durante los dos meses siguientes; hacía sus comidas en el edificio y se pasaba las noches trabajando. El primer día reunió a la plantilla de la administración pública prusiana y se dirigió a ellos «como representantes del nuevo espíritu patriótico que acababa de emerger». Les recordó que su propio padre había sido en tiempos un alto cargo del Estado. Entonces dejó de lado el encanto con el que había comenzado deliberadamente la reunión y les dijo que su primera tarea era erradicar cualquier traza de comunismo que pudiera existir entre ellos. Aquellos que no se sintieran capacitados para trabajar con él podían dimitir en ese mismo momento^[41].

Mientras Goebbels se proponía lograr durante febrero lo que denominó «una obra maestra de propaganda» para asegurar una victoria abrumadora en las elecciones del 5 de marzo, Goering tuvo cuidado de no consultar con Papen, su superior como comisario del Reich para Prusia, que estaba ocupado con la campaña electoral; en vez de eso empezó a hacerse rápida y despiadadamente con el control de la administración pública y de la policía prusianas. El Parlamento prusiano fue disuelto contra su voluntad el 4 de febrero. Los hombres en los que Goering no podía confiar estaban en una lista negra o iban siendo registrados en ella; entonces eran despedidos, suspendidos, se les ordenaba o intimidaba para que dimitieran y sus puestos eran dados a los nazis. «Goering está limpiando los establos de Augías... Nombres de gran importancia ayer hoy se desvanecen en la nada», anotó Goebbels con deleite el 15 de febrero. «Para empezar», escribiría Goering en su *Alemania Renacida* al año siguiente, «me pareció de principal importancia que el arma de la policía estuviera firmemente en mis propias manos. Aquí fue donde hice mis primeros cambios a fondo. De treinta y dos jefes de policía destituí a veintidós. Cientos de inspectores y miles de policías les siguieron en el transcurso del mes siguiente. Entraron nuevos hombres, y en todos los casos esos hombres procedían de la gran reserva que eran las tropas de asalto y los guardas». Los bastones y porras de goma, que en opinión de Goering eran poco dignos, fueron reemplazados con revólveres.

No se puede subestimar la importancia de esta revolución administrativa, llevada a cabo en un solo mes, febrero, mientras todo el mundo estaba ocupado con la campaña electoral. Puso la ley directamente en manos de Hitler. En una serie de manifiestos y decretos de audacia despiadada, Goering reveló abiertamente lo que estaba haciendo y permitió que los nazis llevaran a cabo su campaña contra los demás partidos como si estuvieran protegiendo a la nación de una conspiración criminal. El

ministro del Interior prusiano controlaba de hecho la mayor parte de Alemania; los poderes del Ministerio del Interior del Reich eran puramente nominales. Las declaraciones de Goering a favor de la fuerza policial que estaba reforzando y moldeando a su antojo con tanta rapidez se leían como una declaración de guerra contra todas las formas de oposición. Esas eran las tácticas de la legalidad: una vez, claro, que la ley estuviera en sus manos. Hitler, como canciller, le dio a Goering plenos poderes. Y Papen, el vicescanciller y comisario del Reich para Prusia, cuando reflexionó tiempo después sobre este periodo de desintegración, parece que sólo fue capaz de decir: «mi único error fundamental fue subestimar al poder dinámico que había despertado los instintos nacionales y sociales de las masas^[42]». No tenía partido que le respaldara, solo la atención del anciano presidente. «Veo», escribió Papen, «que hubo muchas ocasiones en las que debí invocar la autoridad del presidente». Los demás ministros, incluido Blomberg, se hicieron a un lado y dejaron esos tediosos asuntos en manos de la enérgica administración de Hitler. Papen afirma que a menudo se peleaba con Goering por los métodos despóticos de este último y que en una ocasión llegó incluso a sugerirle que debía dimitir. Goering se volvió hacia él enfurecido y le gritó: «¡Sólo me sacaré de esta habitación arrastrando mi cuerpo!». Sir Horace Rumbold, el embajador inglés, informó a Londres el 1 de marzo sobre las actividades de Goering. «En una conversación privada reciente con el barón Neurath, éste me describió a Goering como un hombre terrible a quien Herr Von Papen no podía controlar. Goering es considerado como el verdadero fascista dentro del partido de Hitler^[43]...».

El 17 de febrero, tras dos semanas y media de informes, destituciones y nombramientos, Goering publicó este manifiesto:

No creo necesario insistir en que la policía debe evitar en toda circunstancia incluso la apariencia de una actitud hostil, o incluso la impresión de cualquier persecución, hacia las asociaciones nacionales y partidos. Más bien espero por parte de todas las autoridades policiales que creen y mantengan las mejores relaciones con las organizaciones anteriormente mencionadas en cuyo seno se encuentran las fuerzas más importantes para la reconstrucción política. Además, se deberá apoyar por completo todo tipo de actividades con propósitos nacionales y de propaganda nacional. Por otro lado, las actividades de organizaciones hostiles al Estado serán controladas mediante las medidas más estrictas. No habrá miramientos con el terrorismo y los ataques de los comunistas y, cuando sea necesario, se usarán los revólveres sin consideración por las consecuencias. Los agentes de policía que disparen sus revólveres en el cumplimiento de su deber serán protegidos por mí personalmente sin tener en cuenta las consecuencias del uso de sus armas. Pero los agentes que no lo hagan, motivados por una malentendida consideración por las consecuencias, deberán esperar que se emprendan acciones disciplinarias contra ellos. La

protección de los ciudadanos de la nación, que continuamente encuentran imposible realizar sus actividades, exige la aplicación estricta de las normativas legales que prohíben manifestaciones, mítines ilegales, saqueos, incitación a la alta traición, huelgas de masas, revueltas, calumnias en la prensa y todos los demás delitos punibles por parte de los perturbadores de la ley y el orden. Ningún agente deberá dejar de tener en cuenta constantemente que el no imponer una medida será considerado más atroz que los fallos cometidos en la aplicación de la misma. Espero y confío que todos los agentes estarán conmigo en nuestro propósito común de salvar a nuestra patria de las calamidades que la amenazan reforzando y consolidando todas nuestras fuerzas nacionales.

Goering volvería a hacer hincapié en este punto en el famoso discurso que daría poco después en Dortmund:

En el futuro habrá un solo hombre que ejerza el poder y tenga toda la responsabilidad en Prusia, es decir, yo. Todo aquel que cumpla con su obligación al servicio del Estado, obedezca mis órdenes y haga uso de su revólver sin piedad cuando sea atacado, tiene asegurada mi protección. Por otro lado, todo aquel que actúe con cobardía tendrá que tener en cuenta que lo expulsaré del Cuerpo al instante. Una bala disparada desde el cañón de una pistola de la policía es mi bala. Si decís que eso es asesinato, entonces yo soy el asesino... conozco dos tipos de ley porque conozco a dos tipos de hombres: los que están con nosotros y los que están contra nosotros^[44].

Todos los mítines comunistas habían sido prohibidos a principios de febrero; ahora cualquier intento de los comunistas de organizar su campaña política en público (en las elecciones del noviembre anterior habían obtenido unos seis millones de votos, y tenían 101 escaños en el Reichstag) podía ser desbaratado legalmente por la policía, y con uso de armas. Se había prohibido la publicación de la prensa comunista; a esa prohibición siguió la de la prensa socialista y de cualquier publicación que tuviera el coraje de decir lo que pensaba sobre los nazis. Las SA, sin oposición por parte de sus nuevos aliados en la policía, reventaron los mítines y concentraciones incluso de los socialdemócratas y del Partido de Centro Católico. Los oradores recibían palizas, entre ellos el sindicalista católico Stegerwald. Cincuenta y un antinazis murieron durante el mes de febrero, la última resistencia melancólica contra la dictadura absoluta de Hitler.

El 22 de febrero Goering reforzó aún más a la policía al crear una fuerza auxiliar a partir de las SA, las SS y la organización *Stahlhelm* de Hugenberg. La redacción del nuevo decreto era un ejemplo de la nueva legalidad:

Los requerimientos que se hacen a las fuerzas policiales existentes, cuyo número no se puede aumentar adecuadamente en la situación actual, a menudo están más allá de su poder; debido a la actual necesidad de utilizarlos fuera de sus lugares de servicio, los agentes de policía a menudo están ausentes de su campo de actividad apropiado en momentos inoportunos. En consecuencia, no se puede seguir prescindiendo del apoyo voluntario de ayudantes apropiados que pueden ser utilizados como fuerzas policiales auxiliares en caso de emergencia^[45].

Esos hombres, unos cincuenta mil, armados y vestidos con los antiguos uniformes del partido pero con un brazalete blanco añadido para demostrar su nuevo estatus oficial, aterrorizaban a la población a donde quiera que iban. Entraban y salían de los transportes públicos a su antojo, sin pagar billete. Sólo recibían tres marcos diarios como paga, pero pocos tenderos o camareros se negaban a darles lo que exigían.

Goering hacía cada vez más uso de los servicios de Rudolf Diels, un apuesto pero siniestro funcionario en el departamento político de la policía prusiana a quien había conocido en 1932 y que había demostrado estar más que dispuesto a suministrar información al presidente del Reichstag. Diels se había casado con una prima de Goering llamada Ilse. La información que había proporcionado anteriormente a Goering procedente de los informes policiales quedaba ahora abierta a las inspecciones oficiales del ministro; Diels, ascendido a jefe del departamento político, se convirtió en una persona de la que su amo dependía para ayudarlo a compilar sus listas negras. Era un violento anticomunista, y Goering dependía de él para que mantuviera su mesa de despacho abarrotada con los informes secretos sobre los conspiradores izquierdistas que creía que existían no sólo en el Estado, sino también dentro del propio Ministerio del Interior. Diels se convirtió en su hombre de confianza.

En el ministerio había un departamento especial que controlaba a la policía política. Goering reorganizó este departamento en cuanto se hizo cargo del ministerio. Una vez más, no hizo un secreto de lo que estaba haciendo. Solo un año después escribió para que fuera publicado en Inglaterra:

He creado, bajo mi propia iniciativa, el Departamento de Policía Secreta del Estado. Se trata de un instrumento muy temido por los enemigos del Estado y cuya responsabilidad principal es asegurar que no haya riesgo de peligro comunista o marxista en Alemania y Prusia... Los logros de Diels y sus hombres permanecerán para siempre entre las glorias del primer año de la recuperación alemana... Hemos actuado contra esos enemigos del Estado sin misericordia... Así se crearon los campos de concentración, a los cuales enviamos primero de todo a miles de dirigentes de los partidos comunista y socialdemócratas. Es natural que al principio se cometieran excesos. Es

natural que hubiera palizas de vez en cuando... Pero si consideramos la grandeza de la ocasión^[46]...

Ese fue el comienzo de la Gestapo, que no recibiría nombre y reconocimiento oficial hasta el 26 de abril, después de que Goering hubiera reemplazado a Papen como comisario del Reich para Prusia. Pero el trabajo de organizar a esos hombres comenzó bajo Diels a instancias urgidas por Goering, y los excesos que cometieron era un resultado «natural» de la «grandeza de la ocasión».

El 24 de febrero los hombres de Goering asaltaron la sede del Partido Comunista en la Casa Karl Liebknecht. Aunque para ese entonces la mayoría de sus líderes habían sido arrestados o estaban huidos, los hombres de Goering encontraron propaganda comunista en los sótanos o «catacumbas», como los llamaba Goering. Unos pocos días después, posteriormente al incendio del Reichstag, como ya veremos, Goering afirmaría que en las «catacumbas» también se habían encontrado documentos con planes para la insurrección y el asesinato de los principales miembros del gabinete de gobierno. En realidad todo lo que había en los sótanos eran pilas de panfletos comunistas, y Goering nunca revelaría sus supuestas pruebas documentales. Pese a ello, los arrestos y la represión se extendieron como una enfermedad.

La noche del 27 de febrero, entre las ocho y las diez de la noche, tuvo lugar una extraordinaria secuencia de acontecimientos. Aderman, el portero nocturno del palacio del presidente del Reich donde vivía Goering, entró en servicio a las ocho de la noche y ocupó su puesto en la portería de la entrada. A las ocho y siete minutos un portero de servicio en el Reichstag cerró con llave la entrada sur, mientras que entre las 8.15 y las 8.30 Ernst Torgler, el líder de los diputados comunistas, salió del edificio con algunos colegas y fueron todos al restaurante Aschinger, a unos diez minutos de distancia andando. Al mismo tiempo, alrededor de las 8.20, Schultz, un farolero, recorrió la cámara de sesiones y observó que todo estaba tranquilo. Cerca de una hora después, Otto, un cartero, pasó entre la puerta del restaurante en el Reichstag y la entrada a la cámara de sesiones; no hubo ningún sonido.

Unos diez minutos después, sobre las 9:05, un estudiante llamado Flötter pasaba junto al edificio cuando vio a un hombre con una tea en un balcón del primer piso del Reichstag; inmediatamente encontró a un policía y dio la alarma. Aproximadamente al mismo tiempo, Thaler, un tipógrafo que también pasaba por allí, vio a un hombre que trepaba por la ventana del restaurante, y casi inmediatamente se unió al sargento de policía Buwert, que ya había sido alertado por otro civil no identificado. Acompañado de Thaler, Buwert comenzó a investigar. Vieron luces moviéndose tras las ventanas de la planta baja; Buwert disparó su revólver contra las luces, que desaparecieron inmediatamente. Todo esto ocurrió en el transcurso de unos pocos minutos y la primera alarma de incendio la recibió la estación de bomberos local a las 9.15.

Tres minutos más tarde, el teniente de policía Lateit llegaba al Reichstag con un grupo de hombres de la comisaría de policía de la Puerta de Brandenburgo. El primer camión de bomberos llegó a las 9.21, al mismo tiempo que Lateit, que ahora se encontraba en el interior del edificio, veía un pequeño fuego ardiendo cerca de la silla del presidente en la cámara de sesiones. El inspector del parlamento se unió a él dos minutos después; para entonces, ardían nuevos fuegos entre los escaños. A las 9.24 llegó el capitán de bomberos Klotz, para encontrar no unos fuegos en la cámara de sesiones, sino una densa humareda acompañada de un inmenso calor y, a las 9.27, hubo una tremenda explosión bajo el techo de cristal de la cámara de sesiones y grandes llamaradas saltaron al exterior. Al mismo tiempo, un hombre semidesnudo fue arrestado en la Sala Bismarck, una gran sala al fondo del edificio. Estaba cubierto de mugre y sudor. Se trataba de Marinus van der Lubbe, un joven holandés.

Goering llegó en su coche cerca de las 9.35. Weber, el comandante de su guardia personal, investigaba en ese momento el túnel que comunicaba el Palacio del presidente del Reichstag con el Reichstag; no encontró nada fuera de lugar.

Goering había estado trabajando en su despacho en el Ministerio del Interior de Prusia sito en Unter den Linden, a poca distancia, cuando supo del incendio; se puso apresuradamente su gabardina y lo llevaron en coche al edificio en llamas. A esas alturas, las llamas salían por las ventanas del Reichstag mientras se congregaba una gran muchedumbre. Douglas Reed, corresponsal del *Times* de Londres, conducía su coche por el Tiergarten cubierto de nieve cuando vio las llamas que saltaban por la cúpula del edificio. Su llegada coincidió con la de Goering, a quien vio entrar apresuradamente en el edificio por la entrada de diputados. Allí Goering encontró a un reportero que telefoneaba a su oficina. Goering lo echó a la calle, pero Reed siguió al grupo de Goering al interior y vio que la cámara de sesiones era una masa de llamas antes de que también él fuera expulsado. Según su descripción, el Reichstag era «como un bloque de piedra en el que se hubieran horadado túneles y empotrado cubos de madera, los túneles eran los pasillos y corredores y los cubos la cámara de sesiones revestida de madera y otras salas y habitaciones. Si bien la estructura principal de piedra no podía ser destruida, las salas revestidas de madera ardieron furiosamente, y la cámara de sesiones quedó desgajada del edificio por el fuego tan limpiamente como el hueso de un melocotón».

Goering afirmó que oyó la expresión «incendio provocado» dicha por alguien en la muchedumbre mientras se apeaba del coche, y que se le cayó un velo de los ojos. «Jamás se me había ocurrido que alguien pudiera incendiar el Reichstag; creía que el fuego era debido a un descuido... En ese momento supe que el culpable era el Partido Comunista». Papen había estado cenando con Hindenburg en el Herrenklub cuando fue advertido del incendio, y envió al presidente a casa en coche antes de acudir a toda prisa a la escena. Encontró a Goering, rodeado de miembros de su personal, dirigiendo furiosamente los trabajos de extinción. «¡Es un crimen comunista contra el nuevo gobierno!», le gritó Goering a Papen.

Hitler también llegó tarde a la escena del incendio. Había ido a cenar al apartamento de Goebbels a las nueve, y el grupo allí reunido estaba oyendo música cuando Hanfstaengl telefoneó con las noticias del incendio. Goebbels y Hitler creyeron que se trataba de una de las bromas pesadas de Hanfstaengl, pero el mensaje pronto fue confirmado, y salieron rápidamente hacia el Reichstag. «Pasando por encima de gruesas mangueras de los bomberos, llegamos al gran vestíbulo por la entrada número dos. Goering se reúne con nosotros por el camino... No hay duda de que el comunismo ha hecho un último intento por crear el desorden mediante el fuego y el terror», escribió Goebbels. Hitler, en medio del humo asfixiante del edificio arruinado, gritó: «Es una señal [*Fanal*] del cielo». Según avanzaba la noche, el fuego menguó ante los chorros de agua que salían de las mangueras de los bomberos, y el hollín, transportado por el fuego, se asentó gradualmente como una lepra negra sobre la nieve blanca.

Ya en esos momentos se extendía el rumor de que los propios nazis eran los responsables del incendio. Fuera cuál fuese el grado de conexión personal de Goering (y no hay pruebas directas en absoluto que lo incriminen), no hay duda de que se involucró desde el mismo momento en que se le informó del incendio. Atacó furiosamente a los comunistas, que una vez más fueron declarados enemigos del Estado. Al día siguiente, el 28 de febrero, Hitler indujo a Hindenburg a firmar un decreto que ponía en suspenso todos los derechos de los ciudadanos para la «protección del pueblo y el Estado». El incendio que Hitler había llamado «una señal del cielo» había servido, desde luego, para impresionar al presidente. El decreto estaba dirigido específicamente contra los comunistas y sus «actos violentos», y ampliaba la aplicación a la pena de muerte. Sólo entonces, en una reunión del gabinete que se celebró el 2 de marzo, fue cuando Goering hizo referencia a un supuesto mapa y documentos donde se planeaba el asesinato de los ministros, pruebas que, según dijo, habían sido encontradas cuatro días antes en la sede comunista, aunque no explicó por qué no se mostró ni el mapa ni los documentos^[47]. En ese momento Papen no vio razón alguna para dudar de su autenticidad; se prometió que se entregarían a los ministros para su examen, pero jamás se hizo. Se arrestó a miles de personas más; ya no importaba si eran comunistas o simplemente opositores a los nazis. Las órdenes judiciales habían sido preparadas algunos días antes del incendio del Reichstag.

Goering, por supuesto, era muy consciente de las sospechas dirigidas contra él; incluso hizo referencia a ellas en la reunión del gabinete del 2 de marzo. Parece justo decir que no se tomó las acusaciones muy a pecho. Ni el Reichstag ni el cargo de presidente del mismo le eran ya de gran utilidad; los demás cargos que tenía le daban poderes mucho mayores. Para los nazis, el Reichstag, tanto como centro para los restos del gobierno democrático y como edificio gubernamental, era obsoleto; incluso las elecciones que tendrían lugar en una semana estaban previstas como certificado de defunción de la democracia por causas naturales. Al año siguiente Goering

escribió: «Si se me vuelve a acusar de haber incendiado el Reichstag para poner a los comunistas en mis manos, sólo puedo decir que la idea es ridícula y grotesca. No necesitaba ningún acontecimiento especial para perseguir a los comunistas... El incendio del Reichstag, de hecho, no encajaba en absoluto con mis planes^[48]...». Según su estado de humor, podía mostrarse irónico con el asunto: «Sé que la gente probablemente dirá de mí que, vestido con una toga roja y una lira en las manos, contemplé el incendio y toqué mientras ardía el Reichstag», o bromear sobre ello, como hizo en un almuerzo en 1942 en presencia del general Franz Halder, quien recordaría que «Goering interrumpió la conversación y gritó: ¡El único que sabe algo del Reichstag soy yo, ya que le prendí fuego!, y se golpeó el muslo con la mano». En el juicio de Núremberg y durante sus interrogatorios, Goering negaría de forma más solemne cualquier responsabilidad en el incendio; le dijo al general William J. Donovan, jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos de los Estados Unidos, «Al menos debería estar convencido de que con la muerte mirándome a la cara, no tengo necesidad de recurrir a mentiras. Le doy mi palabra de que no tuve nada que ver con el incendio del Reichstag». Schwerin von Krosigk, cuando también era prisionero de los americanos en Mondorf, le preguntó a Goering con una sonrisa: «Dime la verdad. ¿Le prendiste fuego al Reichstag?». Goering simplemente se encogió de hombros y replicó, «Querido amigo, incluso ahora estaría orgulloso de haberlo hecho. Pero no lo hice». Lo mismo le dijo, más o menos, a Papen durante su cautiverio juntos. Sir Horace Rumbold, el embajador inglés, que también había ido a ver el incendio, escribió en su informe para Londres del 1 de marzo: «Hay la sensación entre muchas personas sensatas de que puede que este acto de vandalismo estuviera inspirado por elementos nazis, pero no por los líderes del partido^[49]».

El origen del incendio del Reichstag no se investigó a fondo durante los Juicios de Núremberg, y queda abierta la cuestión de hasta qué punto Van der Lubbe, el pirómano patológico, que sólo tenía veinticuatro años, fue un señuelo de los nazis y hasta qué punto actuó por cuenta propia. Gradualmente, las sospechas se consolidaron alrededor de Karl Ernst, el líder de las SA en Berlín, quien, según se dijo, condujo a un grupo de tropas de asalto a través del pasadizo que conectaba el Palacio del presidente del Reichstag con el propio Reichstag y allí volvió varias secciones del edificio inflamables al rociar las maderas con gasolina y productos químicos autoinflamables. Siete meses después, cuando el juicio por el incendio del Reichstag estaba a punto de empezar, Ernst, tras beber mucho en una fiesta de las tropas de asalto en Berlín, le contó a un nazi holandés que le había preguntado sobre su implicación en el incendio. «Si digo que sí, que lo hice, sería un maldito idiota; si digo que no, ¡sería un maldito mentiroso^[50]!». Hans Bernd Gisevius, que formaba parte del personal del Ministerio del Interior de Prusia en 1933, sigue siendo el principal protagonista del caso contra Goebbels y Goering y su agente Ernst. Diels, que desertó de los nazis, juró que Goering «sabía exactamente cómo empezaría el fuego» y le ordenó preparar por adelantado una lista de hombres a los que arrestar

inmediatamente después del incendio. Pero Diels, que como mucho era un testigo poco fiable, también dijo que «Desde unas pocas semanas después del incendio hasta 1945 estaba convencido de que los nazis lo habían empezado. Ahora he cambiado de opinión^[51]».

Los arrestos ordenados por Goering se dejaron en manos de Diels y su policía, junto con sus refuerzos de las SA. Ernst Torgler, el líder de los comunistas en el Reichstag, se entregó a la policía el 28 de febrero, mientras que Georgi Dimitroff, Blagoi Popov y Wassil Tanev, tres comunistas búlgaros, eran arrestados. Esos cuatro se convertirían, junto con Van der Lubbe, en los acusados en el juicio por el incendio del Reichstag.

El 21 de septiembre, tras siete meses de preparación, comenzó el juicio en el Tribunal Supremo de Leipzig. Duró hasta el 23 de diciembre, cuando todos los acusados excepto Van der Lubbe, el incendiario confeso, fueron absueltos, ya que se demostró sin lugar a dudas que no pudieron estar presentes en el lugar en el momento del incendio. El juicio, llevado en público y ante los ojos de la prensa internacional, fue un completo fracaso desde el punto de vista de los nazis. Pese a ser un extranjero con un dominio incompleto del idioma alemán, Georgi Dimitroff insistió en defenderse a sí mismo; gritando y protestando continuamente, causaba tales revuelos en el tribunal que el juez lo expulsaba con frecuencia de la sala. Goering, que compareció como testigo de la acusación el 4 de diciembre, perdió los estribos inducido por Dimitroff frente a toda la sala repleta de periodistas, ministros y representantes diplomáticos.

Goering llegó con una escolta uniformada y él mismo llevaba el uniforme pardo que habían adoptado los líderes nazis ahora que estaban en el poder. Parecía, según Martha Dodd, la hija del Dr. William E. Dodd, el embajador norteamericano, «pomposo pero sin embargo un poco nervioso». Declarando en testimonio, relató la historia de sus preparativos para la destrucción final de los comunistas y afirmó que los actos terroristas de los que se acusaba a los nazis en el famoso *Libro Pardo* comunista habían sido cometidos por los propios comunistas vistiendo uniformes nazis. Se le había acusado de estar demasiado preparado para entrar en acción después del incendio, como si lo hubiera sabido por adelantado. Para nada, según Goering. El incendio había ocurrido en un momento inconveniente. «Era como un comandante en el campo de batalla que estaba a punto de poner en marcha un plan de campaña cuidadosamente pensado y que de repente se ve obligado a cambiar completamente de táctica por una acción impulsiva del enemigo». Entonces dio su propia versión de lo que había ocurrido la noche del incendio, añadiendo: «Entonces emprendí mis medidas contra los comunistas... tenía intención de colgar a Van der Lubbe al instante, y nadie me lo podía haber impedido. Me contuve porque pensé: tenemos a uno, pero debieron participar muchos. Quizás lo necesitaremos como testigo... Sabía como por intuición que los comunistas incendiaron el Reichstag... Que el juicio termine como quiera, yo encontraré a los culpables y les daré su

castigo».

Cuando Dimitroff se puso en pie, inclinándose ansiosamente hacia delante para empezar a hacerle sus preguntas a Goering, la sala quedó completamente en silencio y todo el mundo prestó atención. Tras unos pocos preliminares acerca de quién dio en realidad las órdenes para arrestar a los comunistas y por qué Goering afirmaba que había una cartilla de pertenencia al Partido Comunista en el bolsillo de Van der Lubbe, cuando la policía había testificado que no era así, Dimitroff pasó a su valeroso ataque final contra Goering:

DIMITROFF: Ya que, desde su posición, ha acusado al Partido Comunista Alemán y a comunistas extranjeros, ¿no ha dirigido eso la investigación hacia determinados canales e impedido así la búsqueda de los verdaderos incendiarios?

GOERING: Para mí se trata de un crimen político y estaba convencido de que los criminales estaban entre las filas de su partido. ¡Su partido [*amenazando con el puño a Dimitroff*] es un partido de criminales y debe ser destruido!

DIMITROFF: ¿Es consciente el ministro de que este partido gobierna una sexta parte del mundo, la Unión Soviética, con la que Alemania mantiene relaciones diplomáticas, políticas y económicas, de las que se benefician cientos de trabajadores alemanes...?

PRESIDENTE DEL TRIBUNAL: Le prohíbo que haga propaganda comunista en esta sala.

DIMITROFF: *Herr* Goering hace propaganda nacionalsocialista... ¿No es algo sabido que el comunismo tiene miles de simpatizantes en Alemania...?

GOERING [*gritando*]: Lo que sí se sabe es que se está comportando de manera insolente, que ha venido a quemar el Reichstag... ¡En mi opinión usted es un criminal que debería ser enviado a la horca!

PRESIDENTE: Dimitroff, le he dicho que no haga propaganda comunista. No se sorprenda si el testigo se molesta.

DIMITROFF [*En voz baja*]: Estoy muy satisfecho con la respuesta del ministro.

GOERING [*Todavía gritando*]: ¡Al infierno contigo, miserable!

PRESIDENTE: ¡Llévenselo!

DIMITROFF [*mientras está siendo sujetado por la policía*]: ¿Tiene miedo de mis preguntas, *Herr Ministerpräsident*?

Goering estaba fuera de sí de rabia. Su voz se convirtió en un aullido de furia, su rostro enrojeció profundamente y empezó a respirar con dificultad; en opinión de un observador, incluso pareció mostrar señales de miedo mientras intentaba acallar el sarcasmo insolente y desapasionado de Dimitroff. Se dirigió al búlgaro mientras éste era sacado por la fuerza de la sala y le gritó: «¡Espera a que te pillemos fuera del

juzgado, miserable!». Entonces, abrumado, se tuvo que apoyar en la mesa de los testigos.

Durante toda la comparecencia de Goering en el tribunal, Diels estuvo cerca de él, escuchando cada palabra, observando todo movimiento. Hasta los últimos minutos, Goering era evidentemente consciente de ello, ya que hacía cambios en su tono de voz o en sus gestos mientras Diels rondaba a su alrededor como un director de escena. Diels, con lo que parece insinuar un cierto orgullo, había persuadido a Martha Dodd, con la que tenía algo de amistad, para que viniera a ver el juicio ese día, y Dodd creía que Goering había cometido un error casi desastroso al perder los estribos con Dimitroff; la atmósfera, dijo, se volvió «demoníaca^[52]».

Goering sintió la necesidad de hacer una retirada digna de la sala. Antes de marcharse hizo una declaración sobre la investigación legal de las causas del fuego que tenía lugar en Londres en esos momentos; en esa investigación, en la que *sir* Stafford Cripps tenía un papel importante, se habían presentado pruebas circunstanciales que apuntaban a que los nazis, no los comunistas, habían incendiado el Reichstag^[53]. «Me gustaría saber», dijo Goering, «qué pensarían los ingleses, franceses o americanos si estuvieran haciendo un juicio político y los alemanes interfirieran de ese modo. Y ya que Inglaterra es la nación que acoge esa investigación, me gustaría sugerirles a los ingleses que estudien la historia del incendio de su propio Parlamento hace unos pocos cientos de años. Verán que entonces no se celebraban juicios como éste. Incluso hoy en día se celebra el aniversario de esa atrocidad, y se cuelga una efigie para demostrar que el lugar de tales personas es la horca^[*]». Pero el único hombre que fue hallado merecedor de ese destino en Alemania tras cincuenta y siete días de examen de las pruebas recogidas por los hombres de Goering fue Van der Lubbe, que había permanecido sentado impassible y con expresión ausente durante la mayor parte del juicio. Solo él, el 10 de enero de 1934, se tambaleó aturdido hacia el cadalso, donde fue guillotinado por el verdugo, que vestía, como exigía la tradición, atuendo de etiqueta, incluyendo guantes blancos y chistera.

Goering, furioso por la manera en que había sido tratado durante el juicio, se quejó amargamente a Hitler de que se sentía como si él hubiera estado en el banquillo de los acusados y no los comunistas. Hitler replicó que poco se podía hacer para cambiar la naturaleza de los tribunales mientras Hindenburg siguiera vivo.

Las elecciones de marzo de 1933 siguieron con dureza al incendio. Habiendo puesto en marcha la maquinaria de su justicia ciega, Goering, entusiasmado y lleno de energía, se dirigió al pueblo alemán por radio la noche del 28 de febrero y volvió a volcarse en la campaña electoral.

El 3 de marzo, dos noches antes de que Alemania volviera una vez más a las urnas, Goering gritaba en Frankfurt am Main: «Mis medidas no se verán impedidas por ninguna decisión judicial... no tengo por qué preocuparme por la justicia; ¡mi misión consiste únicamente en destruir y exterminar, nada más^[54]!». Se decidió que

el 5 de mayo sería el día del despertar nacional, y concentraciones de hombres que desfilaban abarrotaron las calles; el retumbar de sus pasos se convertiría en el nuevo latido del corazón de Alemania, mientras que los interminables mítines convertían la noche en un espanto. La radio y los altavoces colocados en las calles transmitían las voces de Hitler, Goering y Goebbels a todos los oídos. Votar contra tamaña presión era un acto de valentía, pero el 5 de marzo se depositaron más de doce millones de votos contra la violencia. Pero los nazis y sus aliados, los nacionalistas liderados por Papen y Hindenburg, con un total de más de veinte millones de votos a su favor, volvieron a proclamar una gran victoria, aunque sus 240 escaños les otorgaban una mayoría simple de dieciséis en el Reichstag. Al caer la noche, las hogueras de la victoria iluminaban las lomas.

Fue entonces, en marzo de 1933, cuando se estableció por completo el sistema de campos de concentración. Goering quería que se considerara a esos campos como centros de rehabilitación para aquellos que sufrían diferentes grados de criminalidad política, pero en cualquier caso las miles de personas arrestadas hacían imposible la encarcelación normal. En Núremberg, Goering testificó que sus órdenes consistían en que «esos hombres primero habían de ser reunidos en campos, se propusieron uno o dos campos, porque... no sabía cuánto tiempo sería necesario mantener internadas a esas personas, ni cómo aumentaría su número».

Los campos autorizados por él («dos o tres en Prusia») fueron complementados inmediatamente con los llamados *Wilde Lager*, campos no autorizados creados por nazis individuales; Goering mencionó en Núremberg un campo cerca de Settin montado por Karpfenstein, Gauleiter de Pomerania, otro en Breslau creado por Heines, y un tercero cerca de Berlín cuyo fundador era Karl Ernst («de quien siempre sospeché que cometía actos de brutalidad»). Goering hizo que se clausuraran esos campos.

La historia de los campos de concentración no será fácil de desenmarañar. Goering afirmaba que al principio tomó la idea de los centros de internamiento que crearon los ingleses durante la Guerra de los Bóers, y en la enciclopedia alemana la palabra *Konzentrationslager* venía seguida inmediatamente de «Usados por primera vez en la Guerra Sudafricana». Goering puso a Diels a cargo de sus campos y durante su juicio en Núremberg admitió que tuvieron lugar brutalidades, añadiendo que «por supuesto que di instrucciones de que esas cosas no deberían ocurrir. Acabo de declarar que ocurrieron y que en mayor o menor medida ocurrieron en todas partes. Siempre hice hincapié en que esas cosas no deberían ocurrir, porque para mí era importante ganar a algunas de esas personas para nuestra causa y reeducarlas». Entonces repitió la conocida historia de su amistoso tratamiento del líder del Partido Comunista, Ernst Thaelmann. Thaelmann había recibido una paliza durante su interrogatorio, y al llegar a oídos de Goering lo sucedido, hizo que lo llevaran a su despacho para ofrecerle sus disculpas. «Mi querido Thaelmann», dijo, «si usted hubiera llegado al poder, probablemente yo no habría sido maltratado, sino que usted

me habría cortado la cabeza de inmediato». Entonces le dijo a Thaelmann que siempre tendría libertad para quejarse de maltrato si ocurría, y lo devolvió a sus captores. Había hecho lo que consideraba adecuado para cumplir con los derechos humanos, pero como él mismo dijo, «si empleas un cepillo de carpintero, no puedes evitar hacer virutas».

La historia de la fase inicial de los campos está íntimamente relacionada con las profundas rivalidades personales entre Goering, Roehm de las SA y Heinrich Himmler, jefe de las SS. Goering, que, como hemos visto, a principios de febrero tenía el control sobre la policía de Prusia, lo que a su vez implicaba el control sobre una gran parte de Alemania, y había incrementado sus poderes reclutando otros cincuenta mil auxiliares procedentes de las SA, las SS y el *Stahlhelm*. Al mismo tiempo había creado una fuerza policial secreta, la policía política, bajo el mando de Diels. Mientras ocurría todo esto, Himmler se convirtió en el jefe de policía de Baviera, circunstancia que consideraba un buen punto de partida para construir su propia fuerza secreta, especialmente cuando quedó claro que Hitler estaba a favor de establecer una fuerza de policía unificada independiente de las diferentes administraciones estatales. Reinhard Heydrich, deportista, miembro de las SS y oficial expulsado de la marina, se unió a Himmler para seleccionar a los miembros de esta fuerza. Para mantener a la policía política prusiana bajo su control, Goering la retiró el 26 de abril de su sede bajo el techo de la administración prusiana y la llevó un cuartel general separado en el número 8 de la Prinz Albrechtstrasse, cerca de su propio ministerio. Al hacerlo, puso los cimientos de la futura Gestapo, la *Geheime Staatspolizei* (Policía Secreta del Estado), como sería conocida oficialmente tras ser reconstituida en junio de 1933. Goering se nombró a sí mismo «Jefe de la Policía Secreta y de la Policía Política». Himmler, mientras tanto, se hizo gradualmente con el control de la policía del resto de los Estados alemanes y para el año siguiente pudo pedirle a Hitler con éxito que añadiera la Gestapo de Goering a sus fuerzas policiales. Como lo describió Goering en Núremberg, «en aquel momento no me opuse expresamente a ello. No estaba de acuerdo, quería manejar mi policía a mi manera. Pero cuando el Führer me pidió que lo hiciera y dijo que era lo correcto y que era necesario combatir a los enemigos del Estado en todo el Reich de manera uniforme, le entregué la policía a Himmler, que puso a Heydrich al mando». Himmler, de hecho, se hizo cargo oficialmente de la policía el 20 de abril de 1934.

Roehm, el líder de las SA, que respondía directamente ante Hitler, estaba desarrollando ideas que concernían al uso de las SA que eran diametralmente opuestas a las que tenían Hitler y Goering. Roehm quería que las SA reemplazaran *de facto* al ejército, con él mismo como comandante general; Hitler quería mantener al ejército firmemente de su parte y dejar declinar gradualmente al grueso de las SA, ya que el uso político de las peleas callejeras y el pistolero se había convertido más en un motivo de vergüenza que en una necesidad para la consolidación del poder. Goering también aspiraba a convertirse en comandante general del Ejército del Tercer

Reich. Las SA, empero, tenían sus propias cuentas privadas que ajustar, y con la suspensión de los derechos de los ciudadanos el 28 de febrero, Roehm y sus hombres, como ya hemos visto, empezaron a montar sus propios campos de concentración desafiando más o menos en secreto a los centros oficiales de detención de Goering. Hacia finales de 1933 había unos cincuenta campos de concentración, una cifra algo diferente de los «dos o tres» de Goering.

El escándalo de las brutalidades cometidas en esos campos se empezó a filtrar lentamente. Las palizas venían seguidas de chantajes; se pedían rescates para liberar a los prisioneros de la prisión preventiva [*Schutzhaft*]. Los asesinatos se convirtieron en algo común, y hacia 1933 no era difícil encontrar muchos hombres que disfrutaban activamente actuando con sadismo. Si, por su propia admisión, se practicaba la crueldad en los propios campos y prisiones de Goering, eso no era más que la punta del iceberg de dolor de los lugares controlados por las SA y las SS. Tanto Hitler como Goering hicieron ademán de protestar contra esos excesos, puede que como simple formalidad. Dachau fue fundado por miembros de las SS en la primavera de 1933, y en abril los hombres de las SS llegaron a disparar contra los de Goering cuando estos últimos intentaron investigar un campo no autorizado que se había descubierto cerca de Osnabrück; en esa ocasión, Hitler obligó a Himmler a intervenir y desmantelar el campo. Pronto, sin embargo, incluso Diels, el hombre de Goering, se encontraría en inferioridad de condiciones frente a nazis tan violentos como Ernst, el jefe de las SA de Berlín, y Goering perdería su poder como controlador de la policía nacional ante el decidido avance de Himmler y su ansia de poder. Heydrich estableció una organización en Berlín desafiando directamente a Goering, el SD, (*Sicherheitsdienst*, Servicio Secreto), un servicio secreto especial formado a partir de las SS. Goering para entonces temía a Roehm, quien a su vez había entrado a formar parte del gabinete de Hitler el diciembre anterior. Sentía la necesidad de alinearse con alguien que representara el poder, y optó por aliarse con Himmler. Para ese entonces, en cualquier caso, los principales intereses de Goering estaban en otro lado.

La historia de las actividades policiales de Goering no puede, por tanto, separarse de la de su búsqueda particular de poder. Reconoció su posición como segunda persona más importante después de Hitler del nuevo Estado que se estaba creando, y su fuerza inicial radicó en buscar el dominio mediante el control de la policía.

El nuevo Reichstag fue inaugurado el 21 de marzo en Potsdam con pompa y circunstancia, precedido por misas tanto en la Pfarkirche católica como en la Garnisonkirche protestante. El presidente y el nuevo canciller dieron discursos ante el altar de la Garnisonkirche. El discurso de Goering quedó reservado para su reelección como presidente del Reichstag cuando la cámara se reunió más tarde en la Ópera Kroll de Berlín; habló del sagrado fuego de la revolución y de la necesidad de unificar Alemania a través de Hitler. «Weimar ha sido vencida», afirmó. «Es simbólico que el nuevo Reichstag haya encontrado su camino a la ciudad de la que emanó Prusia, y con Prusia, Alemania». Recordó entonces que el 21 de marzo era el

aniversario del día en que Bismarck se dirigió al primer Reichstag alemán en 1870 y que la familia alemana se había reunido en un parlamento alemán. El mismo día se promulgaron decretos concediendo la amnistía por actos criminales cometidos por los nazis durante el periodo de lucha por el poder, y se crearon tribunales especiales para procesar los delitos políticos contra el nuevo régimen. Tres días más tarde, el 24 de marzo, llegó la famosa Ley Habilitante que otorgaba a Hitler poderes dictatoriales en el Estado alemán, aprobada en una sesión del Reichstag a la que muchos de sus miembros no pudieron asistir por estar arrestados. Los hombres de las SA y las SS estaban presentes mientras Goering intimidaba a aquellos diputados que se mostraban hostiles gritando: «¡Silencio! ¡El canciller está ajustando cuentas!».

A principios de abril, Goering fue de vacaciones a Italia. Allí se reunió con Mussolini, que le advirtió en contra de la insistencia de los nazis en el antisemitismo; en ese momento se habían anunciado varios decretos contra los judíos en Alemania. Italia, según Mussolini, no podía permitirse apoyar a Hitler en ese asunto. Goering también se reunió con el mariscal Balbo, jefe de las fuerzas aéreas italianas. El 10 de abril, mientras aún seguía en Roma, recibió un telegrama de Hitler en el que lo nombraba primer ministro de Prusia y le requería para que asumiese sus deberes el 20 de abril; Hitler le daba las gracias efusivamente por sus servicios y por la «lealtad única con la que has unido tu fe a la mía». Según Goering, todo esto estaba acordado de antemano; como diría después: «También conseguí a *Herr Von Papen*... conseguí que se retirara de su puesto de comisario para Prusia de forma que el Líder pudiera entregarme el puesto a mí^[55]». Goering regresó a tiempo para sentar las bases de la futura Gestapo el 26 de abril.

Goering ahora podía permitirse expandir su vida doméstica. Vivía en su lujoso piso en Kaiserdamm, que también le servía de oficina personal; allí tenía a un agente de la policía prusiana y a un SS de guardia, y mensajeros de varios ministerios entraban y salían constantemente. Una habitación a un lado de la sala principal contenía un retrato al óleo de Carin sentada en una ladera verde, rodeada de flores y con montañas coronadas de nieve de fondo. La habitación estaba decorada en azul verdoso y dorado, y estaba ricamente alfombrada. Bajo el cuadro había una mesa con un cuenco con flores y dos pesados candelabros de bronce. La habitación era como una capilla.

Hacía ya dieciocho meses de la muerte de Carin, y Goering se había encallecido convirtiéndose en un hombre resuelto y que vivía la vida de un soltero, con un séquito de sirvientes oficiales y subordinados. Fue en ese momento cuando Robert Kropp, que sería su sirviente personal durante los siguientes doce años, vio un anuncio en el que se pedía un ayuda de cámara para un caballero de importante posición; venía el número de un intermediario, y se concertó una cita, advirtiendo primero a Kropp que su potencial patrón era Hermann Goering. Goering le hizo esperar varias horas, luego lo vio y habló con él sobre sus cualificaciones, preguntándole si sabía conducir coches y pilotar una motora. Kropp dijo que era

capaz de cumplir con ambos requisitos. Goering le preguntó qué salario quería; Kropp pidió el salario normal para un ayuda de cámara de primera clase, que era 140 marcos mensuales, con alojamiento. Goering se lo pensó un momento y luego le ofreció 90 marcos, pero le dijo que si demostraba ser bueno, su paga pronto aumentaría. Goering le advirtió de que su trabajo sería duro y que tendría que estar preparado para estar de servicio a cualquier hora. Kropp, que no estaba casado, accedió a las condiciones. Tres meses más tarde su sueldo se había doblado, con efecto retroactivo al mismo día en que entró al servicio de Goering^[56].

Goering siguió sin volver a casarse durante tres años. En 1932 conoció a la mujer que sería su segunda esposa: se trataba de la actriz Emmy Sonnemann, a quien Goering vio actuar en una obra en Weimar y pidió que le fuera presentada. Al principio ella se negó; no tenía mucha idea de política y no sabía si era Goering o Goebbels el que quería conocerla. Pronto lo conoció, en circunstancias más formales, en una recepción y Goering se convirtió en un amigo íntimo, que buscaba relajarse en su compañía lejos del campo de batalla del Reichstag y de las negociaciones que condujeron al nombramiento de Hitler como canciller. Cuando el 30 de agosto de 1932 Goering fue elegido presidente del Reichstag, la primera carta que envió con sello presidencial fue una nota a Emmy Sonnemann en Weimar que decía. «*Ich liebe dich. H.*». Hacía menos de un año que era viudo y esa atractiva mujer rubia de treinta y tantos años le daba la admiración y el apoyo de una naturaleza cálida y femenina que su temperamento, que en esencia era el de una persona dependiente, siempre necesitaba bajo esa corteza de masculinidad que mostraba en público^[57].

Emmy Sonnemann había estado casada con un actor llamado Köstlin, pero el matrimonio había terminado en divorcio. Cuando conoció a Goering su madre acababa de morir, y la relación sentimental entre ellos se nutrió de las pérdidas que ambos habían sufrido. La reputación de Emmy Sonnemann como actriz era sólida, aunque limitada durante muchos años a los teatros de ciudades como Hamburgo, Viena y Weimar, la ciudad asociada a Goethe y Schiller y la favorita de Emmy.

Aunque ya se hablaba de amor entre Emmy y Goering en fechas tan tempranas como agosto de 1932, no se anunció ningún compromiso formal hasta el 9 de marzo de 1935. Durante este periodo Goering estuvo, por supuesto, profundamente involucrado en las actividades del Estado. Pero el intervalo fue largo, y hubo rumores de compromiso entre Goering y otras actrices, especialmente con la cantante de ópera Margarete von Schirach, hermana del líder de las juventudes nazis Baldur von Schirach, y con Käthe Dorsch^[58]. Aunque Goering amaba a Emmy, también quería seguir siendo fiel al recuerdo de su primera esposa. Carin no sería olvidada nunca, y Goering siempre permanecería en contacto con su familia. Voló al castillo de Rockelstad para la boda de la sobrina de Carin en junio de 1933 y al mismo tiempo visitó la tumba de su esposa en el cementerio de Lövoe.

Cuando Goering se convirtió en primer ministro de Prusia en abril de 1933, obtuvo el derecho a otra residencia oficial además de la del presidente del Reichstag.

Pero, como ocurre con la mayoría de hombres que saborean los primeros frutos del poder, no estaba satisfecho con los rancios palacios de un régimen muerto; quería expresarse a través de algo nuevo. Mientras Goebbels, que había sido nombrado ministro de Propaganda e Información Pública en marzo de 1933, tiraba abajo el estucado y cambiaba la decoración interior del Leopoldpalast en la Wilhelmplatz («No puedo trabajar en la penumbra», dijo), Goering decidió despejar un solar en la esquina de la Prinz Albrechtstrasse con la Stresemannstrasse, cuyo nombre había cambiado mediante las autoridades locales al de Hermann Goeringstrasse. Allí se construyó una residencia urbana a costa de los contribuyentes al lado del nuevo cuartel general de la Gestapo, para cuyas actividades Diels se había apropiado del local del Museo del Folklore en Berlín. El nuevo palacio fue terminado a principios de 1934.

Desde ese periodo, el estado financiero de Goering estaba inextricablemente enredado con las prebendas y recompensas de sus cargos. Sus sueldos oficiales declarados eran relativamente pequeños; presidente del Reichstag, 7200 marcos anuales; ministro del gabinete, 12 000 marcos; comisario para la Aviación, 3000 marcos; presidente del Consejo Estatal de Prusia, 12 000 marcos. Algunos de estos cargos conllevaban asignaciones para gastos y exenciones fiscales. Hitler siempre estaba dispuesto a dejar que Goering festejara con el máximo lujo cuando la ocasión lo requería. Además, Goering empezó, en virtud de su poderosa posición, a reunir sustanciosos intereses económicos en la forma de acciones y el influyente periódico *el Nationalzeitung* de Essen se convirtió en su portavoz particular.

Thyssen afirmó en su momento que muchos empresarios, incluyendo él mismo, pensaban que Hitler restauraría la monarquía. Se sabía que Goering había sido huésped del antiguo Káiser en su residencia de Holanda, y, aunque Goering le contó a Thyssen que el príncipe heredero le había hecho comentarios desaprobadores hacia Hitler tras una cena, el príncipe fue invitado a ocupar un palco destacado en el primero de los Bailes de Ópera de Goering. Algunos de los empresarios se quedaron impresionados por esta muestra de fervor hacia los Hohenzollern.

El 20 de febrero de 1933, Goering invitó a un grupo selecto de empresarios, entre ellos Schmidt, Krupp von Bohlen, Voegler de la Vereinigte Stahlwerke y Bosch de la IG Farben a su Palacio del presidente del Reichstag para reunirse con Hitler. Goering explicó que el propósito de la conferencia era crear un fondo para las elecciones de marzo. Tras un discurso de Hitler, se acordó la cantidad de tres millones de marcos y Schacht fue invitado a administrar el fondo en nombre de todos los partidos de derechas. «Estas elecciones serán con toda seguridad las últimas durante los próximos diez años», dijo Goering con aplomo a su distinguido público. Por otro lado, los nazis ofrecían cínicamente socialismo a las clases trabajadoras en sus discursos electorales. Heinden dejó constancia de Goering en un mitin de masas celebrado en abril en el Sportpalast, después de terminadas las elecciones, dijo que «no sólo ha resultado victorioso el nacionalsocialismo alemán, sino también el

socialismo alemán^[59]».

Thyssen, como uno de los partidarios más leales de Hitler, fue recompensado por Goering con el cargo vitalicio de consejero del Estado de Prusia, y asistió a unas cuantas reuniones (hasta que Goering las convirtió de debates a sesiones aceleradas de «cursos de nacionalsocialismo intensivo», ¡e incluso Streicher fue invitado a hablar!) Thyssen fue manipulado para colaborar durante los últimos días antes de que Hitler se convirtiera en canciller mediante una llamada telefónica de Goering advirtiéndole de que los espías habían obtenido información sobre un incipiente golpe comunista en el Ruhr y que Thyssen estaba a la cabeza de la lista de rehenes propuestos. «¿Cómo podía dudar de sus palabras?», escribió el patético industrial, el hombre más destacado de la industria alemana. «Por tanto, empecé a colaborar abiertamente con el régimen^[60]».

Luego, cuando Thyssen ya había huido de Alemania y dictaba sus diatribas contra los nazis rodeado de las comodidades de Cap-Ferrat, exclamó: «Qué tonto he sido...», y a continuación reveló lo que sabía de la corrupción reinante entre determinados jerarcas nazis, particularmente de Goering. Thyssen afirma que Goering no pagaba sus deudas si podía evitarlo; de la pobreza pasó a ser repentinamente uno de los hombres más ricos de Alemania, obteniendo sus ingresos tanto de fuentes públicas como privadas. Como primer ministro de Prusia se convirtió en administrador de todas las posesiones del Estado, y las repartió entre él y otros. A Hindenburg, que lo nombró general en agosto de 1933^[61], le entregó tierras adicionales en Neudeck, región conocida en Alemania como «la viña de Nabet^[*]» y posteriormente como «el campo de concentración más pequeño», porque el presidente Hindenburg, que ahora contaba con ochenta y seis años, pasaba allí cada vez más tiempo y apenas salía de su posesión para participar en los asuntos de Estado o en la vida social. Goering se reservó para sí la vasta región forestal de Schorfheide, donde construiría su Carinhall, y la dotó de sirvientes, vigilantes y guardabosques pagados por el Estado. De manera similar, su palacio privado en Berlín era propiedad del Estado. El primer ministro bávaro le regaló un terreno en los Alpes Bávares justo enfrente de la propiedad de Hitler, ahí se hizo construir una villa.

Pronto se convirtió en parte aceptada del sistema nazi el ganarse la buena voluntad de Goering mediante un sistema organizado de regalos, en particular regalos hechos en enero, en su cumpleaños. Schacht describe el banquete que dio Goering en 1934 para celebrar su cumpleaños, y al rico editor al que se le concedió el lugar de honor junto a su anfitrión; le había regalado a Goering un carruaje de caza y cuatro caballos. El propio Schacht le regaló «un cuadro de gran calidad de un bisonte».

Goering había vivido desde su regreso a Alemania en 1927 en la periferia de los grandes negocios y en el umbral de hombres ricos y poderosos. Había sido criado en circunstancias que le condujeron a creer que la gran vida era su derecho, y que desde la derrota de Alemania en 1918 se le había privado de su derecho natural por nacimiento. Ahora la puerta se había abierto de par en par y se codeaba con los

grandes propietarios. No era de esperar que hubiera desarrollado una ética refinada durante la trifulca constante que había sido la política alemana en los últimos cinco años. El poder era tanto para usarlo como para ostentarlo, y con los nuevos despachos y uniformes, los ministerios, palacios y criados, vino el ansia insaciable de posesiones. Goering, alimentado desde su juventud con las imágenes de príncipes del pasado, empezó a acumular su botín. Le gustaba compararse con la figura de un noble renacentista.

Hacia 1933 se había convertido en un hombre muy obeso, y su peso, que casi llegó a los ciento treinta kilos, le daba grandes problemas. Su energía lo convertía en un comensal voraz, pero sólo en ocasiones. De hecho, comía de forma esporádica y sólo tendía a las grandes comilonas cuando estaba en compañía de sus invitados en alguno de sus restaurantes favoritos, como el Horcher. Cuando estaba solo, normalmente se conformaba con bocadillos y cerveza, adaptando su horario de comidas a aquello que estaba haciendo, pero con frecuencia levantaba a Kropp en medio de la noche para que le trajera cerveza y bocadillos, especificando qué tipo de queso o salchicha quería en ellos; tras eso, pasaba a su comida favorita, la pastelería suave y cremosa, que, como Hitler, devoraba en grandes cantidades. Rara vez se iba a la cama antes de las dos o las tres de la mañana, otro hábito que compartía con Hitler y también con Goebbels. Kropp, que permanecía despierto hasta altas horas de la noche proveyendo de comida a su patrón, tenía sin embargo órdenes de despertarlo todos los días a las seis de la mañana. Rara vez tenía que sacarlo de la cama, ya que Goering sufría de insomnio. Normalmente lo encontraba ya en pie, afeitado y duchado; insistía en afeitarse él mismo con una antigua maquinilla Gillette, y siempre se ocupaba él en persona de la manicura de sus manos, cuidando mucho su apariencia. Tenía una piel muy suave, y como la mayor parte de los caballeros alemanes de la época, usaba talco en la cara después de afeitarse. Eso, según Kropp, daría origen al posterior rumor de que usaba maquillaje.

Era vago para determinados asuntos. No le gustaba ir a que le cortaran el pelo, y Kropp siempre tenía que insistirle para que se lo hiciera el barbero del Kaiserhof, que a menudo tenía que esperar durante horas, pero que al final era aplacado mediante una generosa propina. Sobre todo, Goering era vago a la hora de vestirse él mismo. Aunque estaba desarrollando un gusto extravagante por los trajes, no le gustaba meterse en sus ropas y Kropp tenía que vestirlo. Le gustaba llevar abrigos hechos especialmente para él y que casi llegaban al suelo, dándole un aspecto no solo de gran talla, sino imperioso. Las ropas ceñidas siempre le molestaban; y en cuanto podía se ponía una de las grandes batas que había encargado hacer especialmente para evitar constreñir su cuerpo.

Para dormir se ponía un camisón de seda con mangas abullonadas; no le gustaban los pijamas. Por el día, según engordaba más y más, tenía que cambiarse de ropas cada vez con más frecuencia; sudaba en demasía y tenía constante necesidad de cambiarse. En vanos intentos por controlar su gordura, a veces emprendía vigorosos

paseos por el campo en los fines de semana^[62].

Cuando fue ascendido a general empezó a mostrar un creciente interés por los diversos uniformes que requerían sus cargos. Siempre se había hecho sus uniformes en Stechbarth, los famosos sastres de Berlín especializados en uniformes y ropas de gala. Cap, su principal cortador, pasó muchos años trabajando para Goering, arreglando y ajustando sus prendas según la forma cambiante de su cuerpo. Cap sostiene que los rumores exageraron grandemente el tamaño real del guardarropa de Goering. Tenía una gran variedad de uniformes (algunos de los cuales diseñó el propio Goering), sus trajes de paisano (nunca más de una veintena de trajes disponibles en un momento dado), sus prendas especiales (que preocupaban a Cap por su extravagancia), y sus ropas informales para el ocio. Le encantaban las chaquetas de cuero suave y los chalecos de fantasía. Goering siempre hacía esperar a Cap cuando éste tenía que tomarle medidas, pero luego siempre se mostraba encantador, jovial y se disculpaba. Incluso aceptaba los consejos de buena gana; una vez descartó un pesado abrigo de pieles que había encargado hacer porque Cap le señaló con tanto tacto como pudo que *Herr Reichsminister* estaba demasiado gordo para llevarlo.

Goering recibió otras responsabilidades durante 1933 aparte de la creación de un Estado policial, y una de ellas fue la conversión de Alemania en potencia aérea^[63]. El 5 de mayo de 1933, el cargo de comisario del Reich para la Aviación se convirtió en el Ministerio del Aire, y Goering fue nombrado ministro de Tráfico Aéreo, ya que había que seguir aparentando que Alemania no planeaba crear una fuerza aérea. Los clubes de aviación y vuelo sin motor fueron fusionados en el Club Aéreo de Alemania y la Unión de Aviación Deportiva Alemana bajo Bruno Loerzer, con la asistencia de Ernst Udet y otros nombres famosos de la aviación alemana. La prensa de Goebbels comenzó a insistir en el tema de la aviación y la necesidad de una fuerza aérea, y el 15 de junio se organizó un gran Día Nacional del Vuelo en el Aeropuerto berlinés de Tempelhof.

En el Pacto de París de 1926, se permitía a Alemania crear unidades de «policía aérea» y de medios de defensa en el aire. Goering se aprovechó inmediatamente de este hecho y creó la *Reichslufts Schutzbund*, la Unión de Defensa Aérea Alemana, una organización que le daba el control de la artillería antiaérea y de las medidas de protección civil contra bombardeos. El 29 de abril anunció la formación de su Unión de Defensa Aérea Alemana y publicó un manifiesto dirigido al pueblo alemán en el que se advertía de la vulnerabilidad de una Alemania indefensa ante un ataque desde el aire; las naciones vecinas, afirmaba, tenían diez mil aviones que en el plazo de una hora podían llenar los cielos de Alemania. Se instó a todo el mundo a que se uniera a la Unión como vigilante contra bombardeos y que preparara su hogar para defenderlo contra un ataque; se editó una publicación llamada *Syren* para el movimiento y se planeó un programa de instrucción. Se cobraba una pequeña cuota de inscripción. Para asegurar un «incidente» apropiado que usar como palanca con los poderes

Aliados, el 23 de junio todos los periódicos publicaron una noticia terrorífica con el titular: «Plaga Roja sobre Berlín: Aviones extranjeros de tipo desconocido escapan sin identificar; Alemania indefensa». Blood-Ryan, el biógrafo inglés de Goering antes de la guerra, dice que telefoneó a Goering el mismo día para pedirle su opinión. Goering contestó que «el incidente de ayer demuestra lo indefensa que está Alemania en realidad. No tengo ni un solo avión que pudiera haber empleado en defensa y persecución. Haré todo lo que esté en mi poder para construir al menos unos cuantos aviones policía para estar preparados contra ataques posteriores. Esos aviones policía no se convertirán en un asunto de defensa militar, son una necesidad absoluta».

Al poco tiempo, el ministerio de Goering se ponía en contacto con la embajada inglesa para pedir permisos de exportación del gobierno inglés de forma que Alemania pudiera comprar aviones «policía» y motores a fabricantes ingleses. Se concedieron esos permisos. Hanfstaengl recuerda que formaba parte del grupo que recibió a *sir* John Siddeley en Berchtesgaden a finales del verano de 1933, y cómo *sir* John y Goering «se sentaron en una terraza con grandes ilustraciones y planos de aeronaves militares inglesas que Alemania podía estar interesada en comprar^[64]».

Goering empezó a reunir a su alrededor a sus viejos conocidos de la Primera Guerra Mundial. El coronel Karl Bodenschatz se le unió como consejero personal y asistente principal, y Erhard Milch se convirtió en secretario de Estado de su ministerio. En la primavera de ese mismo año, un joven piloto formado en Lufthansa, Adolf Galland, que había recibido instrucción secreta en anticipación a la posible necesidad de pilotos de combate, fue convocado a Berlín. Se encontró en presencia de Goering, que le explicó que él y otros pilotos serían enviados a Italia para recibir más formación en secreto en las fuerzas aéreas italianas; el joven, impresionado por el entusiasmo de Goering, se quedó «asombrado por su anchura y volumen». Regresó de Italia convertido en «un piloto de combate casi perfecto» en otoño; en febrero pasó de la aviación civil a la «lista activa» y en octubre recibió nombramiento de oficial. Añadió, lo que es significativo, que la purga contra Roehm y las SA «levantó poco revuelo en la guarnición... parecía que se trataba principalmente de un asunto interno del partido^[65]». Galland llegaría a ser uno de los oficiales superiores de Goering en la fuerza aérea, y uno de sus críticos más severos.

Aunque la existencia de la Fuerza Aérea Alemana no fue reconocida formalmente hasta el 1 de marzo de 1935, Goering se concentró en crear una consciencia de aviación en Alemania de todas las formas que encontró. La industria recibió órdenes de producir aviones para vuelos civiles y transportes. Bajo la tapadera de la expansión de los servicios civiles, se formaban pilotos y diseñaban aviones.

Una vez convertido en oficial, Galland descubrió (aunque en apariencia fuera un civil) que se esperaba que formara a otros pilotos de combate en Schleissheim, que describe como la primera escuela de aviación de guerra de la Luftwaffe alemana. Goering acudió allí en febrero de 1935 para explicar qué sería la Luftwaffe y mostró el uniforme que pronto llevarían abiertamente. En abril Galland fue destinado al

grupo comandando por Wolfram von Richthofen, cerca de Berlín; encontró que tanto el aeródromo como los alojamientos estaban a medio construir, pero sí que les entregaron un nuevo Heinkel-51. Galland pronto estaría listo para España.

Los cimientos de toda esta obra se pusieron durante 1933. A Goering le gustaba tomarse un respiro de su labor de despacho y de las conferencias cuando podía durante los fines de semana e iba a visitar los bosques al norte de Berlín. Como para recompensarle y convertir su deporte en parte de sus deberes oficiales, Hitler le permitió convertirse en Maestro de Caza del Reich en mayo de 1933, así como Maestro de los Bosques Alemanes [*Reichsforstund-jägermeister*], para lo cual se creó un ministerio especial en 1934. Como Maestro de Caza de Hitler, Goering diseñó un uniforme especial que incluía una camisa de seda blanca con sus mangas abullonadas favoritas, sobre la que llevaba una chaquetilla de cuero suave sin mangas.

Goering fusionó varias entidades con poder sobre la caza y las reservas forestales que hasta entonces estaban en manos de los estados provinciales. Los extensos bosques de Alemania eran importantes para su economía, y empezó una serie de reformas en silvicultura que redundarían en beneficios permanentes. Su amor por la naturaleza y el campo se expresó en los planes de reforestación, irrigación y preservación de áreas de belleza natural. Introdujo leyes para la protección de animales silvestres y preservar especies en extinción como el alce, el bisonte, el jabalí, el cisne, el halcón o el águila.

Fue entonces cuando empezó a interesarse cada vez más por el Schorfheide, una gran extensión de bosques y páramos jalonada de lagos que se extendía desde el norte de Berlín a la frontera polaca (en aquel entonces) y la costa báltica; reintrodujo animales silvestres en esta área y decidió que adquiriría allí un terreno para él. También visitó el Rominten Heide, en la frontera oriental de Alemania. Hizo traer bisontes y alces desde Suecia, Polonia y Canadá para experimentos orientados a revivir la cría de esos animales, experimentos que no siempre tuvieron éxito. En julio de 1934 endureció las leyes de caza en Alemania, prohibiendo la caza excepto una cuota estrictamente definida y sólo para aquellos cuyo permiso mostraba que podían usar un arma. Todos los cazadores tenían que ir acompañados de un perro cobrador de forma que se pudiera encontrar y matar a los animales heridos. Goering aprobó una ley que prohibía la vivisección de animales y prohibió todas las formas de caza furtiva, cazar a caballo y el uso de trampas de cepo y alambre, iluminación artificial o venenos contra los animales. «Aquel que tortura a un animal hiere los sentimientos del pueblo alemán».

Durante 1933 empezó a planear su gran mansión campestre de Carinhall. Como segundo hombre más poderoso de la Alemania nazi después de Hitler, como primer ministro de Prusia, como Maestro de Caza y Bosques del Reich, sentía que tenía derecho a la mejor hacienda que pudiera encontrar a una distancia razonable de Berlín. Escogió un área en el Schorfheide donde había un pabellón de caza imperial construido en madera, cerca de un lago llamado el Wackersee. Aquí hizo que se

delimitaran un centenar de acres como parque estatal que en su mayor parte pasó a ser de su propiedad, donde ubicaría el núcleo de la casa que planeaba construir y el coto de caza que había decidido crear para sus cacerías.

El Schorfheide era una zona ondulada y boscosa de brezales y páramos jalonados de pinares, robledos y hayedos. Los enebros daban un tono dorado a la escena en otoño, mientras que los espinos, los agracejos y las retamas hacían variar los colores del paisaje, interrumpido por marjales con sus juncos y juncias, y por lagunas rodeadas de pinos y abetos. Los pájaros carpinteros martilleaban en los árboles y los cisnes silvestres flotaban en el lago con sus polluelos. Goering convirtió el Schorfheide en un santuario para el ciervo, el búfalo, el alce y el caballo salvaje y luego comenzó a planear la casa que, mientras servía de monumento al recuerdo de su esposa, debía llevar el sello de la personalidad de Goering.

Carinhall estaba llamado a convertirse en algo único entre los monumentos contruidos por príncipes y millonarios en nombre de su orgullo. Hitler, Goering y Goebbels eran todos ellos arquitectos aficionados, con gustos marcados en cuanto a construcción, decoración de interiores y mobiliario y cuyo éxito político dio rienda suelta a esos gustos en una orgía de construcción. Pero de todas las estructuras levantadas durante el régimen nazi, Carinhall fue la más inusual, un símbolo acumulativo de los sueños de su constructor, considerablemente ampliado y enriquecido con el paso de los años. Ayudado por dos jóvenes arquitectos, Helzelt y Tuch, del Departamento Estatal de Arquitectura de Prusia, Goering intentó dejar constancia en piedra, metal, madera y mortero de sus ambiciones, sentimientos, recuerdos y vanidad. Diseñó todos los detalles él en persona, hasta los picaportes de las puertas: lo llamó su *Waldhof*, y el resultado fue una curiosidad monumental, una especie de antigua mansión de barón medieval alemán equipada con todos los lujos y que combinaba una simplicidad masiva con una demostración de riqueza y poder. En palabras de Gritzbach, «Hermann Goering concibió el plano y la estructura siguiendo unas directrices que expresaran su personalidad fuerte y decidida». Ampliada año tras año, Carinhall acabaría siendo una mansión rural de tamaño y aspecto extraordinarios.

Una gran avenida arbolada conducía a la mansión de tejados inclinados, construida alrededor de los tres lados de un extenso patio interior que contenía parterres, un estanque de nenúfares y una fuente coronada por la estatua de un caballo con un jinete desnudo. Un claustro, cuyo techo estaba sostenido por gruesas vigas y columnas de roble, rodeaba el patio, mientras que en la estructura principal de la casa había magníficos portones, importados desde el sur, encajados en la piedra y madera, el cuerpo principal estaba levantado con bloques de granito de diversos colores. El edificio estaba diseñado para que todas las ventanas exteriores tuvieran vistas del lago o el bosque, y con su tejado de paja en mansarda, paredes blancas de estuco salpicado de guijarros y bordes de piedra gris, se pretendía que simbolizara la tradición arquitectónica germánica. La fachada central estaba hecha en estilo gótico,

y cuando Goering se convirtió en mariscal del Reich, se tallaron sus armas (un puño en blindado sujetando una porra) en un frontón sobre el porche. Además del primer patio principal había un patio interior dividido en una serie de céspedes con setos bien recortados y estatuas en bronce de Apolo, Artemisa y Ceres. Otro patio estaba rodeado por plantas trepadoras y había una reproducción del Porcellino^[*] de Florencia semioculta entre los rosales.

En la parte central del edificio estaba el recibidor de la entrada principal, de unos cuarenta y cinco metros de ancho, formando la principal galería de arte que tanto placer daba a Goering, el lugar al que acudirían las obras de arte que le regalaban y otros tesoros artísticos que ya empezaba a comprar o adquirir por otros medios: cuadros de los viejos maestros de la escuela flamenca y del artista alemán Lucas Cranach, al que admiraba mucho, y tapices de los talleres Gobelin. Dos escaleras gemelas de balaustradas de un blanco reluciente conducían del recibidor al piso superior. Otras salas principales incluían una cámara de reuniones al estilo medieval, un centro para el trabajo oficial de grandes vigas y chimenea de granito, la biblioteca principal, las salas de recepción para visitantes y la sala de mapas o de cartas, donde se celebraban conferencias de Estado Mayor bajo los retratos de Federico el Grande y Napoleón. Posteriormente aparecería una vasta sala de banquetes con columnas de mármol rojo de Verona. La mesa de esta sala estaba cubierta de seda, las sillas eran blancas y tapizadas en cuero, las cortinas estaban bordadas con la letra H en coronas de laurel cosidas en hilo de oro. Las paredes estaban cubiertas de tapices con figuras alegóricas que representaban la Juventud, la Salud y la Alegría; del techo colgaban grandes arañas de cristal. Las ventanas estaban controladas eléctricamente y podían abrirse para mostrar una vista sin obstáculos de los jardines y el bosque. En el exterior, en la terraza empedrada, los invitados eran servidos por lacayos con botas y pantalones verdes de montar y jubón a juego o por muchachas con botas de ante y chaquetillas y faldas verdes. La sala principal de estar tenía dos antesalas, la Sala Dorada y la Sala Plateada, en las que Goering exponía los fabulosos regalos que recibía. La escalera al piso superior estaba adornada con las reliquias y trofeos de las cacerías de Goering. En un gran ático instaló su maqueta de ferrocarril, con la que tantos distinguidos visitantes fueron invitados a jugar. La habitación tenía unos veinticinco metros de largo y el ferrocarril tenía casi dieciocho metros de tramo recto. El tren se hacía funcionar desde un panel de control situado al lado de un gran sillón rojo.

Goering también tenía una pequeña habitación de trabajo aislada del resto de la casa con mobiliario antiguo tirolés y con acceso a una biblioteca privada donde guardaba los libros que más atesoraba, incluyendo obras sobre historia nórdica, volúmenes sobre la historia y topografía de Alemania, estudios sobre ciencia militar y aviación, y libros sobre arte, viajes y exploraciones. En verano usaba todo un pabellón privado para trabajar, lo que le permitía sentarse al aire libre y contemplar el lago.

Carinhall tenía un sótano en el que había un gimnasio, una piscina tenuemente iluminada adornada con esculturas y una sala de juegos. En el gimnasio, Goering practicaba su puntería disparando contra imágenes móviles de animales proyectadas contra la pared; en la sala de juegos había un sistema eléctrico de aviones de pasajeros y trenes sobre un mapa. Por la noche el gimnasio se convertía en un cine, al que acudían los sirvientes. Cada uno tenía un asiento asignado, como si fuera la capilla de un antiguo aristócrata señorial. Las habitaciones de invitados, del personal y los criados eran cómodas y estaban bien provistas; Goering quería ser reconocido como un patrón modélico.

Carinhall, como tantos visitantes la han descrito, era el resultado de cambios y ampliaciones que continuaron hasta los primeros años de la guerra. El edificio inicial era mucho más pequeño, un esmerado pabellón de caza que completó un ejército de constructores en el plazo de diez meses. Frente a él, cerca del lago, Goering construyó un mausoleo de granito de Brandenburgo que pretendía que contuviera el cuerpo de su esposa, cuya tumba en Löve afirmaba que había sido profanada por antinazis suecos. (Goering había hecho poner una nueva lápida adornada con la esvástica sobre la tumba de Carin, cuando estuvo de visita en Suecia dejó una corona de flores en forma de esvástica en la tumba. Los antinazis suecos la retiraron, dejando una nota que decía que «el alemán, Goering» había cometido un acto de vandalismo y no debería usar la tumba de su esposa como medio propagandístico). La nueva cripta estaba emplazada bajo tierra con un tramo de escalones que conducían a ella. Goering encargó un gran féretro de peltre a la firma Svenks Tenn, cuyas lujosas muestras de mobiliario y orfebrería le habían atraído cuando estuvo en Estocolmo, en una época en que malamente podía permitirse tales decoraciones. El féretro de peltre fue diseñado a tal escala que pudiera contener también el cuerpo de Goering así como el de Carin. Goering estaba tan orgulloso de la cripta como lo estaba de la propia Carinhall, y normalmente incluía también la cripta cuando mostraba Carinhall a los visitantes.

Una de las fiestas de inauguración más elaboradas de las que organizó Goering tuvo lugar el 10 de junio de 1934 y a ella asistieron unas cuarenta personas, incluyendo a los embajadores británico y estadounidense. *Sir* Eric Phipps, el nuevo embajador inglés, envió a *sir* John Simon una larga e irónica descripción de todo el festejo^[66]. Goering llegó tarde al lugar del bosque donde se habían reunido los invitados; conducía un veloz coche de carreras, vestido con «prendas de aviador de caucho con botas altas y un gran cuchillo de caza al cinto». Primero dio una conferencia sobre la fauna y flora de los bosques alemanes, hablando en voz alta y con micrófono. Luego intentó que uno de sus bisontes machos hiciera una demostración de apareamiento con algunas hembras, pero resultó un fracaso; el semental «emergió de su cajón con la mayor de las reluctancias, y tras ojear tristemente a las hembras, intentó regresar a su caja». Goering desapareció entonces, dejando que sus invitados condujeran por los bosques hasta Carinhall, donde volvió a

recibirlos (esta vez vestido con calzado de tenista, pantalones blancos de deporte, camisa de franela blanca, chaqueta de cuero verde y con el cuchillo de caza todavía colgado del cinto) y los llevó a la casa: en todo momento sostenía «un instrumento largo, con forma de arpón». Emmy Sonnemann estaba presente, y estuvo sentada en el lugar de honor del excelente banquete que tuvo lugar; Goering la presentó como su secretaria privada.

El embajador Dodd, al contar la historia en su diario, escribió que Goering, al que describe como un «hombre alto, gordo y jovial al que sobre todo le encantaba presumir» posteriormente les mostró la casa «e hizo gala de su vanidad en todo momento, causando a menudo que sus invitados se miraran entre sí con diversión». Finalmente los condujo a ver la cripta, «la estructura más esmerada de ese tipo que he visto jamás». Goering «alardeaba de esa maravillosa tumba de su primera esposa donde un día, según dijo, reposarían sus restos». Dodd dice que él y Phipps se «cansaron de tales demostraciones» y volvieron a Berlín rápidamente.

Unos pocos días después, el 19 de junio, el cuerpo de Carin, transportado en el sarcófago que tenía grabadas las armas de las familias Goering y Fock, fue enterrado en la cripta de Carinhall con pompa macabra. Tras un sencillo servicio religioso en Lövoe el ataúd, cubierto con una bandera con la esvástica, fue colocado en un vagón de tren forrado de ramas verdes y repleto de flores. La corona de Goering de rosas blancas llevaba una tarjeta en la que había escrito «A mi única Carin». Custodiado por una guardia formada de nazis, el ataúd viajó por *ferry* a Sussnitz y luego por tren hasta las poblaciones del norte de Prusia, que declaraban el estado de luto según pasaba el ataúd, hasta que finalmente llegó a Eberswalde, donde fue colocado en un carro y llevado por carretera a Carinhall. Había hombres del partido de uniforme alineados a ambos lados del camino y una banda militar tocaba la Marcha Fúnebre de Sigfrido de la ópera *El Ocaso de los Dioses*. Hitler estaba presente. Pero la ceremonia tan elaboradamente preparada se vio interrumpida de súbito. Himmler llegó tarde, pálido y nervioso. Afirmaba que había sido víctima de un atentado y que una bala había destrozado el parabrisas de su coche. Estaba ileso y no había oído ningún ruido del disparo. Durante unos pocos minutos el enterramiento fue suspendido mientras Himmler le susurraba su historia a Goering y Hitler. Luego, mientras sonaban cuernos de caza y trompetas, el sarcófago fue bajado a la cripta, donde ardían seis velas. Después de que los porteadores hubieran salido, Goering y Hitler descendieron por los escalones a rendir homenaje en silencio^[67].

El Paladín de Hitler

Según empezaba Goering a descubrir las posibilidades de riqueza y poder que le permitía su posición encumbrada en el Estado, su interés inicial en el control policial y su administración menguó. Era un hombre impulsivo, de gran actividad siempre que su atención estuviera completamente centrada; le disgustaban los detalles minuciosos o tener que seguir pendiente de los progresos de los planes que había puesto en marcha con su indisciplinada energía.

El poder conllevaba sus propias satisfacciones, pero también ansiedades. La desconfianza natural que los jerarcas nazis se tenían entre sí se vio incrementada de forma inconmensurable una vez que adquirieron los medios de destruirse los unos a los otros. Como resultado, se formaron alianzas entre los miembros de la jerarquía que rodeaba a Hitler. Cada hombre eligió a sus amigos temporales con algunos celos y nombró segundos al mando cuya lealtad confiaba en mantener. Roehm era el hombre al que más temía Goering; Himmler fue el hombre con el que forjó una alianza y Diels fue el hombre al que eligió como su primer segundo.

Las fuerzas organizadas alemanas durante el primer año del régimen estaban profundamente divididas. El Reichswehr, el ejército alemán regular, estaba nominalmente bajo la autoridad civil encarnada en las personas del presidente del Reich y el ministro de Defensa; pero de hecho tenía su propio alto mando, y el ministro de Defensa era un general del ejército, Blomberg, el hombre elegido por Hindenburg. Opuestas al Reichswehr estaban las fuerzas privadas del nazismo, las SA y las SS, que a su vez estaban divididas en un enfrentamiento mutuo. Las SA en ese momento estaban compuestas quizás por dos o tres millones de hombres, una fuerza mucho mayor, aunque también mucho menos disciplinada, que la del Reichswehr. Roehm estaba al mando de este ejército de camisas pardas, mientras que las SS, la elite de la violencia de camisas negras, aunque nominalmente siguieran siendo parte de las SA, estaban bajo la autoridad especial de Himmler desde 1929. Himmler, como Goering, odiaba a Roehm, y era natural que ambos hombres reconocieran un interés común. La policía prusiana de Goering y su Gestapo se unieron mediante esta alianza con los departamentos de policía de los restantes estados alemanes, que Himmler, con el apoyo de Goering, había puesto bajo su control con rapidez durante los últimos meses de 1933.

Hubo una prueba de fuerzas preliminar que ganó Roehm cuando Goering hizo un intento por demostrar su prestigio como primer ministro de Prusia en la inauguración

de su nuevo Consejo de Estado de Prusia el 15 de septiembre de 1933. El plan consistía en un paseo en coche seguido de un pase de revista a las SA y SS en un desfile especial que Goering sugirió que debería tener lugar en su honor. Pero se dice que los informantes de Goering le comunicaron que Roehm y Ernst habían arreglado las cosas para que si la parada tenía lugar, se llevara a cabo con tanto descuido que fuera un insulto público para el primer ministro Prusiano. Como medida de defensa, Goering se vio obligado a cancelar ese acto de glorificación de su persona y compartir los honores del desfile con Roehm y Himmler. El embajador Dodd, que estaba presente de manera oficial, estimó que cien mil hombres uniformados cubrían las calles para la ceremonia.

Después de que Goering pronunciase un discurso en el que hacía referencia desdeñosamente al sistema parlamentario al que el Tercer Reich había reemplazado, tuvo lugar el desfile con especial demostración del paso de la oca. Este acto de vanagloria personal durante una ceremonia en la que Hitler no estaba presente fue observado por el cuerpo diplomático, así como por hombres destacados de las artes, la política y la iglesia, a los que el primer ministro había invitado a convertirse en consejeros de Estado la misma víspera del periodo en el que cualquier forma de autoridad independiente por parte de los Estados alemanes sería abolida por Hitler.

Roehm era un hombre de indudable capacidad, y la actitud del propio Hitler hacia él era compleja y ambigua. Excepto por su periodo en el extranjero, había pertenecido al partido desde hacía más tiempo que el propio Hitler. Era un soldado profesional, y a su manera había hecho tanto como Goering por colocar a Hitler en una posición de fuerza que le había permitido ganar la cancillería. Siempre pareció estar en términos íntimos con el Führer, tratándole de *du*, un privilegio que se negaba a todos los demás, incluyendo a Goering. La consideración instintiva de Hitler hacia Roehm, quizás no exenta de un cierto miedo a las consecuencias de hacerlo enfadar, permitió que se desarrollara un largo periodo de tablas entre ambos, una situación que se convirtió en una amenaza cada vez mayor para las actividades del Führer. La visión de Hitler era más amplia y sutil que la de Roehm; Roehm creía en el uso del poder a cara descubierta, sin legalizar. Creía que las SA deberían convertirse en el ejército revolucionario de Alemania, absorbiendo y eliminando a la vez al Reichswehr, y que él debía ser el comandante general de Hitler. La influencia de Hindenburg menguó gradualmente según se retiraba a un estado de reclusión virtual, y por tanto se intensificó el debate sobre la cuestión de quién obtendría el mando legal del Reichswehr. Las opiniones de Roehm eran ampliamente conocidas; no hacía ningún secreto de ellas en sus discursos públicos. Por otro lado, Hitler hacía todo lo que podía para asegurarse la confianza del alto mando. Al mismo tiempo, creyó que era buena idea convertir a Roehm en miembro de su gabinete el 1 de diciembre de 1933, y permitió la publicación en enero de una carta de homenaje que acompañaba al nombramiento y en la que aparecía la forma familiar *du*, dándole las gracias a Roehm por sus «servicios imperecederos». Esos favores alarmaron y encolerizaron a

Goering.

Roehm era un conocido pederasta, como muchos de sus asociados, en particular Edmund Heines, jefe de las SA en Silesia, un asesino convicto a quien Hitler destituyó en 1927 por su conducta indisciplinada, y al que luego reinstauraría en su puesto en 1931. Aunque Hitler no se preocupaba por la moral privada de sus seguidores, sí que le preocupaba muchísimo cualquier pérdida de prestigio para el partido que podrían conllevar tales comportamientos infames. Incluso así, fue asombrosamente tolerante con prácticas que desde hacía algún tiempo eran conocidas y que eran también fuente constante de quejas de padres cuyos hijos habían sido atraídos a los dormitorios de sus oficiales al mando. Mientras tanto, Goering fomentaba la recopilación de pruebas que fueran perjudiciales para Roehm; estas pruebas incluían, según Papen, el descubrimiento de que las SA hacían acopio de armas en secreto trayéndolas de Bélgica. Goering y Himmler recopilaron con empeño tanto hechos como rumores que empañaran los nombres de los líderes de las SA: apropiaciones de dinero, comportamiento desordenado por embriaguez en lugares públicos, propaganda anticatólica en las universidades, sus flagrantes prácticas homosexuales. Roehm, sentado ahora a la mesa de los ministros de Hitler, les ayudó inconscientemente al alienar a los tradicionalistas entre los ministros del gabinete, incluyendo al propio Führer, con sus insistentes exigencias en nombre de las SA. En febrero, mes en el que Roehm presentó un memorando proponiendo que las SA fueran fusionadas con el ejército y las SS bajo un Ministerio de Defensa que claramente deseaba controlar, Hitler le aseguró a Anthony Eden, por entonces lord del Sello Privado, que se encontraba en Berlín para discutir el problema del desarme, que estaba dispuesto a reducir sustancialmente el poder de las SA. Las relaciones entre Roehm y los demás miembros del gabinete responsables de la defensa se deterioraron todavía más cuando Hitler supo que a Hindenburg probablemente no le quedaban más que unas pocas semanas de vida. Hitler actuó rápidamente; durante abril y mayo mantuvo conferencias secretas con los comandantes del Ejército y la Marina y les prometió la disolución efectiva de las SA si le apoyaban en su toma de la presidencia tras la muerte de Hindenburg.

Mientras tanto, Goering no dejó de sentir los cambios en el ambiente. Si el canciller Hitler ya no necesitaba a la chusma de las SA y quería olvidar sus vínculos poco dignos con las calles, el primer ministro Goering ya no quería que se le considerara un policía cuyos hombres cada vez estaban más relacionados con excesos que no podía o no quería evitar. El genial «paladín» de Hitler, dueño de dos grandes palacios en Berlín, propietario de la espléndida mansión de Carinhall, el embajador especial del Führer, anfitrión oficial de diplomáticos y representantes extranjeros, Maestro de Caza del Reich, amante de las artes y administrador del teatro estatal prusiano y hombre de sabida relación con una actriz de renombre, ya no podía permitirse que se le responsabilizara de la otra gran causa de escándalo público y críticas internacionales, la sangre de los hombres y mujeres torturados que se filtraba

por las paredes detrás de las cuales las SS y la Gestapo llevaban a cabo sus formas especiales de interrogatorio. Goering hizo demostraciones de su clemencia durante el primer año; por ejemplo, en el caso de los campos, posteriormente aduciría que había «ayudado económicamente a las familias de los presos» y por Navidades ordenó la liberación de cinco mil prisioneros^[68]. Como hemos visto, en 1943, (según sus propias palabras) en un gesto de generosidad hacia su Führer, no opuso resistencia a la transferencia del Ministerio del Interior de Prusia (con su policía, la Gestapo) al Ministerio del Interior del Reich, y el 1 de abril, Himmler se hizo cargo de la policía nacional, convirtiéndose por tanto en el jefe de los «amados hijos» de Goering así como de las SS. Ese mismo día Rudolf Diels fue nombrado jefe de policía de Colonia y retirado de su oficina central; el apuesto Reinhard Heydrich se convirtió en el principal consejero de Himmler. Goering empezó entonces a reunir otra pequeña fuerza policial privada, el *Landespolizeigruppe*, con base cerca de Berlín, en Lichterfelde, para proporcionarle seguridad personal en el probable caso de que hubiera problemas^[68].

El campo estaba ya casi listo para la batalla, y el despliegue de las fuerzas involucradas se fue haciendo evidente gradualmente. La primera fase fue la discusión que tuvo lugar en mayo y principios de junio; Goering sostuvo en Núremberg que hizo que Roehm fuera llevado a su presencia y le acusó con los rumores que circulaban entonces de que preparaba un golpe de Estado con su viejo amigo Schleicher y con Gregor Strasser. Incluso el príncipe Augusto Guillermo parecía estar implicado. Pero Gritzbach, el biógrafo autorizado, dice que Goering acudió a Roehm y le rogó que permaneciera leal. En cualquier caso, la discusión principal fue la que tuvo lugar entre Hitler y Roehm y en la que, según la versión de Hitler, Roehm prometió «arreglar las cosas». Hitler entonces anunció personalmente que las tropas de asalto en conjunto estarían de permiso durante el mes de julio. Roehm respondió cogiéndose una «baja médica» con uno de sus efebos favoritos. Se retiró a Baviera el 7 de junio, pero hizo una ominosa declaración que afirmaba en el fondo que las SA, a pesar de lo que se hiciera para impedirlo, se reagruparían en todo su número tras ese periodo de permiso y que serían vistas como «el destino de Alemania». Entonces invitó a Hitler a conferenciar con los líderes de las SA en Wiesse, cerca de Múnich, el 30 de junio. Hitler aceptó. Goebbels, haciendo lo que bien pudiera ser considerado como doble juego, se mantuvo en contacto con Roehm, aparentemente en nombre de Hitler. Como Roehm, era un radical como Goering, empezaba a disfrutar de los frutos en sazón del poder. Pero era lo más parecido a un amigo que Roehm podía encontrar en el círculo próximo a Hitler, y puede que Goebbels se replanteara su relación con Roehm en caso de que hubiera un golpe de Estado en el que éste resultara victorioso. La principal preocupación de Goebbels era mantener su posición de poder. Así que fue a Múnich a ver a Roehm a la famosa Bratwurstglöckle. Hitler, sometido ahora a las constantes presiones de Goering para que emprendiera acciones contra Roehm, se fue a Venecia, vestido como un viajante de comercio deprimido, y allí se encontró

con Mussolini, esplendorosamente uniformado.

La tensión aumentó cuando Papen, inspirado por una petición que le hizo Hindenburg personalmente, dio un discurso en la Universidad de Marburgo el 17 de junio en el que hizo el último gesto público de oposición procedente de las filas del gabinete contra la imposición del nazismo y los métodos despóticos que usaban sus compañeros de gobierno. Fue un notable acto de valentía y expiación por parte del hombre que tanto había hecho para darle a Hitler al poder y contra el cual se sentía ahora obligado a protestar. Habló como un católico en nombre de los católicos, y arriesgó su vida al hacerlo. El tono del discurso, aunque su publicación fue suprimida inmediatamente, pronto fue ampliamente conocido y parecía probable que consensuara la opinión pública contra el partido nazi tanto dentro como fuera de Alemania. Por tanto, ayudó a Hitler a decidirse a actuar mientras aún había tiempo. Ese mismo día Hitler se encontraba conferenciando con Goering y otros dirigentes del partido en Gera, Turingia, e hizo referencia al «pigmeo que imagina que puede detener, con un par de frases, el renacimiento de la vida de todo un pueblo». El 20 de junio, hablando ante el Consejo de Estado de Prusia, Goering admitió que había descontento entre el pueblo y que aquí y allá había brotes de «insatisfacción». Entonces, refiriéndose a lo que se decía sobre una segunda revolución en Alemania, añadió: «La primera revolución fue ordenada por el Führer y el Führer la terminó. Si el Führer quiere una segunda revolución estaremos listos para ella, en las calles, mañana. Si no la quiere, aplastaremos a cualquiera que intente rebelarse contra la voluntad del Führer».

Al día siguiente, el 21 de junio, Hitler fue a ver a Hindenburg en Neudeck, pero Blomberg le dijo que, a menos que modificara tanto la política como la línea de actuación de su partido, el presidente en persona proclamaría la ley marcial. Ansioso y preocupado por la amenaza, Hitler se retiró una vez más a determinar qué debía hacerse; era evidente que era reacio a la idea de causar la violencia entre sus propias filas y temía las repercusiones de cualquier acción drástica durante este periodo inicial de consolidación de su poder, cuando había tantas fuerzas en el país dispuestas a oponérsele. Habían pasado muchas semanas desde que le prometiera al alto mando suprimir las SA, y estaba claro que estaban impacientes por ver que cumplía esa promesa. Durante unos cuantos días, sus nervios exigieron distraerse de la acción que se veía obligado a emprender por todos lados: por la intransigencia de Roehm, por Hindenburg y las críticas cada vez mayores del ejército a su liderazgo y por la insistencia de Goering de que ahora era el momento de limpiar los establos de Augías.

La distracción que usó fue volar a muchos lugares diferentes de Alemania, como un pájaro asustado que apartara su atención del nido. Entre el 21 y el 29 de junio estuvo en Baviera inspeccionando una carretera de montaña, en Essen asistiendo a la boda del Gauleiter Josef Terboven y visitando la planta Krupp, y en Westfalia inspeccionando los campos de trabajo. En Berlín, el ejército fue puesto en estado de

alerta el 25 de junio y Roehm fue formalmente expulsado de la Sociedad de Oficiales Alemanes el 28 de junio, el mismo día que Goering fue con Hitler a visitar la fábrica Krupp y actuar como testigo en la boda de Terboven. Esa noche, durante los festejos nupciales, Himmler llegó a Essen procedente de Berlín con más informes sobre los supuestos planes de Roehm. Se vio a Hitler susurrar algo al oído de Goering y se retiraron juntos a una habitación privada en el Kaiserhof, donde hablaron hasta medianoche. Entonces, según Gritzbach, se separaron y Goering regresó a Berlín. La campaña ya estaba planeada. Las SS de Himmler y la policía de Goering ya habían recibido órdenes de prepararse para entrar en acción. En Múnich, Roehm, que había recibido confirmación de que Hitler asistiría a su conferencia de las SA el 30 de junio, hizo preparativos para un banquete en el Hotel Vier Jahreszeiten.

El viernes 29 de junio, Hitler y Goering, de nuevo según Gritzbach, se mantuvieron en contacto directo entre sí por medio de despachos enviados por avión que recorrieron los casi quinientos kilómetros que los separaban. Incluso así, Hitler se distrajo con una visita a algunos campos de trabajo locales, tras lo cual regresó a su hotel en Godesberg. Allí Goebbels se reunió con él por la noche, quien traía noticias de que Karl Ernst había puesto en alerta a sus hombres de las SA en Berlín, a pesar de la orden de Hitler de que estuvieran de permiso desde el primero de junio. Hitler también oyó que se había llamado a un especialista para que atendiera a Hindenburg. Los hombres que ahora estaban con Hitler eran, aparte de Goebbels, Viktor Lutze, un líder de las SA en quien confiaba, y Otto Dietrich. Mientras tanto, Goering esperaba en Berlín la orden final del Führer y estaba en estrecho contacto con Himmler y Blomberg.

Posteriormente, Hitler afirmarí que recibió un mensaje alarmante de Goering por teléfono anunciándole que tanto en Berlín como en Múnich estaba a punto de tener lugar un intento de golpe por parte de las SA. De madrugada envió un telegrama a Roehm en el que decía que estaba de camino para reunirse con él y luego se apresuró a tomar un avión en un aeródromo cerca de Bonn para el viaje de dos horas a Múnich. Cuando aterrizó con Goebbels, Lutze y Dietrich a las cuatro de la madrugada, se encontró con que los líderes locales de las SA habían sido puestos bajo arresto por el ministro del Interior de Baviera. Con la ayuda de transportes militares, el destacamento especial *Leibstandarte* SS de Sepp Dietrich, unos setecientos hombres, fue traído desde Berlín para proporcionar los hombres armados necesarios. Entonces Hitler, sus partidarios y el destacamento de los hombres de Sepp Dietrich salieron de Múnich en una flota de coches que avanzaron en rápida formación hasta el lago a unos sesenta y cinco kilómetros de distancia. Allí Roehm dormía sin guardia en el sanatorio Hanslbauer. En la habitación contigua yacía Heines, abrazado a un muchacho. El convoy de Hitler recorrió a toda velocidad la autopista que atravesaba los umbríos bosques en los que empezaban a filtrarse lanzas de luz de las primeras horas de la mañana; entonces los coches tomaron el camino al sur para llegar al Tegernsee.

El autocontrol de Hitler en esos momentos era volátil; llevaba virtualmente sin dormir un tiempo considerable, y se acercaba el momento en que se enfrentaría a Roehm. Los coches se detuvieron y los vengadores, liderados por el Führer, se acercaron en silencio. Heines, según Otto Dietrich, presentaba una «escena asquerosa»; él y el muchacho que le acompañaba fueron sacados por la fuerza, metidos a empujones en el asiento trasero de un coche y asesinados a tiros. Dietrich describe a Hitler dando vueltas frente a Roehm a grandes zancadas, «enardecido como un ser superior, la mismísima personificación de la justicia». Roehm, todavía confuso por el sueño, no hablaba. Hitler llevó a sus prisioneros de vuelta a Múnich y los encerró en la prisión de Stadelheim. Allí permanecieron mientras Hans Frank, el ministro de justicia de Baviera, hacía lo que podía durante el resto del día para salvar sus vidas. Hitler los dejó y se encerró en la Casa Parda. Al final, los hombres de Sepp Dietrich se quejaron de que pronto estaría demasiado oscuro para que los pelotones de fusilamiento pudieran disparar. Las llamadas urgentes a Berlín pidiendo confirmación de a quiénes había que fusilar de entre los nombres que aparecían en las listas apresuradamente redactadas llevaron a la conclusión de que diecinueve de los doscientos hombres retenidos debían ser eliminados de inmediato. Esos hombres fueron llevados apresuradamente para ser fusilados en el crepúsculo, y otros fueron ejecutados al día siguiente. Roehm no estaba entre ellos; dos días después, el 2 de julio, se le invitó a quitarse la vida. Cuando rehusó, fue asesinado a tiros en su celda por dos oficiales de las SA mientras Roehm, desnudo hasta la cintura, permanecía en posición de firmes como muestra de su desprecio.

En los acontecimientos de Berlín no hubo lugar para esos reparos e indecisión a la hora de actuar. Allí, como los generales del *Julio César* de Shakespeare, Himmler y Goering tenían preparadas y bien organizadas sus listas de muerte.

Todos estos morirán; sus nombres he señalado...

Y no vivirá; ved, con una marca lo condeno^[].*

Goering estaba decidido a emprender acciones inmediatas contra los proscritos sin detenerse en las formalidades de la justicia, que hubieran podido causar retrasos desafortunados, como ocurría en Múnich una vez que Hitler había vuelto la espalda a los acontecimientos. El Ministerio del Interior fue ignorado. Los arrestos e interrogatorios empezaron durante la noche bajo instrucciones directas de Goering, que dirigió la purga desde su residencia personal en la Leipzigerplatz, con la ayuda de Himmler y Heydrich y de su asistente Paul Koerner, que pertenecía a las SS. Criados de librea servían bocadillos mientras los hombres que habían sido sacados de sus casas o apresados en las calles y llevados a la casa de Goering permanecían bajo custodia en las antecámaras en un estado de temerosa incertidumbre. Según se gritaban los nombres de los últimos que llegaban, se podía oír a Goering gritando «¡Fusiladlo! ¡Fusiladlo!». Con los nombres tachados en las listas de Goering, los hombres eran

llevados a la muerte a la academia militar de Lichtenfelde, donde los hombres de la *Landespolizei* de Goering esperaban para actuar como pelotones de fusilamiento.

El área alrededor de la casa de Goering estaba acordonada por guardias de las SS armados con ametralladoras. Bodenschatz, al que Goering había enviado a buscar a Papen a su despacho, a donde había sido convocado a primera hora de la mañana por su nervioso personal, condujo al vicescanciller a través de ese despliegue de fuerzas armadas. Goering le contó la situación y se negó en redondo a dejar que Papen actuara por su cuenta o siquiera informara al presidente Hindenburg de lo que estaba ocurriendo. Goering dijo que controlaba perfectamente la situación. Mientras tanto, Himmler se había escabullido de la habitación para dar la señal de una redada contra la vicescancillería de Papen, en la que los principales miembros de su personal fueron arrestados o asesinados. Goering, con su escritorio cubierto por una avalancha de mensajes, ordenó que se llevaran a Papen; fue puesto bajo arresto domiciliario con el teléfono cortado. Papen admite que, al ordenar su arresto, Goering le salvó la vida y que tanto Goebbels como Himmler querían que fuera asesinado. Goering, consciente del efecto que el asesinato de Papen podría tener sobre la opinión pública, lo impidió: Papen, después de todo, seguía siendo vicescanciller y amigo del presidente^[70].

Goering se apartó momentáneamente de su sangrienta forma de administrar justicia para dar una conferencia de prensa para corresponsales extranjeros en la cancillería. Habló concisa y brutalmente sobre la purga ante una audiencia de periodistas agitados. Cuando se mencionó el nombre de Schleicher, Goering sonrió. «Sí», dijo, «sé que a ustedes los periodistas les gustan los titulares. Bueno, aquí lo tienen. El general von Schleicher ha conspirado contra el régimen. Ordené su arresto. Cometió la estupidez de resistirse. Está muerto», y con eso, abandonó la conferencia^[71].

Los arrestos y asesinatos prosiguieron durante el día y la noche. Schleicher y su esposa ya habían muerto a tiros en su casa de Neu Babelsberg; Karl Ernst, que bien pudiera haber sabido más de lo deseado sobre el incendio del Reichstag, fue capturado en la carretera de Bremen mientras viajaba de luna de miel con su esposa, fue llevado a Berlín y fusilado mientras gritaba «¡Heil Hitler!»; los consejeros de Papen, Herbert von Bose y Edgar Jung, murieron tiroteados; Kahr, que había desafiado a Hitler en 1923, fue asesinado a la edad de setenta y tres años y su cuerpo desmembrado y mutilado fue tirado a un pantano cerca de Dachau; Erich Klausener, el líder de Acción Católica, fue asesinado; según Heiden, Goering ordenó a Gerth, pese a su anterior posición como capitán de las Fuerzas Aéreas y poseedor de la *Pour le Mérite*, que se pusiera todas sus condecoraciones para que Goering pudiera arrancárselas antes de enviarlo al paredón. Otras víctimas fueron el general Kurt von Bredow, amigo de Schleicher, Willi Schmid, un crítico de música (muerto por error al ser confundido con el Willi Schmid que era líder de las SA) y el padre Bernhard Stempfle, de quien se dijo que sabía demasiado sobre la muerte de Geli Raubal. El círculo de violencia se amplió rápidamente y en muchas partes de Alemania se

zanjaron enemistades privadas a manos de hombres que supuestamente llevaban a cabo la purga. Gregor Strasser fue arrojado a una celda de la cárcel de la Prinz Albrechtstrasse, donde las balas disparadas contra él le reventaron una arteria, salpicando con su sangre las paredes de su celda. Los cuerpos de los fusilados fueron incinerados.

Por la tarde, Hitler voló de Berlín a Múnich con Dietrich y Goebbels. Gisevius fue testigo de la escena en el aeropuerto de Tempelhof, el cielo de un rojo sangre del que descendió el avión, el rostro pálido y sin afeitar del Führer, la «diabólica» mueca sonriente de Goebbels, las fantasmagóricas formalidades mientras Goering, Himmler y Frick se ponían en línea para saludar al Führer, el ominoso silencio roto sólo por el entrecocar de talones de los guardias. Detrás de ellos una guardia de honor presentó armas. Himmler sacó de su bolsillo un papel destrozado con una larga lista de nombres y Hitler, Goering y Himmler permanecieron en la pista de aterrizaje bajo el airado crepúsculo. El Führer contemplaba la lista con ojos mortecinos y rostro gris mientras los demás le susurraban con gestos insistentes. Hitler recorrió la lista con el dedo y se detuvo en un nombre, probablemente el de Strasser; luego acalló los susurros de sus subordinados con un brusco movimiento de cabeza. No se dijo nada más y Hitler se dirigió a su coche.

Los fusilamientos, asesinatos y suicidios, reales o inducidos, prosiguieron durante el día siguiente y Hitler, ya descansado, dio una recepción en los jardines de la cancillería. Las calles de Berlín parecían tranquilas mientras el embajador Dodd, ansioso por saber de su amigo Papen, conducía lentamente hacia su casa sin ver indicios de que hubiera pasado nada malo. Los nombres de los muertos empezaban a filtrarse, pero los periódicos estaban repletos de las noticias más inanes. Sólo los corresponsales extranjeros intentaban ir más allá de los rumores y hacerse con la historia completa de la noche de los cuchillos largos.

Goering ordenó que todos los documentos sobre la purga y otras pruebas relacionadas fueran destruidos. La prensa alemana fue silenciada por Goebbels. En la versión de lo ocurrido que presentó el propio Hitler ante el Reichstag el 13 de julio, el nombre de Roehm fue oscurecido y los detalles esenciales quedaron velados. «Todos deben saber para ocasiones futuras que si alzan la mano contra el Estado, su destino es una muerte cierta», dijo Hitler. Él, y solo él, había sido el supremo responsable de hacer justicia para el pueblo alemán durante este periodo de peligro nacional, y por eso se habían dejado a un lado los juicios en tribunales. Los acontecimientos, en cualquier caso, fueron santificados por los telegramas que Hindenburg envió a Hitler y Goering el 2 de julio; el dirigido a Goering decía: «Acepte mi aprobación y gratitud por su exitosa acción al suprimir alta traición. Saludos cordiales. Von Hindenburg». Hindenburg era demasiado viejo y estaba demasiado enfermo para saber lo que decía o lo que otros decían en su nombre. La recompensa de Himmler fue más sustanciosa que meros telegramas y buenos deseos: las SS fueron convertidas en una fuerza por derecho propio e independiente de las SA, que a su vez fueron desmanteladas

inmediatamente y reducido su estatus a una organización civil de atletismo. Papen, liberado unos pocos días después de su detención, afirmó vehementemente su inocencia y dimitió como vicescanciller. A finales de julio Hitler le dijo que se convertiría en el ministro alemán para Austria, y Papen aceptó pese a lo ocurrido.

Goering estaba satisfecho con su organizada eliminación de los hombres que consideraba culpables, hasta que, al acabar la semana, su instinto de moderación se impuso y tuvo la impresión de que la masacre ya había durado demasiado. En Núremberg afirmaría que intercedió ante Hitler el mediodía del domingo y consiguió que proclamara una orden deteniendo las ejecuciones. «Me preocupaba que el asunto pudiera descontrolarse, como de hecho, había pasado hasta cierto punto...». Entonces afirmó que sólo se habían ejecutado a setenta y dos personas, la mayoría de ellas en el sur de Alemania. No es probable que se conozca nunca la cifra definitiva del número de asesinatos que tuvieron lugar. El total de Hitler, según su alocución en el Reichstag, fue de cincuenta y ocho ejecutados y diecinueve asesinados; Gisevius en Núremberg dio una estimación de entre ciento cincuenta y doscientas personas, y dijo que, además de la lista oficial de nombres numerados recopilada por Goering, Himmler y Heydrich, había otras listas secretas complementarias de hombres a los que Himmler y Heydrich querían eliminar con la excusa de la purga. En las provincias hubo muchos asesinatos locales, que algunas estimaciones cifran en casi un millar.

En agosto, cuando murió Hindenburg, Hitler se hizo con los poderes de la presidencia y así se aseguró el control del ejército, cuyos miembros al completo harían un juramento de lealtad a su persona. Goering convocó juntos a todos los oficiales de la Luftwaffe en la gran sala del Ministerio del Aire y les contó la noticia de la muerte de Hindenburg con voz apagada, hablando como un actor en una tragedia. Añadió que los poderes del presidente del Reich recaerían sobre el canciller del Reich, y desenvainó su espada para pedirles a todos que hicieran el nuevo juramento de alianza. Milch se adelantó y puso la mano sobre la espada, y mientras un edecán leía en alto las palabras del juramento todos los presentes alzaron la mano y las repitieron solemnemente. El juramento no hacía mención, como en otros tiempos, de la constitución de la nación; la alianza de todos los hombres de armas debía ser entregada sin reservas a la persona particular de Adolf Hitler^[72].

Los primeros años de control fueron un periodo durante el cual el carácter de Goering tomaría su forma definitiva. Mientras acomodaba su gran masa en el sillón del poder, mientras hacía acopio de todo lo que le gustaba, mientras pasaba de ser un hombre de medios modesto que vivía en pisos, un hombre de negocios muy menores y un demagogo político a ser un hombre acostumbrado a la vida de palacios y ministerios, mientras se reclinaba en su cojín de sirvientes y secretarios y contemplaba el interminable espectáculo del desfile de sus subordinados, mientras experimentaba los recursos ilimitados de riqueza que venían a él sin tener que esforzarse, Goering se volvió de hecho más vulnerable precisamente porque tenía más

que perder. El poder desarrolló su debilidad de carácter antes que su fortaleza. La simple valentía física del piloto de combate, el alpinista o el acróbata aéreo no era una valentía moral; ahora que Goering tenía grandes posesiones se volvió más dependiente que nunca de Hitler. El ser desplazado podía conducir a la ruina y la pérdida de todo aquello por lo que había trabajado tan duro en conseguir. Desde ese momento, haría todo lo que Hitler le dijera, regodeándose en su subordinación y compensándola mediante demostraciones dirigidas a su glorificación personal que cada vez serían más y más infantiles, y desarrollando una personalidad voluble y exigente a la hora de tratar con su personal. La conveniencia, el motivo más común a la hora de dirigir una sociedad autoritaria, se convirtió en una de las claves del carácter de Goering. Era el principal organizador de Hitler, su portavoz, su sombra. «Si el Führer lo quiere, dos y dos son cinco», dijo.

La actitud de Goering hacia los judíos era la que se podía esperar de un hombre así. En el caso de Hitler, el antisemitismo era congénito; en el de Goebbels, una convicción adquirida, una parte despiadada de su deseo de venganza contra los editores y directores teatrales judíos que se habían negado a corresponder a sus pretensiones artísticas en su juventud. La gran comunidad judía en Alemania, con sus destacados intelectuales, artistas y sus firmas comerciales grandes y pequeñas, era un blanco obvio para la vengativa avaricia de esos nacionalistas extremistas y sus compañeros de viaje cuyos verdaderos instintos radicaban en el saqueo o en el sadismo. Pero Goering no era antisemita por una necesidad emocional; se convirtió en antisemita porque la política del partido lo requería. Si alguien le caía lo suficientemente bien, estaba dispuesto a pasar por alto la sangre judía que tuviera en las venas. El caso de Erhard Milch, cuyo padre era judío, es conocido: para que Milch pudiera convertirse en secretario de Estado del Ministerio del Aire, su madre se vio obligada a firmar una declaración afirmando que había concebido a su hijo con un amante que no era judío. «¡Yo soy quien decide si alguien es judío!», dijo Goering^[73].

En *Alemania Renacida*, el libro que Goering dictó en unas pocas horas como propaganda para Inglaterra, afirma que fueron los judíos los que arruinaron la economía alemana y que «estrangularon sin piedad a sus huéspedes alemanes económicamente más débiles». Afirma que «proporcionaron sus líderes a los marxistas y comunistas», y que el levantamiento del pueblo alemán contra ellos había sido una «revolución ordenada e incruenta». En 1934, Neurath informó al embajador Dodd que Goering se había convertido en un «moderado» en cuanto al problema judío, y la biografía oficial de Goering escrita por Gritzbach dice poco sobre su campaña contra los judíos. «Goering en sí no es antisemita», escribió Thyssen. Y sin embargo Goering se convertiría en 1935 en el defensor en el Reichstag de las Leyes Raciales de Núremberg y posteriormente sería un activo perseguidor de los judíos, particularmente a través de los decretos económicos que presentaba contra ellos.

No hay duda de que Goering quería ser considerado como un hombre moderado.

Le gustaba la comodidad, y el fanatismo le hacía sentirse incómodo. Le gustaba evitar el tipo de problemas que engendraba más problemas. Se veía a sí mismo como un gran organizador imaginativo, un hombre con genio para hacer que las cosas funcionasen, un diplomático inspirado cuya tarea era reconciliar los deseos de Hitler con lo que era posible poner en práctica en el Estado alemán. Se acercó al problema judío con cautela, por tanto, sabiendo que podía ser causa de grandes trastornos económicos y que no podía ser zanjado de manera rentable mediante pogromos y las formas más bestiales de persecución. Prefería la extorsión legalizada.

De manera similar, era considerado «moderado» en su actitud a las iglesias en Alemania. Aunque, como diría él mismo en Núremberg no era «lo que se puede considerar practicante», le gustaba que se creyera que apoyaba los principales ritos de la Iglesia: matrimonio, bautismo, sepelio; y, como segundo hombre más poderoso del Estado, sentía que debía dar a las que llamaba «personas de poca voluntad» un ejemplo en ese sentido. Creía que podía ser un valioso intermediario para Hitler en cuestiones religiosas; después de todo, como decía, su madre era una católica mientras que él era un protestante, así que «conocía ambos bandos». Pero era muy consciente de que las iglesias podían ser peligrosas, y estaba decidido a que el precio que los sacerdotes pagarían para que los dejaran tranquilos fuera el silencio en asuntos políticos. Como dijo en Núremberg: «En una ocasión le dije a Himmler que no creía que fuera inteligente arrestar a clérigos, y que mientras sólo hablaran en la iglesia que dijeran lo que quisieran». Himmler no estuvo de acuerdo con él, y los sacerdotes que no tuvieron miedo de hablar contra el régimen recibieron el mismo tratamiento que los laicos en los campos de concentración.

En un principio, a Goering le pareció que lo mejor era incluir a las iglesias en su patronazgo: por tanto, nombró a destacados sacerdotes protestantes y católicos como miembros de su Consejo de Estado de Prusia. En julio de 1933 se firmó un Concordato con el papa Pío XI a través del cardenal Pacelli, su secretario de Estado, en el que se acordaba que los nazis dejarían intactas las principales instituciones católicas religiosas y sociales, a cambio de la garantía de que Su Santidad prohibiría a sus sacerdotes en Alemania embarcarse en controversias políticas; al mismo tiempo, Hitler se propuso conseguir que el sacerdocio protestante estuviera sujeto a una prohibición similar.

Hitler había buscado imponer el principio de liderazgo sobre las iglesias protestantes mediante el movimiento de «cristiandad alemana», que estaba liderado por un capellán militar llamado Ludwig Müller; este movimiento dio un apoyo incondicional a los nazis pero representaba sólo una pequeña sección de la comunidad protestante en Alemania. Para unificar y controlar todas las confesiones protestantes, Hitler había creado el Episcopado del Reich para la supervisión de todos los asuntos eclesiásticos y para la regulación del clero, y había dejado claro que esperaba que Müller fuera elegido formalmente Obispo del Reich por la voluntad de la mayoría del clero. Este plan, sin embargo, fue paralizado momentáneamente por el

clero, que prefería al pastor Friedrich von Bodelschwingh, un antinazi que estaba dispuesto a hacer frente a la exigencia de que ningún hombre de origen judío pudiera seguir siendo miembro de una iglesia protestante. Goering, como primer ministro de Prusia, ordenó la disolución de las organizaciones locales que habían apoyado a Bodelschwingh. A través del ministro de Educación de Prusia impuso inmediatamente la supervisión civil del clero y al mismo tiempo asumió el control de la propia Iglesia. La reacción de Goering fue el siguiente anuncio:

He sabido con gran pesar de la disputa eclesiástica que ha surgido. Hasta la revolución de 1918, el rey de Prusia era el Summus Episcopus de la Iglesia de Prusia. En mi opinión, las funciones de ese Summus Episcopus han recaído sobre el Ministerio de Estado Prusiano, es decir, sobre el primer ministro de Prusia, y por tanto sobre mí. Por esta razón, no es concebible ninguna alteración en la constitución de la iglesia sin mi autorización. Mi gobierno no ha recibido de la Iglesia ningún indicio sobre el nombramiento propuesto de Obispo del Reich.

De esta forma, Bodelschwingh fue despachado sumariamente y Müller fue elegido como el primer Obispo del Reich que sería reconocido oficialmente por el Estado. Pese a esto y según Heiden, el presidente le dijo a Hitler, que había sido convocado en junio a Neudeck para entrevistarse con Hindenburg, que la interferencia de Goering con la libertad de las iglesias era intolerable y que la dirección de los asuntos eclesiásticos debía hacerse de otra manera. Hitler, consciente de los peligros, entregó la supervisión de las iglesias al Ministerio del Interior del Reich de Frick.

Las relaciones entre Iglesia y Estado pronto se deteriorarían, y el virulento paganismo de los jefes nazis precipitó el antagonismo de católicos y protestantes por igual. El pastor Martin Niemöller, que en un principio había sido partidario de Hitler, se convirtió en el líder del movimiento protestante de oposición a los nazis. El embajador Dodd dejó constancia escrita de las amenazas de Goering quien, según dijo, entró sin ser invitado en una de las reuniones del Obispo del Reich Müller con otros obispos y líderes eclesiásticos, y arremetió contra ellos, diciendo que tenía un registro de sus conversaciones telefónicas, que estaban extendiendo la discordia en el Estado y que «rozaban la traición». Dieciocho meses después, en julio de 1935, el embajador recuerda en su diario «la impactante tinta roja de los titulares que llamaban la atención sobre la declaración de guerra de Goering a los católicos» cuya libertad de expresión ya no sería tolerada.

Goering estaba listo para cambiar su forma de vida. Su amistad íntima con la actriz Emmy Sonnemann ya duraba más de dos años, y su mutuo afecto era bien conocido. Su compromiso fue anunciado oficialmente el 9 de marzo de 1935 y se casaron el 10 de abril^[74].

El segundo matrimonio de Goering fue ocasión para unas celebraciones

organizadas a escala imperial. El 9 de abril, la noche antes de la boda, se celebró una vasta recepción en el gran salón de la Ópera, tras la cual Goering y sus invitados tomaron asiento para la representación de gala de la segunda mitad de *Lohengrin*, que se había retrasado durante una hora mientras tenía lugar la recepción. En el exterior, las calles estaban decoradas y una formación de los nuevos aviones de Goering voló sobre la ciudad rugiendo su potencia en los ensordecidos oídos de la gente.

Las ceremonias de matrimonio tuvieron lugar primero en el ayuntamiento y luego en la catedral. Las entradas para asistir a la ceremonia en la catedral se vendían a veinte marcos cada una. Las calles estaban alfombradas de guardias del NSDAP que mantenían a raya a la muchedumbre jubilosa mientras Goering, en un nuevo uniforme de general de la Fuerza Aérea, rematado con galones blancos, rayas blancas en los pantalones y grandes alas blancas en la pechera, conducía un coche decorado con narcisos y tulipanes hacia el ayuntamiento, donde tendría lugar la boda civil. Hitler, que actuaría de testigo, condujo desde la cancillería. Emmy iba en otro coche, hasta que la línea de limusinas convergió en una procesión. El entusiasmo de la multitud subió a nuevas cotas y una vez más los cazas surcaron el cielo. Al llegar al ayuntamiento, la novia y el novio fueron recibidos con una fanfarria de trompetas.

En la catedral, el matrimonio civil fue bendecido por la Iglesia. El Obispo del Reich, Ludwig Müller, ofició la ceremonia; las palabras «si yo hablase todas las lenguas humanas y angélicas y no tuviera amor no sería más que metal que resuena o címbalo que retiñe^[*]» estaban en el texto de su sermón a la gran congregación de jerarcas nazis y diplomáticos. Luego vino otra gran procesión de coches hacia el banquete de bodas en el Kaiserhof. Después de que terminara, Goering y su esposa fueron en coche a Carinhall con algunos de sus amigos más íntimos. Allí Goering los abandonó durante un rato para ir a rezar junto al sarcófago de Carin en su mausoleo.

Al día siguiente a la boda, Goering invitó a determinados corresponsales al palacio presidencial de Prusia para que vieran la fastuosa colección de regalos de boda. Luis Lochner, que se encontraba entre estos periodistas, reparó en los costosos tapices Gobelin en la gran sala central y en un órgano Wurlitzer. Camuflada detrás de un cuadro de la escuela flamenca había una pantalla de cine. Con un gesto expansivo, Goering habló del amor que le había demostrado su pueblo en la forma de los regalos que le habían enviado.

El regalo de Hitler consistía en un retrato de Bismarck por Lenbach^[*]. El regalo de Goering a Emmy fue una tiara de amatistas y diamantes. Lochner supo que los regalos habían sido escogidos cuidadosamente y que los donantes más sensibles, incluyendo municipios, organizaciones, museos e industrias así como determinados amigos acaudalados, habían inquirido por adelantado sobre qué le hubiera gustado tener a Goering.

Goering y Emmy pasaron su luna de miel en Wiesbaden y luego viajaron al sur para quedarse en una villa en Ragusa, en el Adriático. Había comenzado otra etapa en la vida de Goering. Emmy, amable, maternal, sin interés en la política y

acostumbrada solamente a la vida pública del teatro, se encontró ahora con que era la primera dama de Alemania y señora de los establecimientos oficiales de Goering.

En el momento de su segundo matrimonio, Goering tenía cuarenta y dos años; su esposa tenía la misma edad. El grado de influencia que ella tenía sobre él era relativamente pequeño. Para entonces, el concepto que tenía Goering de sí mismo era el de un astuto hombre de Estado, y sobre todo le encantaba hacer gala de la afabilidad por la que quería ser conocido. Como muchos hombres de mundo, no quería que se le considerara excesivamente instruido; astucia, ingenio, y habilidad, ésas eran las cualidades que era bueno tener, pero no la mera inteligencia académica, para eso se podía contratar a otros que la tuvieran y luego despedirlos, devolverlos a la estantería a la que pertenecían como si fueran simplemente un libro de consulta. Goering prefería usar su vivo ingenio mientras posaba para él mismo y el mundo como un hombre corriente de talento, el hombre hecho a sí mismo que había llegado a lo más alto mediante trabajo duro, una gran determinación y fortaleza de propósito. Tales hombres merecían el amor y la admiración de las mujeres. Pero Goering no mezclaba su matrimonio con la política excepto para pedirle a su esposa que fuera la anfitriona encantadora que ya era por naturaleza. Emmy creó para él un trasfondo de vida doméstica a la cual regresaba cuando quería. Con ella, Goering siempre se mostraba feliz, y a través de ella aumentó su amor por las artes y el teatro, y desarrolló una nueva faceta que mostrar al mundo, la del coleccionista de arte. El coleccionismo pronto se convertiría en una obsesión.

Desde el aspecto social de la naturaleza de Goering aparecieron los grandes bailes, recepciones, partidas de caza y otros entretenimientos que aumentaron la felicidad de su matrimonio y la necesidad de los jefes nazis de darse a conocer y caer bien, si era posible, a los representantes del mundo fuera de las fronteras alemanas. Hitler, remoto, introspectivo y sometido a los estados más bajos de ánimo, carente de educación en las costumbres de la alta sociedad, dejaba tales ocasiones sociales a sus ministros tanto como le era posible, sobre todo a Goering. Hitler tenía su propio séquito para los cuales sin duda sus monólogos y arrebatos de mal humor eran interesantes, ya que los aceptaban como parte de su genio particular. Goering nunca perteneció al círculo más íntimo que se sentaba junto al Führer ante la chimenea y pasaba las largas noches escuchándole. No era, y no podía ser, el eremita antisocial en el que Hitler se convertiría de manera inevitable. Una a una, Hitler depositó sobre los anchos hombros de su «paladín» sucesivas capas de poder público: el control de la fuerza aérea, el control de la economía y el emisario de su voluntad en el mundo de la diplomacia y la industria. Ésa era la vida que más le gustaba a Goering, pasando de un asunto a otro antes de que los detalles empezaran a aburrirle, y usando sus talentos como anfitrión y aficionado a la caza en pro de los objetivos de su amo.

Ninguna otra cosa alentaba los celos de los demás jefes nazis en la vida pública que los grandes acontecimientos sociales de Goering, como el gran baile

anual de la ópera que organizaba en enero desde 1936 en adelante para celebrar su cumpleaños, y que continuó hasta bien entrados los años de la guerra. Estaba basado en los grandes bailes imperiales de antaño, y aquellos miembros de la familia real y la nobleza que simpatizaban con los nazis acudían a añadir el esplendor de sus títulos a la celebración. Las entradas para el baile eran caras, así como la comida y la bebida. Pero la alta sociedad de Berlín acudía en masa para estrecharles las manos al primer ministro y su esposa, y bailar en selecta compañía. Los beneficios estaban destinados a la campaña de Auxilio de Invierno [*Winterhilfe*] y al fondo del teatro estatal. Muy pronto los ministros comenzaron a competir entre sí por superar en fasto a los demás cuando las circunstancias así lo exigían; incluso Goebbels, normalmente crítico con tales extravagancias, organizó una recepción que duró toda la noche en la isla del lago Wannsee cuando se celebraron los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936, y Goering respondió con una fiesta al aire libre iluminada por focos en su palacio de Berlín; actores y actrices bailaron en trajes del siglo XVIII y Udet organizó una demostración de acrobacias aéreas. Como el tiempo de ese agosto era frío, se pusieron estufas eléctricas bajo los cientos de mesas en los jardines.

Hitler llevaba utilizando a Goering desde hacía algún tiempo como embajador itinerante a través del cual podía contactar con el mundo exterior. A Hitler le contrariaba salir del entorno familiar de Alemania y le molestaban las formalidades que implicaba tener que negociar con extranjeros. Le disgustaban las reglas y convenciones de la diplomacia profesional y desconfiaba hondamente de los funcionarios de su propio Ministerio de Asuntos Exteriores. Paul Schmidt, que en marzo de 1935 se convirtió en el intérprete de Hitler y que con frecuencia también trabajaría para Goering, observó de cerca al Führer en las ocasiones en que intervino para él en sus encuentros con estadistas extranjeros. Cuando ejercía plenamente el control de sí mismo, Hitler era emocional, empático, dado a hablar en exceso y obsesionado con lo que decía, a menudo parecía no ser consciente de los hombres que estaban en su presencia. A menudo hablaba durante veinte minutos antes de parar y permitir que Schmidt tradujera. Goering, por el contrario, cultivaba una apariencia de ruda afabilidad que ocultaba lo que Schmidt pronto descubriría que era una considerable habilidad y destreza diplomática. Hay que recordar que Schmidt era un hombre de gran experiencia, un veterano funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, que había actuado de intérprete para Brüning y Stresemann. No era nazi y, pese a sus grandes responsabilidades, evitó unirse al partido hasta 1943.

«Lo vi», dio Schmidt refiriéndose a Goering, «en una situación muy delicada, que sorteó con una habilidad que el público alemán no hubiera creído posible en este peso pesado con modales de héroe de novela de capa y espada... A diferencia de Hitler, estaba dispuesto a dejarse convencer por sugerencias y argumentos^[75]». Tuvo largas conversaciones con Schmidt en las muchas ocasiones en que viajaron juntos, y estaba interesado en los relatos de Schmidt sobre sus pasadas experiencias. Pero seguía teniendo en poca estima al Ministerio de Asuntos Exteriores en conjunto. «Se pasan

la mañana afilando lápices y las tardes tomando el té», fue el dictamen de Goering sobre el cuerpo diplomático.

«La política exterior era el dominio exclusivo del Führer», dijo Goering en Núremberg. El propio Goering estuvo íntimamente asociado a las negociaciones de Hitler con las potencias extranjeras. Las ambiciones de Hitler apuntaban a la expansión de Alemania mediante la unión gradual de todos los pueblos de sangre germana en una única patria unificada que, habiéndose liberado de las humillaciones de Versalles, emergería como el poder central de Europa. Quería lograr esto mediante el viejo principio de «legalidad» sin el coste, esfuerzo y trastorno de una guerra, pero sabía que el miedo latente a la guerra entre los Aliados y los países vecinos era su arma más poderosa en cualquier negociación que tuviera que hacer, ya fuera mediante canales diplomáticos, conferencias privadas de sus representantes especiales o el foro público de sus discursos y declaraciones. En tres ocasiones entre la primavera de 1935 y la de 1938 emprendió deliberadamente acciones que involucraban el riesgo de alguna forma de represalias que hubieran podido resultar dañinas e incluso fatales para él. Y, cosa extraña, todas esas acciones deliberadas tuvieron lugar en marzo: el anuncio público de la existencia de la Fuerza Aérea y la introducción del servicio militar en 1935, la reocupación de Renania y el repudio abierto a Versalles en 1936, y la ocupación y anexión de Austria en 1938.

Para entonces, Hitler empezaba a tomarle la medida a las debilidades nacionales y a la división de políticas entre Francia e Inglaterra. Estaba aprendiendo a actuar como estadista, a equilibrar una afrenta contra los principios de esas naciones con un discurso apaciguador que tranquilizara sus miedos y les permitiera seguir manipulándolas. También medía tanto el poder como las debilidades de Mussolini y evaluaba los preparativos necesarios para el conflicto que tendría lugar finalmente con la fuerza oculta de la Unión Soviética. Pero en general se contentaba con esperar al momento adecuado, esperar a que se produjeran los acontecimientos que esperaba, aprovechando cualquier muestra de debilidad o maniobra diplomática que jugara a su favor mientras continuaba haciendo acopio de fuerzas en su nación. Tenía la ventaja a corto plazo que tienen todos los políticos sin escrúpulos: era él el que hacía que los demás intentaran adivinar qué pensaba, era él el que podía elegir el momento de llevar a cabo las jugadas calculadas, él quien podía ofrecer acuerdos espectaculares en nombre de la paz y extinguir los miedos que él mismo había plantado en los pechos agitados de los nerviosos estadistas ansiosos por mantener las cosas como estaban. Goering, el anfitrión hospitalario, el hombre de agradable discurso franco y directo, de palabras de ayuda dichas en confianza, se convirtió en el principal portavoz de Hitler en Polonia e Italia durante este delicado periodo, el breve respiro en la política de dominación en Europa.

En 1933, aparte de sus encuentros con Mussolini en mayo y noviembre, Goering estuvo ocupado con asuntos en casa, pero en 1934 fue a Belgrado para asistir al funeral del rey Alejandro de Yugoslavia, que durante su visita a Francia había sido

asesinado junto con Barthou, el ministro de exteriores francés y enemigo de los nazis. Mientras estuvo allí, Goering acusó a los húngaros de estar involucrados en el asesinato, lo que llevó al gobierno húngaro a quejarse a Neurath. Goering, de hecho, había asistido al funeral únicamente para mejorar las relaciones entre Alemania y Yugoslavia a expensas de Francia.

Los años de 1934 y 1935 pusieron a prueba la capacidad de Hitler de hacer presión fuera de las fronteras alemanas. Austria fue el objetivo inicial de su ambición por unificar a los pueblos de habla alemana; mientras maniobraba en dirección a la unión definitiva con Austria, Hitler tuvo que hacer concesiones al interés de Mussolini en que conservara su independencia, un interés temporalmente suscitado por el asesinato del canciller Dollfuss a manos de nazis austríacos en julio de 1934, cuando Mussolini había enviado apresuradamente tropas a guardar el Paso de Brennero. Hitler inmediatamente se desmarcó de lo sucedido y habló de pactos de paz para tranquilizar a los gobernantes de Francia, Inglaterra, Polonia e Italia. La Unión Soviética se unió a la Sociedad de Naciones en septiembre y, en el Referéndum Nacional para la Paz celebrado en Inglaterra, seis millones de personas votaron a favor de la guerra contra un agresor. En enero de 1935 el Sarre volvió a pertenecer a Alemania tras un voto abrumador a favor de Hitler, y el anuncio público de la existencia del ejército y la fuerza aérea alemanes fue seguido, tras las protestas formales, por el triunfo singular de Ribbentrop: el pacto naval que Inglaterra firmó en junio, por el cual Inglaterra, sin consultar con Francia o Italia, permitía a Alemania establecer una flota a un nivel que representaba el 35 por ciento de la propia flota inglesa. El otoño del año siguiente vio la proclamación de las leyes antijudías de Hitler en Núremberg, las sanciones contra Mussolini propuestas por Inglaterra en la Sociedad de Naciones tras su ataque contra Abisinia (sanciones que resultaron inefectivas y que sólo sirvieron para llevar a Mussolini a una alianza directa con Hitler), el Pacto Franco-Soviético (que le dio a Hitler la justificación moral para repudiar el Tratado de Locarno y el valor para atreverse a reocupar Renania en 1936), y finalmente el cínico Plan Hoare-Laval de diciembre, que aspiraba a imponer sacrificios al emperador de Abisinia mediante la Sociedad de Naciones, una demostración inmoral de cómo detener la agresión fascista repartiendo las tierras de otros pueblos. El plan fue expuesto en la prensa y repudiado por el primer ministro Baldwin. El plan quedó suspendido hasta que, en mayo de 1936, Mussolini ya había conquistado lo que quería y empujado al emperador Haile Selassie al exilio, para vergüenza y destrucción de la Sociedad de Naciones como consecuencia final. Fue, como ha señalado A. J. P. Taylor en su obra *Orígenes de la Segunda Guerra Mundial* [*Origins of the Second World War*], un ensayo general para Múnich.

A Hitler no se le escapó la moraleja de esos acontecimientos de los años 1935-1936, y durante este periodo había empleado a Goering principalmente en Polonia y los Balcanes. En enero de 1935, Goering hizo la primera de sus muchas visitas a Polonia, cuyo jefe de Estado, Piłsudski, no se hacía ilusiones sobre Hitler a

pesar del pacto de no agresión que había firmado con Alemania en enero de 1934. Las relaciones entre Alemania y Polonia eran necesariamente tensas debido a la historia; su territorio había sido tradicionalmente una tierra de nadie pasto de guerra y la ocupación por los pueblos de Alemania y Rusia. En ese periodo Hitler deseaba mantener la oposición polaca a la idea de un pacto de seguridad en el este que involucrara a Francia, la Unión Soviética y Polonia. Goering, que había sido invitado a una cacería en el bosque polaco de Białowie, habló de la «fortaleza y poder dinámico de Polonia» y desdeñó cualquier idea de una posible repartición futura del territorio polaco entre la Alemania nazi y la Rusia bolchevique. «Una frontera común ruso-germana», dijo Goering, «sería altamente peligrosa para Alemania». Incluso insinuó una «alianza antirrusa y un ataque conjunto contra Rusia» y se mostró perplejo cuando los diplomáticos profesionales le advirtieron que usara con moderación esas sugerencias cuando tratara con Piłsudski^[76].

En abril Józef Lipski, el embajador polaco en Berlín, que se mostraba amistoso hacia Hitler, visitó a Goering en una de esas cacerías diplomáticas que tanto complacían al Maestro de Caza, ya que en esas ocasiones podía combinar los placeres de la caza en ambos campos simultáneamente. Hitler, le dijo Lipski, le había pedido que se especializara en mejorar las relaciones polaco-germanas «independientemente de los canales oficiales», y había hablado una vez más contra los rusos, ya fuera su régimen soviético u otro; Goering también se quejó de la hostilidad de Mussolini. En mayo, cuando murió el mariscal Piłsudski, Goering representó a Hitler en su funeral de Estado, al que también asistió el ministro de Asuntos Exteriores francés, Pierre Laval, que acababa de firmar su alianza con la Unión Soviética. Goering, con intención de aprovechar la oportunidad de hablar con Laval, se llevó a Schmidt consigo, viajando en un vagón especial unido a un tren normal. Schmidt se encontró alojado en el compartimento de la cocina y Goering se disculpó por ello entre risas. En Varsovia el tiempo era muy cálido y Goering, con su uniforme de general de la fuerza aérea, marchó junto a Schmidt en la larga procesión, tardando cuatro horas en recorrer las calles de Varsovia siguiendo al carruaje de artillería que llevaba el cuerpo de Piłsudski. Jadeando y cubierto de sudor, Goering caminó pesadamente con el resto de los asistentes y volvió a hacerlo al día siguiente en la segunda procesión en Cracovia, donde el jefe de Estado, héroe nacional de Polonia, fue finalmente enterrado. Durante el refrigerio que se ofreció a los representantes extranjeros, Goering conoció al mariscal Pétain y a Laval; se acordó un encuentro formal con el ministro de Exteriores francés para esa noche.

Ahora Schmidt podía ver a Goering en acción y anotar la forma en que repetía los argumentos de Hitler, usando incluso las mismas frases exactas. Goering no perdió el tiempo en atacar el reciente acuerdo. «Confío en que se lleve bien con los bolcheviques de Moscú, *monsieur* Laval», dijo. «En Alemania conocemos mejor a los bolcheviques que ustedes los franceses... Ya verán los problemas que les causarán sus comunistas de París». Entonces llenó la conversación con declaraciones y

propuestas, declaraciones sobre el rearme alemán y la Sociedad de Naciones, las propuestas, vagas y generales, sobre un pacto aéreo y la mejora de las relaciones franco-alemanas. Tales generalidades, «expresadas en el lenguaje del hombre de la calle», observó Schmidt, eran la técnica diplomática de Goering. Daba la impresión de una gran sinceridad, ya estuviera perorando sobre los rusos o asegurándole insistentemente a Laval que no había absolutamente ninguna razón por la que Francia y Alemania no pudieran ser buenos vecinos. Alemania, decía Goering, no albergaba más que admiración por Francia, y las viejas causas de disputas, como Alsacia-Lorena, ya no existían. Laval presentó astutamente la alianza franco-soviética como un gesto diplomático de seguridad para el pueblo francés que en realidad podía favorecer el establecimiento de relaciones amistosas con Alemania. De camino de vuelta a Berlín, Goering habló largamente con Schmidt y estuvo de acuerdo con él en que la entrevista con Laval demostraba el genuino deseo de Francia de llegar a un acuerdo. Más tarde, en septiembre, Goering invitó a representantes polacos a una cacería en Alemania, y a su vez fue invitado por el Estado Mayor polaco en Białowie en febrero de 1936.

Durante una prolongación de su luna de miel en mayo de 1935, Goering y su esposa visitaron Budapest. La visita fue breve, y entonces viajaron a Sofía, Dubrovnik y Belgrado. El viaje duró hasta el 8 de junio. En cada una de las capitales, Goering fue recibido por el jefe de Estado y vio a los principales ministros, y su visita, aunque descrita como una luna de miel, era evidentemente de naturaleza política, inspirada por la necesidad de contrarrestar los efectos de los pactos franco-ruso y checoslovaco-ruso.

El 7 de marzo de 1936, Hitler se arriesgó seriamente por primera vez y ocupó Renania, y posteriormente Goering admitiría ante *sir* Ivone Kirkpatrick, primer secretario de la embajada inglesa en Berlín, que ése fue un periodo de intensa ansiedad. Hitler habló en el Reichstag al mediodía, anunciando el final del Pacto de Locarno (invalidado por la alianza franco-soviética), ofreciendo nuevas propuestas de paz (incluyendo pactos de no agresión con Francia y Bélgica y con sus vecinos orientales, un pacto aéreo con Inglaterra y una zona desmilitarizada a lo largo de la frontera franco-germana) y expresando su deseo de comenzar negociaciones para la reentrada de Alemania en la Sociedad de Naciones. Entonces el Reichstag fue disuelto por Goering. Durante la semana siguiente, una vez que estuvo claro que Francia e Inglaterra tendrían que aceptar la ocupación como hecho consumado, Goering y otros jefes nazis dejaron perpleja a la nación insistiendo en tribuna y radio en la generosidad y previsión de la política de asuntos exteriores de Hitler. El 29 de marzo otro supuesto plebiscito respaldó un comunicado oficial según el cual el 48,8 por ciento de los adultos alemanes cualificados para votar habían dicho «*Ja*» a la política de Hitler.

Goering entonces regresó a Berlín para cumplir un nuevo destino en Alemania, el de convertirse en señor de la economía alemana. Pero, antes de que pudiera prestar

completa atención a esta nueva y absorbente obra, tenía otro asunto que tratar fuera del país, la intervención de la Luftwaffe en la Guerra Civil Española.

La Guerra Civil estalló el 17 de julio de 1936, y Hitler, que estaba en el Festival de Bayreuth, recibió una carta del general rebelde Franco pidiendo ayuda. Tras consultar con Goering y Blomberg, decidió que apoyaría a Franco con hombres, armas y aviones. El asunto era secreto y no se podían hacer discursos, pero después de una conferencia el 26 de julio, un pequeño grupo de aviadores vestidos de paisano salió hacia África, donde les esperaban sus aviones, que habían llegado antes. Ésa fue la primera etapa en la formación de la Legión Cóndor. Durante todo el periodo de la Guerra Civil hubo pilotos de la Luftwaffe combatiendo en España, con periodos de servicio comparativamente pequeños, de forma que el máximo número de hombres pudiera ganar experiencia bélica directa. Para Goering, la Guerra Civil Española fue una bendición; le proporcionaba a sus hombres servicio activo en hostilidades que no afectaban a Alemania. Guernica fue un ensayo de lo más conveniente para Varsovia, Belgrado y Londres. Pero Goering no se involucró demasiado en esta empresa pequeña pero importante. La economía de Alemania era su nueva obsesión.

El interés de Goering por participar en la vida económica alemana había empezado durante 1935, cuando, después de una consulta con el Dr. Schacht, el ministro de Economía de Hitler y (después de mayo de 1935) Plenipotenciario general para la Economía de Guerra, había pronunciado un discurso en Hamburgo sobre el programa de rearme alemán en el que se jactaba de la necesidad de sacrificar la mantequilla por cañones. «¿Qué hace la mantequilla aparte de engordarnos?», gritó, y la multitud bajo los focos rugió en respuesta al ingenio de Hermann. Los anuncios de Hitler, en marzo, del servicio militar obligatorio para aumentar el ejército a treinta y seis divisiones y otra vez el 1 de abril, de la existencia oficial de la Luftwaffe, dejaron caer el velo transparente de secretismo que rodeaba al rearme alemán. Schacht, desde su nombramiento como ministro nacional de Economía en septiembre de 1934, había actuado en interés de Hitler con rapidez y habilidad, haciendo imprimir papel moneda especial que no tenía ni que ser contabilizado en las declaraciones públicas de los bancos, para pagar así a los fabricantes de armas. Creó crédito como por arte de magia basándose en el trueque, de forma que se pudiera importar materia prima para la industria armamentística. Tales acciones atrajeron a Goering, y quería participar en ellas. En lo que se refería a conocimientos de economía, sabía que era un completo ignorante, pero confió en su habilidad para este nuevo campo de la misma forma en que había actuado en el de la diplomacia, y compartía con Hitler el desagrado por los profesionales, con sus extensos razonamientos de por qué no se podía hacer lo que se les pedía. Schacht, en cosa de meses, había transformado la economía alemana en una economía apta para la guerra, organizó la fabricación de tanques, aviones y cañones y, al animar al gasto gubernamental, continuó con la espectacular lucha contra el desempleo, que en diciembre de 1934 ya se había reducido a la mitad.

El primer paso oficial de Goering hacia el control económico de Alemania vino cuando Schacht pidió a Hitler ayuda por parte de alguien de gran autoridad para acabar con los abusos de divisas alemanas en el extranjero por parte de determinados cargos del partido en un momento en que los recursos de Alemania en otros países escaseaban. Schacht sugirió a Goering, y el 27 de abril de 1936 Hitler anunció, que el primer ministro en el futuro se haría cargo del control de las divisas extranjeras y de la importación de materias primas. Goering aceptó su nuevo cargo con entusiasmo, aunque solo fuera con el propósito de usarlo como medio para extender el alcance de sus poderes; su sobrino, Herbert Goering, trabajaba en el Reichsbank y todo lo que Goering no entendía podía solucionarse fácilmente dentro de la familia. Dos semanas después de su nombramiento convocó la primera de una serie de reuniones en la que Schacht estaría presente; en esas reuniones hizo hincapié en la necesidad de desarrollar sustitutos sintéticos de las materias primas y respondió a las objeciones sobre los costes prohibitivos de tal investigación diciendo: «si tenemos guerra mañana, hemos de ayudarnos con sustitutos. En ese caso el dinero no tendrá ningún papel en absoluto».

Para Hitler, la planificación económica era un problema y carecía de interés en tanto pudiera entender el tema en términos de conveniencia política. Consideraba el plebiscito del 27 de marzo como una abrumadora respuesta del pueblo alemán a que su política era aprobada por todos los ciudadanos. Esto le convenció de que la nación alemana estaba lista para pagar el precio del rearme, y necesitaría al hombre más popular entre sus líderes para unir al pueblo y como símbolo de la causa.

Durante el verano, Hitler bosquejó el modelo de un Plan de Cuatro Años para la economía alemana; según Gritzbach, Goering fue convocado a Berchtesgaden para oírlo y volvió deslumbrado de admiración. «Nunca me habían impresionado tanto la fuerza del Führer, su lógica y la osadía de sus ideas... ¡Habrà consternación en otros países!». En una reunión de ministros que presidió el 4 de septiembre, el nuevo interés de Goering era casi palpable, aunque todavía no se hubiera anunciado su nombramiento. Sermoneó a sus colegas sobre la necesidad de convertir a la industria alemana en autosuficiente como si la nación ya estuviera en guerra. Alemania debía hacer lo que Rusia ya había hecho; después de todo, dijo en esa ocasión, era inevitable que algún día Alemania y Rusia entraran en guerra^[77].

El primer anuncio del Plan y del nombramiento de Goering como su comisario se hizo en la reunión anual del partido en Núremberg en septiembre. Esta reunión fue la más espectacular hasta esa fecha e igualaba en esplendor, asistencia y en la magnífica organización de los desfiles y formaciones de masas a la grandeza de Alemania en otros tiempos. La proclamación formal que otorgaba nuevos poderes a Goering se hizo el 18 de octubre; tenía autorización para «emitir decretos y directrices generales administrativas» y se le concedía el derecho a «cuestionar y emitir directivas para todos, incluyendo las más altas autoridades del Reich». El plan entraría en vigor en febrero de 1937, y Goering afirmó que su trabajo consistía en «poner toda la

economía en pie de guerra en el plazo de cuatro años^[78]».

Es característico de Hitler que concediera una autoridad tan grande a Goering sin consultar primero con Schacht, que sólo fue informado con unos pocos días de adelanto de que se iba a anunciar un nuevo programa económico. Se esperaba de él que dirigiera su ministerio de manera paralela al nuevo departamento de Goering, que al momento empezó a acumular una larga plantilla de funcionarios y a aumentar las complicaciones administrativas inherentes a una economía controlada. Era inevitable que Schacht y Goering, que antes se trataban en términos amistosos, pronto empezaran a diferir. A Schacht, el Plan de Cuatro Años le parecía una forma apresurada y poco profesional de implantar las medidas que él mismo había puesto en marcha. En sus escritos posteriores menciona como ejemplos la extracción de bencina a partir de carbón y la ampliación de las operaciones de minería y de la flota ballenera; Goering simplemente tomó los planes de Schacht como si fueran suyos y los hinchó. Al mismo tiempo se subió al estrado de orador y convirtió las duras lecciones que había aprendido sobre economía en discursos populistas, remachando el mensaje con un discurso patriotero. «Nunca más debemos estar a merced de una mano extranjera en nuestra garganta... Nuestro plan debe tener éxito, decíos eso una y otra vez cuando os levantéis por la mañana... Suprimiré a todos los parásitos... los acaparadores serán tratados como estafadores... Una gran época exige una gran nación». El público que abarrotaba la Deutschlandhalle el 28 de octubre escuchó la voz familiar que vibraba por los altavoces, y el micrófono del estrado llevaba las palabras a través de la nación en una transmisión para todo el pueblo alemán. Mucho se dijo en la prensa sobre la respuesta del público a esta potente arenga, y crecieron las historias sentimentales sobre el hombre del partido que había hecho una colecta de 637 anillos de boda procedentes de los dedos de sus camaradas para ayudar a su país y de la niña pequeña que envió su brazalete como regalo a Goering. En otra ocasión posterior, Goering mismo estaría en las calles de Berlín riéndose mientras la gente se apiñaba a su alrededor para introducir moneda extranjera en la hucha de colecta que llevaba en la mano.

Goering ya había anunciado su primer decreto laboral el 24 de octubre, ordenando trabajo extra para la labor de cosecha. El 9 de noviembre se emitieron más decretos para reclutar mano de obra para el programa de rearme alemán. Como dictador económico de Alemania, Goering se vanagloriaba de su estatus de lego en la materia. «No reconozco la santidad de ninguna ley económica», dijo. «La economía siempre debe ser la servidora de la nación... Nunca he sido miembro de una junta de directores ni lo seré jamás. Ni tampoco soy un agricultor. Excepto por unas pocas macetas que tengo en el balcón, jamás he cultivado nada. Pero estoy preparado de corazón y alma, con mi firme creencia en la grandeza de la nación alemana, para dedicar todas mis energías a esta gran tarea».

En diciembre, Goering celebró una conferencia de empresarios de la industria, y Schacht se quedó horrorizado cuando oyó a Goering invitar a su público a que

introdujeran letras de cambio extranjeras por cualquier método, legal o ilegal, y urgió a la industria a producir, tuviera beneficios o pérdidas. Schacht afirma que respondió diciéndole a un público similar, unas pocas semanas después, que evadir las leyes de divisas seguía siendo punible, en lo que a él respecta, y que producir con pérdidas «consumiría la mismísima sustancia vital del pueblo alemán». Cuando Goering se quejó de esto, Schacht se negó a cambiar de actitud, así que Goering arrebató al ministerio de Schacht la responsabilidad de hacer los pedidos de armamento^[79]. Habiendo establecido su departamento, colocó a su viejo amigo Paul Koerner al frente de éste con el rango de secretario de Estado. Esto resultaría ser un grave error; Koerner era bastante incompetente a la hora de tratar con los intrincados problemas de la industria, la cual no comprendía en absoluto.

En lo referente a Asuntos Exteriores, los siguientes seis meses de 1936 fueron testigos de la desaparición gradual de las diferencias entre Alemania e Italia. Mussolini había aprobado el «acuerdo de caballeros» negociado por Papen y el Dr. Kurt von Schuschnigg, el sucesor de Dollfuss como canciller Federal de Austria, acuerdo firmado en julio; en ese acuerdo Hitler reconocía la soberanía de Austria a cambio del derecho para los nazis austríacos de participar en las responsabilidades políticas del Estado: un paso importante hacia el futuro *Anschluss*. La intervención abierta de Mussolini en España hizo que Inglaterra endureciera sus posiciones hacia Italia, mientras que el patrocinio británico para la imposición de sanciones mediante la Sociedad de Naciones hizo que Mussolini endureciera su posición hacia Inglaterra. Hacia noviembre, el Duce usaba ya el término «eje» en referencia a las relaciones de Italia con Alemania, y estaba perdiendo interés en apoyar activamente la independencia de Austria, donde Papen preparaba el camino lenta pero satisfactoriamente para la futura anexión. Ribbentrop fue nombrado embajador en Inglaterra para mantener las relaciones germano-británicas lo más favorables que fuera posible, y en mayo de 1937 Neville Chamberlain se convirtió en primer ministro de Inglaterra, con lord Halifax como su ministro de Asuntos Exteriores.

En enero de 1937 Goering fue a Italia para ejercer toda la influencia que pudiera sobre Mussolini, que acababa de firmar lo que Papen hubiera llamado «un acuerdo de caballeros» con Inglaterra, por el que ambos países se comprometían a garantizar la libertad del Mediterráneo. Por otro lado, Mussolini era igualmente consciente de los intentos de Ribbentrop por obtener apoyos en Inglaterra a favor de las ambiciones territoriales alemanas. A principios de 1937 la actitud de Hitler hacia Austria seguía siendo el principal obstáculo en el camino hacia la amistad de los dos dictadores.

Goering viajó en tren de Berlín a Roma con el conde Massimo Magistrati, que formaba parte del personal de la embajada italiana, y el cuñado del conde Galeazzo Ciano, el ministro de exteriores italiano. Goering adquirió la costumbre de hablar en contra de Inglaterra con Magistrati, y, como Hitler, estaba enfadado por el acuerdo naval. En el tren dijo que Alemania e Italia debían prepararse para el enfrentamiento final contra Inglaterra; hablando en términos militares, Alemania estaría preparada en

tres años; explicó que la discusión del problema austriaco era el motivo principal de su viaje, y que Italia no tenía razones para temer una frontera común con Alemania. «En cualquier caso», añadió Goering cuando el tren se acercaba a Roma, «Alemania no se permitirá sorpresas, y sea cuál sea la decisión a la que se llegue en asuntos tan vitales como el de Austria, Danzig o Memel, será precedida por un acuerdo con Italia». Cuando Mussolini recibió el informe de esta conversación, expresó su enfado porque Goering creyera que tenía miedo de tener a los alemanes en Brennero^[80].

Goering se llevó a Schmidt a Italia para que le hiciera de intérprete y, tras unas discusiones con el conde Ciano sobre su ayuda mutua a Franco, la tarde del 15 de enero fueron al Palazzo Venezia para reunirse con Mussolini. Goering y el *chef de protocol*, estómago contra estómago, ocupaban el único ascensor disponible y Schmidt tuvo que subir corriendo por las escaleras que rodeaban al ascensor para reunirse con su jefe en el piso superior. Pasaron por pasillos con armaduras, por la sala del Gran Consejo Fascista con su mobiliario tapizado de terciopelo azul oscuro, y llegaron a una antesala donde les esperaba Ciano, listo para llevarlos al gran estudio de Mussolini, amplio pero escasamente amueblado, con su suelo de mármol y un gran globo terráqueo. Mussolini se levantó cuando llegaron y atravesó toda la habitación para acercarse a recibirlos. Le dedicó a Goering el saludo fascista y se sentaron.

Hablaron de España, de la valentía de los españoles y de sus pobres tácticas, y sobre la ayuda «voluntaria» no oficial que tanto Italia como Alemania prestaban a Franco. Mussolini fue muy reservado en lo que dijo. Goering, menos reservado, se jactó con entusiasmo de los aviones de transporte alemanes que llevaban a las tropas marroquíes de Franco a España. «Franco tiene mucho que agradecernos», añadió. «Espero que lo recuerde después».

Cuando pasaron a discutir sobre Europa, la conversación no fue tan bien. Mussolini mostró su enfado por las sanciones; Goering fue directo sobre el inminente *Anschluss* en Austria. Mussolini, que hablaba y entendía algo de alemán, observó atentamente a Goering mientras hablaba, pero le pidió a Schmidt que tradujera lo que decía Goering al francés y luego negó vigorosamente con la cabeza, aunque no dijo nada. Sentado con la espalda recta, bajo y rechoncho como era, con los ojos castaños fijos en Goering; en la mayoría de asuntos excepto Austria, expresó su acuerdo con los puntos de vista de Hitler sobre Europa en breves frases concisas mientras Goering los explicaba.

Pero la cuestión austriaca era la principal razón de la visita de Goering. Ulrich von Hassel, el embajador alemán en Roma, le dijo a Goering que debía mostrarse reticente en la materia. Cuando Goering le dijo que «Italia debería mantener sus manos alejadas de Austria y reconocerla como esfera de interés alemán de forma que el *Anschluss* pueda llevarse a cabo si así lo deseamos», Hassel contestó que el Duce admitía que una unión de algún tipo era inevitable, pero temía que las ambiciones de Hitler lo llevaran a expandirse por el sur más allá de la frontera de Brennero; instó a Goering a presentar el asunto como algo lo más a largo plazo posible para asegurarle

a Mussolini que se le consultaría antes de emprender acción alguna. Goering volvería a ver a Mussolini el 23 de enero tras un breve viaje a Capri; mientras tanto, en varias conversaciones que mantuvo no hizo ningún secreto de que los nazis eran perseguidos en Austria.

En la segunda de sus entrevistas con el Duce, el 23 de enero, Goering urgió a Mussolini a usar su influencia con Schuschnigg para mantener a los austríacos «leales» al acuerdo de julio; afirmó que siniestras fuerzas internacionales estaban usando a Austria para crear disensiones entre Italia y Alemania. Pero no habría sorpresas en la relación entre Alemania y Austria, añadió, recordando la advertencia de Hassell... a menos, por supuesto, que hubiera cualquier intento por restaurar a los Habsburgo. Mussolini dejó pasar ese comentario, pero advirtió a Goering que su influencia en Austria se limitaba a asegurar a ese país el respeto por su independencia. La impresión que tuvieron los italianos de esta reunión no fue favorable, y Goering se encontró con una nota garabateada en el libro de visitas de su hotel en Capri que decía: «*Non svastica in Mediterraneo!*». En opinión de Mussolini, Goering era «estrambótico y pretencioso^[81]».

El 20 de abril, Goering, que se encontraba enfermo e iba de camino al sur de Italia para una cura de reposo, volvió a salir de Berlín. Visitó a Ciano y Mussolini en Roma el 26 de abril con la intención de descubrir qué había ocurrido entre el Duce y Schuschnigg, quienes se habían reunido el 22 de abril en Venecia. Mussolini había intentado explicarle al canciller austríaco la necesidad que tenía Italia de un entendimiento con Alemania pese a las aparentes desavenencias en muchos asuntos, incluyendo el de la independencia de Austria, independencia que ahora podía salvaguardarse mejor en estos momentos, según dijo, mediante la amistad con Alemania; la guerra en España y una posible visita de Mussolini también fueron temas tratados en esa reunión. Goering hizo una tercera visita a Italia, esta vez sólo a Venecia, en mayo, cuando también visitó Bled, en Yugoslavia, en un intento por mejorar las relaciones de Alemania con ese país y fomentar un aumento del comercio entre ambas naciones^[82].

La coronación del rey Jorge VI en Londres el 12 de mayo condujo a una situación embarazosa para Goering. Cuando la parlamentaria laborista Ellen Wilkinson supo que Goering tenía intención de representar a Alemania en la coronación, una ceremonia del tipo que más le gustaba a Goering, hizo un salvaje ataque contra él y sus «botas manchadas de sangre» y ordenó a la Cámara de los Comunes que exigiera al Foreign Office garantías de que no se le permitiría insultar al país con su presencia^[83]. Ribbentrop envió una copia del discurso a Hitler con la recomendación de que las relaciones anglo-germanas podían resultar dañadas por la visita, y Hitler envió al general Von Blomberg en su lugar. Goering estaba furioso. Decidió hacer una visita privada a Londres y llegó en un Junkers 52 al aeropuerto de Croydon; Ribbentrop lo recibió allí y lo condujo a la embajada, donde se le explicó sin disimulo el estado de cosas en Inglaterra y se le disuadió de mostrarse en público.

Ribbentrop había conseguido ocultar la visita a la prensa, y al día siguiente Goering, profundamente humillado, fue llevado al aeropuerto y enviado de vuelta a Alemania. Sólo el Foreign Office y la policía estaban al tanto de su visita.

Los contactos informales de Goering con los ingleses fueron más felices en otras ocasiones. El marqués de Londonderry, antiguo ministro del Aire, era un invitado asiduo a las cacerías de Schorfheide. Paul Schmidt a menudo actuaba como traductor entre ambos; acudió a Carinhall por primera vez con este propósito en febrero de 1936. Goering alardeó entonces del creciente poder de la Fuerza Aérea Alemana y se mostró muy abierto a la hora de discutir detalles técnicos. «Si Alemania e Inglaterra unen sus fuerzas», decía, «no hay combinación de poderes en todo el mundo que pueda oponérsenos». A veces lord Londonderry traía a su esposa e hija, viajando en su avión privado a Berlín. Schmidt se percató de la diversión de la familia cuando Goering se puso sus ropas de caza y caminó junto a ellos blandiendo su lanza y soplando el cuerno para atraer al bisonte. Hitler estaba a favor de esos encuentros porque podían conducir a un mejor entendimiento con Inglaterra. En otoño de 1937, Londonderry asistió a la maniobras del ejército alemán en Mecklenburg que Mussolini presenció; después de las maniobras Goering invitó a Papen a unirse a él y a Londonderry en una cacería de venados y bisontes, y en las conversaciones alrededor del fuego por la noche, Papen dijo que los ingleses deberían negociar directamente con Hitler y repudiar las últimas cadenas de Versalles... un consejo que Chamberlain seguiría. En octubre, Goering, llevando uniforme y condecoraciones, recibió al duque y la duquesa de Windsor en Carinhall; aunque vestido formalmente, consiguió hacer una demostración de un aparato de masaje que había instalado recientemente en el gimnasio del sótano. En el ático enseñó su enorme maqueta de ferrocarril, a la que sobrevolaba un avión de juguete que dejaba caer pequeñas bombas de madera^[84].

Los embajadores y altos miembros del cuerpo diplomático en Berlín diferían considerablemente en sus actitudes hacia los nazis. Su labor se veía complicada por las rivalidades entre los jefes nazis porque aunque Goering, Neurath (ministro de exteriores de Hitler hasta febrero de 1938) y Ribbentrop (el sucesor de Neurath) recibían todos ellos sus instrucciones de Hitler, sus intereses, inclinaciones y mutuo desprecio conducía a muchas diferencias en sus declaraciones políticas, y éstas a su vez estaban sometidas a los propios cambios repentinos de frente de Hitler. El embajador Dodd, que estuvo en Berlín desde 1933 hasta finales de 1937, era un demócrata que odiaba a los nazis, pero carecía de experiencia como diplomático y no tenía contacto con los líderes nazis; era un hombre enfermo y poco popular para Sumner Welles, el poderoso subsecretario de Estado americano desde 1937, pero el presidente Roosevelt le prestaba atención. Para Dodd, Goering era un hombre sin capacidad para gobernar, y después de 1935 no tuvo ninguna relación social en absoluto con él. Su animosa hija Martha, sin embargo, disfrutaba considerablemente de la vida social en Berlín y escribió varias descripciones vívidas y algo chismosas de

Goering. Admiraba a Emmy, pero criticaba a su marido por su mórbida adoración del recuerdo de Carin, y lo encontraba grosero y desagradable como compañía.

Durante este periodo, André François-Poncet era el embajador francés en Berlín. Políticamente era de derechas, aceptaba el renacimiento nacionalista alemán y se propuso como objetivo establecer relaciones amistosas entre Francia y Alemania. Consideraba a Goering como el más accesible de los jefes nazis, aunque «ocultaba mal su especial desagrado por Francia». Goering era una fuente de diversión irónica, especialmente en una ocasión en que afirmó, según escribió el embajador, que si Hitler «desaparecía... Goering sería su sucesor». Se percató de que Goering periódicamente perdía peso y luego volvía a recuperarlo, y sabía que seguía poniéndose en tratamiento periódicamente por su tendencia a la morfina. Pero François-Poncet también reconocía la inteligencia viva y hábil de Goering. No le gustó tanto cuando Goering hizo una demostración de su maqueta de ferrocarril ante un grupo de invitados, en su presencia, bombardeando un tren francés. El embajador describió «*ses yeux clairs, froids, dont l'expression est dure et inquiétante*»; para su sucesor, Robert Coulondre, que se convirtió en embajador en 1938, los ojos de Goering eran «*obliques*^[85]».

Los rumores sobre la adicción de Goering seguían circulando por Berlín, pero él creía ingenuamente, al menos según Diels, que una vez que sus agentes se hubieran hecho con las evidencias documentales de su caso en Suecia y las pusieran a salvo en sus manos, habría destruido todo registro de esos problemas pasados. El tratamiento en Suecia, sin embargo, no había resultado permanente, y todos los años se sometía al aislamiento más estricto, un tratamiento intensivo administrado por el profesor Hubert Kahle, quien había diseñado un método especial para la retirada abrupta de narcóticos que tenía un alto porcentaje de éxito desde que comenzó en 1921. Muchos de los pacientes de su sanatorio cerca de Colonia eran aviadores que por una razón u otra se habían convertido en adictos.

El profesor Kahle describía la condición de drogadicto como una situación en la que el sistema nervioso está en un alto grado de excitación y hay variaciones en el pulso y la respiración, una actividad excesiva de determinadas glándulas y efusiones de energía vital. El uso de la droga elimina los síntomas y proporciona al adicto un estado temporal de calma, que en realidad es una forma artificial de sometimiento de sus problemas glandulares y neurológicos. Si un hombre adicto a una droga es privado de ésta, sufre reacciones agudas de abstinencia, tales como náuseas, vómitos, diarrea, aceleración del pulso y respiración, salivación y dolores en los miembros. La base del tratamiento de Kahle consistía en eliminar los peligros de este periodo de excitación, calmando el sistema nervioso mediante una forma de tratamiento que introducía un estado de equilibrio en sí misma. Para lograr este estado de calma se le daba al paciente una dosis compleja de sustancias secretas que lo ponían en un sueño crepuscular^[*]. Durante este periodo los efectos tóxicos de la droga original desaparecían de su sistema y despertaría liberado de cualquier deseo de su anterior

adicción.

Ese fue el tratamiento al que se sometió Goering, pero tuvo la mala fortuna de que esa cura no era permanente. Cada cierto tiempo, alrededor de una vez al año, Goering acudía a la clínica de Kahle o el propio Kahle iba a Carinhall, donde Goering se encerraba para el tratamiento en uno de los chalets de la propiedad. Este tratamiento intensificado comenzaba con un vaso de *brandy* del preparado de Kahle, que ponía a Goering en un profundo sueño que duraba unas veinticuatro horas, durante el cual sudaba continuamente. Cuando al fin despertaba, tenía que repetir la dosis, durmiendo y sudando virtualmente sin alimento mientras Kropp cuidaba de él y le limpiaba el sudor del cuerpo durante el tiempo que requería el tratamiento. Para controlar la reaparición de rumores sobre su adicción, Goering asistía a la representación de una ópera inmediatamente después de uno de esos drásticos tratamientos porque conocía los chismorreos de que se encontraba en el sanatorio del profesor. Kropp, que iba con él al teatro, tenía que sostenerlo por detrás cuando se levantaba para recibir la aclamación del público.

El trastorno glandular que condujo a su peso excesivo también le hacía sudar continuamente. Hacía el ejercicio que podía en el campo, y tras descubrir que había una sauna en la Leipzigstrasse acudía a ella con frecuencia acompañado de Kropp, pasando horas en el establecimiento, hasta que finalmente pudo instalar una sauna en el sótano de Carinhall. Fue en este establecimiento de Berlín donde descubriría a su otro sirviente, Müller, que trabajaba allí de masajista; Müller fue contratado posteriormente como ayudante de Kropp para el servicio personal del ministro del Reich. En otro intento más por hacer ejercicio, Goering ocasionalmente jugaba a una forma personal de tenis: lo hacía con cualquiera que estuviera dispuesto a atenerse a sus reglas particulares del juego: su oponente siempre debía dirigir la pelota al punto donde se encontraba Goering de forma que no tuviera que correr tras ella. «¿Es que no ves que estoy aquí?», solía gritar si la pelota caía fuera de su alcance.

En febrero de 1937, Goering fue a Polonia como invitado de su presidente, Ignacy Mościcki, para cazar linceos y asegurarle que las intenciones de Alemania eran pacíficas. Se reunió con el mariscal Rydz-Śmigły en Varsovia el 10 de febrero y le dijo que Alemania estaba completamente satisfecha con las actuales fronteras con Polonia y no tenía intención de tomar el Pasillo Polaco. «No queremos el Pasillo», se dice que dijo Goering. «Lo digo sincera y categóricamente. No necesitamos el Pasillo». Podían fiarse de su palabra. Alemania quería una Polonia fuerte porque si era débil eso sólo serviría para animar a un ataque soviético, y lo que no deseaba Alemania bajo ningún concepto era que aumentara el poder ruso, ya fuera comunista o monárquico. Redundaría en beneficio de Polonia, dijo, «tratar con un Reich bien dispuesto», y repitió una y otra vez cómo esperaba que las intenciones pacíficas y amistosas de Hitler hacia Polonia se reflejaran en una mejor comprensión entre los pueblos alemán y polaco en conjunto. Y entonces hizo referencia a Danzig y al «advenimiento del régimen de Hitler en la Ciudad Libre» y a facilitar la entrada de

Alemania en Prusia Oriental a través de Polonia. El 4 de noviembre en Berlín, en una conversación con el conde Szembeck, el subsecretario de Asuntos Exteriores polaco, volvió a incidir en el mismo tema, es decir, según el informe del conde, que «el Tercer Reich no albergaba la idea de intenciones agresivas hacia Polonia y consideraba su integridad territorial como inviolable». (Eso fue el día anterior a la famosa reunión de Hitler con sus ministros y jefes militares en la que se expondría claramente la futura expansión de Alemania a expensas de sus vecinos en un discurso de cuatro horas y media). Los incidentes en Danzig carecían de importancia según Goering, «en Danzig no pude ocurrir nada contra Polonia^[86]».

Los embajadores británicos durante el régimen nazi fueron *sir* Horace Rumbold, que abandonó Berlín en mayo de 1933, *sir* Eric Phipps (de mayo de 1933 a mayo de 1937) y *sir* Nevile Henderson (de mayo de 1937 a septiembre de 1939). Antes de salir de Alemania, Henderson recibió instrucciones tanto de Baldwin, el primer ministro saliente, como de Chamberlain, que le sucedería, para que «hiciera todo lo posible por trabajar con Hitler y el partido nazi como el gobierno existente de Alemania». En Henderson, Goering encontraría en principio a un amigo, porque el nuevo embajador británico («el hombre de la flor», como lo llamaba Hitler) disfrutaba tanto de la buena caza como de la alta sociedad. Henderson escribió:

De todos los jefazos nazis, Hermann Goering era de lejos el que mejor me caía... En cualquier crisis, como una guerra, podía ser despiadado. Una vez me dijo que los ingleses a los que realmente admiraba eran aquéllos que aparecían descritos como piratas, como Francis Drake, y nos reprochó que nos hubiéramos vuelto tan «desbrutalizados». De hecho, él mismo era un típico bucanero brutal, pero tenía unas ciertas cualidades que lo hacían atractivo, debo decir con franqueza que tenía verdadera simpatía personal hacia él... *Frau* Goering me gustaba tanto como su esposo, y posiblemente por mejores razones morales^[87].

Henderson conocería a Emmy Goering en un almuerzo de la embajada que dio para el primer ministro de Canadá en junio de 1937. La encontró sencilla, natural y agradable. La breve conversación que mantuvo con ella se convirtió en un comentario sobre la vanidad en hombres y mujeres. «Apruebo la vanidad en los hombres», dijo Emmy.

La reacción de Henderson ante Goering fue una de las más favorables de las procedentes de un observador profesional de hombres que no era un nazi, aunque debe señalarse que Goering produciría una impresión similar en el hombre de negocios sueco y aspirante a mediador de paz Birger Dahlerus durante la serie de encuentros que tuvo lugar en 1939, y en Sumner Welles cuando visitó Carinhall en 1940. La imagen de Goering que nos da Henderson es la de un Goering

completamente establecido como el segundo hombre más poderoso de Alemania («siempre me dio a entender que era el sucesor natural de Hitler como Führer», escribió Henderson, reflejando lo que Goering le había dicho a François-Poncet), un hombre de grandes posesiones, felizmente casado y que pronto sería padre, que delegaba sus responsabilidades en subordinados mientras él quedaba libre para llevar a cabo cualquier negociación según las líneas que determinaba Hitler para él. Henderson quedó impresionado por su extrema modestia ante el Führer: «Todo lo había hecho Hitler, todo el mérito era de Hitler, toda decisión era de Hitler... carecía de jactancia cuando hablaba de las grandes cosas que había logrado». A Henderson le gustaba su sentido del humor a lo Falstaff, su amor por los niños y animales («sin embargo tenía poca compasión, como muchos alemanes, por otros seres humanos»), su afición a jugar con trenes y aeroplanos que soltaban bombas (según le dijo a Henderson, no era parte de la concepción nazi de la vida el ser excesivamente civilizado o enseñar escrúpulos a los jóvenes). Aparte de Hitler, era el único líder nazi al que el pueblo alemán tenía algún afecto genuino.

Como negociador, Henderson lo encontró accesible y de entendimiento rápido, «un hombre con el que uno podía hablar de manera absolutamente franca. No se ofendía ni ofendía a la ligera... siempre estaba dispuesto a escuchar y ansioso por aprender». Henderson concluye:

Mis recuerdos personales de Goering son los del hombre que intervino decisivamente a favor de la paz en 1938, y que hubiera hecho lo mismo en 1939 de haber tenido tanta valentía moral como física; el anfitrión hospitalario y el cazador; y el hombre con el que pasé muchas horas en amistosos y honorables discusiones y debates.

Por tanto, Henderson aguardaba con grandes esperanzas la visita de lord Halifax en noviembre a la exhibición de caza internacional de Goering en Berlín, para la que Henderson había conseguido asegurar en el último minuto un fondo del tesoro británico, de forma que Inglaterra estuviera representada entre las demás naciones que participaban en la exhibición. Por aquel entonces Halifax era lord presidente del Consejo, pero pronto, en febrero de 1938, sucedería a Anthony Eden como ministro de exteriores y así formaría con Chamberlain la coalición que elevó el apaciguamiento a la categoría de una de las bellas artes y arruinaría cualquier esperanza de paz. Halifax, como Henderson, era un cazador; los berlineses lo llamaban «lord Halalifax» (*halali* significa lo mismo en alemán que la expresión inglesa «tally-ho», el grito que da el jinete en una cacería cuando ve al zorro) por ser criador de perros de caza y ésta era la justificación para su visita; pero la intención de Chamberlain era que se relacionara con los jefes nazis y trabajara por ese ideal diplomático conocido como «una mejor comprensión mutua». Tras visitar la exhibición, Halifax acudió a Berchtesgaden el 18 de noviembre con Neurath y Paul

Schmidt para ver a Hitler, provocando a éste nada más empezar diciendo: «No traigo nuevas propuestas de Londres». La conversación fue mal, Hitler se quejó de la prensa británica y sermoneó a Halifax sobre las exigencias alemanas. La respuesta de Halifax fue que Inglaterra estaría dispuesta a discutir cualquier solución a esos problemas que no implicara el uso de la fuerza.

(En julio, poco después de su llegada a Berlín, Henderson le había pedido a Goering que le enviara un memorando de las quejas específicas de Alemania contra Inglaterra «relacionadas con nuestro intento de cercarla» y también una declaración sobre las metas definitivas de Alemania en Europa. Goering jamás envió el memorando, y cuando Henderson se lo recordó unas semanas después, dijo que hablaría con Hitler de nuevo y puede que le diera las respuestas que Henderson quería si venía de cacería y se quedaba con él en Rominten a principios de octubre. Allí Goering se mostró amistoso pero directo; sería necesario, dijo, revisar el acuerdo naval anglo-alemán si Inglaterra insistía en su negativa a colaborar con Alemania. Henderson replicó que ese tipo de acción solo podría terminar en guerra. Goering «admitió con pesadumbre que eso parecía». En otra ocasión durante este periodo, Goering le preguntó a Henderson qué nación creía que había ganado más al final de la Gran Guerra. Cuando Henderson respondió que en su opinión Italia y los estados eslavos, la respuesta de Goering fue extraña: «No», dijo, «Alemania. Sin esa guerra y esa derrota, la unificación de Alemania hubiera sido imposible»).

Halifax tenía programado un almuerzo en Carinhall a su regreso de Berchtesgaden; mientras tanto Schmidt, habiendo acabado su trabajo en Berchtesgaden, se adelantó para llegar a Carinhall antes que él y contarle a Goering que la entrevista con Hitler no había ido bien. Durante la visita de Halifax, Goering, que había recibido instrucciones muy precisas de Hitler, repasó otra vez los argumentos del Führer, pero los expresó con más tacto y de forma más agradable. Todo, incluyendo el asunto apremiante de Austria, podía solucionarse negociando, dijo Goering, aunque insistió en que cualquier gobierno alemán terminaría considerando esencial que Austria, los Sudetes y Danzig regresaran al Reich. La paz, prosiguió Goering con un cierto toque de adulación, dependía menos de Alemania que de Inglaterra, porque Inglaterra podía contribuir muchísimo a la resolución pacífica de esos problemas. «Alemania», añadió, «no quiere ir a la guerra por esos asuntos. Bajo ninguna circunstancia usaremos la fuerza. Sería completamente innecesario».

Goering le parecía a Halifax una persona inmensamente divertida, y lo comparó con Robin Hood: «una mezcla de estrella de cine, gángster, gran latifundista... Como un escolar crecido, lleno de vida y orgullo en todo lo que hacía. Vestía bombachos pardos y botas, chaleco de cuero verde y a la cintura llevaba un cinto verde con una daga enfundada en una vaina de cuero rojo». Llevó a Halifax a dar la inevitable visita a la mansión y sus terrenos, y luego almorzaron, servidos por doncellas vestidas de campesinas y criados con librea del siglo XVIII, «suntuosos pantalones en verde y

blanco, polainas, puños vueltos y casacas de faldones recogidos».

Después de que Halifax se marchara, Goering le dijo a Henderson, «¿El primer ministro va en serio?». Halifax, a su regreso a Inglaterra, se presentó ante Chamberlain para informar: «Tanto Hitler como Goering dijeron por separado y con insistencia que no tienen deseos ni intenciones de hacer la guerra, y creo que podemos considerarlo cierto por ahora». Poco después de la visita de Halifax, Goering le había asegurado al conde Szembeck en Berlín que consideraba inviolable el territorio polaco. Repitió los mismos argumentos tranquilizadores a los ministros húngaros cuando visitaron Berlín ese mismo mes, noviembre. ¿Estaba simplemente siguiendo las instrucciones de Hitler o intentaba sinceramente lograr una solución pacífica a los problemas que Alemania imponía a Europa porque él mismo temía la perspectiva de una guerra? Quizás fue significativo que en noviembre supiese que Emmy estaba encinta, y la vida cobrase así un nuevo significado para él; quería tener libertad para disfrutarla.

Y sin embargo, en la famosa reunión del 5 de noviembre a la que asistieron Goering y los demás personajes cuyo principal cometido era desarrollar el poder de agresión de Alemania, Blomberg (ahora ministro de Guerra y comandante general de la recién renombrada Wehrmacht, las fuerzas armadas), el ministro de Asuntos Exteriores Neurath y los comandantes generales del Ejército y la Marina, el general von Fritsch y el almirante Raeder, Hitler habló durante cuatro horas sobre el futuro de Alemania y Europa: de la necesidad de alcanzar la cumbre de su poder de ataque para 1943 y de la necesidad de expandir los territorios alemanes pese a la oposición de Inglaterra, Francia y Rusia y los países que rodeaban a Alemania. Habló de la posible necesidad de invadir Austria y Checoslovaquia, de la necesidad de mantener activa la Guerra Civil Española, o de la necesidad de apoyar la neutralidad de Italia, Polonia y Rusia hasta que el poderío de Alemania se hubiera consolidado y expandido. Esta reunión puede que fuera resultado de un ánimo eufórico, ya que Italia estaba a punto de firmar el Pacto Antikomintern, que Japón ya había firmado el año anterior.

Durante los primeros meses de 1937 Goering estaba, como hemos visto, ocupado con los asuntos internacionales. El 21 de junio, sin embargo, pronunció un discurso ante los delegados de la Cámara de Comercio Internacional que se reunían en Berlín. Intentó demostrar que los intentos alemanes por hacer su economía tan autosuficiente como fuera posible no dañarían la economía mundial, ya que la economía mundial dependía a su vez de la fortaleza de las economías nacionales individuales. Las investigaciones e invenciones alemanas, según afirmó, serían beneficiosas para todos; de hecho, Alemania estaba dando ejemplo a los demás países en esos momentos. ¡Pero no permitiría que otras naciones le dictaran qué debía importar o exportar! Alemania, dijo Goering, estaba decidida a mantener la igualdad de derechos en la economía mundial. Su discurso fue recibido con cierta ironía por los economistas profesionales.

En julio Schacht se quedó completamente sorprendido una vez más cuando

Goering requisó la industria siderúrgica. Los recursos siderúrgicos de Alemania eran peligrosamente escasos. Fundó la Reichswerke Hermann Goering en Salzgitter, y esta empresa recibió el derecho de adquirir (a cambio de participaciones en la nueva sociedad de empresas) los derechos de explotación minera de otras empresas sin que éstas pudieran negarse a cederlos, especialmente en el caso de aquéllas cuyos recursos de hierro estaban, en opinión de Goering, insuficientemente desarrollados. Alemania sólo era rica en mineral de baja calidad, y se pensaba que los depósitos de Salzgitter eran los más adecuados para la siderurgia. Goering protegió su nueva sociedad de las grandes pérdidas que pronto sufriría al obligar a otras siderúrgicas a adquirir participaciones que más tarde se verían obligadas a vender con pérdidas. De esta forma esperaba aumentar la producción alemana de hierro en cuatro años del doce y medio al cincuenta por ciento de las necesidades del país.

Para entonces, la economía alemana estaba controlada a golpe de decreto. Los precios estaban fijados y los salarios controlados; los planes aprobados por el gobierno tenían crédito ilimitado, los proyectos para el desarrollo de sucedáneos y productos sintéticos recibían grandes sumas, las importaciones se redujeron drásticamente. Los pequeños negocios fueron disueltos y se alentaba a las grandes empresas, mientras las cámaras de comercio controladas por el Estado aseguraban el completo sometimiento de los empleadores al incesante flujo de dictados económicos procedentes del gobierno para la industria. Los trabajadores se veían atados de manera similar, los sindicatos habían sido prohibidos y reemplazados por el Frente del Trabajo, controlado por el Estado, y la Carta de Trabajo de 1934 servía para asegurar que los trabajadores se quedaban donde se les necesitaba, trabajaban las horas que se les exigían, recibían los salarios que se decretaba que debían recibir, pagaban los impuestos y contribuciones obligatorias requeridas por decreto y disfrutaban de las actividades de ocio, deportes y vacaciones que se organizaban para ellos a través del movimiento conocido como Fuerza a través de la Alegría [*Kraft durch Freude*].

Schacht, el arquitecto inicial de esta economía, encontró intolerable el ritmo despiadado que Goering marcó para acelerar el rearme, así como los métodos que introdujo para lograrlo. Una y otra vez Goering dejó de consultarle asuntos que caían dentro de las competencias de su ministerio. En agosto de 1937, Schacht le escribió a Goering una larga carta en la que criticaba su política económica con cierta profundidad, especialmente la drástica reducción del crédito alemán en el extranjero, la provisión de crédito sin respaldo para sus proyectos siderúrgicos y la temeraria asignación de mano de obra y materias primas a nuevos proyectos, lo que implicaba una seria reducción de los bienes necesarios tanto para la exportación como para el consumo propio. Se negó a seguir participando en las actividades de Goering o a parecer que compartía la desigual responsabilidad del futuro económico de Alemania. «Como recordará», escribió, «hace unos meses declaré que la uniformidad es indispensable en política económica, y que le insté a que hiciera los arreglos

necesarios para que usted mismo pudiera ocupar el Ministerio de Economía». Envío una copia de la carta a Hitler, quien lo convocó a una entrevista en las soleadas terrazas de Berchtesgaden, donde lo aduló y luego animó a que llegara a un acuerdo con Goering. Schacht afirma que, sin que él lo supiera en ese momento, Hitler ya había asignado a Goering una política de rearme a cualquier precio, y se oponía frontalmente a los esfuerzos de moderación de Schacht. Es típico de Hitler que evitara escenas desagradables con Schacht, cuyos extraordinarios talentos le parecían necesarios para su causa. Todo lo que el ministro pudo sonsacarle al Führer fue una promesa de aceptar su dimisión si, en dos meses, no había logrado un acuerdo de trabajo con Goering. Entonces Hitler lo acompañó al coche y habló del tiempo, sin mostrar su resentimiento, hasta que Schacht se hubo marchado.

No se alcanzó ningún acuerdo. Un intercambio de cartas con Goering no llevó a ninguna parte, y Schacht se marchó de vacaciones en septiembre. En octubre repitió su opinión de que su posición de ministro era intolerable y que su ministerio y el departamento de Goering no podían funcionar de forma paralela. El 1 de noviembre volvió a reunirse con Goering a petición de Hitler. Cuando Goering terminó diciendo «pero está claro que podré darle instrucciones», Schacht se fue con las palabras: «A mí no, ¡a mi sucesor!». Al final, Hitler cedió con reticencias y aceptó la dimisión de Schacht, aunque quedaría como ministro sin cartera y presidente del Reichsbank, de forma que la disensión no fuera demasiado pública. Goering, al entrar en el despacho de Schacht en el Ministerio de Economía, exclamó: «¿Cómo puede alguien entregarse a grandes pensamientos en una habitación tan pequeña?». Luego telefoneó al exministro al Reichsbank y le gritó. «¡Herr Schacht, estoy sentado en su sillón!». No se volverían a encontrar hasta ocho años después, cuando ambos serían llevados juntos bajo custodia y se acucillarían el uno al lado del otro en los baños de la prisión de Núremberg.

Guerra o paz

A principios de 1938 tuvieron lugar las famosas acusaciones contra Blomberg y Fritsch, ambos representantes de la casta militar alemana en la que residían los restos de la oposición a Hitler. Blomberg, que ahora era mariscal de campo, era tanto ministro de Guerra como comandante general de todas las fuerzas armadas. El general Von Fritsch era comandante general del Ejército. Hitler consideraba que ambos eran unos reaccionarios en diferente grado; se habían opuesto a los riesgos que corrió al recuperar Renania, y no aprobaban la celeridad con que insistía en aumentar el armamento alemán y el número de hombres para usarlo. Fritsch había expresado abiertamente su desacuerdo en la célebre sesión del 5 de noviembre del año anterior.

Goering y Himmler tenían sus propias razones adicionales para desear quitarse de encima a los dos jefes militares. Goering quería el mando de Blomberg; Himmler quería que la influencia de las SS se extendiera al ejército, cuyo comandante general se oponía firmemente a la forma superflua de poder armado de Hitler.

Fue una mujer la que acudió en su ayuda. Blomberg, un viudo de sesenta años, quería casarse con una joven llamada Erna Grünh de la que estaba encaprichado. No era el tipo de mujer con la que se casaría normalmente un miembro de la casta militar, y esto le preocupaba al mariscal de campo lo suficiente como para que le consultara a Goering en privado sobre la idoneidad del matrimonio. También había otro hombre enamorado de esa misma mujer. Goering calmó las dudas de Blomberg, hizo lo posible por enviar al rival al extranjero y mencionó el asunto a Hitler, quien no puso objeción. Goering incluso accedió a ser testigo de la boda junto con el propio Hitler, y la ceremonia tuvo lugar finalmente el 12 de enero. La luna de miel tuvo lugar, apropiadamente, en Capri.

Al cabo de unos días se supo que la esposa del mariscal de campo tenía antecedentes policiales por prostitución y que incluso en una ocasión había posado para fotografías indecentes. Keitel, que había recibido las pruebas de manos de Helldorf, el Jefe de Policía de Berlín, consultó apresuradamente con Goering. Goering hizo que el asunto fuera puesto en conocimiento de Hitler, que accedió a destituir a Blomberg de su ministerio y de su mando. Goering le dio las noticias al mariscal de campo el mismo día. Blomberg se ofreció a divorciarse de su mujer, pero Goering rechazó el ofrecimiento y dejó que volviera a su luna de miel, tras lo cual mantuvo una entrevista final con Hitler al día siguiente. Los Blomberg se quedaron en el exilio durante años y luego volvieron a Alemania, viviendo de la jubilación.

Para evitar cualquier sugerencia de que Fritsch debería suceder a Blomberg, Himmler entregó un informe creado por la Gestapo en el que se aducía que el general era culpable de homosexualidad, y el 26 de enero Hitler le enfrentó con esa supuesta evidencia en presencia de Goering. Fritsch, disgustado y enojado, negó la acusación, pero se negó a defenderse; sabía algo de lo que iba a ocurrir ya que se lo había advertido de antemano el coronel Hossbach, el asesor de Hitler que estaba furioso por este segundo ataque contra el honor de la oficialidad. Como prueba de la acusación, Himmler había convocado a un hombre llamado Hans Schmidt, un chantajista contumaz especializado en extorsionar homosexuales; en presencia de Hitler, Schmidt juró que conocía al general y que llevaba varios años chantajeándolo. Goering, según Hossbach, se mostró repentinamente entusiasmado y salió de la habitación gritando «¡Era él, era él!». Hitler suspendió a Fritsch y lo apartó indefinidamente de su puesto. El Estado Mayor, pese al obstinado desprecio de Fritsch ante la acusación y su negativa a rebatirla, estaba decidido a investigar las acusaciones en su contra y el 31 de enero obligó a Hitler a acceder a una investigación formal.

Goering se mantuvo a la espera de recibir su recompensa de manos de Hitler: el mando de las fuerzas armadas alemanas. El 4 de febrero, pese a todo, Hitler lo convocó a su gabinete por última vez y anunció que él en persona asumiría el título de comandante general además de ser el comandante supremo, posición que ya tenía como jefe de Estado. Al mismo tiempo abolió el Ministerio de Guerra y lo reemplazó con el Okw, el Alto Mando de la Wehrmacht, que respondería directamente ante él como comandante supremo; como jefe de Estado Mayor puso al general Wilhelm Keitel. En el lugar de Fritsch como comandante general del Ejército, nombró al general Walther von Brauchitsch que, curiosamente, estaba a punto de verse involucrado en un proceso de divorcio. Hitler también destituyó a dieciséis de sus generales y aprovechó la oportunidad para cesar a Neurath al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores y reemplazarlo con Ribbentrop. Goering fue simplemente ascendido a mariscal de campo. Según la declaración jurada que hizo en Núremberg en 1945, Blomberg sugirió a Hitler que Goering debía ser su sucesor, pero el Führer rechazó la propuesta al instante con el comentario de que Goering no era ni lo suficientemente paciente ni diligente para el puesto.

Las investigaciones preliminares en la acusación contra Fritsch fueron realizadas por el ejército durante febrero y revelaron una conspiración activa en su contra desarrollada principalmente por Himmler y Heydrich. El ejército reaccionó con un júbilo secreto y esperó el resultado del tribunal de honor, que Hitler accedió a que tuviera lugar el 10 de marzo y con Goering de presidente, con el apoyo de Brauchitsch y Raeder como comandantes generales del Ejército y la Marina respectivamente. Pero la fecha resultó fatídica. El problema austríaco llegó repentinamente a un punto crítico, los comandantes eran necesarios en otros sitios y se pospuso la reunión del tribunal. Cuando finalmente se volvió a convocar el 17 de

marzo, el *Anschluss* ya había acabado y la imagen de Hitler estaba una vez más en la cima de su popularidad. Goering, que siempre era consciente de las ventajas tácticas de la generosidad, intervino personalmente para ayudar a Fritsch a librarse de las acusaciones contra él obligando al testigo principal de la acusación, el extorsionador Schmidt a confesar que la Gestapo había amenazado con matarle a menos que consintiera en testificar contra Fritsch. Aparentemente la conjura había empezado cuando alguien descubrió que Schmidt había chantajeado en una ocasión a un tal Rittmeister von Frisch tras espiarle en sus actividades homosexuales. Habiendo llegado a ese punto, satisfecho de que Fritsch pudiera ser declarado inocente, Goering no hizo más acusaciones contra la Gestapo, sus amados hijos, o para ese entonces puede que sus hijastros algo menos queridos. Himmler esperó ansiosamente el veredicto. Según Walther Schellenberg, miembro de su personal, Himmler reveló su carácter supersticioso reuniendo a doce oficiales de las SS en una habitación cerca del lugar donde se celebraba el juicio, haciéndoles sentarse en círculo y concentrar sus mentes para ejercer control telepático sobre el proceso.

El juicio concluyó al día siguiente y Fritsch fue absuelto. En la prensa no apareció mención alguna de la investigación o del veredicto. Fritsch continuó destituido; decidió desafiar a Himmler a un duelo, pero el mensaje, enviado a través del general Gerd von Rundstedt, aparentemente nunca fue entregado. Una ametralladora polaca acabaría con la vida de Fritsch al año siguiente mientras servía con su regimiento en las afueras de Varsovia. En cuanto a Goering, Fritsch sólo pudo expresar su gratitud tras el juicio, le dijo a Rundstedt que Goering se había portado «de manera muy decente». Raeder declaró en los juicios de Núremberg que «se debió enteramente a la intervención de Goering el que él [Fritsch] fuera absuelto sin fricciones». Goering, sin embargo, mientras hablaba con Henderson cosa de un mes después del veredicto sobre Fritsch, justificó abiertamente la destitución de Fritsch por parte de Hitler basándose en que éste desaprobaba la política exterior del Führer. Fritsch también debió de cambiar de opinión sobre Goering a principios de diciembre. Hassell escribió en su diario que Fritsch llamó a Goering «un espécimen particularmente malo, siempre metido en dobles juegos», y que consideraba que había empezado a conspirar contra él después de la purga de Roehm en 1934^[88].

Resulta imposible determinar a estas alturas el grado exacto de implicación de Goering en la ruina planeada de Blomberg y Fritsch. Parece cierto que estaba preparado para aprovechar cualquier circunstancia que pudiera usar para cesarlos. El principal acusador en su contra sigue siendo Gisevius, que en el juicio de Núremberg afirmó que fue Goering quien, para hacer insostenible la posición de Blomberg, animó al mariscal de campo a casarse con una mujer de la que sabía que su reputación era dudosa, y que en el caso de Fritsch fue el propio Goering el que amenazó de muerte a Schmidt en una reunión en Carinhall si se negaba a testificar ante Hitler sobre el chantaje que supuestamente había cometido. Gisevius alega que el caso, con su confusión de identidad, llevaba en los archivos de la Gestapo desde

1935, pero que Goering sacó a relucir el asunto sólo cuando Hitler mencionó la posibilidad de que Fritsch pudiera estar capacitado para ocupar el puesto de Blomberg. En Núremberg, Goering se mostró tan preocupado por las declaraciones de Gisevius como para enviarle mensajes amenazadores en un intento por impedir que dijera demasiado sobre el caso Blomberg. Por otro lado, se dice que Meisinger, el hombre responsable de preparar el caso contra Fritsch, admitió haber falsificado pruebas contra Erna Grünh, usando el expediente de la madre de ésta para hacerlo, y que hasta después de la boda de Blomberg ni Hitler ni Goering sabían nada de este asunto, preparado por orden de Heydrich.

Durante 1938, Goering disolvió los tribunales administrativos prusianos (*Verwaltungsgerichte*), que protegían a los individuos en asuntos en los que los tribunales civiles no ofrecían protección. Ningún ciudadano podía negarse a una orden policial o protegerse contra los nuevos y fundamentalmente ilegales decretos que la administración nazi vertía sin cesar.

Entre las fechas acordadas para el tribunal de honor, el 10 y el 17 de marzo, Goering logró uno de los triunfos de su carrera diplomática: la conquista telefónica de la anexión de Austria.

La situación en Austria había llegado a un punto en el que, con una presión repentina, los nazis fueron capaces de desintegrar los fragmentos de oposición que quedaban en su camino. Papen, a quien Hitler había cesado de su puesto de ministro para Austria el mes anterior, le había servido bien en Viena. Como se ha visto, negoció el «acuerdo de caballeros» de julio de 1936 que concedía a los nazis austríacos el derecho de participar en la responsabilidad política a cambio del vacío reconocimiento por parte de Hitler de la soberanía austríaca. El canciller von Schuschnigg se resistía a la lenta infiltración alemana en los asuntos de Austria de la cual Papen era el principal responsable, y se apoyaba en los anchos hombros de Mussolini tanto como le era posible. El apoyo de Mussolini a una Austria independiente se debilitó cuando se creó el Eje Roma-Berlín en 1937 y el movimiento nazi clandestino, impaciente por el retraso, planeaba un golpe de Estado. Durante todo el año de 1937, Goering se mantuvo en contacto epistolar con Guido Schmidt, el subsecretario austríaco de Asuntos Exteriores, después de que Schmidt se hubiera percatado en la exhibición de caza de Goering del mapa de Europa en el que no aparecía frontera entre Alemania y Austria. «Los buenos cazadores no conocen fronteras», había comentado Goering con una sonrisa. Luego invitó a Schmidt a Carinhall en un intento de mantener relaciones amistosas, pero en una carta escrita el 11 de noviembre había afirmado categóricamente que Austria y Alemania debían adoptar una política común de integración de sus economías y fuerzas militares. Era una clara indicación de adónde se encaminaban las cosas.

La posición de Schuschnigg se fue haciendo gradualmente intolerable; cuando Papen fue llamado de vuelta a Alemania en febrero, trajo un mensaje del canciller para Hitler pidiendo una entrevista. Hitler prorrogó inmediatamente el periodo de

mandato de Papen como ministro de forma que pudiera encargarse de organizar la reunión. Así, Schuschnigg viajó de noche a Salzburgo el 11 de febrero y fue en coche con Papen y Guido Schmidt por las carreteras de montaña hacia el Berghof. Allí Hitler lo insultó y amenazó durante dos horas, luego le dio de almorzar y lo lanzó a las dispuestas manos de Ribbentrop y Papen. Le mostraron el texto de un ultimátum que equivalía a la fusión de ambos países; incluía una amnistía para los nazis encarcelados y el nombramiento del nazi Seyss-Inquart como ministro del Interior con completo control sobre la policía. En caso contrario, se usaría la fuerza. Schuschnigg no podía hacer nada; Hitler volvió a verlo y exigió que firmara en nombre del gobierno austríaco. Cuando Schuschnigg argumentó que esas condiciones de implicaciones tan profundas debían ser debatidas y ratificadas, Hitler llamó a Keitel a gritos y sacó a Schuschnigg de la habitación. Luego, en una muestra de magnanimidad, le permitió siete días en vez de cuatro para que el acuerdo fuera ratificado. Pero la presencia de Keitel y otros generales en el Berghof no le pasó desapercibida al canciller austríaco, que regresó a Viena en el tren nocturno después de que Papen le recordara afablemente: «Ya sabe, el Führer puede ser encantador».

Seyss-Inquart fue nombrado ministro del Interior, como era de esperar, el 16 de febrero y se promulgó una amnistía para los nazis. El 20 de febrero Hitler hizo su largamente esperado discurso en el Reichstag, alabando a Schuschnigg pero terminando con la ominosa advertencia de que diez millones de alemanes vivían fuera del Reich en Austria y Checoslovaquia y que su posición como minorías oprimidas era «intolerable». Era una amenaza dirigida tanto a Praga como a Viena. Schuschnigg habló el 24 de febrero y, aunque evitó cuidadosamente cualquier afrenta a Hitler, se mostró firmemente partidario de la independencia austríaca. Mientras tanto los nazis austríacos redoblaron sus manifestaciones violentas y en la plaza principal de Graz los manifestantes proalemanes redujeron a jirones una bandera austríaca durante la retransmisión del discurso de Schuschnigg y pusieron la esvástica en su lugar. En un intento desesperado por coaligar la oposición a los nazis, Schuschnigg (cuyo gobierno seguía siendo una dictadura monopartidista) accedió a reconocer a los socialdemócratas, cuyo partido había ilegalizado junto con los nazis. Tras esto, decidió valientemente celebrar un plebiscito nacional el domingo 13 de marzo, en el que el pueblo austríaco en conjunto declararía si estaban a favor de la independencia o de la incorporación a Alemania. Hitler no supo nada de esto hasta el 9 de marzo.

Eso era lo último que deseaba. Inmediatamente reunió a sus ministros y generales en Berlín y el 10 de marzo el ejército recibió órdenes de prepararse para invadir Austria dos días después. Nervioso por la probable reacción de Mussolini a esta decisión, Hitler le envió una carta privada a través del príncipe Philipp von Hessen, quien voló inmediatamente hacia Roma.

Hemos visto que el principal papel que representó Goering hasta ahora en el *Anschluss* fue preparar a Mussolini para recibir una carta de Hitler de esa forma, en la

que casi le rogaba al Duce que reconociera la posición desesperada en que se encontraba Hitler, con Austria (según afirmaba) conspirando con los checos para restaurar a los Habsburgo y con Schuschnigg rompiendo su promesa de que terminaría con la cruel opresión a la que estaban sometidos los nazis austríacos. Le dio a Mussolini sus más solemnes garantías de que consideraba Brennero como la frontera definitiva entre Alemania e Italia. Mientras tanto, formaciones del ejército alemán se dirigían hacia la frontera austro-bávara y los bombarderos de Goering volaban hacia los aeródromos cercanos.

Seyss-Inquart había reemplazado a Papen como el instrumento aparentemente respetable de la voluntad de Hitler en Austria. Era un joven abogado, católico practicante y Schuschnigg seguía creyendo que podía negociar con él. Siempre había esperanzas cuando se negociaba con un caballero cristiano, que sabría cuándo era necesario un compromiso y llegar a acuerdos especiales. Sin instrucciones de Hitler, Seyss-Inquart incluso accedió al plebiscito.

En la madrugada del 11 de marzo Schuschnigg despertaba con la noticia de que las fuerzas alemanas se concentraban a lo largo de la frontera bávara, que había sido cerrada. Poco después de las seis el canciller se arrodillaba en una misa en la catedral de San Esteban; de ahí fue directamente a su despacho. No fue hasta las diez que Seyss-Inquart y Glaise-Horstenau, otro ministro nazi en el gabinete de Schuschnigg que acababa de traer las instrucciones de Berlín vía aérea, le dijeron sin rodeos que debía desconvocar el plebiscito. Tras consultar con el presidente Wilhelm Miklas, Schuschnigg finalmente accedió a primera hora de la tarde.

En este punto, Goering tomó el control de las negociaciones, actuando enteramente por teléfono desde Berlín. Por orden suya, se hicieron transcripciones de las veintisiete comunicaciones telefónicas entre su despacho y Viena durante la tarde y noche del 11 de marzo. Para cuando Goering y sus agentes hubieron terminado, Austria pertenecía a Alemania^[89].

Esas conversaciones abruptas, nerviosas y confusas en las que Goering impuso su voluntad a distancia a los hombres que se esforzaban por cumplir sus órdenes y enterrar el cadáver obstinado de una Austria independiente, son completamente características de su personalidad. Saltaba de una instrucción a otra según se le ocurría, lo que daba como resultado una expresión embrollada y desordenada de lo que quería que hicieran. En él no había autodisciplina, ningún remordimiento, sólo un impulso temperamental y cargado de energía; la última parodia de legalidad cuando la fuerza bruta llama a la puerta.

A través de Goering, Hitler exigió la dimisión de Schuschnigg como canciller, el nombramiento de Seyss-Inquart en su lugar por el presidente Miklas y la formación inmediata de un gabinete nacionalsocialista. Wilhelm Keppler llegó desde Berlín por la tarde para reemplazar a Papen, trayendo consigo las palabras para un telegrama que Hitler instruyó a Seyss-Inquart para que enviara a Berlín tan pronto como fuera nombrado canciller. El telegrama pedía la ayuda de las fuerzas alemanas para sofocar

los disturbios en Austria. Keppler, Seyss-Inquart y Glaise-Horstenau formaron una camarilla en la cancillería austríaca mientras Schuschnigg contemplaba impotente los acontecimientos. Fue el presidente Miklas el que resultó ser el obstáculo final mientras Goering rugía a unos y otros en la embajada alemana, obteniendo informaciones confusas y contradictorias de funcionarios ansiosos pero mal informados.

5 PM:

DOMBROVSKI [*en la embajada alemana*]: Seyss-Inquart ha estado hablando con el canciller austríaco hasta las dos y media, pero no está en posición de disolver el gabinete a las cinco y media porque técnicamente es imposible.

GOERING: Para las siete y media el gabinete debe haberse disuelto y deberán haberse tomado varias medidas... Quiero saber qué está pasando. ¿Le ha contado que ahora él es el canciller?

DOMBROVSKI: Sí.

GOERING: ¿Nada más serle comunicado a usted?

DOMBROVSKI: Sí.

GOERING: Bien, siga así. ¿Cuándo puede formar el gabinete?

DOMBROVSKI: Posiblemente para las nueve y dieciocho.

GOERING: El gabinete debe formarse para las siete y media.

DOMBROVSKI: Para las siete y media.

GOERING: Keppler está a punto de llegar allí para eso... También se debe exigir la legalización del partido.

DOMBROVSKI: Muy bien.

GOERING: Muy bien, con todas sus formaciones, SA, SS... el gabinete debe ser enteramente nacionalsocialista.

DOMBROVSKI: Bien, eso también se ha arreglado, para las siete y media habrá...

GOERING [*interrumpiendo*]: Debo ser informado de eso a las siete y media y Keppler le dará varios nombres que deben ser incorporados... ¿el partido ha sido legalizado definitivamente?

DOMBROVSKI: Pero si eso... ni es necesario discutirlo.

GOERING: ¿Con todas sus organizaciones?

DOMBROVSKI: Con todas sus organizaciones en el país.

GOERING: ¿De uniforme?

DOMBROVSKI: De uniforme.

GOERING: Bien... tenga cuidado. La prensa diaria debe marcharse inmediatamente, así como nuestra gente.

DOMBROVSKI: Bueno, sobre el hombre que mencionó relacionado con el Departamento de Seguridad...

GOERING: Kaltenbrunner. Sí, se hará cargo del Departamento de Seguridad y luego, se lo recuerdo, inmediatamente de los representantes de la prensa... (Goering sigue hablando de más sin parar y Dombrovski dice «sí» varias veces).

A las 5.20 PM.

GOERING [*a Franz-Ullrich Hueber, su cuñado*]: mira, Franz, tienes que ocupar el Ministerio de Justicia y, según los deseos del Führer, también ocuparás por ahora el Ministerio de Asuntos Exteriores. Posteriormente alguien te reemplazará... El gabinete tiene que estar formado para las siete y media, en caso contrario todo será en vano; en caso contrario las cosas tomarán su propio curso y se tomarán decisiones muy diferentes... Y hay un factor muy importante que me olvidé de mencionar antes: los rojos, a los que se les dio armas ayer, tienen que ser desarmados de la forma más rápida y más expeditiva; es algo que hay que hacer.

A las 5.26 PM.

SEYSS-INQUART: el presidente Federal ha aceptado la dimisión [de Schuschnigg], pero su punto de vista es que nadie sino el canciller será considerado culpable de Berchtesgaden y sus consecuencias, y por tanto le gustaría confiar la cancillería a un hombre como Ender.

GOERING: Sí... un momento, vamos a ver. Esto cambiará toda la situación, el presidente Federal o algún otro tiene que ser informado de que esto es completamente distinto a lo que se nos dijo. Dombrovski dijo que se le había dado la cancillería a usted a petición suya... que el partido había sido restaurado, que las SA y las SS ya habían asumido labores policiales y todo lo demás. SEYSS-INQUART: No, eso no es así. Le sugerí al presidente Federal que me entregara la cancillería; normalmente hacen falta de tres a cuatro horas...

GOERING: ¡Eso es inaceptable! ¡De ningún modo! El asunto está ya en marcha; por tanto, por favor, el presidente federal debe ser informado inmediatamente de que debe entregarle los poderes del canciller federal y aceptar el gabinete como fue acordado.

La conversación se vio interrumpida por la llegada de un mensaje que decía que el presidente federal sólo respondería a acciones diplomáticas del Reich y se había negado a ver a los tres nacionalsocialistas encargados de presionarle para que aceptara las exigencias que le hacía Goering.

GOERING: Páseme con Seyss. [A Seyss-Inquart] Ahora, recuerde lo siguiente.

Irá inmediatamente con el general Muff y le dirá al presidente federal que si las condiciones que ya conoce no son aceptadas inmediatamente las tropas que ya están emplazadas en la frontera o avanzando hacia ella entrarán esta noche a lo largo de todo el borde nacional y Austria dejará de existir... Por favor, infórmeme inmediatamente de la posición de Miklas. Dígale que ya no hay tiempo para juegucitos; sólo que, como resultado del informe falso que recibimos antes, las acciones han sido retrasadas, pero que la situación actual es que esta noche empezará la invasión de Austria desde todos los puntos de la frontera. La invasión será detenida y las tropas mantenidas en la frontera sólo si se nos informa a las siete y media de que Miklas le ha entregado la cancillería federal... Entonces haga un llamamiento a todos los nacionalsocialistas del país. Deberán tomar las calles. Así que recuerde, debe darnos un informe a las siete y media... si Miklas no ha podido entenderlo en cuatro horas, ahora haremos que lo entienda en cuatro minutos.

SEYSS-INQUART: Muy bien.

A las 6.35 PM:

GOERING: ¿Qué es lo que dice?

KEPPLER: Bueno, no acepta.

GOERING: Bueno, entonces Seyss-Inquart tiene que destituirlo. Vuelva a subir y dígale a las claras que Seyss convocará a los guardias nacionalsocialistas y que en cinco minutos las tropas comenzarán a avanzar a mi orden.

La conexión telefónica se interrumpió; durante el intervalo Keppler volvió a ver al presidente. Cuando la línea fue restaurada, Seyss-Inquart habló con Goering para informarle de la oposición.

GOERING: Bueno, ¿cómo estamos?

SEYSS-INQUART: Por favor, mariscal de campo, sí.

GOERING: ¿Qué está pasando?

SEYSS-INQUART: Sí, eh, el presidente federal no cede en su posición original...

GOERING: ¿Pero cree posible que tome una decisión en los próximos minutos?

SEYSS-INQUART: Bueno, la conversación no puede durar más de cinco o diez minutos. En mi opinión no puede llevar más tiempo.

GOERING: Escuche. Entonces esperaré unos minutos más... entonces me informará mediante llamada de alta prioridad a la cancillería del Reich, como de costumbre. Pero tendrá que hacerse rápidamente... Si no se puede hacer, entonces usted tendrá que tomar el poder.

SEYSS-INQUART: ¿Y si amenaza?

GOERING: Sí.

SEYSS-INQUART: Bueno, ya veo, entonces estaremos preparados.

GOERING: Llámeme con la máxima prioridad.

A las 8.03 PM:

SEYSS-INQUART: El doctor Schuschnigg dará por la radio la noticia de que el Reich ha presentado un ultimátum.

GOERING: Lo he oído.

SEYSS-INQUART: Y el gobierno ha renunciado... Están esperando a que entren las tropas.

GOERING: Bueno, ¿los nombró usted?

SEYSS-INQUART: No.

GOERING: ¿Los destituyó de sus cargos?

SEYSS-INQUART: No. Nadie fue destituido, pero el gobierno entero ha dimitido y está dejando que las cosas sigan su curso.

GOERING: ¿Y usted no recibió el nombramiento? ¿Lo rechazaron?

SEYSS-INQUART: Volvieron a rechazarlo. Prefieren correr el riesgo de la invasión y esperan que, si tiene lugar al final, el poder ejecutivo sea transferido a otras personas.

GOERING: Vale. Daré la orden de avance, y entonces usted se asegurará de hacerse con el poder. Notifique a los líderes... que cualquiera que ofrezca resistencia u organice resistencia será sometido inmediatamente a un consejo de guerra, al consejo de guerra de nuestras tropas invasoras. ¿Ha quedado claro?

SEYSS-INQUART: Sí.

GOERING: Incluyendo personalidades destacadas. No supondrá diferencia alguna.

SEYSS-INQUART: Sí, tendrán la orden de no ofrecer resistencia.

GOERING: Sí, eso no importa. El presidente federal no le concedió autorización, y puede considerar eso como resistencia.

SEYSS-INQUART: Sí.

GOERING: Bueno, pues ya *tiene* autorización oficial.

SEYSS-INQUART: Sí.

GOERING: Bueno, buena suerte. Heil Hitler.

El obstinado coraje del presidente Miklas, que se negaba con determinación a ceder ante ninguna presión exterior en relación a quién debería nombrar canciller, arruinó la jugada legal que Goering intentaba aplicar. Las calles se llenaron de manifestantes nazis clamando a gritos por la sangre de Schuschnigg, quien, al darse cuenta de que

no había nada más que pudiera hacer, dio en la radio una breve despedida al pueblo austríaco. «Hemos cedido ante la fuerza», dijo, «ya que no estamos preparados para derramar sangre ni siquiera en esta hora tan terrible... ¡Dios salve a Austria!». Abandonado por todos, el presidente Miklas continuó con su empecinada resistencia frente al desafío directo a su autoridad de Seyss-Inquart. No se daría por vencido formalmente hasta medianoche; entonces y solo entonces cedió y nombró canciller a Seyss-Inquart.

Tras el discurso radiofónico de Schuschnigg Goering regresó al teléfono.

GOERING [*al general Muff, agregado militar en la embajada*]: Dígale lo siguiente a Seyss-Inquart. Según lo entendemos, el gobierno ha renunciado, pero él sigue, así que debería continuar en su cargo y emprender las medidas necesarias en nombre del gobierno. La invasión ocurrirá ahora, y declararemos que todo aquel que oponga resistencia tendrá que enfrentarse a las consecuencias... Yo intentaré evitar el caos.

MUFF: Así lo hará Seyss. Ya está hablando en público.

GOERING: Sería mejor si Miklas dimite.

MUFF: Sí, pero no lo hará. Fue muy dramático. Hablé con él hace quince minutos. Afirmó que bajo ninguna circunstancia cedería ante la fuerza.

GOERING: Ah. Así que no cederá ante la fuerza... ¿Eso que significa? ¿Que quiere que simplemente lo echen a patadas?

MUFF: Sí. No quiere moverse.

GOERING: Bueno, ¡con catorce hijos no puedes moverte como te gustaría! Bueno, simplemente dígale a Seyss que tome el poder.

Apremiado por Goering, Seyss-Inquart también pronunció una alocución radiofónica a las 8 P. M. pidiendo al pueblo que permaneciera tranquilo y que no se resistiera a las tropas alemanas.

A las 8.48 el teléfono volvía a estar ocupado.

KEPPLER: El gobierno ha ordenado al ejército no oponer resistencia.

GOERING: Me importa un carajo.

KEPPLER: ¿Puedo preguntarle si alguna personalidad destacada de Berlín quiere añadir algunas palabras para el pueblo austríaco?

GOERING: Bueno, todavía no lo sé. Escuche, lo principal es que Seyss asuma todos los poderes del gobierno, que mantenga la ocupación de las emisoras de radio...

KEPPLER: Bueno, ahora somos nosotros los que representamos al gobierno.

GOERING: Sí, así es, ahora son el gobierno. Escuche cuidadosamente. Seyss-Inquart debe enviarnos el siguiente telegrama. Escríbalo. «El gobierno

provisional austríaco, que tras la destitución de Schuschnigg considera que su tarea es establecer la paz y el orden en Austria, envía al gobierno alemán una petición urgente de apoyo en esta tarea y para ayudarle a evitar el derramamiento de sangre. Por esta razón pide al gobierno alemán que envíe tropas alemanas lo antes posible».

KEPPLER: Bueno, las SS y las SA marchan por las calles, pero todo está tranquilo.

GOERING: ... Seyss-Inquart tiene que tomar el poder... y nombrar a unas cuantas personas, las personas que le recomendamos. Ahora debería formar un gobierno provisional. Lo que tenga que decir el presidente federal carece de la más mínima importancia... Entonces nuestras tropas cruzarán la frontera hoy mismo.

KEPPLER: Sí.

GOERING: Y deberá enviar el telegrama tan pronto como pueda... Bueno, ni siquiera tiene que enviar el telegrama, todo lo que tiene que hacer es decir «¡De acuerdo!».

KEPPLER: Sí.

GOERING: Llámeme a mi residencia o a la del Führer. Bueno, buena suerte. ¡Heil Hitler!

Goering se reclinó en su sillón. El asunto quedaba zanjado. No le importaban nada las dudas de sus agentes en Viena. Tras la dimisión de Miklas a medianoche, Seyss-Inquart, Keppler y Muff intentaron impedir la entrada de las tropas alemanas en Austria que se había ordenado para el amanecer, pero telefonearon a Berlín en vano. Hitler estaba decidido a una acción directa frente a la oposición del presidente, y se sintió aliviado y animado cuando, a las 10:30 de esa noche, el príncipe Philipp, su agente en Roma, telefoneó al fin con un mensaje de Mussolini. «Le envía saludos... Austria le es irrelevante». El alivio de Hitler tomó posesión de sus labios. «Por favor, dígame a Mussolini que jamás olvidaré esto... ¡Nunca, nunca, nunca, no importa lo que ocurra...! Tan pronto como el asunto austriaco esté cerrado estaré dispuesto a darle mi apoyo contra viento y marea... ¡contra cualquier cosa! Se lo agradezco desde lo más profundo de mi corazón. Jamás lo olvidaré...». No podía evitar repetir una y otra vez palabras de gratitud. En cuanto a Francia e Inglaterra, Hitler supuso que no harían nada, y estaba en lo cierto. El gobierno de Su Majestad había declinado ofrecer consejo alguno a Schuschnigg cuando éste acudió a ellos por telegrama el 11 de marzo; simplemente se le dijo que Inglaterra «era incapaz de garantizar protección». Ribbentrop estaba de vuelta en Londres haciendo visitas de despedida antes de asumir sus deberes como ministro de Exteriores de Hitler; de hecho estaba almorzando en Downing Street con Chamberlain y Halifax cuando llegaron las noticias oficiales del ultimátum alemán a Austria. Winston Churchill, que estaba

presente en este almuerzo, describe el embarazo de Chamberlain al recibir las noticias y sus intentos por librarse de Ribbentrop y su esposa, que se demoraban en marcharse sin duda para impedir que Chamberlain emprendiera acciones rápidamente.

Una hora después de terminar su campaña de conquista telefónica, Goering actuaba en otro papel administrando sedantes a los inquietos vecinos de Alemania. Fue directamente de una consulta con Hitler a un *ballet* en la *Haus der Flieger*, [Casa de los Pilotos] del que era el anfitrión. Henderson estaba allí, junto con más de un millar de invitados, incluyendo a muchos pertenecientes al cuerpo diplomático, todos los cuales estaban tan ansiosos como los propios alemanes por saber qué estaba ocurriendo en Austria; todo lo que sabían era lo que habían entrevisto en los discursos radiofónicos de Schuschnigg y Seyss-Inquart. La curiosidad de todos los presentes aumentó de nivel cuando Ivone Kirkpatrick llegó repentinamente y exigió una consulta urgente con su embajador; todo lo que había traído consigo era el borrador de una nota formal de protesta que el gobierno británico ordenó al embajador que enviara al ministro de Exteriores alemán. Henderson aprobó el borrador y Kirkpatrick, sintiéndose, en sus propias palabras, como Cenicienta en el baile de Goering, se escabulló para transmitir el mensaje mientras un millar de pares de ojos lo seguía en su salida, intentando colegir por su expresión qué tipo de intervención planeaba Inglaterra.

Goering llegó tarde de su reunión con Hitler, pero antes de unirse a sus invitados habló en privado con el Dr. Vojtech Mastny, el ministro checo en Berlín, que asistía al baile, y que estaba desesperado por obtener algún tipo de garantías. Goering respondió con calidez al verlo y le dijo lo mucho que se alegraba de encontrarlo allí «porque quería darme su palabra de honor de que no había ninguna razón para que Checoslovaquia se sintiera amenazada... Alemania no tenía intenciones hostiles de ningún tipo contra ella, sino que, por el contrario, deseaba continuar avanzando hacia un acercamiento de ambas naciones». La entrada de tropas alemanas en Austria era simplemente «un asunto de familia». Sin embargo, Goering añadió que había oído rumores de una movilización checa. Mastny salió apresuradamente a su legación para comprobarlo.

Goering se reunió entonces con el resto de los presentes, estrechando las manos de unos pocos de sus principales invitados, incluyendo a Henderson, que intentó que su saludo pareciera especialmente gélido. Goering se mostró nervioso y abatido ante el distante saludo de su amigo inglés. Pronto todos los asistentes fueron invitados a tomar asiento y contemplar la actuación del *Ballet* de la Ópera Estatal; las circunstancias no podían ser menos apropiadas para la música y el baile. Goering le escribió apresuradamente una nota a Henderson: «Nada más acabe la música me gustaría hablar contigo y *te lo explicaré todo*». Las últimas palabras estaban subrayadas cinco veces. En cuanto terminó el *ballet*, Goering se retiró con Henderson a una habitación privada. Henderson afirma que argumentó firmemente en defensa de Schuschnigg y los antinazis austríacos, instando a que fueran tratados con

moderación. En privado, sin embargo, Henderson creía que Schuschnigg se había comportado estúpidamente y que la unión de Alemania y Austria era inevitable. Cuando regresó a la embajada en medio de la noche para informar de su conversación con Goering, incluyó una frase afirmando que había admitido «con reticencias» que «el Dr. Schuschnigg había actuado con necia precipitación». Halifax le reprendió por hacer ese comentario a Goering, y al mes siguiente volvió a recibir una advertencia de que tuviera cuidado con lo que decía en privado y de forma no oficial sobre el siguiente punto en la agenda de Hitler, la cuestión de los Sudetes.

Mientras tanto, Mastny había regresado a la Haus der Flieger para decirle a Goering que no se había ordenado ninguna movilización. Goering repitió entonces a Mastny sus promesas en nombre de Hitler, y se tomó la molestia de telefonarle al día siguiente para recordarle lo que le había dicho y hacer que Mastny confirmara oficialmente que los checos no se estaban movilizand. Al día siguiente, el 13 de marzo, Henderson obtuvo el permiso de Goering para que Chamberlain hiciera referencia en la Cámara de los Comunes a las garantías que había dado a Mastny; ese mismo día Henderson confirmó por escrito que había informado al gobierno británico de las garantías dadas por Goering la noche del 11 de marzo de que las tropas alemanas se retirarían de Austria tan pronto como la situación se estabilizara y que tendrían lugar elecciones libres «sin ninguna intimidación en absoluto». Sin embargo, en una nota al representante alemán en Hungría escrita el 12 de marzo, Ribbentrop se mostró más precavido y especificó que las garantías de Goering se referían exclusivamente a las «medidas *ad hoc* relacionadas con acciones en Austria^[90]».

Las celebraciones nazis en Austria seguían la estela de los tanques que cruzaron la frontera al amanecer del 12 de marzo. Neurath, actuando como ministro de Exteriores en funciones mientras Ribbentrop se preparaba para salir de Londres, envió una seca respuesta a la nota de protesta inglesa; se trataba de un asunto que concernía únicamente a Alemania, y las tropas alemanas entraban en Austria en respuesta a un telegrama urgente del nuevo gobierno austríaco. Por la tarde, Hitler siguió a sus tropas a Austria e hizo una entrada triunfal en Linz, donde había ido a la escuela; fue recibido por Himmler y Seyss-Inquart. Hitler, abrumado por los vítores de las multitudes, exigió que se redactara inmediatamente una ley para que el *Anschluss* fuera total; Austria se convertiría en una provincia del Reich con el Führer como su presidente. El nuevo gobierno austríaco promulgó esa ley, que se publicó el domingo 13 de marzo con la firma de Seyss-Inquart; Goering estaría entre los firmantes por Alemania. Habría un «plebiscito libre y secreto» sobre la reunión con Alemania que se celebraría el 10 de abril bajo el auspicio de Hitler y no de Schuschnigg.

Esa noche, desde Carinhall, Goering hizo otra de sus exultantes llamadas telefónicas, esta vez a Ribbentrop en Londres^[91]. La conversación casi unidireccional duraría cuarenta minutos.

GOERING: Hay una alegría desbordante en Austria. Se puede oír en la radio.

RIBBENTROP: Sí, es fantástico, ¿no?

GOERING: Sí, la ocupación de Renania queda completamente eclipsada comparada con esto. El Führer estaba profundamente conmovido cuando habló conmigo anoche... Bueno, esa historia de que dimos un ultimátum son sólo habladurías. Desde el principio los ministros nacionalsocialistas y los representantes del pueblo fueron los que presentaron el ultimátum. Los ministros nos pidieron apoyo, para no verse derrotados de nuevo y sometidos al terror y la guerra civil... Hay que recordar que Schuschnigg pronunció sus discursos diciendo que el Frente Patriótico lucharía hasta el último hombre. No podíamos saber que capitularían así, y por tanto Seyss-Inquart, que ya había asumido el gobierno, nos pidió que interviniéramos inmediatamente... Esos son los hechos reales como demuestran los documentos... Lo que sucedió a continuación fue interesante, el completo entusiasmo por el nacionalsocialismo, que nos sorprendió incluso a nosotros...

RIBBENTROP: Así que parece que Austria está de nuestro lado.

GOERING: Bueno, déjeme que le diga una cosa, si hubiera elecciones mañana... Ya le he dicho a Seyss-Inquart que debería invitar a representantes de las potencias democráticas; se convencerían de que se trata de unas elecciones realizadas democráticamente... y tendríamos el noventa por ciento de los votos a nuestro favor. ¡Desde luego! Se debería invitar a personas responsables de Inglaterra y Francia a que vinieran a observar lo que ocurre realmente. Aquí se ha llevado a cabo el mayor truco de la historia.

RIBBENTROP: Creo que esa convicción también arraigará aquí.

GOERING: Hay algo que quiero decir: Si alguien afirma que sometimos al pueblo austriaco y les arrebatamos su independencia, entonces se debe admitir que al menos en una pequeña parte se hizo bajo la presión, no por nuestra parte, sino de un gobierno debilitado. El pueblo austriaco acaba de ser liberado... También quiero señalar que ayer... se decían cosas de lo más grave, guerra, etcétera; eso me hacía reír, porque dónde se podría encontrar un estadista tan carente de escrúpulos que enviara otra vez a millones a la muerte sólo porque dos naciones germánicas hermanas...

RIBBENTROP: Sí, es absolutamente ridículo; por aquí se han dado cuenta de eso. Creo que por aquí saben bien lo que está ocurriendo.

GOERING: Ribbentrop, quiero llamar la atención sobre un hecho en particular. ¿Qué Estado en todo el mundo resultará perjudicado por nuestra unión? ¿Le hemos quitado algo a otra nación? Sólo pueden tener un único interés, crear sentimientos hostiles hacia Alemania... Además, quiero señalar que el representante checoslovaco vino a verme y explicó que el rumor de que Checoslovaquia se había movilizado carecía de fundamento y que le bastaba

con mi palabra de que no haríamos lo más mínimo contra Checoslovaquia... Entonces le dije: se supone que las tropas alemanas permanecerán alejadas entre quince y veinte kilómetros de la frontera en su avance por Austria; y al norte del Danubio en todo el sector sólo avanzará un batallón parcial, simplemente para que las aldeas de allí puedan participar de la alegría y el regocijo... Dígale lo siguiente a Halifax y Chamberlain: no es correcto que Alemania haya dado un ultimátum. Es una mentira de Schuschnigg... Quiero dejar claro que Seyss-Inquart nos pidió expresamente por teléfono y telegrama que enviáramos tropas...

RIBBENTROP: Dígame, Goering, ¿cómo está la situación en Viena? ¿Ya está todo decidido?

GOERING: Sí. Ayer hice aterrizar cientos de aeroplanos con unas cuantas compañías para asegurar los campos de aviación, y fueron recibidos con alegría. Las tropas austríacas no se retiraron sino... que confraternizaron inmediatamente con las alemanas allí donde estuvieran emplazadas.

RIBBENTROP: Eso era de esperar.

GOERING: ...Todo está saliendo como debería. No amenazamos de ninguna forma a la República Checoslovaca, pero ahora tiene la oportunidad de llegar a un acuerdo amistoso y razonable con nosotros... a condición de que Francia sea sensata... Naturalmente, si Francia organiza ahora una gran movilización cerca de la frontera, entonces no sería nada divertido.

RIBBENTROP: Creo que Francia se portará bien.

GOERING: Tenemos la conciencia tranquila, y ése es un factor decisivo. Tenemos la conciencia tranquila ante la historia...

RIBBENTROP: Tuve una larga e intensa conversación con Halifax, y le comenté cuál era nuestro concepto básico, y también sobre el entendimiento germano-británico...

GOERING: Eso es lo que quería decir. Usted mismo sabe, Ribbentrop, que siempre he estado a favor del entendimiento entre Alemania e Inglaterra. Cualquiera que reconozca que ambas son dos naciones libres y orgullosas lo estaría. Después de todo, también representamos a dos naciones hermanas.

RIBBENTROP: Hay algo que puedo decirle, Goering. El otro día hablé con Chamberlain... y tuve una muy buena impresión de él... No quiero hablar de ello por teléfono, pero tengo la impresión de que Chamberlain también se toma muy en serio lo del entendimiento... También le dije a Halifax... que sinceramente queríamos llegar a un entendimiento, y contestó que su única preocupación era la República Checoslovaca.

GOERING: No, no, de eso ni hablar.

RIBBENTROP: Le dije que no estábamos interesados y que no tenemos intención de hacer nada allí... me llevé la mejor impresión de Halifax así

como de Chamberlain. Creía que habría dificultades con la opinión pública porque aquí parece como si se hubiera usado la fuerza. Tengo la sensación de que el inglés normal, el hombre de la calle, dirá «¿Por qué debe molestarse Inglaterra por Austria?».

GOERING: Debo decir que Mussolini se comportó maravillosamente.

RIBBENTROP: Muy bien, de verdad. ¡Siempre creímos que sería así!

GOERING: ¡Maravilloso!

A eso siguió una conversación informal en la que Goering describió como Schuschnigg solía amañar las votaciones, contando todas las papeletas inválidas como afirmativas; Goering hizo entonces una imitación de un ciudadano llamado *Herr Meier* que iba de cabina en cabina votando sí en todas. Entonces pasaron a hablar de las elecciones que se avecinaban en Austria, y cómo pretendía Alemania aliviar la situación económica de ese país.

GOERING: Deje que le diga lo siguiente, confidencialmente. El Führer, que normalmente se controla mucho, ha puesto demasiado de su corazón en este asunto, ya que concierne a su país de nacimiento. Creo que si recibe alguna amenaza sobre la cuestión austríaca jamás cederá y, tengo que dejarlo claro, tampoco las dos naciones. La respuesta sería fanática, tanto en Alemania como en Austria.

RIBBENTROP: Eso está claro.

GOERING: Sin duda. Quienquiera que nos amenace ahora, atacaría a dos pueblos, y ambos se opondrían fanáticamente... El tiempo es maravilloso por aquí. Cielos azules. Estoy sentado en mi terraza cubierto de mantas, al aire libre, tomando café. Dentro de un rato tendré que conducir, tengo que dar un discurso, los pájaros trinan y en la radio oigo el entusiasmo que hay allá, que debe ser maravilloso.

Goering terminó alabando un artículo escrito por Ward Price desde Linz, ¡en el que citaba a Hitler retándole a que dijera que ese recibimiento parecía el resultado del uso de la fuerza!

Ahora Goering tenía un nuevo territorio que incluir en su plan económico para Alemania. Hacia finales de marzo él también fue a Linz como parte de una visita triunfal que seguía el modelo de la de Hitler. Allí habló de los «grandes planes» que tenía para Austria. «Habrà centrales eléctricas, una nueva autopista, fábricas de armamento, nuevas industrias, medidas sociales. El desempleo desaparecerá por completo... ¡Ahora hay que trabajar duro!». El 26 de marzo, en Viena, dijo «La ciudad de Viena ya no se puede llamar apropiadamente una ciudad alemana... Donde hay trescientos mil judíos no se puede hablar de una ciudad alemana, Viena debe

volver a ser una ciudad alemana porque debe cumplir con una importante tarea para Alemania en la *Ostmark*^[*] de Alemania...». Luego aseveró que el comercio judío debía pasar a manos arias, «sistemática y cuidadosamente... legal pero inexorablemente».

Durante su gira por Austria, Goering no dejó de hacer un alto en Mauterndorf y hacer una entrada triunfal en el pueblo donde tantas veces estuviera de niño en casa de su protector Epenstein, y donde Marianne, su antigua prometida, seguía viviendo. Como Hitler en Linz y Goebbels en Rheydt, Goering disfrutaba recibiendo admiración y aplauso en los lugares donde una vez la gente no lo tuvo en consideración y, para asegurarse que el pueblo estuviera lleno de gente y le daba una gran bienvenida, se trajo consigo a un gran número de soldados.

A esas alturas ya había comenzado el reinado de terror detrás de los muros de gente que vitoreaba. Las medidas de seguridad de Himmler para la entrada de Hitler en Viena (que se retrasó hasta el lunes 14 de marzo debido a las numerosas averías que los tanques y las unidades motorizadas sufrieron en el camino) condujeron a la primera oleada de arrestos, que en Viena pronto ascenderían a 76 000 personas. Hubo muchos suicidios y comenzó un gran éxodo de judíos. Supuestamente Goering llegó a decir en la radio que «No puedo evitar que los judíos se maten. ¡No puedo poner a un policía detrás de cada judío para evitar que se suiciden!». Henderson afirma que Goering hizo lo que estaba a su alcance para imponer moderación en Austria, y que de hecho ordenó la liberación de miles de personas, pero que los nazis austríacos y Himmler no se veían afectados por ese tipo de escrúpulos y volvieron a arrestar a los que Goering había liberado.

El 26 de abril, Henderson se reunió con Goering en Carinhall en un intento por obtener la liberación de Schuschnigg y otros dirigentes austríacos detenidos por los nazis. Goering habló con gran resentimiento y dijo que los ingleses lo «volvían loco de rabia»; siempre parecía que intentaran interponerse en el camino de Alemania. Henderson replicó que la opinión pública estaba agitada por Austria. Goering dijo que odiaba la idea de dos pueblos germánicos luchando entre sí; Alemania, en cualquier caso quedaría completamente satisfecha con una solución a la cuestión de los Sudetes. Entonces habló «desquiciadamente», según dice Henderson en su informe a Halifax, sobre dividir el «apéndice» de Checoslovaquia entre Polonia, Hungría y Alemania. En mayo, Goering pronosticó que el asunto checo quedaría resuelto en verano, y el 22 de junio Henderson y Goering volvieron a reunirse en Carinhall. Henderson lo encontró obsesionado con el problema de Checoslovaquia y la necesidad de un acuerdo con Inglaterra; el embajador tuvo la sensación de que estaba «genuinamente ansioso» por lograr ese acuerdo. Coincidieron sobre el problema checo mientras recorrían los bosques en coche inspeccionándolos en busca de alces. «Por una vez», escribió Henderson, «el mariscal de campo se abstuvo de cualquier tipo de bravatas. De hecho, jamás lo había visto tan aparentemente deprimido, ansioso y menos seguro que entonces^[92]».

Durante los dieciocho meses finales antes de la invasión de Polonia y el estallido de la guerra, Goering estuvo incesantemente implicado en llevar a cabo la política exterior de Hitler. Pero a mitad del año hizo una pausa para exultar por otra forma de éxito: el nacimiento de su hija, Edda, el 2 de junio. Goering rebotó de alegría al convertirse en padre. Había esperado un hijo por razones dinásticas, pero desde el principio se consagró a su hija de corazón. Cuando Emmy se recuperó, la llevó a ella y al bebé a unas vacaciones junto al mar en la isla de Sylt. Durante el verano, Goering estuvo enfermo con problemas glandulares y de tensión alta, que se repetirían en febrero del año siguiente.

La relación de Goering con Hitler se vio complicada por la llegada de Ribbentrop a Berlín. Vano, ambicioso y astuto antes que inteligente, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores decidió que se convertiría en la estrella más brillante de Hitler. Sus éxitos en Inglaterra y Roma le habían ganado el favor del Führer y estaba decidido a ser el amo de su propio campo de relaciones con el extranjero, sometido sólo al propio Hitler. Ni él ni Goering habían olvidado el asunto de la desafortunada visita de este último a Londres. Goering, que por supuesto se consideraba el segundo hombre del Reich después de Hitler, tenía intención de aferrarse a la posición que había ganado como embajador itinerante de Hitler. Esa posición era anómala, como muchas otras cosas en la administración de la Alemania nazi. A Hitler le gustaban las situaciones en las que dos hombres competían por servirle, y le preocupaba poco que apareciera entre Goering y Ribbentrop una enconada rivalidad, o que tuvieran sesgos diferentes de la política exterior nazi en sus discusiones diplomáticas.

Los movimientos de Goering en 1938 demuestran que sus principales actividades estaban en la política exterior, aunque eso no significa que descuidara el aplicar algunas de sus energías a sus delegados y funcionarios relacionados con el Ministerio del Aire y con la organización económica de Alemania. Hay registros, por ejemplo, de un discurso que pronunció el 8 de julio ante una reunión de fabricantes de aviones a los que invitó a Carinhall a una conferencia. Allí les confió que la guerra con Checoslovaquia era inminente, que la Fuerza Aérea alemana era superior a la inglesa y que una Alemania victoriosa sería rica, con mercados que dominarían el mundo. «Para lograr este objetivo hay que correr riesgos». El rearme a gran escala fue el tema de una conferencia similar celebrada en Berlín el 14 de octubre, poco después del acuerdo de Múnich. Había que concentrarse en las armas ofensivas. Todo lo que se había pensado antes, dijo, ahora era «insignificante». Las exportaciones debían incrementarse, la fuerza aérea debía quintuplicarse, la Marina debía armarse y había que producir tanques y artillería «en grandes cantidades». Los métodos brutales eran necesarios; si la empresa privada no servía, haría «un uso bárbaro de su poder plenipotenciario otorgado por el Führer» y pasarían a una economía de Estado. Había que aumentar la jornada laboral, las mujeres debían entrar a trabajar en la industria, los trabajadores sediciosos serían enviados a campos de concentración. En una sesión del Consejo de Defensa del Reich celebrada el 18 de noviembre, habló durante tres

horas a una asamblea que incluía a los ministros del Reich y a los comandantes de las fuerzas armadas con sus jefes de Estado Mayor; aunque la economía ya estaba sometida a mucha tensión, la producción de armamento debía triplicarse. Ese mismo mes, incluso llegó a presionar al Ministerio de Asuntos Exteriores para reanudar las negociaciones comerciales con Rusia, donde podían obtenerse las materias primas que Alemania necesitaba tan desesperadamente; pero esas negociaciones se interrumpirían al año siguiente porque Alemania era incapaz de proporcionarle a Rusia algo a cambio^[93].

El principal discurso del año fue el que dio ante el Frente del Trabajo en el congreso del partido en Núremberg, donde defendió el uso de mano de obra forzosa y contrastó su éxito con las condiciones de desempleo y huelgas que desfiguraban a las democracias. Habló de la necesidad de asegurar el suministro de alimentos para Alemania; según dijo, ¡los austríacos tendrían pan blanco y los bávaros más cerveza! Entonces, una vez más, desafió a los checos, y se mofó de los problemas que los ingleses estaban teniendo en Palestina. «Son los Estados que representan el orden, Alemania e Italia, los que han traído la paz al mundo... pero si el odio acaba triunfando, estamos completa y valientemente decididos a obedecer la llamada de nuestro Führer sea cual sea la dirección a la que nos conduzca^[94]».

Fue en el campo económico donde Goering se sintió más capaz de dar su apoyo oficial a la persecución de los judíos. Su objetivo, como admitió en Núremberg, era expulsar a los judíos de las empresas y la economía alemanas, de la misma forma que ya habían sido expulsados de la vida política y cultural alemana mediante el *apartheid* racial de las Leyes de Núremberg que había anunciado en 1935 como presidente del Reichstag. El asunto llegó a su punto crítico tras el pogromo que Goebbels instigó la noche del 10 de noviembre, tras el asesinato de un funcionario de la embajada alemana en París a manos de un joven judío de diecisiete años. Goering se enfureció por el pogromo, no por el sufrimiento causado a los judíos, sino por los graves daños materiales a las propiedades que acarreó. Ese año se había exigido que todas las propiedades judías fueran registradas, siguiendo un decreto emitido por Goering en abril como parte de su Plan de Cuatro Años. Ahora, en una única oleada de violencia anárquica, parte de esas propiedades habían sido destruidas o robadas. Goering estaba viajando de Múnich a Berlín la noche del pogromo, y cuando supo lo que había sucedido se quejó inmediatamente a Goebbels y a Hitler. El resultado fue la famosa reunión en el Ministerio del Aire del 12 de noviembre, la cual presidió; entre los presentes se contaban Goebbels, Funk, el sucesor de Schacht en el ministerio de Economía, Heydrich y Schwerin von Krosigk, el ministro de Finanzas^[95].

Goering empezó con un largo discurso. La reunión, dijo, se había convocado por orden de Hitler para solucionar el problema judío de una u otra forma. El problema era principalmente de tipo económico, y esas manifestaciones descoordinadas, como llamó a los pogromos, ¡al final le perjudicaban a él y no a los judíos! «Porque es una locura saquear y quemar un almacén judío, ¡y que luego una aseguradora alemana

tenga que pagar las pérdidas! Los artículos que necesito desesperadamente, los fardos de ropas y todo lo demás, están siendo quemados; y los echo en falta en todas partes». Lo que hacía falta era eliminar a los judíos de la economía alemana y transferir sus propiedades al Estado. Los judíos serían compensados bajo la forma de intereses sobre el valor de lo confiscado según lo determinara un fideicomisario nombrado por el Estado. «Naturalmente, esa cantidad será lo más baja posible», añadió. Este proceso de confiscación sería denominado «arianización». Por otro lado, no toleraría que personas sin autorización se apropiaran de propiedades judías aduciendo que eran miembros del partido; solo se permitiría confiscar propiedades a los agentes autorizados del Estado. Entonces entró en detalles sobre el método de confiscación a adoptar, añadiendo para rematar que los judíos alemanes que hayan obtenido la nacionalidad en cualquier otro país no tendrían derecho a ninguna compensación. «Debemos intentar, primero mediante presiones suaves y luego cada vez más fuertes y maniobras inteligentes, persuadirles para que se dejen expulsar voluntariamente».

Entonces, el debate pasó a discutir libremente los métodos para segregar a los judíos. Heydrich informó de 101 sinagogas destruidas por el fuego, 46 demolidas y 7500 comercios destrozados. Goebbels, de lejos el miembro más vengativo del grupo, quería que los judíos fueran sometidos a una exclusión completa en lo que se refería a la vida social alemana; Goering simplemente bromeó sobre ello. Cuando Goebbels propuso seriamente la idea de segregación en los trenes, Goering replicó: «Le daré a los judíos un vagón, un compartimento. Y si... el tren estuviera completamente ocupado, créame, no hará falta ninguna ley. ¡Echaremos a los judíos y tendrán que sentarse en los baños! ¡Que tengan sus propias playas para bañarse, sus parques para sentarse!». Goebbels no se dejó aplacar por las bromas de Goering. Para él se trataba de un asunto serio que requería acciones legales.

Goering presentó entonces en la reunión a un especialista en seguros llamado Hilgard. Cuando se rompían los escaparates de las tiendas, dijo Hilgard, había que importar cristales y pagarlos en moneda extranjera... por valor de tres millones de marcos. «¡Es para volverse loco!», gritó Goering. Muchos cristales rotos resultaron pertenecer a propiedades alquiladas por judíos a propietarios arios, que eran los que tenían las pólizas de seguros. Y luego estaba el caso de la joyería Markgraf, que había sido completamente saqueada; la reclamación al seguro tenía un valor de 1 700 000 marcos. Goering estaba enfurecido. «Daluege y Heydrich», gritó, «¡van a tener que traerme toda esa joyería mediante redadas a una escala descomunal!». Según Hilgard, los saqueos continuaban en marcha.

A eso siguió una discusión sobre cómo guardar las apariencias y el dinero al mismo tiempo.

HILGARD: ... Si nos negamos a cumplir con las obligaciones claramente definidas que nos imponen los contratos legales, sería una mancha negra

sobre el escudo del honor de las aseguradoras alemanas.

GOERING: No lo sería en cuanto emitiera un decreto, una ley respaldada por el Estado.

HILGARD: A eso iba.

HEYDRICH: Podemos garantizar el pago del seguro, pero confiscarlo en cuanto haya que pagarlo. Así guardamos las apariencias.

HILGARD: Me siento inclinado a estar de acuerdo con lo que acaba de decir el general Heydrich. Primero usamos el mecanismo de la compañía aseguradora para comprobar el daño, para regularlo e incluso pagar...

GOERING: ¡Un momento! Tendrán que pagar en cualquier caso, porque son alemanes quienes han sufrido los daños. Pero habrá una orden legal que prohíba cualquier pago directo a judíos... sino que deberá hacerse al ministro de Finanzas.

HILGARD: ¡Ajá!

GOERING: Lo que haga con el dinero es asunto suyo...

HEYDRICH: Siete mil quinientas tiendas en el Reich...

GOERING: Ojalá hubierais matado a doscientos judíos y no destruido tantas propiedades.

Entre otros asuntos que se debatieron estuvo el cierre de los negocios judíos en Austria. Goering supo entonces que el plan consistía en cerrar catorce mil de los diecisiete mil establecimientos propiedad de judíos para finales de año, y que el resto serían «arianizados».

GOERING: Debo decir que la propuesta es grandiosa. De esta forma, todo el asunto terminará en Viena, una de las capitales judías, por así decirlo, hacia Navidades o fin de año.

FUNK: Podemos hacer lo mismo aquí. He preparado una ley por la que, a partir del 1 de enero de 1939, los judíos tendrán prohibido llevar tiendas minoristas y establecimientos de ventas al por mayor...

GOERING: Creo que estamos de acuerdo en esa ley.

La reunión, que duraría casi cuatro horas, continuó con una discusión sobre los problemas de expropiar acciones y bonos en manos judías y los beneficios obtenidos de propiedades como edificios de pisos y préstamos. Entonces los ministros y sus colegas pasaron a la expulsión de los judíos del territorio alemán y austríaco. Las cifras que presentó Heydrich indicaban que hasta el momento cincuenta mil judíos habían salido de Austria, pero sólo diecinueve mil habían abandonado Alemania. Pero antes de la expulsión debía venir la segregación.

GOERING: Pero, mi querido Heydrich, no será capaz de evitar la creación de guetos a gran escala en todas las ciudades. Habrá que crearlos.

Los guetos y la segregación completa, en opinión de Heydrich, conducirían a la muerte lenta por hambre, enfermedad y crimen; ¿cómo organizar una comunidad dentro de una comunidad donde la minoría no puede tener negocios propios y la mayoría no está dispuesta a tener tratos con ella? Los ministros se enmarañaron más y más en sus diversas ideas para regulaciones. Decidieron que no podía hacerse por etapas. Entonces Goering tuvo la brillante idea de multar a los judíos con mil millones de marcos por el asesinato que habían cometido en París.

GOERING: Lo expresaré de esta manera: los judíos alemanes, como castigo por sus crímenes abominables etcétera, etcétera, tendrían que pagar una multa de mil millones. ¡Eso funcionará! Esos cerdos no cometerán otro asesinato... ¡no me gustaría ser judío en Alemania!

De haber conocido la posición de Goering en esta reunión, Hassell no habría escrito en su diario al mes siguiente que, tras condenar abiertamente el pogromo, Goering dijo en privado que sería la última vez que prestaba su nombre para un asunto desagradable. Hassell lamenta que Goering no aprovechara la oportunidad para unirse al general Von Brauchitsch y derrocar a Hitler; ¡era otro contemporizador, como Francia e Inglaterra! También creía que Goering tenía un gran miedo, no sólo de Hitler, sino también de Himmler y Heydrich, aunque les había dicho después del pogromo que quemaría su uniforme honorario de las SS. Emmy también se había mostrado abiertamente crítica. Johannes Popitz, el ministro de Finanzas de Prusia, le aseguró a Hassell que, cuando le dijo a Goering que los responsables serían castigados, Goering había respondido: «Querido Popitz, ¿quiere castigar al Führer?». Sin embargo, Popitz dijo que Goering estaba muy preocupado por el pogromo. El 24 del enero de 1939, Goering firmó una carta dirigida a Fritz como ministro de Interior informándole de la creación de una Oficina Central de Emigración para Judíos en su ministerio bajo el control de Heydrich, añadiendo que Heydrich tenía el poder para «resolver la cuestión judía mediante la emigración y la evacuación de la manera que fuera más favorable según las condiciones que se dieran en el momento». Al firmar esa carta, Goering presentó a Heydrich el problema de librar Europa de judíos, un asunto que pronto se resolvería mediante la «solución final» del genocidio^[96].

Los métodos de trabajo de Goering como Plenipotenciario del Plan de Cuatro Años revelan su naturaleza. Tenía una memoria excelente y era rápido en entender la esencia de cualquier situación que le presentaban sus asesores y expertos. Su interés siempre estaba en las directrices generales y rara vez en los detalles; tal y como lo expresó Kesselring, «Goering... podía ponerse a trabajar, y cuando era necesario trabajaba con una concentración y perseverancia notables». Le encantaba lanzar ideas

que hacían que todo el mundo corriera asustado. Unas pocas palabras precipitadas se convertían en dos días de trabajo para su personal. Garabateaba sus notas en un gran diario, usando un lápiz demasiado grande que, según Diels, «sostenía como una daga». Según aparecían cuestiones durante una conferencia, interrumpía la discusión para enviar telegramas a lo largo y ancho del país; esos telegramas a menudo eran ininteligibles hasta que eran comprobados con su despacho. Cuando Diels se quejó a él de los métodos arbitrarios que existían para llamar a las mujeres para incorporarse a trabajar en las fábricas de munición, Goering interrumpió lo que estaba haciendo para enviar un telegrama al Ministerio de Trabajo: «Sin diferencias de rango al llamar mujeres». Nunca preparaba borradores de sus decretos, eso se dejaba a sus expertos en diversos departamentos. Diels, como otros, se quejó amargamente de la incompetencia de Koerner, al que Goering había puesto a cargo del Plan de Cuatro Años. Afirma que le dijo a Goering en 1939 que Koerner haría que Alemania perdiera la guerra, y que los empresarios se negaban a consultar con él porque era incapaz de entender lo que le decían, a eso, Goering replicó: «Es mi amigo y no permitiré que nadie hable mal de él». Una de las grandes debilidades de Goering como administrador era que a veces concedía puestos de responsabilidad a viejos amigos antes que a hombres capacitados para el trabajo.

Uno de los observadores más sagaces entre los jerarcas nazis era Albert Speer, un joven y brillante arquitecto al que Hitler nombró repentinamente ministro de Armamento y Producción de Guerra en 1942. Cuando fue interrogado sobre Goering después de la guerra, Speer dijo: «Es inteligente, tiene un caudal de ideas sin esforzarse y una percepción considerable, pero carece de la firmeza necesaria para aplicarlas. Algunas de sus ideas son tan malas que contrarrestan su inteligencia. Intenta abarcar demasiado a la vez. Sus ideas eran al mismo tiempo su ruina porque no era lo suficientemente realista... Hasta 1939 estaba en buena forma mental y trabajaba en la gran obra del Plan de Cuatro Años contra los deseos de la industria. Hasta entonces mostraba una gran cantidad de energía junto a cualidades buenas y malas. Después de 1939, sus energías se disiparon bruscamente, y sólo quedaron las malas cualidades». Según Speer, el Plan de Cuatro Años fue el único esfuerzo digno de Goering antes de la guerra; Koerner, en opinión de Goering, así como en la de muchos otros, era totalmente incapaz de encargarse de sus grandes responsabilidades^[97].

En julio de 1938, Goering, sin que lo supiera Ribbentrop en Berlín, había tanteado confidencialmente a determinadas personas en Inglaterra para discutir si el gobierno apoyaría una visita oficial suya. Chamberlain recibió bien la idea, siempre que «la atmósfera fuera tan favorable como fuera posible», particularmente en relación con Checoslovaquia, y Dirksen, el embajador alemán en Londres, informó en agosto que era sabido que lord Halifax se mostraba muy entusiasta con la visita propuesta de Goering. Además, tuvieron lugar ciertas conversaciones informales entre *sir* Horace Wilson y Wohltat, un funcionario que actuaba en representación de

Goering, en las cuales Wilson sugirió que Inglaterra estaría dispuesta a firmar un tratado de no agresión con Alemania como consecuencia del cual Inglaterra podía olvidarse de sus obligaciones hacia Polonia. Cuando las conversaciones llegaron a oídos de Ribbentrop, se mostró muy resentido ante el intento de Goering de interferir en la política exterior.

Pese a todo, durante los nueve meses anteriores al acuerdo de Múnich, Goering consultaba constantemente con representantes de países extranjeros. En febrero fue a Varsovia para continuar con sus esfuerzos de tranquilizar a Polonia en un momento en que se incrementaba la crisis de las relaciones de Alemania con Checoslovaquia. Señalando un cuadro del rey polaco Juan III Sobieski acudiendo en auxilio de Viena en 1683, Beck, que ahora era el invitado de Goering, se rio y dijo «eso no volverá a ocurrir». Durante una de las discusiones de Goering con el embajador Lipski, su ayudante Bernd von Brauchitsch le oyó revelar lo que parecía información secreta sobre la Luftwaffe. Más tarde, cuando estuvieron solos, Brauchitsch le preguntó por qué había dado esa información. Goering simplemente se rio y dijo que los hechos que había revelado eran comprobables con un poco de investigación por parte de Lipski; cuando confirmara que eran ciertos, Lipski estaría mucho más dispuesto a creer cualquier otra cosa que Goering le contara en las siguientes reuniones, ya fuera verdad o mentira. «En eso consiste la política», dijo Goering^[98].

A partir de entonces, sin embargo, incrementaría gradualmente la dureza de sus referencias a Checoslovaquia. Las garantías dadas a Mastny el noviembre anterior fueron convenientemente olvidadas. En abril se refirió a Checoslovaquia como «el apéndice» al hablar con Henderson, que se percató de que ése era ahora el término favorito de Goering. El apéndice, decía, debía ser cortado y dividido entre Polonia, Hungría y Alemania. En otra ocasión declaró que «la incorporación de los Sudetes al Reich» sería «inevitable tarde o temprano». Una noche, tras cenar en la embajada francesa, Goering le preguntó abiertamente a François-Poncet qué haría Francia si Alemania extirpara el apéndice de Europa. El embajador respondió formalmente que Francia respetaría sus obligaciones y asistiría a los checos. A eso Goering compuso una expresión salvaje y gruñó «bueno, pues tanto peor». Con el rey de Suecia habló de expulsar a los checos de vuelta a Rusia, «que es donde pertenecen», y el embajador inglés en Praga dejó constancia en mayo de que «Goering últimamente no está haciendo ningún secreto de su intención de liquidar Checoslovaquia este verano».

La noche del 21 de mayo, mientras Henderson cenaba con amigos en Berlín, algún trabajo de demolición en los alrededores debió sonar como una bomba, y comentó de manera poco diplomática que parecía que había empezado la guerra. Goering se enteró de la anécdota y le contó a Henderson que él también se había sobresaltado por el ruido, pero que su reacción había sido: «¡Esos malditos checos la han empezado!». Esta historia no es tan trivial como suena, porque en los días anteriores el gobierno checo había emplazado hombres en los puestos de frontera y

movilizado a los reservistas porque, según declaró, Hitler estaba a punto de invadir. Nadie sabe qué subyacía tras esa demostración repentina. De hecho, no había habido ningún movimiento de tropas alemanas, por lo que Hitler tenía libertad para usar políticamente como quisiera el estado de tensión incrementada causada por las acciones de los checos.

El 28 de mayo, Goering, junto con Keitel, Brauchitsch, Raeder, Ribbentrop y otros, asistió a una conferencia convocada por Hitler, en la que el Führer expresó claramente su furia hacia Checoslovaquia y la simpatía que su situación despertaba, particularmente en Francia. Mientras aseguraba a los checos que no tenía intenciones agresivas contra ellos, dijo a sus ministros y jefes militares que «es mi inquebrantable voluntad que Checoslovaquia sea borrada del mapa». Ordenó que se hicieran los preparativos para una acción militar el 1 de octubre.

Durante el verano, tanto en junio como en julio, Goering mantuvo conversaciones con Sztójjy, el representante húngaro en Berlín, sobre la participación de Hungría en el ataque contra Checoslovaquia, que debería tener lugar, según sugirió, uno o dos días después de la invasión alemana, con el objetivo de anticiparse a los polacos (que también podían alegar razones de minorías polacas para intervenir). Según lo expresó Goering «[Hungría] no debería esperar que Alemania le sacara las castañas del fuego ella sola». El representante húngaro respondió orgullosamente que Hungría no quería «recibir nada como regalo». Era obvio, añadió Goering, que una invasión húngara debía ser precedida por la provocación necesaria. El 11 de agosto, Lipski informó de que durante una conversación informal el día anterior Goering le había dicho que Checoslovaquia pronto dejaría de existir y que «se daba cuenta de la necesidad de una frontera común polaco-húngara». Y añadió, según Lipski, que si había una guerra por los Sudetes, los italianos no estarían dispuestos a dejar que Francia atacara a Alemania^[99].

Durante el tenso verano de 1938, Hitler dominó a sus generales pese al movimiento liderado por el general Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor general del ejército, para oponerse a sus planes de una guerra para la que sus ejércitos no estaban preparados ni tenían la fuerza necesaria. Beck dimitió y se vio involucrado en una de las primeras grandes conspiraciones para quitar a Hitler del poder. La pregunta en la mente de todos, y en la de Hitler mientras pasaba el verano tronando contra todo en Berchtesgaden, era que cuál sería la reacción de Francia e Inglaterra cuando Alemania usara abiertamente la fuerza contra Checoslovaquia. Tanto el mariscal Balbo, el ministro del Aire de Italia, como el general Vuillemin, jefe de las Fuerzas Aéreas Francesas, visitaron Alemania y fueron invitados de Goering en Carinhall. Cuando Goering preguntó a Vuillemin qué haría Francia en caso de que estallara una guerra entre Alemania y Checoslovaquia, el general no dijo nada excepto que Francia mantendría su palabra. Pero en privado expresó al embajador alemán que la fuerza aérea francesa no resistiría quince días contra lo que había visto en Alemania. Al noviembre siguiente, Wolfram von Richthofen recomendaría que la Legión Cóndor

en España fuera triplicada para asegurar la victoria de Franco, una exigencia que justificaría alegando que sería bueno para el rearme alemán^[100].

Había muchos indicios de que Chamberlain quería resolver el asunto a expensas de los checos; había incluso señales de que Inglaterra se estaba enfadando con Checoslovaquia. «Ha llegado el momento de apretarle de verdad las tuercas a Praga», escribió Henderson a Halifax en julio. Chamberlain tenía la impresión de que Inglaterra debía mediar y zanjar el asunto de una vez por todas a través de medios diplomáticos. Mientras tanto, el movimiento anti-Hitler en Alemania intentaba convencer a los ingleses mediante su portavoz en Londres de que se opusieran a los planes de Hitler y de la existencia de una conspiración de generales en Alemania para derrocarlo si ordenaba un ataque contra Checoslovaquia. Pero los ingleses habían decidido presionar al presidente checo, Eduard Beneš, en vez de a Hitler, y Chamberlain dio instrucciones a Henderson para que hiciera saber a Hitler que estaba dispuesto a visitar Alemania y mediar entre él y Beneš.

La tensión bélica aumentó en Europa. Todo el mundo esperaba a que el huracán hombre de Berchtesgaden hablara en Núremberg, donde el partido celebraba su semana anual de discursos y celebraciones el 6 de septiembre. Las temidas palabras fueron dichas por primera vez por Goering el 10 de septiembre, cuando habló de los checos como «esa raza miserable de pigmeos» y de su país como «un insignificante segmento de Europa». Los checos, afirmó, «oprimían a un pueblo culto» y detrás de ellos estaba «Moscú y la eterna máscara del demonio judío». En Checoslovaquia se distribuyeron máscaras de gas y los judíos empezaron a salir del país apresuradamente. El 12 de septiembre Hitler rugió su odio contra su vecino, pero no dio ningún ultimátum. Una revuelta en el área de los Sudetes fue suprimida por la fuerza; los franceses, temiendo tener que cumplir con su obligación de ayudar a los checos, imploraron a Chamberlain que interviniera y, para asombro de Hitler, el 13 de septiembre le informaban de que el primer ministro inglés volaría (por primera vez en su vida) a Alemania para examinar con Hitler las «transcendentales propuestas alemanas... participar en su realización y... defenderlas en público».

Esa era la oportunidad del Führer. Todo el mundo en Alemania, excepto el propio Hitler, tenía dudas sobre el éxito que la guerra traería a Alemania; incluso Goering, según un parte de la embajada británica con fecha del 11 de septiembre, no veía «con excesivo optimismo las posibilidades de Alemania en una guerra general». El gesto de Chamberlain hacia Hitler reveló al mismo tiempo la mano oculta de Inglaterra. El alivio fue inmenso en todas partes menos en Praga, y su alivio no fue menor en Berchtesgaden: Hitler sonrió.

Goering estaba en Berchtesgaden cuando Hitler recibió a Chamberlain el 15 de septiembre, y no le importó cuando el deseo de Chamberlain de hablar a solas con Hitler (excepto por la presencia del intérprete Schmidt) condujo a la exclusión de Ribbentrop y de él mismo de la primera conferencia. La venganza de Ribbentrop consistió en negarle a Chamberlain una copia de las notas de Schmidt de la

conversación de tres horas. Chamberlain no consiguió nada de Hitler sino un breve periodo de espera mientras él regresaba a Londres para consultar con sus colegas sobre la propuesta de secesión de los Sudetes de Checoslovaquia basada en el derecho a la autodeterminación. «Tengo la impresión de que se trata de un hombre en el que se puede confiar si ha dado su palabra», dijo Chamberlain.

El 17 de septiembre Henderson fue a Carinhall y encontró a Goering «todavía indispuerto». Henderson rogó a Goering que interviniera con Hitler y le apartara del tipo de acción precipitada al que Ribbentrop sin duda le apremiaba. Goering habló de manera general sobre los efectos de cualquier acción «catastrófica»; pero estaba seguro de que Hitler se comportaría con moderación, aunque pensaba lo mismo sobre Ribbentrop. Goering «usaba las palabras de forma meditada y comedida», y posteriormente hablaría de Chamberlain «con mucha admiración y gran respeto».

Mientras tanto, Hitler continuaba con los preparativos para la guerra en el plazo de tres semanas y urgió sin rodeos a los polacos y a los húngaros a hacer reivindicaciones en nombre de sus minorías para asegurar el desmembramiento total de Checoslovaquia. Y eso hicieron el 21 y el 22 de septiembre. En los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania hay un memorándum sobre una conversación que tuvo lugar el 16 de septiembre entre Goering y el representante húngaro, Sztójy, en Carinhall. Goering insistía en que Hungría no estaba «haciendo lo suficiente en la crisis actual»; la minoría húngara en Checoslovaquia estaba demasiado callada, y el gobierno no exigía, como debería, la devolución de Hungría de zonas checas. También le aseguró al ministro que Yugoslavia no emprendería acciones si Hungría se unía a un conflicto contra Checoslovaquia en el tercer o cuarto día después de que Alemania iniciara una acción contra ese país^[101]. El 19 de septiembre lord Runciman presentó a Beneš las propuestas francesa y británica de que los Sudetes fueran entregados a Alemania sin siquiera celebrar un plebiscito, a cambio de lo cual Inglaterra y Francia garantizarían las nuevas fronteras checas contra cualquier agresión no provocada; se exigía respuesta a las propuestas para el 22 de septiembre, cuando Chamberlain tenía que entrevistarse con Hitler por segunda vez. Beneš se negó. Una vez más, se aplicaron presiones extremas; Inglaterra y Francia, según declararon sus gobiernos, retirarían toda ayuda si Beneš no aceptaba esas condiciones. El 21 de septiembre, Beneš capituló; dijo que había sido «vilmente traicionado».

Chamberlain volvió a Alemania y se reunió con Hitler en Godesberg el 22 de septiembre, en el hotel donde Hitler había planeado las etapas finales de su campaña contra Roehm. El primer ministro británico se horrorizó al descubrir que Hitler ya no estaba satisfecho con la capitulación checa; exigía la ocupación militar de los Sudetes por sus fuerzas. Hitler no quería una capitulación, quería la destrucción de Checoslovaquia. Una ocupación militar de los Sudetes humillaría a Beneš y demostraría su propia fuerza en Europa. Chamberlain, furioso, preocupado y desolado pero todavía dispuesto a actuar como mediador, se retiró a su hotel en la

orilla opuesta del Rin. Hubo un intercambio de notas entre los dos hoteles a través del río, mientras la prensa mundial se volvía cada vez más hambrienta por la falta de noticias. Finalmente Chamberlain y Hitler se reunieron junto con sus consejeros en mitad de la noche y repasaron el memorándum que Hitler había redactado en respuesta a la petición de Chamberlain, y que en opinión de este último era un ultimátum a Checoslovaquia. No, dijo Hitler, no era un ultimátum sino un memorándum y, como simulada concesión a Chamberlain, alteró la fecha de la ocupación del 26 de septiembre al 1 de octubre, la fecha que siempre había tenido en mente. Ribbentrop, pero no Goering, estuvo presente en esta reunión. Mientras Chamberlain volaba de vuelta a Londres, Henderson, profundamente deprimido, se arrodillaba en el vasto vacío de la catedral de Colonia y rezaba por la paz.

En el asunto de Checoslovaquia, Goering, junto con los generales que Hitler despreciaba, fue partidario de la moderación. Al tomar esa posición sacrificó hasta cierto punto la cordialidad de su relación con Hitler en beneficio de su rival, Ribbentrop, que aprovechó todo indicio por parte de Hitler para retener el favor de su amo. En aquella situación, todo era cuestión de quién podía mantener más tiempo su farol, y Hitler era el que más tenía que ganar faroleando y el temperamento apropiado para jugar a ese juego. Cuando supo que el ultimátum de Godesberg era rechazado no sólo por Praga sino también por los gabinetes de Francia e Inglaterra, Hitler pronunció un discurso desahogado, violento y desmedido contra Beneš en el Sportspalast el 26 de septiembre, donde afirmó que tendría los Sudetes a cualquier coste para el 1 de octubre. Llegó hasta el límite desafiando la falta de resolución de Inglaterra y Francia, pero, al hacerlo, atrajo las protestas de otros sectores, incluyendo los remotos y aislados Estados Unidos. Ahora Praga afirmaba que tenía un millón de hombres armados, y Francia se movilizaba. El pueblo alemán era completamente indiferente a la idea de una guerra noble. Hitler, según Schmidt, que tradujo una carta urgente dirigida a Chamberlain el 27 de septiembre, parecía cada vez menos dispuesto a dar el «paso extremo», pero Goering le había contado a Henderson ese día que, si el gobierno checo no aceptaba las condiciones del memorándum de Godesberg para las dos en punto del día siguiente, habría movilización y acciones en respuesta. No estaba «ni nervioso ni excitado, sino completamente seguro», escribió Henderson a Halifax. El 28 de septiembre, Hitler se mantuvo en contacto con Goering, los generales y Ribbentrop. Goering, según Jodl, decía; «Una gran guerra es algo casi inevitable ya. Puede que dure siete años, y la ganaremos nosotros». Incluso la flota inglesa se movilizó. Durante la mañana, los embajadores de Inglaterra, Francia e Italia intervinieron según las instrucciones recibidas; François-Poncet tuvo que solicitar ayuda a Henderson para lograr una entrevista con Hitler. Henderson telefoneó a Goering y le dijo que todo era cuestión de nuevas propuestas, y que el resultado sería guerra o paz. Goering no esperó a oír cuáles eran las propuestas. «No necesita decir una palabra más», le dijo a Henderson. «Voy a ver al Führer inmediatamente».

Goering vio a Hitler y le volvió a pedir que encontrara una solución pacífica mediante negociaciones. Schwerin von Krosigk y Neurath le apoyaron. Según Henderson, que en ese momento crítico veía a Goering como un amigo y aliado de los embajadores de Inglaterra y Francia, Goering acusó vehementemente a Ribbentrop de incitar a la guerra. Incluso se dijo que gritó que «él sí que sabía cómo era la guerra y que no quería volver a pasar por ello otra vez», aunque por supuesto, si el Führer lo ordenaba, «él mismo iría en el primer avión que despegara» y que «Ribbentrop estaría en el asiento de al lado». No se puede determinar cuánto de todo esto rugió Goering en presencia de Hitler y cuánto ante los hombres reunidos en las antecámaras de la cancillería, pero Henderson mantiene que Goering llamó a Ribbentrop «idiota criminal» en presencia de Hitler. Tampoco podemos saber cuánta influencia tuvo en realidad Goering a la hora de desviar a Hitler del camino de la guerra, porque fue en esa coyuntura cuando intervino Mussolini personalmente con un ruego para el aplazamiento de las hostilidades y se ofreció para mediar personalmente con los checos. Se acordó que Mussolini, Chamberlain, el primer ministro francés Daladier y Hitler se reunirían en Múnich al día siguiente. Cuando Chamberlain anunció esto en la Cámara de los Comunes el histérico estallido de alivio creó una escena desenfrenada y perturbadora. Jan Masaryk, el embajador checo en Inglaterra, estaba presente y se escandalizó ante esa demostración vergonzosa. Ningún representante de Checoslovaquia había sido invitado a Múnich. Simultáneamente, los generales alemanes cancelaron su conspiración para derrocar a Hitler y posteriormente usarían en todo momento el asentimiento de Chamberlain y Daladier a Múnich como excusa para justificar su inacción.

Goering usó la intervención de Mussolini para relegar a Ribbentrop y evitar que interviniera de forma decisiva a la hora de formular el acuerdo de Múnich. En Núremberg describió cómo Attolico, el embajador italiano en Alemania, le telefoneó a las órdenes de Mussolini antes de las siete de la mañana e insistió en verle a él personalmente y no a Ribbentrop. Goering afirmó que, acompañado de Attolico y Neurath (que todavía tenía influencia con Hitler y poseía el título artificial de presidente del Consejo Secreto de ministros, un cuerpo que no existía), acudió a ver a Hitler y le convenció de que aceptara la oferta de Mussolini. Cuando por la tarde Goering supo por François-Poncet que Daladier se uniría a la conferencia, exclamó «*¡Gott sei Dank! ¡Bravo!*». Goering, Neurath y el barón von Weizsaecker, secretario de estado del ministerio de Asuntos Exteriores, que estaba profundamente preocupado por lo que consideraba la irresponsabilidad de Ribbentrop, redactaron juntos un borrador de propuesta que al día siguiente presentarían como la solución personal de Mussolini al problema. Cuando también Hitler la hubo aprobado, Schmidt la tradujo al francés y la traducción fue entregada al embajador italiano para que Mussolini la presentara al día siguiente, cuando reapareció en italiano y fue debidamente retraducida al alemán por Schmidt. Las propuestas contenidas en este documento tantas veces traducido estaban diseñadas para evitar más problemas y la

autoridad de Mussolini era necesaria para detener un plan que Ribbentrop ansiaba proponer él mismo. Era, en palabras de Henderson, «una combinación de las propuestas de Hitler y las anglo-francesas», y Mussolini aceptó el subterfugio para allanar el camino a la paz y evitar lo que todos los presentes, excepto quizás Hitler y su sombra Ribbentrop, consideraban «una guerra inútil y sin sentido». Antes de que Goering saliera para Múnich, le había dicho a Bodenschatz que haría todo lo posible por evitar las hostilidades.

Hitler estuvo de mal humor durante las negociaciones. Cuando el protocolo finalmente estuvo listo para ser firmado a las dos de la madrugada, tanto Goering como Mussolini estaban «exultantes» y la atmósfera se relajó, aunque Hitler seguía nervioso y malhumorado; se quedó sentado poniendo mala cara y cruzando y descruzando las piernas. Cuando llegó el momento de firmar, se descubrió que no había tinta en el tintero.

Una vez que todo hubo terminado, Goering emergió de la sala de conferencias y exclamó a todo el mundo, «Hay paz». El 1 de octubre, las tropas alemanas cruzaron la frontera hacia el territorio de los Sudetes. Ese mismo día, Goering convocó a Mastny a su despacho y le dijo que Hitler no seguiría tolerando a Beneš como jefe del Estado checo. A menos que dimitiera, Alemania no tendría piedad. Beneš dimitió el 5 de octubre, salió de Praga al día siguiente y se quedó en su propiedad de Bohemia del Sur hasta que, el 22 de octubre, abandonó finalmente su país y se exilió en Inglaterra. Fue sucedido como presidente por el Dr. Emil Hácha, un juez anciano y frágil.

Checoslovaquia continuó existiendo durante unos cuantos meses más, aunque tanto Polonia como Hungría se apropiaron, usando la amenaza de la fuerza, de otros 21 000 kilómetros cuadrados en los que había minorías polacas y húngaras. El país quedó arruinado, tanto militar como económicamente.

Las pérdidas de Checoslovaquia eran las ganancias de Alemania; por ejemplo, Alemania se quedó con las fábricas Skoda. A los pocos días Hitler estaba planeando la «liquidación» del resto del país y tenía la vista puesta en la ocupación de Memel. En una conferencia de Estado Mayor que Goering celebró el 14 de octubre, habló sin rodeos sobre la futura explotación de los Sudetes y añadió que «Chequia y Eslovaquia deberían convertirse en territorios alemanes» y que había que «sacar todo lo posible». El 17 de octubre Ferdinand Durcansky, el líder eslovaco, y Franz Karmasin, líder de la minoría alemana en Eslovaquia, se reunieron con Goering en Berlín para debatir la institución de la independencia completa de Eslovaquia, a partir de la autonomía que esa región había obtenido después de Múnich. Querían, según dijeron, «vínculos muy próximos con Alemania, políticos, económicos y militares». Goering comentó después de la reunión que «un Estado checo sin Eslovaquia estará aun más a nuestra merced. Una base aérea en Eslovaquia es muy importante para nuestras operaciones contra el este». Cuando volvió a reunirse con Durcansky el 11 de noviembre, dijo que estaba a favor de la creación de un Estado independiente eslovaco y de una «Ucrania autónoma orientada hacia esta Eslovaquia

independiente^[102]».

Durante el mes de octubre, Hitler se esforzó por crear un cisma diplomático entre Francia e Inglaterra. Se llevó a François-Poncet al retiro de montaña conocido como el Nido del Águila y allí lo tentó expresando su amor por Francia y su odio por Inglaterra, a pesar del insignificante certificado de paz que había firmado a petición de Chamberlain para endulzar la vuelta del primer ministro a Inglaterra. Goering fue citado en la prensa diciendo: «Con un hombre como *monsieur* Daladier es posible hacer política». Se propuso un acuerdo franco-alemán.

Las notas que tomó Goering tras una conversación mantenida con Lipski el 21 de octubre han sobrevivido. «Mantener el contacto, evitar malentendidos» garabateó, y luego anotó la principal preocupación que expresó Lipski, relativa a la Cárpatos-Ucrania, un territorio de Eslovaquia donde Polonia temía que hubiera un levantamiento comunista. Lipski quería que esa área en particular fuera cedida a Hungría, pero no el conjunto de Eslovaquia, que limitaba con la frontera sur de Polonia. Polonia, para ese entonces, empezaba a actuar en el papel de una potencia europea, y durante un tiempo Alemania tuvo a bien halagarla; sin embargo, Ribbentrop empezó las negociaciones por Danzig, usando la Cárpatos-Ucrania como palanca. Un informe enviado a Halifax por el embajador inglés en Varsovia con fecha del 25 de octubre sugiere que esas no fueron las primeras conversaciones sobre ese asunto; el informe decía que Goering había negociado con Lipski en líneas similares antes de esa fecha.

El 2 de noviembre, Ciano se reunió con Goering en Viena. Goering llevaba, según describió Ciano, un llamativo traje gris y una corbata anticuada con pasador de rubíes, más rubíes en los anillos de los dedos y en el ojal lucía una gran águila nazi engastada en diamantes. Ciano pensó que parecía Al Capone. Goering intentó en vano interesar a Ciano en sus acusaciones contra los húngaros que, según afirmaba, estaban aliados con las democracias. Luego atacó al rey Boris de Bulgaria por planear una unión con Yugoslavia. Ciano siguió aburrido y Goering regresó a Berlín, donde estaba a punto de tener lugar el pogromo de noviembre, y dedicó su atención a los problemas económicos que planteaban los judíos.

Robert Coulondre, el nuevo embajador francés en Berlín, conoció a Goering hacia finales de noviembre y se sorprendió muchísimo cuando Goering sugirió deliberadamente que él podía rodear cualquier obstáculo que pudiera tener en su trato con Ribbentrop acudiendo directamente a él. Goering se llevó al embajador aparte y le advirtió de la gravedad de la huelga general que estaba prevista en Francia al día siguiente, obra, según le advirtió, de los comunistas.

Durante enero y febrero de 1939, la salud de Goering empezó a darle problemas otra vez e interfería cada vez más con su trabajo. Desde la actitud que mantuviera antes de la Conferencia de Múnich, había perdido el favor de Hitler, y la cantidad de obligaciones que había asumido empezaba a pasarle factura. Pasaba cada vez más tiempo en Rominten y Carinhall, y el campo de la política exterior quedó despejado

para Ribbentrop. El 18 de febrero, Ribbentrop informó a Halifax que Goering, al que había visto esa mañana, le había contado que estaba extremadamente cansado; «había perdido dieciocho kilos de peso y quería perder veinticinco». Así que se fue de vacaciones. «La gente puede cometer los errores que le dé la gana», le dijo a Henderson, «no me importa». Goering prosiguió diciendo lo mucho que temía al rearme británico si su comparativamente inestable gobierno caía y era reemplazado por uno con Churchill como primer ministro. Henderson intentó aplacar sus miedos y dijo que la amenaza radicaba más bien en el inexorable rearme alemán, «como si Múnich nunca hubiera tenido lugar». Goering aseguró entonces que Alemania no podía permitirse el coste de su rearme; tanto él como Hitler preferirían gastarse el dinero en edificios bonitos y mejorar las condiciones sociales. Henderson terminó convencido de la sinceridad de Goering. «Creo, de hecho, que en el fondo de su corazón querría volver al redil de la respetabilidad comparativa», escribió Henderson. «Como me dijo el mariscal de campo esta mañana, los tiranos que van en contra de la voluntad de su pueblo siempre acaban mal».

Goering necesitaba unas vacaciones de verdad. Sufría de una inflamación de la mandíbula que resultó en un flemón que tuvo que ser tratado durante tres semanas por uno de sus médicos, el profesor Von Eiken. Goering fue invitado por Balbo en 1939 a visitar Trípoli, y a finales de febrero, mientras seguía convaleciente, decidió aceptar la invitación y compaginarla con unas vacaciones en San Remo. Él y Emmy fueron a Trípoli desde Nápoles en el buque alemán *Monserate*. En el camino de regreso Goering quiso ir a España a entrevistarse con Franco, pero cuando el barco estuvo a vista del puerto de Valencia la visita fue anulada repentinamente, para enojo de Goering, y posteriormente el grupo desembarcó en Génova y luego viajó por tierra hasta San Remo. Ribbentrop había sabido de la proyectada visita y había maniobrado para conseguir su cancelación. El 12 de marzo, mientras todavía estaban en San Remo, Hitler ordenó repentinamente a Goering que regresara a Berlín de inmediato.

Durante el invierno, los checos habían sido sometidos a presiones despiadadas por parte de Hitler y Ribbentrop, quienes habían reducido su gobierno a un estado de vasallaje, y ni Francia ni Inglaterra habían ratificado la prometida garantía de sus fronteras. Sólo una vez se rebeló el gobierno checo contra las incesantes provocaciones. Ocurrió a principios de marzo, cuando Hácha disolvió los problemáticos gobiernos autónomos de Eslovaquia y Rutenia, arrestó a sus dirigentes y, el 10 de marzo, promulgó la ley marcial. Fue una decisión fatal: le dio a Hitler la excusa que necesitaba para usar la fuerza y al mismo tiempo proporcionaba a Chamberlain y Daladier una oportunidad para apartar la vista del país desmembrado cuyas fronteras supuestamente debían proteger. El 13 de marzo obligó a los líderes eslovacos a declarar su independencia y esa misma noche tuvo lugar la patética escena en Berlín en la que Hácha, viejo y humillado, con el rostro enrojecido por la agitación, suplicó por lo que quedaba de su país ante las miradas llenas de desprecio de Hitler y Ribbentrop.

Hitler era consciente instintivamente del valor del melodrama y de la efectividad de llevar a cabo negociaciones unilaterales a altas horas de la noche, cuando el mundo exterior está oscuro y vacío, y tanto la valentía como la capacidad de resistir están en su punto más bajo. Las luces del estudio de Hitler estaban atenuadas con pantallas. Hácha estaba solo en la cancillería exceptuando a su ministro de Asuntos Exteriores, Chvalkovsky, y llevaba esperando en la antesala desde la una en punto. Hitler escuchó la voz quebrada del presidente y luego le informó fríamente de que la invasión comenzaría a las seis en punto. Estaba en sus manos, le dijo Hitler, el que la entrada alemana fuera aceptada pacíficamente por los checos o convertirla en ocasión de presentar resistencia armada y sufrir una inmediata y sangrienta derrota.

Hácha permaneció inmóvil mientras Hitler hablaba; sólo sus ojos, según contaría Schmidt, demostraban que estaba vivo. Padecía de corazón débil. Impotente, le preguntó a Hitler qué podía hacer en el tiempo que le quedaba. Hitler le dijo que telefonara a Praga y que hiciera lo que pudiera; entonces Hitler dio por terminada la reunión y Goering y Ribbentrop se lo llevaron, insistiéndole para que tomara una decisión inmediata. Schmidt, mientras tanto, intentaba contactar con Praga por teléfono, sólo para descubrir que la línea estaba fuera de servicio. Mientras Ribbentrop gritaba a la central telefónica, Goering presionaba a Hácha. En Núremberg admitió haber amenazado con bombardear Praga para, según lo expresó, «acelerar todo el asunto^[103]». La línea telefónica con Praga fue restablecida, pero cuando Hácha empezó a hablar volvió a cortarse una vez más. Ribbentrop estaba fuera de sí de rabia, pero todo lo que pudo hacer fue amenazar con despedir al supervisor de teléfonos y al personal de la central. De repente se pudo oír a Goering llamando a gritos al doctor Morell, el médico de Hitler que se encontraba presente gracias a la previsión de alguien. «¡Hácha se ha desmayado!», gritó Goering, muy agitado. «Espero que no le pase nada. Ha sido un día muy agotador para un hombre tan viejo». Lo último que nadie deseaba era que Hácha se muriera en la cancillería de Hitler. Usando una aguja hipodérmica que le proporcionó Goering^[104], Morell revivió al presidente checo mediante inyecciones, y éste se recuperó lo suficiente para hablar con Praga cuando se improvisó apresuradamente una línea telefónica. Hacia las cuatro de la mañana del 15 de marzo se firmó el fin de la independencia de Checoslovaquia y por la tarde Hitler entraba triunfante en Praga. Al fin había superado las frustraciones de Múnich, pero al hacerlo finalmente destruyó la atmósfera de apaciguamiento tanto en Inglaterra como en Francia.

El 16 de marzo, mientras Hitler seguía fuera, Lipski llamó a Goering y se quejó de que hacía cinco días que intentaba ver en vano a Ribbentrop o a Weizsaecker. Protestó diciendo que tal tratamiento era intolerable en un momento en que Alemania emprendía acciones en Eslovaquia que afectaban de forma crítica a Polonia. Goering esquivó el asunto alegando lo más inocentemente que pudo que acabada de regresar de vacaciones en Italia. Polonia, de hecho, estaba alarmada ante esa súbita expansión de sus fronteras con Alemania, y se mostró más incómoda aún cuando, menos de una

semana después, el 22 de marzo, Lituania cedió Memel a Alemania. Sentaba un precedente demasiado probable para Danzig, ciudad por la cual había una creciente disputa entre Ribbentrop y Józef Beck. Hacia finales de mes, la brecha entre Polonia y Alemania por Danzig y el Pasillo era de dominio público, y el 30 de marzo Chamberlain abandonó su política de apaciguamiento para asegurarle a Beck el apoyo de Inglaterra y Francia en caso de cualquier amenaza a la independencia de Polonia. El 31 de marzo, Chamberlain repitió esas garantías ante la Cámara de los Comunes. El 3 de abril, Hitler, tras despotricar en público contra Inglaterra y Polonia, dio sus órdenes de alto secreto (el famoso Caso Blanco, *Fall Weiss*) requiriendo a las fuerzas alemanas que estuvieran listas para el 1 de septiembre de 1939, con el objetivo de llevar a cabo un ataque sorpresa contra Polonia. El 6 de abril, Inglaterra firmó un pacto de ayuda mutua con Polonia, a pesar de lo obsoleto del ejército y las fuerzas aéreas polacas y la temeridad de sus líderes militares. Mientras tanto, se canceló la visita a Alemania del presidente de la Junta de Comercio Británica [*British Board of Trade*], y Goering expresó, según Henderson, «¡la mayor de las indignaciones porque se cancelara por una tontería así!».

Goering reveló en Núremberg que «todo el asunto» de la ocupación de Checoslovaquia «fue llevado a cabo en su mayor parte pasando por encima de mi cabeza». Nunca visitó Praga, ni entonces ni en fecha posterior. Hitler, dijo, había rechazado el consejo que le había enviado en una carta desde San Remo para que adoptara una línea moderada con Checoslovaquia y consiguiera sus objetivos mediante penetración económica y no por la fuerza de las armas. Sin duda la penetración económica era la idea detrás del memorándum que Goering escribió el 18 de febrero al Ministerio de Asuntos Exteriores en el que urgía a que el Reichsbank adquiriera una gran parte de la reserva de oro del Banco Nacional Checoslovaco, ya que esta reserva «se necesitaba con urgencia para la ejecución de importantes órdenes del Führer». Cuando Goering, en respuesta a la convocatoria de Hitler, llegó a Berlín el 14 de marzo, el Führer afirmó que tenía pruebas de que había enviados rusos en determinados aeródromos checos en flagrante violación del acuerdo de Múnich. Cuando Hitler fue a Praga a examinar su conquista fue Ribbentrop quien le acompañó, y no Goering.

Sin embargo, a Ribbentrop le tocó su turno de sentirse mortificado cuando Goering visitó Roma al mes siguiente. El 7 de abril, Mussolini había enviado a su ejército a través del mar para conquistar Albania, lo que le daba al Eje un valioso punto de apoyo en el territorio fronterizo con Grecia y Yugoslavia. El 13 de abril Francia ofreció garantías a Grecia y Rumanía. Al día siguiente, Ciano recibía a Goering en Roma, anotando posteriormente en su diario la dureza de los términos en que Goering se refirió a Polonia. El 15 de abril, Goering se reunió con Mussolini; coincidieron, entre otras cosas, en que llegar a acuerdos económicos con Rusia era importante tanto para Alemania como para Italia, y que ambos países debían concentrarse en el rearme. Goering creía que la guerra era inevitable, pero esperaba

que pudieran posponerla hasta 1942, como muy pronto; para entonces, sus fuerzas combinadas serían tan poderosas que serían invencibles. Pese a ello, añadió, Italia y Alemania deberían permanecer en estado de movilización aunque no fuera aparente al exterior. Volvió a Berlín en tren el 17 de abril.

Goering se sintió profundamente ofendido cuando Ribbentrop, y no él, recibió del rey de Italia la codiciada condecoración del Collar de la Annunziata cuando el 22 de mayo se firmó la alianza militar entre Alemania e Italia, conocida como el Pacto de Acero. Dino Alfieri, que posteriormente sería embajador en Berlín, estuvo presente en el banquete de celebración del Pacto de Acero y vio como Goering, aprovechando un momento tranquilo, se escabullía al comedor e intercambiaba las tarjetas en la mesa que lo sentaban a él a la izquierda de Ciano y a Ribbentrop a la derecha. Sin embargo, cuando volvió a la recepción y vio a Ribbentrop recibir el collar, el resultado fue algo que Alfieri sólo pudo describir como «una tragedia en miniatura», y fue con grandes dificultades que se pudo convencer a Goering de que no abandonase inmediatamente la embajada^[105]. Goering creía, y de hecho sabía, que era él quien había puesto los cimientos de la alianza germano-italiana, y Ciano, observador perspicaz de las debilidades humanas, anotó en su diario las lágrimas de envidia que se acumulaban en los ojos de Goering mientras éste contemplaba el Collar de la Annunziata colgado al cuello de Ribbentrop. El embajador alemán informó a Ciano que Goering había «montado una escena» y Ciano prometió que intentaría conseguirle otro Collar a Goering. Resultaría ser un asunto de lo más complicado que se prolongaría hasta mayo del año siguiente. Goering acusó a Ciano de llevar mal el asunto, y se hicieron todos los esfuerzos posibles por los canales diplomáticos para sacarle otro collar al rey. La tragicomedia de Goering y el collar se convirtió en un estribillo subyacente en las relaciones entre ambos países. Finalmente, Ciano intercedió ante Mussolini, y Mussolini ante el rey, a quien le describió, como lo expresó Ciano, «la lamentable situación del sensible Hermann». El rey se mostró orgulloso y obstinado, posponiendo su consentimiento tanto como le fue posible, hasta que Mussolini tuvo que intervenir una vez más, diciéndole al rey que se trataba de un «limón» que Su Majestad debía tragarse en nombre de las buenas relaciones entre los dos países. El rey finalmente accedió en mayo de 1940, pero puso objeciones a enviar el acostumbrado telegrama de felicitación. Goering insistió en recibir un telegrama junto con el collar, y el rey sólo pudo quejarse airadamente de lo desagradable que se había vuelto todo ese asunto para él. Goering finalmente recibió su collar y su telegrama de Alfieri, el recién nombrado embajador italiano.

Durante mayo de 1937, el embajador alemán en España se quejó de los intentos tanto por parte de Goering como de Goebbels de actuar de manera completamente independiente en España. Goering quería ser invitado en representación de Alemania a un desfile de la victoria y al mismo tiempo tener un encuentro con Franco, pero había dado instrucciones a Bernhard, su representante para el Plan de Cuatro Años en España, de que negociara la visita. Le dijo a Bernhardt que el embajador alemán no

debía saber nada del asunto, ya que sabía que Ribbentrop no lo aprobaría en absoluto. El embajador finalmente se enteró de lo que pasaba e insistió en quitar el asunto de las manos de los agentes de Goering; la visita, sin embargo, fue finalmente abandonada. Ribbentrop en persona redactó un borrador de carta de reprimenda para Goering sobre la forma que había tenido de llevar el asunto pero, aunque el borrador fue archivado, la carta aparentemente nunca fue enviada.

Fue en ese periodo que volvieron a circular rumores sobre la mala salud de Goering; había vuelto a San Remo^[106]. Bodenschatz le contó al agregado militar polaco, que comunicó la noticia a la embajada británica, que «no había esperanzas de que Goering recuperara la salud, y su eclipse político a manos de Ribbentrop ahora era completo». Hacia mediados de mayo, Henderson había deducido que los rumores eran exagerados y que Goering padecía «una forma de diabetes», pero que mejoraba bajo los cuidados de un médico en San Remo. «Sin embargo, no cabe duda de que en estos momentos no goza del favor de Hitler».

El 23 de mayo, el día después de la firma del Pacto de Acero (en el que los signatarios declaraban abiertamente que estaban «unidos por la afinidad de sus ideologías» y «decididos a actuar conjuntamente y a unir sus fuerzas para asegurar su espacio vital»), Hitler convocó a Goering y a otros trece oficiales de alta graduación para informales sobre la inminente guerra. Polonia, una vez aislada, sería atacada a la primera oportunidad; Alemania expandiría su espacio vital hacia el este y los graneros de Ucrania; los pueblos de los territorios conquistados proporcionarían mano de obra esclava a Alemania. Si Inglaterra y Francia declaraban la guerra, entonces debían ser vencidas en una campaña que atacaría a través de Bélgica y Holanda. Hitler parecía dispuesto a vérselas con todo el mundo al mismo tiempo. No queda constancia de ninguna objeción ni pregunta en los minutos que duró la reunión, ésas eran las órdenes del Führer.

El 28 de marzo, Henderson informó de una conversación que había mantenido el día anterior en Carinhall en la que Goering se había quejado amargamente de la hostilidad de Inglaterra hacia Alemania. Henderson le describió la conmoción que habían causado al pueblo inglés y a él mismo las acciones alemanas del 15 de marzo; habían deshecho todo el trabajo que había intentado hacer en los últimos dos años para establecer relaciones amistosas entre Alemania e Inglaterra. Era la obra de los «extremistas» del partido; ante eso, Goering se mostró «un poco confuso» y explicó que, después de todo, había estado fuera, en San Remo. Entonces le echó la culpa a la obstinación de los checos e intentó convencer a Henderson de que si Inglaterra iba a la guerra por Polonia tendría más que perder que Alemania en tal acción; la alianza anglo-polaca, de hecho, sólo animaba a Polonia a adoptar una necia actitud intransigente hacia las justas reclamaciones alemanas. Henderson señaló que siempre habría un límite a la capacidad de compromiso polaca, y que los extremistas no debían llevar las cosas demasiado lejos en lo concerniente a Polonia o a Danzig. Tras ese intercambio de amenazas diplomáticas, Goering mostró las ampliaciones de

Carinhall y los bocetos a color de unas «damas desnudas» que representaban a las Virtudes en unos tapices flamencos del siglo XVIII que Goering tenía intención de comprar para decorar su comedor. «Tuve la impresión de que Goering se alegraba de verme», añadió Henderson en un informe complementario. «Goering en realidad no es mucho mejor que los demás, pero creo que sinceramente no quiere que haya guerra y odia a Ribbentrop de corazón^[107]».

Un mes más tarde, los planes para la conquista de Polonia estaban sobre la mesa de Hitler, y se convocó una reunión especial del Consejo de Defensa del Reich para el 23 de junio. Goering, que presidía esta reunión de jefes civiles y militares, dejó claro que la guerra era inminente y que el propósito de la conferencia era la movilización total del país para hacer frente al esfuerzo bélico. Se llamarían a filas a siete millones de hombres, y la falta de mano de obra sería compensada con hombres traídos a la fuerza desde Checoslovaquia y reclutados en los campos de concentración^[108].

Más tarde, en julio, se celebraron posteriores reuniones del Consejo para planear mejoras en las fortificaciones de la Muralla Occidental^[*] para disuadir a los ingleses y franceses de intervenir cuando Polonia fuera atacada. Se discutieron los informes detallados sobre la fuerza laboral disponible en Alemania y el uso de mano de obra traída de los territorios ocupados y los campos de concentración. El 24 de agosto el embajador inglés en Varsovia informó de que el embajador polaco en Berlín había hablado con Goering aquella tarde. Goering, aparentemente, había admitido que «mi política de mantener relaciones con Polonia... había acabado en nada», y que ahora su influencia era pequeña. Luego añadió significativamente que el principal obstáculo para eliminar la tensión no era Danzig sino la alianza de Polonia con Inglaterra. Goering tampoco se dejaba desviar por lo que consideraba asuntos irrelevantes. En agosto, Albert Voegler, un empresario del acero que además era diputado por los nazis en el Reichstag, presentó a Goering un informe que su compañía había recibido de América que señalaba que si Inglaterra entraba en guerra los Estados Unidos acabarían siguiéndola, y que su industria bélica podía superar con facilidad a la alemana. Goering simplemente se burló del informe; consideraba que Norteamérica estaba demasiado lejos para ser considerada seriamente en la política europea^[109].

No cabe duda, por tanto, que Goering no sabía exactamente lo que Hitler tenía en mente: una gran guerra de conquista sincronizada con el rearme alemán (rearme del que estaba a cargo el propio Goering) y la ocupación por la fuerza de aquellos territorios que Hitler deseaba cuando ya no era posible obtenerlos mediante el chantaje diplomático. El momento de prender la mecha bien pudiera ser el 1 de septiembre, o más tarde; eso dependía de las reacciones de Polonia, Inglaterra y Francia. Y no menos de la reacción de Rusia, con la que Hitler consideraba ahora ventajoso tener algún tipo de pacto, por temporal que fuera. La frialdad de Inglaterra y Francia hacia la Unión Soviética no había pasado desapercibida en la cancillería. Si los otros estaban dispuestos a rechazar una alianza tan patentemente ventajosa, él no lo estaba. Los severos ataques contra el bolchevismo, corrientes en los discursos y la

propaganda nazi, perdieron potencia de manera considerable. A principios de mayo, Goering envió a Bodenschatz a las embajadas francesa e inglesa para que insinuara que podía ser que Alemania y Rusia llegasen pronto a un acuerdo, con la esperanza de que eso modificara la actitud de sus gobiernos^[110].

Cada mes que pasaba sin que hubiera guerra iba a favor de Alemania, ésa era la posición de Goering así como la de todos los oficiales superiores responsables. Las fechas arbitrarias decretadas en secreto por el Führer siempre eran demasiado tempranas para ellos. Hitler, aislado en sus montañas durante la mayor parte del tiempo, se volvía más y más egocéntrico, cada vez era más y más intolerable servir a sus órdenes. Goering, además, era un hombre enfermo. La responsabilidad de una guerra era lo último que deseaba. «Una guerra siempre es un negocio arriesgado e incierto», le dijo a Bodenschatz. Tenía cuarenta y seis años, estaba felizmente casado, con una mujer y una hija de corta edad a las que adoraba. Y le gustaba ser considerado el hombre más rico de Europa^[111].

Goering era rico en realidad sólo porque tenía que pagar por muy pocas cosas; era rico en prebendas y posesiones. Carinhall, Rominten y su casa en la Leipzigerplatz de Berlín eran mantenidas mediante lo que su contable, *Herr Gerch*, llamaba «fondos de representación». La vida privada de Goering estaba tan inmersa en recepciones oficiales que él y su esposa rara vez comían solos, y los gastos que normalmente serían considerados privados, como aquellos relacionados con su hija, eran absorbidos dentro de la contabilidad general doméstica o eran tan insignificantes que eran compensados fácilmente por sus sueldos oficiales, que sumaban unos cincuenta y cuatro mil marcos anuales. Gerch, un administrativo que trabajaba para la casa de Goering, estimó que Goering sólo hubiera necesitado unos quince mil marcos anuales para tales gastos personales.

Los ingresos comparativamente pequeños de Goering se veían sustancialmente incrementados con las ganancias de los libros publicados por él o sobre él; reclamó una parte sustancial de los derechos de autor sobre las ganancias de su biografía autorizada que Gritzbach había escrito para él y en la cual él también había trabajado. La estimación de Gerch sobre los derechos acumulados de esta biografía y otras publicaciones asciende a unos 840 000 marcos. Gerch también confirmó que Goering recibía sustanciosas sumas de dinero de los empresarios que querían ganarse su favor, sumas que iban a parar a su cuenta privada, así como valiosos regalos que incrementaban su colección de arte. Sus objetos artísticos personales estaban estrictamente separados de los adquiridos para la nación y que se pagaban mediante el *Bilderfund* especial de Hitler bajo la autoridad de Goering. Gerch sostiene, contra lo que indican otros testigos del personal doméstico, que Goering nunca pidió regalos directamente. Sin embargo parece que recibía frecuentes consultas de cuerpos oficiales sobre qué le gustaría recibir. Para ese entonces también comenzaba a actuar como tratante de arte comprando y vendiendo obras, lo que resultó en mayores ganancias personales^[112]. Las cuentas bancarias de Goering, en la Banca Thyssen y

el Deutsche Bank, estaban divididas en «privadas» (para sus sueldos oficiales), «especiales» (para las grandes sumas y los regalos) y «militares» (para fondos proporcionados por el Estado).

A principios de 1939, Goering adquirió aún más propiedades. La viuda de Epenstein, *Frau Lilli von Epenstein*, que había mantenido el contacto con Goering después de la llegada de los nazis al poder y que había sido una invitada frecuente en Carinhall, murió repentinamente y dejó todas las propiedades de Epenstein, incluyendo los castillos de Mauterndorf y Veldenstein a la familia Goering. Especificó que Mauterndorf debía ser de Edda, pero Goering ni se molestó en formalizar el derecho legal de su hija sobre la propiedad, y ambos castillos pasaron a ser nominalmente suyos.

Goering, por tanto, tenía todo que perder si Alemania iba a la guerra sin estar preparada y fracasaba en el fabuloso enfrentamiento con que soñaba Hitler. Por tanto, habló de guerra o de paz según la ocasión y la compañía en que estuviera. Según aumentaba su riqueza, su espíritu de aventura declinaba, y ya aparecía junto al Führer como su amigo y camarada. Como los demás oficiales superiores, empezó a temer a Hitler y pronto empezaría a tener pavor a las temibles convocatorias a la cancillería o a Berchtesgaden. Se retiró tanto como pudo al lujo de Carinhall.

Una vez más, los largos días del verano se prolongaron interminablemente con la tensión. Hitler siempre había ganado esperando la jugada que harían sus oponentes bajo la presión de sus amenazas. Siguió este principio con Polonia, como había hecho con Checoslovaquia. Las tentativas de acercamiento a la Unión Soviética por parte de Inglaterra y Francia por un lado y de Alemania por el otro se alargaron interminablemente; a Chamberlain le bastaba con que las negociaciones para un pacto no deseado de asistencia fueran tan desganadas como fuera posible; para Ribbentrop, el asunto revistió urgencia sólo cuando creyó que los Aliados podían tener éxito en hacer que Rusia se opusiera a las acciones alemanas en Polonia. Cuando el 5 de agosto la misión anglo-francesa zarpó en un barco lento hacia Leningrado, Hitler y Ribbentrop decidieron acelerar el ritmo de las negociaciones. Ribbentrop se ofreció a visitar a Stalin. Si se firmaba un pacto de no agresión ahora, eso cogería desprevenidos a los Aliados, dejándolos sin base de negociación y expuestos a la intemperie.

Mientras tanto, tuvo lugar una extraña e inesperada intervención en las relaciones anglo-germanas. Un idealista empresario de origen sueco, Birger Dahlerus, se sintió llamado a acercar Inglaterra y Alemania y detener la deriva hacia la inevitable guerra. Sentía que existía algún bloqueo en las comunicaciones oficiales entre los líderes de ambos países que un mediador completamente independiente podía eliminar. Conocía a Goering, con quien había contactado en 1934 cuando le pusieron dificultades a su matrimonio con una viuda alemana; Goering había intervenido y solucionado el problema. Posteriormente, Dahlerus había ayudado a Goering al proporcionar formación empresarial a su hijastro Thomas von Kantzow, que vivía en Estocolmo, y

eso condujo a encuentros regulares entre ambos en Alemania.

Dahlerus sentía un gran amor por Inglaterra, donde había vivido y trabajado durante diez años y todavía tenía contactos influyentes entre los empresarios. Su visita a Alemania le convenció de que los nazis actuaban movidos por la ignorancia y la suspicacia ante las intenciones británicas. Conocía el duro núcleo que yacía oculto bajo la superficie aparentemente suave del perezoso temperamento del pueblo inglés, y tenía la sensación de que eso tentaba a Hitler a juzgar mal su verdadera fuerza. Creía que habría progresos si un representante de la jerarquía nazi se reunía, para una discusión informal, con algún inglés destacado fuera del círculo diplomático. Por el bando alemán, consideraba que Goering era el hombre apropiado al que abordar porque ya lo conocía y porque se percataba de que a Goering «no le gustaba la idea de una guerra». Determinados amigos de Dahlerus en Inglaterra respondieron con seriedad a esta idea, y el miércoles 5 de julio obtuvo una entrevista con Goering en Carinhall.

Se quedó asombrado ante la magnitud de las ampliaciones del «suntuoso castillo de Goering» desde que lo viera por primera vez en 1935; incluso en esa época de austeridad económica en Alemania, había cientos de obreros trabajando en más ampliaciones. Estaba a punto de comenzar una fiesta al aire libre, pero Goering, pese a las constantes llamadas para que se reuniera con sus invitados, insistió en quedarse durante más de una hora con Dahlerus para hablar de las relaciones anglogermanas. Goering dijo que, en su opinión, Inglaterra no tenía fuerza que respaldara su posición y que estaba determinada a obstaculizar el justo progreso de Alemania. Sin embargo, estaba a favor de la idea de la reunión y accedió a hablar con Hitler mientras Dahlerus consultaba con sus amigos ingleses. Finalmente se acordó que tendría lugar un encuentro secreto en una casa que pertenecía a la esposa de Dahlerus, una mansión llamada Sönke Niseen Koog, situada en Schleswig-Holstein, cerca de la frontera danesa.

Halifax, con quien Dahlerus discutió el asunto a continuación, consideró que la reunión podía resultar útil, pero seguía dudando de las intenciones de Alemania. Hitler permitió a Goering que emprendiera esa misión porque la veía como otra forma más de eliminar la intervención inglesa, la cual, bajo la influencia de Ribbentrop, ya no tomaba en serio. En cuanto a Ribbentrop, no sabía absolutamente nada sobre la conferencia en ese momento; más tarde, cuando se enteró del asunto, se mostró resentido por esas reuniones secretas con Dahlerus, que continuarían hasta el 4 de septiembre, cuatro días después de la invasión de Polonia. Goering consideró todo el asunto, por tanto, como una oportunidad inesperada y bienvenida de frustrar a Ribbentrop.

Siete hombres de negocios ingleses asistieron a la conferencia de Sönke Niseen Koog el 7 de agosto^[113]. Se quedaron a pasar la noche allí y esperaron con cierto nerviosismo la llegada de Goering, que viajó desde Berlín en tren especial acompañado de Bodenschatz y Koerner. Dahlerus, tan tenso por la expectación que

había sido incapaz de dormir la noche anterior, abrió la conferencia y Goering adoptó inmediatamente su pose franca y amistosa a la hora de responder a las preguntas que le hacían los ingleses. Explicó detalladamente por qué los nazis tenían la sensación de que Inglaterra les era fría y hostil y no entendía los cambios que ocurrían en Europa a consecuencia del renacimiento de Alemania. Los ingleses entonces criticaron los «bruscos» métodos agresivos de Hitler a la hora de tratar con las minorías dentro de Alemania. Goering escogió ese momento para darle a su audiencia su «sagrada garantía como estadista y oficial» que Alemania no intentaba cercar a Polonia y que la resolución de los problemas de Danzig y el Pasillo no serían seguidas de exigencias de otros territorios. En el almuerzo Goering propuso un brindis por la paz, y el resultado de la discusión, que finalmente terminó a las seis y media de la tarde con más brindis amistosos, fue un acuerdo para recomendar que se celebrara una conferencia de delegados autorizados por los gobiernos alemán e inglés en suelo sueco para resolver el punto muerto de las conversaciones sobre Polonia.

Dahlerus ha sido acusado de intrusismo, y no hay duda, a juzgar por su libro *El Último Intento* [*Sista försöket: London-Berlin sommaren 1939, The Last Attempt* en su edición en inglés], que obtuvo una intensa gratificación personal de su misión autoimpuesta. De hecho, hay un aire de comedia en todo el asunto, como si un personaje ajeno se hubiera empeñado con tanta insistencia en participar en la trama de una complicada obra de teatro que los protagonistas, hastiados, hubieran terminado por aceptar su presencia y lo usaran para sus propios fines. La intervención de Dahlerus, por tanto, confundió inevitablemente los acontecimientos previos a la guerra, y para Goering se convirtió en un medio de mantenerse en el centro del escenario en un momento en que Hitler y Ribbentrop lo estaban relegando a los bastidores por su equivocación al pretender contemporizar con Inglaterra.

Según pasaban los días, los motivos de Goering en sus relaciones con Dahlerus se volvieron más y más complejos. El único interés de Hitler en Goering como diplomático era usarlo para distanciar a Inglaterra y Francia de Polonia; Goering, consciente de esto, explotó la situación para distanciar tanto como pudo a Hitler de Ribbentrop y recuperar así su influencia como defensor de la vía negociada. Goering podría mantener su iniciativa con Hitler, aunque fuera telefónicamente, durante tanto tiempo como pudiera mantener a Dahlerus en contacto activo con Inglaterra. Por el lado británico, la debilidad y desesperación del gobierno quedaron reveladas por el grado de confianza depositado en Dahlerus y el uso que hicieron de él, aunque se reunió con Halifax por primera vez el 27 de agosto, y con Henderson el 19. Este diplomático aficionado no expresaría su desilusión final hasta que fue interrogado en Núremberg en 1946; y sin embargo, en aquel momento, su deseo de ayudar parecía brillar como «una buena acción en un mundo lleno de maldad». Pero los diplomáticos profesionales pronto contrarrestaron su sinceridad y envolvieron su bondad en un sudario que la lastraba. Al final se convirtió en un consejero fantasmal incapaz de ver más allá de las nieblas que se reunían a su alrededor a pesar de una valiente

perseverancia que duró hasta después de que empezara la guerra.

Como muchos otros, no entendió bien la compleja personalidad de Goering y no se percató de las motivaciones principalmente interesadas que dividían a Goering en aquel momento, aunque sí era consciente de la falta de valentía moral de Goering en su relación con Hitler. Lo que fue incapaz de ver fue la incapacidad de Goering para resolver el dilema creado por sus circunstancias y su personalidad, su deseo innato de destacar en cualquiera de los caminos divergentes de la guerra o la paz. Goering tenía que mantener esa difícil posición bajo un amo cuya autoridad aceptaba como absoluta, mientras en su interior temía los problemas, los trabajos y las privaciones que traería la guerra total a la acomodada y lujosa existencia que para él ya era connatural a su persona.

Dahlerus se reuniría con Goering dieciocho veces entre el 5 de julio y el 4 de septiembre, y tendría otras muchas reuniones con ministros y diplomáticos en Londres y Berlín. Además mantuvo innumerables y difíciles conversaciones telefónicas con Goering y varios representantes británicos. En ese mismo periodo viajaría de Inglaterra a Alemania y vuelta doce veces; cuatro de esos viajes tuvieron lugar durante los críticos días del 25 al 27 de agosto. Nadie podía ser más paciente ni estar más desesperadamente esperanzado.

El día siguiente a la conferencia en Sönke Niseen Koog, Goering invitó a Dahlerus a la isla de Sylt, donde pasaba unas cortas vacaciones, para una conversación posterior; Bodenschatz había volado a Berchtesgaden para darle a Hitler un resumen de la discusión. Mientras tanto, Goering dijo que en su opinión la conferencia propuesta (ahora ampliada a nivel de cuatro potencias para incluir a Inglaterra, Alemania, Francia e Italia) sería aceptable, siempre y cuando fuera preparada con antelación y sus términos de referencia estuvieran estrictamente definidos. Eso fue confirmado unos pocos días después y Dahlerus lo comunicó a Londres por teléfono. Entonces siguió un largo silencio exasperante; la mayoría de los negociadores ingleses, según se le explicó, estaban ausentes en sus vacaciones anuales. No debía enterarse de que el silencio se debía a las negociaciones rivales que estaban teniendo lugar en Moscú y que resultaron en el pacto entre alemanes y rusos, y el abandono por parte de los rusos de las desganadas conversaciones con la delegación inglesa. Públicamente, el pacto cubría la no agresión mutua y en privado el reparto mutuo del territorio polaco y los estados bálticos. El anuncio del pacto produjo un gran impacto en Dahlerus.

Mientras tanto, Goering había llevado puesto su otro disfraz, el del resolute líder de guerra. En agosto repitió su famosa fanfarronada sobre la Luftwaffe que se convirtió en primera plana de los periódicos: «Ni una bomba caerá en Alemania. Si un bombardero enemigo llega a suelo alemán, mi nombre no es Hermann Goering, ¡podéis llamarme Meier^[114]!»

El 14 de agosto asistió con los demás comandantes generales a la conferencia de guerra que Hitler convocó en Berchtesgaden, donde el Führer afirmó que los líderes

ingleses no eran del calibre necesario para la guerra, que Polonia debía ser derrotada en el plazo de una semana y que Rusia (y sólo aquí insinuó algo sobre las negociaciones en marcha) estaba interesada en la «delimitación de las esferas de interés». No queda constancia en el registro de la conferencia de que Hitler supiera algo de la conferencia organizada por Dahlerus, o que Goering hablara en contra de los preparativos que sabía que hacían más probable que nunca la guerra con Inglaterra. El 22 de agosto, el día siguiente al pacto, Hitler convocó otra conferencia de Estado Mayor, en la cual expresó su triunfo declamando su genio, repasando la situación de manera excesivamente larga y arremetiéndole continuamente contra Inglaterra y su fútil posición, y sermoneando sobre la importancia de que Rusia se alineara con Alemania. Según un informe, Goering saltó encima de una mesa y le ofreció a Hitler «agradecimientos sedientos de sangre y promesas ensangrentadas». Negó vehementemente esa historia en Núremberg, argumentando que no tenía por costumbre saltar a las mesas en las casas de otros; eso hubiera demostrado «una actitud completamente incompatible con la de un oficial alemán». Pero admitió que lideró el aplauso al discurso. Después del almuerzo Hitler les ordenó que cerraran sus corazones a la piedad y que «actuaran brutalmente».

Agradecimientos sedientos de sangre o no, Goering seguía intentando contactar con Inglaterra. El 21 de agosto, según escribió lord Halifax en sus memorias, se recibió un «mensaje críptico» de Alemania indicando que Goering quería visitar Inglaterra y ver al primer ministro^[115]. Se dispuso en secreto que volara el miércoles 23 de agosto y que fuera llevado a la mansión de Chequers, la casa de campo oficial de los primeros ministros ingleses. Nunca voló a Inglaterra, y posteriormente todo pareció indicar que Hitler había cancelado la visita ya que no consideraba que fuera a resultar de ninguna utilidad. Por tanto Goering, incapaz de triunfar por su cuenta, decidió recurrir una vez más a Dahlerus, de quien no sabía nada desde la conversación en Sylt el 8 de agosto. La mañana del 12 de agosto, el día después de la conferencia de Berchtesgaden, Goering telefoneó a Dahlerus, le dijo que la situación había empeorado y le pidió que fuera a Berlín. Tras una apresurada consulta con el primer ministro sueco (que se encontraba de vacaciones y desdeñó la idea de que la situación fuera grave), Dahlerus, actuando estrictamente como ciudadano particular europeo, fue a Berlín, donde un amigo sueco, un banquero, le contó que la influencia de Goering era menor de la que había sido antes, debido a su «evidente aversión a la guerra». El amigo añadió que Dahlerus bien podría terminar arrestado si discutía planes de paz con Goering en contra de los deseos de Hitler. Pese a eso, Dahlerus fue a ver a Goering a Carinhall a invitación suya. Goering le habló sobre la posición reforzada de Alemania como resultado del acuerdo con Rusia y «con gran urgencia» le instó a que volara a Londres e hiciera entender al Foreign Office que los «acontecimientos inminentes serían completamente independientes de la actitud o la iniciativa de Inglaterra». Debía dejar claro que Ribbentrop, que en esos momentos volvía de Moscú, no haría nada por aliviar la situación. Entonces Goering llevó a

Dahlerus de vuelta a Berlín en un deportivo; la gente en Berlín reconocía a Goering en los semáforos y para su deleite le vitoreaban al pasar.

Goering le había dicho a Dahlerus que estaba a punto de ver a Lipski y luego a Hitler. En la conversación subsiguiente con Lipski expresó lo mucho que lamentaba que su política de mantener relaciones amistosas con Polonia «hubiera terminado en nada», pero que ya no tenía influencia para hacer nada más^[116]. Lo que importaba ya no era tanto el futuro de Danzig, según dijo Goering, sino la alianza de Polonia con Inglaterra.

Esa noche, hablando por teléfono, Goering renovó las esperanzas de Dahlerus diciéndole que todavía podía ser útil si volvía inmediatamente a Londres. Llegó en un avión de pasajeros a la mañana siguiente, el viernes 25 de agosto y, tras unas conversaciones con Halifax, dedujo que los gobiernos volvían a estar en contacto activo una vez más; Henderson iba a ver a Hitler. Esa noche, sin respaldo oficial, Dahlerus consiguió hablar por teléfono con Goering, quien salió de una conferencia con Hitler para recibir la llamada. Goering parecía nervioso e inquieto al aparato; dijo que la guerra podía estallar en cualquier momento. La situación había empeorado, añadió, debido al pacto que Inglaterra había firmado esa tarde con Polonia. La mañana del sábado 28 de agosto Dahlerus vio a Halifax una vez más, le contó lo que Goering le había dicho y agregó que «Goering era el único hombre en Alemania que podría ser capaz de prevenir una guerra». El primer ministro aprobó entonces la sugerencia de Dahlerus de que Halifax debería enviar a Goering una carta personal confirmando el deseo de Inglaterra de alcanzar una solución pacífica.

Dahlerus regresó a Berlín inmediatamente en un vuelo especial y esa tarde fue conducido en coche al tren personal de Goering, que encontró detenido en una estación secundaria no lejos de Carinhall. Goering se mostró «muy solemne», repitió unas cuantas quejas ya conocidas sobre el tratamiento de las minorías alemanas en Polonia y durante un rato apenas dejó hablar a Dahlerus. Hablaron durante cerca de una hora mientras Dahlerus callaba deliberadamente sobre la carta en su poder, entregándola como culminación de sus afirmaciones de que Inglaterra buscaba la paz; Goering se impacientó con su inglés poco fluido y le pidió a Dahlerus que la tradujera con cuidado para extraer todos los matices de significados. Escuchó tenso y con seriedad, y luego salieron del tren y fueron inmediatamente hacia la cancillería en Berlín.

Era medianoche. El lugar estaba a oscuras y Hitler se había ido a la cama. Goering envió a Dahlerus a esperar a su hotel mientras él se quedaba con la esperanza de poder levantar al Führer para que estudiara la carta. Dahlerus no sabía que el 26 de agosto era el día elegido por Hitler para la invasión de Polonia y que el día anterior, cuando se anunció el pacto anglo-polaco y Mussolini admitió por carta que no podía prestar ayuda militar a Alemania, Hitler había telefoneado a Goering cancelando la operación^[117]. Goering preguntó si se trataba de algo temporal o definitivo, y la respuesta de Hitler fue: «No, tengo que ver si podemos eliminar la intervención

inglesa».

No es de extrañar, por tanto, que Goering pensara que a Hitler no le importaría que le despertaran. Tan pronto como Dahlerus llegó a su hotel, tuvo que volver corriendo a la cancillería, donde se asombró al ver el lugar transformado de la oscuridad a la luz, como un escenario sobre el que el telón se ha levantado repentinamente para mostrar una escena llena de actividad. A eso siguió otra de esas fantásticas entrevistas con Hitler que revelan lo perturbada que estaba su mente. Dahlerus fue conducido a la nueva ala de la cancillería, caminando sobre las lujosas alfombras de la famosa galería larga, pasando al lado de paredes de las que colgaban obras maestras y entre masas de orquídeas que cubrían el camino que llevaba al Führer. Hitler se le quedó mirando fijamente, luego le dio la bienvenida y pasó a darle la acostumbrada charla sobre historia y política alemanas, durante la cual empezó a mostrarse más y más excitado. Dahlerus consiguió, tras una considerable cantidad de tiempo, meter baza y decir que había vivido en Inglaterra como trabajador y eso cautivó tanto la curiosidad de Hitler que empezó a interrogarle extensamente sobre esa experiencia única e inesperada. Luego, con el «rostro rígido» y movimientos «peculiares», Hitler regresó a la cantinela fija de su propia ambición arrogante, la grandeza de su ejército y su invencible fuerza aérea. Goering, que estaba tan callado como un escolar en el despacho del director, «soltó una risita de contento» mientras Hitler alababa a la Luftwaffe. Cuando Dahlerus, hablando en tono tranquilo porque se percataba de que «el equilibrio mental» de Hitler «era claramente inestable», cuando señaló la fuerza de Inglaterra y Francia y su capacidad para someter a Alemania a un bloqueo, el comportamiento de Hitler se volvió anómalo súbitamente. Su habla se hizo confusa, y empezó a emitir espasmódicamente palabras y frases mientras permanecía en el centro de la habitación, mirando fijamente: «si hay guerra, entonces construiré submarinos, construiré submarinos, submarinos, submarinos, submarinos...». Le dio un ataque de tos. Cuando recuperó algo de autocontrol, gritó violentamente, «¡construiré aviones, aviones, aviones y destruiré a mis enemigos!». Dahlerus estaba horrorizado y miró a Goering, pero Goering no se «volvió ni lo más mínimo».

Hitler continuó, con ojos vidriosos y voz antinatural, revelando su fanática creencia en que la fuerza de Alemania se impondría a cualquier forma de oposición. La discusión terminó con una propuesta de Hitler de que Dahlerus debía regresar a Londres y explicar el caso de Alemania. Recurriendo a su experiencia como hombre de negocios, Dahlerus dijo que lo haría si se le explicaba la naturaleza exacta de las reivindicaciones alemanas sobre Polonia, por ejemplo, el Pasillo a Danzig. Hitler exhibió la única sonrisa que su visitante vio esa noche y al instante Goering arrancó un mapa de Polonia de un atlas y marcó con trazos rápidos y gruesos el territorio que quería Alemania. Esta extraña conferencia a altas horas de la noche se convirtió en un intento de fijar en la mente de Dahlerus (no se le permitió escribir nada, por razones de seguridad) los términos de un pacto que Hitler ofrecía a Inglaterra si ésta a su vez

ayudaba a Alemania a obtener Danzig y el Pasillo y, para rematar, a recuperar las antiguas colonias alemanas en África. Hitler estaba exaltado y era incapaz de ceñirse a los puntos esenciales; Goering estaba satisfecho de sí mismo y permaneció en silencio la mayor parte del tiempo. Su «comportamiento estrictamente formal y obsequioso hacia su jefe» fue una gran conmoción para Dahlerus, a quien «le molestaban» los modos de Hitler con Goering, mientras que el servilismo zalamero de este último le parecía extremadamente repelente^[118].

La entrevista terminó cerca de las cuatro de la mañana; ya era el domingo 27 de agosto, y unas doce horas más tarde Dahlerus estaba en Downing Street con Chamberlain, Halifax y *sir* Alexander Cadogan del Foreign Office, intentando dilucidar lo más claramente posible los puntos de la oferta alemana en una atmósfera de tranquilo escepticismo. Finalmente se decidió que Dahlerus sería usado como mensajero secreto para poner a prueba por adelantado las reacciones de Hitler a la respuesta inglesa a las ofertas alemanas. Se telefoneó a Goering; éste consultó con Hitler, quien accedió a recibir a Dahlerus por segunda vez en calidad de diplomático no oficial. Una vez más el mensajero sueco se dispuso a aprender de memoria lo que no podía consignarse en papel.

Mientras se abrían y cerraban las puertas de esas conferencias secretas, la atmósfera pública tanto en Alemania como en Inglaterra era muy tensa. Los amigos de Dahlerus en el mundo de los negocios se apiñaron a su alrededor, actuando como una pantalla contra la curiosidad, cuando su avión especial alemán aterrizó en Croydon. Las comunicaciones aéreas entre ambos países estaban cortadas. En Inglaterra tenía lugar una movilización parcial, las familias se separaban; los trenes llegaban con horas de retraso. En Alemania se anunciaba el racionamiento de alimentos, jabón, carbón y ropa mientras los movimientos de tropas eran demasiado obvios para todo el mundo.

Hacia las once y cuarto de esa noche Dahlerus estaba de vuelta en Berlín con Goering. La reacción británica no complació a Goering, y se frotó su gran nariz. Dahlerus, que se daba cuenta de la gravedad del momento y estaba dispuesto a hacer que los alemanes entendieran la posición inglesa, tuvo cuidado de dejar claro cada detalle. Según Dahlerus, Goering dijo al fin al que «él, personalmente, apreciaba lo que sentía Inglaterra, pero dudaba que Hitler hiciera lo mismo». Vio a Hitler y obtuvo una respuesta inesperadamente razonable de él; Goering telefoneó diciendo que el Führer estaba dispuesto a recibir una comunicación de los ingleses según las líneas que les había explicado Dahlerus, quien sorprendió a la embajada inglesa telefoneando poco antes de las dos de la mañana pidiendo una reunión inmediata. ¡El telegrama codificado explicando la naturaleza de su misión no llegó hasta una hora después!

Tras salir de la embajada, Dahlerus, que llevaba dos noches sucesivas sin irse a la cama, se bañó y luego fue directamente en coche al tren especial de Goering. Goering le recibió ataviado con una bata verde ceñida a la cintura por un cinto enjorado;

estaba animado y se jactó de la capacidad del servicio de inteligencia alemán describiendo a su invitado de manera exacta su llamada telefónica a la embajada y la sorpresa que había causado. En lo que concernía a Goering, no hacía falta secretismo. Dahlerus vio a muchos de los subordinados de Goering: Koerner, Milch, Udet y Bodenschatz. No se hizo ningún secreto de los preparativos para la guerra; todos ellos almorzaron al aire libre a la sombra de las hayas, y Goering le mostró a Dahlerus dónde atacarían si estallaba la guerra. También describió su cuartel general de la Luftwaffe en Oranienburg, que había sido excavado en un precipicio cerca de las vías del tren. Goering le confesó que sus relaciones con Ribbentrop eran malas, y Dahlerus «tuvo la firme impresión que había en marcha una batalla de voluntades entre Goering... y otros miembros del gobierno».

Todo parecía dispuesto para que empezaran las negociaciones. Dahlerus, a pesar de su nerviosismo, consiguió al fin dormir un poco. Al día siguiente, el 29 de agosto, fue al despacho de Goering, donde «Goering vino a mí corriendo, me estrechó la mano y me dijo excitado: Tendremos paz. La paz está asegurada».

Dahlerus fue directamente a la embajada inglesa; allí se reunió con Henderson por primera vez y lo encontró extremadamente escéptico, incluso acerca de Goering, de quien dijo que era ligeramente diferente de los demás líderes nazis, pero que con frecuencia mentía sin pudor si convenía a sus fines. Sin embargo, admitió que Goering era un hombre de trato más fácil que el resto. Henderson, que parecía cansado, dijo lo mucho que temía reunirse con Hitler esa tarde para recibir la respuesta alemana a la comunicación formal inglesa.

Esa noche Dahlerus se enteró de lo mal que había ido el encuentro. Hitler había insertado una nueva exigencia como parte de la siguiente etapa de su plan para malograr cualquier negociación con Polonia, mientras al mismo tiempo empujaba tanto como podía a Inglaterra a una posición donde no quisiera usar la fuerza. Evidentemente, la influencia de Ribbentrop volvía a anular la de Goering. La exigencia consistía en que Inglaterra hiciera que al día siguiente, 30 de agosto, hubiera un representante polaco en Berlín para negociar en nombre de su gobierno. Henderson protestó violentamente ante ese ultimátum, como lo llamó.

Mientras Forbes de la embajada inglesa le relataba a Dahlerus estas pésimas noticias, Goering en persona telefoneó, «extraordinariamente nervioso y alterado» y pidió a Dahlerus que fuera a verle inmediatamente. Dahlerus no sólo lo encontró nervioso, sino también enfadado. Goering le echó la culpa directamente a Henderson y subrayó ferozmente con su lápiz rojo los puntos de la comunicación inglesa que consideraba especialmente significativos. Entonces habló, como Hitler, en contra de Inglaterra, en contra de Polonia, cerca de cuyas fronteras se concentraba el ejército alemán. «Sesenta divisiones alemanas, cerca de un millón de hombres, están a la espera, pero todos esperamos que no ocurra nada. Los polacos están locos...». Sólo la esperanza de un acuerdo con Inglaterra impedía a Hitler entrar para detener las atrocidades que los polacos cometían contra las minorías alemanas. Hitler estaba

trabajando en un plan para presentarlo a los polacos. Y otra vez Goering arrancó una página de un atlas y marcó los territorios que Alemania deseaba tener. Le rogó a Dahlerus que regresara a Londres en un vuelo especial; le agradeció lo que había hecho, por si no se volvían a ver, insinuando que había determinadas personas que estaban dispuestas a impedir que Dahlerus «saliera vivo de esto». Por «determinadas personas» quería decir Ribbentrop. A las cinco en punto de la mañana del miércoles 30 de agosto, el infatigable sueco salió en avión hacia Londres, donde se tomaron elaboradas precauciones para evitar que se diera publicidad a su llegada.

En Downing Street, la atmósfera reinante seguía siendo de escepticismo ante las intenciones de Hitler y Goering. Inglaterra no animaría a Polonia a enviar ningún representante a Berlín; las negociaciones debían tener lugar en territorio neutral. Dahlerus telefoneó a Goering con esa sugerencia, pero éste la rechazó de plano. «Tonterías», dijo. «Las negociaciones deben tener lugar en Berlín, donde Hitler tiene su cuartel general». Dahlerus voló de vuelta a Berlín con más insistencias de Inglaterra de que seguía queriendo que Hitler negociara. Sin dormir, salió de Berlín poco después de la medianoche, en la madrugada del jueves 31 de agosto, para reunirse con Goering en su tren, de hecho, justo cuando Henderson salía de una tormentosa entrevista con Ribbentrop en resultado a la respuesta inglesa al «ultimátum» de Hitler. Ribbentrop le había leído a Henderson de la forma más insolente el texto de las condiciones de Hitler a Polonia de tal forma que no pudiera entenderlas y luego se negó a entregarle una copia para que la estudiara, afirmando que ya era demasiado tarde en cualquier caso, ya que era más de medianoche y los polacos no habían enviado a su representante en el plazo estipulado por Hitler. Cuando Goering alardeó ante Dahlerus de la generosidad de las condiciones de Hitler, de las que tenía una copia, Dahlerus pidió permiso para telefonear a la embajada. Cuando se enteró de lo que había ocurrido, le suplicó a Goering que interviniera y que se asegurara al menos de que el embajador recibía una copia de las condiciones. Goering dio vueltas nerviosamente y luego dijo de repente, «Lo haré. ¡Asumo la responsabilidad! Puede telefonearle». Mientras Dahlerus dictaba las condiciones a Forbes en la embajada, Goering no dejaba de apremiarle para que se diera prisa, ansioso de que terminara la llamada debido, por lo que parecía, a su miedo a Ribbentrop. Goering entonces persuadió a su visitante de que pasara el resto de la noche en el tren.

El 31 de agosto, Weizsaecker, el segundo de Ribbentrop y el hombre moderado en el Ministerio de Asuntos Exteriores, tuvo la sensación de que la situación era tan peligrosa que le pidió a Hassell que interviniera y advirtiera a Goering de la actitud intolerable de Ribbentrop animando temerariamente a Hitler a que entrara en guerra. «Carinhall desaparecerá en llamas», era en su opinión la mejor forma de expresárselo a Goering. Hassell consiguió hablar con Goering por teléfono con la ayuda de la hermana de éste, Olga Rigele, que era una amiga; Goering siguió manteniendo que los polacos debían enviar un negociador enseguida y le dijo que intentara hacer ver a

Henderson que era imperativo. Hassell se quedó con la impresión de que Goering realmente quería la paz, y Olga Rigele le contó con lágrimas en los ojos cómo Goering la había abrazado y le había dicho, «Mira, todos están a favor de la guerra, sólo yo, el soldado y el mariscal de campo, está en contra». Pero Goering se había mantenido aparte, en su «puesto de combate» en Oranienburg, aunque regresó a Berlín más tarde en ese día^[119].

Hacia las diez de la mañana del 21 de agosto, Dahlerus estaba de vuelta en la embajada inglesa, y Forbes lo llevó a reunirse con el embajador polaco Lipski, con quien Henderson se había mantenido en contacto constante desde la noche pasada. Lipski estaba demasiado angustiado para estudiar siquiera las propuestas de Hitler, así que Dahlerus se las dictó a un secretario y se marchó. Mientras tanto, Lipski le había dicho a Forbes que si había guerra entre Alemania y Polonia los alemanes se alzarían contra Hitler y el ejército polaco acabaría entrando en Berlín. Poco después del mediodía, Hitler envió la orden final a sus comandantes generales para que la invasión de Polonia comenzara al amanecer del 1 de septiembre. La directiva incluía las palabras: «Es importante que la responsabilidad del comienzo de las hostilidades recaiga sobre Inglaterra y Francia».

A la una en punto, Dahlerus estaba de vuelta junto a Goering, a quien encontró dando instrucciones a su secretario para el traslado de los tesoros artísticos a su palacio de Berlín en el caso de que hubiera guerra. Un ayudante trajo una copia de una comunicación interceptada entre Varsovia y Lipski, en la embajada polaca, lo que hizo que Goering saltara de su asiento y diera vueltas enfurecido. Eso demostraba, gritó, que los polacos no tenían intención de negociar. Hizo una copia del mensaje de su propio puño y letra y se la dio a Dahlerus para que se la entregara a Henderson^[120]. Tras despotricar un rato más, propuso que almorzaran juntos y terminó invitándole a comer junto con su ayudante en el restaurante público del hotel de Dahlerus, lo que resultó una gran publicidad. Dahlerus decidió darle a su autoinvitado la mejor comida posible, que terminó con un coñac que sedujo tanto al paladar de Goering que inmediatamente pidió que enviaran dos botellas a su coche. Dahlerus, satisfecho de que Goering se hubiera suavizado tras la comida y la bebida, le rogó que se ocupara él mismo de las negociaciones con Henderson. Goering se fue a conseguir el permiso de Hitler para discutir el asunto con el embajador. Hitler accedió, siempre y cuando hubiera alguien neutral presente, y el resultado fue una extraña reunión para tomar el té en la residencia de Goering, a la que estaban invitados Henderson, Forbes y Dahlerus. Tras unas cuantas cortesías rebuscadas, empezó la discusión en términos vagos, y se aprobó que debía investigarse la propuesta de Goering de negociaciones anglo-alemanas, con Inglaterra representando a Polonia. Al mismo tiempo Goering mostró a Henderson el mensaje interceptado procedente de Varsovia. Habló del horror de la guerra, de que odiaría tener que bombardear Inglaterra. Cuando Henderson replicó que podía morir como resultado, Goering le prometió que él mismo volaría sobre Inglaterra y dejaría caer una corona

de flores sobre su tumba como acto final de amistad^[121].

Henderson se fue de esa larga conversación convencido de que Goering sólo podía dedicarle un cierto tiempo porque los preparativos para la guerra estaban ya terminados y ya no le quedaba más que hacer excepto un «esfuerzo desesperado» final para «apartar a Inglaterra de los polacos». También estaba igualmente convencido de que Goering no deseaba la guerra, pero Henderson recordaba muy bien lo que Goering había dicho de Hitler: «Cuando se ha de tomar una decisión, ninguno de nosotros tiene más importancia que las piedras sobre las que estamos de pie. El Führer es el único que decide». También insinuó que se estaba negociando un pacto militar con Rusia.

Tras una noche deprimente y de poco sueño, Dahlerus se reunió con Goering en su tren a las ocho de la mañana del viernes 1 de septiembre. Goering parecía muy deprimido, y al final admitió que el ejército alemán había entrado en Polonia y que su fuerza aérea estaba destruyendo a la polaca. Goering entonces vilipendió a los polacos y a los ingleses que le habían obligado a emprender esta acción innecesaria. Habiendo dicho lo que Hitler quería que dijera, coincidió con Dahlerus en que se podían limitar los efectos de la guerra si Hitler le permitía reunirse con los representantes ingleses. Entonces salió hacia la Ópera Kroll, donde estaba reunido el Reichstag para oír la explicación del Führer sobre el fracaso de las negociaciones en las cuales había fingido poner tantas esperanzas, tras lo cual Hitler se proclamó a sí mismo «el primer soldado del Reich alemán». También legitimó a Goering como su sucesor, convirtiendo así en legal y pública la afirmación que Goering llevaba haciendo en privado durante tantos años.

Goering dispuso un encuentro final entre Dahlerus y Hitler, en el cual el Führer gesticuló como un lunático para enfatizar su capacidad de combatir a Inglaterra. Incluso Goering dio la espalda al espectáculo, aunque habló con orgullo de su nuevo derecho de sucesión mientras iban al encuentro de Hitler. Cuando hubieron regresado juntos al palacio de Goering, Dahlerus se dio cuenta de que las obras de arte todavía estaban siendo embaladas para ponerlas a salvo. Se reunieron de nuevo esa tarde para discutir el mismo tema fútil. Para entonces Inglaterra había dictado sus condiciones para no ir a la guerra con Alemania. Goering estaba claramente bajo los efectos de la fiebre bélica, como si finalmente estuviera echada la suerte para él. Entregó a Koerner y Gritzbach sus espadas de honor en presencia de Dahlerus y les ordenó que lucharan con gloria. Esa noche se apagaron las luces de Berlín por primera vez.

Dahlerus, todavía insistiendo en la esperanza, visitó a Goering en su tren a primera hora del sábado 2 de septiembre, y se enteró de que Mussolini se había ofrecido a mediar. Llevó la noticia enseguida a la embajada inglesa y con la celeridad de Mercurio fue y volvió varias veces entre el centro alemán y el inglés, hasta que finalmente terminó pasando toda la tarde de almuerzo en la Esplanade con Goering, que acababa de regresar a Berlín y parecía disponer de mucho tiempo libre pese a estar librando una guerra aérea contra Polonia. Los ingleses exigían la retirada de las

tropas alemanas en Polonia como requisito previo a cualquier negociación, ya fuera inspirada por Mussolini o por cualquier otro; a eso siguió el formal ultimátum entregado a Ribbentrop a la mañana siguiente, domingo 3 de septiembre. Dahlerus se enteró del ultimátum una hora antes que Ribbentrop y atravesó a toda velocidad las calles de Berlín en un coche oficial alemán hacia el tren de Goering, que estaba estacionado cerca de Potsdam, para darle esa noticia final. El viaje para salir de Berlín duró cuarenta minutos.

Goering parecía saber poco de lo que estaba pasando, de estar «a la deriva», como lo expresó Dahlerus. Apenas se sorprendió por el ultimátum inglés, que expiraba a las once en punto, y cuando hablaba únicamente parecía ser capaz de culpar de la guerra y sus consecuencias a Inglaterra. Telefoneó a Ribbentrop mientras Dahlerus estaba fuera de la sala, y cuando volvieron a reunirse estuvo claro para Dahlerus que Ribbentrop había ganado la contienda por su influencia sobre Hitler. En ese momento de suprema decisión, Hitler no hizo ningún gesto de contactar con Goering, la persona a la que un poco antes había confirmado como el segundo hombre de Alemania. Dahlerus, hablando desde un teléfono situado en el vestíbulo entre el vagón comedor y la cocina, se abrió paso por el sistema telefónico bloqueado hasta el Foreign Office en Londres para implorar al gobierno británico que no exigiera demasiado de Alemania, que se conformara con que detuviese el avance del ejército en vez de retirarlo. Luego rogó a Goering que se ofreciera a volar a Londres y negociar en nombre de Hitler, saliendo antes de las once en punto aunque para ese entonces ya eran más de las diez. Goering llamó a Hitler.

Hitler volvió a dar su consentimiento. Mientras Bodenschatz se apresuraba a arreglar las cosas para el vuelo, Dahlerus volvió a encontrar su camino una vez más en el laberinto telefónico hasta contactar con el Foreign Office en Londres, sólo para que le dijeran que la visita de Goering sólo podía ser considerada después de que Hitler hubiera respondido al ultimátum de Chamberlain. En ese momento sólo quedaban veinticinco minutos, y Goering se enfadó ante lo que en su opinión era otro ejemplo más de la intransigencia británica. Le pidió a Dahlerus que se marchara y habló de nuevo con Hitler. Entonces salió al exterior, sin decir nada acerca de la respuesta de Hitler, y se sentó en una silla bajo las hayas. Parecía impotente y decepcionado. La idea de una visita transcendental a Inglaterra había atraído a su imaginación. Ahora, como el resto de los alemanes, tenía que sentarse y esperar que empezara la Segunda Guerra Mundial. Cerca de media hora después, Koerner le trajo la noticia de que Inglaterra había declarado la guerra. Fue entonces, y sólo entonces, cuando fue convocado a la cancillería.

Dahlerus volvió a verlo una vez más, al día siguiente. Goering prometió hacer la guerra lo más humanitariamente posible y dijo que Alemania no iniciaría las hostilidades contra Francia e Inglaterra. Mientras tanto, la guerra en Polonia sólo llevaría un mes, y sus territorios serían divididos entonces entre Alemania y Rusia. Esperaba que la rápida derrota de Polonia obligara a Inglaterra y Francia a pensárselo

dos veces antes de extender la guerra. Goering habló y habló, hasta que Dahlerus temió perder el tren. Estaba cansado y todo lo que quería era regresar a Suecia.

El día anterior en la cancillería, Goering se había vuelto hacia Schmidt, que había llevado el ultimátum británico a Hitler y le había dicho: «Si perdemos la guerra, que Dios se apiade de nosotros».

Blitzkrieg

La invasión alemana de Polonia se completó en tres semanas. La fuerza aérea polaca resistió valientemente, pero muchos de sus aparatos fueron destruidos en tierra durante los dos primeros días de la guerra. Hacia el 17 de septiembre, cuando los rusos entraron para ocupar su parte del territorio, la lucha ya casi había acabado. El 5 de octubre Hitler entró triunfante en las calles de Varsovia.

La estrategia que había conquistado Polonia era completamente nueva en la historia de la guerra y se usó con celeridad y salvajismo devastadores: la operación combinada de las rápidas fuerzas mecanizadas terrestres de Brauchitsch comandadas por Guderian, y la fuerza aérea de Goering, comandada por Richthofen^[122]. La Luftwaffe atacó primero, usando el método *blitzkrieg* para destruir la fuerza aérea polaca y aniquilar al ejército; cuando los polacos intentaron oponer una resistencia final en Varsovia, la ciudad fue bombardeada por hombres que ya habían ensayado bien en Guernica. Cuando acabó el *blitz*, las cámaras de cine montadas en aviones que volaban a baja altura sobre las interminables calles de casas sin techo y reventadas espionaron los huesos expuestos de Varsovia para *Feuertafe*, «Bautismo de Fuego», el documental que Goering encargó para glorificar el poder de la Luftwaffe. Una vez más, los Stukas volvieron a caer aullando en picado desde el cielo para lanzar sus bombas contra las calles humeantes y los hermosos aviadores rubios sonrieron al sol del verano.

El éxito inmediato de la *blitzkrieg* en Polonia confirmó tanto a Hitler como a Goering en sus prejuicios a favor de los bombarderos, un prejuicio que al final les costaría la derrota de la Luftwaffe. La teoría decía que las guerras se podían ganar de forma barata y rápida desde el aire; se podían destruir o inmovilizar las defensas del enemigo y las rápidas divisiones panzer podían avanzar y ocupar territorios relativamente indefensos en cuestión de días. A las rápidas e incruentas ocupaciones de Austria y Checoslovaquia siguieron ahora las igualmente rápidas, aunque cruentas, conquistas de grandes territorios de Europa. «Dejad que se encargue mi Luftwaffe» se convirtió en la baladronada favorita de Goering, y en una emisión radiofónica desde una fábrica de municiones, el 9 de septiembre amenazó con terribles represalias si aviones ingleses o franceses intentaban bombardear Alemania. Según dijo, ésta sería una guerra larga.

La Luftwaffe estaba diseñada para operaciones de corto alcance; la producción de

bombarderos pesados de largo alcance había sido suspendida ya en 1937. Se puso énfasis en la producción de bombarderos medios, bombarderos en picado (como el Junkers 87) y cazas (como el Messerschmitt 109); Alemania no desarrolló un bombardero pesado del tipo que posteriormente usarían los Aliados y que necesitaría desesperadamente cuando la distancia al frente de guerra se amplió. Telford Taylor afirma que la Luftwaffe «fue moldeada por aviadores que eran soldados aficionados, y soldados que eran aviadores aficionados^[123]». Los viejos ases entusiastas como Udet y Robert Ritter von Greim se encontraron sirviendo junto a soldados como los generales Albert Kesselring y Hans Jeschonnek. En cualquier caso, la Luftwaffe estaría controlada tanto por la vanidad personal de Goering como por las necesidades bélicas de Alemania, y la mayor parte de aquellos a los que concedía autoridad entraron en conflicto con él cuando la Luftwaffe empezó a enfrentarse a la derrota. Pese a todo, la fuerza aérea alemana nunca fue diseñada para tener la independencia estratégica del ejército de tierra que los ingleses y americanos dieron a sus fuerzas aéreas. Además de las fricciones entre los miembros del cuartel general de Goering, también había fricciones entre Goering y los altos mandos de otros servicios, especialmente al principio entre Goering y Raeder, el enérgico y perspicaz gran almirante de la Kriegsmarine.

La inteligencia de la Luftwaffe dio a Goering información inexacta sobre la capacidad de la fuerza aérea inglesa. El experimento de usar el Graf Zeppelin II durante mayo y agosto de 1939 para espiar las defensas inglesas de radar no dio la información deseada, y el comandante Schmidt, su jefe de inteligencia, siguió el juego a la vanidad de Goering al subestimar la fuerza de los cazas de la RAF ese mismo año.

A la caída de Polonia siguió un periodo de punto muerto. El pacto con la Unión Soviética le daba a Hitler el respiro que necesitaba para preparar la guerra en el oeste. Los generales alemanes seguían considerándose mal equipados para enfrentarse a los ejércitos combinados de Inglaterra y Francia, que estaban tan poco preparados como los propios alemanes para comenzar las hostilidades en el oeste el 3 de septiembre. Volvió a hablarse de conversaciones de paz, y eso bastó para que Dahlerus volviera apresuradamente a Berlín el 26 de septiembre. Se reunió con Goering y Hitler, y la discusión pasó a ser sobre cuál sería la mejor forma de permitir que los ingleses firmaran los términos para la paz sin que pareciera una humillación para ellos; la idea de Goering era que representantes de ambos países se reunieran en secreto en Holanda y prepararan así el camino para conversaciones posteriores que tendrían lugar a invitación de la reina Guillermina. Tras visitar a Chamberlain en Londres, Dahlerus regresó con condiciones intransigentes: el gobierno inglés sólo negociaría con un nuevo gobierno alemán, no con el de Hitler. Dahlerus llevó esas condiciones a Alemania con el corazón pesoso y el 1 de octubre se reunió con Goering en Carinhall. Hablaron en el jardín, y Dahlerus le preguntó directamente a Goering si servía a Alemania o a Hitler. Goering le pidió que volviera al día siguiente y mientras

tanto dispuso que se viera con el almirante Canaris, jefe del Servicio de Inteligencia alemán y un hombre que unos pocos sabían que era crítico con Hitler. Nada salió de esa reunión, excepto la posible insinuación de que Goering era consciente de la existencia de un movimiento clandestino que planeaba derrocar a Hitler.

El 6 de octubre, Hitler dio un largo discurso en el Reichstag ofreciéndose a firmar una paz que debería ser seguida por conferencias en las que se debatirían los que en su opinión eran los principales problemas de Europa. Mientras tanto, y pese a ello, puso a sus jefes militares a prepararse para la guerra en el oeste, cosa que les indujo a preparar un catálogo de razones de por qué era imposible empezarla sin meses de retraso. Sólo Raeder parecía ansioso por atacar; había comenzado sus operaciones con el hundimiento del crucero inglés *Athenia* el mismo día en que se había declarado la guerra. Hitler procedió a intimidar a los generales y les obligó a acatar fechas de ataque que apenas les daban un mes de preparación. Brauchitsch, que era un hombre débil, sufrió el embate de la furia de Hitler cuando le pidió a éste más tiempo.

Los planes secretos para derrocar a Hitler, que en el pasado nunca habían llegado a la acción, volvieron a recrudecerse incómodamente. Se enviaron avisos de invasión inminente a Bélgica y Francia mediante canales clandestinos. Independientemente de estas acciones, tuvo lugar un atentado, falso casi con toda seguridad, contra la vida de Hitler y las de los principales jefes nazis, en Múnich el 8 de noviembre durante la reunión para celebrar el golpe de 1922. Sólo Goering estuvo ausente, por motivos de salud, y la bomba que había sido «colocada» para matar a todos los dirigentes nazis explotó sólo después de que Hitler, que había hablado durante ocho minutos en vez de sus acostumbradas dos horas, se hubiera marchado. Ya fuera un atentado verdadero o fingido, Goering le dijo a Bodenschatz que si Hitler hubiera muerto, él como sucesor hubiera detenido la guerra retirando las tropas alemanas de todos los territorios no alemanes^[124].

Parece que hay pocas dudas de que determinados generales recalcitrantes consideraban que Goering podía ser el hombre adecuado para poner al frente del gobierno una vez Hitler fuera eliminado mediante un golpe de Estado militar. Hay indicios de ello, por ejemplo, en los diarios de Hassell. «Es significativo que todo el mundo vuelva la vista con desesperación hacia Goering como la única esperanza», escribió el 19 de octubre, «significativo porque deja claro la poca esperanza que hay, porque Goering básicamente es un hombre en el que no se puede confiar. Carece tanto del carácter y de la determinación para hacer las cosas». Al mes siguiente, Hassell recibió insinuaciones de que Goering estaba en malas relaciones con Hitler e incluso consideraba que estaba mentalmente enfermo, pero también se percató del «miedo paralizador a la Gestapo» que tenía Goering y del hecho de que «no escuchaba las cosas que no eran de su agrado si podía evitarlo».

Goering, hasta donde sabemos, no fomentó directamente esas maniobras. Su parte en la campaña polaca había sido un éxito rotundo y había hecho mucho por rehabilitarlo a los ojos de Hitler. Durante el mes de octubre estuvo implicado en el

saqueo de la parte de Polonia que el 8 de ese mes fue anexionada al Reich mediante una orden de la cual él y Hitler eran los signatarios^[125]. En directivas fechadas el 19 de octubre y firmadas por Goering como Plenipotenciario para el Plan de Cuatro Años se daban instrucciones para la organización económica de los nuevos territorios orientales de Alemania. La directiva del 19 de octubre incluía «la completa incorporación» de la industria polaca «en el sistema económico de Alemania lo antes posible» y la requisición de todas las materias primas y maquinaria que necesitaba la economía de guerra alemana; a eso Goering añadió esta declaración: «las empresas que no sean absolutamente necesarias para la subsistencia básica de la población serán transferidas a Alemania». La expropiación a los judíos también estaba contemplada, naturalmente. Goering también firmó un decreto el 7 de octubre que le concedía a Himmler el poder para «germanizar» Polonia. Las materias primas, la maquinaria y los productos no eran las únicas preocupaciones de su personal; también estaban interesados en la mano de obra forzosa. Goering necesitaba un millón de hombres y mujeres para que trabajaran en la agricultura y la industria del Reich, y envió esta petición a Hans Frank, el Gobernador general de Polonia; se dispusieron las cosas para la transferencia obligada de esa mano de obra en 1940. La firma de Goering ratificaba documento tras documento el inicio del terror y las expropiaciones dirigidas contra millones de hombres y mujeres, cuyas vidas y labor estaban a merced de los agentes del nazismo^[126].

El ataque en el oeste que Hitler exigía a sus generales fue pospuesto no menos de catorce veces entre noviembre de 1939 y la primavera de 1940. El mal tiempo era la excusa usada con más frecuencia para esos retrasos. Goering quería bombardear Inglaterra, pero Hitler insistía en que ese tipo de ataque debería acompañar a una ofensiva terrestre. Pero cuando Raeder pidió apoyo aéreo para ayudar a su inadecuada Marina a atacar a los mercantes ingleses, Goering no se mostró interesado. Mientras tanto, Goering se concentró en la producción de aviones, concretamente de bombarderos de corto alcance^[127]. En una recepción celebrada en la embajada soviética el 7 de noviembre, el día en que la reina de los Países Bajos y el rey de Bélgica se ofrecieron para mediar por la paz, Goering se jactó ante un grupo de periodistas norteamericanos (incluyendo Shirer y Lochner) de los excelentes aviones que estaban fabricándose en Alemania, y que las fuerzas aéreas de los Aliados no serían rival para ellos aunque ahora pudieran comprar aviones a los Estados Unidos, ya que el Acta de Neutralidad acababa de ser revocada. Cuando se le preguntó por qué bombardeaba buques enemigos y no sus puertos, respondió «Somos humanitarios. No se rían, lo digo en serio. Soy humanitario».

El 12 de noviembre, el pueblo alemán sufrió una grave conmoción ante la severidad del racionamiento de ropa cuando se emitieron las cartillas; entonces se dieron cuenta de lo que había querido decir Hitler en una alocución radiofónica del 8 de noviembre, en la que aseguró que iba a ser una larga guerra y que, el día que Inglaterra y Francia entraron en la guerra, había ordenado a Goering que preparara a

Alemania para un conflicto de cinco años. Más tarde, ese mismo mes Goering impartió una conferencia a una asamblea de oficiales de alta graduación sobre la pobre moral en el Ejército, comparada con la de la Marina y la Fuerza Aérea.

Fue en ese momento cuando empezaron a mostrarse las rupturas entre Alemania y Rusia, por un lado, y con Italia por el otro. Alemania y Rusia negociaban de la forma más dura posible por el intercambio de materias primas y productos, como grano y petróleo ruso por material bélico alemán. El 1 de noviembre, Goering protestó por la pérdida que esto acarrearía a las fuerzas armadas alemanas, aunque en un discurso del 6 de septiembre en una fábrica de armamento hubiera hecho hincapié en la importancia de un acuerdo económico con Rusia para lograr la victoria de Alemania^[128]. Pero, para Hitler, comerciar con armamento alemán con los rusos era el alto precio que había que pagar para mantener a la Unión Soviética fuera del conflicto que tendría lugar en el oeste. Por otro lado, ¡Stalin en persona se quejó del elevadísimo coste de los aviones alemanes! Mientras tanto, Mussolini estaba cada vez más alarmado por la ampliación de la cooperación germano-soviética y la repentina expansión del poder ruso en Polonia y el Báltico. Los rusos comenzaron su guerra contra Finlandia el 30 de noviembre.

Al principio de la guerra en Polonia, Goering le había dicho a Magistrati en la embajada italiana en Berlín que la neutralidad de Italia convenía a Alemania; incluso llegó a insinuar que Rusia intervendría en Polonia y que absorbería parte de su territorio. Pero durante el otoño se intensificó en Alemania la sensación de que Mussolini había decepcionado a Hitler y que, por su culpa, Inglaterra y Francia se animaron a respaldar a Polonia. El 12 de noviembre tuvo lugar otra conversación entre Magistrati y Goering, en la que Goering confirmó su opinión de que la mayoría de los alemanes estaban satisfechos con que el Duce y el Führer hubieran acordado amistosamente que Italia permaneciera neutral; en realidad, eso estaba muy alejado de la verdad en lo que se refería a la opinión pública alemana, pero Goering seguía empeñado en conseguir su orden de la Annunziata. Sin embargo, cuando Mussolini le envió a Hitler su carta del 4 de enero en la que criticaba duramente el pacto con Rusia, Hitler convocó a Ribbentrop y Goering juntos y los tres discutieron airadamente la carta durante varias horas. Solo seis semanas después, el 20 de febrero, Ciano escribía en su diario que Goering había mostrado al agregado militar italiano en Berlín su enfado por la «posición italiana»; y añadió sobre Goering: «es el más humano de los dirigentes alemanes, pero es emocional y violento y puede volverse peligroso^[129]». El Duce accedió a enviar al día siguiente a Alemania 3500 toneladas de cobre, lo que sirve para resaltar la escasez de materiales que llevaría a Goering a decretar el 14 de marzo que los ciudadanos alemanes debían entregarle cualquier artículo de cobre, bronce, zinc, latón, plomo o níquel^[130]. El 2 de abril, Ciano anotó que Goering estaba presionando una vez más a Italia para apresurar sus preparativos para la guerra, y que Mussolini respondió inmediatamente que eso estaba haciendo. A final de ese mes, Goering le aseguró al Duce que tendría al menos

quince días de preaviso antes de que Alemania emprendiera cualquier ofensiva en el oeste.

El 3 de enero, un anuncio oficial reconfirmó que Goering era el dictador absoluto de la economía alemana, y eso le permitió presionar aún más a los empresarios de Renania el 10 de enero, a los que había reunido en la cancillería para una conferencia. El 30 de enero recibió al general Georg Thomas, jefe del Departamento Económico y de Armamento del OKW, el alto mando de las Fuerzas Armadas y le dijo que Hitler esperaba adueñarse de Francia, Bélgica y Holanda en breve, y que «por tanto habremos de explotar al máximo todo lo que tenemos en 1940, y en los años siguientes explotaremos las reservas de materias primas a su costa^[131]».

Uno de los deberes del ejército era nombrar oficiales de coordinación económica para examinar los territorios capturados y preparar el envío al Reich, «tren tras tren», de las materias primas valiosas. Tras la caída de Francia, tan grande fue la presión de las grandes empresas alemanas para poner las manos sobre las riquezas de los países ocupados que Goering tuvo que intervenir para poner fin a esa rapacidad con un decreto fechado el 19 de junio que decía: «Los esfuerzos de la industria alemana por hacerse con las empresas en los territorios ocupados deben ser rechazados de la manera más rotunda». Pero en agosto volvía a aconsejar la penetración económica en Noruega, Holanda y Bélgica. En un memorándum fechado el 2 de agosto, Goering dejó claro a los delegados del Reich en esos países la necesidad absoluta de la penetración económica mediante la compra de acciones por parte de la empresa alemana de firmas creadas con capital alemán y también de impedir que las firmas de esos países transfirieran sus títulos de propiedad a intereses en países neutrales como los Estados Unidos o Suiza.

1940 comenzó con un acontecimiento que volvió a retrasar los planes de Hitler para un ataque en el oeste. El comandante Helmut Reinberger, un oficial del Estado Mayor en la Luftwaffe, perdió el rumbo mientras volaba hacia una conferencia y se vio obligado a aterrizar en Bélgica; llevaba consigo el plan de ataque completo, junto con los mapas. Intentó destruir los documentos por dos veces, y de hecho logró enviar un informe diciendo que estaban lo bastante quemados para ser ininteligibles. Pese a ello, hubo consternación en Berlín, y Hitler, Goering y Keitel celebraron una conferencia el 13 de enero, intentando determinar cuánto se sabía ahora. Según el general Kurt Student, mientras Goering hervía de rabia por este incidente, Hitler mantuvo la calma^[132]. El asunto se debatió ansiosamente durante una semana y entonces el embajador alemán en Bruselas fue convocado por el ministro de Asuntos Exteriores belga y éste le dijo directamente que conocían los planes de invasión. El 20 de enero Hitler dio un severo aviso sobre seguridad militar a sus comandantes, incluyendo a Goering, que había destituido al general Felmy, el competente comandante de la fuerza aérea que había sido el superior directo de Reinberger; el puesto de Felmy fue ocupado por Kesselring^[133].

El ataque fue retrasado hasta la primavera. Debido a la necesidad de proteger el

importantísimo flujo de mineral de hierro sueco, que durante el invierno era enviado desde el puerto de Narvik, se planeó comenzar con una invasión por el norte, hacia Dinamarca y Noruega, donde el comandante Vidkun Quisling alentaba y esperaba ansiosamente una ocupación alemana. También se temía que Inglaterra ocupara Noruega para bloquear Alemania y acudir en ayuda de Finlandia. Hitler firmó la directiva para la operación el 1 de marzo, habiendo nombrado diez días antes, de manera independiente de sus jefes militares, al general Nikolaus von Falkenhorst como comandante para la proyectada invasión de los puertos noruegos. Cuando la directiva llegó al despacho de Goering el 1 de marzo, se enfureció por no haber sido consultado.

El 5 de marzo Hitler convocó una conferencia urgente para detener la disputa que había estallado entre sus comandantes. El general Alfred Jodl, jefe de operaciones del Okw, dejó constancia en su diario de que Goering «dio rienda suelta a su rencor por no haber sido consultado» y «domina la discusión e intenta demostrar que todos los preparativos anteriores no sirven para nada». Hitler hizo concesiones a Goering, pero insistió en que su plan debía seguir adelante, aunque con mayor compromiso del Ejército y la Marina^[134].

Durante este periodo de disputa, Sumner Welles, el subsecretario de estado norteamericano, llegó a Alemania en lo que se suponía que era otra misión bienintencionada para restaurar la paz, inspirada esta vez por el presidente Roosevelt. La visita también fue una oportunidad de viaje de investigación para este hombre que se oponía al aislacionismo de Norteamérica. Welles habló largo y tendido con Mussolini, Ciano, Hitler, Ribbentrop y Goering, e incluyó París y Londres en su gira. Hitler dio directrices especiales a todo el que fuera a tener conversación con este visitante, para que dejaran que fuera él el que llevara el peso de la conversación, responsabilizar de la guerra a Inglaterra y Francia, y recalcar que Alemania estaba preparada para continuar combatiendo.

Sumner Welles ofreció su propia versión de su misión en Europa en su libro *A Time for Decision* [*La Hora de la Decisión*]; los registros alemanes de esas conversaciones han sobrevivido gracias a las extensas notas tomadas por Paul Schmidt, complementadas por la descripción de esas reuniones que aparecen en el libro que publicó después de la guerra. La impresión que tuvieron los alemanes de Welles fue de un hombre reservado, frío e inteligente. Sólo pasó tres días en Berlín y vio a Goering en Carinhall la tarde del 3 de marzo. En opinión de Schmidt, Goering trató a Sumner Welles con suma habilidad, aunque por algún motivo no le ofreció el suntuoso banquete de costumbre y lo envió de vuelta a Berlín tras varias horas de entrevista en un estado de inanición.

Welles encontró Carinhall en su estado normal de reconstrucción permanente y su impresión fue que acabaría teniendo el tamaño de la Galería Nacional de Washington cuando las obras hubieran terminado. Welles era muy observador y se fijó en el color subido de Goering y al principio pensó que se había puesto colorete en la cara, pero

cuando el tono antinatural desapareció durante su reunión achacó el efecto a algún tipo de «desajuste físico». Sus manos tenían la forma de «las zarpas cavadoras de un tejón». En la mano derecha Goering llevaba un gran anillo con seis diamantes de gran tamaño engastados; en la izquierda su anillo de esmeralda favorito, cuya piedra parecía tener dos centímetros y medio de lado.

Goering se mostró natural y amistoso, e hizo su propia defensa del caso de Alemania en la política europea, afirmando que había hecho personalmente todo lo posible para mantener la paz pese a la actitud provocadora de ingleses y franceses; la guerra era únicamente el resultado de su terquedad. En cuanto a la guerra en sí, Alemania tenía «todos los triunfos en la mano»; la fuerza aérea alemana reinaba suprema en los cielos y así seguiría. El que la guerra fuera breve o larga carecía de importancia, Alemania tenía suficientes materias primas, ¡e incluso producía mantequilla y otras grasas a partir de carbón!

Durante el tiempo que estuvieron conversando sentados en sillones frente a la chimenea, mientras la nieve caía a rachas que se arremolinaban en el exterior, Welles, como muchos otros antes que él, descubrió que Goering le impresionaba más que los otros jefes nazis. Encontró en él la misma falta de piedad y empatía que en los demás, pero sentía que Goering era capaz de tener una visión más amplia de las relaciones de Alemania con los demás países europeos y los Estados Unidos. Pero cuando Welles señaló que el pueblo americano se vería afectado de todos modos por una guerra que devastara Europa, Goering replicó ingenuamente que no veía cómo una guerra en Europa afectaba a los «intereses vitales» de los Estados Unidos. Welles contraatacó recordando a Goering que el pueblo americano, aunque igualmente decidido a no participar en la Primera Guerra Mundial, entró rápidamente en la contienda una vez que aceptó que sus intereses nacionales estaban amenazados y que incluso ahora estaba «profundamente conmovido» por la crueldad de los alemanes contra los judíos. Goering intentó responder a esto aseverando que los norteamericanos apoyaban con su actitud hacia las razas de color la misma política que condenaban en la actitud alemana hacia los judíos. Cuando Welles señaló la diferencia entre una política gubernamental activa de discriminación y represión, y la práctica de esas cosas por determinados grupos en contra del sentimiento generalizado de la nación y sus gobernantes, Goering no dijo nada más sobre el asunto, sino que regresó al terreno más seguro de arremeter contra la determinación de Inglaterra de seguir en el camino de la guerra contra Alemania en vez de aceptar la política de paz que tantas veces le ofreció Hitler.

Goering insistió entonces en enseñarle al hambriento subsecretario de Estado las galerías donde, según le explicó, él personalmente había colocado todos los objetos y obras de arte. Le enseñó los regalos que le habían hecho los gobiernos extranjeros, incluyendo adquisiciones recientes de Japón; le mostró sus Cranachs y otros cuadros en su creciente colección de grandes maestros. La sala de recepciones y los salones estaban decorados con «cientos de cuadros» pero la impresión de Welles era de que

«sería difícil encontrar un edificio más feo o uno más intrínsecamente vulgar en su ostentación». Se alejó en su coche bajo la creciente oscuridad del crepúsculo, atravesando verjas que se abrían electrónicamente en sucesivos puntos del camino que llevaba a la entrada principal y al camino de vuelta a Berlín. Mientras el coche avanzaba, Welles pensó en que la única forma de detener el poderío militar de Alemania sería que las democracias de Europa occidental y los Estados Unidos volvieran a formar un frente unido y lo imposible que sería lograrlo con el actual ánimo aislacionista del electorado norteamericano. La gente en las calles de Berlín le parecía abatida y adusta.

La respuesta evasiva de Goering a la acusación de crueldad de los alemanes con los judíos era típica de su actitud ambivalente a lo desagradable y lo cruel. No ignoraba las masacres, torturas y expulsiones que las SS estaban llevando a cabo en Polonia bajo los dictados de Frank, Himmler y Heydrich. La deportación de judíos de Alemania a Polonia ya había empezado, y los observadores y voluntarios norteamericanos que todavía estaban presentes en Polonia contaban historias de muertes por malos tratos y por falta de abrigo. La prensa extranjera publicaba historias de atroces crueldades cometidas contra hombres, mujeres y niños que eran sacados a la fuerza de sus casas. Goering, como presidente del Consejo de Defensa de Reich, era responsable en última instancia de las órdenes de deportación, y en una reunión celebrada el 12 de febrero en Carinhall aconsejó a Himmler que detuviera los traslados por el momento debido a esas historias, aunque Himmler le sugirió que treinta mil alemanes fueran trasladados fuera de Lublin para permitir la expansión del gueto. En esa misma reunión Goering dijo que «el refuerzo de la capacidad bélica del Reich debe ser el objetivo principal de todas las medidas que se tomen en el este». Pero en parte debido a las rivalidades personales entre los jefes nazis, en parte por pura mala administración a la hora de comunicar y cancelar órdenes, las tristes migraciones de desplazados víctimas de la congelación continuaron. Más tarde, el 23 de marzo, cuando llegaron los informes de más muertes de judíos durante los traslados, Goering decretó que debían suspenderse, aunque Greiser, gobernador del Warthegau^[*] se le opuso, aduciendo que se le había prometido la evacuación de doscientos mil judíos de Lódz y que la suspensión de Goering no entraría en vigor hasta mayo. Mientras tanto, Himmler traía grandes cantidades de alemanes raciales procedentes de los territorios orientales en el área ocupada por los rusos en la esfera de influencia rusa.

Hitler estaba impaciente por empezar y terminar su guerra en el oeste. Le complació que Mussolini adoptara un papel de apoyo; su entrada en la guerra estaba programada para después de que los alemanes hubieran dado el golpe inicial devastador. El 2 de abril, Hitler convocó a Goering, Raeder y Falkenhorst a una conferencia, cuyo resultado fue que se ordenó que la invasión de Dinamarca y Noruega comenzara una hora antes del amanecer del 9 de abril. La marina alemana zarpó hacia aguas noruegas el 3 de abril. El 9 de abril los gobiernos de Dinamarca y

Noruega fueron informados de que serían puestos bajo la protección del Reich para evitar una ocupación anglo-francesa. Dinamarca se rindió ante esa lucha desigual sin que apenas se disparara un solo tiro. La Luftwaffe hizo un vuelo simbólico sobre Copenhague, de forma que el rugido de sus motores expresara la voluntad de Alemania. En Noruega la resistencia fue mayor, pero la Luftwaffe ocupó el aeródromo de Sola. Hacia el mediodía los principales puertos estaban en manos alemanas, pero no Oslo. El rey y su gobierno huyeron a las montañas. Cuando se negaron a capitular o a aceptar a Quisling como primer ministro, se ordenó a la Luftwaffe que destruyera la aldea donde se creía que se encontraban. Con ayuda de los ingleses y franceses, la resistencia noruega inicial resistió el resto del mes contra la *blitzkrieg* de la Luftwaffe. La Marina alemana sufrió grandes reveses con la pérdida de diez destructores, tres cruceros y los grandes daños que recibieron los buques *Scharnhorst*, *Gneisenau* y el crucero de guerra *Lützow*. Todo eso serviría para disuadir a Hitler de lanzar su invasión de Inglaterra más adelante en ese año.

De igual importancia fue la reacción nerviosa de Hitler ante los reveses iniciales en Noruega, y Goering se pasó todo ese periodo con los nervios de punta por miedo a que su autoridad o el prestigio de la Luftwaffe fueran eclipsados^[135]. Es significativo que en el diario del general Franz Halder^[136], jefe del Estado Mayor general del ejército, no haya ninguna mención de Goering o la Luftwaffe durante toda la campaña noruego-danesa. En el diario de Jodl, sin embargo, aparece mencionado el 19 de abril, cuando «[Goering] critica que la actuación hacia la población civil no es lo suficientemente enérgica», añadiendo que «la Fuerza Aérea no puede hacerlo todo». El 22 de abril, Jodl anota que el mariscal de campo está «algo más tranquilo hoy, en vista de las previsiones meteorológicas de buen tiempo», y se le menciona como presente en las discusiones diarias de Hitler de los días 24 de abril, 2 de mayo y 3 de mayo, cuando volvió a enfadarse porque el nombre de Milch no recibió el mismo peso que los demás del alto mando y entonces realizó un «asalto» con el objetivo de hacerse con el control de las unidades aéreas de la Marina.

El papel de la Luftwaffe en la campaña había sido, de hecho, esencial. Una gran flota de aviones de transporte llevó a la infantería alemana a Noruega, y unos cuatrocientos bombarderos entraron en acción contra los centros de resistencia. Pocos cazas tomaron parte en la operación, ya que la oposición en el aire fue casi inexistente.

Tras considerables vacilaciones, Hitler decidió que el Caso Amarillo [*Fall Gelb*], el nombre en código para la invasión en el oeste a través de Bélgica y Holanda, empezaría el 10 de mayo. En menos de seis semanas los alemanes, para su sorpresa, se habían convertido en los dueños de Bélgica, Holanda y Francia.

Para cuando se lanzó esta campaña devastadora, la Luftwaffe se había convertido en la mayor fuerza aérea del mundo. Goering tenía unos 3500 aviones operativos para la invasión, organizados en dos flotas aéreas comandadas por Kesselring y Sperrle. El mando de Kesselring incluía las operaciones aéreas de la Marina, la colocación de

minas, y la importantísima división de paracaidistas comandada por el general Student. Esta división y los bombarderos en picado tuvieron un papel destacado en la estrategia, como también lo habían tenido en Escandinavia; fue el aterrizaje principal de las tropas aerotransportadas de Goering lo que tomó a los holandeses por sorpresa. La invasión incluyó el despiadado bombardeo de Rotterdam por los Stukas en el que murieron más ochocientas personas y miles fueron heridas justo mientras se negociaba la rendición de la ciudad.

El inmisericorde bombardeo de Rotterdam era otra señal más de la agresiva crueldad de Hitler. Aunque era una ciudad defendida y no había capitulado todavía en el momento del ataque, tanto Goering como Kesselring debían estar al tanto de que las negociaciones para la rendición estaban en marcha; Student, que en un principio pidió el ataque, había enviado un mensaje al mediodía que venía a decir que el ataque aéreo propuesto debía ser pospuesto. Se ha supuesto que Goering y Kesselring lanzaron deliberadamente el ataque para apresurar las negociaciones, y que hubo confusión sobre las bengalas lanzadas para detener el ataque. Kesselring hace referencia a «horas de acalorada discusión con Goering» sobre el ataque y si debía tener o no lugar. Los efectos del bombardeo se vieron agravados porque el departamento de bomberos estaba fuera de combate por un vertido de aceite ardiendo desde una fábrica de margarina. Pero, actuara o no Goering con desprecio por las vidas de los holandeses, su anuncio público del 28 de mayo sí que revela implacabilidad, al declarar que todos los aviadores franceses capturados serían encadenados porque supuestamente los franceses maltrataban a los aviadores alemanes que habían sido hechos prisioneros; declaró que fusilaría a cinco prisioneros franceses por cada aviador alemán que fuera fusilado y que aumentaría este número a cincuenta si un piloto alemán recibía disparos mientras descendía en paracaídas.

Fue entonces cuando el rey de Italia consintió al fin en conceder a Goering su Collar de la Annunziata. El embajador Alfieri se trasladó al frente de batalla bajo órdenes de Ciano y allí se reunió con Goering en su tren blindado cubierto con redes de camuflaje, rodeado de artillería antiaérea y estacionado cerca de un túnel en caso de emergencia. La voz de Goering le tembló de emoción mientras le daba las gracias al embajador por la condecoración que tanto había ansiado; tras la pequeña ceremonia de presentación, Goering le habló de los éxitos de la Luftwaffe y la estrategia invencible de la *blitzkrieg*. La guerra, afirmó, pronto habría terminado. Entonces atravesó, apretándose de lado para pasar, la puerta que conducía al comedor y regresó al poco con el Collar puesto. Llamó a los fotógrafos y posó cuidadosamente para ellos mostrando su nueva condecoración. Le había llevado más tiempo vencer la resistencia del rey de Italia que conquistar los ejércitos del oeste.

El ataque contra Bélgica tuvo lugar a un ritmo tan dramático que Hitler sufrió una crisis nerviosa. Estaba «asustado por su propio éxito», como lo describió Halder en aquel momento. Por dos veces detuvo el avance de sus divisiones blindadas cuando

más necesario era que siguieran adelante. El segundo de esos frenazos tuvo lugar el 24 de mayo, a treinta kilómetros de Dunkerque, donde Hitler parecía tener a los ejércitos de los Aliados en el norte completamente rodeados y a su merced. El 28 de mayo, el rey de Bélgica capituló sin consultar con sus aliados.

Se ha debatido sobre la razón de la decisión de Hitler de detener el avance. Las pruebas recopiladas por Shirer, y en gran parte basadas en una carta de Halder, convierten a Goering en el responsable final. Hitler y el general von Rundstedt, que estaban reunidos en el cuartel general del Grupo de Ejércitos A en Charleville bajo el mando del segundo, detuvieron las columnas blindadas alemanas. Halder anotó con resentimiento en su diario que «¡Van a dejar en manos de las fuerzas aéreas rematar al enemigo rodeado!». Goering había intervenido y se había ofrecido a bombardear al enemigo hasta que se sometiera; se le oyó decir a Hitler: «Mi Luftwaffe completará el cerco y asediará el área desde el aire». Halder le escribió posteriormente a Shirer:

Durante los días siguientes se ha sabido que la decisión de Hitler estuvo principalmente influida por Goering. Para el dictador, el rápido avance del ejército... se había vuelto casi siniestro. Estaba constantemente acosado por la sensación de un revés inminente...

Goering, que conocía bien a su Führer, se aprovechó de su ansiedad. Se ofreció a librar el resto de la gran batalla de cerco él solo con su Luftwaffe, eliminando así el riesgo de tener que usar las valiosas formaciones panzer. Hizo esa propuesta... por una razón que era característica de la ambición sin escrúpulos de Goering. Quería asegurar para su fuerza aérea, tras las sorprendentemente fáciles operaciones del ejército hasta entonces, el acto final decisivo en la gran batalla y así ganar la gloria del éxito ante el mundo entero^[137].

Guderian, el comandante de panzers, también dijo: «Creo que fue la vanidad de Goering lo que hizo que Hitler tomara esa decisión trascendental». La única intervención que Goering quería por parte del ejército era una simple operación de limpieza que seguiría a la acción principal que él iniciaría. Mientras tanto, los panzers paralizados se mantendrían a una distancia segura para mantener cercado al objetivo humano.

La orden de parada fue levantada dos días después, el 26 de mayo, pero para entonces el plan de evacuación británico ya estaba en marcha y los tanques alemanes se encontraron enfrentados a tres divisiones inglesas apoyadas por artillería pesada. La Luftwaffe no consiguió confirmar las baladronadas de Goering por dos motivos. El primero fue que el mal tiempo dejó a los aviones en tierra (y que en cualquier caso no volaban de noche en esa época, cuando la evacuación seguía adelante), y el segundo fue que la Luftwaffe encontró la primera oposición fuerte por parte de una fuerza aérea que demostraría estar a su altura. Los Messerschmitts se encontraron con

los Spitfires, que aunque superados en número, eran superiores a los cazas alemanes en rendimiento.

La Luftwaffe bombardeó el puerto de Dunkerque el 27 de mayo, pero no lo destruyó completamente; seguía funcionando el 28 de mayo, cuando el mal tiempo se combinó con el humo de los almacenes y el combustible en llamas para oscurecer lo que ocurría en tierra. Hacia el 29 de mayo los alemanes se percataron de la escala de la evacuación que estaba teniendo lugar y la Luftwaffe empezó a atacar los barcos. La RAF contraatacó, muy a menudo entre las nubes, lo que condujo a los atribulados soldados a creer que su fuerza aérea les había abandonado. El 30 de mayo la Luftwaffe se quedó en tierra por el mal tiempo, pero reanudó sus ataques contra los buques el 31 de mayo. «Ahora estamos pagando por nuestro fracaso a la hora de cercar a los Aliados debido a las interferencias desde lo alto», escribió Halder en su diario. El 1 de junio tuvo lugar la mayor batalla en el aire y cada bando perdió unos treinta aviones. Después de eso la evacuación continuó sólo por la noche hasta que el tiempo una vez más estuvo a su favor y la Luftwaffe volvió a quedarse en tierra. La evacuación terminó el 4 de junio, cuando las fuerzas terrestres alemanas, no la Luftwaffe, vencieron a la resistencia de los Aliados (Raeder, con su Marina hundida o confinada en Noruega, poco pudo hacer para oponerse a los ingleses en el mar), pero para entonces 338 000 soldados de los ejércitos Aliados, incluyendo unos 60 000 franceses, habían sido rescatados. Goering convirtió este fracaso en la apariencia de un triunfo al entrar junto a su Estado Mayor en Dunkerque para regodearse en las vastas pilas de botín intacto que había dejado el enemigo en su retirada.

El 5 de junio, el día después de la caída de Dunkerque, Milch se unió a Goering en su tren, que estaba en un túnel cerca de la costa del Canal de la Mancha y propuso que se deberían llevar a cabo una serie de lanzamientos coordinados masivos de paracaidistas para tomar las instalaciones de la RAF en Inglaterra. Goering accedió a llevar la propuesta a Hitler^[138]. Posteriores reuniones para debatir la idea tuvieron lugar el 18 y el 27 de junio, cuando Francia ya se había rendido.

Hitler, sin embargo, todavía tenía esperanzas de paz, y dio otra razón, esta vez política, que Halder anotó debidamente, por la que no quería que la batalla decisiva contra los Aliados tuviera lugar en suelo flamenco; consideraba a los flamencos como primos de los alemanes, y quería mantener su tierra intacta. También empezaba a pensar que podía persuadir a los ingleses de que aceptaran la paz ahora que Alemania tenía una posición dominante en Europa occidental. Parece haber aceptado el fracaso de Goering con magnanimidad, puede que por esa razón. Invitó a Mussolini a unirse a la derrota final de Francia una vez que la fuerza aérea francesa fuera liquidada. Mussolini entró en la guerra el 10 de junio, pero sus fuerzas no hicieron ningún progreso en el sur, mientras que el alto mando francés se abstenía de emprender acciones ofensivas contra Italia. La victoria era de Hitler y las condiciones del armisticio que impuso a Francia eran completamente suyas. El 18 de junio Hitler le dijo a Goering, «la guerra ha terminado. Llegaré a un acuerdo con Inglaterra».

Goering, muy conmovido, sonrió y dijo: «Ahora al fin habrá paz».

El viejo vagón de tren en el que se firmó el armisticio de 1918 fue sacado de su museo y colocado en un claro iluminado por el sol en el bosque de Compiègne, una desolada reliquia bajo los árboles. Hitler, acompañado entre otros por Goering, Ribbentrop, Keitel y Hess, llegó en coche a ese lugar a las tres y cuarto de la tarde del 21 de junio. Goering llevaba su bastón de mariscal de campo. Juntos contemplaron el bloque de granito con las palabras «Aquí pereció el once de noviembre de 1918 el orgullo criminal del Imperio Alemán; derrotado por los pueblos libres que pretendía esclavizar». Las cámaras de cine registraron todos los momentos de la escena mientras el rostro de Hitler adquiría esa expresión patológica suya en la que se daban horriblemente por igual el desprecio y el triunfo. Entonces entraron en el vagón y allí recibieron al grupo de franceses enviados a negociar los términos del armisticio. Hitler dejó a Keitel a cargo de las discusiones, que continuaron durante dos días. El vagón de Compiègne fue llevado a Berlín, y la placa de granito que había ofendido a Hitler y Goering en el momento de su gloria fue volada en pedazos. Hitler hizo una visita turística a París mientras Goering aprovechaba el momento para hacer la primera de sus muchas visitas a la ciudad que se convertiría en uno de los principales lugares donde podía olvidarse de la guerra y entregarse a la búsqueda de obras de arte para la gran colección que estaba reuniendo^[139]. Halder anotó el 4 de julio en su diario que Goering exigía que se creara una comisión económica paralela a la comisión del armisticio para decidir todos los aspectos de la vida económica francesa, incluyendo la confiscación de materias primas para Alemania.

El 19 de julio, en la Ópera Kroll, Hitler proclamó las victorias de su genio ante una reunión del Reichstag; entonces hizo un ofrecimiento de paz a Inglaterra. Tras eso, convirtió a los principales agentes de su poder en mariscales de campo y generales. Goering fue nombrado «Reichmarschall des Grossdeutschen Reiches». Shirer, que estaba presente en la ceremonia, describe a Goering sentado en su estrado de presidente escribiendo su propio discurso mientras Hitler hablaba, con el ceño fruncido y mordisqueando el lápiz «como un escolar escribiendo una redacción», dando palmadas con «gestos gargantuescos» y moviendo los brazos «como un boxeador en el cuadrilátero» cuando Hitler anunció que Milch, Kesselring y Sperrle serían mariscales de campo, e incluso «levantó la tapa para echar un vistazo» cuando Hitler le entregó la caja que contenía su bastón especial^[140].

En julio, Goering confió a Walther Funk, ministro de Economía del Reich, la tarea de formar el plan para el Nuevo Orden Alemán en Europa. Este Nuevo Orden fue creado gradualmente mediante una sucesión de decretos y declaraciones y nunca existió bajo la forma de un plan o proyecto publicado. La integración de la industria en todo el territorio controlado por Alemania formaba una parte principal del plan, con la especialización de la producción en los diferentes países y un aumento de la agricultura (una ocupación menos rentable que la industria) en los países fuera del Reich. Toda la idea estaba basada en la Edad Dorada... dorada para Alemania, no

para sus estados vasallos.

Cuando Churchill rechazó la propagandística oferta de paz de Hitler, el dictador germano y sus comandantes volvieron a plantearse el problema de si seguir adelante o no con la invasión de Inglaterra. Supuestamente, tanto Kesselring como Student, al igual que Milch, estaban a favor de la invasión después de Dunkerque, pero Goering lo rechazó inmediatamente. Si había que derrotar a Inglaterra, primero habría que bombardearla. Por tanto, las flotas aéreas 2 y 3 se concentraron a lo largo de la recientemente capturada costa del Canal de la Mancha durante junio y julio, cuando Hitler le estaba dando vueltas en la cabeza a las diferentes formas que podía emplear para llevar a Inglaterra al punto en que tuviera que negociar o rendirse.

Hitler odiaba el mar. Según dejó constancia Halder, pensaba que cruzar el canal sería muy arriesgado y el alto mando alemán no tenía experiencia en operaciones navales, exceptuando el ejemplo no demasiado animoso de Noruega, que había reducido considerablemente la pequeña Marina alemana. Toda la planificación preliminar y teórica de la Operación León Marino para la invasión de Inglaterra había conducido a dudas de un tipo u otro, y ahora que había llegado la hora de aprovechar la debilidad de Inglaterra (en julio Inglaterra sólo podría haber armado seis divisiones en su propio suelo, mientras que en septiembre había armas para veinte), la controversia y la indecisión reinaban en el cuartel general de Hitler. Goering tenía el hábito de buscar congraciarse con Hitler mostrándole las deficiencias de los demás comandantes. La enemistad entre Raeder y Goering, que había empezado por desavenencias sobre la invasión de Escandinavia, se había intensificado^[141]. Goering había enviado a Raeder un telegrama groseramente insultante diciéndole que se ocupara de sus propios asuntos, en respuesta a la petición del almirante de que una gran fuerza aérea protegiera la base naval alemana en Trondheim. Debido a la poca utilidad de la Marina durante la campaña en el oeste, Raeder llegó al cuartel general de Hitler rebosante de planes para transportar las tropas alemanas a las costas inglesas. Las contrapropuestas de Rundstedt eran inaceptables para la Marina. Milch rumiaba la idea de lanzar paracaidistas sobre los aeródromos ingleses, y Kesselring, convencido de que era posible el desembarco en las playas que podían ver a simple vista desde el cabo Gris-Nez, se irritaba por la inactividad que le era impuesta. Con la aprobación de Hitler y Goering, la Luftwaffe creó «bombas de pánico» de falso material de paracaidismo, mapas e instrucciones para poner nerviosos a los ingleses y darles rumores que publicar en la prensa. Cuando a finales de junio la RAF bombardeó esporádicamente Alemania, Goering quiso contraatacar, pero Hitler lo contuvo, aunque en una directiva redactada por Goering el 30 de junio proyectaban operaciones muy menores sobre Inglaterra. Hacia mediados de julio, Hitler había aprobado los planes finales de invasión, y en una conferencia convocada por Goering el 21 de julio, le contó a su Estado Mayor que ahora tenían una nueva tarea por delante: infligir daños a la Marina inglesa en el Reino Unido. Hacia finales de julio, Raeder persuadió a Hitler para abandonar la idea de la invasión durante 1940, pero

que mientras tanto desatara la furia de la Luftwaffe contra Inglaterra. La orden se dio el 1 de agosto. La operación León Marino, por la que el Ejército y la Marina continuaban riñendo, dependería de los resultados.

Mientras tanto, el 24 de julio, Goering había recibido cordialmente a otro aspirante a mediador de paz en Carinhall, el Dr. Albert Plesman, jefe de la aerolínea holandesa KLM, en la que el sobrino de Goering, Peter Goering, había servido como piloto. Plesman quería hacer precisamente lo que Dahlerus había hecho, volar entre Alemania e Inglaterra como negociador informal entre los gobiernos. Tenía su propio plan de paz, que demarcaba claramente esferas de influencia que se extendían a África. Goering sonrió y prometió hablar con Hitler cuando el Führer regresara de Berchtesgaden. El plan llegó a lord Halifax a finales de agosto y fue rechazado; hacia septiembre Goering hacía todo lo posible por dissociarse del plan cuando el Dr. Plesman lo acosó en La Haya e intentó que dejara de hacer de Londres el objetivo de bombardeos a gran escala.

Goering, como siempre, era optimista sobre la destrucción que la Luftwaffe infligiría a Inglaterra. En una orden fechada el 11 de julio declaró que cuando llegara el momento habría que destruir la industria armamentística inglesa y la RAF «lo antes posible mediante los primeros golpes del ataque». Las defensas del sur de Inglaterra, según su estimación, sólo resistirían cuatro días y la RAF cuatro semanas; Goering estaba seguro de que la Luftwaffe podía asegurar el camino para la invasión de Hitler en un mes, y el 21 de julio envió un mensaje a Hitler en Berchtesgaden diciendo que le gustaría que se le «diera libertad para lanzar ataques contra los pilotos de caza ingleses, la fuerza aérea, la industria aeronáutica, puertos, industrias, refinerías y depósitos de combustible y contra el área del Canal». Goering llegó incluso a pensar que su éxito podía hacer innecesaria la invasión, y hacia septiembre se le oyó decir que no creía que la Operación León Marino tuviera lugar nunca. Pese a ello, durante agosto se prepararon los planes para el aterrizaje de paracaidistas y se realizaron ataques contra los puertos y otros objetivos. El 2 de agosto, siguiendo la directiva de Hitler, Goering dio órdenes para la destrucción de la RAF. Hacia el 10 de agosto no había ocurrido nada, sin embargo, porque para cuando la Luftwaffe estuvo lista para llevar a cabo su primer gran ataque el buen tiempo había pasado. Raeder no podía dejar pasar esa oportunidad; el Estado Mayor de la Marina de Guerra dejó constancia escrita de que por razones desconocidas para ellos, la Luftwaffe «había dejado pasar la oportunidad concedida por el buen tiempo reciente». Mientras tanto, Goering rabiaba en su cuartel general de París ante los informes meteorológicos que mandaban al traste sus grandes operaciones. Los ataques a gran escala contra los puertos comenzaron finalmente el 11 de agosto y los ataques contra los campos de aviación el 13 y el 14 de agosto. Había comenzado la Batalla de Inglaterra, pero con tales condiciones meteorológicas adversas que Goering se desesperó.

Goering tenía su base en la famosa comitiva de trenes, el cuartel general móvil cuyo nombre en código era Asia. Su tren personal iba precedido por un tren piloto de

vagones normales junto con otros para el transporte de automóviles; a éste le seguía el tren de Goering, que tenía plataformas en ambos extremos con artillería antiaérea. El vagón en el que viajaba Goering tenía dos dormitorios, un pequeño estudio y un lujoso cuarto de baño, y estaba conectado directamente con un segundo vagón, diseñado como sala de estar y dotado con medios para la proyección de películas. Un tercer vagón contenía el puesto de mando de Goering y su sala de operaciones, y el cuarto era su salón comedor. Había otros vagones para albergar invitados y personal de alto rango. Los trenes normalmente eran estacionados allí donde podían ser conducidos rápidamente al interior de un túnel en el caso de ataques aéreos. Goering llevó consigo a Kropp, a un médico y a su devota enfermera, Christa Gormanns, quien estaba a cargo de sus medicinas. Hitler estaba constantemente al teléfono, exigiendo informes de progresos, y Goering con frecuencia acababa en un estado de agotamiento nervioso.

La historia de la *blitzkrieg* en Inglaterra ha sido contada desde todos los puntos de vista, describiendo las experiencias, entusiasmos y sufrimientos de hombres y mujeres en el aire y en tierra. En su extensión completa duró desde mediados de agosto de 1940 a mediados de mayo de 1941, con un breve periodo de respiro en invierno, del 18 de enero al 8 de marzo, cuando sólo tuvieron lugar ataques comparativamente leves. Los ataques comenzaron en los puertos, los aeródromos, las instalaciones de radar y las fábricas de aviones; los experimentos de bombardeo nocturno, aunque afectaron a la población civil, fallaron en su mayor parte en acertar a los objetivos pretendidos. La superioridad numérica alemana mantuvo a los pilotos de combate ingleses sometidos a un esfuerzo incesante las veinticuatro horas y a una tensión horrorosa; de media, Goering, enviaba unos mil aparatos al día sobre Inglaterra, de los cuales seiscientos o más eran cazas para mantener a raya a la RAF [142].

Goering estaba profundamente insatisfecho con los avances que se habían logrado; ya no había duda de que los Spitfires eran más que rivales para los Stukas así como para los bimotores e incluso para los monomotores Messerschmitt, y que las pérdidas de bombarderos empezaban a ser graves. No se podía tentar a la RAF para que pusiera la mayoría de sus aviones en el aire a la vez, una jugada que hubiera podido conducir a su desintegración, ni se la podía destruir en tierra. La RAF continuó intacta pese a los esfuerzos de la Luftwaffe por destruirla. El 18 de agosto Goering convocó a los líderes de la fuerza aérea y les dijo con un fuerte sarcasmo que atacaran la industria aeronáutica inglesa y no «al buque faro de Dover», para enviarlos luego de vuelta a sus bases. Convocó a Galland a Carinhall. Galland voló a Berlín y constató con disgusto lo poco que la capital amante de los placeres se preocupaba por la contienda en la costa en la que tantos jóvenes perdían la vida. Entonces viajó a la fastuosa Carinhall, donde fue condecorado por Goering con la Medalla de Oro de Piloto y se le dijo que se necesitaba sangre más joven en el mando para mejorar el servicio de cazas. Fue ascendido a comandante de grupo. Más tarde, cuando Goering

estaba en el frente gruñendo a sus hombres, Galland le dijo que lo que hacía falta para llevar a cabo sus deseos era «una unidad de Spitfires^[143]».

Hitler, motivado por la venganza después de que Berlín sufriera un bombardeo, accedió a lanzar el *blitz* sobre Londres; esta operación, que tan costosa le resultaría a la Luftwaffe, empezó el 7 de septiembre.

Goering, que prefería dirigir todas sus operaciones desde su cuartel general de París, fue en persona a la costa por primera vez el 7 de septiembre para dirigir el flujo de aviones hacia Londres. Estuvo en una ladera cerca del cabo Blanc-Nez, donde estaba el puesto de mando para la Flota Aérea 2, y desde allí se retransmitió su discurso radiofónico para toda la nación sobre la destrucción de Londres y el vuelo de la Luftwaffe para atacar «justo en el corazón del enemigo». Más de seiscientos bombarderos y seiscientos cazas volaron hacia Londres en un periodo de veinticuatro horas. Fue pródigo con sus aparatos y pagó por ello en justa proporción.

Goering se llevó a su enfermera, Christa Gormanns, al frente con él y en ocasiones ella tomaba mensajes o telefoneaba órdenes en su nombre. Goering empezó a vacilar en sus intentos por evitar las pérdidas cada vez mayores que sufría la Luftwaffe, confundiendo sus cambios de tácticas con sus ilusiones, como sus comentarios del 16 de septiembre: «¡Hay que seguir hostigando al enemigo, entonces, en cuatro o cinco días, se habrá quedado sin cazas! Entonces habrá que eliminar los centros de producción de aviones... León Marino no debe perturbar o lastrar las operaciones de la Luftwaffe». Mientras tanto, la RAF bombardeaba los buques y el equipo reunidos a lo largo de la costa como parte de los preparativos para León Marino. Hitler, incapaz de tomar una decisión definitiva sobre la invasión de Inglaterra, empezaba a pensar en Rusia y en la posibilidad de obtener victorias doradas en el este mientras dejaba a Inglaterra inmovilizada por la Luftwaffe como una mariposa con las alas rotas.

El 17 de septiembre, Hitler decidió «posponer León Marino indefinidamente». Eso fue un amargo golpe para Goering, quien se percató que ése era el reconocimiento formal de Hitler de su fracaso. Su personal, según el general Karl Koller, se dio cuenta del cambio en él. Ordenó que su tren se preparara para partir y le dijo a sus comandantes que bombardearan Inglaterra sin piedad... pero de noche, cuando sus cazas estarían inmovilizados^[144].

Galland mantuvo una conversación privada con Hitler el 24 de septiembre cuando fue a Berlín para recibir sus hojas de roble para la Cruz de Caballero, el máximo galardón que podía ser otorgado, aparte de la Gran Cruz, que estaba reservada únicamente para Goering. Galland expresó su admiración por la RAF; Hitler se mostró de acuerdo con él y dijo que era trágico que alemanes e ingleses tuvieran que estar en guerra; la destrucción de Inglaterra dejaría «un vacío... que sería imposible de llenar». Galland fue entonces a Rominten para cazar con Goering, quien recibió a su joven comandante de aviación vestido con su chaqueta de cuero favorita, camisa de seda y cinturón con cuchillo de caza. Se quedaron en Rominten durante tres días

cazando venados, periodo durante el cual la Luftwaffe sufrió una de sus peores series de pérdidas consecutivas. En ese momento Goering permitió que se dijera a la prensa extranjera que él en persona había volado recientemente sobre Londres, pero en los periódicos alemanes no hubo ninguna mención. En cualquier caso, la información carecía por completo de veracidad.

Rusia, mientras tanto, no había estado ociosa mientras Hitler estaba ocupado. En junio, tras una aparente negociación, había ocupado los estados bálticos y le había arrebatado Besarabia y el norte de Bucovina a Rumanía usando la amenaza de la fuerza. A finales de agosto, Hitler, preocupado por los campos petrolíferos rumanos, había contraatacado imponiendo el arbitraje del Eje sobre Hungría y Rumanía. El rey Carlos había huido del país, y Antonescu, amigo de Hitler, se convirtió en dictador. Rusia y Alemania no se habían consultado sobre esas acciones. Hacia agosto, cuando el interés de Hitler por la invasión de Inglaterra había empezado a decaer, el plan para atacar Rusia en la primavera de 1941 se convirtió en la principal ocupación del alto mando. El 31 de julio Halder resumió los comentarios de Hitler en una reunión del Estado Mayor celebrada en el aislamiento alpino del Berhof: «¡Algo extraño ha ocurrido en Inglaterra! Los ingleses estaban ya completamente derrotados. Ahora vuelven a estar en pie... Rusia sólo tiene que insinuarle a Inglaterra que no quiere ver una Alemania demasiado fuerte y los ingleses recuperarán la esperanza, como un hombre que se ahoga y se aferra a cualquier cosa. Pero si Rusia es aplastada, la última esperanza de Inglaterra quedará destruida... Rusia debe ser liquidada. En la primavera de 1941». El 14 de agosto Goering insinuó que los envíos de productos a Rusia se mantendrían «sólo hasta la primavera de 1941» de forma que el suministro de materias primas procedentes de la Unión Soviética continuara hasta el último momento posible^[145]. El Estado Mayor se mantuvo ocupado durante los meses siguientes con los detalles del plan secreto mientras que en septiembre se firmaba el Pacto Tripartito entre Japón, Italia y Alemania, aparentemente contra los Estados Unidos, pero en realidad contra Rusia.

Fue un invierno difícil; no se pudo persuadir a Franco para que entrara en la guerra o para que bloqueara la entrada de los ingleses en el Mediterráneo; Mussolini, enfurecido por las maniobras de Hitler en los Balcanes, atacó estúpidamente a Grecia a través de Albania en noviembre y puso en peligro así la estrategia alemana en esta disputada área, que se había convertido en la principal causa de conflicto abierto entre Alemania y Rusia. Raeder siempre había presionado para que Alemania hiciera la guerra en el Mediterráneo, y ahora lo había conseguido en contra de los deseos de Hitler; el Führer decidió que Alemania debía acudir en ayuda de Italia, no sólo en Grecia, sino también en África del Norte donde Wavell había derrotado de manera aplastante a Graziani.

Mientras tanto, Goering continuaba la campaña contra Inglaterra desde el aire. Los muelles y el East End de Londres sufrieron durante la primera fase del bombardeo de Londres en septiembre. Durante este periodo la Luftwaffe aprendió

que bombardear de noche era mejor que hacerlo de día, y las noches en las que brillaba la «luna de bombardeo» se convirtieron ese otoño en el pavor de los londinenses. El 18 de octubre, Goering decidió alabar a sus jóvenes: «Vuestros infatigables y valientes ataques contra el corazón del Imperio Británico, la ciudad de Londres... han reducido a la plutocracia inglesa a un estado de miedo y terror». Los bombardeos nocturnos continuaron cayendo sobre Londres y otras ciudades inglesas hasta el 19 de enero; el gran bombardeo de Coventry tuvo lugar el 14 de noviembre. Hubo un periodo de tregua hasta el 8 de marzo, cuando se reanudaron a gran escala los bombardeos contra Londres y otras ciudades. Ni la artillería antiaérea ni los cazas nocturnos tuvieron mucho éxito en esa etapa; por otro lado, con frecuencia los bombardeos eran poco precisos y la Luftwaffe sufrió grandes pérdidas al volar con mal tiempo. Los pilotos de la Luftwaffe se enfadaron cuando un tercio de sus Messerschmitts fueron convertidos en cazabombarderos, Goering contestó que había que hacerlo debido a su fracaso a la hora de defender a los bombarderos de los ataques de la RAF. El resultado fue que los pilotos dejaban caer las bombas en cualquier lugar para librarse de ellas, les molestaba que los usaran como mulas de carga. Con un ojo puesto en la moral y la popularidad personal, Goering concedió a todos los pilotos del área del Canal unas vacaciones extras para que fueran a esquiar en Año Nuevo, retirando las unidades una a una para reacondicionarlas y que descansaran durante el periodo de enero a febrero en el que el terreno era poco apropiado para los despegues. Los ingleses pudieron recuperar algo del sueño perdido.

Cuando llegó la primavera, los cazas nocturnos empezaron a tener más éxito, pero Hitler estaba decidido a mantener los bombardeos a gran escala durante tanto tiempo como fuera posible antes de que comenzara la campaña rusa, aunque sólo fuera como represalia por el creciente número de ataques aéreos que la RAF estaba logrando lanzar contra Alemania. Hacia finales de mayo, el periodo de los grandes bombardeos contra Inglaterra había acabado y Kesselring recibió la orden de trasladar la Flota Aérea 2 a Poznan en preparación para el ataque contra Rusia el 22 de junio.

Goering afirmó en Núremberg que estaba muy preocupado por la guerra con Rusia y que no se le dijo nada de ello hasta finales de otoño de 1940 en Berchtesgaden. Aunque sus órdenes del 14 de agosto sobre el fin de la entrega de productos a Rusia en la primavera de 1941 parecen contradecir esa afirmación, hay pocas dudas de que intentó disuadir a Hitler, como hubiera hecho cualquier persona cuerda en posición de dar consejo, de que extendiera demasiado sus fuerzas en acciones simultáneas en el este, el oeste y el sur. Prefería concentrarse en eliminar a Inglaterra de la guerra y la única extensión de actividad de la que estaba a favor era en el Mediterráneo^[146]. Por una vez estaba de acuerdo con Raeder, que apoyaba férreamente esa línea de actuación. Goering quería tomar Gibraltar mediante la vieja estrategia de bombardeo seguido de asalto con paracaidistas contra el Peñón. Entonces, al haber quedado cerrada para los ingleses la entrada occidental al

Mediterráneo, un Grupo de Ejército bajo el mando de Rundstedt invadiría Marruecos y Túnez, mientras que un segundo Grupo bajo el mando del mariscal de campo Fedor von Bock descendería a través de Italia y cruzaría el mar hacia la Tripolitania. Un tercer ejército, comandado por el mariscal de campo Sigmund List, tomaría Grecia, los Balcanes, los Dardanelos y Ankara, y luego cruzaría para cerrar el Canal de Suez a los ingleses. Después de eso, según creía Goering, los ingleses quedarían a merced de Alemania y sería fácil llegar a un acuerdo para unir fuerzas contra Rusia. El 14 de noviembre, Halder se percató de que Goering estaba poco dispuesto a considerar una misión de la Luftwaffe contra las islas de Cabo Verde, las Azores y las Canarias, pero por otro lado quería completa libertad de acción en España. A finales de enero, Goering y Student fueron convocados a Obersalzberg por Hitler para discutir el uso futuro de paracaidistas en las diferentes campañas que se estaban planeando. Student aportó varias propuestas para la invasión de Inglaterra que fueron debatidas a fondo, incluyendo la idea de ocupar la península Devon-Cornualles e Irlanda del Norte. Student se retiró entonces y dejó a Hitler y Goering solos. De camino de vuelta a Berlín, Goering le dijo a Student: «No se preocupe innecesariamente por el Ulster. El Führer no quiere invadir Inglaterra. De ahora en adelante, Gibraltar será su principal tarea».

Hitler, sin embargo, no sería disuadido de llevar a cabo su gran estrategia: la Operación Barbarroja contra Rusia. «Cuando empiece Barbarroja», dijo, «el mundo contendrá el aliento y enmudecerá». Goering, por tanto, acató la decisión dedicándose a planificar la operación, como dijo en Núremberg, según la estrategia familiar: «El asunto decisivo en el momento del primer ataque era, como antes, aplastar el poder aéreo del enemigo con todas las fuerzas como objetivo principal». Cuando Milch supo de la campaña, dijo a Goering que debía detener a Hitler a toda costa, diciéndole «es su responsabilidad hacerlo para salvar a la Patria». Goering simplemente replicó que era inútil intentar hacer cambiar de opinión al Führer en esa etapa, y amenazó con someter a Milch a un consejo de guerra si intentaba intervenir por su cuenta. «No toleraré que uno de los jefes de la Luftwaffe sea tachado de derrotista^[147]».

Antes de la gran aventura rusa, Hitler tenía que resolver las cosas en los Balcanes. Durante el mes de febrero, un ejército de un millón de hombres entró en Rumanía y Bulgaria, que ahora eran países vasallos de Alemania, pero una revuelta popular en Yugoslavia impidió que Alemania tuviera el fácil acceso que deseaba a ese tercer territorio balcánico. Hitler fue presa de un arrebato de rabia histérica; pospuso la invasión de Rusia durante meses y ordenó a Goering que arrasara Belgrado desde el aire y a sus ejércitos que aplastaran a los yugoslavos. La Luftwaffe reprodujo las masacres de Varsovia y Rotterdam sobre las cabezas de los civiles de Belgrado. Yugoslavia capituló el 17 de abril tras once días de resistencia, y los panzers avanzaron por su territorio hacia Grecia. Hacia finales de abril los alemanes estaban en Atenas y la división británica que había sido enviada desde Libia para ayudar a los

griegos tuvo que ser evacuada a trancas y barrancas. Student quería que sus paracaidistas capturaran Creta, y no le fue difícil entusiasmar a Goering con la idea. Goering lo envió a Hitler, quien consintió la campaña. La División de paracaidistas logró conquistar Creta a los ingleses, pero con grandes pérdidas. «Ninguna isla está a salvo ahora», se jactó Goering de manera significativa. Las notas de Halder para el 8 de mayo sobre la conquista de Creta son interesantes: «Control operacional de Creta. [El mariscal de campo] tendrá la responsabilidad general. Las fuerzas de tierra operarán bajo su mando con la exclusión completa del OKH [*Oberkommando des Heeres*, el alto mando del ejército]. ¡Un asunto peligroso!». Solo un mes antes, el 7 de abril, durante la campaña balcánica, Halder había comentado con amargura la interferencia de Goering en los asuntos del ejército y había añadido: «Han comenzado otra vez las malditas murmuraciones»; ahora se queja de que Goering parece querer convertir Creta en un «dominio exclusivo de la Luftwaffe».

Todos los soldados ingleses disponibles eran necesarios en África para enfrentarse al sombrío conflicto con el general Erwin Rommel, que llegó a la Tripolitania con una división blindada y algunas unidades de la Luftwaffe en febrero, y que había expulsado a los ingleses de vuelta a las fronteras egipcias. Los ingleses tuvieron en esa amarga primavera la suerte de que Hitler rechazara una vez más la insistencia de Raeder y el consejo de Goering de conquistar Suez y sellar el Mediterráneo. La campaña contra Rusia, ahora seriamente retrasada, tenía que ir primero, y los ejércitos debían reorganizarse para el conflicto que según dijo Hitler a sus comandantes, debía «llevarse a cabo con una dureza inaudita, despiadada e inexorable». El 13 de mayo ordenó a Himmler, «bajo su propia responsabilidad» que emprendiera «tareas especiales» en la administración política de Rusia y ordenó a Goering que organizara «la explotación del país y la adquisición de sus recursos económicos para su uso por la industria alemana».

Pero Hitler iba a sufrir una seria conmoción personal mientras sus departamentos planeaban la conquista de Rusia. El 10 de mayo, Rudolf Hess, el tercero en la línea sucesoria del imperio nazi, cuya mente estaba trastornada por la astrología, despegó de Augsburgo en un avión y voló a Escocia. Hitler estaba en el Berghof y, según Schmidt, cuando recibió la carta de Hess explicando lo que iba a hacer, fue como si le hubiera golpeado la explosión de una bomba. Telefonó a Goering, que estaba en Veldenstein y le ordenó que viniera inmediatamente. Goering llegó tras un viaje en coche de tres horas y Hitler quería saber si Hess podía llegar a Inglaterra de verdad. Goering dijo que sí, y entonces telefonó inmediatamente a Galland, ordenándole a él y a su grupo que despegaran en un vano intento por detener a Hess en su Messerschmitt. Galland, creyendo que todo el mundo se había vuelto loco, ordenó unos pocos vuelos simbólicos y luego telefonó a Goering para informar del fracaso de su misión.

Durante la primavera, Goering continuó trabajando en los planes para la invasión y explotación económica de Rusia, aunque también tenía que actuar como anfitrión

de los representantes del Eje que visitaban Alemania. El ministro de exteriores japonés, Yosuke Matsuoka, había visitado Berlín a finales de marzo, al mismo tiempo que Hitler sucumbía a la rabia ante la oposición yugoslava a sus planes. Tanto Ribbentrop como Hitler insinuaron a Matsuoka que era de esperar un conflicto con la Unión Soviética; hablaron sobre la necesidad de mantener a los Estados Unidos fuera de la guerra y su esperanza de que Japón atacara a Inglaterra a través de Singapur. Goering volvió a repetir esos deseos cuando el ministro lo visitó en Carinhall, donde el esfuerzo bélico no había supuesto obstáculo para las ampliaciones, que los albañiles acababan de terminar. Durante la recepción, Matsuoka se inclinó hacia Schmidt, que actuaba de intérprete, y murmuró que había gente en el extranjero que decía que Goering estaba loco y que de hecho estuvo ingresado en un manicomio. Después de la recepción Goering le obsequió con la consabida visita guiada por la casa y le mostró su maqueta de ferrocarril, que Matsuoka admiró especialmente.

La directiva oficial de Hitler del 13 de mayo confirmó formalmente a Goering en el cargo de planificador de la explotación económica de Rusia; de hecho se trataba de una ampliación de sus poderes como Plenipotenciario para el Plan de Cuatro Años. En abril, con su acostumbrada capacidad para crear superposiciones administrativas en conflicto, Hitler había nombrado a Alfred Rosenberg, el inepto filósofo del movimiento nazi, comisario para la Región de Europa Oriental. La fricción era inevitable; tanto Rosenberg como Goering estaban furiosos por la idea del solapamiento de sus respectivas autoridades en el mismo territorio.

Durante los meses de mayo, junio y julio, Goering firmó directivas para su Organización Económica para el Este tan despiadadas en sus órdenes de explotación que éstas se convertirían en algunos de los principales documentos citados por la acusación en los juicios de Núremberg. Dio detalladas instrucciones para el saqueo de Rusia un memorando emitido el 2 de mayo que comenzaba diciendo: «La guerra pide ser continuada sólo si todas las fuerzas armadas son alimentadas por Rusia en el tercer año de la guerra. No hay duda de que millones de personas morirán de hambre si tomamos lo que necesitamos del país^[148]». Esas directivas llegaron a ser conocidas como el Archivo o Carpeta Verde.

Un informe de alto secreto del 23 de mayo contenía esta declaración:

La administración alemana en esos territorios puede intentar mitigar las consecuencias de la hambruna que sin duda tendrá lugar y acelerar el regreso a las condiciones originales... Sin embargo, esas medidas no evitarán la hambruna. Muchas decenas de millones de personas en esa área se convertirán [en superfluas] y o morirán o tendrán que emigrar a Siberia. Cualquier intento de salvar a la población local de la muerte por inanición mediante la importación de excedentes procedentes de las tierras negras^[*] sería a costa de suministros para Europa. Reduciría la resistencia alemana en la guerra y minaría la capacidad de Alemania y Europa para resistir el

bloqueo. Eso debe quedar completa y absolutamente claro^[149].

La industria de las áreas de Moscú y Leningrado sería cerrada y la población moriría de hambre o se dispersaría; debía realizarse «el más despiadado recorte del consumo doméstico ruso». La organización debía enfrentarse «a la extinción de la industria así como de gran parte de la población en las áreas que hasta ahora han sido deficitarias en alimentos».

El ataque contra Rusia empezó en la madrugada del sábado 22 de junio; era el mismo día que Napoleón había elegido para su invasión del país. Goering se quedó en Carinhall. Por razones todavía inexplicadas el ataque tomó a Rusia por sorpresa, y la vieja táctica de destruir los aviones enemigos en el suelo volvió a funcionar una vez más.

También es cierto que los alemanes estaban tan sorprendidos como los rusos. Sólo los hombres clave en las fuerzas de invasión sabían la verdad, y la propaganda difundida era que los preparativos respondían a un ataque contra Inglaterra. En mayo, en el cuartel general de la Luftwaffe en París, Goering celebró una reunión informativa con todos los comandantes de unidades destinadas en Francia, hablando sólo en términos de una invasión en suelo inglés. Pero después se llevó aparte a Galland, Werner Mölders y otros oficiales superiores, soltó una risita y dijo «No había ni una pizca de verdad en todo eso». Entonces les contó que la invasión de Rusia era inminente. Fue un golpe que los dejó estupefactos, según Galland; creía que la base de la estrategia de Hitler era evitar a toda costa batallar en dos frentes opuestos. Goering, sin embargo, no parecía preocupado en lo más mínimo; despreció la capacidad de la Fuerza Aérea soviética y dijo que ésta era una oportunidad para que la Luftwaffe volviera a brillar y derribar enemigos como si estuvieran tirando al plato. En cuanto a Inglaterra, eso ya se solucionaría dentro de unos cuantos meses, una vez que Rusia fuera derrotada. Goering destinó a Mölders al frente del este y le dijo a Galland que lo enviaría a relevarlo seis meses después del inicio de la campaña. «Usted hará el resto, Galland», dijo Goering en su manera más paternal. Mientras tanto, por supuesto, había que mantener el secreto.

La Luftwaffe en ese momento estaba muy repartida por los campos de aviación de Europa. Tenía un cuartel general en Roma, un mando operacional en Sicilia cuyo objetivo era neutralizar Malta (que fue bombardeada sin misericordia desde 1941 a 1943) y negar el Mediterráneo a los ingleses, y había bases en África del Norte para apoyar a Rommel. En 1941 Rommel era, de hecho, el amo del área, pero con el inicio de la campaña rusa los grupos desplegados apresuradamente que habían surcado los cielos balcánicos para capturar Yugoslavia, Grecia y Creta fueron llevados al norte a toda prisa para apoyar a los ejércitos del este, mientras que dos grupos relativamente pequeños, que ascendían a unos doscientos aparatos operativos cada uno, se quedaban atrás para controlar Malta y el Mediterráneo y apoyar a Rommel. Los recursos de Goering en hombres y aparatos empezaban a dar señales de desgaste y

tuvieron éxito solamente porque en esa etapa de la guerra tenían muy poca oposición en el cielo. Mientras los ingleses construían una fuerza que empezaba a mostrar su capacidad durante el invierno de 1941-42, los alemanes desaprovecharon su periodo de dominio absoluto diluyendo su fuerza en un área que resultó ser demasiado grande. Fracasaron por completo en la pequeña campaña de Irak; los ataques en el área del Mediterráneo menguaron en verano y los británicos comenzaron a trasladarse para la ofensiva contra el tráfico marítimo alemán en el Mediterráneo. Aunque la Luftwaffe tenía el apoyo de la Fuerza Aérea Italiana, ésta era relativamente ineficiente y hacia el otoño de 1941 se alcanzó una cierta paridad en el aire entre el Eje y los ingleses. La situación no cambiaría hasta enero de 1942, cuando Goering corrió el riesgo de retirar aviones del frente ruso y doblar las fuerzas de la Luftwaffe en Italia y Sicilia bajo el mando de Kesselring. Entonces Malta volvería a sufrir.

Los vertiginosos éxitos de la campaña rusa sólo sirvieron para aumentar los delirios de Hitler. Los ejércitos tardaron tres semanas en llegar a Smolensko, a trescientos cincuenta kilómetros de Moscú, y seguir presionando hacia el norte en dirección a Leningrado y al sur hacia Kiev, la capital de Ucrania donde aguardaban los suministros de alimentos que tanto ansiaban los alemanes. La invasión tuvo tanto éxito que Hitler en julio planeaba desbandar cuarenta divisiones de sus ejércitos de forma que la mano de obra que representaban pudiera ser empleada en la industria armamentística. Pese a esos éxitos, Halder dejó constancia el 1 de julio de que los planes de la Luftwaffe para concentrar su potencia aérea eran «de nuevo un absoluto embrollo» debido a la confusión en las discusiones entre Goering y Hitler. La Luftwaffe, en cualquier caso, había «subestimado en gran medida la fuerza numérica del enemigo». Una semana después, el 8 de julio, Halder registró la decisión de Hitler de usar la Luftwaffe para bombardear Moscú y Leningrado, «de forma que nos libre de la necesidad de alimentar a la población durante el invierno».

Goering se contaba entre los que estuvieron presentes el 16 de julio en una conferencia celebrada en el cuartel general de Hitler sobre la explotación de los territorios capturados por Alemania, que eran mucho mejores que simples colonias, como señaló el Führer. Mientras que Rosenberg era tan débil como para expresar algo de preocupación por el tratamiento de los ucranianos, Goering dijo que lo único que importaba era explotar el granero de Ucrania. También pidió a Hitler que añadiera los bosques de Białystok en el Báltico a Prusia Oriental, porque eran buenos territorios de caza. Hitler, sin embargo, dijo que estaba decidido a incorporar todos los estados bálticos al territorio del Reich y arrasar Leningrado hasta el suelo. El territorio del Reich también debía incluir Crimea, la región del Volga, Bakú y Carelia oriental. Discutieron asuntos de Estado Mayor, Goering insistiendo, en contra de las fútiles sugerencias de Rosenberg, en que la eficiencia era lo único que importaba en la organización de la producción y el transporte agrícola. Tenía intención de llevar unidades de entrenamiento de la Luftwaffe a Rusia porque sus lecciones de bombardeo ayudarían a disciplinar a la población si había problemas. Después del

café, Hitler dijo que Europa ahora era sólo un concepto geográfico; muy pronto el Reich se extendería hacia Asia^[150].

El 16 de septiembre, Goering presidió una reunión de oficiales del ejército alemán para reexaminar la explotación de los suministros de alimentos que ahora estaban a su disposición en Rusia. Hizo hincapié una vez más en lo que ya se había dicho en el Archivo Verde. «En los territorios ocupados, en principio, sólo aquellos que trabajen para nosotros recibirán una cantidad adecuada de comida. Aunque uno quisiera alimentar al resto de los habitantes, no se podría hacer en los territorios orientales recientemente ocupados. Por tanto, sería un error desviar suministros de comida con este propósito, si se hiciera sería a expensas del ejército y exigiría el envío de mayores suministros desde casa». El 7 de noviembre dio más órdenes en una reunión sobre el uso de obreros rusos para trabajos pesados en el Reich^[151].

Goering también estuvo implicado en las directrices para el tratamiento de los judíos en tiempo de guerra. El 31 de julio Goering entregó a Heydrich su puesto, en el que se le encargaba de extender «la solución final al problema judío» al área total controlada por el Reich en Europa. Heydrich recibió órdenes formales en la jerga oficial correcta:

Complementando la tarea que se le asignó el 24 de enero de 1939, solucionar el problema judío mediante la emigración y evacuación de la mejor manera posible según las condiciones actuales, le ordeno por tanto que haga todos los preparativos necesarios considerando aspectos organizativos, financieros y materiales para una solución total [Gesamtlösung] de la cuestión judía en el área de influencia alemana en Europa... También le ordeno que me envíe lo antes posible el plan general describiendo las medidas de organización y acción necesarias para llevar a cabo la deseada solución final [Endlösung] del problema judío^[152].

La naturaleza exacta de esta solución «final» a diferencia de una «total», según dijo en Núremberg el secretario de Estado de Hitler Hans Lammer, fue expresada en la forma de una orden de Hitler que pasó de Goering a Heydrich y que probablemente fue dada de palabra y nunca se escribió. Pero para cuando esta carta fue enviada a Heydrich, los grupos de exterminio ya estaban manos a la obra en Rusia.

Seis meses después, el 20 de enero de 1942, en una conferencia celebrada en Wannsee para debatir la eliminación de los judíos en Europa, Heydrich se encontró con que los representantes de la Organización Económica para el Este de Goering querían exenciones para los trabajadores judíos en la industria armamentística. De hecho, Goering, en su intervención inicial de 1941, consiguió mantener sin deportar durante cerca de un año a los trabajadores judíos de la industria armamentística y sus familias. Pero, como ahora ya sabe el mundo, la «solución final» ya se había

convertido en la temible convocatoria a los campos de exterminio en masa. Pese a sus protestas en Núremberg y los términos comparativamente inocentes empleados en sus instrucciones para Heydrich, no hay duda de que Goering sabía en principio que el genocidio era ahora la práctica oficial de sus colegas. Si quedaba alguna duda, entonces debió tener tapados los oídos, cuando en la reunión que presidió, uno de los «comisarios del Reich» para los territorios ocupados comentó un informe sobre la masacre de 55 000 judíos en Bielorrusia diciendo que «Sólo quedan unos pocos judíos vivos. Decenas de miles han sido eliminados».

En una conferencia del 7 de noviembre, Goering impartió directivas que exigían la explotación despiadada de los civiles rusos y los prisioneros de guerra como mano de obra. Alemania tenía para entonces unos cinco millones de prisioneros de guerra, de los cuales dos millones fueron empleados en las industrias bélicas. Goering estaba bastante dispuesto a ordenar que hombres libres fueran apresados y empleados como prisioneros si no consentían en trabajar en y para Alemania bajo un contrato normal^[153].

A finales de agosto, cuando Alemania empezaba a sentir los dientes de la resistencia rusa frente a Moscú, Mussolini visitó el cuartel general de Hitler en el frente del este, que estaba en un bosque cerca de Rastenburg, en Prusia Oriental, no lejos del coto de caza de Goering en Rominten; el cuartel general, conocido como la Guarida del Lobo, parecía una aldea alpina compuesta de chalets. Allí Hitler dio una conferencia a sus señores de la guerra sobre la campaña rusa y admitió que había subestimado el grado de resistencia que sus ejércitos estaban experimentando en esos momentos. Según Hassell, Goering fue el anfitrión de Hitler y Mussolini en una cena; Mussolini aparentemente se comportó con mucha frialdad hacia él, aunque Goering le entregó al Duce un álbum de fotografías de la visita de Bruno Mussolini a las bases atlánticas de la Luftwaffe.

Comparado con lo que ocurría en Rusia, la guerra aérea en Inglaterra y Alemania en el verano de 1941 fue un asunto relativamente caballeresco. Los aviadores se respetaban mutuamente y Goering permitió de buena gana que la RAF tirara en paracaídas un par de piernas artificiales para el teniente coronel Douglas Bader, que había sido derribado después de un duelo en el aire. En otoño, Galland, que había sido señalado por Goering como futuro miembro de su Estado Mayor superior y en consecuencia era invitado con asiduidad a sus cacerías, fue convocado a Veldenstein para hablar sobre el creciente peso de los ataques de la RAF sobre Alemania. Para Goering, el asunto sólo parecía tener importancia temporal; muy pronto todos los aviones volverían del este. El trabajo de la Luftwaffe, repitió Goering incesantemente, no era la defensa. Pero Galland seguía preocupado; se había enviado un gran número de cazas al este, y muchos fueron reconvertidos en cazabombarderos, mientras que en las fábricas la producción de bombarderos seguía siendo prioritaria. Mientras tanto, la RAF aprovechaba este periodo de invulnerabilidad comparativa para aumentar el alcance y la escala de sus incursiones.

Goering, sin embargo, prefería dejar la defensa a la artillería antiaérea. En el este, la Luftwaffe encontró imposible dar al ejército el apoyo efectivo que debía proporcionar. Su fuerza estaba dispersada a lo largo de miles de kilómetros, y se convirtió en una fuerza secundaria en la estrategia alemana que con tanto vigor combatían los rusos. Los días gloriosos de la Luftwaffe como fuerza estratégica por derecho propio se habían acabado, y el interés de Goering en ella menguó perceptiblemente.

En noviembre ocurrió el suicidio del general Udet tras una violenta escena con Goering, que había colocado un peso excesivamente grande de responsabilidad sobre los hombros de este animoso, gallardo y despreocupado piloto de la Primera Guerra Mundial. Aunque popular entre los jóvenes aviadores, Udet no había estado a la altura de la tarea de organizar el desarrollo de la producción e investigación de la Luftwaffe^[154]. Goering insistió en que el suicidio se mantuviera en secreto, aunque los rumores se extendieron, y la muerte de Udet fue atribuida oficialmente el 18 de noviembre a un accidente mientras probaba una nueva arma. Se ordenó un funeral de Estado para el 21 de noviembre, y Werner Mölders, que recientemente había sido nombrado general de la fuerza de cazas de la Luftwaffe, se estrelló y murió cuando se dirigía al funeral. Goering caminó detrás del féretro de Udet hacia el *Invalidenfriedhof* en el norte de Berlín, donde pronunció un discurso fúnebre, llorando públicamente bajo los focos. Cuando se retiró para ponerse al lado del Führer, la marcha del *Götterdämmerung* empezó a sonar alzándose en un crescendo.

Durante el periodo del 24 al 27 de noviembre, Ciano estuvo en Berlín, aparentemente para celebrar el Pacto Antikomintern. Se reunió con Goering varias veces y el mariscal del Reich le dedicó en su honor una grandiosa recepción en su residencia de Berlín. En conversación privada Ciano contaría posteriormente que «Goering le dio un cariz verdaderamente amistoso a la conversación como no había visto en él desde hacía mucho tiempo». Goering alabó a las fuerzas italianas en Libia «con todos los rasgos de su temperamento impetuoso y entusiasta». Dijo que le preocupaba la situación alimentaria en Grecia y que estaba considerando pedir ayuda a Roosevelt; si el presidente norteamericano se negaba a enviar ayuda, ¡entonces la culpa de que los griegos pasaran hambre sería suya!

Y añadió, según Ciano:

Por otro lado, no podemos preocuparnos desmedidamente por el hambre de los griegos. Es una desgracia que golpeará a muchos otros pueblos aparte del suyo. En los campos para los prisioneros rusos, después de haberse comido todo lo posible, incluyendo las suelas de las botas, se están empezando a comer unos a otros, y lo que es más grave, también se han comido a un centinela alemán. Este año morirán de hambre en Rusia entre veinte y treinta millones de personas. Quizás esté bien que pase, porque algunas naciones merecen ser diezmadas. Pero aunque no lo merecieran, no se puede hacer

nada al respecto. Es obvio que, si la humanidad está condenada a morir de hambre, los últimos en hacerlo han de ser nuestros dos pueblos^[155].

En el propio Berlín, en opinión de Ciano, aunque la moral parecía alta, no había ningún entusiasmo en absoluto por la guerra.

En el funeral de Mölders que siguió al de Udet al final del mes, Goering apartó a Galland de la guardia de honor haciéndole señas con su bastón y le dijo que ahora él era el general de la fuerza de cazas de la Luftwaffe en lugar de Mölders. Goering, de forma típica en él, transmitió la despedida de Galland a su mando en Francia mientras iba a visitar la tumba de su sobrino Peter Goering, que había muerto en combate como piloto de caza, para luego disfrutar de un periodo de relax en París. El 1 de diciembre tuvo una entrevista con el mariscal Pétain; viajó en tren especial e iba acompañado de Galland, a quien le dijo en el camino: «En veinte minutos habré terminado con el viejo caballero». Goering emergió de la entrevista tras tres horas de reunión y con aspecto de estar enojado; según Schmidt, que traducía, no parecía que hubiera en realidad razón alguna para que la reunión tuviera lugar. Había terminado en punto muerto; Goering exigió que los franceses fueran más enérgicos a la hora de defender sus colonias contra los ingleses y Pétain replicó que necesitaba más fuerzas y más material bélico. Cuando Goering se disponía a marcharse, Pétain, envejecido y contrariado, se olvidó de su dignidad y metió con firmeza en el bolsillo del mariscal del Reich un memorándum que éste se había negado a aceptar.

Mientras Goering hablaba, iba de compras y evaluaba los tesoros artísticos reunidos en París para su inspección, los ejércitos alemanes experimentaban el salvaje invierno ruso para el que Hitler no les había equipado. Las carreteras se desintegraban, la nieve caía y las temperaturas eran catastróficas. La rápida victoria degeneró en un punto muerto, mientras los rusos e ingleses usaban los valiosos meses de invierno para fortalecerse con vistas a una ofensiva de primavera. Galland se trasladó al cuartel general de la Luftwaffe en Goldap, Prusia Oriental, convenientemente cercano a la sede del Estado Mayor de Goering en Rominten y al cuartel general del Führer en Rastenburg. Pronto descubriría lo escasos que eran los recursos humanos de la Luftwaffe para reforzar la fuerza de caza para la primavera. Milch, como nuevo jefe de la producción de aviones, estaba aumentando la producción de cazas; la política a seguir era meter mano profundamente en las reservas de hombres que recibían entrenamiento para darles instrucción intensiva en preparación para una segunda y devastadora ofensiva rápida contra Rusia. Galland se lo comunicó a Jeschonnek, el jefe del Estado Mayor, quien tuvo que interpretar esa orden de una forma que repercutiría adversamente en la eficiencia de la Luftwaffe a largo plazo.

Cuando Hitler concedió a Galland otra condecoración, los brillantes para su Cruz de Caballero, Goering se la quedó mirando con curiosidad y exigió examinarla más de cerca. Galland había seguido la usual práctica no oficial de asegurar la cinta que

sostenía la cruz con una liga de mujer oculta bajo el cuello de la camisa; cuando se acallaron las risas, Goering cogió las piedras preciosas, las examinó y afirmó que no eran diamantes. Dijo que el Führer, que no sabía nada acerca de tales asuntos, había sido engañado. Más tarde, en Carinhall, le devolvió su condecoración a Galland, que había sido arreglada por su propio joyero. «Esos son los diamantes del Führer», dijo Goering, «y éstos los del mariscal del Reich. ¿Quién de nosotros sabe algo de diamantes?».

1942 fue el primer año en que Alemania recibió la fuerza completa de las represalias armadas en su contra. Hitler, trabajando en un estado cada vez mayor de aislamiento mental, echó la culpa de los reveses a sus generales y se negó a dejarse aconsejar por nadie, incluido Goering, cuyo fracaso en el aire se volvió patente una vez que comenzaron los grandes bombardeos ingleses en primavera. Alemania, alimentándose de los recursos y la mano de obra esclava de los territorios conquistados, usó en vano su fuerza formidable en una contienda que se extendía desde África del Norte al Báltico pasando por Rusia y de Noruega a Francia y a la propia Alemania pasando por Inglaterra. El Reichstag añadió a todo a eso, casi sin prestarle importancia, la declaración de guerra del 11 de diciembre contra los Estados Unidos, cuatro días después de que los japoneses hubieran lanzado su ataque sorpresa contra Pearl Harbour.

Goering fue a Roma en enero, en un intento por arrancarle a Mussolini un compromiso mayor con el gran conflicto que se avecinaba y para pedirle que aumentara la ayuda militar. Celebró su cumpleaños con una lujosa recepción el 12 de enero y a continuación la prensa se refirió a él con su título de Paladín del Führer. Sin embargo, cuando llegó a Roma el 28 de enero, nada más bajar del tren dijo que «estamos pasando por tiempos difíciles». En conversación con Mussolini, echó la culpa del estancamiento en Rusia a los generales como si fuera el propio Hitler quien hablara; se mostró escéptico con que Francia hiciera una contribución útil al Eje, pero estaba convencido, según dijo, de que Rusia caería durante 1942 e Inglaterra en 1943. Mientras tanto, quería reanudar el ataque contra Malta. «No hay nada más que se pueda hacer en este invierno», añadió a Mussolini, que se le quedó mirando pensativamente. Ciano, que seguía sin sentir mucho amor por Goering, lo describe como «abotargado y prepotente» y dice que se «pavoneó henchido de felicidad» delante de los comandantes italianos que eran sus anfitriones. El 4 de febrero cenó con Ciano y se jactó de las joyas que poseía, y que de hecho mostraba en sus dedos.

Me dicen que juega con sus joyas como lo haría un niño con sus canicas [escribió Ciano con su habitual deleite malicioso]. Durante el viaje estaba nervioso, por lo que sus ayudantes le llevaron un pequeño jarrón lleno de diamantes. Los puso sobre la mesa y los contó, los puso en línea, los revolvió y se calmó por completo. Uno de sus altos oficiales dijo la noche pasada que «tiene dos amores: los objetos bonitos y hacer la guerra». Ambos son

aficiones muy caras. En la estación llevaba un gran abrigo de marta, algo a medio camino entre lo que llevaban los motoristas en 1906 y lo que llevaría una prostituta de lujo a la ópera... No sólo es aceptado en Alemania, sino que quizás incluso es amado por ello. Eso se debe a que tiene una pizca de humanidad.

En febrero Goering presidió el consejo de guerra del general Von Sponeck y dejó bien claro, cuando el general fue condenado a muerte por ordenar una retirada táctica en Crimea, que Hitler no esperaba otra cosa de sus comandantes sino obediencia. A esas alturas Hitler insultaba abiertamente a sus oficiales superiores en las conferencias que convocaba, mientras interfería cada vez más con los detalles de sus mandos. Los cambios constantes de personal eran los síntomas de su impaciencia y megalomanía, y finalmente se nombró a sí mismo comandante general del Ejército en diciembre. Concentrándose como un hipnotizador en su fortaleza del bosque, impuso a sus generales que resistieran las crueles condiciones del invierno ruso, con ejércitos que no estaban adecuadamente vestidos y con armas congeladas. Las tropas no podían operar en el barro helado y los profundos ventisqueros. Un tercio de su ejército había muerto, estaba herido o desaparecido hacia febrero de 1942.

Goering, que ya no podía destacar a través de las esporádicas actividades de la Luftwaffe, seguía pudiendo expresar su poder mediante la economía de Alemania. El departamento del Plan de Cuatro Años emitió el 29 de junio un decreto dirigido a las autoridades tanto civiles como militares en los territorios ocupados declarando que «se debían emplear todos los métodos posibles» para obligar a los trabajadores a trasladarse a Alemania. El 21 de marzo, Fritz Sauckel fue nombrado Plenipotenciario general para la Fuerza Laboral, directamente responsable ante Goering, y el 27 de marzo Goering dictó su decreto habilitador concediendo a Sauckel los terribles poderes que finalmente lo llevarían al banquillo de los acusados en Núremberg:

Mis secciones laborales quedan abolidas por la presente. Sus deberes, reclutamiento y asignación de mano de obra y la regulación de las condiciones de trabajo serán asumidas por el Plenipotenciario general para la Fuerza Laboral, que está directamente bajo mi autoridad... En caso de ordenanzas e instrucciones de importancia fundamental, se me informará por adelantado^[156].

En abril de 1942, a sugerencia de Speer, el nuevo ministro de Armamento y Producción Bélica, Goering estableció la Junta de Planificación Central para asignar y distribuir los diferentes materiales entre las tres ramas de las fuerzas armadas. Speer redactó el borrador del decreto que Goering emitió el 25 de abril, y en realidad era el subordinado de Goering; Todt, su predecesor, había estado en malos términos con

Goering precisamente porque no había trabajado directamente bajo su autoridad. Una vez más, Hitler creó redes administrativas que se enredaban creando nudos que obstaculizaban el esfuerzo bélico. Speer, sin embargo, demostró ser notablemente eficiente, aunque posteriormente se convertiría en un antinazi convencido y planearía un atentado contra Hitler. Speer también evitó que Goering estuviera presente en las reuniones de la Junta, porque, como declaró en Núremberg, «No nos hubiera sido de ninguna utilidad, ya que después de todo teníamos que hacer un trabajo práctico». Pese a los bombardeos de los Aliados, Speer llevó la producción armamentística alemana a su máximo durante la última parte de 1944.

El 6 de agosto de 1942, Goering presidió en el Ministerio del Aire una conferencia de los comisarios para los territorios ocupados en la que recalcó el alcance incrementado de sus poderes como plenipotenciario. Dijo a los comisarios: «Dios sabe que no se les envió a trabajar por el bienestar de las poblaciones, sino a exprimir las todo lo posible para que el pueblo alemán viva... Me da lo mismo que me cuenten que sus pueblos se mueren de hambre». Repasó la cuota de alimentos asignada territorio a territorio. Incluso le parecía apropiado un poco de humor negro: «Me parece que en otros tiempos era un asunto relativamente sencillo. Se solía llamar saqueo. El grupo de conquistadores en cuestión decidía qué se llevaba de los conquistados. Pero hoy en día las cosas se dicen de manera más fina. A pesar de eso, mi intención es saquear y hacerlo a fondo... si encuentran algo que el pueblo alemán pueda necesitar, deben ir tras ello como sabuesos de caza. Debe ser retirado de los almacenes y enviado a Alemania». Terminó con una amenaza: «Caballeros, tengo mucho que hacer y muchas responsabilidades. No tengo tiempo para leer cartas y notificaciones informándome de que no pueden suministrarme lo que pido. Sólo tengo tiempo de establecer... si se cumplen los compromisos... obtendré lo que exijo de ustedes, y si no pueden dármelo, crearé agencias que se lo sacarán les guste o no». Sólo tuvo algún elogio para Sauckel: «Lo que ha hecho en tan poco tiempo para reunir trabajadores de toda Europa y llevarlos a nuestras fábricas con tanta rapidez es una hazaña única. Debo decirles que si todo el mundo aplicara en sus propias áreas una décima parte de la energía que el Gauleiter Sauckel ha aplicado, entonces completarían fácilmente las tareas que se les han encomendado^[157]».

Esas maneras directas y agresivas eran, por supuesto, tan normales en Goering cuando trataba con sus subordinados como en determinados maestros de escuela cuando se dirigen a alumnos reticentes. Pero sus modales arrogantes en esa conferencia importante sin duda ocultaban su propia inquietud por la autoridad. Como Hitler, se escondía de la verdad de que la guerra a la que estaba tan dedicado ya no iba bien. Cuando Walter Schellenberg, jefe del Servicio de Inteligencia Exterior de Himmler, le presentó un informe especial sobre la producción bélica estadounidense a principios de 1942, Goering tan sólo pudo decir: «Todo lo que ha escrito son completas tonterías, debería ir a que un psiquiatra evalúe su estado mental». El informe contenía pruebas sobre el desarrollo de la fuerza aérea

estadounidense y afirmaba que la producción anual de acero en los Estados Unidos era de ochenta y cinco a noventa millones de toneladas. Hacia marzo de 1942, según Schellenberg, Goering ya no tenía importancia, su prestigio había sufrido duramente en la ofensiva aérea contra Inglaterra y «parecía haber perdido casi todo interés en los grandes acontecimientos militares». Schellenberg hace referencia a su «dependencia cada vez mayor de la morfina» y dice que muchos atribuyeron su pérdida de influencia a esa adicción y a su «entrega cada vez mayor a una vida de lujo». En marzo, Himmler envió a Schellenberg a ver a Goering en Carinhall para sugerirle que la organización especial a gran escala para las escuchas telefónicas y de radio en Alemania y los territorios ocupados, conocida como el Instituto de Investigación [*Forschungsamt*] de Goering, pasara a manos de Himmler. Goering hizo esperar a Schellenberg en el vestíbulo y luego apareció repentinamente ataviado con toga y sandalias y portando su bastón de mariscal. Mientras escuchaba a Schellenberg, se sentó a una mesa en la que había un cuenco de cristal tallado lleno de perlas y joyería antigua, y se dedicó a jugar con ellas con tanta concentración que parecía como si hubiera entrado en trance^[158].

Himmler llamó a Goering «el rey del mercado negro». Pese a todo, en marzo Goering firmó una ley contra la especulación y el estraperlo, aunque Goebbels afirmó que sus términos eran más suaves de lo que deberían haber sido. En cualquier caso, añadió: «el comportamiento de las personas destacadas en la vida política debería ser acorde a esos términos», lo que sin duda era un puntilla dirigida al propio Goering, cuya vida de lujo manifiesto siempre había ofendido al severo e intolerante ministro de Propaganda. Sin embargo, Goebbels decidió en marzo que era hora de tener una charla con Goering, y se sorprendió de encontrarlo en «una condición física excepcionalmente buena». En su diario secreto, Goebbels rinde un inesperado homenaje al esfuerzo de Goering, a sus «enormes éxitos» y a su sólido sentido común. Hablaron de muchos asuntos, incluyendo la reprimenda que Goering había enviado recientemente a dos obispos católicos que se habían expresado abiertamente contra el régimen; les había recordado su juramento, hecho a él en persona, de fidelidad al Estado. Por otro lado, coincidió con Goebbels que era poco prudente por parte del partido insistir en la retirada de los crucifijos de las escuelas y hospitales. Las confesiones cristianas, en opinión de ambos, podían esperar hasta después de la guerra para ser nazificadas. Sobre la guerra en sí, Goering expresó dudas sobre si la ofensiva de primavera y verano triunfaría sobre los rusos. Los dos ministros cotillearon sobre los defectos de los mariscales de campo y los generales, y sobre sus colegas Frick y Rosenberg, y fantasearon sobre eliminar la línea divisoria entre Europa y Asia para crear una vasta hegemonía euroasiática. Goering, sin embargo, era «cauto» en sus pronósticos. Cuando se despidieron, descubrieron que habían disfrutado tanto de su charla que decidieron allí mismo y en ese momento volver a reunirse con más frecuencia.

Al mes siguiente, Goebbels comentó el grandioso lenguaje del homenaje al

Führer que Goering publicó en ocasión del cumpleaños de Hitler, pero no le impresionó tanto cuando hizo una aparición en público el 26 de abril y presentó a Hitler en una sesión del Reichstag; habló, según Goebbels «de manera confusa y entrecortada», y su falta de seguridad y aparente descuido en los modales causaron considerables críticas^[159]. Hitler proclamó osadamente la campaña que estaba a punto de desatar contra Rusia, pero sin duda el momento era poco propicio para que Goering apareciera, ya que ni la Luftwaffe ni las defensas antiaéreas habían sido capaces de aliviar los bombardeos a gran escala contra Rostock que habían tenido lugar en las noches recientes.

Mayo fue un mes desafortunado para Goering. Primero, sufrió un disgusto enorme cuando descubrió que un miembro de la Luftwaffe en el Departamento de «Investigación» de escuchas telefónicas, el teniente Harro Schulze-Boysen, el excéntrico nieto del almirante von Tirpitz, era el jefe de un extenso círculo de espionaje conocido como la *Rote Kapelle*, la Orquesta Roja, que trabajaba para los rusos y que tenía agentes en varios ministerios. El descubrimiento condujo a cincuenta ahorcamientos. A finales de ese mes, el ministro de Justicia, Franz Schlegelberger, confió a Goering los documentos del juicio contra un malversador llamado Pieper, en los que aparecían con frecuencia el nombre de Goering y el de su primo Herbert Goering. Parte de la defensa de Pieper era que había actuado de canal a través del cual destacados empresarios habían hecho regalos a Goering para ganarse su buena voluntad, y el abogado de Pieper sugirió que «la publicidad sobre este tipo de cosas en un juicio público sin duda sería algo contrario a los intereses del Estado». Peter Menthe, uno de los ayudantes de Goering, declaró que le había entregado a Pieper cartas que expresaban la gratitud del *ministerpräsident* por los regalos recibidos. Los documentos del juicio, que fueron enviados a Goering el 8 de mayo, fueron guardados bajo llave durante un año, tras el cual Schlegelberger prometió a Goering que destruiría todos los documentos que hubiera que guardar^[160]. En agosto Goering consideró prudente otorgar unas alas de aviador a Himmler, que investigaba los asuntos del ministerio y posiblemente también los de Goering.

Sin duda el caso no le causaba muchas preocupaciones a Goering; esas cosas se podían silenciar fácilmente. Pero el primer ataque de un millar de bombarderos la noche del 30 al 31 de mayo fue un asunto completamente diferente. Colonia recibió daños serios. Goering estaba en Veldenstein; Jeschonnek y Bodenschatz, que estaban con Hitler en Rastenburg, sufrieron la ira del Führer. Había informes contradictorios sobre la magnitud del bombardeo: el informe de la Luftwaffe decía que habían participado doscientos aparatos; el Gauleiter de Colonia informó de un millar o más. Goering fue convocado a presencia de Hitler y éste, en su furia, lo trató con desprecio.

En el Mediterráneo, el segundo periodo de *blitz* contra Malta tuvo menos éxito de lo esperado. La RAF había reforzado Malta, y la isla fue defendida con suma habilidad. Goering se reunió con Galland en Nápoles y echó la culpa de la falta de

éxito a los pilotos de caza. Repartir culpas era fácil, y Galland se resintió por las críticas y las implicaciones de espíritu derrotista que había detrás de ellas. Galland visitó África y descubrió que la tarea asignada a la Luftwaffe estaba más allá de las fuerzas de las que disponía; el informe que envió a Goering sólo condujo a más acusaciones de derrotismo. En octubre, Montgomery empezó su contraofensiva en El Alamein; en noviembre, las fuerzas estadounidenses desembarcaron en el África del Norte y en Rusia comenzaba la Batalla de Stalingrado. Los mayores éxitos de Hitler ese año (aparte de los daños causados al tráfico marítimo de los Aliados), el avance de Rommel hacia Egipto y la penetración en el Cáucaso, o bien fueron contrarrestados o bien sufrieron un completo revés. Goering redactó el borrador de un decreto para llamar a filas a escolares de quince años; el borrador fue enviado por accidente a Schacht, que seguía siendo ministro sin cartera^[161]. Cuando el Sexto Ejército estaba rodeado en Stalingrado, Goering hizo una apuesta desesperada por recuperar el favor de Hitler prometiendo que enviaría suministros a las fuerzas del general Paulus por aire; la promesa consistía en la tarea imposible de transportar diariamente 750 toneladas de material por los cielos invernales de Rusia. La Luftwaffe fracasó y también los intentos de auxiliar al Sexto Ejército por tierra. Hitler prohibió las rendiciones, pero Paulus capituló finalmente el 2 de febrero de 1943.

La situación de Goering durante el invierno de 1942-43 quedó en sombras. Hizo uno de sus últimos discursos en público en una fiesta de la cosecha en el Sportspalast el 4 de octubre. Hassel dijo que fue un éxito, más que el propio discurso que Hitler había hecho unos cuantos días antes. Goering intentó alentar al pueblo alemán. «Es mi deseo», dijo, «que la población de los territorios que hemos conquistado o acogido bajo nuestra protección no sufran por el hambre. Sin embargo, si por la acción del enemigo aparecen dificultades en el suministro de alimentos, entonces todo el mundo debe saber que, si ha de haber hambre en todas partes, no la habrá nunca en Alemania». También se refirió lo más desdeñosamente que pudo a los norteamericanos: «Se esperan cifras astronómicas de la industria bélica americana. Ahora bien, yo soy el último en menospreciar la industria. Obviamente los americanos son muy buenos en otros campos técnicos. Sabemos que producen un número colosal de coches rápidos. Y el desarrollo de la radio es uno de sus logros especiales, así como las hojillas de afeitar... Pero no hay que olvidar que hay una palabra que en su idioma se escribe con B mayúscula, y esa palabra es *Bluff*».

En noviembre, Rommel, que estaba llevando a cabo una retirada en combate con su famoso Afrika Korps, voló a Rastenburg para informar a Hitler, pero cuando señaló serenamente que se debería abandonar África del Norte, el Führer le gritó a su general favorito que había que mantener Trípoli sin importar el coste en vidas. En una segunda reunión, Goering fue llamado y se le ordenó que se asegurara de que Rommel obtuviera todo lo que quería. Goering respondió con acritud: «Puede dejarlo todo en mis manos», dijo. «Me ocuparé personalmente de ello». Hitler le concedió poderes extraordinarios para rearmar a los hombres de Rommel, cuyos blindados y

pertrechos habían resultado devastados por los bombardeos ingleses.

Rommel viajó a Roma con Goering en su tren especial, y su mujer, Lucie, fue invitada a acompañarle. El relato que hizo Rommel de ese viaje es de absoluta frustración ante lo que llamaba las «payasadas» de Goering, su vanidad, su respuesta a los halagos de su personal y sus interminables conversaciones sobre joyería y cuadros. Según Rommel, que estaba profundamente deprimido, Goering no mostró ningún interés en África a menos que hubiera una oportunidad de ganar méritos mediante alguna acción de la Luftwaffe o de su llamada guardia pretoriana, la División Panzer Hermann Goering, que en ese momento estaba de camino a Túnez. La amargura de Rommel contra Goering, que le acusó de pesimismo innecesario, terminó por estallar. «Durante todo este periodo, mi peor enemigo fue Goering», escribió. En una conferencia de Estado Mayor celebrada dos meses antes, en septiembre, Goering había minimizado las dificultades en África e irradiado un falso optimismo. En cuanto a los norteamericanos, volvió a burlarse de ellos diciendo que sólo sabían fabricar hojillas de afeitar. Rommel encontró a Mussolini más comprensivo e informado sobre la difícil situación del Afrika Korps.

La mujer de Rommel también se quedó horrorizada por el comportamiento y la apariencia de Goering. No lo había conocido con anterioridad, y le parecía un megalómano. Más tarde comentaría su alfiler de corbata de esmeraldas, su reloj tachonado de esmeraldas, el enorme anillo con sus diamante que le enseñó con la frase: «Esto le interesará, es una de las piedras más valiosas del mundo». En Roma, Goering se quedó con el general y *Frau* Rommel en el Hotel Excelsior. Lucie, que estaba preocupada por la depresión de su marido provocada por el destino de su ejército en África, compartía su desesperación ante la incesante charla de Goering sobre escultura y pintura. Goering evitó toda referencia a África en sus conversaciones privadas. «Me llaman el Mecenas del Tercer Reich», se jactó, y pasó todo el tiempo que pudo lejos de las conferencias de Estado Mayor buscando cuadros y esculturas^[162].

Goering se quedó algunos días en Italia y prometió a Mussolini que enviaría tres divisiones blindadas a África, la Adolf Hitler, la Hermann Goering y la Deutschland, «tres nombres que significan mucho para el honor alemán», añadió. Los ayudantes de Goering intentaron extender la confianza entre los italianos con los que se reunían. Ciano, sin embargo, creía que el objetivo de Goering era «crear confusión» y culpar a la mala organización italiana de los fracasos en África del Norte; Goering, según algunos expertos alemanes en la embajada, únicamente dijo tonterías. Tras una reunión con Kesselring y Rommel, el mariscal del Reich fue a Nápoles a nombrar un superintendente de transporte. «¿Puede ser que Goering esté pensando en nombrarse a sí mismo Protector del Reich para Italia?», escribió Ciano. Habiendo resuelto sus asuntos en Nápoles, Goering regresó a Roma para sermonear a Mussolini sobre la necesidad de redoblar sus esfuerzos en África^[163]. Le agradó que el alto mando italiano lo tratara con respeto e incluso con servilismo. Según Schmidt «despotricaba

y amenazaba», alienando a los italianos y mostrando «muy poca percepción psicológica».

En diciembre, Goering se reunió en Berlín con el general francés Juin, quien le ofreció ayuda en África del Norte, pero sin que implicara contacto directo con los alemanes. «Mientras siga habiendo prisioneros de guerra franceses en Alemania, no puedo pedirle a mis oficiales que luchen junto al ejército alemán», dijo. Goering también estuvo presente en el cuartel general de Hitler en Rastenburg en la que el Führer criticó la capacidad de combate de los italianos en el frente del este y los defectos de los franceses. En una inspección de oficiales recientemente designados, Goering fue en representación de Hitler y repitió los reproches de éste a las habilidades de sus generales; ellos, y no Hitler, eran los responsables del estado de cosas en Stalingrado. Goebbels oyó que «el discurso fue pobre y algunos de sus comentarios sobre la muerte en el campo de batalla eran de mal gusto». Además de la Luftwaffe, Goering tenía su propio ejército privado que ascendía a veintidós divisiones de infantería formadas durante este periodo a partir del personal suplementario de tierra de la fuerza de bombarderos y las divisiones de paracaidistas, que permanecerían bajo su mando hasta el fin de la guerra. El objetivo de Goering era mantener al máximo número posible de hombres bajo su control a pesar de las presiones que recibía para que liberara hombres para el frente ruso; como lo expresó ante Hitler, ¿por qué debía enviar a sus «muchachos nacionalsocialistas», como los llamaba, adonde «un general u otro posiblemente tendría la idea de enviarlos a la iglesia^[164]?». El general Von Thoma, quien, junto con Guderian, fue el más famoso de los pioneros alemanes de las divisiones panzer de carros blindados, se quejó amargamente después de la guerra del obstruccionismo de Goering durante la campaña rusa; la división de autoridad entre las fuerzas de tierra y las aéreas (incluyendo los paracaidistas de Goering) condujo a desacuerdos en la estrategia que sólo un mando unificado sobre el terreno hubiera podido obviar. Según Thoma, «Guderian trabajaba bien con Student, que entrenaba a las fuerzas de paracaidistas, pero Goering bloqueaba las propuestas de acción conjunta con las fuerzas de panzers. Siempre quería mantener al máximo la fuerza disponible de la Luftwaffe y por tanto era rárano con el servicio de transporte que tenía que proporcionar a las fuerzas de paracaidistas». Al final, los cuerpos de paracaidistas, que Hitler tenía intención de mantener en la reserva para proyectos especiales que rara vez maduraban, fueron disueltos, formándose con sus integrantes fuerzas de tierra suplementarias, después de que Goering perdiera su entusiasmo inicial por la Luftwaffe. Goering llevaba demasiado tiempo con el hábito de prometer lo que no podía cumplir. Hitler acabó siendo un hombre que desplegaba falsas estadísticas en el campo de batalla antes que tropas de verdad, y Goering adoptó con facilidad esa misma estrategia irreal; cuando los rusos empezaron a hacer retroceder a los alemanes, le prometió a Hitler diez divisiones de tropas terrestres reclutadas de la Luftwaffe con poca antelación, sin tener en cuenta que los hombres a los que iba a enviar a las terribles condiciones del

frente del este sólo tenían formación en operaciones aéreas y no sabían nada de la acción en el campo de batalla. Según el general Warlimont, «Goering avivó el fuego, interfiriendo con todo sin escrúpulos ni responsabilidad». Las «desconjuntadas» divisiones de campo de la Luftwaffe se crearon en ese momento [finales de 1942] porque Goering no esperaba que sus hombres de la fuerza aérea tuvieran que cambiar sus uniformes de color azul-gris por el gris de campaña del ejército de tierra^[165].

Los delirios de grandeza de Goering exigían más ampliaciones de Carinhall. A pesar de lo grave que fuera la situación de la guerra, su pasión por la construcción no cesaba nunca, e hizo una petición oficial al ministro de finanzas, el conde Schwerin von Krosigk, para una subvención de dos millones de marcos para obras de extensión y redecoración de Carinhall. Schwerin von Krosigk le advirtió del daño que esa obra haría a su reputación en un momento en el que la campaña rusa absorbía los hombres y recursos de Alemania. Goering prometió pensar el asunto, pero acabó volviendo a pedir el dinero^[166]. Ni tampoco le disuadió la situación en Stalingrado de organizar la recepción más espléndida que hubiera dado jamás para celebrar su quincuagésimo cumpleaños el 12 de enero de 1943, mientras los acostumbrados regalos valiosos y obras de arte le llovían desde todos lados. El 30 de enero, mientras Goering actuaba en representación de Hitler en la celebración anual del partido de su ascensión al poder en 1933, su discurso fue interrumpido por una alarma antiaérea y tuvo que ir a refugiarse en un búnker.

Goering, de hecho, intentaba vivir dos vidas a la vez: la vida que llevaba a cabo en Carinhall, Rominten y Veldenstein, y la vida de un hombre que seguía ejerciendo poder e influencia sobre la política bélica de Alemania y su economía. Cuando el nuevo ministro sueco, Thomsen, llegó para hacerse cargo de sus deberes en Berlín, fue invitado a Carinhall, donde pasó el día recorriendo los bosques en coche y en compañía de Goering, ataviado éste con su traje de cazador. Según el relato de Hassell y que dejó escrito en su diario, «Goering se cambió de traje al acabar el día y apareció a la mesa de la cena vestido con un kimono violeta o azul con zapatillas ribeteadas de piel. Incluso por la mañana llevaba al cinto una daga dorada, que también cambiaba con frecuencia. Sus alfileres de corbata tenían diferentes tipos de piedras preciosas, y ciñendo su gordo cuerpo llevaba una faja engastada con muchas piedras, por no mencionar el esplendor y número de sus anillos».

En enero de 1943, los primeros bombardeos diurnos de la fuerza aérea estadounidense empezaron a complementar los bombardeos nocturnos de la RAF, que habían crecido en intensidad durante 1942 desde que tuvieron lugar los bombardeos de un millar de aviones (o casi un millar) de Colonia y Essen en mayo y Bremen en junio. La RAF también llevó a cabo misiones especiales de día. Uno a uno, los grandes centros de producción de armamento fueron sometidos a esos ataques aniquiladores. A Goering se le podía llamar Meier, y el efecto de los ataques sobre la moral alemana fue naturalmente muy grande. Pero los alemanes, como los ingleses, aprendieron a sobrevivir. Los cazas nocturnos de la Luftwaffe se cobraron un gran

número de bombarderos pesados; hacia marzo de 1943, Galland afirmaba que se habían derribado dos mil bombarderos. Galland, como general de cazas, hizo lo que pudo, pero no estaba al mando. «Todos mis intentos por explicarle al alto mando la gravedad de nuestra posición han salido mal... Están sumidos en una carrera de negligencia criminal. No ven el peligro porque tendrían que admitir sus muchas omisiones. Los recordatorios desagradables eran considerados molestias»: Goering hizo su acto de autoinmolación pública ante lo que llamaba la vergüenza de la Luftwaffe, anunciando que dejaría de llevar sus condecoraciones. La Luftwaffe, de hecho, pese a sus grandes pérdidas en el Mediterráneo y en todos los demás escenarios, combatía, daba apoyo aéreo y llevaba suministros al máximo de lo que permitía su número inadecuado. Lo que se necesitaba era un gigantesco programa de producción de armamento aéreo y un vasto proyecto de entrenamiento de tripulaciones y pilotos.

Hacia mediados de 1943, Alemania, aunque todavía seguía siendo poderosa, estaba en retirada tanto en Rusia como en el Mediterráneo. Galland exigió una proporción de cuatro a uno de cazas a bombarderos; Goering se negó a aceptar el argumento de que una nueva estrategia de defensa aérea a escala masiva era lo único que podía salvar a Alemania de la presión en aumento de los ataques aéreos de los aviones Aliados. Tanto Hitler como Goering seguían siendo partidarios de la producción de bombarderos, pero Milch consiguió entregar cerca de un millar de cazas al mes durante la primera mitad de 1943. La determinación de Hitler de combatir en cada metro de terreno en Rusia y el sur, donde los Aliados en julio habían desembarcado en Sicilia y para septiembre habían llegado a la península itálica, condujeron a la dispersión y a la pérdida de una gran parte de los aviones de combate y tripulaciones que deberían haber permanecido en Alemania para proporcionar lo que Roosevelt llamaba el techo sobre la fortaleza alemana, el techo que tanto Hitler como Goering olvidaron.

La posición de Goering era cada vez más precaria. Rudolf Semmler, el asistente de Goebbels que se encontraba entre los observadores de los jefes nazis que llevaban un diario útil, regresó al cabo de un año de servicio en el frente ruso para describir que la drogadicción de Goering era tema de cotilleos frecuentes entre los líderes nazis, y que Morell, el médico charlatán de Hitler, le había dicho a *Frau* Goebbels que «Goering cada vez estaba más y más esclavizado por su adicción, y que incluso sus doctores se veían impotentes para tratarlo^[167]».

Rommel afirmó que consiguió evitar con éxito la interferencia de Goering en su entrevista con Hitler en el cuartel general del Führer detrás del frente ruso el 10 de marzo. Adjudicó de plano la culpa del colapso en África del Norte a la «maléfica influencia» de Goering en los cuarteles generales y a su ambición de sustituir al ejército. Por otro lado, Goering mismo admitió en Núremberg que para ese entonces ya había perdido la confianza de Hitler:

Yo ejercía la principal influencia sobre el Führer, al menos hasta finales de 1941 o principios de 1942, si es que se puede hablar de influencia. Desde entonces hasta 1943 mi influencia disminuyó gradualmente, tras lo cual se extinguió rápidamente. Considerándolo todo, no creo que nadie tuviera el grado de influencia sobre el Führer que tuve yo. Después de mí, o aparte de mí, si se puede hablar de influencia, estaba Goebbels, con quien el Führer pasaba bastante tiempo... Esta influencia osciló durante un tiempo... y luego aumentó en gran medida durante el último año de la guerra^[168].

Hacia el final, la influencia sobre Hitler la ejercía «en primer lugar», como lo expresó Goering, Martin Bormann, el secretario privado del Führer. Bodenschatz confirma el declive en la posición de Goering: «Según mi opinión personal y convicción, Hermann Goering comenzó a perder influencia con Hitler en la primavera de 1943».

Pese a todo, la figura retirada y entristecida del mariscal del Reich se vio involucrada brevemente en los cálculos de Goebbels, cuya estrella volvía a brillar de nuevo. Goebbels estaba haciendo su apuesta suprema por la influencia sobre Hitler; se había convencido de que Alemania debía enfrentarse a los hechos y hacer que toda la población participara en el conflicto, y se veía a sí mismo como el único hombre en toda Alemania capaz de ocupar un lugar junto al Führer como plenipotenciario para la guerra total. Aunque había muchas cosas que despreciaba en Goering, lo que consideraba como su debilidad de carácter, su falta de resistencia moral y, sobre todo, su entrega al lujo, sentía la necesidad de revivir el prestigio de Goering y formar un triunvirato con él y Speer, cuyas cualidades administrativas y energías a la hora de aumentar la producción bélica Goebbels admiraba mucho. Este triunvirato tendría a Goering como mascarón de proa popular, alrededor del cual creía poder tejer una red de propaganda usando como reclamo la nostalgia por los primeros tiempos del nazismo. Goebbels esperaba romper el círculo interno creado alrededor de Hitler, representado por Bormann, Lammers y Keitel. Incluso esperaba poder llegar a algún tipo de asociación con la secreta y aislada figura de Himmler. Sería un intento por parte de supervivientes entre los fundadores del nazismo de echar a los recién llegados. Como lo expresó Goebbels, «Como siempre ha sido el caso durante las crisis del partido, es el deber de los amigos más íntimos del Führer en tiempo de necesidad congregarse y formar una sólida falange alrededor de su persona».

A finales de febrero, Speer mantuvo conversaciones con Goering, quien estaba en Obersalzberg. Lo encontró de «humor resignado» y desconfiado, pero Speer consiguió persuadirle para que viera a Goebbels y hablara con él de su nueva estrategia doméstica para la guerra. El 1 de marzo, Goebbels condujo por la carretera de montaña hasta el silencio invernal del chalet de Goering, situado encima de Berchtesgaden. El mariscal del Reich recibió a Goebbels de una forma que el ministro de Propaganda describió en su diario como encantadora y abierta, aunque su vestimenta era «barroca» y «casi ridícula». Repasaron la situación de la guerra casi

con desánimo y parecían «algo impotentes» frente al aparentemente inagotable suministro de armamento soviético. Pero Goebbels, cuyo anfitrión en su opinión parecía «cansado y apático», intentó hacerle ver la necesidad de conseguir que Alemania hiciera un esfuerzo de guerra total. Juntos criticaron a Rosenberg, a Ribbentrop (a quien Goering seguía culpando de la guerra con Inglaterra), a Lammers, Bormann, Keitel y a los demás generales en el cuartel general de Hitler, y discutieron el estilo de vida poco saludable que tenía Hitler, preocupado y rumiando en su búnker. Goebbels urgió luego a Goering a que considerara su plan principal, reunir a un grupo de líderes leales para concentrarse en ganar la guerra y expulsar a los hombres indeseables e ineficientes que ponían trabas al Führer y le aconsejaban mal. Goering se entusiasmó y dijo que sí, parecía animado por que Goebbels hubiera ido a verle. Cosa extraña, dijo que le gustaría convencer a Himmler de esa idea. Al dictar su diario al día siguiente, Goebbels comentó para dejar constancia que «Goering lleva demasiado tiempo apartado de los factores políticos que proporcionan las verdaderas fuerzas impulsoras... Ya no está estrechamente conectado con nuestros líderes políticos... Goering es completamente consciente de lo débil que es su posición hoy en día. Sabe que redundaría en su provecho el que hombres poderosos se pusieran de su parte». Goebbels dice que pasó cuatro horas con Goering; como todos los jefes nazis con gusto por oírse hablar, a Goebbels le encantaba registrar cuánto duraban sus interminables entrevistas y discursos.

Pero cuando se hicieron los primeros acercamientos a Hitler, la mención del nombre de Goering desató una tormenta. Hitler dijo que estaba profundamente insatisfecho con las medidas de Goering para la guerra. Speer, que fue el primero en sugerir la restitución de Goering, encontró al Führer «inabordable en ese momento en lo que concernía a Goering». Goebbels, aunque se percataba de que Goering seguía «algo inactivo y resignado», no estaba dispuesto a abandonar su plan de hacer uso de su nombre. «Después de todo, Goering tiene una fuerte autoridad política y militar que ganó en el transcurso de los años y que desde luego no puede hacerse desaparecer de la noche a la mañana». Goebbels visitó a Hitler, quien criticó a Goering con «extraordinaria mordacidad» considerándolo víctima de «ilusiones» y mal aconsejado por sus generales de la Luftwaffe, de la misma manera que Goering consideraba a Hitler mal aconsejado por sus generales del ejército. Los generales de la Luftwaffe, según Hitler, simplemente se retiraban a castillos y vivían como sibaritas. Goebbels, repensándose las cosas mientras dictaba su diario, se sintió obligado a admitir que «a Goering le gusta que le digan cosas agradables». Nadie, por tanto, le contó la verdad y los daños de los bombardeos de los Aliados siempre eran minimizados en los informes. Goebbels abandonó diplomáticamente la idea de rehabilitar a Goering a ojos del Führer, y Speer estuvo de acuerdo.

Goering, mientras tanto, había ido a Italia con Bodenschatz a inspeccionar las líneas de abastecimiento. Bodenschatz regresó a tiempo de enfrentarse a la ira de Hitler cuando Núremberg fue bombardeada la noche del 8 de marzo. «Ahora Goering

sabe que está en su ocaso», dijo Goebbels, que estaba con Hitler y oyó los cortantes comentarios del Führer a Bodenschatz porque Goering estaba en Roma en un momento como ése. Hitler acabó enfureciéndose y ordenó a Bodenschatz que saliera de la cama y acudiera al cuartel general para que le sirviera de objeto contra el cual el Führer pudiera expresar su odio por la Luftwaffe. Goebbels intervino magnánimamente para proteger a Goering en su ausencia y rescatar a Bodenschatz. Puede que Goering todavía fuera útil como aliado, y Goebbels estaba poniendo a prueba su renovada influencia con el Führer. Cuatro días después, Hitler ordenó a Goering que regresara de Roma para poder reconvenirle personalmente por su inactividad frente a la potencia cada vez mayor de los bombardeos contra Alemania. Al día siguiente, 12 de marzo, según Goebbels «el Führer le dijo a Goering lo que pensaba, sin andarse con rodeos».

El 17 de marzo, la camarilla de Goebbels, que incluía a Funk y Robert Ley, director del Frente del Trabajo, así como a Speer, se reunió con Goering, quien les informó, sin duda como resultado de sus experiencias unos cuantos días antes, de que era de suma importancia manejar a Hitler de la manera adecuada en el momento adecuado. Entonces Goebbels decidió hacer uso de Goering, que acompañaría a Hitler a una reunión con Mussolini en Obersalzberg; Goering recomendaría al Führer que «la autoridad doméstica en Alemania fuera más definida» (es decir, que se pusiera en manos de Goebbels), y que el difunto Consejo de Defensa del Reich fuera revivido, con Goebbels como vicepresidente para dirigir la política de guerra total. Todo esto formaba parte de la conspiración para echar a Bormann, Lammers y Keitel de las posiciones de enorme poder que habían logrado crear para sí mismos porque, como dijo Goebbels, Goering había fallado en convocar al Consejo y en hacer el debido uso de él para mantener el poder en las manos adecuadas. Descubrió que Goering ignoraba el alcance de los daños y las pérdidas de vidas en Berlín, pero estaba mucho más alerta y positivo que antes. «Obviamente», escribió Goebbels, «el hecho de que le dijera que despertara le ha causado una honda impresión». Goebbels empezaba a disfrutar de acosar al abatido mariscal del Reich.

Al mes siguiente, mientras viajaba con Goebbels hacia Essen, Milch se atrevió a criticar a Goering por haberse dormido en los laureles de las victorias de la Luftwaffe de 1939 y 1940. Afirmó que Udet también había fracasado, y que la fuerza aérea no estaría en posición de emprender represalias completas contra Inglaterra durante otro año debido a los retrasos en el desarrollo de nuevos aviones. Milch le contó a Goebbels el «lenguaje furioso y desenfrenado» de Hitler delante de los generales de la Luftwaffe, y cómo no había dejado de incluir a Goering entre los culpables. Pese a todo, Hitler le contaría a Goebbels más adelante ese mismo mes que, aunque no «estaba demasiado satisfecho con Goering», su autoridad «era indispensable para el liderazgo del Reich» y que se alegraba de que estuviera estableciendo una relación más íntima con él. «Cuando juntemos su autoridad y la mía», escribió Goebbels, «dará como resultado algo útil para la administración del Reich». El día del

cumpleaños de Hitler, Goering hizo una proclamación en la prensa, cosa que al menos demostraba que estaba lo suficientemente alerta para presentar sus respetos en el momento apropiado.

Pero la paciencia de Goebbels con Goering, como la de Hitler, pronto se agotó. El 7 de mayo le echa la culpa por no «haber tenido éxito en tomar la iniciativa»; Goering está, de hecho, «bastante enfermo» y necesita unas vacaciones. Dos días después, incluso aparecen en el diario unas palabras de alabanza hacia Bormann, y el comentario de que Bormann al menos mantiene sus promesas, lo que es más de lo que hace Goering. «En realidad uno ya no puede depender de Goering», escribe Goebbels, «está cansado y descolorido». El tipo de declaraciones que ahora hacía en público eran «desafortunadas» y perjudiciales tanto para él como para el régimen en su necio optimismo. Desde que Hitler diera orden en mayo de que todos los discursos radiofónicos debían serle mostrados antes por adelantado, Goering había declinado hablar durante un tiempo y había dejado el campo despejado a sus críticos. «Hay incluso murmuraciones sobre una crisis que está a punto de ocurrirle a Goering», escribió Goebbels el 22 de mayo. «Se ha retirado a su solitaria morada y no dice nada... deja letárgicamente que las cosas vayan a la deriva. No hace nada para contrarrestar su pérdida de prestigio».

Goebbels, impaciente por el poder, se percató de que tendría que trabajar para obtenerlo sin contar con nadie más. Dejó a Goering en su decadencia. Había mejores maneras de tratar con Hitler.

Mecenas del Tercer Reich

Cuando en la Primera Guerra Mundial Goering fue condecorado con la *Pour le Mérite*, envió a su ordenanza a Múnich a recoger el anillo del diamante que su padre le había legado. Con el adorno de la cruz al cuello y el diamante destellando en su dedo, Goering sintió que al fin se había ganado una gran distinción personal. Tras la humillante dependencia de su juventud pasada en una casa que sólo se podía llamar hogar en virtud de la relación de su madre con su padrino, empezó a sentir la satisfacción del rango y la posición a los que había logrado por su cuenta.

Pero el entorno de su juventud se había quedado firmemente fijado en la imaginación de Goering, y siempre había hablado con orgullo de «nuestros castillos^[169]». Cuando Epenstein murió a la edad de ochenta y tres años en el verano de 1934, Carinhall apenas si era el ejemplo de esplendor que a Goering le hubiera tanto gustado enseñar al hombre que, aunque había deshonrado a su madre, también le había enseñado un estilo de vida que quería volver a tener e incluso superar. Tras la muerte de Epenstein, su viuda fue invitada a Carinhall; fue tratada como «baronesa Lilli» (un título al que, estrictamente hablando, no tenía derecho en realidad), y cuando Goering la recibió le dijo, con un amplio gesto que incluía el mobiliario y las decoraciones de su nuevo dominio, que «Qué pena que el viejo no hubiera vivido para ver todo esto. Cómo me hubiera gustado enseñarle Carinhall^[170]». Epenstein hubiera tenido que vivir hasta los noventa años para ver a Carinhall en toda su gloria de tiempos de guerra, el centro de lo que se convertiría en una de las mejores colecciones privadas de arte de toda Europa y por sí misma una de las maravillas, o más bien curiosidades, arquitectónicas de Alemania. Las riquezas y posesiones de Epenstein parecerían muy poca cosa en comparación.

Tras la muerte de *Frau Von Epenstein*, Goering, como hemos visto, recibió en posesión Veldenstein y Mauterndorf, los castillos que en un principio le habían inspirado el orgullo de la posesión personal. Es difícil decir en este caso hasta qué punto era por naturaleza un entendido en arte, mobiliario y decoración, y hasta qué punto todas esas posesiones no eran más que una extensión de su necesidad de demostrar que era un hombre de poder y posición únicos. Su energía y entusiasmo anormales y su memoria inusual lo capacitaban para aprender muchas cosas rápidamente, y el propio Hitler proporcionó a Goering un ejemplo a emular en su obsesión por construir (una necesidad psicológica presente en la mayor parte de los

dictadores) y por adquirir obras de arte famosas de valor incalculable. Goering pasó muchos años, tanto antes como durante la guerra, como estudiante, entendido y, de hecho, tratante de arte, y tenía entre su personal hombres de conocimientos considerables que actuaban como sus consejeros. En Núremberg mencionó su «pasión de coleccionista» y su colección ascendía a unas 1500 obras, incluyendo entre ellas muchas obras maestras. Después de la guerra, su valor total fue estimado en dos millones de dólares de la época.

Aunque la necesidad de Goering de experimentar el arte y la belleza formaba parte de su vanidad, no era ni mucho menos superficial. Su amor por las joyas no se detenía en usarlas para hacer alarde de ellas. Necesitaba jugar con ellas para calmarse en los momentos de ansiedad o mucha tensión. Según aumentaban las tensiones provocadas por su drogadicción, se entregaba en busca de alivio a las comodidades de las ropas de seda, el cuero suave, el lujo de los trajes extravagantes y la belleza física representada por sus *objets d'art*, su mobiliario antiguo, sus porcelanas y los tesoros de la artesanía de mayor calidad que guardaba en vitrinas. La hermosura imperecedera y la dignidad de esos objetos aliviaban las presiones cada vez mayores que la guerra y sus fracasos le imponían. La posesión de esos tesoros artísticos era para Goering la confirmación definitiva de su prestigio. ¿Qué importancia tenía la Luftwaffe frente a la belleza duradera que revelaba la galería nacional de arte Hermann Goering? Ése sería su monumento cuando todo lo demás fracasara. Era, como le recordó a *Frau Rommel* cuando su marido se enfrentaba a la derrota en África del Norte, el Mecenaz del Tercer Reich.

Cuando adquirió Veldenstein y Mauterndorf, la pasión de Goering por edificar y redecorar, sin que se viera obstaculizada por la escasez de materiales, se extendió como hemos visto a sus nuevas propiedades. Las mejoró y modernizó; en Veldenstein durmió en las habitaciones del señor del castillo que el propio Epenstein había usado durante la juventud de Goering, y su creciente colección de cuadros, esculturas, muebles, tapices, porcelanas y objetos de plata y oro se derramaban desde Carinhall hacia el sur.

Goering había nombrado, para que actuara como su agente y consejero, a un marchante de arte berlinés llamado Walter Andreas Hofer. Hofer se convirtió en el principal organizador de la colección de Goering, planeando y rastreando posibles adquisiciones para el mariscal del Reich, seleccionando los regalos de cumpleaños que le hacían a Goering los empresarios, instituciones estatales y autoridades locales, y organizando las adquisiciones y tratos. Hofer, astuto, calculador, entendido y locuaz, afirmaba no sólo haber guiado la naturaleza de la colección sino también el gusto personal de Goering en arte. Como administrador artístico suyo, se convirtió inevitablemente en su principal tutor artístico, y aunque encontró en Goering un gusto ya formado hasta cierto punto, fue capaz de desarrollarlo y ampliarlo según aumentaba la valía y el número de las obras de arte que discutía con su patrón. El gusto de Goering, en cualquier caso, era tradicional, y leía tanto como se lo permitía

el tiempo disponible sobre las obras de los maestros que más admiraba, como Rubens y los pintores holandeses del siglo XVII. Goering se especializó en adquirir obras de Lucas Cranach, el grabador y pintor del siglo XVI, amigo de Martín Lutero y retratista de desnudos femeninos. Goering compartía con Hitler su odio por las formas de pintura moderna como las expuestas en la famosa exhibición nazi de arte «degenerado» organizada por Goebbels en Múnich en 1937, que contenía obras de artistas como Renoir, Gauguin, Van Gogh y Picasso. Goebbels planeaba destruir esas obras una vez acabada la exhibición, pero Goering se percató, como economista, si no como entendido en arte, que tales obras tenían valor en el extranjero aunque no tuvieran ninguno en Alemania. Y adquirió muchas de ellas para usarlas en trueques con marchantes y galeristas fuera de Alemania.

Goering afirmaría en Núremberg que su plan era crear una colección nacional de obras maestras que llevara su nombre, y albergarla en la gran galería que construiría cerca de Carinhall después de la guerra. Planeaba hacer que coincidiera con su sexagésimo cumpleaños. No hay duda de que era verdad; los americanos descubrieron entre sus posesiones una carpeta de dibujos arquitectónicos con diseños para esa galería fechada en enero de 1945^[171]. Su colección rivalizaría con la de Hitler, cuyo gran fondo de cuadros permanecía en su mayor parte en embalajes a la espera del día en que se pudiera construir una galería en Linz. Goering se convertiría en el principal rival de Hitler en su afán por acumular obras pictóricas, como admitió de buena gana en su juicio de Núremberg.

Aunque los cimientos de la colección de Goering estaban ya bien establecidos antes de la guerra^[172], las oportunidades de adquisición se incrementaron exponencialmente una vez que los nazis empezaron a ocupar Europa. Polonia se convirtió en el primer centro para la confiscación al por mayor de obras de arte por parte de Alemania. En octubre de 1939 Goering ordenó al Dr. Kajetan Mühlmann, una autoridad en asuntos artísticos nombrado con ese propósito, que «salvaguardara» los tesoros polacos, lo que pronto pasó a significar su confiscación y traslado a Alemania. Mühlmann más tarde declarararía bajo juramento que así fue como ocurrió y que él personalmente entregó a Goering treinta y un bocetos de Alberto Dürero confiscados en Lemberg, y que Goering se los entregó a Hitler. Mühlmann seguiría a cargo de la confiscación de arte en Polonia hasta 1943.

Fue con la formación de un destacamento especial, el *Einsatzstab* Rosenberg, bajo el liderazgo del famoso filósofo y pensador nazi Alfred Rosenberg, que comenzó el saqueo organizado a gran escala de obras maestras, principalmente de las colecciones privadas en manos judías, con el apoyo entusiasta de Goering. Este destacamento especial se creó por una orden especial emitida por el cuartel general de Hitler para el comandante general del ejército el 17 de septiembre de 1940. Rosenberg tenía autorización para apropiarse de cualquier material histórico de valor que encontrara en bibliotecas y otros lugares, y casi inmediatamente esa autoridad fue ampliada para abarcar obras de arte. La orden era esperada ya desde una fecha tan

temprana como el 29 de enero de 1940, cuando Hitler hizo a Rosenberg responsable de los preparativos para la creación de un centro para la cultura nacionalsocialista después de la guerra. Con vistas a este plan, la orden dada en septiembre se amplió para incluir la confiscación de todas las obras de arte en manos de judíos. Otra orden posterior firmada por Goering y fechada el 5 de noviembre de 1940 daba instrucciones sobre la forma de tratar tales tesoros. Quedaban divididos en cuatro grupos.

1. Aquellos tesoros sobre los cuales el Führer se reservaba para sí la decisión sobre su uso.
2. Aquellos tesoros que servirían para completar la colección del mariscal del Reich.
3. Aquellas obras de arte y libros cuyo uso pareciera apropiado para la creación de centros de enseñanza superior.
4. Aquellas obras de arte apropiadas para los museos alemanes^[173].

Tras la caída de Francia, el Destacamento Especial Rosenberg estableció su cuartel general en París, en la Salle du Jeu de Paume en la esquina del Jardín de las Tullerías cerca de la Plaza de la Concordia. Goering en particular estaba preparado para prestarle a Rosenberg toda la ayuda posible en la enorme tarea de incautaciones que les aguardaba a él y a su personal. Después de la guerra se supo que, sólo en París, más de 38 000 hogares judíos fueron sellados y sus contenidos confiscados, almacenados y catalogados. En conjunto, hasta julio de 1944, más de 21 000 obras de arte fueron incautadas y expropiadas, incluyendo 5000 cuadros, más de 2400 piezas de mobiliario antiguo y más de 500 piezas textiles (incluyendo los tapices Gobelin que Goering tanto amaba). Algunas piezas fueron fotografiadas de forma que el problema de evaluar su valor fuera más fácil para los amos culturales de Alemania^[174].

Goering intentó darle a Rosenberg toda la ayuda que pudo, y pronto se convirtió en un visitante asiduo del Museo. El transporte era uno de los problemas más grandes a los que se enfrentaba Rosenberg, aunque empleó a contratistas de mudanzas a gran escala y, según los informes citados en Núremberg, consiguió enviar a Alemania unos 26 000 vagones de tren llenos de obras de arte y muebles saqueados de Francia. No es de extrañar que Goering le alabara; escribió:

Me sentí muy agradecido por que al fin se seleccionara un lugar para la colección, aunque quiero señalar que otros departamentos también afirman actuar con la autoridad del Führer. El primero de esos era el Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich... Para evitar malentendidos en lo que respecta a esos artículos, de los cuales unos cuantos quiero reservar para mí, otros los he comprado y otros los quiero adquirir, debo informarle de que... he

obtenido por medio de compras, regalos, herencias y trueques la que quizás sea la mayor colección privada de Alemania como mínimo, si no de Europa^[175].

Prosiguió enumerando las obras que deseaba en particular, que incluían una gran y valiosa colección de obras maestras flamencas del siglo XVII, determinadas obras de artistas franceses del siglo XVIII y una colección de maestros italianos.

Goering visitaba con frecuencia este fascinante centro de coleccionismo donde en cualquier momento podían llegar muchas pinturas famosas en los furgones de recogida, para sorpresa y deleite de los funcionarios responsables de su robo. Podía quedarse horas, olvidándose de los asuntos de la Luftwaffe mientras estaba bajo el dominio de su instinto de coleccionista. Su primera visita fue el 3 de noviembre de 1940, y volvió a los dos días. A menudo vestía de paisano para esas expediciones, con un gran abrigo cruzado, sombrero de fieltro ladeado con elegancia y con un bastón de forma parecida al antaño famoso trofeo Richthofen. Al febrero siguiente estaba de vuelta, seleccionando obras para que fueran transportadas a casa en su tren especial. En esa ocasión se llevó algunos muebles y cincuenta y tres lienzos, en su mayor parte adquiridos a las colecciones Rothschild y Seligmann, entre ellos *Adán y Eva en el Paraíso* de Teniers, *Atalanta y Meleagro* de Rubens y una *Venus* de Boucher. También compró unos cuantos cuadros a la Galería de Arte Wildenstein, incluyendo una *Venus* de Cranach por la que estuvo dispuesto a pagar sólo la cifra puramente nominal de cinco mil marcos. Regresó en mayo, luego a mediados de agosto y finalmente en diciembre. Nombró al Dr. Bruno Lohse, un joven historiador del arte que acabaría destinado de manera permanente a París, como su representante personal para que trabajara conjuntamente con el Destacamento Especial Rosenberg. Lohse era sólo un suboficial en la Luftwaffe pero tenía un puesto oficial al servicio especial de Goering. El Dr. Lohse se cuenta entre los que avalan el considerable conocimiento de Goebbels en las ramas del arte que más admiraba. En una ocasión, según dice, Goering tuvo la gentileza de disculparse con él, pese a la juventud de Lohse, después de una discusión entre ambos sobre la autenticidad de una obra supuestamente de Cranach. Según Lohse, Goering proporcionó una cierta protección a los judíos que le habían prestado servicios valiosos en sus transacciones artísticas^[176].

De vez en cuando, Goebbels intervenía para proteger al Destacamento Especial Rosenberg de las críticas que sus operaciones suscitaban en el ejército alemán. Ha llegado hasta nuestros días una carta del general Von Stülpnagel, el comandante alemán en la Francia ocupada, dirigida al mariscal de campo Von Brauchitsch, fechada el 31 de enero de 1941, en la que se queja irónicamente de las actividades de Rosenberg, diciendo que si los judíos y masones no tienen derecho a sus propiedades como enemigos declarados del partido nazi, ¿entonces qué pasa con los franceses en general? Stülpnagel sería uno de los generales involucrados en la conjura de julio de

1944 y pagaría con su vida su oposición a Hitler. Más típica, sin embargo, es una nota escrita el 9 de febrero por un oficial de alta graduación de la administración militar en Francia, que dice:

El 5 de febrero, el *Reichsmarschall* Goering dio instrucciones para que algunas obras de arte que le gustaría adquirir y otras obras que pasarán a ser propiedad de *Herr Reichsmarschall* sean transferidas a Alemania lo antes posible en el tren especial de *Herr Reichsmarschall*. Los pagos a realizar por las obras se harán según las estimaciones de un experto francés^[177].

Una nota al pie añade que en el caso de propiedades de judíos no se hará pago alguno, ya que se considera *herrenlos*, es decir, «propiedad de nadie».

Otro documento «altamente confidencial», una carta sin fechar pero que probablemente también datara de febrero, fue escrito por el Dr. Bunjes, un historiador del arte que actuaba como oficial de enlace alemán; en la carta informa de que, pese a las protestas del gobierno francés, las obras de arte requisadas a los judíos en Francia serán transportadas a Alemania y que una selección de ellas pasará a disposición de Hitler o de Goering.

Al año siguiente, 1942, Goering tuvo que defender a la unidad de Rosenberg de acusaciones de dedicarse al tráfico irregular de obras de arte. El 30 de mayo le escribió a Rosenberg una carta personal de apreciación de su trabajo.

Mi querido camarada de partido Rosenberg:

Su unidad para la adquisición de tesoros culturales en París ha sido acusada recientemente, de manera completamente errónea, de dedicarse a la trata de arte, y hasta cierto punto este malentendido puede deberse a mí. Conozco y aprecio personalmente muy bien el trabajo de la unidad, y quisiera declarar que apenas sí hay alguna otra unidad que merezca tantas alabanzas por su continuo buen trabajo y que eso se aplica a todos los miembros de la unidad. En cuanto a las sospechas de que la unidad ha estado haciendo tratos por su cuenta, creo que inadvertidamente he dado pie a ese rumor por la razón de haberle pedido repetidamente a los oficiales de la unidad que se acordaran de mí y de mis intereses, ya estuvieran en París o en otros lugares de Francia, cuando supieran de determinados tesoros artísticos en manos de tratantes o particulares que podrían interesarme para mi propia colección. Ya que eso ha ocurrido con bastante frecuencia, he pedido una vez más a esos oficiales que me hicieran el favor de adquirir esos objetos, y siempre he mantenido una cuenta disponible para ellos de forma que pudieran retirar cantidades con ese propósito. Así que si esos oficiales han mostrado particular empeño en establecer contactos con tratantes de arte, lo han hecho exclusivamente como

favor personal hacia mí para ayudarme a reunir mi colección...

Por otro lado, por supuesto, apoyo personalmente el trabajo de su unidad de manera considerable en todo momento y lugar en el que encuentro ocasión de hacerlo; sin duda muchos de los tesoros culturales recogidos por su unidad se deben al hecho de que yo personalmente y mis diversas unidades hemos hecho lo posible por ayudar a la suya.

El 18 de junio, Rosenberg escribió una respuesta que evidentemente había sido cuidadosamente pensada.

Ha sido muy amable por su parte, *Herr Reichsmarschall*, el expresar su apreciación por el trabajo que mi unidad ha realizado en Francia, y no hace falta decir que mis colegas están a su completa disposición y le servirán al máximo de sus capacidades...

Con la perspectiva de la importancia histórica del trabajo de la unidad, y para despejar las sospechas sobre los oficiales afectados, he ordenado una investigación exhaustiva sobre lo que se ha hecho hasta la fecha para adquirir tesoros artísticos. Esta comprobación se está llevando a cabo, y me parece aún más necesaria ya que, en determinados círculos, como ha tenido la amabilidad de informarme, mi unidad es sospechosa de dedicarse al tráfico de obras de arte... Ya que usted ha creado cuentas especiales disponibles para los tesoros artísticos adquiridos por usted, me gustaría saber cómo piensa disponer de esos fondos... Espero que no malinterprete ni le moleste mi pregunta, sino que espero que estará de acuerdo conmigo en que el trabajo de mi unidad sería imposible sin el éxito en la lucha de nuestro partido. Más aún, el Tesorero del Partido ha proporcionado generosos fondos para llevar a cabo esas tareas. Espero que esté de acuerdo conmigo en que los tesoros artísticos confiscados a sus anteriores propietarios judíos deberían ser considerados adquisiciones en nombre del partido. Parece justo que las adquisiciones procedentes de tales fuentes sean consideradas un día propiedad del partido. No hace falta decir que la decisión final sobre este asunto deberá tomarla el Führer, pero ya que ha sido el partido el que ha financiado esta lucha de veinte años contra la judería, esa decisión parecería de lo más justa^[178].

Como hemos visto, Goering tenía muchas cuentas estatales y privadas mediante las cuales podía pagar las obras de arte que no conseguía mediante regalos o confiscaciones. Tenía la costumbre de adquirir lo que necesitaba en los territorios ocupados mediante préstamos contra sus cuentas estatales, como revela claramente esta nota del 6 de diciembre de 1940, una comunicación interna entre la administración doméstica de Goering:

El teniente coronel Veltjens del Estado Mayor del comandante del Ejército en los Países Bajos, el general Christiansen, ha llamado hoy a este despacho para preguntar por el reembolso de un millón de florines (1 333 000 M) dados en anticipo a *Herr Reichsmarschall* para adquisiciones privadas. Por acuerdo con *Herr* teniente general Bodenschatz, he dado instrucciones al Banco Estatal de Prusia para que remita 530 000 M de la Sonderkonto al crédito del general Christiansen en Ámsterdam. Debido a este pago la Sonderkonto, que recientemente alcanzó los 3 100 000 M, ha quedado agotada y se necesitan nuevos fondos para remitir el resto de la suma que se le adeuda al general Christiansen^[179].

La Sonderkonto era una cuenta especial que había que reponer de cuando en cuando con fondos estatales. Los tratos de Goering a menudo eran a una escala enorme, como revela el caso de la propiedad Goudstikker. Jacques Goudstikker era uno de los tratantes de arte holandeses más importantes y Goering adquirió la totalidad de sus propiedades artísticas, que estaban valoradas en unos cinco millones de dólares, por una suma considerablemente menor; el contrato estaba fechado el 13 de julio de 1940 y el precio de compra fue de dos millones de florines. Se decía que el propietario estaba ausente por enfermedad. Los cuadros que Goering quería para su colección fueron enviados a Carinhall por tren; el resto se pusieron a la venta para recaudar fondos para adquirir otras obras^[180].

Goering empleó muchos millones de dinero público en adquirir las obras maestras que cubrían las paredes de Carinhall, Mauterndorf, Veldenstein y sus residencias de Berlín. Se consideraba a sí mismo el privilegiado administrador cultural de la nación alemana, un administrador que podía disfrutar en privado de la belleza de aquellas obras que finalmente serían expuestas a la nación en el Museo Hermann Goering. Aunque era el tipo de hombre al que le encantaba regatear y al que le desagradaba sobremanera la posibilidad de ser engañado por marchantes astutos, era muy consciente, como diría en Núremberg, de que los precios tendían a aumentar en el momento que él o sus agentes eran vistos. Pero el dinero era algo cada vez menos real para él mientras crecía su ansia de poseer arte, y las grandes sumas que autorizó, pidió prestadas o adquirió en última instancia sólo eran números sobre el papel que su personal debía archivar. Los cuadros, las estatuas, los tapices y la vajilla eran reales.

El tratante de arte holandés De Boer ha descrito la forma en que Goering y sus agentes solían realizar sus negocios^[181]. Goering, vestido de paisano, visitó por dos veces la galería de De Boer con sus asistentes, en la primera ocasión simplemente echó una mirada fugaz a los cuadros y dijo que volvería para hacer unas compras. Antes de que Goering regresara, De Boer retiró algunas de sus obras más valiosas, pero Goering (al que no se le podían negar sus considerables conocimientos sobre arte flamenco) recordaba exactamente qué había visto en su visita anterior y preguntó por el paradero de los cuadros que faltaban. Compró unas veinte obras, ninguna de

las cuales era particularmente valiosa. Entonces vio una pintura de Jan Steen que le gustó. Era bastante cara, alrededor de los 80 000 o 100 000 florines, según recuerda De Boer; Goering dijo que era demasiado cara, valía más de lo que tenía intención de gastarse por mucho que le gustara el cuadro. Entonces se volvió hacia Hofer, que le acompañaba, mencionó uno de sus propios cuadros de Jan Steen y sugirió un intercambio. Hofer insistió en que la pieza del mariscal del Reich era más valiosa. Pero Goering respondió que le gustaba el cuadro de De Boer y que gustosamente lo cambiaría por el suyo. De Boer no estaba contento con este negocio, pero Hofer volvió, esta vez solo, y profirió la velada amenaza de que si el mariscal del Reich se enfadaba las cosas podían ir mal para ciertas amistades judías de *Madame* De Boer. De Boer describe a Goering como alguien con un notable interés en la pintura; por la forma en que se quedaba absorto ante los cuadros, dijo el marchante, uno pensaría que no tenía nada más en lo que pensar.

Goering se contó entre los que compraron una de las célebres falsificaciones de Van Meegeren^[182]. Ya que esas falsificaciones durante un tiempo desafiaron a los ojos más expertos, no se puede culpar a Goering por comprar lo que parecía un cuadro del pincel de Vermeer. La adquisición genuina de tesoros artísticos, su adquisición mediante el saqueo y la confiscación, y la preservación de esas obras contra los ataques de los Aliados y otros riesgos de la guerra condujeron al continuo flujo de los países ocupados a Alemania, muchas de ellas en embalajes marcados con «A. H.» por Hitler o «H. G.» por Goering. Tan grande era el deseo de vender a Goering que hasta sus criados recibían regalos de marchantes ansiosos de ganarse la buena voluntad de personas en la posición adecuada. Robert Kropp recuerda cómo un tratante en Ámsterdam le regaló un cuadro pequeño pero valioso simplemente porque lo había admirado. Kropp se quedó asombrado, pero se quedó el cuadro y luego le preguntó a Goering si había hecho bien en aceptarlo. Goering se rio. «Por supuesto que debe quedárselo», dijo, pero en cuanto lo vio lo quiso para él. A cambio le dio a Kropp un cuadro de mayor tamaño pero sin valor que mostraba una vista de Carinhall y no ocultó su placer por adquirir otro pequeño tesoro de esa forma.

Puede que algunas de esas transacciones de obras de arte se hicieran bajo coacciones por parte de Goering. Ése parece ser el caso de M. Renders, cuya valiosa colección de unos treinta cuadros de la escuela flamenca del siglo xv fue adquirida por Goering, y que luego su dueño reclamó después de la guerra. Poco después de la ocupación del sur de Alemania por fuerzas norteamericanas, el comandante Anderson, un oficial del Gobierno Militar Estadounidense en la 101 División Aerotransportada, rastreó esos cuadros hasta el castillo de Zell am See, en Austria, donde Emmy Goering permaneció durante un tiempo tras la captura de su marido. Lloró cuando se llevaron los cuadros. La propia niñera de Edda le entregó a los norteamericanos un lienzo envuelto en un paquete que Goering había dejado a su cargo, diciéndole que cuidara muy bien de él, ya que era muy valioso. Resultó ser el «Vermeer» de Van Meegeren.

Aparte de las despiadadas confiscaciones de obras de arte a indefensos propietarios judíos, Goering normalmente tenía mucho cuidado en guardar las apariencias cuando adquiría obras famosas en el extranjero. Tuvo sus mayores problemas en sus relaciones con Italia. En documentos de extensión considerable que han sobrevivido^[183], Hans Georg von Mackensen, el embajador alemán en Roma, se queja amargamente (aunque de manera diplomática) de los problemas y humillaciones que sufrió debido a la adquisición de tesoros artísticos para la colección de Goering. Mantuvo, según dejó escrito, desagradables entrevistas con el ministro de Educación italiano, e incluso con Mussolini y Ciano. Al final, en mayo de 1942, se vio obligado a desmentir en público los rumores de que importantes obras de arte italianas habían sido enviadas a Alemania, y anunció que en cualquier caso la exportación de obras maestras de Italia se acabaría por ley. Pese a ello, Goering continuó comprando o adquiriendo cuadros italianos; eran almacenados en cajas y se guardaban en un anexo de la embajada alemana en Roma mientras esperaban a ser transportados a Alemania. Adquirió el *Retrato de Hombre* de Memling de la familia Corsini por 6 900 000 liras, y pagó más de diez millones por *Spiridon Leda*, un cuadro atribuido a Leonardo... aunque tuvo que ceder esa pintura a Hitler. Compró mobiliario y tapices a Bellini, un tratante de arte en Florencia y en junio de 1941 Hofer pagó al conde Contini en Florencia la suma de seis millones de liras por una valiosa colección de pinturas renacentistas^[184].

El incidente más embarazoso para Goering en sus tensas relaciones con los italianos fue el precioso regalo de cumpleaños que le envió la División Hermann Goering después de haber tomado posesión de Montecassino. El gobierno italiano había usado el monasterio en 1943 como depósito de tesoros artísticos procedentes principalmente del Museo de Nápoles e incluía obras de Tiziano, Van Dyck y Rafael, y bronce antiguos de Pompeya y Herculano. En ese lugar había depositados cerca de doscientas cajas conteniendo cuadros y otras obras de arte, y se dispuso que fueran enviadas al Vaticano para ponerlas a salvo... menos quince cajas que fueron robadas por los miembros de la División Hermann Goering y enviadas a Goering por su cumpleaños en enero de 1944. Goering se horrorizó y emitió una reprimenda. Pero los cuadros no volvieron directamente a Italia; fueron enviados a las cavernas del Alt Aussee para que estuvieran a salvo mientras esperaban el transporte oficial que los devolviera a Italia^[185].

Así, de todas esas formas, la gran colección de arte centrada en Carinhall fue creciendo gradualmente en preparación para el momento en que estuviera lista para su exhibición permanente después de la guerra en el Museo Hermann Goering. La colección estuvo hasta el final a cargo de Andreas Hofer, y Gisela Limberger actuó como bibliotecaria y secretaria confidencial responsable de la incesante correspondencia relacionada con los tratos y adquisiciones de Goering^[186]. El archivo fotográfico de imágenes de la colección que recopilaron ocupaba 217 álbumes de gran tamaño, y que acabaron en posesión de las autoridades

norteamericanas tras la guerra^[187]. Al final, la parte de la colección de tesoros artísticos de Goering depositada en Carinhall (en total tenía siete residencias repletas de objetos de arte) tuvo que ser embalada y enviada al sur para ponerla a salvo. Los norteamericanos incautaron el envío final, que incluía veintisiete cajas de libros, cuatro cajas de cristalería, siete de porcelana, ocho de vajillas de oro y plata, y seis de alfombras. Por supuesto, se trataba solamente de una fracción de los cargamentos de objetos preciosos enviados en trenes y camiones desde el norte durante las semanas anteriores a la evacuación final de Carinhall en abril de 1945.

Goering coleccionaba todo lo que tuviera interés y fuera valioso, incluyendo armas orientales, vasijas de alabastro y relojes de sol renacentistas. Tenía un escritorio que una vez fuera propiedad del cardenal Mazarino. Poseía hermosos ejemplos de tapices Beauvais del siglo XVIII y algunos tapices góticos que habían sido elegidos cuidadosamente como piezas de acompañamiento para determinadas escenas de caza de Tournai, que había comprado al ridículo precio de veinte millones de francos cuando la colección Sèze fue puesta forzosamente a la venta en Francia. Poseía varios retablos, entre ellos una Pasión y una Crucifixión francesas del siglo XV, ésta última confiscada en París al marchante de arte Seligmann. El más importante de sus retablos, obra del Maestro de la Sagrada Familia (un artista de la escuela de Colonia del siglo XV) fue adquirido mediante un intercambio con el Louvre. También del Louvre adquirió la estatua a tamaño natural de la Magdalena conocida como *La Belle Allemande*, tallada en madera, obra del escultor suabo del siglo XVI Gregor Erhardt. Los norteamericanos pensaron que la estatua tenía algún parecido con la mujer de Goering. Entre sus cuadros, Goering se enorgullecía especialmente de poseer cinco retratos de Rembrandt, incluyendo el *Hombre Barbudo*, el *Hombre con Turbante* y retratos de su mujer, su hermana y el hijo de ésta, una infanta de Velázquez, *La Resurrección de Lázaro* de Rubens, la *Joueuse de Volant* de Chardin, la *Joven con Figura China* de Fragonard, el *Matrimonio Místico de Santa Catalina* de David, pinturas de Frans Hals, Van Dyck, Van Eyck y Goya, y su colección especial de obras de los dos Lucas Cranach, el Joven y el Viejo.

El destino final del último gran envío de la colección de Goering era Berchtesgaden. Cuando los expertos norteamericanos enviados a revisar el botín artístico consiguieron localizarlo, lo encontraron embalado en la casa de reposo de la Luftwaffe en Unterstein, a tres kilómetros al sur de Berchtesgaden. Los cuadros ocupaban cuarenta habitaciones, las esculturas estaban apiñadas en cuatro habitaciones y un pasillo, y había una habitación más llena de tapices apilados. Dos habitaciones estaban llenas a rebosar de alfombras y otras dos contenían cientos de marcos de cuadros vacíos. Además había habitaciones con cajas, baúles y barriles llenos de porcelanas. Una capilla adosada al resto de la casa estaba abarrotada de mobiliario italiano del Renacimiento. Todo eso representaba un único cargamento en tren, que Goering había ordenado a sus hombres que almacenaran en un gran búnker cerca de su propiedad en Berchtesgaden. Pero los ejércitos de los Aliados habían

llegado a la zona antes de que pudieran cumplir con ese cometido, y los soldados norteamericanos habían encontrado la mayor parte de la colección todavía a bordo de los nueve vagones del tren de Goering; los hombres de Goering aparentemente estuvieron más interesados en vaciar dos compartimentos repletos de botellas de champán y *whisky* que Goering no quiso dejar atrás para los soldados rusos que ocuparían Carinhall^[188]. Al final los soldados norteamericanos acabaron terminando de guardar la colección en la casa de reposo. Ese tren representó el intento final por parte de Goering de poner a salvo los contenidos de Carinhall. El proceso de traslado al sur había sido continuo durante las semanas anteriores, y varios envíos habían sido dispersados a lugares diferentes. Su valiosa colección de armas, por ejemplo, fue encontrada en posesión de Fritz Görnert, un miembro del personal de Goering.

Goering fue hasta el final el más asiduo coleccionista de arte entre los jerarcas nazis. Hitler, obsesionado con la guerra, dejaba sus posesiones en los almacenes sin llegar a examinarlas. Gradualmente, los tesoros saqueados por Rosenberg llegaron a varios destinos, como los frescos túneles de las minas de sal del Alt Aussee, donde los norteamericanos encontraron seis mil cuadros y vastas colecciones de esculturas, muebles y tapices, así como valiosos manuscritos y libros. Toda el área de Berchtesgaden estaba repleta de tesoros artísticos, más o menos ocultados a los Aliados. El caos representado por el saqueo privado y el genuino traslado de objetos valiosos a lugares seguros para evitar la destrucción bajo las bombas implicaría meses de investigación para las unidades encargadas de rastrear y catalogar las decenas de miles de obras desaparecidas que sus dueños querían que les fueran devueltas después de la guerra. Muchas obras se perdieron de forma irremediable, muchas resultaron dañadas y sin duda otras siguen esperando en sus escondites a ser descubiertas. Ése fue otro martirio que infligió la Alemania nazi: el robo y el traslado de miles de obras maestras del arte europeo hasta que finalmente acabaron en pozos de minas, vías muertas de ferrocarril, búnkeres y almacenes, o arrebatadas de las manos de mezquinos subalternos que intentaban robar los preciosos restos de los saqueos de sus amos.

Eclipse

Los doce meses que precedieron al desembarco de los Aliados en Normandía el 6 de junio de 1944 fueron testigos de la retracción del imperio alemán en todos los frentes. Mussolini, que había urgido a Hitler en vano para que hiciera las paces con la Unión Soviética, fue derrocado en julio de 1943; hacia septiembre los Aliados estaban en el sur de Italia, se había firmado un armisticio italiano con los Aliados y Hitler había rescatado al cautivo Mussolini de su prisión en el Gran Sasso, una operación realizada desde el aire por los hombres de Himmler, y no los de Goering. En Rusia, las fuerzas alemanas, tras la fracasada ofensiva de julio, se retiraron durante el resto del verano, mientras en la propia Alemania la ofensiva aérea anglo-norteamericana crecía hasta adquirir proporciones devastadoras, deprimiendo profundamente al pueblo alemán aunque sin conseguir quebrar su moral. La red de conspiraciones contra Hitler en el interior de Alemania fracasó una y otra vez en lograr una acción efectiva, culminando en el valiente pero fallido atentado contra la vida del Führer que llevaron a cabo los generales hostiles a éste el 20 de julio de 1944. Mientras tanto, la cabeza de playa de los Aliados en Normandía se había convertido en una invasión completa y la gran ofensiva soviética había empujado el frente del este de vuelta al territorio de Polonia.

El fracaso de la Luftwaffe, pese a la gran valentía individual de sus miembros, se debió a la disolución de sus fuerzas: carencias en el suministro de máquinas y hombres, de hombres con entrenamiento, de oportunidades para oponerse al abrumador aumento de la ofensiva aérea de los Aliados. En el Mediterráneo, las fuerzas aéreas anglo-norteamericanas eran cuatro o cinco veces superiores a las de la Luftwaffe; los alemanes sufrieron carencias en capacidad de combate y de reconocimiento aéreo antes del desembarco de los Aliados en Italia pese al insensato optimismo de Goering frente a las advertencias de Rommel. Sólo la conmoción provocada por la caída del poder de Mussolini revivió brevemente a la Luftwaffe en el área del Mar Jónico y el Adriático. En el frente ruso la situación era la misma: ni los aviones ni las tripulaciones eran suficientes, ni en número ni en calidad. Hacia 1944, la Fuerza Aérea Soviética podía oponer entre diez y quince mil aviones contra la menguante fuerza de unos veinticinco mil aparatos de la Luftwaffe, muchos de ellos obsoletos. Sus funciones se volvieron completamente defensivas. En el oeste, el poder de la Luftwaffe, mientras esperaba al inevitable Día D, apenas superaba el del frente del este, y la mayor parte de los aviones estaban ocupados oponiéndose lo

mejor que podían a las incursiones de los bombarderos sobre Alemania. Hacia el Día D, la fuerza aérea aliada ascendía a once mil aviones. Incluso los intentos de reconocimiento de la Luftwaffe anteriores al Día D fueron completamente inadecuados. La fuerza de bombarderos de largo alcance lista para oponerse a los desembarcos apenas ascendía a 350 aparatos con tripulaciones relativamente inexpertas. Goering puso en el aire todos los aparatos y hombres que pudo para proteger las fuerzas de tierra de Rommel, pero se desintegraron ante el peso de incesantes oleadas de bombarderos y cazabombarderos aliados, mientras que la organización de tierra de la Luftwaffe era aplastada y reducida al caos.

Bajo la autoridad de Milch y finalmente bajo la de Speer, la producción aeronáutica alemana aumentó considerablemente. Había plantas de producción y de reparaciones por toda la extensión de la Europa ocupada por Alemania, y el catálogo de aviones se redujo para facilitar la producción en masa de máquinas como los bombarderos Junkers 88, los cazas monomotores Messerschmitt 109 y Focke-Wulf 190, y los cazas bimotores Messerschmitt 110 y Messerschmitt 410. Durante el periodo de 1943-44 se logró una producción mensual de unos dos mil aviones, mil menos de los que habían planeado Goering y Milch en 1942. Sólo la brillante organización de Speer pudo llevar la producción a tres mil aparatos al mes durante la primavera de 1944.

La determinación de Hitler de no andarse con rodeos con Goering y de obligarle a que empujara a la Luftwaffe a que tomara represalias contra el pueblo inglés por el sufrimiento que los Aliados podían infligir ahora a los civiles alemanes no animaba al mariscal del Reich a asistir a las conferencias de guerra de Hitler. Pero Hitler seguía teniendo un cierto afecto por Goering. El 25 de julio dijo a sus generales durante una conferencia de Estado Mayor: «El mariscal del Reich ha capeado muchas crisis a mi lado. Es frío como el hielo en los momentos de crisis. En esas ocasiones uno no puede tener un consejero mejor... brutal y frío». Siguiendo su costumbre, siguió divagando, repitiendo las frases que le gustaban. «No se puede tener uno mejor; no se puede encontrar uno mejor. Ha capeado todas las crisis a mi lado, ha capeado las peores crisis. Entonces es cuando es frío como el hielo. Cuando las cosas se han puesto mal de verdad se ha vuelto frío como el hielo^[189]». Cuando Goebbels, con la impresión de que el mariscal del Reich ya no estaba capacitado para dirigir la Luftwaffe, había sugerido unos cuantos días antes que Goering fuera reemplazado, Hitler se negó tajantemente y le dijo a Goebbels que le molestaban tales comentarios y que no toleraría «ese tipo de conspiraciones». Galland, convocado al cuartel general de Hitler, le dijo que lo que hacía falta para expulsar a los bombarderos enemigos del cielo era un número de cazas tres o cuatro veces superior al de sus enemigos. Pero tanto Hitler como Goering se mantenían firmes en su sueño de bombarderos; los cazas que no podían servir para bombardear al enemigo para someterlo eran para ellos un símbolo de derrota. Al mismo tiempo, los bimotores De Havilland y Mosquito, con una velocidad punta que superaba con mucho a los mejores cazas

alemanes de 1943, irritaron tanto a Goering que creó grupos especiales de cazas para contrarrestarlos, pasando por encima de la cabeza de Galland, pero esos grupos también fracasaron. Goering hostigó e intimidó a su gente, exasperándolos con sus inefectivas interferencias hasta que Jeschonnek apeló a Hitler para que asumiera el mando de la Luftwaffe en persona. Goering, al enterarse, le dijo a su Jefe de Estado Mayor que podía acusarle de insubordinación... pero insinuó que preferiría su suicidio. Jeschonnek murió por su propia mano^[190].

En palabras de Schellenberg: «Hacia finales de 1943, Goering había perdido todo vestigio de autoridad o respeto^[191]». En la entrada de su diario correspondiente al 10 de agosto, Semmler, el observador ayudante de Goering, escribió: «Políticamente, Goering bien podría estar muerto. Los rumores ya han dicho que ha muerto. Hitler, que sorprendentemente todavía tiene en gran consideración a Goering, ha aconsejado por tanto que el mariscal del Reich debería dejarse ver entre su pueblo, para recuperar su popularidad». Goebbels comentó desdeñosamente que Goering, con un grupo de oficiales cargados de medallas, había visitado los mercados de Berlín y se había mezclado con el pueblo. Según Semmler, se oyeron voces que gritaron «¡Herr Meier!» y hombres que silbaron al verlo^[192]. Goebbels le dijo a Semmler que Goering había actuado de forma desacertada al permanecer tanto tiempo fuera de la vista del ojo público, ya que nada produce rumores más rápidamente que eso, e instituyó una campaña de prensa especial en beneficio de Goering. En el congreso anual del partido nazi en Múnich, Hitler se rio públicamente de los rumores de que había «depuesto» a su «amigo Goering» e incluso en septiembre del año siguiente reafirmó una cierta fe continuada en él cuando renovó su posición como encargado del Plan de Cuatro Años.

Tras los devastadores bombardeos contra Hamburgo del verano, los comandantes de la Luftwaffe, reunidos en pleno, convencieron a Goering finalmente de que había que equipar a la Luftwaffe para la defensa. La reunión tuvo lugar en el cuartel general de Hitler en Rastenburg, y Goering hizo acopio de valor para contarle a Hitler la decisión que se había tomado. Quizás se sintió como una vez le había dicho a Schmidt que siempre se había sentido cuando tuvo que contarle cosas desagradables a Hitler en el pasado: «A menudo tomo la decisión de decirle algo pero, cuando estoy cara a cara con él, el corazón se me cae a las botas». Ahora tenía que convencer a Hitler de que la estrategia tradicional estaba equivocada; la única tarea que le quedaba a la Luftwaffe era defender al Reich. Ahora lo único que importaban eran los aviones de combate. Galland, Milch y Korten, el sucesor de Jeschonnek como Jefe de Estado Mayor, estando de acuerdo. Goering apareció. No se detuvo a mirarlos, sino que se fue a una habitación contigua. Entonces llamó a Galland y a Peltz, el general de bombarderos. Lo que vio Galland le supuso un terrible golpe. Goering, con la cabeza enterrada en las manos mientras se inclinaba sobre la mesa, lloraba. Gimió, sin poder hablar claramente. Al final consiguió decirles que atravesaban un momento de terrible desesperación. Hitler había perdido la fe en él, había rechazado todas sus

propuestas y había ordenado que la Luftwaffe bombardeara Inglaterra a gran escala, combatiendo el terrorismo de los Aliados con el contraterrorismo alemán. Goering se había visto obligado a admitir que Hitler, como siempre, tenía razón, se puso en pie y le dijo a Peltz que estaría al mando del asalto contra Inglaterra. Ésa sería, según había dicho el Führer, la última oportunidad de la Luftwaffe de redimir su honor.

El resultado fue una serie de ataques que dieron como resultado unas pérdidas que pronto se convertirían en intolerables. Cuando Galland expresó su insatisfacción en una reunión que Goering celebró en otoño en Veldenstein para discutir un cañón de largo alcance completamente impracticable que se iba a montar en los Messerschmitt 410, Goering simplemente le gritó. Galland, igualmente enfadado, pidió ser relevado de su mando. Goering accedió a ello, pero posteriormente se negaría a relevarlo. En cualquier caso, la estructura del Estado Mayor de la Luftwaffe cambió de la noche a la mañana como la imagen de un caleidoscopio. En una ocasión Goering incluso intentó dirigir desde los confines de Carinhall un ataque contra una fuerza invasora de bombarderos norteamericanos, sólo para enviar sus cazas en la dirección completamente equivocada. Durante los diez primeros meses de 1943, la fuerza aérea norteamericana afirmó haber destruido tres mil cazas alemanes, una cifra que Galland acepta. Goering se quejaba continuamente, y en una conferencia de Estado Mayor Galland se arrancó su Cruz de Caballero y golpeó con ella la mesa, mirándole fijamente y haciéndole callar.

Según Goebbels, Goering acudió al cuartel general de Hitler el 9 de septiembre, «furioso por la traición de Italia» y para presionar a Hitler para que hiciera algún tipo de declaración pública. El colapso del frente del este pedía algo así pero, extrañamente, según Goebbels, «Goering ahora es algo más optimista sobre la guerra en el aire de lo que era antes; de hecho, en mi opinión, es excesivamente optimista». Ese optimismo continuado, sin embargo, sólo podía conseguirse apartando la vista de la realidad. Speer recordó en Núremberg un incidente increíble en el cuartel general de Hitler cuando Goering prohibió a Galland que hiciera más informes sobre el asunto tras afirmar este último que los cazas de largo alcance enemigos habían llegado a penetrar hasta tan lejos como Lieja. Goering se negó a aceptar las pruebas sólidas que demostraban que algunos de esos aparatos habían sido derribados tan al interior del territorio europeo^[193].

El 2 de noviembre de 1944, Goering visitó la planta Messerschmitt para discutir la posible conversión del nuevo caza a reacción en cazabombardero. Ya en mayo, Galland había volado en el prototipo ME. 262 a 840 km/h; ahora los alemanes tenían el avión más rápido del mundo. Voló directamente a Veldenstein y contagió su entusiasmo a Goering. Pero Hitler se había negado a autorizar la producción y de hecho había insultado a Goering y a los jefes de la Luftwaffe al celebrar una conferencia de ingenieros y diseñadores aeronáuticos y no invitar a ninguno de ellos a estar presentes. El resultado de esto fue que Hitler, sin ni siquiera consultar con Goering, ordenó a Messerschmitt la producción de unos cuantos prototipos más.

Hasta siete meses después no permitiría a Goering autorizar la producción en masa del caza a reacción, e incluso así sólo bajo la forma de un cazabombardero. Entonces, durante una demostración especial del caza en Rastenburg en diciembre, Goering fue capaz de asegurarle a Hitler que el aparato podría llevar al menos una bomba de mil libras. Le dio esa seguridad a Hitler sin ninguna confirmación técnica de que sería posible adaptar el avión al papel de bombardero; a Goering sólo le preocupaba, según se percató Galland mientras escuchaba, decirle a Hitler lo que éste quería oír, es decir, que al fin tenían un bombardero de gran velocidad que sembraría el miedo y el terror en los corazones de los ejércitos que se reunían para ser destruidos en el este y el oeste^[194].

Hacia el invierno, Goering se había recuperado hasta cierto punto de su declive, y Goebbels comenta en su diario del 14 de noviembre que se muestra más en público y que se ha «recuperado de su reciente periodo de estancamiento» con el resultado de que «su autoridad está siendo reforzada gradualmente». El 8 de noviembre había dado un largo discurso de dos horas y media de duración sobre la guerra aérea ante una asamblea de Reichleiters y Gauleiters; un discurso que no fue tan efectivo como pudiera haberlo sido, en opinión de Goebbels, ¡porque Goering intentó argumentar que había lanzado sus bombardeos de represalia contra Inglaterra en 1940! Después cenó con Goebbels e incluso consiguió caldear algo el helado corazón del ministro de Propaganda: «En persona es un personaje excepcionalmente encantador», escribió.

El 30 de noviembre, Goering pronunció la que sería su última alocución radiada. En ella recordaba al pueblo alemán cómo el gallardo grupo de espartanos había defendido el paso de las Termópilas contra las hordas persas; ése, dijo, era el espíritu con el que los alemanes debían defender su patria. No intentó minimizar los bombardeos de los Aliados. «Aunque todas las ciudades alemanas sean arrasadas hasta los cimientos», gritó, «el pueblo alemán sobrevivirá... El pueblo alemán existió antes de que hubiera ciudades y puede que incluso tengamos que vivir en agujeros en la tierra... La desaparición de Berlín de la faz de la tierra sería algo terrible pero no fatal. El pueblo alemán ha existido en el pasado sin Berlín. Pero si los rusos llegan a Berlín, el pueblo alemán habrá dejado de existir^[195]».

Después del comienzo de los bombardeos a gran escala sobre Berlín, Goering fue al frente del oeste en persona, siguiendo órdenes de Hitler, para supervisar un golpe de represalia contra Londres desde el aire, pero descubrió que la Luftwaffe ya no era capaz de organizar ataques a esa escala. Galland afirma que durante enero y febrero sólo cayeron sobre Londres 275 toneladas de bombas. La Luftwaffe se vio obligada a concentrarse en la defensa, y sus pérdidas fueron muy grandes.

Según las pruebas aportadas por Bodenschatz en Núremberg, Goering entonces intentaba de todas las maneras posibles recuperar su posición con Hitler, quien lo estaba excluyendo gradualmente de sus reuniones privadas y conferencias relacionadas con la guerra. Demostró ser, como en el caso del caza a reacción, completamente incapaz de enfrentarse a Hitler, y parece que dejó que Hitler

descargara el peso principal de su ira contra la Luftwaffe sobre Bodenschatz, quien siguió siendo su principal representante en el cuartel general de Hitler, y sobre Milch y Galland. Milch recuerda otra escena que tuvo lugar entre Goering y Hitler en el Obersalzberg en febrero de 1944, después de que tanto Milch como Galland hubieran vuelto a insistir una vez más en que el nuevo caza a reacción no fuera sometido a la inviable adaptación a bombardero en que Hitler continuaba empeinado. Hitler exclamó furibundo: «Quiero bombarderos, bombarderos, bombarderos. Sus cazas no sirven para nada, de todas formas», y Goering, una vez más, cedió ante la furia del Führer^[196].

El programa revisado y centralizado de Speer para la producción en masa de unos pocos tipos seleccionados de aviones, principalmente cazas, fue presentado a Goering en una importante conferencia en el Obersalzberg en abril de 1944^[197]. Goering habló con la voz de Hitler. Su «aplastante decisión final», como la definió Galland, fue que «los bombarderos pesados siguieran siendo el núcleo del armamento aéreo». Por tanto, había que modificar el plan de Speer. Al final, en palabras de Galland, los bombarderos nunca salieron de la línea de montaje; fueron destruidos durante su construcción. De haber sido completados, no hubieran tenido combustible con el que volar. Con una fuerza de cazas que en la evaluación de Galland ascendía a sólo uno por cada siete aparatos de los Aliados, formó las unidades de cazas de asalto con hombres preparados para acercarse a los bombarderos y atacar a bocajarro, llegando incluso el piloto a estar dispuesto a embestir al aparato enemigo en un intento desesperado por destruirlo, saltando del avión justo antes del impacto.

A finales de marzo y principios de abril de 1944, tuvo lugar el caso de la ejecución de cincuenta de los ochenta oficiales de la fuerza aérea británica y de la Commonwealth que, como prisioneros de guerra en el Stalag Luft III, habían intentado una fuga en masa la noche del 24 al 25 de marzo pero que habían sido recapturados^[198]. El Stalag Luft III, ubicado en Sagan, era técnicamente un campo de la Luftwaffe y por tanto bajo la supervisión de Goering. Las circunstancias que condujeron al asesinato de los hombres (eso es lo que era, ya que su muerte al ser recapturados era una violación de los tratados internacionales sobre el tratamiento a prisioneros de guerra) fueron sometidas a examen constante durante los juicios de Núremberg, y fue Milch durante su testimonio particular, al comparecer como testigo de la defensa de Goering, quien admitió la desintegración de la administración del alto mando en 1944. Habló de «la gran confusión que existía en los más altos niveles en aquel tiempo». En todo momento, dijo, «había una terrible confusión... Hitler interfería en todos los asuntos y daba órdenes en persona... [y] durante ese periodo apenas vi a Goering». En cuanto a las ejecuciones en sí, parece que fueron consecuencia de otra orden que Hitler emitió en mayo decretando que todos los prisioneros de guerra (aparte de los ingleses o norteamericanos) que fueran recapturados tras intentar fugarse debían ser eliminados en secreto por la policía. En Núremberg hubo dudas sobre hasta qué punto era Goering personalmente responsable

del error en su propio campo. Afirmó que estuvo de permiso durante todo el mes de marzo y que sólo supo de las ejecuciones cuando regresó a Berchtesgaden, donde Hitler había emplazado su cuartel general por aquel entonces. Goering afirmó que protestó con tanta fuerza como pudo, primero ante Himmler y luego ante Hitler, diciendo lo dañino que sería eso para los miembros de la Luftwaffe que habían tenido que saltar en territorio enemigo. En las propias palabras de Goering: «El Führer — nuestras relaciones entonces eran extremadamente malas y tensas— respondió de manera bastante violenta que los aviadores que volaban contra Rusia también tenían que tener en cuenta la posibilidad de que los mataran a golpes inmediatamente si tenían que hacer un aterrizaje de emergencia, y que los pilotos en el oeste no deberían tener ningún privilegio especial en ese sentido. Le dije allí mismo que esas dos cosas no tenían relación alguna».

Las declaraciones hechas bajo interrogatorio por los oficiales tanto dentro como fuera de la Luftwaffe implicaban a Goering, que según admitió regresó de su permiso como muy tarde el 29 de marzo. A Goering le hubiese sido virtualmente imposible no saber nada de las ejecuciones, que tuvieron lugar del 25 de marzo al 13 de abril, siguiendo órdenes de Hitler. Por tanto, podía haber dado contraórdenes y detenido las muertes. Goering insistió en que ignoraba por completo lo que ocurría, y es cierto que no hubo nadie que pudiera testificar que se le hubiera comunicado a Goering esa información exacta; Milch también negó que tuviera conocimiento de ello hasta que fue demasiado tarde. Como lo expresó Goering, «no estaba presente en el momento en que el Führer dio la orden. Cuando lo supe, me opuse vehementemente. Pero, para cuando me enteré, ya era demasiado tarde... Para mí supuso el incidente más grave de toda la guerra».

Durante la noche del 5 al 6 de junio, Goering recibió la llamada telefónica que todo el alto mando nazi temía: Bernd von Brauchitsch le telefoneó a Veldenstein para decirle que había comenzado la invasión de Francia. A primera hora de la mañana, Goering salió de su retiro para asistir a una conferencia sobre la situación creada por el desembarco de los Aliados celebrada durante la tarde del 6 de junio en Klessheim, un castillo cerca de Salzburgo, y tanto Ribbentrop como Himmler estuvieron presentes. La situación de la Luftwaffe en el momento del desembarco de Normandía hacía imposible, como ya hemos visto, que planteara una oposición efectiva contra las vastas flotas de cazas y bombarderos de los Aliados. Las tripulaciones de la Luftwaffe estaban en desesperada inferioridad numérica desde el principio, concentradas como estaban en la defensa del Reich mismo, frente a los incesantes bombardeos contra las fábricas de armamento y las plantas de combustible sintético que eran accesibles desde el aire.

Según Galland, la Luftwaffe en el Día D tenía menos de un centenar de cazas listos para enfrentarse al desembarco aliado. «El día de la invasión, no más de 319 aparatos podían enfrentarse al enemigo», escribiría posteriormente. La orden clave para el traslado de la fuerza de cazas de Alemania al nuevo frente de Francia no fue

dada hasta el segundo día de la invasión, y las comunicaciones eran tan deficientes que la noticia de la invasión en sí no llegó al II Cuerpo Aéreo en Compiègne hasta las ocho de la mañana. En cualquier caso, hubo que cambiar todo el plan de traslado debido a los daños y desorganización que sufrieron los aeródromos y a la oposición enemiga en el aire. La moral estaba en su punto más bajo entre los pilotos y el personal. «Los Aliados tienen una supremacía aérea total... La sensación de impotencia contra los aparatos enemigos... tiene un efecto paralizador», informó el comandante de una de las divisiones panzer.

La noche del 12 al 13 de junio se lanzó contra Londres por primera vez la famosa arma secreta de Peenemünde, la bomba robótica V-1 de la Luftwaffe («V» de *Vergeltun*, venganza). Las misteriosas rampas a lo largo de la costa del Canal habían sido bombardeadas dura y continuamente por los Aliados a baja altura; se habían construido réplicas de esas plataformas inclinadas en Florida para practicar los métodos más efectivos de destruirlas. La bomba volante era una forma de avión no tripulado construido no sólo en Peenemünde sino en Friedrichshafen y otros centros, y se lanzaron unas nueve mil, principalmente contra Londres, durante los tres meses siguientes al lanzamiento inicial en junio. La V-1 llevaba ochocientos kilos de explosivo de alta potencia, tenía un alcance de hasta 250 kilómetros y volaba a una altura media de 750 metros y a una velocidad máxima de 640 km/h. Apenas un tercio de las bombas lanzadas alcanzaron sus objetivos; o bien eran hechas estallar en el aire por los cazas aliados y las defensas terrestres o no explotaban en absoluto. Las V-1 fueron un arma propagandística que ayudó a mantener la moral alemana; tras la sorpresa inicial que causó en Londres, los ingleses las aceptaron como otro peligro más de la guerra, pero menos mortífero en definitiva que los terribles bombardeos del periodo del *blitz* sobre Londres. No obstante, el daño causado por las V-1 fue amplio, particularmente en el East End de Londres. Hacia finales de 1944, tres cuartos de millón de hogares en el área del Gran Londres se añadieron a la ya de por sí enorme cantidad de daños materiales. Hitler y Goering volvieron a calcular mal cuando creyeron, después de unas pruebas con un Spitfire capturado, que la V-1 era invulnerable desde el aire y que se podía bombardear Londres hasta que los ingleses se rindieran, desde un centenar de emplazamientos de lanzamiento situados a lo largo de la costa del Canal. Para cuando la V-1 estuvo lista para ser lanzada, muchas de las rampas habían resultado dañadas y se sabía lo suficiente del arma como para organizar una defensa cada vez más efectiva cuando finalmente comenzaron los lanzamientos. El 5 de julio, Churchill reveló en la Cámara de los Comunes que las primeras 2574 bombas habían matado solamente a 2752 personas. La bomba volante dejó de ser un arma táctica de importancia.

Mientras tanto, la invasión aliada, que para julio ya estaba plenamente establecida, tenía una línea paralela en la penetración rusa de Polonia y la amenaza que eso significaba para la Prusia Oriental. Según Galland, Goering no estaba disponible y se ausentó del mando de la Luftwaffe. Durante el mes de julio se

pospuso dos veces la tentativa para matar a Hitler durante su conferencia diaria de Estado Mayor, inspirada principalmente por un grupo de generales que querían eliminar a Goering y a Himmler en un único atentado junto con el Führer. El 11 de julio sólo Goering estuvo presente en la conferencia de Estado Mayor, pero no Himmler, y se abandonó el intento de ese día. La segunda vez, el 15 de julio, Hitler se fue antes de que la bomba, oculta en un maletín, pudiera ser colocada. Entonces se decidió concentrar el atentado sólo en Hitler. Las conferencias, a las que asistía Goering cuando estaba disponible, tenían lugar bien en el Berghof, en el sur, o en la Guarida del Lobo, en Rastenburg, según los movimientos de Hitler. En el tercer intento, el 20 de julio en Rastenburg, la bomba explotó en presencia de Hitler, pero el maletín del conde Klaus von Stauffenberg que la contenía había sido movido lejos del Führer, hasta el otro lado de la pata de la maciza mesa, por un tal coronel Brandt mientras se inclinaba sobre la mesa para obtener una mejor vista de los mapas de Hitler. Brandt se contó entre los que murieron, pero Hitler sólo sufrió heridas leves en la forma de quemaduras y magulladuras. Sin embargo, sí que sufrió una conmoción considerable y una parálisis temporal del brazo derecho. Bodenschatz, que estaba allí representando a Goering, sufrió heridas graves. Himmler, que estaba en el cuartel general pero no en la conferencia, inmediatamente se hizo cargo de la investigación, mientras que Goebbels, actuando con una iniciativa considerable, aprovechaba la oportunidad que se le ofrecía para hacerse con el control de Berlín.

Goering se encontraba en su cuartel general a unos ochenta kilómetros de distancia cuando le llegaron las noticias sobre el fallido atentado contra Hitler. Posteriormente se jactaría de que «si el atentado hubiera tenido éxito, me habría tenido que ocupar yo», aunque Himmler tenía otra opinión sobre el asunto. Goering fue directamente a Rastenburg y llegó a tiempo de unirse a otra de esas extrañas reuniones sociales que parecían ocurrir en momentos de crisis. Porque el 20 de julio, Mussolini, dictador de Lombardía, si es que seguía siendo dictador de algo, se encontraba visitando a Hitler; su tren se retrasó y llegó acompañado del mariscal Graziani, para ser recibido por un Hitler pálido y tembloroso con el brazo en cabestrillo.

Toda la jerarquía excepto Goebbels se encontraba presente en ese momento: Himmler y el gran almirante Doenitz, el nuevo comandante general naval, así como Keitel y Jodl. Tras inspeccionar los escombros, el dictador y sus colegas se sentaron a tomar el té, furiosos y alterados. Para ese entonces ya sabían que la conspiración se había planeado a una escala considerable y que involucraba a muchos oficiales del ejército de alta posición ya que, al creer muerto a Hitler, los conspiradores habían intentado tomar el centro administrativo de Berlín y las acciones de Goebbels, que sabía que Hitler había sobrevivido, les habían impedido completar su asalto a los ministerios. Estallaron recriminaciones en una salvaje demostración de malos modales con poca consideración por la presencia de los invitados italianos. Hitler en un principio escuchó, mascando píldoras de diversos colores, mientras sus

comandantes, alzando la voz, empezaban a gritarse entre sí; Doenitz echaba la culpa de los desastres de la guerra al ejército; Goering estaba de acuerdo, sólo para que el Gran Almirante le atacara a su vez por el fracaso de la Luftwaffe. Goering, enrojecido y furioso, defendió su servicio y luego se volvió hacia Ribbentrop y le atacó por lo inútil de su política exterior. La bronca llegó a un punto en el que Goering amenazó de verdad a Ribbentrop con su bastón de mariscal. «Asqueroso vendedor de champán», le gritó, «¡cierra la maldita boca!». Lo llamó Ribbentrop a secas, cosa que enojó al otro más que nada, al haber ganado su «von» sólo por haber sido adoptado por una tía. Ribbentrop exigió ser tratado con respeto, gritando: «¡Sigo siendo el ministro de Asuntos Exteriores y mi nombre es *Von Ribbentrop!*». Sólo cuando se mencionó el asunto Roehm estalló la furia concentrada de Hitler en un rugido de venganza contra los ingratos que habían intentado acabar con su vida, no sólo contra los hombres implicados, sino contra sus esposas e hijos también. Cumplió su palabra. Mussolini, preocupado y avergonzado por la escena que acababa de ver, se retiró de la reunión. Nunca volvió a ver a Hitler.

Los generales que fueron encontrados culpables tras un juicio deshonesto fueron ahorcados con ganchos de carne, todos excepto Rommel, que al ser el favorito del pueblo alemán se le dijo el 14 de octubre que se suicidase, tras lo que se le concedería un funeral de Estado para evitarle a él la deshonra y la vergüenza a Hitler de un juicio contra Rommel. Rommel, habiendo informado a su esposa de su destino, fue conducido en coche y se le dio unos minutos para que se matara de un tiro. Su esposa fue notificada entonces, como le había dicho su marido que ocurriría, que había muerto de una embolia cerebral y empezaron a llover los mensajes de condolencias. Entre ellos había uno de Goering.

Ni siquiera el Paladín de Hitler estaba libre de sospechas. Cuando los juicios de posguerra revelaron hasta cierto punto las maniobras por el poder entre los nazis, se descubrió que la Gestapo había recibido órdenes de Himmler de investigar las conexiones de Goering con la revuelta; y se oyó a Himmler comentarle a Doenitz que, si Hitler hubiera muerto en el atentado, «lo que es completamente seguro, *Herr Grossadmiral*, es que bajo ninguna circunstancia el mariscal del Reich se hubiera convertido en su sucesor^[199]».

El mapa de Europa que en 1940 se había desenrollado para que Hitler lo pisoteara, ahora se replegaba en su contra. Hacia agosto, los rusos estaban en la frontera de Prusia Oriental y en las afueras de Varsovia. Rumanía y su petróleo habían desaparecido y Bulgaria se había retirado de la lucha, mientras que Francia había sido liberada tanto en el norte como en el sur y los Aliados habían penetrado en Bélgica y Holanda. En el oeste, los Aliados avanzaron hasta que escasearon sus suministros de combustible y municiones; hacia septiembre las fuerzas alemanas casi habían sido devueltas por completo al interior de las fronteras naturales de Alemania.

Durante el mes de agosto, Galland, al encontrar que Goering era inaccesible, apeló finalmente a Speer para que le ayudara a convencer a Hitler de que no usara las

últimas reservas de las escuelas de formación de la Luftwaffe para rellenar el enorme hueco que se abría en el ejército alemán. Speer, que se había hecho cargo de la producción de armamento aéreo y terrestre, fue a ver a Hitler acompañado de Galland, sólo para ser rechazado y que se le dijera que se ocupara de su industria bélica. «Si el mariscal del Reich no actúa, entonces es mi deber actuar», había dicho Speer, pero debió arrepentirse de sus intentos bienintencionados de ayudar cuando se encontró con el furioso y alterado Führer. A eso siguió una convocatoria a una conferencia al día siguiente en la que Hitler dijo que disolvería la inútil fuerza de cazas. Ordenó a Speer que se pusiera manos a la obra para transformar la producción aeronáutica en plantas para la fabricación de armamento pesado. Speer salió de la reunión sumido en la desesperación.

Sin duda, la decisión de Hitler de dismantelar las fuerzas restantes de la Luftwaffe estuvo influenciada por la existencia del revolucionario cohete V-2 de Werner von Braun. La primera de esas armas proféticas se lanzó contra Inglaterra justo cuando se había conseguido la victoria sobre las V-1. Contra la V-2 no había ninguna defensa, excepto destruirla antes de que fuera lanzada o destruir sus centros de producción. Hacia septiembre de 1944, la V-2 estaba lista para entrar en acción. Había una reserva de unos dos mil de esos cohetes altamente móviles, que podían ser lanzados desde zonas boscosas con relativa facilidad, y la media de producción mensual era de unos quinientos hasta justo el fin de la guerra. Su alcance era de unos 320 kilómetros, su velocidad de 5600 km/h, su peso de dos toneladas y media (incluyendo su carga de una tonelada de explosivo de alta potencia), y podía llegar a una altura de 110 kilómetros. Entre septiembre y diciembre, el ejército alemán lanzó más de cuatro mil de esos cohetes contra Londres y Amberes. Era el ejército y no la fuerza aérea la que estaba a cargo de los V-2, pero Goering transformó algunos de sus bombarderos Heinkel de forma que pudieran lanzar cohetes V-1 desde el aire. Esa forma de bombardeo contra Londres y Amberes continuó con efectos cada vez menores hasta el final de la guerra. Hitler y Goering podían afirmar, sin embargo, que habían logrado volver a su antigua política de agresión desde el aire en los meses finales de la guerra.

En octubre de 1944, Hitler consintió al fin en la formación de una unidad de cazas a reacción para usar el ME-262, aunque resultaba humillante que la sugerencia al Führer procediera inicialmente de Himmler y no de Goering. El mes anterior, en una conferencia en Rastenburg celebrada el 23 de septiembre, Goering, contra los deseos de Galland, había apoyado la producción en masa de un nuevo e inferior reactor, el caza *Volksjäger*^[*] que se esperaba que pudiera ser pilotado por cientos de estudiantes entrenados en planeadores. Tras un milagro de producción, el prototipo del *Volksjäger* estuvo listo para una demostración en diciembre, pero se desintegró en el aire. La guerra había acabado antes de que estuviera listo para su producción a gran escala.

Hubo una cierta recuperación de la fuerza de la Luftwaffe en la preparación para

la contraofensiva final de Hitler en las Ardenas. Goering, sin embargo, era tan inefectivo a esas alturas que en una conferencia del 6 de noviembre Hitler le acusó de no estar al tanto de lo que ocurría; en cuanto a la Luftwaffe, el Führer había llegado a una «devastadora conclusión» sobre su ineficacia. Goering fue tan tonto como para intentar recuperar su prestigio perdido convocando una conferencia de todos los líderes de las unidades diurnas y nocturnas de cazas en el cuartel general de la Flota del Reich en Wannsee y atacándolos, perdiendo el autocontrol e insultándolos de una manera tan agresiva que causó, según la expresión de Galland, «resentimiento y revuelta». Goering hizo cosas peores; hizo que sus palabras fueran grabadas y ordenó que «la grabación fuera reproducida a intervalos a los pilotos en activo». Los hombres de la Luftwaffe tenían sus propias opiniones sobre Goering y su discurso, que no se molestaron en guardarse para sí.

La ofensiva en las Ardenas, tras un cierto éxito inicial, fracasó. En el nuevo año, Hitler se vio enfrentado a la convergencia final de los grandes ejércitos del este y el oeste que presionaban simultáneamente contra las fronteras de Alemania. Hacia finales de enero, Prusia Oriental y Occidental quedaron separadas del Reich. Zhukov estaba a ciento cincuenta kilómetros de Berlín. Los rusos habían tomado Silesia, con todas sus materias primas esenciales. Goering había evacuado Rominten, la primera de sus propiedades en caer en manos del enemigo^[200]. Hitler usó por última vez la Guarida del Lobo el 20 de noviembre, y luego fue abandonado al enemigo.

La propia descripción de Goering del despliegue de tropas que hizo Hitler en ese momento demuestra que la estrategia había quedado reducida a la de un parque de bomberos: «Se enviaba a las tropas a donde hubiera un incendio», dijo. «Por ejemplo, si el Mando del Este quería tropas para una acción prevista y el del Oeste quería tropas para rechazar un ataque ya en marcha, las tropas normalmente eran enviadas al oeste. Pero era el mismo principio que el de una estación de bomberos. Hitler, por supuesto, era el que tomaba la decisión final^[201]».

A finales de año, Goering decidió ascender al general Karl Koller a Jefe de Estado Mayor de la Luftwaffe. Koller era reacio, pero acudió a Carinhall, donde Goering lo había convocado para una entrevista. Pidió permiso para hablar con franqueza, que Goering le concedió; Koller inmediatamente le criticó por no visitar el cuartel general de operaciones en todo un año, por su costumbre de poner a su ayudante de campo al teléfono cuando sus oficiales superiores querían consultar con él, por descuidar con tanta frecuencia la toma de las decisiones necesarias sobre asuntos que le habían sido remitidos. Koller dijo que a menudo se había visto obligado a protegerse emprendiendo acciones en nombre de Goering y archivando en su diario de guerra los telegramas sin respuesta que le había enviado pidiendo instrucciones. Goering simplemente le pidió que olvidara y perdonara, le dio carta blanca en todo y, con una demostración de desesperación infantil, le prometió ser «bueno» en el futuro.

Fue menos infantil con Galland, cuyas críticas, explícitas o implícitas, no aceptaba de tan buen grado. En enero Galland fue destituido y enviado de permiso;

no se nombró ningún sucesor. Después de eso Goering lo consideró el instigador de una delegación de pilotos de caza que había hablado con él en la *Haus der Flieger* para exponer las quejas de los pilotos de que se había quedado sin su general, Galland, que el mando de bombarderos tenía preferencia sobre el mando de cazas y que recibió los ME-262 pasando por encima de los cazas, que se esperaba de ellos que lograsen cosas imposibles con mal tiempo y, finalmente, que Goering los había insultado y dudado abiertamente de su espíritu de combate. Goering montó en cólera y amenazó con hacerle un consejo de guerra al portavoz, Lützow, que fue enviado a Italia y se le dijo que no debía volver a comunicarse ni con Galland ni con los pilotos de caza. En cuanto a la destitución de Galland, Hitler intervino personalmente. Goering lo llamó a Carinhall, mostró algo de aparente magnanimidad y le dijo que Hitler le había dado permiso para que volviera a volar en combate. Se permitió que los amotinados y él formaran su propia unidad de cazas a reacción. Galland, sin pérdida de rango, terminó la guerra como la había comenzado, capitán de un escuadrón de cazas, pero esta vez con motores a reacción.

Las transcripciones que han sobrevivido de las conferencias diarias en el cuartel general de Hitler, ahora trasladado a la cancillería de Berlín, demuestran la inutilidad llena de palabrería de determinados debates^[202]. El 27 de enero de 1945, Hitler y Goering discutieron interminablemente la personalidad y forma de expresarse del general Student, mientras unos veinte oficiales superiores, incluyendo a Koller, escuchaban. Goering hizo imitaciones del habla lenta y pausada de Student y dijo que aunque parecía lerdo, era fiel e inteligente. Dijo que con gusto lo readmitiría en la Luftwaffe. Tras varios minutos de remembranzas, tuvo lugar este diálogo:

GOERING: Bueno, me alegraría volver a tenerlo, porque sé que cuando haya una crisis usted se enfadará y lo querrá de vuelta. Estoy a la espera de que llegue ese día.

HITLER: Pues yo no.

GOERING: No, pero lo volverá a aceptar de nuevo. ¿Por qué habría de exponer a un hombre tan superior tanta charla? Ya lo conoce; siempre ha hablado así de lento.

HITLER: Aquella vez que expliqué ese asunto en el oeste, mostró la misma lentitud, pero al final hizo las cosas de todas formas. Lo mismo ocurrió con la liberación del Duce...

GOERING: En general también hizo bien todo su trabajo en Italia... lo necesito urgentemente; quiero darle temple a los paracaidistas y reorganizar las divisiones. Entonces siempre tendrá a alguien a su disposición cuando las cosas se pongan feas. No se amilanará ni vacilará. Puede que hable incluso más lentamente, es posible, pero se retirará de manera todavía más lenta.

HITLER: Me recuerda a Fhers, mi nuevo criado procedente de Holstein. Cada vez que le digo que haga algo, se toma minutos para pensarlo... pero hace su

trabajo de manera espléndida. Lo único que pasa es que es terriblemente lento.

GOERING: Y Student también es un hombre al que se le ocurren las ideas más brillantes.

HITLER: No se puede negar que tiene ocurrencias por su cuenta.

Prosiguieron charlando sobre las personalidades y características de los generales en primera línea durante un tiempo excesivo, recordando la Primera Guerra Mundial y preocupándose por el rango de los oficiales jubilados reincorporados al ejército para servir en posiciones de subordinados. «Sólo un completo hijo de puta estaría a favor de degradarlos», comentó Goering. Sólo a este tema dedicaron media hora de conversación. Goering mencionó sus esperanzas de que a los ingleses no les gustara ver una invasión soviética de Alemania. «Desde luego que no habían planeado que los mantuviéramos a raya mientras los rusos conquistan Alemania», le dijo a Hitler. «Si esto sigue así, nos llegará un telegrama en unos pocos días».

Hitler dijo que se había propuesto deliberadamente asustar a los ingleses y estadounidenses con rumores de que los rusos conspiraban para quedarse con toda Alemania. Una especie de impía alegría se apoderó de la discusión cuando pensaron en la inquietud que eso causaría en las mentes de los conquistadores procedentes del oeste.

HITLER: ...Eso les parecerá como si alguien les hubiera clavado una aguja.

GOERING: Entraron en la guerra para impedirnos que nos extendiéramos al sur, pero no para hacer que el este llegue al Atlántico.

HITLER: Eso es evidente. Se trata de algo anormal...

La evacuación de Carinhall fue un duro golpe para Goering; se deprimió profundamente. Por orden especial de Hitler, Emmy y las mujeres de la casa se marcharon en enero. El personal de la casa tardó semanas en embalar las interminables cajas de tesoros que, como hemos visto, fueron enviados al sur para ser guardados en Berchtesgaden y otros lugares. Goering no abandonó Carinhall finalmente hasta abril, aunque viajó al sur en ocasiones; tenía que permanecer en contacto con Hitler en Berlín. Ordenó que Carinhall fuera minada y destruida después de que la abandonara para siempre. No podía tolerar la idea de otros viviendo en la mansión que había sido el símbolo de su poder y personalidad. Algún tiempo después de que los camiones se marcharan, dejando a Carinhall convertida en un cascarón vacío, las minas fueron detonadas por soldados alemanes y los edificios se derrumbaron convirtiéndose en ruinas^[203].

Durante las últimas semanas antes de la derrota de Hitler y de su suicidio en el búnker de la cancillería, el extraño drama de intrigas dentro de la cúpula nazi llegó a

su acto final. En esta obra, Bormann y Goebbels representaban los papeles principales, ingeniándose para compartir el centro del sórdido escenario en el que Hitler decidiría acabar con su vida, mientras en las sombras del norte, Himmler, en su sanatorio, daba vueltas a las posibilidades de hacer un tratado de paz por separado con la ayuda de otro intermediario suizo amante de la paz, Folke Bernadotte.

Goebbels ya no ocultó su desesperado desprecio por Goering mientras las bombas caían sobre las indefensas ciudades alemanas convirtiéndolas en ruinas semejantes a las de Varsovia, Rotterdam y Coventry. En febrero, según Semmler, estaba al borde de las lágrimas por los desastres de Dresde, afirmando que Goering debía ser sometido a consejo de guerra. «Qué culpa más inmensa ha hecho recaer ese parásito sobre su cabeza con su vagancia y su interés en su propio bienestar». Se estremeció de furia ante una historia que oyó de boca de Tervoben sobre Goering de caza en el Schorfheide mientras las ciudades eran bombardeadas. Goebbels era Plenipotenciario del Reich para la Guerra Total desde julio del año anterior y en agosto había emitido los decretos de movilización más estrictos. El 30 de enero fue nombrado Defensor de Berlín, y decidió quedarse en Berlín con su mujer e hijos si el Führer decidía que ése era el centro desde el que dirigiría las últimas etapas de la guerra total de autodestrucción.

Bormann nunca había tenido una relación con Goering como la había tenido Hitler. Sus comentarios sobre él se limitan a unas cuantas frases que sobreviven, sobre todo en cartas que escribió a su mujer. Bormann era un hombre de secretos, que ocultaba su poder, prefiriendo mantenerse cerca de Hitler y guiar la voluntad de su amo; no poseía nada de la independencia de Goebbels y nada parecido a su personalidad extravagante. Se había arrastrado hasta el poder en los zapatos vacíos que había dejado atrás Hess, pasando en cuatro años de ser un cargo de confianza pero menor dentro del partido a la posición de secretario personal de Hitler, el hombre por el que todo el mundo tenía que pasar. En las últimas semanas, mientras Goering y Speer se convertían en defensores de la negociación, Bormann compartía con Hitler y Goebbels (aunque este último odiaba y temía a Bormann) el deseo de ver a Alemania completamente destruida antes que dejar que el país sobreviviera al régimen nazi. Himmler compartía el punto de vista de Speer y Goering, pero no tenía ningún deseo de asociarse con ninguno de los dos.

Bormann sabía que Goering siempre había intentado separarle de Hitler; odiaba al mariscal del Reich y se regocijaba en su desgracia. Ya en septiembre de 1944 le había escrito a su esposa: «El rezongar general acerca de la actuación de Goering... está llegando a formas de expresión poco civilizadas». Y en octubre: «El estilo de vida del mariscal del Reich se ha transmitido, de manera natural, a la Fuerza Aérea». En noviembre comenta la relación cada vez mayor entre Speer y Goering («Ninguno de los dos puede soportar a Goebbels, y a mí menos todavía»), y al siguiente febrero se burla de la glotonería de Goering porque un ayudante en el Obersalzberg ha pedido cinco kilos de miel para la casa del mariscal del Reich^[204]. Bormann estaba

preparado para dar el sutil golpe final una vez que Goering se marchara, pero incluso él sabía que era necesario esperar a la oportunidad adecuada. Cuando Lammers le preguntó en junio si pensaba que había llegado el momento de desplazar a Goering como sucesor reconocido de Hitler, replicó que: «Si la cuestión no estuviera ya zanjada de antemano, no creo que el Führer designara al mariscal del Reich; pero tampoco creo que cambie el nombramiento que hizo en su momento. Dejemos el asunto».

En la conferencia del 27 de enero, Hitler y Goering, como hemos visto, tenían la falsa esperanza de que el miedo a los rusos conduciría a los Aliados occidentales a firmar la paz con Alemania por separado. Pero, en el caso de que los términos de paz no fueran favorables a Hitler, se creó un plan desesperado para construir una fortaleza de montaña en el sur desde la que realizar una última resistencia de guerrilla; ese plan era «un completo disparate», dijo Kesselring después de la guerra, pero con los ministerios evacuados al sur junto con las obras de arte, se esperaba que Hitler accediera a abandonar Berlín el 20 de abril, la fecha de su quincuagésimo sexto cumpleaños. Hubo otro estallido de esperanza irracional cuando Roosevelt murió el 22 de abril, y se consultó rápidamente a los astrólogos. Se celebraron conferencias a todas horas, ya que la vida en el búnker era tan artificial como sus luces perpetuas. Goering, con el corazón ya puesto en el sur, es descrito por un oficial que estuvo presente como ostentosamente aburrido: «Puso el codo sobre la mesa y hundió su enorme cabeza en los pliegues del suave cuero de su maletín». Incluso durante un momento tapó uno de los mapas de Hitler^[205].

Galland tuvo una última reunión con Goering alrededor del 10 de abril en el Obersalzberg. En perspectiva, cree que Goering lo convocó al sur para dar algún tipo de tapadera oficial a su propia visita, ya que encontró al mariscal del Reich muy ocupado supervisando el destino de sus obras de arte. Goering, al menos, fue cortés con el oficial que había degradado, y le dijo que creía que, después de todo, Galland había estado en lo cierto. Parecía profundamente deprimido y antes de separarse le dijo: «Le envidio, Galland, por entrar en acción. Ojalá tuviera unos cuantos años menos y unos cuantos kilos menos». Se señaló el vientre con una sonrisa irónica. «Si fuera así, de buena gana me pondría a sus órdenes. Sería maravilloso no tener nada de lo que preocuparme excepto de combatir bien, como en los viejos tiempos^[206]». Galland entonces recibió permiso para retirarse y continuar las operaciones lo mejor que pudiera, y Goering regresó a Berlín.

El general Koller, el representante de Goering junto con el general Christian en el *Führerbunker*, intentaba en vano solucionar o esquivar las órdenes carentes de sentido que Hitler daba para la reorganización de los escuadrones de cazas a reacción. Koller, que llevaba un diario que es de enorme importancia para rastrear los acontecimientos de esos últimos días caóticos tanto en Berlín como en Berchtesgaden, escribió el 17 de abril: «Hitler arremete contra la Luftwaffe todos los días. Ignora completamente mis refutaciones de sus argumentos ilógicos. Su furia se

mantiene viva constantemente por las mentiras de sus hombres». Lo único que Hitler le decía a Koller era: «Es usted responsable de hacer que se cumplan mis órdenes».

El 20 de abril, el día del cumpleaños de Hitler, fue ocasión de una ceremonia y una conferencia bajo tierra. Antes de la conferencia, los distinguidos asistentes, que incluían a Himmler, Ribbentrop, Goebbels, Goering, Keitel, Doenitz y Jodl, con Bormann dominando en segundo plano, se pusieron en fila para la macabra formalidad de estrechar la mano del Führer y felicitarle. Llegaban mensajes de que los rusos ya estaban al sur de Berlín, y Koller le dijo a Goering que si Hitler y todos los que tenían intención de ir al sur no salían inmediatamente, no podía garantizar que hubiera suficiente combustible para la evacuación por aire en un momento posterior.

La flota de coches de Goering esperaba cargada de enseres. En la conferencia Goering preguntó a Hitler quién debía ir a Berchtesgaden, si él o Koller. Hitler respondió: «Ve tú. Koller se queda aquí». Goering se despidió por última vez de Hitler.

Koller, mientras tanto, había ido al cuartel general de la Luftwaffe, que ahora estaba al oeste de Berlín, cerca de Potsdam. Christian, que había permanecido con Goering, telefoneó a Koller para darle la mala noticia de que tenía que quedarse junto al Führer. Los bombardeos de Berlín desorganizaron la partida de Goering, y durante un rato perdió el contacto con su flota de coches, que estaba a cargo de Bernd von Brauchitsch. No fue hasta las dos y veinte de la madrugada del 21 de abril que la procesión de Goering llegó finalmente al cuartel general de la Luftwaffe; el largo retraso en recorrer esa corta distancia se debió al tiempo que Goering debió pasar en refugios antiaéreos donde se las arregló para bromear y reír con quienquiera que se encontrara allí. Aunque Koller le había comunicado que quería ver urgentemente al mariscal del Reich, Goering no hizo ningún intento por encontrarlo. Koller se enfureció cuando oyó a los coches de Goering arrancar y ponerse en marcha a toda velocidad hacia su destino en el sur a las tres de la mañana.

Había dejado a Koller para atender él solo las constantes e insistentes llamadas telefónicas de Hitler exigiendo que pusiera sus aviones en el aire para la defensa de Berlín, que ahora sufría un intenso fuego de artillería. Cuando Koller explicó que los aviones no podían despegar de las pistas dañadas de los aeródromos, Hitler gritó que la Luftwaffe era inútil y sus jefes deberían ser ahorcados. Más tarde, esa noche insistió en que Goering había dejado un ejército privado para defender Carinhall, y se negaba a escuchar la explicación de Koller de que las cosas simplemente no eran así; ordenó que el ejército privado acudiera en defensa de Berlín y colgó el teléfono con un golpe. Entonces el teléfono de Koller volvió a sonar; Hitler ordenó a los hombres de la Luftwaffe que resistieran el ataque procedente del noroeste y colgó antes de que Koller pudiera hablar. Hacia las diez y media, Koller era amenazado de muerte por saboteador porque no había enviado a sus hombres a reunirse con el inexistente ejército.

Para entonces, la Luftwaffe se había quedado sin suministros de combustible para

sus aviones. Al día siguiente, pese a las declaraciones telefónicas de Hitler —«recuerda mis palabras, a las puertas de Berlín los rusos sufrirán la derrota más sangrienta de su historia»—, la confusión empeoró y Hitler, según Koller, «se comportaba como un demente». Christian llegó y le dijo a Koller que el Führer había sufrido una crisis nerviosa y estaba decidido a morir en el búnker. Koller decidió por la noche que debía informar a Goering.

La comunicación telefónica con Berchtesgaden era pobre, pero Koller consiguió ponerse en contacto con Bernd von Brauchitsch. «Aquel al que solíamos acudir», dijo cansadamente refiriéndose a Hitler, «no quiere marcharse de donde está. Pero yo tengo que irme de aquí». «Goering quiere que venga aquí», respondió Brauchitsch, y la línea se cortó. Koller contactó con Jodl y confirmó la información de que Hitler se quedaría en Berlín. Jodl le contó a Koller lo que Hitler había dicho anteriormente ese día en su presencia y en la de Keitel. Jodl le había cuestionado diciendo que no se podía hacer nada sin los líderes militares que se habían marchado al sur. «Bueno», dijo Hitler, «Goering puede asumir el mando allá». Pero nadie combatiría por el mariscal del Reich, dijeron todos. «¿Combatir? ¿Qué quieren decir?», dijo Hitler con una mueca de desdén. «¡Hay pocos combates por librar! Cuando se trate de negociar la paz, Goering puede hacerlo mejor que yo. Goering es mucho mejor en ese tipo de cosas. Sabe tratar mejor con el otro bando». Al oír eso, Koller voló inmediatamente al sur en un Heinkel, llegando finalmente a Berchtesgaden al mediodía del 23 de abril.

La información que traía de Berlín alarmó a Goering. Criticaba abiertamente la decisión de Hitler de quedarse en Berlín. Pero no sabía qué era mejor hacer. La situación militar parecía desesperada. «¿Hitler sigue vivo?», preguntó a Koller. Estaba preocupado por si Bormann lo había suplantado como sucesor de Hitler. Koller dijo que creía que Berlín podía resistir una semana. «Pero la responsabilidad ahora es suya, *Herr* mariscal del Reich. La decisión que tomó Hitler ayer lo convierte en comandante de Berlín y le excluye del liderazgo del Estado y del mando supremo del ejército».

Philipp Bouhler, un alto cargo del partido que era amigo íntimo de Goering y que también se encontraba presente, se mostró de acuerdo con Koller. Pero Goering seguía receloso, convencido de que, debido a las malas relaciones que mantenía con Hitler, Bormann, su mayor enemigo, se habría convertido en el sucesor de Hitler. Estaba seguro de que si intentaba hacerse con el mando militar, Bormann haría que lo ejecutaran por traidor. «Simplemente está esperando su oportunidad para liquidarme», dijo Goering. «Si actúo ahora, me tacharán de traidor. Y si no actúo, se me reprochará haberle fallado a Alemania en su hora decisiva».

Goering tenía el decreto de Hitler del 29 de junio de 1941 guardado en una caja de acero, y lo estudiaron juntos, preguntándose qué sería mejor hacer. La redacción era bastante clara: «En el caso de que mi libertad de acción se viera limitada o desapareciera bajo cualquier circunstancia, el mariscal del Reich Hermann Goering será mi delegado o sucesor en todas mis funciones al frente del Estado, el Partido y el

Ejército». A Koller, Bouhler y Brauchitsch eso les parecía concluyente, pero Goering seguía dudando, en caso de que mientras tanto Hitler hubiera actuado de manera diferente. Decidió consultar con Lammers, que también estaba en Berchtesgaden. La opinión de Lammers coincidía con la de los demás. «El decreto es válido y legal», dijo. «El Führer no ha promulgado edictos alternativos. De haberlo hecho, yo tendría conocimiento de ello. No puede haberlo hecho legalmente sin mi conocimiento».

«Si quiere estar completamente seguro», dijo Koller, «¿por qué no enviar un mensaje a Hitler para que clarifique el asunto?». Goering accedió al instante.

Se pusieron a redactar el mensaje. El borrador de Goering era extenso y estaba repleto de protestas de tipo legal. Koller finalmente redactó algo más breve y apropiado:

¡Mi Führer!

Ya que estáis decidido a permanecer en vuestro puesto en la Fortaleza de Berlín, ¿estáis de acuerdo con que yo, como vuestro sucesor según vuestro decreto del 29 de junio de 1941, asuma inmediatamente el liderazgo total del Reich con completa libertad de acción tanto en el ámbito de la nación como en el exterior?

Si hacia las 10 P. M. no he recibido respuesta, asumiré que se os ha privado de vuestra libertad de acción. Entonces consideraré que los términos de vuestro decreto entran en vigor y actuaré en consecuencia por el bien del pueblo y la patria.

Debéis percataros de lo que siento por vos en esta, la hora más difícil de mi vida, y que soy incapaz de encontrar las palabras para expresarlo.

Dios os bendiga y permita que vengáis aquí, después de todo, lo antes posible.

Vuestro más leal
Hermann Goering

La frase final de naturaleza inconclusa fue añadida por Goering porque tenía la sensación de que el mensaje sonaba demasiado frío y formal sin ella^[207].

Antes de enviar el mensaje, Goering ordenó que los puestos de radio fueran ocupados por oficiales del Estado Mayor por razones de seguridad. También dio instrucciones al coronel Von Below en el *Führerbunker* para que se asegurara no sólo de que el Führer recibía el mensaje, sino que también tuviera todas las oportunidades posibles para abandonar Berlín si decidía hacerlo. Dio instrucciones a Ribbentrop y Keitel de que le informaran, a menos que recibieran contraorden del Führer en persona, e hizo que Bormann supiera que le había enviado un mensaje al Führer y también que debía hacer todo lo posible por sacar a Hitler de Berlín. Incluso llegó a consultar, pese a las advertencias en contra de los demás, con Müller, el representante de Bormann en Berchtesgaden. A Müller no le gustó la propuesta y así lo dijo.

Entonces Goering, Bouhler y Koller almorzaron y debatieron el siguiente paso a

dar. Goering decidió que volaría para ver al general Eisenhower al día siguiente, el 24 de abril, y hablar «de hombre a hombre». Consideró el borrador de una proclamación al pueblo y al ejército alemán. «La proclamación», le dijo a Koller, «debería hacer creer a los rusos que seguimos luchando en ambos frentes, pero los americanos y los ingleses deducirán de ella que sólo queremos combatir contra el este y no contra el oeste. En cuanto a nuestros propios soldados, deberán entender que aunque la guerra siga, tendrá un final pese a todo, y en términos más favorables de lo que nos habíamos atrevido a esperar recientemente». Koller comentó que redactar una proclamación tan rebuscada y contradictoria quedaba más allá de sus poderes, pero Goering insistió en que debía intentarlo. Y luego estaba el problema del nuevo gabinete. Ribbentrop debía desaparecer, por supuesto. Probablemente él, Goering, tendría que hacerse cargo del Ministerio de Exteriores además de todos sus otros deberes. Se animó y pareció volverse parlanchín. El haber enviado el mensaje a Hitler le quitó un peso de encima, y esperaba el momento de contactar con los estadounidenses y británicos. Goering empezaba a soñar con su nuevo papel histórico.

Koller se fue, descendiendo por la carretera de montaña hasta Villa Geiger, el cuartel general de la Luftwaffe. Necesitaba dormir, pero entró en su despacho a las cinco en punto. Poco después de las cinco y otra vez a las ocho recibió llamadas telefónicas de Goering. Pero entre las ocho y las nueve tanto sus intentos como los de otros oficiales del Estado Mayor de contactar con el chalet de Goering fueron en vano. Definitivamente, algo parecía ir mal.

Cuando el mensaje de Goering fue transmitido al búnker, Berlín ya estaba rodeado por los rusos y sólo se podía entrar en la ciudad por el aire. El cielo tronaba con aviones y la tierra con los bombardeos. Speer había volado para su última reunión con Hitler, en la que confesó que había desobedecido las órdenes de su amo de destruir todos los recursos de Alemania, pero fue perdonado inmediatamente; Hitler no sabía que Speer había planeado envenenarle bombeando gas al búnker. Speer lo encontró rodeado por los restos de aquellos que aún se aferraban a él: Goebbels y su esposa Magda, Eva Braun, la amante de Hitler; Bormann e incluso Ribbentrop, que estaba a punto de escabullirse y dejar atrás esa catacumba de locura y autodestrucción. La interminable discusión de la decisión de Hitler de quedarse y morir se repitió una vez más, y Speer estuvo de acuerdo con Goebbels en que era más digno para el Führer morir allí que intentar escapar al sur. Entonces el mensaje de radio de Goering fue puesto en las manos de Hitler.

Bormann aprovechó la oportunidad inmediatamente para condenar a Goering a los ojos de Hitler. Los mensajes que había enviado a Keitel, Ribbentrop y al coronel von Below pidiéndoles que protegieran los intereses tanto de Hitler como de él mismo nunca fueron recibidos o fueron anulados por Bormann, que inmediatamente se puso a trabajar para interpretar la declaración cuidadosamente expresada de Goering de forma que lo desacreditara aún más, haciéndola parecer como un

ultimátum al Führer con un límite de tiempo. Se envió una respuesta por radio: «Decreto del 29 de junio de 1941 queda rescindido por orden especial mía. Mi libertad de acción es indiscutible. Le prohíbo cualquier acción en la dirección indicada. Adolf Hitler^[208]».

En presencia de Speer, Hitler cedió a su furia y dijo que «sabía desde hacía tiempo que Goering le había fallado, que era corrupto y un drogadicto». Todo para lo que Goering servía hacer era para negociar la capitulación. No importaba, dijo Hitler con desprecio absoluto, quién lo hiciera; el país que le había fallado era despreciable.

Entonces, pese a las palabras que había dicho en presencia de Jodl hacía poco tiempo, se dispuso a vengarse del hombre que Bormann decía que le había traicionado. Ordenó a Bormann que enviara un segundo mensaje privando a Goering de todos sus cargos y su libertad. El texto de ese mensaje no quedó registrado, pero fue visto por dos de los oficiales supervivientes de servicio en el búnker. Goering fue informado de que era culpable de alta traición tanto al nacionalsocialismo como al Führer, que se libraría de la pena de muerte sólo debido a su anterior servicio al partido, pero que debía dimitir inmediata y voluntariamente de todos sus cargos y del derecho de sucesión. Se le exigía que enviara una respuesta inmediata, sí o no.

Al mismo tiempo que se enviaba ese mensaje, Bormann envió órdenes a los oficiales de las SS Frank y Bredow, que estaban destinados en el Obersalzberg, ordenándoles que arrestaran a Goering por alta traición y que recluyeran a su personal, incluyendo a Koller, así como a Lammers. «Responderán de ello con sus vidas», añadió Bormann a esos hombres de las SS en caso de que se sintieran intimidados por unas órdenes tan graves. Al día siguiente Bormann anunció por radio al pueblo alemán que Goering había dimitido por motivos de salud.

Así que cuando Koller quiso contactar con Goering por teléfono entre las ocho y las nueve de la noche del 23 de abril y no pudo, la razón era que el mariscal del Reich se encontraba ya bajo arresto. Tan pronto como Goering recibió el primer mensaje de radio, había revocado sus mensajes originales a Ribbentrop y Keitel y les había informado de que tenía noticias del Führer. Pero era demasiado tarde: según Bernd von Brauchitsch, el chalet ya había sido rodeado hacia las siete. Robert Kropp abrió la puerta a los oficiales de las SS, que entraron con los revólveres en la mano y aprehendieron inmediatamente al mariscal del Reich, confinándolo a su habitación. No se le permitió ver a su esposa ni a su hija o comunicarse con su personal. La casa se convirtió en una prisión en miniatura, con todo el mundo confinado en sus habitaciones.

Mientras tanto, Koller estaba cada vez más preocupado. Había visto una copia de la respuesta de Hitler y eso naturalmente le causó una gran ansiedad. Su esposa se había reunido con él, y estaban cenando a una hora muy tardía cuando su ordenanza anunció que había llegado un oficial de las SS y que quería verle. Era Bredow, que entró y saludó mientras el ordenanza intentaba convencer a Koller de que intentara escapar. Bredow se disculpó.

—*Herr general* —dijo—, tengo que arrestarle por orden del Führer.

—¿Sabe por qué motivo? —preguntó Koller asombrado.

—No, señor.

—¿Dónde está el mariscal del Reich? —preguntó Koller.

—Bajo arresto.

—¿Y Brauchitsch y el personal?

—Todos están bajo arresto.

—¿Se da usted cuenta —protestó Koller— de que esto es una locura? El mariscal del Reich actuó de forma completamente correcta. Sólo le hizo una pregunta al Führer.

Bredow volvió a disculparse. Se apresuró a explicar que se trataba de *Ehrenhaft*, custodia honorable. Koller fue invitado a escoger la habitación en la que prefería ser mantenido bajo guardia junto con su mujer. Se le prohibió comunicarse con nadie. Sin embargo, consiguió ocultar el borrador que había estado redactando de la proclamación de Goering, y tiró esos documentos incriminadores por el retrete a la primera oportunidad.

A las cinco en punto de la madrugada, Brauchitsch fue llevado a donde estaba Koller bajo custodia con una orden de Goering. Koller volaría a Berlín inmediatamente y le explicaría las cosas a Hitler. «En realidad no es una orden de Goering», le dijo Bredow a Koller. «Es una orden de Hitler». Koller se negó a volar antes de que anoheciera, y entonces sólo sin guardias de las SS. Posteriormente fue liberado por orden especial de Hitler. Cuando Koller oyó que Hitler había convocado al general Ritter von Greim desde Múnich para entregarle el mando de la Luftwaffe, envió a Greim un telegrama explicando todos los hechos a favor de Goering. Pero Greim no expresó ninguna simpatía en absoluto por Goering; en su opinión, el mariscal del Reich debió quedarse con Hitler en el búnker.

Greim, que estaba impaciente por marcharse, tuvo problemas en encontrar un avión que lo llevara a Berlín; los constantes ataques aéreos habían dañado todos los aparatos en las proximidades. Finalmente llegó al *Führerbunker* malherido y acompañado por la famosa aviadora Hanna Reitsch, tras efectuar un vuelo rasante con escolta de cazas hasta el aeropuerto de Gatow, a las afueras de Berlín, y completando el viaje al búnker en un pequeño avión de entrenamiento a través del feroz fuego ruso. Con la ayuda de Hanna Reitsch, Greim aterrizó en una avenida cerca de la cancillería; tenía el pie derecho destrozado.

Hitler recibió a los visitantes y según el relato histórico que Hanna Reitsch hizo de su emotivo encuentro, inmediatamente comenzó a atacar a Goering^[209]. Dijo que había convocado a Greim a Berlín «porque Hermann Goering ha traicionado tanto a mí como a su patria. Ha mantenido contactos con el enemigo a mis espaldas... y en contra de mis órdenes ha ido a refugiarse a Berchtesgaden para salvarse. Desde allí», añadió Hitler, «me envió un despreciable telegrama». El Führer tenía lágrimas en los ojos, según Hanna Reitsch; tenía la cabeza hundida, la cara pálida y la mano le

temblaba incontrolablemente mientras les mostraba el telegrama. «¡Un ultimátum!», gritó, «un burdo ultimátum». Greim y Hanna aferraron las manos de Hitler y juraron expiar con sus vidas el mal que Goering había hecho a su bienamado Führer.

Mientras Hitler maldecía el nombre de Goering la noche del 26 de abril, el antiguo mariscal de campo del Reich, su personal, su familia y sus guardias se enfrentaban al calvario de la vida en un refugio antiaéreo sin instalaciones sanitarias adecuadas. A primera hora de la mañana, Berchtesgaden sufrió un intenso bombardeo durante el cual los chalets de Hitler y Goering recibieron daños considerables; cautivos y guardianes por igual llegaron al refugio justo a tiempo^[210].

Hacia el amanecer del día siguiente, el 27 de abril, Koller, en respuesta a la convocatoria de Hitler, consiguió volar al norte hasta llegar tan lejos como Rechlin. Allí encontró imposible continuar su viaje y pasó un día desdichado con Jodl, Keitel, Doenitz y Himmler, quienes evitaron cualquier mención de Goering en caso de que pudiera parecer que compartían su deshonra. «Vaya, sí», dijo Himmler. «El asunto del mariscal del Reich. De lo más desafortunado». Dijo que hablaría de ello más tarde pero que en ese momento tenía demasiadas cosas que hacer. Jodl y Keitel también se escudaron en que tenían tanto trabajo que no les quedaba tiempo libre para escuchar los leales intentos de Koller de reparar el buen nombre de Goering. «Sin duda Goering tenía buenas intenciones», dijo Doenitz sin comprometerse. «Hablabamos después del almuerzo». Al final, Greim habló con Koller por teléfono y le dijo que después de todo no había órdenes de que fuera a Berlín (Bormann se aseguraba de que cualquier otro pensamiento sobre Goering fuera desterrado de la mente de Hitler), y que mejor sería que volviera a Berchtesgaden. Extremadamente aliviado, salió a las tres y diez de la madrugada del 28 de abril, pero se vio retrasado en su viaje y no llegó al Obersalzberg hasta el 29 de abril. Se enteró de que Goering había sido trasladado, nadie sabía adónde.

Goering, de hecho, había sido llevado a su castillo de Mauterndorf a petición suya^[211]. El refugio era claramente un lugar imposible para una estancia prolongada, y había convencido a los SS de que le transportaran junto con su familia y ciertos miembros de su personal por las glaciales carreteras de montaña entre Berchtesgaden y Mauterndorf.

Mientras tanto, Hitler había terminado con la macabra celebración de su matrimonio subterráneo con Eva Braun en preparación para su suicidio, y dejó a la novia para dictar su última voluntad y testamento a altas horas de la noche. En él hacía referencia a su suicidio en la misma frase en la que mencionaba a su camarada superviviente más antiguo. «Antes de mi muerte», dictó a su secretario, «expulso al antiguo mariscal del Reich Hermann Goering del partido y le retiro todos los derechos que le fueron concedidos por el decreto del 29 de junio de 1941... En su lugar nombro al mariscal Doenitz como presidente del Reich y comandante general de las Fuerzas Armadas... Goering y Himmler, por sus negociaciones secretas con el enemigo sin conocimiento o aprobación, y por sus intentos ilegales de hacerse con el

poder del Estado, aparte de su traición a mi persona, han traído una vergüenza irreparable sobre este país y todo su pueblo». Posteriormente, ese mismo día agregó un añadido a ese formidable documento; ese añadido estaba dirigido a Keitel en nombre de las Fuerzas Armadas. No ha sobrevivido, pero fue visto por el coronel Von Below, que fue testigo del testamento personal de Hitler. En ese añadido expresaba su acusación final contra Goering, alababa a la Luftwaffe por su valentía y culpaba a Goering de su fracaso. Al día siguiente, tras unos apretones de manos formales, Hitler fue a su habitación y se pegó un tiro en la boca. Eso fue a las tres y media de la tarde del 30 de abril. Su cuerpo y el de Eva, que se había envenenado, fueron quemados en el exterior, en el jardín de la cancillería a finales de la tarde. La muerte de Hitler destruyó el Tercer Reich y terminó con el martirio de Europa.

El mismo día, dos mensajeros vestidos de paisano entraron en Berchtesgaden y visitaron a Koller. Venían, por lo visto, en nombre de Goering para decirle lo enfadado que estaba por lo que llamó «la traición» de Koller. A ese mensaje oral siguió otro incluso más insultante. El secretario de Koller recibió un mensaje telefónico de Mauterndorf en el que Goering decía: «Si Koller no es un puerco, si todavía le queda una pizca de decencia, que venga a verme mañana por la mañana». Eso, naturalmente, enfureció a Koller especialmente, ya que significaría pasar varias horas en las traicioneras carreteras entre Berchtesgaden y Mauterndorf.

Al día siguiente, el 1 de mayo, fue el primer día en que el mundo estuvo libre de la sombra de Hitler. Pero en el sur no se sabía nada de todo eso. Todo lo que supo Koller durante la mañana fue que la carretera hacia Mauterndorf era casi impracticable debido al tráfico militar y el hielo. Pero a mediodía, un oficial superior de las SS llegó con un siniestro mensaje firmado por Bormann: «La situación en Berlín es más tensa. Si Berlín cae, los traidores del 23 de abril deben ser exterminados. ¡Hombres, cumplid con vuestro deber! ¡Vuestra vida y honor dependen de ello!». Koller, nervioso porque pudiera ser considerado uno de esos traidores, se quedó aliviado al descubrir que las SS odiaban a Bormann y que nunca obedecerían esa orden.

Esa tarde, otro oficial de las SS, el *Standartenführer* Brause, llegó de Mauterndorf tras tardar treinta y seis horas en hacer un viaje que normalmente llevaba menos de tres. Brause fue bastante franco acerca del asunto; se había hecho amigo de Goering, pero no podía liberarlo sin la autorización apropiada. «*Herr general*», dijo, «usted tiene más tropas que yo. ¿Por qué no libera a Goering por la fuerza?». Para entonces todo el mundo necesitaba una coartada. Koller tuvo la impresión de que debía liberar a Goering mediante una orden de Kesselring, el comandante del sur. Para Kesselring, a quien telefoneó, la orden debía provenir de Doenitz. Para entonces todos ellos habían sabido oficialmente de la muerte de Hitler y conocían la nueva posición de autoridad de Doenitz. Se había anunciado en la radio de Hamburgo a las diez en punto de esa noche.

Al día siguiente, el 2 de mayo, Koller, que seguía teniendo la impresión de que

era inútil responder a las continuas órdenes de Goering y viajar a Mauterndorf, intentó en vano presionar a Kesselring para que diera la orden de su liberación. Mientras tanto, envió a tantos hombres como pudo de la Luftwaffe a Mauterndorf para proporcionarle a Goering un séquito tan grande como fuera posible.

La situación era tan incierta y las comunicaciones tan inestables que nadie parecía saber cuál era la mejor manera de cumplir con lo que creía que era su deber. Tanto los rusos como los americanos se acercaban cada día más, y todo el mundo estaba ansioso por caer en manos de los americanos si era posible. Por esta razón Koller empezó a preocuparse por Goering, ya que Mauterndorf estaba al este y por tanto más cerca de los rusos. Le parecía obvio, por lo que había oído, que Goering había recuperado la iniciativa y, a falta de verdadera libertad, estaba haciendo las cosas a su manera. Koller, que muy sensatamente insistió en quedarse donde estaba y enviar mensajes y ayuda a Goering, oyó el 4 de mayo que los estadounidenses avanzaban hacia Berchtesgaden. El 5 de mayo un tal general Pickert, que había pasado por Mauterndorf el día anterior, le dijo a Koller que había visto a Goering a la entrada del castillo y que había hablado con él en presencia de Brause. Goering quería más hombres para protegerse. «Koller debe actuar ya», había dicho. Creía que era el jerarca nazi más popular en el extranjero, y que si no fuera por las intrigas de Bormann en ese momento sería el legítimo sucesor de Hitler. «Todo el mundo sabe que mi primer movimiento hubiera sido liquidar a Bormann», dijo. Tal y como estaban las cosas, seguía queriendo reunirse con Eisenhower y hablar las cosas «de hombre a hombre^[212]».

Según el relato que ofrecería después, Goering se liberó de hecho por sus propios medios. Durante un interrogatorio explicó que había visto hombres de una unidad de comunicaciones de la Luftwaffe que pasaban cerca del castillo; les había gritado, ordenándoles que vinieran a rescatarle. Eso era precisamente lo que los SS querían en cualquier caso, y no opusieron resistencia. Goering estaba encantado con ese ejemplo de estrategia. «Fue uno de los momentos más hermosos de mi vida», dijo, «estar allí frente a mis propias tropas y verlas presentar armas a su comandante general». El 5 de mayo, Kesselring notificó a Koller formalmente la liberación de Goering y que enviaría una comunicación a Doenitz declarando que Goering estaba dispuesto a ir a hablar con Eisenhower.

Una vez liberado, el propio Goering le envió un mensaje a Doenitz, fechado el 6 de mayo.

¿Está usted familiarizado, Almirante, con las intrigas, peligrosas para la seguridad del Estado que el *Reichleiter* Bormann ha puesto en práctica para eliminarme? Todas las acciones emprendidas contra mí emanan de mi petición, hecha con total lealtad al Führer, preguntando si deseaba que su orden referida a su sucesión entrara en vigor... Las acciones emprendidas contra mí fueron llevadas a cabo mediante la autoridad de un radiograma

firmado «Bormann». No he sido interrogado por nadie pese a mis peticiones y ningún intento por mi parte de justificar mi posición ha sido aceptado. El *Reichführer-SS* Himmler puede confirmar el inmenso alcance de esas intrigas. Acabo de saber que tiene intención de enviar a Jodl a Eisenhower con el propósito de negociar. Creo que es importante en interés de nuestro pueblo que, aparte de las negociaciones oficiales de Jodl, yo contacte de manera oficial con Eisenhower, de un mariscal a otro. Mi éxito en todas las negociaciones importantes en el extranjero que el Führer siempre me confió antes de la guerra es suficiente para garantizar que espero poder crear la atmósfera apropiada para las negociaciones de Jodl. Además, tanto Inglaterra como los Estados Unidos han demostrado en su prensa y su radio, y en las declaraciones de sus estadistas durante los últimos años, que su actitud hacia mí es más favorable que la que tienen hacia otros líderes políticos de Alemania. Creo que, en esta hora extremadamente difícil, todos debemos colaborar y que no se debe descuidar nada que pueda asegurar un posible futuro para Alemania.

Goering, mariscal del Reich^[213]

Doenitz ni se molestó en contestar; simplemente archivó el mensaje. Tras un breve destello de resistencia desesperada, ahora estaba buscando la forma de llegar a la rendición final. El 29 de abril, sin que lo supiera Hitler, los ejércitos alemanes en Italia se habían rendido incondicionalmente. El 4 de mayo ya había tenido lugar la rendición en el noroeste de Alemania a Montgomery. Kesselring había capitulado en el sur el 5 de mayo, y el 7 de mayo, el día después de que el grandilocuente mensaje de Goering hubiera sido archivado y olvidado, Doenitz autorizó la rendición incondicional de Alemania al general Eisenhower.

Pero en el sur Koller seguía ocupado en nombre de Goering. El 6 de mayo había confiscado un castillo en Fischhorn, Austria, en la orilla sur del Zell am See (el dueño se había negado a alojar al «traidor» Goering), y luego dispuso las cosas para que Goering viajara hasta allí, ostensiblemente para reunirse con los norteamericanos, como deseaba. Al día siguiente llegó Bernd von Brauchitsch con dos cartas abiertas de Goering, la primera dirigida al comandante de división americano más cercano y la segunda al general Eisenhower. En la primera pedía protección personal, ya que se «seguía sintiendo amenazado», y la entrega de su otra carta al comandante supremo de los Aliados; en la segunda pedía a Eisenhower una conversación personal e inmediata «de hombre a hombre», como seguía llamándolo. Brauchitsch, al que Koller proveyó de medio de transporte, se fue para entregar las cartas a los americanos.

El 8 de mayo, Greim y Hanna Reitsch llegaron de improviso para complicar la situación. Seguían ansiosos de heroicidades, seguían vituperando a Goering y alabando a Hitler. Greim estaba demasiado malherido para permanecer mucho tiempo

más fuera de un hospital, y Koller, desesperado por quitarse de encima a esos dos visitantes indeseables (Greim era técnicamente su oficial superior al mando), dispuso que fuera trasladado a un hospital. Hanna Reitsch atacó históricamente a Goering hasta el final como el enemigo de los dos hombres a los que servía lealmente, Hitler y Greim.

Entonces, durante la mañana llegó un mensaje telefónico desde Fischhorn para informar que un destacamento de americanos en *jeeps* había llegado para custodiar y poner a salvo al mariscal del Reich. El oficial al mando, que había sido enviado para recibir a Goering, se enojó muchísimo al descubrir que no estaba allí. Koller, el organizador lleno de recursos, dio órdenes de que los americanos recibieran un buen almuerzo; mientras tanto intentaría averiguar dónde se había metido Goering. Telefonó a Mauterndorf, para descubrir que Goering, después de todo, había pensado que era preferible quedarse en su propio castillo, pero se había olvidado de comunicárselo a Koller. Koller finalmente perdió la paciencia. Los americanos estaban en Fischhorn, le dijo, y Goering debía ir allí inmediatamente.

Tras más problemas con Greim, que en el transcurso de su viaje al hospital había ordenado parar el coche y había intentado vestirse con ropas de paisano en un campo, Koller volvió a telefonar a Mauterndorf para ver si Goering ya estaba de camino. El encargado de la casa respondió que se había marchado alrededor del mediodía. Pero a las cuatro no había llegado a Fischhorn, y los americanos, cansados de esperar, pero decididos a no regresar sin su premio, habían salido en su busca. Finalmente lo descubrieron en un embotellamiento cerca de Radstadt y fue llevado a Fischhorn. Allí, según supo Koller por teléfono, Goering y su séquito habían llegado «muy aliviados, todo el mundo estaba de un humor espléndido... Goering está contando chistes a los soldados americanos^[214]».

Koller pensó que ya era hora de reunirse con el hombre por el que tanto había hecho durante las últimas semanas, pero Goering se negó tajantemente a recibirle. Se estaba cambiando de ropa para la cena que iba a tener con el general norteamericano a cargo de la recepción. Si Koller telefoneaba mañana, sin duda se podía acordar un momento adecuado. Entonces Koller volvió a dedicar su atención a Greim, que ahora gritaba pidiendo ser fusilado por desertor. El joven oficial encargado de él quería saber qué hacer. Koller dio su última orden antes de que los americanos, que estaban ocupando Berchtesgaden, asumieran el control completamente: el comandante general de la Luftwaffe debía ir a un hospital como era debido, acompañado por su oficial.

Al día siguiente, el 9 de mayo, Koller seguía libre para intentar ver a Goering, pero descubrió que se había ido con los americanos. Sin embargo, había tenido la cortesía de dejar un mensaje amistoso para Koller: «Goering quiere darle las gracias por todo lo que ha hecho. Ahora ve que usted tenía razón y lamenta mucho no haberlo reconocido antes. Me ha dado instrucciones expresamente para que le diga que es usted la única persona en la que realmente confía. Usted ha sido el único que

ha mantenido su opinión. En cuanto a él, ¡ha apostado por demasiados caballos perdedores!». Goering regresaría, según creía Bouhler, en una semana, después de ver a Eisenhower; Koller era escéptico. Vio a Emmy Goering en una ventana en lo alto del castillo, con un traje blanco y un sombrero para el sol. Después de eso, Koller no volvió a tener contacto con Goering; fue llevado a Inglaterra y estuvo prisionero dos años y medio.

Goering primero fue llevado a Zell am See en Austria, al cuartel general de Robert J. Stack, comandante de la Trigésimo Sexta División de Infantería, y posteriormente a Kitzbühel, a unos cincuenta kilómetros de allí, donde tenía su base el Séptimo Ejército norteamericano. Stack hizo que Goering se sintiera bienvenido... aparentemente demasiado bienvenido para complacer a Eisenhower. Incluso Koller oyó un informe que decía que había visto a Goering en el balcón de un hotel en Kitzbühel, con una copa de champán en la mano, riendo con los oficiales americanos, y que fue fotografiado junto a la bandera de la división de Texas a la que se había rendido. La excelente acogida que le dedicaron los americanos recibió mala prensa, y el cuartel general de los Aliados dio orden de que en el futuro fuera tratado como un prisionero de guerra normal. Mientras esperaba en vano a que llegara algún mensaje de Eisenhower, su moral se hundió e incluso habló de suicidio con Brauchitsch, que seguía con él.

Fue trasladado en avión al campo de prisioneros de Augsburgo, donde recibió un trato más estricto como prisionero de guerra, y alojado en un piso de dos habitaciones requisado por los americanos^[215]. Goering tenía su cama en una habitación, y Brauchitsch y su ayudante de campo dormían como podían en la otra, que compartían con Robert Kropp. Comían raciones del ejército que se preparaban ellos mismos en la cocina. El comandante Paul, el oficial encargado de ellos, obviamente tenía órdenes de establecer una distancia apropiada entre él y sus prisioneros. Pero incluso así la hospitalidad natural de los americanos no podía ser suprimida fácilmente... ni su curiosidad por su famoso prisionero. Durante el breve periodo que Goering y Brauchitsch pasaron en Augsburgo, fueron recibidos una vez más en el comedor de oficiales; en esas ocasiones Goering conseguía zafarse de su desánimo y mostraba todo su encanto. El consumo de alcohol, según Brauchitsch, era grande.

El 11 de mayo en Augsburgo Goering fue fotografiado y entrevistado por la prensa, y la atención del mundo le complació. Habló del fracaso de los generales alemanes en convencer a Hitler de que la guerra estaba perdida a mediados de 1944. «Hitler», dijo a la audiencia que tenía frente a él con las libretas preparadas, «se negaba a aceptar ese punto de vista. Ordenó que no se volviera a mencionar jamás».

Augsburgo resultaría una breve transición antes de que Goering pasara a una forma de cautiverio más permanente. Para ese entonces ya se daba cuenta de que Eisenhower no tenía intención de comunicarse con él. Se le dijo que se preparara para marchar el 21 de mayo, cuando fue trasladado en avión desde Augsburgo al centro penitenciario de Mondorf, cerca de Luxemburgo. Se le permitió llevar a un oficial

con él. En vez de un oficial eligió llevarse a Robert Kropp, su fiel sirviente.

Núremberg

«Cuando Goering vino a verme en Mondorf era un tarugo que sonreía tontamente y que llevaba dos maletas llenas de píldoras de paracodeína. Creí que era el representante de una farmacéutica. Pero le quitamos las drogas e hicimos un hombre de él». Ése fue el punto de vista que expresó el coronel B. C. Andrus, el comandante americano de la prisión de Bad Mondorf, a donde Goering fue trasladado el 21 de mayo desde el aeródromo en un camión militar, acompañado por dos soldados cuya charla cuartelera no olvidaría. Eran el símbolo de una indiferencia a su estatus, que era una de las cosas que temía que sobrevendría como consecuencia del completo desprecio de Eisenhower hacia su distinguido prisionero.

Su nueva prisión era el hotel Palace, despojado de todo lujo y organizado para unas condiciones de vida duras. Los americanos lo rebautizaron como «el Basurero». Goering se vio privado de sus píldoras y fue puesto bajo un régimen estricto para reducir su drogadicción y quitarle de encima algo de la insalubre masa corporal que estaba afectando a su corazón. Pesaba ciento veinticinco kilos. Uno de los médicos alemanes familiarizado con el círculo de Hitler, el Dr. Brandt, le había contado a los americanos que Goering estaba acostumbrado a absorber veinte veces la dosis normal de comprimidos de paracodeína. Le permitieron dieciocho comprimidos al día, reduciendo gradualmente la cantidad durante un cierto periodo de tiempo hasta que se vio completamente libre de su adicción. Estuvo en Mondorf hasta su transferencia a la cárcel de Núremberg en septiembre, tras unos cuatro meses de investigación a manos de oficiales de interrogatorio. Para ese entonces había perdido casi treinta kilos y estaba en forma mental y físicamente para subir al escenario de Núremberg.

Robert Kropp había ido a Mondorf con su patrón, y durante un tiempo estuvo al mando del pequeño grupo de trabajadores alemanes que servían en la prisión. Hizo lo que pudo para cuidar de Goering, quien empezaba a darse cuenta de que era poco más que un prisionero de guerra ordinario. Aunque privado de su tesoro de pastillas, Goering había conseguido, según le contó a Kropp, quedarse con una de las cápsulas de veneno que los dirigentes nazis supuestamente debían llevar consigo por orden de su Führer. El último servicio que le prestó Kropp fue robar una almohada, que fue confiscada inmediatamente. A principios de junio, Kropp lo vio por última vez; se dijeron adiós y Goering, que estaba al borde de las lágrimas, le dio las gracias. Le dijo a Kropp que su constante preocupación era el bienestar de Emmy y la niña. Después de que Kropp se marchara, un prisionero de guerra alemán se convirtió en su

ordenanza.

Y fue en junio cuando *sir* Ivone Kirkpatrick reanudó su relación con Goering. Kirkpatrick visitó Mondorf como consejero político por parte de los ingleses para el general Eisenhower y pasó dos horas con Goering, que estaba aquejado de bronquitis y yacía sobre el armazón de hierro de una cama en su celda, envuelto en una bata floreada. Goering recibió cálidamente a su visitante y respondió de buena gana y con rapidez a las preguntas sobre la guerra que le hizo Kirkpatrick. Afirmó que Hitler había lanzado la guerra en el momento más favorable para Alemania, pero había cometido el grave error de no seguir el consejo que Goering le había dado en 1940, de ir a través de España con o sin el consentimiento de Franco y capturar Gibraltar y África del Norte. Hitler, dijo, creía que podía ganar la guerra sin Franco, pero de haber obtenido el control de África del Norte hubiera podido atacar con seguridad a Rusia y los Estados Unidos. En cuanto a la guerra en el aire, la Batalla de Inglaterra fue el punto de inflexión, aunque en opinión de Goering fuera un empate; sin embargo, había resultado una gran decepción para él. Luego, el bombardeo estratégico de Alemania había llegado justo a tiempo para salvar a Inglaterra de la destrucción bajo los cohetes y las bombas volantes. Goering, evidentemente, disfrutaba de la charla, y le rogó a Kirkpatrick que volviera a visitarle; parecía darse cuenta de que estaba condenado, pero «contemplaba su futuro con entereza y no se esforzaba por justificarse o excusarse». El contraste entre él y Ribbentrop, que estaba en un estado de derrumbe moral, era de lo más marcado^[216].

El Dr. Douglas M. Kelley, el psiquiatra a cargo de los prisioneros, encontró a Goering de lo más dispuesto a cooperar. El doctor había sido informado de la drogadicción de Goering en el momento en que fue hecho prisionero. Goering le dijo que había recurrido a la paracodeína, que es un derivado suave de la morfina, para ayudarlo a soportar un dolor de muelas en 1937 y llevaba usándola desde entonces. Aparentemente no se mencionaron los periódicos tratamientos de desintoxicación administrados por Kahle. Su dosis diaria de comprimidos suaves especialmente preparados para él era de un centenar. Eso, según afirma el Dr. Kelley, equivalía solamente a tres o cuatro granos^[*] de morfina, lo que no es una dosis grande; su mente no se veía afectada por la droga. Goering tomaba esos comprimidos por hábito activo, como un fumador que fuma un cigarrillo tras otro, y siempre tenía cerca un bote con un centenar de pastillas y consumía sus contenidos a lo largo del día. No había ningún secreto: se ponía el comprimido en la boca durante las conferencias y lo masticaba como si fuera chicle. No le producían un efecto estimulante, sino que aliviaban cualquier dolor que tuviera. El Dr. Kelley no encontró grandes dificultades para quitarle el hábito; simplemente le desafió a dejarlo como un hombre fuerte que debía estar dispuesto a soportar el dolor por el bien de su salud.

También encontró que Goering era increíblemente narcisista en lo que se refería a su cuerpo. Goering conocía con precisión la longitud y anchura de sus cicatrices, y era meticuloso en el cuidado de su piel. Tenía un espléndido neceser de cuero que

contenía multitud de preparados, incluyendo lociones faciales y polvos para el cuerpo. Según el Dr. Kelley, Goering creía que su físico era de los mejores de Alemania. Su ropa interior era de la seda más suave. Se llevó al cautiverio sus tres célebres anillos con enormes piedras, un rubí, una esmeralda y un diamante azul; cada día escogía el anillo con la piedra que le parecía más apropiada para su estado de ánimo. Sus pitilleras, bolígrafos y plumas eran de oro, y también se había traído cuatro relojes enjovados. Asimismo llevaba una enorme esmeralda sin engastar, de cerca de dos centímetros y medio por uno y un cuarto, que según afirmaba era la mayor que pudo conseguir. Y aunque Goering tenía tanta consciencia de su valor e importancia, estaba entre los prisioneros más fáciles de tratar. Se adaptaba con facilidad y aceptaba su infortunio con relativo buen talante. Su única preocupación, aparte de la ansiedad aguda que sufría por su familia, era mantener la mística de su autoridad y que se le reconociera su lugar en la historia de su país. Jamás se consideró un criminal. Una vez se jactó ante el Dr. Kelley: «Sí, sé que me colgarán. Ya sabe que me colgarán. Estoy preparado. Pero estoy decidido a pasar a la historia de Alemania. Si no puedo convencer al tribunal, al menos convenceré al pueblo alemán de que todo lo que hice fue por el Gran Reich Alemán. En cincuenta o sesenta años habrá estatuas de Hermann Goering por toda Alemania».

Los interrogatorios que tanto había disfrutado Goering se acabaron en Augsburgo. En Mondorf fue sometido a una rigurosa investigación por oficiales con nombres en clave, que sondearon los detalles de sus asuntos personales. Según mejoraba su salud (y su desintoxicación no siempre fue fácil, ya que por dos veces sufrió síndrome de abstinencia durante el periodo en el que se le reducía la dosis de paracodeína) se volvió cada vez más cooperativo. Pero el alcance de las preguntas a las que se veía sometido comenzó a hacerle ver el enorme peso de la responsabilidad criminal que los Aliados consideraban que recaía sobre él. Entendió que sería imputado en algún tipo de acusación pública junto con los demás jefes nazis y jefes militares.

Los cimientos para la creación del Tribunal Militar Internacional, que comenzaría su trabajo en Núremberg en el mes de noviembre, se pusieron por primera vez en una conferencia de los fiscales nombrados por los principales países Aliados, Inglaterra, Estados Unidos, Francia y la URSS. Presidía *sir* David Maxwell-Fyfe, Fiscal general del Reino Unido. El 8 de agosto de 1945 se firmó en Londres un acuerdo proclamando el juicio, y se adjuntó una carta determinando el tribunal y su procedimiento, que se basaba en términos generales en las prácticas de los tribunales de justicia ingleses y americanos. Una copia del acuerdo de Londres le fue leída a Goering en Mondorf.

Tras su traslado a la prisión del Palacio de Justicia de Núremberg en septiembre, fue confinado a la celda número 5, que tenía dos metros y medio por cuatro. Tenía una cama, una silla, una mesa y un retrete. Todas sus acciones eran visibles excepto cuando excretaba, y la comida le era entregada en la celda mediante una trampilla. Se le permitía ducharse una vez a la semana, y cuando se hacía uno de los registros

periódicos de su celda, tenía que permanecer de pie completamente desnudo. Durante su cautiverio los prisioneros hacían ejercicio por la mañana separadamente, y los afeitaba un barbero alemán. Sólo durante el periodo del juicio, que comenzó el martes 20 de noviembre, se les permitió un cierto grado de vida social entre ellos durante las comidas. Durante todo ese tiempo fueron custodiados por los rudos y a menudo agresivos soldados de la Primera División de Estados Unidos, el comandante de la prisión siguió siendo el coronel Andrus, que había traído a los prisioneros desde Bad Mondorf.

Fue entonces cuando Goering recibió al fin alguna noticia de su esposa. Se quedó profundamente preocupado al saber que Emmy estaba en prisión en Straubing, junto con su hermana Else, allí era sometida a constantes interrogatorios. Edda se reunió con ella en prisión a petición de su madre, y no fueron liberadas hasta marzo de 1946, cuando el juicio ya llevaba cinco meses en marcha en Núremberg. Al final Goering y Emma recibieron permiso para cartearse.

El Tribunal Militar Internacional de Núremberg fue uno de los acontecimientos más extraordinarios en la historia. El Dr. Stahmer, el abogado defensor de Goebbels, lo describió en la sala del tribunal como «de gran importancia para dar forma a nuevas leyes» y «de unas dimensiones nunca antes vistas en la historia legal». [XXIII, p. 104].^[217] Como hazaña técnica, con su intrincado sistema de traducción multilingüe mediante auriculares (un sistema usado por vez primera en un juicio) y su grabación para las audiencias mundiales mediante cámaras y radio, sólo se podía haber organizado en el siglo xx.

Es importante darse cuenta de que fueron los estadounidenses los que corrieron con los costes del juicio y fueron responsables de su administración. Vigilaban y custodiaban a los acusados; cuidaban el juzgado y mantenían el equipo. La gran masa de documentos oficiales alemanes siguió en manos americanas tras ser descubiertos y confiscados en el sur tras la evacuación de los departamentos gubernamentales en Berlín. La ingente tarea de leer y preparar esos documentos a contrarreloj para poder ser usados en el juicio por la acusación fue una de las grandes contribuciones de Estados Unidos al juicio. Inglaterra, Rusia y Francia sólo fueron responsables de sufragar los costes de sus propios jueces y equipos de abogados de la acusación, todos los cuales estuvieron comprometidos con su trabajo durante más de un año.

Pese a lo anterior, el presidente del tribunal era un inglés, el magistrado Geoffrey Lawrence (que posteriormente sería nombrado lord Oaksey). Llevó el proceso con paciencia, cortesía y firmeza, y con una imparcialidad que fue homenajeadada incluso por los acusados. Fue una tarea indeciblemente difícil controlar una reunión tan formidable de abogados que representaban a cinco naciones con tradiciones legales completamente dispares.

Como todos los grandes espectáculos de este tipo, el juicio conllevaba sus peligros para aquellos que lo promovían, ya que los puntos más abstractos de debate legal podían verse eclipsados fácilmente por otros factores que captaban con más

presteza la atención de la cámara o de la prensa popular. Ya que el resultado del juicio era algo conocido de antemano, el drama humano residía en ver cómo se comportarían esos hombres, cuyo poder antaño ilimitado se había convertido en la ruina de tantas naciones, bajo la presión de un proceso público y de los interrogatorios por parte de mentes con la mejor formación legal que representaban colectivamente un acto de justicia para cientos de millones de personas. Por otro lado, el estado de tensión existente en la sala del juzgado en los momentos álgidos de conflicto en el juicio dio como resultado una atmósfera de simpatía hacia cualquier signo de sinceridad, valentía o habilidad para contraatacar que pudieran mostrar los hombres sentados en el banquillo de los acusados. Pero ese siempre ha sido el caso en los juicios que atraen un grado inusual de atención pública.

Goering sabía que era la estrella del drama legal, y que el juicio sería su última y gran oportunidad para recuperar algo de consideración por su persona y el régimen del que ahora era la principal figura superviviente. Sabía que el mundo entero lo observaría con curiosidad, que su comportamiento crearía titulares en la prensa de todo el mundo y que cada uno de sus gestos sería registrado para la historia. Pese a las humillaciones y las tensiones de los últimos meses de cautiverio, pese a saber que sus captores con toda seguridad lo ejecutarían, se preparó para representar la mejor actuación de toda su vida. Lo tenía todo por ganar y nada que perder. Recurrió a los recursos de su famosa personalidad: su arrogancia, su cinismo, su astucia, su humor, su memoria fenomenal. Estaba decidido a hacerse con el liderazgo del resto de los acusados. Sus captores le habían ayudado al hacerle recuperar la salud y su confianza en sí mismo. El «tarugo sonriente» se había convertido en un hombre alerta e inteligente dispuesto a presentar batalla.

Fue derrotado por factores sobre los cuales, en definitiva, no tenía control efectivo. Muchos de los acusados escaparon de su influencia, y algunos mostraron formas de penitencia abyecta que crearon un escenario degradante para la última aventura de Goering en busca de poder. De los acusados de mayor rango, hombres cercanos en poder y autoridad al mariscal del Reich, Ribbentrop era una ruina, Hess padecía de desequilibrio mental y Schacht, Neurath y Papen querían disociarse todo lo posible del proceso, mientras que Speer era un penitente con la mente clara que se convirtió en un valioso aliado para la acusación. Frick, antiguo Gobernador general de la Polonia ocupada, se retiró a una forma de histeria religiosa, llorando y rezando en su celda. Robert Ley había conseguido suicidarse en octubre tras un periodo de desesperación y depresión. Los jefes de servicio, Keitel, Jodl, Raeder y Doenitz, desertaron de la causa argumentando que para un soldado las órdenes son órdenes: habían hecho lo que se les dijo que hicieran y no tuvieron parte a la hora de formular la desastrosa política de Hitler. Uno a uno fueron abandonando al «gordo», y se quedó solo como el único defensor de la grandeza de Hitler, enfrentado en solitario a las abrumadoras pruebas reunidas en su contra y en contra del régimen al que representaba.

La derrota final de Goering se debió a la extremada duración del juicio. Duró 218 días; las transcripciones del proceso, publicadas en Núremberg, ocuparían veintitrés volúmenes de gran tamaño. Goering acabó enterrado bajo el terrible peso de los documentos y una interminable selección de argumentos. El público se aburrió del juicio, y todos los que participaban de una manera u otra en el proceso acabaron cansados e irritados. Todo eso, así como su fracaso definitivo a la hora de presentar una defensa creíble, destruyó la publicidad que Goering ansiaba lograr. Ya no era noticia; todo lo que se podía decir de él era que aguantaba hasta el aciago final, sentado con la cabeza en las manos o con la barbilla reposando sobre el pecho, sumido en reflexión o hundido en la depresión.

Entre bastidores se representaba otro drama bajo los atentos ojos de los psicólogos de prisiones norteamericanos. Tan pronto como los actores salían del escenario del juzgado, este segundo grupo de investigadores se hacía cargo del interrogatorio. Sentados con los prisioneros en las comidas, visitándolos como sacerdotes confesores en sus celdas, informando sobre ellos, anotando sus actitudes mentales, sus comportamientos cuando estaban solos y en compañía de los otros, sus cambios de temperamento y de fortuna, los psicólogos añadieron sus voces particulares a la historia del juicio. El Dr. G. M. Gilbert era el psicólogo responsable de la observación de Goering. Los prisioneros también estaban ocupados con entrevistas con sus abogados, excepto aquéllos que no tenían ningún interés en defenderse, concentrándose en el juicio y en su defensa.

El juicio ha sido objeto de considerable debate. Hay quienes mantienen que el tribunal, aunque sin precedentes, actuó de forma correcta según el derecho internacional. Y hay quienes consideran que el tribunal no tenía base legal alguna y que era simplemente una acusación hecha por el vencedor al vencido, un registro solemne para la historia de la abrumadora evidencia de que los principios defendidos por los nazis eran viles e inhumanos. Cada país, como hemos visto, tenía su equipo de fiscales; el de los Estados Unidos estaba dirigido por Robert H. Jackson, juez asociado del Tribunal Supremo de Estados Unidos; el de Inglaterra por *sir* Hartley Shawcross y *sir* David Maxwell-Fyfe, el de Francia por Auguste Champetier de Ribes, Charles Dubost y Edgar Faure y el de la Unión Soviética por el general Rudenko y el coronel Pokrovsky. Las acusaciones se basaban principalmente en documentos alemanes capturados, cuya autenticidad no se puso nunca en duda, y los diecinueve acusados recibieron oportunidades de sobra para defenderse de los cargos formulados contra ellos, que resumían en términos legales la extensión de sus crímenes. Su régimen había sido responsable, de una forma u otra, de la muerte de unos treinta millones de personas, y había que rastrear, demostrar y argumentar la historia de un cuarto de siglo de agitación, violencia y opresión durante los nueve meses del juicio. En el exterior del Palacio de Justicia estaban las ruinas de Núremberg. La que antaño fuera una hermosa ciudad medieval que había sido escogida como centro de los grandes espectáculos del poder de los nazis y del orgullo

nacional, ahora se había convertido en el lugar de la exposición pública de sus crímenes y de su degradación. En el interior del Palacio, Goering, Jodl y Keitel vestían uniformes grises sin insignias de rango, mientras que el resto de los acusados aparecían vestidos de paisano; según la carta de constitución del tribunal habían sido privados de sus posiciones como jefes de Estado o dirigentes superiores. Aparte de Goering, todos tenían un aspecto agotado e insignificante, y también él sucumbió según se alargaban los meses de interrogatorio.

Treinta días antes de que empezara el juicio, cada acusado recibió en su celda una copia de la acusación, un voluminoso documento de unas 24 000 palabras traducidas al alemán. A Goering le entregó su copia un oficial británico, el comandante Neave, que luego sería abogado de los tribunales de Londres, pero cuyas experiencias recientes incluían una fuga de un campo de prisioneros alemán, durante la cual había pasado por Núremberg; su función en ese momento era velar por los derechos legales de los acusados y encargarse de organizar las cosas para ellos, incluyendo su selección de abogado para la defensa. El comandante Neave encontró a Goering cortés, nervioso y tenso; la boca le temblaba y parecía a punto de echarse a llorar. Estaba muy preocupado por decidir el curso correcto de acción. Se le dio una lista de abogados disponibles de la cual podía elegir al hombre que sería responsable de su defensa. Seleccionó al único hombre de la lista cuyo nombre reconoció. El Dr. Otto Stahmer, un abogado excelente aunque tuviera ya setenta años.

Cuando los guardias de la prisión del Palacio de Justicia miraban por la trampilla de la puerta de la celda número 5, vieron a Goering enfrascado en el documento que contenía el sumario del proceso contra el régimen nazi, resumido en los cuatro epígrafes que también constituían los cargos formulados contra él personalmente: plan común o conspiración, crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Había sido firmado en octubre en Berlín por los principales fiscales y se había convertido en el documento de la acusación oficial de una asamblea de naciones, ya que para entonces dieciocho países se habían sumado a la carta de constitución del tribunal. Los acusados no sólo eran imputados individualmente de esos cuatro cargos, sino también como miembros clave de una o más de las organizaciones mediante las cuales había actuado el régimen nazi: El Consejo de ministros del Reich, el Cuerpo de Dirección del partido nacionalsocialista, las SS y el SD, la Gestapo, las SA, el alto Mando del Ejército (OKH) y el Alto Mando de las Fuerzas Armadas (OKW). Esas organizaciones también fueron sometidas a juicio como grupos criminales.

El cargo de plan común o conspiración era de carácter general e incluía la ruptura de tratados, planear y llevar a cabo guerras de agresión, el maltrato, asesinato y uso como mano de obra esclava de la población civil de los países ocupados, el asesinato y maltrato de prisioneros de guerra, el asesinato y persecución de personas por motivos raciales y religiosos, y la destrucción de ciudades, pueblos y aldeas a una escala injustificable bajo ninguna necesidad militar. «De los 9 600 000 judíos que

vivían en las zonas de Europa bajo el dominio nazi», decía la acusación, «una estimación conservadora indica que unos 5 700 000 han desaparecido, la mayoría de los cuales se les dio muerte deliberadamente por los conspiradores nazis». [I, p. 6]

Los otros tres cargos detallaban determinados aspectos de esta conspiración general, la evolución de la agresión nazi mientras nación tras nación pasaba a estar bajo su poder, el saqueo de todo tipo de propiedades y su traslado a Alemania, las atroces estadísticas de asesinatos y torturas en los campos de concentración, el horror del decreto de *Nacht und Nebel* (Noche y Niebla) bajo el que desaparecieron sin dejar rastro incontables personas. Y a eso seguía el interminable registro de masacres y la práctica del recién formulado crimen de genocidio, o exterminio racial. Se citaron innumerables casos de tortura y maltrato inhumanos a prisioneros de guerra, especialmente entre aquéllos procedentes de los territorios del este, que eran considerados subhumanos y sólo aptos para ser sometidos al hambre, la esclavitud y la muerte.

Todo el primer día del juicio fue empleado en leer en voz alta ese documento; los fiscales de cada nación se turnaban para recitar cada uno una sección de los cargos y los detalles adjuntos. En el segundo día, se pidió a los acusados que declararan si eran culpables o no culpables. Goering, que fue el primer en comparecer para que emitiera su declaración, intentó por dos veces con una brusca afirmación de su autoridad hacer una declaración más extensa, y el presidente del tribunal lo detuvo con firmeza. Se tuvo que contentar con una única frase con circunloquio: «Me declaro no culpable en el sentido de la acusación». El juez Lawrence, con su formidable cortesía, estableció el control del juicio desde el principio.

El juicio duraría desde el invierno de 1945 hasta el verano de 1946. Todo el invierno, de noviembre a marzo, estuvo dedicado a presentar el caso de la fiscalía, la acusación más larga y terrible en toda la historia legal. En el lado de la defensa, el caso de Goering como principal acusado fue expuesto el primero y duró desde el 8 al 22 de marzo. La defensa de los demás hombres en el banquillo duró hasta el verano, y concluyó el 4 de julio. Los discursos finales de la defensa y la acusación duraron hasta finales de julio; entre ese momento y finales de agosto tuvo lugar el juicio secundario, el de las organizaciones acusadas. Se oyó una presentación adicional de la defensa de Goering el 30 de agosto. El 31 de agosto se permitió a cada acusado hacer su declaración final antes de que se dictara sentencia tras un intervalo que duró un mes. El 30 de septiembre el juez Lawrence comenzó la lectura del veredicto, seguido a su vez por los demás jueces, y luego cada prisionero fue convocado individualmente a la sala del juicio para oír su sentencia. El juicio concluyó la tarde del 1 de octubre de 1946.

El caso específico contra Goering fue presentado el 8 de enero por el fiscal estadounidense Ralph G. Albrecht en nombre de la acusación. Empezó describiendo el conocido carácter público de Goering, que incluso fue visible durante el juicio en sí, su apariencia de «benevolencia, su pronta sonrisa y modales obsequiosos... su

confirmación, con una agradable inclinación de cabeza, de la veracidad de las declaraciones... su reprobatorio movimiento de cabeza cuando no estaba de acuerdo».

El fiscal primero tenía que implicar a Goering bajo los cargos uno y dos de la acusación, los relacionados con la conspiración nazi y la agresión contra otros países. Empezó con un resumen de la carrera de Goering en asociación con Hitler, su ascensión al poder después de 1933, la naturaleza belicosa de muchas de sus declaraciones públicas durante los años anteriores a la guerra y su enérgica dedicación al rearme. «Goering», dijo, «era de hecho una figura central en los preparativos alemanes para una agresión militar». Demostró cómo Goering estuvo involucrado en el *Anschluss*, en «la violación de Checoslovaquia», en los preparativos de la violencia contra Polonia, en la «explotación despiadada» de los territorios soviéticos ocupados, y en el programa de mano de obra esclava, empezando con los planes para conseguir que un millón de polacos, principalmente trabajadores agrícolas, fueran trasladados por la fuerza al Reich y finalmente la aprobación de la deportación de varios millones de hombres y mujeres de los territorios ocupados y de unos dos millones de prisioneros de guerra para que sirvieran en la industria y la agricultura alemanas.

El fiscal americano hizo referencia documento tras documento firmado por Goering o autorizado por sus agentes reconocidos, ordenando la incautación de propiedades en los territorios ocupados (incluyendo especialmente obras de arte), el expolio de materias primas y maquinaria que Alemania pudiera necesitar, y el robo de alimentos, dejando a la población local sometida a una dieta cuidadosamente calculada para dejarla al borde de la inanición pero sin llegarla a matar de hambre. Se mostraron documentos que demostraban que Goering había sido puesto a cargo de la explotación económica de los territorios soviéticos casi dos meses antes de la invasión.

Finalmente se llegó a las pruebas de los crímenes que Goering había cometido contra la humanidad: sus conexiones continuadas con los campos de concentración, incluso después de que éstos hubieran pasado al control de Himmler, especialmente en lo referido a la explotación de la fuerza laboral creada a partir de los prisioneros de dichos campos; de cómo colaboró en la campaña contra los judíos, especialmente bajo la forma de opresión económica y la confiscación de propiedades tras el pogromo de 1938, y en la extensión posterior a los territorios conquistados de los decretos originalmente dictados para eliminar a los judíos de la vida económica alemana. Ni tampoco se libró de verse implicado en el crimen definitivo contra los judíos, el de genocidio. Albrecht concluyó diciendo: «La presentación ante el tribunal sobre la responsabilidad individual del acusado Goering se ha hecho con la intención simplemente de ilustrar la ingente cantidad de evidencia documental que revela el papel principal que tuvo este conspirador en cada una de las fases de la conspiración nazi». Eso se dijo durante la tarde del 8 de enero. Goering tuvo que esperar otros dos

meses antes de poder replicar.

Un silencio forzoso durante tanto tiempo en el juicio, desde el 20 de noviembre al 20 de marzo, era un duro padecimiento para un hombre del temperamento de Goering. Pero hizo todo lo que pudo para atraer la atención hacia su persona tanto en la sala del juzgado como fuera de ella. En la sala, si no podía hablar en voz alta, siempre podía hacer gestos. Sabía que era el centro principal de curiosidad; siempre estaba siendo filmado y fotografiado, y su comportamiento en un principio producía una gran cantidad de comentarios en la prensa. Cuando, a las diez en punto de la mañana del 20 de noviembre, los jueces ataviados con togas negras tomaron asiento, todos los ojos se volvieron hacia los prisioneros que llegaban de sus celdas. La emoción, mitad repulsión y mitad curiosidad, que se había acumulado con el paso de los años contra los nazis se concentró en ese pequeño grupo de hombres, de apariencia desaliñada y de aspecto desconcertado, mientras entraban en fila para ocupar sus lugares. Pero Goering no perdió mucho tiempo en mostrar su confianza en sí mismo. Hizo gala de su desprecio por lo que decían los abogados de sus compañeros de prisión; una y otra vez se volvía para hacer gestos o susurrar comentarios. Negaba con la cabeza cuando no estaba de acuerdo, o se removía en su asiento. Fruncía el ceño. Sonreía con una mueca. Se reía. A veces soltaba tacos y murmuraba para sí, y cuando Hess, que estaba sentado a su lado, hacía el ridículo ante todo el mundo, Goering intentaba hacerle callar una y otra vez. Todo eso mientras estaba alerta para intentar anotarse los puntos que pudiera a su favor. En la película del juicio se le ve garabateando notas, jugueteando con los auriculares, volviéndose hacia los demás acusados, comprobando hechos, aconsejando a todos los que le rodeaban con asentimientos de cabeza y comentarios aparte sobre lo que debían pensar y decir. En un momento, Hess, sintiéndose acosado, se volvió hacia él y estalló: «¡No me interrumpas!». Todo lo que Goering pudo hacer entonces fue encogerse de hombros ante la estupidez del pobre loco que tenía al lado.

Durante esos cinco meses de silencio en público, Goering pudo desahogarse libremente con el Dr. Gilbert, el psiquiatra de la cárcel, ya que rechazó los servicios del capellán. Ahí tuvo su oportunidad de hablar, aunque, por supuesto, también pudo hablar de su caso con su abogado, el Dr. Stahmer, y una vez comenzado el juicio, también tuvo ocasión de conversar con el resto de los acusados durante la pausa del almuerzo, que en un principio tomaban en la propia sala.

Goering al principio parecía estar en su elemento e interpretó su papel inicial de jovial realista y cínico encantador. Expresó su desprecio por el juicio. «El vencedor siempre será el juez y el vencido el acusado», dijo al recibir la acusación, lo consideraba un «asunto político puro y duro» y dijo: «Ojalá todos tuviéramos el valor para limitar nuestra defensa a tres palabras simples: ¡lamedme el culo!». Se acercó a cada uno de los demás acusados, repitiendo esa grosería con entusiasmo durante uno de los intervalos para almorzar, intentando que se rieran con él. Justo antes de comenzar su propia defensa dijo: «¡Llevar a juicio a los jefes de un Estado soberano

es de una presunción única en la historia!». De hecho, se negó a reconocer la autoridad del tribunal.

En lo que se refería a Alemania hizo gala de un cinismo absoluto. Cuando Gilbert le señaló que el pueblo alemán en ese momento se encontraba desilusionado con los dirigentes nazis, replicó: «No importa lo que la gente diga *ahora*. Eso es algo que no me interesa lo más mínimo. Sé lo que decían *antes*. Sé cómo nos vitoreaban y alababan cuando las cosas iban bien. Conozco demasiado bien a la gente». También dijo: «La democracia simplemente no funcionará con el pueblo alemán... me alegra no tener que vivir ahí fuera en estos momentos: todo el mundo estará intentando salvar su reputación y su pellejo denunciando al partido, ahora que hemos perdido».

Disfrutaba de su propio y particular sentido del humor. «¡Por supuesto que queríamos desintegrar al coloso ruso!», le dijo al Dr. Gilbert y a un grupo de acusados durante una de las pausas para el almuerzo. «Ahora tendrán que hacerlo ustedes... me encantará ver cómo se encargan. Por supuesto, me es indiferente si lo veo desde el cielo o desde el otro lugar, el lugar más interesante». También disfrutaba de igual manera contándole cómo se unió a los nazis. «Tenía una cita para unirme a los masones en 1919. Mientras esperaba vi pasar a una rubia muy guapa, y me puse a ligar con ella. Bueno, pues nunca me uní a los masones. Si no hubiera ligado con esa rubia aquel día, me hubiera sido imposible unirme al partido, y no estaría aquí hoy». Pero seguía recordando con placer la posición que tenía en el partido: «No tienen que poner películas y leer documentos para demostrar que nos estábamos rearmando para la guerra. ¡Si rearmé a Alemania hasta que se le salía el armamento por las orejas! Sólo lamento no habernos rearmado aún más. Por supuesto, entre nosotros, consideraba que sus tratados eran pura basura. Me uní al partido precisamente porque era revolucionario, no por el aspecto ideológico. Otros partidos habían hecho revoluciones, así que supuse que yo también podía participar en una. Y lo que más me gustaba era que el partido nazi era el único que tenía las agallas de decir “¡al infierno con Versalles!” mientras los demás se arrastraban y contemporizaban».

Mantuvo obstinadamente su fe en Hitler. Daba gracias, dijo, porque el Führer no estuviera vivo para ser sometido a juicio en Núremberg. «Sería intolerable para mí tener que verle ante un tribunal extranjero. Vosotros conocíais al Führer», dijo a los otros acusados sentados a la mesa para almorzar. «Sería el primero en levantarse y decir que, “Yo di las órdenes y asumo toda la responsabilidad”». Y sin embargo también reveló su resentimiento por la forma en que Hitler le había tratado. «Usted sabe», le dijo a Gilbert, «que no es mi propósito exagerar mi amor por el Führer, porque ya sabe cómo me trató al final. Pero no sé qué decir; creo que en el último año y medio o así le dejó las cosas a Himmler...». Su continuado apoyo a Hitler parecía debido principalmente a su propio interés y a su sentido de su propia posición en la historia. «Usted no entiende a la gente como yo. Si fuera a desdecirme después de la forma en que le he apoyado, sólo me despreciarían. ¿Quién sabe cómo serán las cosas dentro de cincuenta o cien años? ¿La pena de muerte? Eso no significa nada para mí;

pero mi reputación en la historia me importa muchísimo».

En otra ocasión le dijo a Gilbert: «Si tengo la oportunidad de morir como un mártir, pues tanto mejor. ¿Cree que todo el mundo tiene esa oportunidad? Si puedo conseguir que pongan mis huesos en un ataúd de mármol, pues ya es mucho más de lo que la mayor parte de la gente puede lograr».

Durante todo el juicio intentó mandar sobre los demás acusados. Aunque rechazó la ayuda del capellán, accedió a asistir a los servicios religiosos en la capilla porque «como hombre de mayor posición del grupo, si asisto, los demás seguirán mi ejemplo». O al menos, eso es lo que le dijo al capellán; al Dr. Gilbert lo que le dijo fue: «¡Rezar, y un carajo! ¡Es sólo una oportunidad de salir de esta maldita celda durante media hora!». En los intervalos de las comidas solía intentar dominar a los demás, diciéndoles lo que debían decir, consejo que los demás raramente se tomaban a bien. El resto del grupo estaba cada vez menos y menos impresionado por la mezcla de jactancia y cinismo de Goering. Speer, el más inteligente y convencido antinazi entre los prisioneros, dijo en enero cuando Gilbert le visitó en su celda: «¿Sabe usted? Goering todavía se cree que es alguien importante y que dirige el espectáculo incluso como criminal de guerra». Posteriormente volvería a decir, «Goering sabe que está acabado, y necesita un séquito de al menos veinte héroes menores para su gran entrada en el Valhalla... es asombrosa la tiranía que ejerce sobre el resto».

Debido a esto, el coronel Andrus volvió a imponer el confinamiento en solitario durante las horas de prisión. Eso enfureció a todos los acusados, pero el efecto sobre Goering fue notable. Gilbert lo describió «abatido y tembloroso como un niño rechazado». Adivinó que su influencia agresiva y cínica era la causa del castigo. Estalló: «¿Es que no ven que todas estas bromas y payasadas no son más que una manera de buscar alivio? ¿Creen que disfruto ahí sentado oyendo como nos tiran acusación tras acusación a la cabeza desde todos los lados? Tenemos que liberar la tensión de algún modo. Si no los hubiera estimulado, un par de ellos simplemente se habrían derrumbado... ¿No cree que ya me reprocho más que suficiente en la soledad de esta celda, deseando haber tomado un camino diferente y haber vivido mi vida de una forma completamente diferente en vez de terminar así?». Por una vez parecía apagado, casi pidiendo disculpas.

A petición del coronel Andrus, el 17 de febrero Gilbert redactó unas listas dividiendo los prisioneros en grupos pequeños para las comidas, en los que aquéllos que estaban convencidos de la maldad nazi podían neutralizar a los que se sentían menos inclinados a aceptar lo justo de los cargos contra ellos. Goering se vio obligado a comer solo, cosa que le molestó enormemente. Speer admitió posteriormente que Goering había ejercido una especie de terror moral sobre los acusados más débiles y que había estado negociando los términos de los testimonios que darían: él diría esto si ellos decían esto otro. La reacción de Goering fue típica: «Sólo porque soy el Nazi Número Uno en este grupo no significa que sea el más peligroso. De todas formas, el coronel debería tener presente que aquí está tratando

con figuras históricas. Para bien o para mal, somos personalidades históricas, y él no es nadie». Entonces se comparó, no por primera vez, con Napoleón en su cautiverio.

En varias ocasiones la fiscalía oscureció la sala para la proyección de películas ofrecidas como pruebas. Esas películas incluían las escenas de atrocidades grabadas por cámaras del ejército en los campos de concentración y otros lugares de sufrimiento. Gilbert observó cuidadosamente el efecto que tuvieron esas películas en los acusados. Algunos, como Funk y Frank, sollozaron; otros, como Speer y Hans Fritzsche del Ministerio de Propaganda, estuvieron al borde de las lágrimas; Ribbentrop, Neurath, Schacht y Papen se negaron a mirar; otros, como Seyss-Inquart y Streicher miraron impasibles las imágenes. Goering empezó inclinándose hacia delante, sin mirar; parecía abatido y tosió. Después de la película, cuando Hess murmuró «no me lo creo», le dijo que se callara. Toda la sala estaba abrumada por lo que habían visto, y los prisioneros salieron en fila en el silencio más completo. Luego, en sus celdas, su reacción principal fue de incredulidad; varios, sin embargo, seguían llorando de vergüenza o completamente desconcertados por lo que habían visto. La reacción de Goering fue extraña: «Había sido una tarde tan buena, demasiado buena, hasta que nos pusieron esa película. Estaban leyendo mi conversación telefónica sobre el asunto de Austria y todo el mundo se reía conmigo. Y entonces proyectaron esa película horrorosa que lo estropeó todo».

Goering era bien consciente de que esas películas de atrocidades representaban crímenes que serían la acusación más grave a la que se enfrentaría como acusado de mayor rango. Podía discutir el resto de los cargos usando su autoridad y la fuerza de su personalidad para abrirse camino a través de los interrogatorios. Pero esa proyección en la sala del juzgado a oscuras, con las insoportables imágenes sobre la pantalla hasta que ni el tribunal ni los propios acusados pudieron aguantar más, hizo imposible que él, el segundo hombre de la nación después de Hitler, pudiera seguir manteniendo su fachada de bravuconadas. «Esa película horrorosa» lo había estropeado todo de verdad, como había dicho. Pronto, sin embargo, descubrió lo que le parecía una posible salida a ese dilema. «Sigo sin poder hacerme a la idea» le dijo a Gilbert. «¿Supone usted que hubiera creído a alguien que me hubiera dicho que estaban haciendo experimentos de congelación con cobayas humanas, o que había gente a la que obligaban a cavar sus propias tumbas y que eran apilados a miles? Le hubiera dicho “Fuera de aquí con esas patrañas que no hay quien se las crea... simplemente lo descarté como propaganda enemiga”. Cuando los rusos mostraron sus propias películas de atrocidades a mediados de febreros ésa fue precisamente la actitud que adoptó. “Cualquiera puede hacer una película de atrocidades”, le dijo a los demás, “si sacan los cuerpos de sus tumbas y luego muestran un tractor que los vuelve a empujar a ellas”. Pero era evidente que era incapaz de convencerse a sí mismo, no ya a los demás. Cuando los rusos continuaron con sus proyecciones, se rio cuando la primera toma apareció invertida (no se había rebobinado la película), y se negó a contemplar las escenas que finalmente se mostraron. Luego diría que se

trataba principalmente de las propias atrocidades que los rusos cometían contra los alemanes. En cualquier caso, era un soldado y estaba acostumbrado a la visión de la muerte. “No tengo que ver una película para horrorizarme”, dijo. Posteriormente, durante el testimonio de una mujer que había estado prisionera en Auschwitz, se quitó los auriculares y se negó a escuchar. Al final afirmó que no tenía conocimiento alguno de esas cosas. “Ya saben cómo son las cosas incluso en un batallón”, le dijo a uno de los abogados defensores que preguntó si alguien con autoridad sabía lo que estaba ocurriendo. “Un comandante de batallón no sabe nada de lo que ocurre en el frente. Cuánto más arriba estás, menos ves de lo que pasa allá abajo”».

La vista de la defensa de Goering, que duraría trece días, comenzó el 8 de marzo con la comparecencia del primer testigo llamado a declarar en su defensa. Se trataba de Bodenschatz, testificando como principal oficial de enlace entre Goering y el cuartel general de Hitler. Lo que pronto se convertiría en una ronda familiar de preguntas comenzó cuando Stahmer intentó demostrar la falta de implicación de Goering en las más crueles o sórdidas actividades de los nazis. ¿Cuándo perdió Goering el favor de Hitler? Se describió el constante trabajo de Goering en pro de la paz y sus esfuerzos con Dahlerus. ¿Qué intentó hacer para prevenir la guerra? ¿Tenía algún conocimiento de antemano del pogromo de 1938? Ninguno en absoluto, dijo Bodenschatz. ¿Qué hizo para intentar sacar a gente de los campos de concentración? Intercedía continuamente en casos individuales. ¿Qué sabía el testigo de Goering sobre las condiciones en esos campos? Nada en absoluto.

Cuando Stahmer hubo terminado, Jackson tomó la palabra e interrogó a Bodenschatz con el objetivo de hacer que se implicara a sí mismo y a Goering en los mismos asuntos que Stahmer había introducido para permitir que Bodenschatz demostrara la falta de implicación de ambos. El interrogatorio se limitó al caso de los campos de concentración. Bodenschatz eludió con sumo cuidado dar respuestas implicatorias, y ésa se convirtió en la tónica general del juicio. No, desconocía por completo esas cosas. No, no servía de nada hacer preguntas. No, no puedo hacer una declaración sobre ese asunto con toda seguridad. La cuestión de la eficiencia de la fuerza aérea y el empeoramiento progresivo de las relaciones entre Hitler y Goering después de 1943 fueron temas que aparecerían una y otra vez.

A Bodenschatz le sucedió Milch en el estrado, y Stahmer lo guio para que testificara que la fuerza aérea alemana se había constituido sólo con fines defensivos, que Goering siempre fue partidario de la paz mediante la fuerza. Milch también testificó que Goering estuvo de acuerdo con él en que debían evitar tener nada que ver con el uso de criminales que hacía Himmler para pruebas de presión de aire y temperatura. Ni él ni Goering tenían conocimiento alguno sobre la naturaleza de esos experimentos. Respecto al tratamiento de prisioneros de guerra, lo que Goering había dicho era «una vez que han sido derribados, son nuestros camaradas». En lo que concernía a los cuerpos, Milch adoptó la misma línea que Bodenschatz: «Las personas que conocían las condiciones de esa gente no hablaban de ello, y

posiblemente no se les permitiera hablar de ello». Nadie podía imaginarse que había más de doscientos campos de concentración, aunque todo el mundo sabía que existían unos cuantos; y nadie sabía qué pasaba en esos campos. Ni tampoco sabía nadie la existencia de campos de exterminio para los judíos. Cualquier intento por interferir hubiera significado la muerte para uno y su familia, fue lo que dijo Milch en uno de los momentos más reveladores del juicio.

Jackson no tuvo problemas en sonsacarle a Milch que a Goering, o a cualquier otro, le hubiera sido imposible oponerse activamente a Hitler. «El mariscal del Reich nunca se opuso activamente al Führer en público, ni delante de un ningún grupo grande de sus oficiales, porque Hitler no hubiera tolerado esa oposición». Respecto a intentar prevenir la guerra con Rusia, Milch dijo que tenía la impresión de que Goering «había discutido previamente el asunto con Hitler, pero sin ninguna posibilidad de éxito porque con Hitler era imposible». Eso se convirtió en un tópico recurrente en el juicio. Todo acto, bueno o malo, emanaba de Hitler y no se admitía oposición, ni siquiera por parte del miembro de más alto rango de la jerarquía. Con cierta ironía, Jackson hizo que Milch revelara punto por punto las debilidades de un Estado autoritario donde uno no podía presentar propuestas que creía correctas o justificables si eran críticas incluso con las opiniones menos respetadas del Führer. El miedo a la Gestapo lo permeaba todo.

MILCH: No era fácil para ninguno de nosotros. Todos estábamos convencidos de que se nos vigilaba constantemente, sin importar lo alto que fuera nuestro rango. Probablemente no había una sola persona que no tuviera un expediente, y mucha gente fue procesada como resultado de esos archivos. Las dificultades subsiguientes no afectaron sólo a esa gente... o a mí personalmente; incluían a todo el mundo, hasta el propio mariscal del Reich, que también se veía afectado por ellas.

JACKSON: ¿Quiere decir que desde el mariscal del Reich al ciudadano más humilde, todos tenían miedo de Heinrich Himmler y su organización?

MILCH: Bueno, el grado de temor puede que variara. Quizás no fuera tan grande en los rangos más altos y los más bajos. [VII, p. 280]

Jackson también intentó hacer que Milch se extendiera sobre un comentario que había hecho bajo interrogatorio en el que afirmaba que después de 1943 Hitler ya no era normal. ¿Cómo podía Goering, preguntó Jackson, consentir en servir a un hombre anormal? Una vez más, Milch evitó dar una respuesta directa.

MILCH: La anormalidad no era del tipo que uno pudiera decir, «este hombre no está en sus cabales»... Creo que un médico sería capaz de dar más información sobre ese tema. Hablé de ello con hombres de medicina en esa época.

JACKSON: ¿Y en su opinión era anormal?

MILCH: Un médico que le conocía personalmente admitió que existía la posibilidad de anormalidad [VIII, p. 281]

A los testigos se les hicieron más preguntas para que intentaran incriminar directamente a Milch y a Goering en el uso de mano de obra forzosa reclutada entre los prisioneros de guerra y las poblaciones que o bien habían desarrollado un movimiento de resistencia o era probable que lo hicieran una vez que los Aliados hubieran desembarcado en Francia.

El fiscal británico G. D. Roberts sacó a colación el tema recurrente de los oficiales de la RAF que habían escapado del Stalag Luft III en Sagan en marzo de 1944 y que habían sido ejecutados y sus cuerpos incinerados. Milch afirmó que no tuvo conocimiento de ese asunto en el momento en que ocurrió. Lo mismo dijo el siguiente testigo, Bernd von Brauchitsch, al testificar como ayudante de campo de Goering.

El siguiente testigo principal de la defensa de Goering era Paul Koerner. Stahmer usó su testimonio para demostrar que Goering disolvió en 1933 todos los campos de concentración no autorizados que llegaron a su conocimiento, que detuvo los maltratos al líder comunista Thaelmann y que en cualquier caso dejó de controlar la Gestapo y los campos cuando Himmler se hizo cargo de esta última en la primavera de 1934. Koerner también fue interrogado sobre la purga contra Roehm, el pogromo de 1938 y el Plan de Cuatro Años. Como antes, todas esas preguntas estaban diseñadas para demostrar la actitud esencialmente moderada y pacífica de Goering. Entonces Jackson regresó al ataque, pero Koerner se aferró a su defensa de Goering hasta que Jackson le interrumpió.

JACKSON: Usted fue interrogado en Obersalzberg, en el centro de interrogatorio, el 4 de octubre del año pasado por el Dr. Kempner de nuestro personal, ¿no es así?

KOERNER: Sí.

JACKSON: Usted declaró, al principio de su interrogatorio, que no daría testimonio contra su antiguo superior, el mariscal del Reich Goering, y que consideraba a Goering como el último gran hombre del Renacimiento, el último gran ejemplo de un hombre renacentista; que le había dado el mayor trabajo de su vida y que sería desleal y traidor si testificaba contra él. ¿Es eso lo que dijo?

KOERNER: Sí, más o menos eso fue lo que dije.

JACKSON: ¿Y ésa sigue siendo su respuesta?

KOERNER: Sí.

JACKSON: No hay más preguntas. [IX, pp. 19-20]

El general Rudenko, que siguió a Jackson, fue cáustico sobre las respuestas negativas de Koerner a sus preguntas sobre el saqueo de los territorios ocupados. Koerner afirmó que tampoco sabía nada sobre los campos de concentración, al igual que hizo Kesselring, que ocupó su lugar en el estrado a continuación. Kesselring fue llamado a testificar sobre la decisión de bombardear Varsovia, Rotterdam y Coventry como objetivos militares y el patrón de responsabilidades dentro de la Luftwaffe, y para que diera su opinión sobre la forma en que se llevó a cabo la guerra. Las preguntas de Maxwell-Fyfe fueron altamente condenatorias para Kesselring, que había estado al mando en Italia cuando las fuerzas alemanas cometieron atrocidades contra los italianos.

Goering ocupó el estrado como testigo la tarde el 13 de marzo. Mientras estaba en su celda, la expectativa lo puso en un gran estado de nervios, le temblaban las manos y la expresión de su rostro era tensa. Le había dicho a Gilbert que le parecía mal que él, como dirigente de un Estado soberano, fuera llevado ante un tribunal extranjero. Sin embargo, haciendo un uso cuidadoso de las preguntas preparadas de Stahmer, dio un relato detallado de su relación con Hitler y el partido y de su propia contribución, tal y como la veía él, en la toma del poder y los pasos subsiguientes dados para consolidar la posesión de éste. Hizo que todo pareciera tan plausible y razonable como pudo, y habló diestramente y teniendo en cuenta en todo momento su pasada autoridad. Fue franco acerca de su fe en el partido y mostró el orgullo que sentía por los éxitos de sus esfuerzos personales para llevarlo al poder.

Quisiera decir que es correcto que yo, y sólo puedo hablar por mí mismo, hice todo lo que estaba en mi poder para reforzar el movimiento nacionalsocialista, y para aumentarlo, y he trabajado incesantemente para llevarlo al poder en todas las circunstancias como el único poder válido. Hice todo lo que había que hacer para asegurarle al Führer el puesto como canciller del Reich que legítimamente le pertenecía. [IX, p. 75]

Habló extensamente sobre la necesidad de eliminar los partidos políticos hostiles, de crear una policía secreta del Estado, y de fundar campos de detención para aquellos que planeaban derrocar al régimen en sus primeros días. Admitió que hubo actos de brutalidad en esos campos, y que Karpfenstein, Gauleiter de Pomerania, creó campos no autorizados, así como Heines y Ernst, que eran compañeros de Roehm. Disolvió esos campos, afirmó, e investigó los actos de brutalidad que llegaron a su conocimiento en los campos que estaban bajo su control directo.

Esa noche, cuando estuvo de vuelta en su celda, Goering, como un actor alterado, fue incapaz de comer; se quedó sentado y fumando su pipa bávara. Estaba muy nervioso, y le preocupaba que no pudiera hacer que su mano dejara de temblar. Se negó a que la luz permaneciera encendida, y su estado de ánimo se volvió sombrío mientras hablaba con Gilbert sobre el hombre como la peor de las bestias de presa, y

sobre cómo la guerra en el futuro se volvería más y más destructiva. A la mañana siguiente se enteró de la muerte de Blomberg. «Un hombre de honor», dijo Goering, dejando por un momento su discusión con Stahmer.

Cuando empezó la siguiente sesión, en respuesta a más preguntas de Stahmer explicó qué quería decir con el «principio de liderazgo» y la necesidad particular que tenía Alemania de él.

Mantuve este principio y aún lo mantengo de manera positiva y consciente. No se debe cometer el error de olvidar que la estructura política en diferentes países tiene orígenes diferentes, diferentes evoluciones. Algo que es extremadamente conveniente para un país puede que fracase por completo en otro. Alemania, durante los largos siglos de monarquía, siempre ha tenido un principio de liderazgo... Soy de la opinión de que para Alemania, particularmente en su momento más bajo, cuando era necesario que todas las fuerzas fueran soldadas juntas de una manera positiva, el principio de liderazgo, es decir, la autoridad desde lo alto y la responsabilidad desde abajo, era la única posibilidad. [IX, p. 82]

El principio de liderazgo, añadió, era la base tanto de la Iglesia Católica como del gobierno de la Unión Soviética.

Prosiguió explicando por qué los sindicatos habían sido disueltos como focos de desafección política, y que la facción de Roehm había sido destruida porque quería emplear métodos ilegales para obtener el poder, mientras que Hitler estaba decidido a usar métodos que fueran legales. Hombres como Roehm, Heines y Ernst conspiraron para derrocar al Führer.

Conocía a Roehm muy bien. Hice que me lo trajeran. Le expliqué abiertamente lo que había oído. Le recordé nuestra lucha común y le pedí que mantuviera la fe incondicionalmente en el Führer. Planteó los mismos argumentos que he mencionado, pero me aseguró que, por supuesto, no pensaba emprender ninguna acción contra el Führer. Poco después, recibí más noticias que decían que tenía fuertes vínculos con aquellos círculos que se nos oponían [IX, p. 84]

Cuando la purga subsiguiente condujo a más muertes de lo que parecía apropiado, según afirmó Goering, intercedió ante Hitler y le urgió a que detuviera los asesinatos inmediatamente.

En el transcurso de aquella tarde oí que otras personas habían muerto también, incluso gente que no tenía nada que ver con la revuelta de Roehm. El Führer

vino a Berlín esa misma tarde. Esto lo supe después esa misma tarde o por la noche, y fui a dar con él al mediodía del día siguiente y le pedí que diera orden inmediatamente de prohibir bajo cualquier circunstancia que se llevaran a cabo más ejecuciones, aunque había otras dos personas involucradas y que se había ordenado que fueran ejecutadas, que seguían vivas. Esas personas, de hecho, siguieron con vida. Le pedí que lo hiciera porque me preocupaba que el asunto se descontrolara, como ya había pasado hasta cierto punto, y le dije al Führer que bajo ninguna circunstancia debía haber más derramamiento de sangre. [IX, p. 85]

Sin embargo, añadió que:

... como comentario final sobre la intentona de Roehm, me gustaría hacer hincapié en que asumo la completa responsabilidad de las acciones emprendidas contra esas personas, Ernst, Heidebrecht y otros más, por orden del Führer, que ejecuté o transmití, y que, incluso hoy, soy de la opinión de que actué de manera absolutamente correcta y desde mi sentido del deber. Eso fue confirmado por el presidente del Reich, pero no me era necesaria ninguna confirmación para convencerme de que había evitado un gran peligro para el Estado [IX, p. 85]

El interrogatorio pasó a centrarse entonces en su actitud hacia la iglesia, donde las extraordinarias opiniones de Goering revelaban su desmedida vanidad.

Constitucionalmente, como primer ministro de Prusia, estaba seguro, en cierto sentido, de ser el mayor dignatario de la Iglesia de Prusia, pero no me impliqué demasiado en esos asuntos... No soy lo que se puede decir practicante, pero siempre... he pertenecido conscientemente a la Iglesia y en mi casa siempre ha sido la Iglesia la que se ha encargado de esas funciones que tutela: matrimonios, bautizos o funerales. Mi intención, por tanto, era mostrar el camino a las personas de voluntad débil que, en medio de este conflicto de opiniones, no sabían qué hacer; si el segundo hombre del Estado iba a misa... entonces ellos podían hacer lo mismo... En conjunto me gustaría decir que el propio Führer no se oponía a la Iglesia... Dijo que no se consideraba un reformador de la Iglesia y que no deseaba que ninguno de sus líderes políticos ganara laureles en ese campo. [IX, pp. 25-27].

Lo que les importaba a Hitler y Goering era mantener separados Iglesia y Estado, y Goering se oponía en principio al arresto de miembros del clero a menos que fueran violentamente críticos con el régimen y tomaran parte en asuntos políticos fuera de la

Iglesia.

Luego pasó a la cuestión de los judíos. Argumentó falazmente que la influencia judía en la vida económica y social alemana era desproporcionada, que la situación era insalubre y que los patriotas no podrían tolerarla. Sin embargo, se opuso violentamente al pogromo de 1938 e hizo lo posible por detener esa persecución improductiva. Concertó, sin embargo, la multa de mil millones de marcos impuesta a la comunidad judía y aceptó la plena responsabilidad por promulgar las Leyes de Núremberg.

Me gustaría señalar que, aunque recibí órdenes verbales y escritas y mandatos del Führer para promulgar y aplicar esas leyes, asumo la completa responsabilidad por ellas. Llevan mi firma, yo las promulgué y por tanto soy responsable y no me propongo de ninguna manera ocultarme detrás de las órdenes del Führer. [IX, p. 92]

De la misma manera, aceptó con orgullo la responsabilidad por reconstruir la fuerza aérea alemana y, aunque no era un experto en economía, por reconstruir la economía alemana. Sobre la fuerza aérea dijo: «Solo yo era y soy responsable, ya que era comandante general de la Fuerza Aérea y ministro del Aire. Era responsable del rearme y de forjar la fuerza aérea y su espíritu» [IX, p. 94]. Sobre su trabajo inicial como comisario para Materias Primas y Divisas añadió: «Se había decidido que aunque no era un experto en ese campo fuera la principal fuerza motriz y que usara mis energías... Así entré en el campo de la dirección económica» [IX, p. 95]

Durante la pausa para el almuerzo, Goering le dijo a Gilbert: «Bueno, ¿qué tal lo hice? No puede decir que fuera cobarde». Era consciente de que había creado una buena impresión entre sus compañeros de prisión. Esa tarde se mostró relajado y satisfecho en su celda. «Sí, es mucha tensión», dijo. «Y todo es de memoria. Se sorprendería de cuán pocas palabras clave he anotado para guiarme». Una vez más, la celda se convertía en el camerino del actor.

Durante la sesión de tarde, Stahmer lo llevó a recorrer etapa a etapa la historia y evolución de sus vastas responsabilidades, todas las cuales presentó, naturalmente, bajo una luz positiva, como parte del servicio a su país. Ese turno de preguntas, pese a los ruegos de brevedad del juez Lawrence, duró unos cuatro días, incluyendo preguntas procedentes de otros abogados defensores; esa parte en la transcripción del juicio ocupa unas 80 000 palabras, la extensión de un libro grande. Los temas no parecían presentarse en ningún orden en particular, con preguntas sobre la ocupación de Renania seguidas de otras sobre el Consejo de Defensa del Reich y el Instituto de Investigación (que posteriormente causaría dificultades a Goering porque como entidad estaba directamente relacionado con atroces experimentos inhumanos con personas vivas). La arrogancia con que se podía dirigir un Estado totalitario quedó

demostrada en las sucesivas declaraciones de Goering, con las que disfrutaba recordando su poder. Una declaración típica fue la que hizo describiendo cómo él y Hitler intentaron salvar la reputación de Neurath (o en realidad, las suyas) después de que hubiera sido cesado del Ministerio de Exteriores.

Yo mismo le hice una propuesta al Führer para evitar socavar el prestigio de *Herr Von Neurath*. Le dije que, con el fin de hacer parecer en el extranjero como si Neurath no hubiera sido apartado completamente de la política exterior, propondría nombrarle presidente del Consejo Secreto de ministros. Sin duda no existía tal consejo, pero la expresión sonaba muy bien y todo el mundo se imaginaría que quería decir algo. El Führer dijo que no podíamos nombrarlo presidente si no había un consejo. A lo que dije «pues entonces crearemos uno», y anoté sobre la marcha los nombres de varias personas. La poca importancia que concedí a ese consejo se puede ver en el hecho de que mi nombre era, creo, de los últimos de la lista. [IX, p. 99]

Respondía con ironía a las insinuaciones de que Hitler debería haber hecho más caso a las opiniones de sus generales en asuntos de política aparte de los de estrategia. No era propio de Hitler pedir tales opiniones.

Cómo se puede imaginar que se podría dirigir un Estado si, durante una guerra o antes de una guerra que los líderes políticos han decidido, ya sea justa o injustamente, cada general pudiera votar si iba a ir a pelear o no, si su Cuerpo de Ejército iba a quedarse en casa o no, o podía decir «primero tengo que preguntarle a mi División»; quizás unos fueran a la guerra y otros se quedaran. Ese privilegio, en cualquier caso, también habría que concedérselo al soldado común. Quizás ésa será la forma de evitar las guerras en el futuro, preguntándole a cada soldado si quiere irse a casa o no. Podría ser, pero no en un «Estado del Führer». [IX, pp. 113-114]

Se empleó mucho tiempo en repasar los detalles del *Anschluss*, el Pacto de Múnich, los sucesos que condujeron a la ocupación de Checoslovaquia y la invasión de Polonia y el nombramiento de Goering como sucesor de Hitler, que según el propio Goering era algo que el Führer ya tenía en mente en 1934. Incluso Hitler había admitido que él era el segundo hombre del Estado, dijo Goering. Aun así, el Führer no le mantenía informado en todo momento de lo que pensaba hacer, como en el caso de la ocupación de Checoslovaquia. Posteriormente, diría sobre sus relaciones con Hitler antes de la guerra:

Por supuesto que me informaba de todos los problemas políticos y militares

importantes. Me daba a conocer esos problemas principalmente mediante largos debates que duraban muchas horas, día tras día. Muchas veces, desde luego, me llevé una sorpresa en lo referido a las cuestiones de política exterior, pero cuando me era posible intervenía, y en una ocasión me dijo, de hecho, que yo tenía una opinión propia definida sobre asuntos de política exterior y que no siempre le resultaba fácil estar de acuerdo conmigo. Pero quiero señalar que, por supuesto, yo estaba incluido en todas las cuestiones políticas importantes. [IX, p. 111]

Las respuestas de Goering parecían hacerse cada vez más y más largas. Se memoria extraordinaria entró plenamente en escena cuando cada etapa del interrogatorio le daba una nueva oportunidad de librarse de la carga de las acusaciones contra él. No cabía duda alguna de que ahí estaba la verdadera autoridad nazi mientras daba su versión de la penetración alemana en los países vecinos, su versión de los cambalaches y pillajes de tesoros artísticos extranjeros, su versión del comportamiento de los soldados alemanes contra el movimiento de resistencia en Francia; hasta que al final Jackson ya no pudo soportarlo más y preguntó al presidente hasta qué punto era relevante ese farragoso comentario para el propósito del juicio. Después de eso, Goering adoptó una pose de franqueza de hombre de mundo: «No niego de ninguna manera que ocurrieron cosas que pueden ser origen de acalorados debates, en lo que respecta al derecho internacional. También ocurrieron otras cosas que pueden ser considerados excesos bajo cualquier circunstancia». ¿Qué esperaban, era la pregunta implícita, cuando los soldados alemanes se veían amenazados en todo momento y lugar por una nación supuestamente conquistada? Con el mismo aire de autoritaria sensatez defendió el bombardeo de Rotterdam y Coventry, y declaró que lamentaba que Hitler hubiera rechazado su consejo en contra de lanzar un ataque contra Rusia mientras Alemania seguía en conflicto con Inglaterra.

En lo que se refería a la adquisición de obras de arte en el extranjero, explicó la extraordinaria competición que existía entre él y Hitler, ya que ambos querían extender sus colecciones personales que, según dijo Goering, estaban destinadas a la nación. Afirmó que estuvo dispuesto a pagar por las obras de arte que quería de la Salle de Jeu de Paume, que constituían propiedades confiscadas a judíos.

Desde el principio, sin embargo, quise que hubiera una clara distinción, ya que pretendía pagar por aquellos objetos que quería adquirir para la galería que iba a construir. Por tanto, ordené que un experto en arte evaluara esas obras; de hecho no era un experto alemán sino francés, un profesor cuyo nombre no recuerdo y con el que nunca hablé. Entonces decidiría si el precio era demasiado alto para mí, si ya no estaba interesado o si estaba dispuesto a pagar el precio. Una parte, la primera parte, se hizo de ese modo, pero

entonces todo se detuvo porque algunos de esos objetos fueron enviados de un lado a otro, es decir, fueron enviados al Führer y no quedaron en mi poder... y no se podía hacer ningún desembolso hasta que el asunto no quedara aclarado. [IX, p. 125]

Respondió a los ataques contra él por tomar alimentos de los países ocupados («No desmantelamos y transportamos toda la economía rusa hasta la última tuerca y el último tornillo, como están diciendo aquí. Esas son las medidas resultantes de hacer una guerra. Naturalmente, asumo la responsabilidad completa por ello») y usar mano de obra esclava de los campos de prisioneros de guerra y de concentración («en ese momento todo el mundo en Alemania tenía que trabajar»). En cuanto a la acusación de que había estado implicado en la ejecución de los prisioneros de la RAF en el Stalag Luft III, protestó con brío, porque en el peor momento de sus relaciones con el Führer se había arriesgado a generar más hostilidad al oponerse en su presencia a cualquier forma de represalias contra los aviadores que eran prisioneros de guerra.

Las preguntas de Stahmer se centraron luego en la administración nazi y las responsabilidades del alto mando y sobre los diferentes ministerios con los que Goering estaba conectado. Entonces se repasó la historia del *Anschluss*. En el transcurso de esta larga serie de declaraciones de la mañana del sábado 16 de marzo, Goering hizo un revelador comentario aparte sobre el conservadurismo de Hitler, en una frase que tendría una curiosa relevancia para él mismo en sus futuras relaciones con el Führer:

Supongo que... pese a toda la tensión, el factor decisivo para el Führer era que le resultaba extremadamente difícil acostumbrarse a caras nuevas, y que no le gustaba hacer cambios en su entorno. Prefería continuar trabajando con hombres... que no le gustaban, antes que cambiarlos. [IX, p. 166]

Posteriormente dijo sobre Hitler y él durante el periodo inmediatamente anterior al principio de la guerra que «no había nadie que trabajara de manera tan cercana con el Führer, que estuviera tan familiarizado con sus pensamientos y tuviera la misma influencia que yo». [IX, p. 175]

Durante el receso del fin de semana siguiente, Goering descansó. Gilbert anotó que rezongaba ante las peticiones de trato humanitario que pedían para él. El Imperio Británico, dijo, no se había construido mediante tratamiento humanitario, y los Estados Unidos «se habían adueñado de un rico *lebensraum* mediante revoluciones, masacres y guerras». Le parecía injusto que le hubieran escogido como chivo expiatorio de la historia entre los maestros de la conquista.

Durante la mañana del lunes 18 de marzo, las preguntas volvieron a la relación de Goering con las SA y la Gestapo; su respuesta a la pregunta de si hubo maltrato de

prisioneros mientras estuvo al frente de la Gestapo es típica de su actitud hacia uno de los cargos más perjudiciales a los que tenía que enfrentarse. Dijo:

En la época en la que todavía tenía relación directa con la Gestapo tales excesos tenían lugar, como ya he declarado abiertamente. Para poder castigarlos, uno naturalmente primero debe enterarse. Se administraron castigos. Los oficiales sabían que si cometían esos actos corrían el riesgo de ser castigados. Un gran número de ellos fueron castigados. No puedo decir cuál fue la práctica habitual posteriormente. [IX, p. 184]

Cuando llegó el momento de que Jackson tuviera su turno de repregunta, había una atmósfera de curiosidad y expectación en el tribunal. Empezó con una pregunta curiosa: «¿Es usted consciente de que es usted el único hombre vivo que puede explicarnos los verdaderos propósitos del Partido Nacionalsocialista y el funcionamiento de su cúpula?». Eso sólo sirvió para complacer a Goering, que respondió «soy perfectamente consciente de ello». Tanto la pregunta como la respuesta parecieron establecer la relación entre esos dos hombres que debatirían durante casi dos días. El interrogatorio tuvo que ser interrumpido, sin embargo, mientras se tomaba declaración a Dahlerus, ya que quería volver a Estocolmo y no podía esperar indefinidamente a que terminaran las peroratas de Goering.

Las preguntas de Jackson con demasiada frecuencia eran del tipo que animaban a Goering a generalizar sobre sus acciones y las emociones patrióticas que las inspiraban. Comparada con el vasto conocimiento y experiencia de Goebbels en la política y administración alemanas, Jackson tenía poca idea sobre la historia de los nazis y estaba mal preparado para rebatir con hechos las habilidosas evasiones de Goering y sus calculadas afrentas. Incluso hubo ocasiones en las que Goering tuvo que corregirle sobre hechos probados. La confianza de Goering aumentó mientras la impresión de su triunfo se extendía por la sala. Todo el mundo esperaba ver humillado su orgullo y petulancia bajo la andanada de preguntas dirigidas contra él. Se sabía que entre los archivos capturados por los americanos había una gran cantidad de pruebas documentales contra los jefes nazis. Pero estaba claro que Jackson no se había preparado lo suficientemente bien como para atravesar la guardia de Goering y hacer que el ataque golpeará su objetivo.

JACKSON: Ha definido el principio de liderazgo, que ha descrito como un sistema bajo el cual la autoridad sólo existe en lo más alto y va descendiendo y se impone al pueblo en lo más bajo, ¿correcto?

GOERING: Para evitar malentendidos, me gustaría explicar brevemente la idea una vez más, según la entiendo. En el pasado, en el procedimiento parlamentario alemán la responsabilidad recaía sobre los altos cargos, que eran responsables de llevar a cabo los deseos anónimos de la mayoría, y eran

ellos los que ejercían la autoridad. En el principio de liderazgo intentábamos revertir la dirección; es decir, que la autoridad existía en lo más alto y va descendiendo, mientras que la responsabilidad empieza en lo más bajo y va ascendiendo.

JACKSON: En otras palabras, ¿no creían ni permitían el gobierno tal y como lo definimos nosotros, en el que el pueblo, a través de sus representantes, era el origen de todo poder y autoridad?

GOERING: Eso no es del todo correcto. Pedimos al pueblo repetidamente que expresara de manera inequívoca y clara lo que pensaba de nuestro sistema, sólo que de una manera diferente a la forma previamente adoptada y del sistema practicado en otros países. También adoptamos el punto de vista de que, por supuesto, incluso un gobierno fundado sobre el principio de liderazgo sólo podía mantenerse si estaba basado hasta cierto punto en la confianza del pueblo. Si dejábamos de tener esa confianza, tendríamos que gobernar con bayonetas, y el Führer siempre fue de la opinión de que eso era imposible a largo plazo, el gobernar contra los deseos del pueblo... Considero necesario el principio de liderazgo porque el sistema que existía previamente, y que llamamos parlamentario o democrático, había llevado a Alemania al borde de la ruina. En relación con esto quizás pueda recordarle lo que su presidente Roosevelt, no quiero citar palabra por palabra, dijo cuando declaró que «determinados pueblos de Europa han renunciado a la democracia, no porque no desearan la democracia, sino porque la democracia había producido dirigentes que eran demasiado débiles para dar a su pueblo pan y trabajo que lo satisficiera. Por esa razón, esos pueblos han abandonado ese sistema y a los hombres que pertenecen a él». Había mucho de cierto en esa afirmación. Ese sistema había traído la ruina por el desgobierno, y según mi opinión sólo un principio de liderazgo fuerte y claramente definido podía restaurar de nuevo el orden. Pero eso sí, no en contra de la voluntad del pueblo, sino sólo cuando el pueblo hubiera expresado su deseo de confiar su destino al liderazgo nacionalsocialista tras una serie de elecciones que cada vez respaldaban más al partido.

JACKSON: Según he entendido, ¿los principios del gobierno autoritario que crearon requerían que no se tolerara ningún tipo de oposición por parte de partidos políticos que pudiera frustrar la política del partido nazi?

GOERING: Lo ha entendido perfectamente. Para ese entonces ya habíamos vivido demasiado tiempo con oposición y ya habíamos tenido suficiente. La oposición nos había llevado a la ruina más completa. Era el momento de acabar con ella y empezar a construir [IX, pp. 185-86]

Una y otra vez, Goering usó las preguntas como pie para lanzarse a dar conferencias

al tribunal sobre los principios nazis y presentarlos bajo una forma razonable. Admitió que creó los campos de concentración para eliminar a la oposición.

JACKSON: ¿Era también necesario para el funcionamiento de ese sistema el privar a las personas del derecho a juicios públicos en tribunales independientes? Y usted también dictó orden inmediatamente para que su policía política no estuviera sujeta a órdenes judiciales, ¿no es así?

GOERING: Hay que distinguir entre dos categorías. Aquellos que habían cometido algún acto de traición contra el nuevo Estado fueron puestos, naturalmente, en manos de los tribunales. Los otros, sin embargo, aquellos de los que cabía esperar tales actos pero que aún no los habían cometido, fueron puestos bajo prisión preventiva, y éstas eran las personas que fueron llevadas a los campos de concentración. Estoy hablando de lo que ocurrió al principio. Luego las cosas cambiaron muchísimo... [IX, p. 187]

JACKSON: Pero cuando el Estado necesitaba matar a alguien, tenía a alguien para hacerlo, ¿no?

GOERING: Sí, al igual que ocurre en otros Estados; ya se llame servicio secreto o alguna otra cosa, no lo sé...

JACKSON: ¿Y no había ningún secretismo sobre la fundación de la Gestapo como fuerza política, acerca del hecho de que la gente era detenida y puesta en prisión preventiva, sobre el hecho de que había campos de concentración? ¿No se hacía ningún secreto de ninguna de esas cosas?

GOERING: Al principio no había nada de secreto en todo ello. [IX, p. 198]

Ambos hombres empezaban a dar muestras de irritación; Jackson tenía la impresión de que Goering evitaba deliberadamente dar una respuesta directa, y Goering de que no se le estaba dando el enfrentamiento público que merecía.

JACKSON: Sólo puedo repetir mi pregunta, que no ha respondido usted: ¿Vio usted en aquel momento alguna necesidad militar de un ataque alemán contra Rusia?

GOERING: Personalmente, creía en ese momento que ese peligro no había alcanzado su clímax, y que por tanto el ataque pudiera no ser necesario todavía. Pero ésa era mi opinión personal.

JACKSON: ¿Y era usted el Número Dos de toda Alemania en ese momento?

GOERING: Eso no tenía nada que ver con que fuera el segundo hombre más importante. Había dos puntos de vista opuestos en lo que se refería a la estrategia. El Führer, el Número Uno, veía un peligro, y yo, como el Número Dos, si quiere decirlo así, quería implantar otra medida estratégica. Si hubiera impuesto mi voluntad en toda ocasión, entonces probablemente me habría

convertido en el Número Uno. Pero ya que el Número Uno opinaba de manera diferente, y yo sólo era el Número Dos, fue su opinión la que prevaleció. [IX, p. 191]

La línea principal de defensa de Goering fue ensanchar sus hombros y aceptar toda la responsabilidad por su lealtad al Führer, a quien había hecho juramento de lealtad, y por su participación en crear un sistema de gobierno autoritario en el que creía de todo corazón y que sabía que era necesario para restaurar la salud y la fuerza de Alemania como primera nación de Europa. Lo que le enfurecía era cualquier intento de implicarle directamente en actos de atrocidades. Los campos de concentración eran asunto de Himmler, y no sabía nada de las atrocidades que se cometían allí en secreto; estaba de permiso durante el periodo en el que los prisioneros de la RAF fueron asesinados por escapar del Stalag Luft III; estaba interesado en acabar con el control que tenían los judíos sobre la economía alemana, no con sus vidas. Cuando ocurrían incidentes lamentables, como siempre ocurre en tiempos de cambios violentos o de guerra, siempre castigaba a los malhechores; siempre y cuando el asunto estuviera dentro de su jurisdicción y tuviera conocimiento de él. Así prosiguieron los argumentos de manera interminable, hora tras hora, en el quinto mes de la sesión del tribunal. Parecía que Jackson tenía que esforzarse, y que a menudo seguía a Goering con sus preguntas en vez de conducirlo a dónde quería llevarle. Por ejemplo, la pregunta de por qué Goering no había intentado advertir al pueblo alemán de los peligros involucrados en ir a la guerra contra la Unión Soviética:

JACKSON: Y sin embargo, debido al «sistema de Führer», según le he entendido, no podía avisar al pueblo alemán, no podía ejercer ningún tipo de presión para prevenir ese paso, y ni siquiera podía dimitir para proteger su lugar en la historia.

GOERING: Esas son unas cuantas preguntas. Me gustaría responder a la primera.

JACKSON: Sepárelas si así lo desea.

GOERING: La primera pregunta era, según creo, si aproveché la oportunidad para advertir al pueblo alemán sobre ese peligro. No tuve ocasión de hacerlo. Estábamos en guerra, y tales diferencias de opinión, en lo que concierne a la estrategia, no se pueden debatir en público durante una guerra. Creo que algo así no ha ocurrido jamás en la historia del mundo. Segundo, en lo que se refiere a mi dimisión, ni siquiera quiero debatirlo, ya que durante la guerra yo era un oficial, un soldado y no entraba dentro de mis deberes si compartía una opinión o no. Simplemente tenía que servir a mi país como soldado. Tercero, yo no soy una persona que abandona al hombre al que ha hecho juramento de lealtad cada vez que no se ajustaba a mi forma de pensar. Si ése hubiera sido el caso no hubiera habido necesidad de vincularme a él desde el principio. No se me ocurrió dejar al Führer.

JACKSON: Hasta donde sabe, ¿el pueblo alemán fue conducido a la guerra, atacando a la Rusia Soviética, bajo la creencia de que usted estaba a favor de ese ataque?

GOERING: El pueblo alemán no supo nada sobre la declaración de guerra a Rusia hasta después de que comenzara la guerra con Rusia. El pueblo alemán, por tanto, no tiene nada que ver con esto. No se preguntó al pueblo alemán; se le dijo que era un hecho y que era necesario. [IX, p. 192]

Goering a veces hablaba como si fuera un maestro explicando puntos de vista obvios a estudiantes que consideraba lerdos y poco perceptivos:

Por supuesto, una guerra sólo puede considerarse finalizada con éxito si yo conquisto al enemigo o si mediante negociaciones llego a una conclusión que garantiza el éxito. Eso es lo que llamo una finalización con éxito. Lo llamo un empate cuando hago las paces con el enemigo. Eso no me proporciona el éxito que me hubiera dado una victoria pero, por otro lado, evita la derrota. Es una conclusión sin vencedores ni vencidos. [IX, p. 193]

Jackson, y ocasionalmente el propio presidente del tribunal, intentaron que Goering respondiera simplemente sí o no, no que se extendiera en sus explicaciones. Eso chocaba frontalmente contra la naturaleza de Goering, y conducía a frecuentes diálogos llenos de interrupciones.

JACKSON: Hacia enero de 1945, usted también sabía que le resultaría imposible defender las ciudades alemanas contra los ataques aéreos de los Aliados, ¿no es así?

GOERING: Referente a la defensa de las ciudades alemanas contra los ataques aéreos de los Aliados, me gustaría describir la posibilidad de hacerlo de la siguiente manera...

JACKSON: ¿Puede responder a mi pregunta? Puede que no tenga el mismo concepto del tiempo que el resto de nosotros. ¿No puede responder sí o no? ¿Sabía para esas fechas que la guerra estaba perdida, que no se podía defender a las ciudades alemanas de los ataques aéreos enemigos? ¿Puede decirnos sí o no?

GOERING: Puedo decir que sabía, en aquel entonces, que no era posible [IX, p. 193]

JACKSON: Le haré unas cuantas preguntas sobre Austria. Dijo que usted y Hitler lamentaron muchísimo la muerte de Dollfuss, y le pregunto si es cierto o no que Hitler puso una placa en Viena en honor de los hombres que asesinaron a Dollfuss, y que puso una corona de flores sobre sus tumbas

cuando estuvo allí. ¿Es cierto? ¿Puede responder a eso con un «sí» o un «no»?

GOERING: No, no puedo responder con un «sí» o un «no» si digo la verdad ateniéndome a mi juramento. No puedo decir, «Sí, lo hizo», porque no lo sé; no puedo decir «No, no lo hizo» porque tampoco lo sé. Quisiera decir que ésta es la primera vez que oigo hablar de ese acontecimiento [IX. p. 208]

Sobre la cuestión de su lealtad a Hitler, Goering siguió mostrándose firme.

JACKSON: ¿Y no había forma de impedir la guerra mientras Hitler siguiera siendo jefe del gobierno alemán?

GOERING: Mientras siguiera siendo Führer del pueblo alemán, sólo él decidía si la guerra seguía adelante. Mientras el enemigo siga amenazándome y exija la rendición incondicional absoluta, lucharé hasta mi último aliento, porque ya no me queda nada excepto quizás una oportunidad de cambiar el destino, aunque parezca desesperada.

JACKSON: Bueno, los alemanes que creían que ya era hora de terminar con la matanza no tenían ningún medio para detenerla excepto la revolución o el asesinato de Hitler, ¿no es cierto?

GOERING: Una revolución siempre cambia una situación si tiene éxito. Ésa es una conclusión predeterminada. El asesinato de Hitler en ese momento, digamos enero de 1945, hubiera conllevado que le sucediera yo. Si el enemigo me hubiera dado la misma respuesta, es decir, rendición incondicional, y hubiera mantenido las terribles condiciones que se habían insinuado, hubiera continuado luchando sin importar las circunstancias [IX, p. 194]

Negó que hubiera hecho ningún intento de derrocar a Hitler durante los últimos días de la guerra.

GOERING: Sólo puedo responder por mí; lo que Himmler hiciera yo no lo sabía. Ni traicioné al Führer ni negocié en aquel entonces con un solo soldado enemigo. Esa voluntad, o este acto final, del Führer se basa en un error extremadamente lamentable, y uno que me produce un profundo pesar: que el Führer pudiera creer en sus últimas horas que podía serle desleal. Todo se debió a un error en la transmisión por radio de un informe y puede que a la mala interpretación que Bormann hiciera de ese informe ante el Führer. Nunca pensé, ni siquiera por un minuto, en hacerme con el poder de manera ilegal, o de actuar contra el Führer de ninguna manera. [IX, p. 194]

El ánimo de Goering pronto mejoró hasta el punto en que tuvo la impresión de que podía permitirse bromear con el tribunal. La oportunidad llegó cuando se le preguntó si era responsable o no del incendio del Reichstag.

GOERING: La acusación de que incendié el Reichstag procede de determinada prensa extranjera. Eso no me preocupaba, porque no era consistente con los hechos. No tenía razón ni motivo para incendiar el Reichstag. Desde el punto de vista artístico, no lamenté en absoluto que la cámara de sesiones ardiera: esperaba construir una mejor. Pero lamenté mucho verme obligado a encontrar un nuevo lugar de reuniones para el Reichstag, y al no poder encontrar ninguno, tuve que ceder mi Ópera Kroll, es decir, la segunda Ópera estatal, para ese propósito. La ópera me parecía mucho más importante que el Reichstag.

JACKSON: ¿Se ha jactado alguna vez de incendiar el edificio del Reichstag, aunque fuera en broma?

GOERING: No. Hice un chiste, si es a eso a lo que se refiere, cuando dije que después de aquello me compararían con Nerón y que probablemente pronto dirían que yo, vestido de toga y con una lira en la mano, contemplé el incendio mientras ardía el Reichstag. Ése era el chiste. Pero la verdad es que casi perecí entre las llamas, cosa que hubiera sido muy desafortunada para el pueblo alemán, pero muy afortunada para sus enemigos. [IX, p. 196]

En otras ocasiones respondía a las preguntas con aspereza, por ejemplo cuando se le presionó sobre la anexión de Austria y los Sudetes.

JACKSON: Sigue sin haber respondido a mi pregunta aunque ha respondido a todo lo demás. No les fueron arrebatados por el Tratado de Versalles, ¿verdad?

GOERING: Por supuesto que Austria nos fue arrebatada por el Tratado de Versalles y lo mismo pasó con los Sudetes, ya que si no fuera por el Tratado de Versalles y el Tratado de Saint Germain, se hubieran convertido en territorios alemanes a través del derecho a la autodeterminación de los pueblos. Así que sí tenían que ver con el Tratado. [IX, p. 202]

En las notas privadas que tomó durante el juicio, *sir* Norman Birkett (más adelante lord Birkett), el suplente de Lawrence como presidente del tribunal, hizo este comentario de lo más significativo sobre Goering, fechado el 18 de marzo:

Goering se revela como un hombre capaz que percibe la intención de cada pregunta que se le hace tan pronto como es articulada. También tiene unos conocimientos considerables, y tiene ventaja sobre la acusación en ese

aspecto, ya que siempre está en terreno familiar. Tiene conocimientos que muchos otros, pertenecientes a la acusación y al tribunal, no tienen. Por tanto ha defendido su posición y la acusación no ha conseguido avanzar en su caso contra él. Desde luego no ha habido ninguna espectacular destrucción de Goering como se esperaba y se había profetizado.

Al día siguiente añadió, «Goering ahora se ha adueñado del proceso y lo domina... y a menos que lo vuelvan a meter en vereda, el juicio se descontrolará cada vez más», Goering, según creía, de hecho había convertido el juicio en una «tribuna de orador... para explicar y defender sus ideas y creencias para las futuras generaciones de alemanes» y «era capaz de presentar al menos una defensa plausible de cada aspecto del caso».

Mientras Birkett consideraba las cosas desde el banquillo de los jueces, el interrogatorio de Goering llegó a un momento crítico y, si no tenía éxito, podía poner en peligro la validez del propio juicio al completo. Estaba en juego el prestigio del tribunal como acusación solemne contra los nazis y precedente a sentar en la justicia internacional. Tras los agotadores meses empleados en exponer los argumentos de la acusación, con sus inevitables solapamientos, repeticiones y expresiones de sentimientos nacionales, el hecho de que Goering subiese de nuevo al estrado había vuelto a llenar la sala del juicio y a concentrar la atención del mundo en este testigo destacado del oscuro y derrotado mundo de los nazis. Su abogado le había dado todas las oportunidades para poner sus acciones y las de Hitler bajo una luz favorable. Ahora llegaba la oportunidad de demoler la estructura falaz de sus argumentos mientras el mundo observaba la reafirmación de los valores humanitarios y civilizados.

Goering presentó al tribunal un grave problema. Sus extensas respuestas eran en su mayor parte lo suficientemente relevantes para que el presidente tuviera difícil intervenir para que parara, excepto de vez en cuando de forma general. Como Birkett anotó en su momento, «Ahí fue donde se demostró plenamente la inteligencia de Goering». Se adueñó del escenario durante dos días con «declaraciones sagazmente construidas que no eran en absoluto respuestas estrictas a las preguntas».

El resultado fue que demostró ser un adversario más que a la altura de Jackson, que gradualmente empezó a demostrar falta de confianza en sí mismo. Las estocadas y paradas del interrogatorio, la serie de preguntas que conducían al testigo a una trampa cuidadosamente preparada donde al final se encontraría en una posición imposible e indefendible, fueron cosas que no llegaron a ocurrir. Goering conocía sus documentos, se sabía sus respuestas, siempre tenía preparada una explicación y excusas plausibles, que se volvían más plausibles según aumentaba su seguridad a costa de la acusación.

Birkett empezó a preocuparse mucho por esta amenaza a la dignidad del juicio que para los Aliados significaba tanto como una demostración de justicia para los

vencidos y no de venganza contra ellos. Escribió en sus notas:

El primer factor para crear esta situación es la extraordinaria personalidad de Goering. A lo largo del juicio ha estado presente en todas las sesiones, una figura siniestra, temible e inexplicable en algunos aspectos; pero Goering es el hombre que en realidad ha dominado todo el proceso, y eso, cosa extraordinaria, sin emitir una sola palabra en público hasta el momento en que ha subido al estrado como testigo. Eso en sí es un logro notable y arroja luz sobre muchas zonas oscuras de la historia de los últimos años. Ha seguido los testimonios con gran atención cuando así lo requerían éstos, y ha dormido como un niño cuando no era necesario; y ha resultado obvio que había una personalidad, aunque posiblemente malvada, de características excepcionales sentada en el banquillo de los acusados.

Nadie parece estar preparado para su increíble habilidad y conocimientos, ni para su dominio exhaustivo y comprensión de la documentación capturada. Obviamente, la ha estudiado con muchísimo cuidado, y ha entendido de qué forma mortífera puede ser usada en su contra...

Desenvuelto, hábil, capaz y competente, pronto ha visto los elementos que componen la situación y ha crecido su confianza, su dominio se ha vuelto más evidente. Su autocontrol también es considerable, y a todas las demás cualidades que ha manifestado durante su testimonio se añaden los tonos resonantes de su voz, y el elocuente pero contenido uso de la gesticulación.

Para cuando se interrumpió el interrogatorio para permitir que Dahlerus pudiera ser llamado como testigo, Goering parecía haber emergido en cualquier caso como vencedor parcial. Se le había interrogado sobre muchos asuntos: el principio de liderazgo y sus relaciones con Hitler, los campos de concentración, las SS, el ataque contra Rusia, el incendio del Reichstag, la purga contra Roehm, la expansión territorial alemana, sus relaciones con Schacht, el rearme alemán y su actitud personal hacia la guerra. Su punto débil habían sido sus evasivas recurrentes, su desinhibida aceptación de su responsabilidad por lo que consideraba los aspectos más positivos de la política nazi y sus prácticas de gobierno. Su primera gran derrota en el juicio llegó a partir de determinadas admisiones del propio Dahlerus, que había venido de Estocolmo para hacer de testigo en su defensa.

Dahlerus primero respondió a las preguntas de Stahmer, y repasó desde el principio las complicadas rondas de negociación que había emprendido en la creencia de que podían servir para evitar la guerra entre Alemania e Inglaterra. La intención, obviamente, era mostrar el esfuerzo que había hecho Goering para fomentar esas negociaciones, las cuales, según afirmó la defensa, revelaban su oposición personal a la guerra. Fue Maxwell-Fyfe, sin embargo, quien durante el interrogatorio empezó a cuestionar los motivos de Goering en sus relaciones con Dahlerus. ¿Era la intención

alemana evitar la guerra como medio de solucionar el problema polaco, que el propio Hitler había causado, para mantener a Inglaterra al margen de una agresión armada que ya estaba decidida? ¿Era Goering, en otras palabras, el instrumento consciente de Hitler para apaciguar los temores de Inglaterra e impedir que interviniera con la fuerza de las armas en apoyo de Polonia? Maxwell-Fyfe presionó a Dahlerus hasta que éste hizo varias admisiones perjudiciales.

MAXWELL-FYFE: ¿Recuerda el día en que mantuvo la conversación con él y más tarde le llamó a las once y media antes de su partida?

DAHLERUS: Sí.

MAXWELL-FYFE: Quiero que le diga al tribunal una o dos cosas que no le contó a usted aquel día. ¿Le contó que dos días antes, el 22 de agosto, en Obersalzberg, Hitler le había dicho a él y otros dirigentes alemanes que él, Hitler, había decidido que en primavera habría un conflicto con Polonia? No se lo contó, ¿verdad?

DAHLERUS: No tuve ningún indicio ni revelación sobre esa política declarada en los días 11 de mayo, 23 de mayo o 22 de agosto.

MAXWELL-FYFE: ...Nunca le contó que Hitler le había dicho ese día [23 de mayo] que «Danzig no es el objeto de la disputa en absoluto, se trata de expandir nuestro espacio vital hacia el este». Y creo que tampoco le contó que Hitler había dicho ese día que «nuestra tarea consiste en aislar a Polonia, el éxito del aislamiento será decisivo». ¿Nunca habló con usted sobre aislar a Polonia?

DAHLERUS: Nunca indicó nada de ese estilo en absoluto...

MAXWELL-FYFE: Goering nunca le contó cuando usted fue enviado a Londres [que] todo lo que se buscaba era eliminar la intervención británica.

DAHLERUS: No, nunca. [IX, pp. 223-224]

Maxwell-Fyfe citó párrafos del libro de Dahlerus, *El Último Intento* perjudiciales para Hitler, Goering y Ribbentrop, y maniobró gradualmente hasta que al final Dahlerus pasó a ser testigo de la acusación a efectos prácticos:

MAXWELL-FYFE: ¿Entonces, de las tres personas más importantes de Alemania, el canciller era anormal, el mariscal del Reich, o mariscal de campo, como era entonces, no estaba en su juicio por el efecto de las drogas y, según el acusado Goering, el ministro de Exteriores era un asesino en potencia que quería sabotear su avión?

[El testigo asiente con la cabeza]. [IX, p. 226]

Finalmente Dahlerus admitió que «en aquel entonces, creía que podía contribuir en

algo a prevenir una nueva guerra, podía demostrar definitivamente que los ingleses, el gobierno de Su Majestad, habían hecho todo lo posible por evitar la guerra. Pero de haber sabido entonces lo que sé hoy, me hubiera dado cuenta de que mis esfuerzos no podían tener éxito». [IX, p. 230]

Goering, otra vez bajo el interrogatorio de Stahmer en relación con el testimonio de Dahlerus, hizo todo lo que pudo para recuperar la situación. Pero el daño ya estaba hecho, y Goering parecía haberse quedado sin argumentos:

GOERING: Durante todas esas negociaciones no se trataba, en lo que a mí respecta, de aislar a Polonia y mantener a Inglaterra al margen del asunto, sino que más bien se trataba, ya que había aparecido el problema de Danzig y el Pasillo, de resolverlo pacíficamente, siguiendo hasta donde fuera posible las líneas de la solución de Múnich. Ése era mi objetivo desde el primer momento. Si sólo se hubiera tratado de eliminar a Inglaterra del asunto, entonces, en primer lugar, la diplomacia inglesa se habría dado cuenta inmediatamente, desde luego tenía formación suficiente para eso. Sin embargo, entró en las negociaciones. Y en segundo lugar, probablemente yo hubiera usado tácticas completamente diferentes. [IX, p. 234]

Descartó las descripciones de su persona, la de Hitler y la de Ribbentrop que aparecían en la sección final de *El Último Intento* como impresiones puramente subjetivas, y la ambigüedad de su propia posición como la propia de un soldado que también actuaba de diplomático.

Estaba firmemente determinado a resolver de forma pacífica este problema que había surgido. No deseaba una guerra; por consiguiente hice todo lo posible para evitarla. Eso no tiene nada que ver con los preparativos que, cumpliendo con mi deber de militar de alto rango, llevé a cabo. [IX, p. 236]

Tras ese interludio, Jackson reanudó su interrogatorio a finales de la tarde con algunas preguntas relacionadas con el Consejo de Defensa del Reich y la ocupación de Renania. Una vez más volvió a quejarse de los intentos de Goering de evitar responder directamente a las preguntas dando extensas explicaciones que enturbiaban el asunto al añadir nuevas cuestiones. A eso siguió el incidente que se convirtió en noticia mundial de la noche a la mañana. Goering hizo perder los estribos a Jackson en público.

JACKSON: Bueno, entonces esos preparativos eran para la ocupación armada de Renania, ¿no es así?

GOERING: No, eso es completamente falso. Si Alemania se hubiera visto involucrada en una guerra, sin importar de qué bando, supongamos que del

este, entonces se hubieran implantado medidas de movilización en todo el Reich por razones de seguridad en este caso, incluso en la Renania desmilitarizada; pero no con el propósito de ocupar, de liberar Renania.

JACKSON: ¿Quiere decir que los preparativos no eran preparativos militares?

GOERING: Eran preparativos generales para movilización, como los que hacen todos los países, y no con el propósito de ocupar Renania.

JACKSON: ¿Pero eran de tal naturaleza que había que ocultarlos completamente a todas las potencias extranjeras?

GOERING: No creo recordar haber leído de antemano la publicación de los preparativos de movilización de los Estados Unidos.

JACKSON: Bueno, respetuosamente sostengo ante este tribunal que este testigo no está respondiendo, y que no lo ha hecho durante su interrogatorio, y que es [*El testigo interrumpe con unas pocas palabras*] es perfectamente inútil seguir perdiendo el tiempo aquí si no tenemos respuestas directas a nuestras preguntas [*El testigo vuelve a hacer una ligera interrupción*]. Podemos tachar esas cosas. No quiero perder el tiempo haciéndolo, pero este testigo, me parece, adopta, ha adoptado, en el estrado del testigo y en el banquillo, una actitud arrogante y desdeñosa hacia el tribunal que le concede el juicio que él jamás concedió a ningún alma viva o muerta. [IX, pp. 242-243]

Jackson tiró sus auriculares al suelo poseído por la furia y hubo un momento de extrema tensión y embarazo. Esta pérdida de control destruyó durante un momento la dignidad de la fiscalía, y el presidente se sintió obligado a anunciar un aplazamiento. Goering estaba muy complacido consigo mismo y le dijo a los demás acusados: «Si todos lo hacéis la mitad de bien que yo, saldréis bien parados». Al día siguiente Jackson continuó explayándose en sus quejas por la referencia de Goering a los Estados Unidos, hasta que finalmente el presidente sugirió que aunque, por supuesto, el comentario había estado mal por parte de Goering, «era algo que bien podría ignorar usted».

La etapa principal del interrogatorio que siguió a esa distracción momentánea se refería a las acciones de Goering contra los judíos. Aquí la evasión se volvió más difícil, estaba demasiado implicado directamente en los documentos presentados como pruebas en su contra. Fue entonces cuando se leyeron en voz alta las actas de la reunión del consejo de ministros sobre el problema judío que tuvo lugar después del pogromo de 1938, con todos los crueles comentarios de Goering. Goering intentó explicar su grosería aduciendo que se trataba de una cuestión de malhumor por estar irritado con Goebbels. Pero Jackson continuó leyendo las actas de esa reunión, dejando claros todos los momentos en que Goering conspiraba para usar la maquinaria del Estado para robar sus propiedades a los judíos, incluyendo incluso los seguros de los bienes saqueados en los comercios judíos. Leyó la declaración de

Goering en la reunión por la que mostraba su exasperación por las enormes pérdidas que implicaba el pogromo con su comentario a Heydrich de que desearía que hubieran muerto doscientos judíos antes que perder tantos bienes valiosos.

JACKSON: ¿Lo he leído correctamente?

GOERING: Sí, eso se dijo en un momento de mal genio y nerviosismo.

JACKSON: Sinceridad espontánea, ¿no?

GOERING: Como he dicho, no lo decía en serio. Era la expresión de una excitación espontánea causada por los acontecimientos, y por la destrucción de bienes de valor y las dificultades que surgieron. Por supuesto, si va a sacar a relucir todas las palabras que he dicho en el transcurso de veinticinco años en esos círculos, yo mismo puedo indicarle comentarios más fuertes. [IX, p. 262]

Goering ahora tenía que enfrentarse a otras pruebas perjudiciales para él referidas a su persecución contra los judíos, en particular sus decretos diseñados para eliminar el comercio judío en Austria y la incautación de tesoros artísticos propiedad de judíos. Tuvo que responder por el uso de prisioneros de guerra y civiles rusos en las áreas ocupadas, y se enfureció cuando se le pidió que respondiera de una orden en su nombre que parecía insinuar que las fuerzas de comandos alemanas para perseguir guerrilleros debían ser reclutadas entre aquellos que tuvieran «pasión por la caza, que hayan cazado furtivamente por amor al deporte» y que pudieran «asesinar, incendiar y violar». Goering protestó rotundamente por la sugerencia de incitación a la violación.

GOERING: No, no es correcto. Lo digo porque es un concepto muy significativo que siempre ha sido antagónico a mi sentido de la justicia, ya que poco después de mi llegada al poder instigué un endurecimiento de las leyes penales alemanas sobre este asunto. Quiero demostrar, a la vista de esa palabra y concepto, que no pude haber dicho esa parte y niego haberla dicho. Asumiré plena y alegremente la responsabilidad incluso de las cosas más graves que haya hecho, pero niego que esas palabras, considerando mis opiniones, hayan podido ser dichas por mí en ningún momento. [IX, p. 279]

Más tarde dijo que jamás ordenó el incendio de aldeas o el fusilamiento de rehenes, y que hacia el final de la guerra se opuso violentamente a la sugerencia de que se abandonara la Convención de Ginebra de forma que se pudiera disparar a los prisioneros de guerra o aviadores que descendieran en paracaídas.

Cuando llegó el turno de Maxwell-Fyfe, éste usó métodos de interrogatorio muy diferentes a los de Jackson; su objetivo era demostrar que el acusado mentía u ocultaba evidencias que le incriminaban. Intentó conducir a Goering a una trampa

sobre su conocimiento de las ejecuciones de prisioneros de la RAF que habían escapado del Stalag Luft III el 24 de marzo de 1944. Las ejecuciones prosiguieron del 25 de marzo al 13 de abril; Goering afirmó que estaba de permiso cuando comenzaron las ejecuciones, que no se le informó de ellos en su momento y que protestó con vehemencia cuando al fin se enteró de lo ocurrido.

GOERING: Según creo, si los prisioneros de guerra fugados cometían algún delito o crimen, entonces por supuesto que eran entregados a la policía. Pero quiero testificar ante el tribunal que jamás di orden de que fueran entregados a la policía o enviados a campos de concentración simplemente porque hubieran intentado fugarse o escapar, ni tampoco sabía que se hubieran tomado esas medidas [IX, p. 288]

Maxwell-Fyfe lo asedió con documentos que parecían demostrar que era imposible que Goering, como comandante general de la Luftwaffe, no hubiera sabido del asunto a tiempo para impedirlo.

MAXWELL-FYFE: Entenderá que lo que le estoy insinuando es que se trataba de un asunto que no sólo era conocido en el Okw, la Gestapo y la Kripo, sino que también lo conocía su propio director de operaciones, el general Forster, quien le dijo al general Grosch que había informado al mariscal de campo Milch. Lo que le insinúo es que es completamente imposible y falso que en esas circunstancias usted no supiera nada de ello... Lo que insinúo es que tanto usted como el mariscal de campo Milch dicen que no sabían nada acerca de ello cuando en realidad sí era así, y están librándose de la responsabilidad dejando que recaiga sobre sus oficiales subalternos. Eso es lo que le estoy insinuando y espero que se de cuenta de ello.

GOERING: No, no quiero dejar que la responsabilidad caiga sobre mis subordinados, y quiero dejarlo claro, es lo único que me importa, que el mariscal de campo Milch no dijo que me hubiera informado de ese asunto. Y en segundo lugar, no ha quedado establecida la fecha en la que Forster se le dijo a Milch. Es bastante posible que, en la fecha en la que realmente ocurrió, el jefe de Estado Mayor de la Luftwaffe ya se hubiera reunido conmigo por ese asunto. El factor importante es, y quiero mantenerlo, que yo no estaba presente cuando el Führer dio la orden. Cuando me enteré, me opuse vehementemente. Pero para cuando me enteré, ya era demasiado tarde [IX, pp. 295-296]

Se enfadó de verdad porque se pudiera pensar que estaba involucrado en un acto tan deshonesto. «Para mí supuso», repitió, «el incidente más grave de toda la guerra». Prosiguió:

GOERING: Le dije a Himmler claramente que era su deber telefonarme antes de cumplir esa orden, para darme la posibilidad, incluso en ese momento, de usar mi muy menguada influencia para impedir que el Führer llevara a cabo ese decreto. No quiero decir con esto que hubiera tenido un éxito completo, pero era algo que, como jefe de la Luftwaffe, debía dejar claro a Himmler que era su deber llamarme antes de hacer nada, porque yo era el más afectado por ese asunto. Le dije al Führer en términos bien claros cómo me sentía, y por su respuesta vi que, aun que lo hubiera sabido antes, no podría haber evitado ese decreto.

MAXWELL-FYFE: Bueno, ésa es su opinión, que no podría haber logrado nada con el Führer, pero lo que insinuó es que si todos esos oficiales lo sabían, usted también lo sabía, y que no hizo nada para impedir que esos hombres fueran ejecutados, sino que cooperó en esta serie de espantosos asesinatos.

Maxwell-Fyfe reabrió la cuestión de los verdaderos motivos de Goering en su relación con Dahlerus, y su actitud sobre la violación de la neutralidad de Bélgica y Holanda. En documento tras documento, citando los discursos de Hitler y las actas de las reuniones en las que Goering estuvo presente, el fiscal expuso el oportunismo de Hitler en lo referido a la agresión. Terminó con esa etapa del interrogatorio de la siguiente manera:

MAXWELL-FYFE: ¿No deja todo eso bastante claro que durante todo ese tiempo usted sabía, como declaró Hitler el 22 de agosto, que Inglaterra y Francia no violarían la neutralidad de los Países Bajos y que ustedes estaban prepararos para violarla cuando quiera que conviniera a sus intereses tácticos y estratégicos? ¿No queda bastante claro?

GOERING: No del todo. Si la situación política lo hubiera hecho necesario y si en el ínterin hubiéramos sabido cuál era la posición británica sobre la neutralidad de Bélgica y Holanda.

MAXWELL-FYFE: Dice que no del todo. Eso es lo más cerca de estar de acuerdo conmigo que está dispuesto a llegar.

Goering intentó combatir el cargo de agresión alemana en Yugoslavia, afirmando que estaba relacionado directamente con las acciones hostiles en Rusia. Maxwell-Fyfe presentó evidencias perjudiciales sobre la actitud particularmente despiadada de Goering en la lucha contra los guerrilleros, y luego concentró su atención en los campos de concentración.

MAXWELL-FYFE: ¿Le está diciendo al tribunal que usted, que hasta 1943 era el segundo hombre más importante del Reich, no sabía nada de los campos de concentración?

GOERING: No sabía nada de lo que ocurría en los campos de concentración ni de los métodos usados más tarde, cuando ya no estaban bajo mi responsabilidad.

MAXWELL-FYFE: Déjeme recordarle los testimonios que se han presentado en este tribunal, que sólo en lo que respecta a Auschwitz, cuatro millones de personas fueron exterminadas. ¿Recuerda eso?

GOERING: He oído esa afirmación, pero no lo considero demostrado; esa cifra, quiero decir...

MAXWELL-FYFE: Suponga que esas cifras, una es una cifra rusa, la otra una cifra alemana, suponga que esas cifras son correctas en un cincuenta por ciento, supongamos que fueron dos millones y un millón, ¿le está diciendo a este tribunal que un ministro con su poder en el Reich podía desconocer lo que estaba ocurriendo?

GOERING: Así lo mantengo, y la razón para esto es que esas cosas se me ocultaban. Puedo añadir que en mi opinión ni siquiera el Führer conocía el verdadero alcance de lo que estaba ocurriendo. Esto también se explica porque Himmler mantenía esas cosas bajo gran secreto. Nunca se nos dio cifras ni ningún otro detalle.

MAXWELL-FYFE: Pero, testigo, ¿no tenía usted acceso a la prensa extranjera en su ministerio, a la radio extranjera? Verá, hay pruebas que demuestran, cuando se considera a los judíos y otras personas, que unos diez millones de personas fueron asesinadas a sangre fría, aparte de aquellos que murieron en combate. Unos diez millones de personas. ¿Afirma que nunca vio u oyó en la prensa extranjera, en la radio extranjera, que eso estaba ocurriendo?

GOERING: En primer lugar, la cifra de diez millones no está demostrada de ninguna manera. En segundo lugar, durante la guerra no leía la prensa extranjera porque consideraba que no era más que propaganda. En tercer lugar, aunque tenía el derecho de escuchar la radio extranjera, nunca lo hice, por la simple razón de que no quería escuchar propaganda. Ni tampoco escuchaba la propaganda nacional. Sólo durante los últimos cuatro días de la guerra, y eso puedo demostrarlo, escuché por primera vez una emisora de radio extranjera. [IX, p. 310]

Más tarde, Maxwell-Fyfe cuestionó la lealtad de Goering hacia Hitler en vista de esos hechos.

MAXWELL-FYFE: ¿Sigue usted pretendiendo justificar y glorificar a Hitler después de que ordenara el asesinato de cincuenta jóvenes aviadores en el Stalag Luft III?

GOERING: No estoy aquí para justificar al Führer Adolf Hitler ni para

glorificarlo. Estoy aquí para hacer hincapié en que permanecí leal a él, ya que creo en mantener los juramentos no sólo en los buenos tiempos, sino también en los malos, cuando es mucho más difícil. En cuanto a su referencia a los cincuenta aviadores, nunca me opuse al Führer tan clara y firmemente como en ese asunto, y le comuniqué mi opinión. Tras eso, no hubo ninguna conversación entre el Führer y yo durante meses.

MAXWELL-FYFE: El Führer, en cualquier caso, debió estar plenamente al tanto de lo que ocurría en relación con los campos de concentración, sobre el tratamiento dado a los judíos, sobre el tratamiento dado a los trabajadores, ¿no?

GOERING: Ya he mencionado anteriormente que, en mi opinión, el Führer no conocía los detalles sobre los campos de concentración, sobre las atrocidades aquí descritas. En la medida en que lo conozco, no creo que estuviera informado.

MAXWELL-FYFE: No le pregunto por detalles; le pregunto sobre el asesinato de cuatro o cinco millones de personas. ¿Está insinuando que nadie con poder en Alemania, exceptuando a Himmler y puede que a Kaltenbrunner, estaban al tanto?

GOERING: Sigo siendo de la opinión de que el Führer no conocía esas cifras.
[IX, p. 312]

Maxwell-Fyfe cerró su interrogatorio cuestionando mordazmente la credibilidad de Goering bajo juramento. Usaba dos documentos, el segundo de los cuales era la transcripción de una conferencia en la que Goering oyó directamente de boca de Lohse, un comisario del Reich para los territorios orientales ocupados, que estaban «eliminando» a los judíos de Hungría.

MAXWELL-FYFE: Quisiera llamar su atención sobre la afirmación de que «sólo quedan unos pocos judíos vivos, decenas de miles han sido eliminados». ¿Sigue usted diciendo, pese a estos dos documentos, que ni Hitler ni usted sabían que los judíos estaban siendo exterminados?

GOERING: Hay algo que debe entenderse: no se puede llegar a la conclusión de que habían sido asesinados a partir de ahí. No es mi comentario, sino el comentario de Lohse. También he respondido a esa pregunta. Sólo quedaba un pequeño número de judíos. A partir de ese comentario no se puede llegar a la conclusión de que eran asesinados. También podía significar que eran trasladados.

MAXWELL-FYFE: Sobre el comentario anterior, le sugiero que deje completamente claro lo que quiere decir con «sólo quedan unos pocos judíos vivos, decenas de miles han sido eliminados».

GOERING:...que seguían viviendo allí. Así es como debería interpretarlo.

MAXWELL-FYFE: Ha oído lo que le leí sobre Hitler sobre lo que le dijo a Horthy, y lo que dijo Ribbentrop, que los judíos debían ser exterminados o llevados a campos de concentración. Hitler dijo que los judíos debían trabajar o ser ejecutados. Eso fue en abril de 1943. ¿Sigue afirmando que ni Hitler ni usted sabían nada de esta política de exterminio de los judíos?

GOERING: Para la corrección del documento...

MAXWELL-FYFE: ¿Quiere usted hacerme el favor de contestar a mi pregunta? ¿Sigue afirmando que ni Hitler ni usted sabían nada del exterminio de los judíos?

GOERING: En lo que se refiere a Hitler, he dicho que no lo creo. En lo que a mí se refiere, he dicho que no sabía, ni de forma aproximada, hasta qué punto tenía lugar.

MAXWELL-FYFE: ¿No sabía hasta qué punto, pero sabía que había una política de exterminio de los judíos?

GOERING: No, una política de emigración, no de eliminación, de los judíos. Sólo sabía que hubo casos aislados de tales acciones criminales.

MAXWELL-FYFE: Muchas gracias.

Después de eso, todo el mundo sabía que Goering, pese a lo que intentara decir para contraatacar, había quedado completamente desacreditado. Se leyeron las actas de la reunión del 6 de agosto de 1942; demostraron que Goering había expresado rotundamente a los comisarios del Reich la necesidad de «extraer todo lo posible de los territorios» y les advirtió que «desde luego no se les enviaba allí para trabajar por el bienestar de las poblaciones». A Goering se le recordó que había dicho, «mi intención es saquear y hacerlo a fondo». Enfrentado al documento, no pudo negar que había dicho esas palabras ni refutar las referencias a los dos millones de hombres y mujeres que fueron llevados a Alemania como mano de obra esclava.

RUDENKO: Pero no niega el significado implícito de que estamos hablando aquí de millones de personas que fueron trasladadas a Alemania por la fuerza para que sirvieran de mano de obra esclava.

GOERING: No niego que me refería a dos millones de trabajadores que habían sido convocados, pero no puedo decir en este momento si todos fueron trasladados a Alemania. En cualquier caso, fueron usados para la economía alemana.

RUDENKO: No niega que se tratara de trabajos forzados, esclavitud.

GOERING: Niego que se tratara de esclavitud. Los trabajos forzados, por supuesto, entraban en parte en eso, y ya he dicho la razón para ello.

RUDENKO: ¿Pero fueron sacados de sus países a la fuerza y enviados a

Alemania?

GOERING: Hasta cierto punto fueron deportados a la fuerza, y ya he explicado por qué. [IX, p. 325]

El interrogatorio subsiguiente que hizo el general Rudenko fue formal y se centró especialmente en la invasión de la Unión Soviética y la participación de Goering en su planificación. Los documentos citados demostraron que Goering estaba más interesado en obtener alimentos de esos territorios para Alemania que en preparar los planes para su anexión política.

RUDENKO: ...Consideraba que la anexión de esas regiones sería un paso que vendría después. Como ha dicho, después de ganar podía haber ocupado esas provincias y anexionarlas.

GOERING: Como cazador veterano, actué según el principio de no vender la piel del oso antes de matarlo.

RUDENKO: Entiendo. La piel del oso se vendería sólo cuando los territorios hubieran sido completamente ocupados, ¿cierto?

GOERING: Lo que se haría con la piel se decidiría definitivamente después de matar al oso.

RUDENKO: Afortunadamente, eso no ocurrió.

GOERING: Afortunadamente para usted. [IX, p. 320]

El interrogatorio prosiguió con estudiada cortesía para dejar constancia de la participación a la hora de tratar con dureza los territorios ocupados y obligarlos a convertirse en fuentes de suministros para Alemania.

Rudenko intentó que Goering admitiera, cosa que se negó a hacer, que conocía las instrucciones dadas a los oficiales alemanes ordenándoles disparar contra los civiles que se resistieran, y posteriormente que ejecutaran de cincuenta a cien comunistas por cada alemán muerto. Ni tampoco quiso Goering admitir ningún conocimiento detallado del trato dado a los prisioneros de guerra soviéticos, o sobre la validez de la declaración de Himmler, pronunciada durante un discurso, de que había que exterminar a treinta millones de eslavos. Rudenko terminó su interrogatorio desafiando dramáticamente a Goering sobre su responsabilidad definitiva. El interrogatorio dio paso a una feroz discusión.

RUDENKO: ¿Reconoce que, como segundo hombre de Alemania, era usted responsable de organizar a escala nacional el asesinato de millones de personas, independientemente de si conocía o no esos hechos? Contésteme de forma breve, sí o no.

GOERING: No, porque no sabía nada de esos hechos y no los ocasioné.

RUDENKO: Me gustaría subrayar, «independientemente de si conocía o no esos hechos».

GOERING: Si no los conocía, no puedo ser responsable de ellos.

RUDENKO: Era su deber conocer esos hechos.

GOERING: Ya entraré en detalles sobre eso.

RUDENKO: Le estoy interrogando. Respóndame a esta pregunta: ¿Era su deber conocer esos hechos?

GOERING: ¿De qué forma era mi deber? O bien los conocía o bien no los conocía. Sólo puede preguntarme si fui negligente a la hora de informarme.

RUDENKO: Pues debería saberlo. ¿Millones de alemanes conocían los crímenes que se perpetraban y usted no sabía nada?

GOERING: Tampoco lo sabían millones de alemanes. Esa afirmación no ha sido probada de ninguna manera.

RUDENKO: Mis dos últimas preguntas: Afirmó al tribunal que el gobierno de Hitler trajo gran prosperidad a Alemania. ¿Sigue estando seguro de que fue así?

GOERING: Desde luego, hasta el principio de la guerra. El derrumbe se debió solamente a perder la guerra.

RUDENKO: A consecuencia de la cual, condujo usted a Alemania, como consecuencia de su política, a la destrucción militar y política. No tengo más preguntas. [IX, p. 335]

Tras este interrogatorio, el fiscal francés no vio la necesidad de plantear más preguntas al acusado. Goering se decepcionó al verse privado de la ocasión de pronunciar algunos discursos finales. Sin embargo, estaba complacido con su actuación y le preguntó a Gilbert si la fiscalía estaba impresionada. «Rudenko estaba más nervioso que yo», dijo. En retrospectiva, admitió que las medidas antijudías habían sido un error; desde luego que no las hubiera apoyado de saber los excesos a los que conducirían. «Creía que solamente eliminaríamos a los judíos de sus posiciones en las grandes empresas y el gobierno, y que eso sería todo», dijo. Tenía la impresión de haber llevado bien la cuestión de su lealtad a Hitler.

Al día siguiente Gilbert visitó a Emmy Goering, que acababa de ser liberada y ahora vivía con Edda pasando penurias en una casa aislada situada en la zona boscosa cerca de Neuhaus. Habló con resentimiento de la ingratitud de Hitler hacia su marido; la lealtad inquebrantable de Goering era para Emmy la fachada que su marido debía presentar al mundo, incluso al hombre que había ordenado matar a su esposa e hija. Emmy estaba convencida de que Hitler era un demente. «Usted conoce a mi marido», añadió. «No es un hombre obsesionado por el odio. Sólo quiere disfrutar de la vida y dejar que otros la disfruten... ¡Oh, si pudiera hablar cinco minutos con él!». Parecía desamparada sin su marido, y Gilbert tuvo que hacer que le devolvieran sus ropas,

que le habían sido confiscadas. Gilbert accedió a entregarle a Goering una carta de su mujer y una postal de Edda. Goering las tomó con gran emoción y las guardó para leerlas en privado. Gilbert le contó la conversación que había tenido con Emmy y lo sorprendida que estaba por la persistente lealtad de su marido. Goering simplemente sonrió al oírlo, esas cosas, dijo, «no eran asuntos de mujeres». No podía mostrar deslealtad ante un tribunal extranjero.

«Ya no creo que Hitler en persona enviara aquella orden. Eso fue obra de ese puerco asqueroso de Bormann. ¡Le digo, *Herr Doktor*, que si pudiera estar a solas con ese cerdo en esta celda, estrangularía a ese bastardo con mis manos desnudas!». Y aunque se rio de su propia furia, mantuvo inconscientemente los puños apretados varios minutos después de ese estallido.

Pasarían otros cinco meses antes de que Goering volviera a subir al estrado y se convirtiera de nuevo en el centro de atención del juicio. Durante cuatro meses tuvo que escuchar los casos de sus compañeros de banquillo y los alegatos finales de la defensa y la acusación; entonces se concedió un mes más para la defensa de los dirigentes nazis imputados. Durante todo ese tiempo, Gilbert llevó un cuidadoso registro de las opiniones y comportamiento de Goering.

El mayor problema para él era aceptar a Hitler como un asesino de masas. Gilbert le recalcó a Goering su falta de comprensión de la psicopatología. Estuvo de acuerdo en que Himmler era un psicópata, pero enterró la cabeza entre las manos ante la idea de que Hitler era igual. Al final parecía inclinado a aceptar que Hitler había dejado el problema del exterminio en manos de Himmler y le había dado la espalda a las consecuencias. El Dr. Gilbert le explicó la técnica de exterminio que hizo posible las masacres.

Según empezaban los acusados a ceder terreno ante la acusación, e incluso, como en el caso de Frank, a admitir abiertamente su culpabilidad, su disgusto se hizo mayor. Frank admitió haber tenido conocimiento de atrocidades, «a diferencia de aquellos cercanos al Führer que no sabían nada de esas cosas». Posteriormente, en su celda, Goering sudó la gota gorda y gruñó. Si Frank lo sabía, ¿por qué no acudió a él con ese conocimiento de forma que pudieran tratar el asunto?

Frick llamó al Dr. Hans Gisevius como uno de sus testigos, y eso causaría una vergüenza considerable a Goering. Desde el principio de su testimonio, Gisevius arremetió contra Goering, implicándolo en las muertes de opositores al régimen y otros excesos cometidos por la Gestapo en 1933. Sobre todo, lo implicó directamente en el incendio del Reichstag: «Estoy preparado para refrescarle la memoria al acusado Goering sobre su complicidad y participación en ese primer golpe de Estado y en el asesinato de sus cómplices». [XII, p. 211]. Rebautizó la purga contra Roehm como la purga Himmler-Goering. Gisevius formaba parte del personal del Ministerio del Interior durante ese periodo y había visto el radiograma que Goering y Himmler enviaron al cuartel de policía, así como las instrucciones finales de Goering de que todos los documentos relativos al 30 de junio fueran destruidos.

Entonces, repentinamente, en medio de una respuesta a una pregunta, Gisevius pidió permiso al tribunal para revelar un «incidente». Goering, dijo, había intentado a través de su abogado, el Dr. Stahmer, ejercer presiones para que determinadas pruebas del caso Blomberg no aparecieran en el juicio. Jackson se puso en pie al instante y exigió que ese asunto se hiciera público. Los abogados de la defensa involucrados armaron un revuelo inmenso, gritando unos contra otros. La muy confusa versión del incidente que dio el Dr. Stahmer es la siguiente:

Goering me dijo que no le importaba si el testigo Gisevius lo incriminaba, pero no quería que Blomberg... que había muerto hacía poco, y supuse que era por el matrimonio de Blomberg... él, Goering, no quería que esos hechos relativos al matrimonio de Blomberg fueran discutidos en público. Si no podía evitarlo, entonces Goering, por su parte... sólo quedaba Schacht, porque Schacht, según me había dicho, quería hablar de esas cosas... entonces incriminaría a Schacht. [XII, p. 214]

El Dr. Dix, abogado de Schacht, tiene una versión algo diferente de cómo expresó el asunto Stahmer:

Me dijo: «Escucha, Goering cree que Gisevius le atacará tanto como le sea posible pero, si ataca al difunto Blomberg, Goering revelará todo lo que sabe contra Schacht, y sabe un montón de cosas que puede que no sean agradables para él. Él, Goering, se ha mostrado muy reticente en su testimonio, pero si se dice algo contra el difunto Blomberg, entonces revelará cosas sobre Schacht». [XII, p. 215]

Y posteriormente, en el interrogatorio, Gisevius dio su propia versión:

El Dr. Stahmer se acercó, obviamente muy excitado, y le pidió al Dr. Dix una entrevista inmediata. El Dr. Dix se negó, aduciendo que estaba hablando conmigo. El Dr. Stahmer dijo alzando la voz que debía hablar inmediata y urgentemente con el Dr. Dix. El Dr. Dix dio sólo dos pasos a un lado, y la conversión posterior que mantuvo el Dr. Stahmer tuvo lugar en un tono tan alto que no pude evitar oír la mayor parte. La oí y le dije al fiscal Dr. Krauss, que estaba cerca, «escucha lo que está diciendo el Dr. Stahmer». Entonces el Dr. Dix vino a dar conmigo, muy alterado, y después de todo ese jaleo, en respuesta a mis preguntas de qué quería exactamente del acusado, Goering me contó lo que de todas formas ya había oído a medias. [XII, pp. 278-279]

Stahmer se enfadó mucho al quedar en evidencia ante toda la sala, y quiso hacer otro

alegato al tribunal, pero Goering le persuadió para que dejara correr el asunto. Su chantaje le había salido por la culata.

Gisevius, que estaba más alterado que nadie, había interrumpido tantas veces que el presidente se había visto obligado a mandarle callar con una severa advertencia. Cuando finalmente se le permitió hablar, dijo: «En mi opinión, es lo más execrable que Goering ha hecho nunca, y usa la caballerosidad como disfraz al fingir que quiere proteger a un difunto, cuando en realidad lo que pretende es impedirme testificar plenamente sobre un punto importante, es decir, la crisis Fritsch». [XII, p. 216]

Frick, cuyo testigo era Gisevius, parecía la única persona directamente involucrada que permanecía imperturbable. Durante el breve receso que siguió a esa escena, Goering llamó a Gisevius traidor mezquino y dijo que era un funcionario menor del que nunca había oído hablar.

Gisevius, de vuelta al estrado, continuó con sus denuncias. Contó cómo aconsejó a Schacht en 1935 que evitara toda conexión con Goering, de quien Schacht todavía pensaba en ese entonces que era la influencia conservadora entre los nazis:

Contradije a Schacht con vehemencia en sus opiniones sobre el acusado Goering. Le advertí. Le dije que en mi opinión Goering era el peor de todos, precisamente porque llevaba puesta la máscara de clase media y conservadora. Le imploré que no utilizara los servicios de Goering a la hora de estructurar su política económica, ya que sólo podía dar malos resultados. [XII, p. 223]

Cuando finalizó la tormentosa sesión, apenas si pudieron hacer que Goering entrara en el ascensor que lo llevaría al nivel de las celdas. Gritaba a los demás acusados y a sus propios abogados.

El día siguiente se relató la historia de la caída de Blomberg en 1938, para descrédito de Goering, seguida inmediatamente de testimonios en el caso de Fritsch. Más tarde, ese mismo día, cuando empezó la ronda de repregunta de Gisevius, reanudó su testimonio contra Goering. El incendio del Reichstag fue obra de Goebbels, dijo el testigo, pero Goering estuvo implicado activamente. En cuanto a la purga contra Roehm:

Supimos que Himmler, Heydrich y Goering habían recopilado listas exactas de aquéllos que debían ser asesinados, porque yo mismo lo oí en el palacio de Goering; y Daluge, y también Nebe, que estuvo presente desde el primer momento, confirmaron que ninguno de los que morían eran mencionados por su nombre, todo lo que se decía era «El número tal se ha ido» o «el número cual sigue desaparecido» o «pronto será el turno del número tal». [XII, p. 265]

Gisevius incluso citó las palabras del primo de Goering en contra de éste:

Herbert, como todos sus hermanos y hermanas, me había advertido hacía años sobre el desastre que acaecería en Alemania si en cualquier momento un hombre como su primo Hermann llegaba a tener una posición de responsabilidad por pequeña que fuera. Me pusieron al corriente de las muchas características del acusado, que todo el mundo ha llegado a conocer en este tiempo, empezando por su vanidad y continuando con su amor por la ostentación, su falta de responsabilidad, su carencia de escrúpulos, llegando incluso a servirse de los muertos para medrar. A partir de todo eso, tuve una idea de lo que podía esperar del acusado. [XII, p. 271]

Cuando Gisevius se fue, Goering empezó a relajarse gradualmente. Había observado con suma atención la respuesta de los jueces a ese ataque contra él, y los demás acusados habían reaccionado con fuerza en su contra con los nerviosos cambios de favor que afectan constantemente a las camarillas en las celdas de la cárcel.

Cuando llegó el turno de Schacht de subir al estrado, testificó en detalle sobre sus diferencias con Goering. Jackson citó en la sala la famosa declaración sobre el carácter de Goering que Schacht había dado bajo interrogatorio:

He dicho de Hitler que es un tipo de persona amoral, pero sólo puedo considerar a Goering como un inmoral y criminal. Dotado por naturaleza de un cierto genio que consiguió explotar para su propia popularidad, era el ser más egocéntrico imaginable. El poder político era para él sólo un medio para el enriquecimiento personal y la buena vida. El éxito de otros lo colmaba de envidia. Su codicia no conocía límites. Su amor por las joyas, el oro y las galas era inimaginable. No conocía camaradería alguna. Sólo era amigo de alguien mientras éste le era útil, pero sólo aparentemente.

El conocimiento de Goering en todos los campos en los que un miembro del gobierno debe ser competente era completamente nulo, especialmente en el campo económico. No tenía ni la más ligera idea acerca de ninguno de los asuntos económicos que Hitler le confió en el otoño de 1936, aunque creó una gran maquinaria oficial y abusó de la manera más escandalosa de sus poderes como señor de la economía. Su apariencia personal era tan teatral que uno no podía dejar de compararlo con Nerón. Una señora que tomó el té con su segunda esposa dijo que había aparecido para el té con una especie de toga romana y sandalias tachonadas de joyas, los dedos engalanados con innumerables anillos enjoyados y en general recubierto de ornamentos, el rostro maquillado y los labios pintados. [XIII, p. 53]

La sala se divirtió mucho con esa descripción, pero Goering, desde luego, se enfureció muchísimo y amenazó con ajustar cuentas. Se le oyó decir en el banquillo: «Éste no es lugar para sacar a relucir una cosa así... aunque fuera cierta. No le sirve de nada. No sé por qué ha sacado a relucir eso». Esa noche se retiró a la cama con dolor de cabeza y pidió pastillas. «Mi comportamiento en mi propia casa es asunto mío», dijo con apariencia enferma y abatida. «¡Y de todas formas no usé pintalabios!».

El siguiente ataque contra Goering llegó de nuevo procedente de su propio bando. Raeder se vio enfrentado repentinamente, como Schacht, a declaraciones tuyas que había hecho meses atrás bajo interrogatorio. Pasó vergüenza cuando Maxwell-Fyfe leyó en voz alta ante la sala las respuestas a las preguntas que le habían hecho sobre el caso Blomberg mientras estaba prisionero en Rusia: Había «perdido la confianza» tanto en Hitler como en Goering, y acusó a Goering de apoyar deliberadamente el matrimonio, de forma que Blomberg cayera en desgracia y el puesto de comandante general de la Wehrmacht recayera en él. La declaración completa, de haberse leído íntegramente, hubiera sido aún peor para ambos; incluía frases como «Goering tuvo un efecto desastroso en el destino del Reich alemán, y hacía referencia a su “vanidad inimaginable”, su mendacidad, su codicia y su conducta “decadente y poco digna de un soldado”».

Hacia el fin de semana siguiente, Goering estaba enfermo y se quejaba, según Gilbert, de ciática y de traición. Se ausentó de la sala del juicio, donde su prestigio había sufrido un golpe demasiado duro. Se sintió abandonado por la casta militar de la cual esperaba recibir su principal apoyo. Cuando Jodl subió al estrado, se le oyó murmurar, «bueno, ésa es mi última esperanza». Pero Jodl también negó a su supuesto amo. Goering se mostró cínico en su conversación con Gilbert. «¿Qué demonios quiere decir con eso de moralidad y palabra de honor? Puede hablar de su palabra de honor cuando se trata de entregar mercancías en un negocio, pero cuando se trata de una cuestión de los intereses de una nación, ¿se acaba la moralidad! Cuando un Estado tiene una oportunidad de mejorar su posición gracias a la debilidad de un vecino, ¿cree que se detendrá por consideraciones mojigatas de mantener sus promesas? ¡El deber de un estadista es aprovechar esa situación por el bien de su país!».

El siguiente acusado que testificó contra Goering fue Speer. Era el más inteligente y lúcido de todos los jerarcas nazis; comprendía la enormidad del sistema nazi en el que había participado y al que había servido y al que durante sus días finales había dejado de servir. Incluso había planeado, según dijo, matar a Hitler inyectando gas venenoso en el búnker. Goering escuchó desde su asiento, horrorizado y en silencio. Speer, de vuelta a su celda, condenó a Goering como un cobarde que no tenía ningún derecho en absoluto para intentar convertir «un hecho atroz» en una leyenda heroica. En la sala Speer reveló cómo Goering le había prohibido a Galland revelar que los aviones enemigos eran perfectamente capaces de penetrar profundamente en territorio

alemán.

En su celda, Goering, que seguía profundamente perturbado por el testimonio de Speer, intentó ajustarse a sus propios valores y a su sentido de la lealtad. Como le dijo a Gilbert, «¡Qué tragicomedia! Al final el Führer me odiaba y ordenó mi ejecución. Si hay alguien con derecho a denunciar al Führer, ése soy yo. Pero no lo hice por principios. ¿Cree que tenía algún amor por él? Le juré lealtad y no puedo desdecirme. Las he pasado canutas para mantener esa promesa, le aseguro. Debería intentar en algún momento ser el príncipe heredero durante doce años... siempre leal al rey, desaprobando muchas de sus políticas y sin ser capaz de hacer nada al respecto. La única cosa que podía haber hecho honorablemente era dejar mi puesto. Pero no podía hacerlo, no cuando estábamos en medio de una guerra en cuatro frentes. Soy lo que soy, “el último renacentista”, si se me permite decirlo». Mientras tanto, quería algo para leer; intentaba conseguir una edición en alemán de *Lo que el viento se llevó*.

Entre el jueves 4 y el viernes 5 de julio, Stahmer hizo su alegato final en defensa de Goering. Se trató de un discurso largo y erudito, y la mayoría estuvo de acuerdo en que Stahmer lo había hecho lo mejor que pudo en lo que se había convertido en un caso imposible. Describió el trasfondo histórico a partir del cual había surgido el movimiento nazi, y describió a Goering en todo momento como un patriota leal a Hitler y Alemania. Goering había actuado legítimamente según la ley de la época; no se le podía considerar un conspirador, ya que servía al Líder del Estado y un líder, además, que dictaba la política a su antojo y no según lo que a sus subordinados les pareciera que era correcto. En cuanto a ser un conspirador en lanzar una guerra de agresión, se ha demostrado que Goering se implicó de manera activa en tratar de impedir la guerra. Su creencia en un ejército alemán fuerte se basaba en la suposición de que la fuerza de las armas prevendría la guerra. Stahmer entonces se dispuso a demostrar que Goering carecía virtualmente de cualquier autoridad de importancia en el Estado; su posición, según afirmó Stahmer, no podía usarse como argumento para incriminarle.

Como segundo hombre del Estado, Goering no podía derogar ni modificar ni complementar las órdenes de Hitler. No podía dar ninguna orden en absoluto a departamentos que no estuvieran directamente bajo su mando. No tenía la posibilidad de dar órdenes a ningún departamento, ya fuera del partido, de la policía, del Ejército o de la Marina, que no le perteneciera. [XVII, p. 117]

El Dr. Stahmer justificó la explotación económica de los territorios ocupados afirmando que los Aliados hicieron una guerra ilegal económica contra Alemania, obligándola a proveerse en las áreas que le estaban abiertas debido al bloqueo marítimo que se le había impuesto. Su adquisición de obras de arte mediante confiscación legal se hizo en nombre del Estado.

En cuanto a la ejecución de los prisioneros de guerra de la RAF, Goering no tuvo parte directa en eso y, una vez que se enteró, protestó con todas sus fuerzas; tampoco estuvo implicado en las órdenes de ejecutar a los «aviadores terroristas». «El mariscal del Reich Goering mantuvo hasta el final su postura de veterano aviador», declaró Stahmer.

Luego hizo lo que pudo con los que sabía que eran los elementos más graves de los cargos contra Goering: que estableció un reinado de terror en 1933, fundó los campos de concentración y participó en un genocidio. En cuanto al reinado de terror, Stahmer afirmó que lo único que hizo Goering fue asegurar el Estado en una época de gran crisis; mientras estuvo a cargo de los campos, su autoridad estaba de parte del trato humanitario y la disciplina. Estaba tan interesado en la «educación» de los prisioneros políticos como en su liberación, ya que estaba haciendo un uso legítimo de los pocos campos reconocidos que había creado. Actuaba como «plenipotenciario político» del gobierno alemán. En cuanto al exterminio de los judíos, esa idea «aparentemente se originó en los cerebros de Himmler y Heydrich y se mantuvo en secreto con una habilidad magistral». Goering «jamás hubiera aprobado esa medida». «Que el acusado no era un fanático racial es algo sabido gracias a su expresión “yo decido quién es judío”».

En su perorata, Stahmer concluyó citando las palabras de Neville Henderson cuando dijo que Goering atribuía todo logro a Hitler y que «él no era nada». Esa opinión seguía aplicándose hoy, concluyó Stahmer, pero su «lealtad se convirtió en su ruina».

Los alegatos finales de la acusación tuvieron lugar a finales de julio y duraron cuatro días. Hacía un calor intenso en la sala cuando Jackson se levantó para pronunciar uno de los grandes discursos del juicio. Tras tantos meses lastrados por las evasivas, la cegadora masa de documentos, los horrores visuales de las películas del genocidio, las disputas por los detalles, las escenas de tensión y nerviosismo seguidas por largos periodos de aburrimiento dedicados a las minucias legales, llegó repentinamente el momento de expresar por completo las intensas emociones que subyacían en ese juicio.

Había que encontrar palabras que dieran de forma memorable la respuesta de la civilización a la barbarie de esos hombres cuyas muertes se aproximaban. Jackson leyó un discurso preparado, muy documentado, repleto de citas breves que lanzaban los crímenes a la cara de los culpables y atravesaba sus intentos por evadir la responsabilidad. «Ninguna otra primera mitad de siglo», dijo, «ha sido testigo jamás de matanzas a esta escala, de tales crueldades y atrocidades, de la deportación de pueblos enteros para servir de esclavos, del exterminio de minorías». Punto por punto, detalló lo que se había argüido en el juicio y las culpabilidades que se habían demostrado. El nombre de Goering no pasaba mucho tiempo sin aparecer en sus labios. Hizo referencia a la «extraña mezcolanza de palabrería y sabiduría que compone el testimonio de Hermann Goering», un testimonio sin parangón a la hora

de integrar «los crímenes de la opresión y el terror nazi en Alemania... con los crímenes de guerra... Goering representó un papel importante y variado que era en parte el de militarista y en parte el de gángster. Estaba metido en todo... Era igualmente hábil en masacrar enemigos como en crear escándalos para librarse de generales tozudos... Estaba en primera línea del acoso contra los judíos para expulsarlos de la tierra... Después de Hitler, era el hombre que coordinaba las actividades de todos los acusados en un esfuerzo común».

Jackson fue mordaz en su denuncia de los intentos por parte de los acusados de evadir responsabilidades e incluso negar que conocían lo que se hacía en nombre de un Estado del cual eran «las mayores autoridades supervivientes». La ignorancia acumulativa de lo que sucedía en sus propias administraciones era ridícula. Ahí estaba Goering, «el Número Dos que no sabía nada de los excesos de la Gestapo que él mismo creó, y que jamás sospechó del exterminio de los judíos aunque él era el firmante de una docena de decretos para la persecución institucionalizada de esa raza». Terminó diciendo:

Contra ese telón de fondo, los acusados piden ahora a este tribunal que diga que no son culpables de planear, ejecutar o conspirar para cometer esta larga lista de crímenes y delitos. Comparecen ante este tribunal como el ensangrentado Gloucester, de pie ante el cuerpo de su rey asesinado. Le pidió a la viuda, como les piden ahora a ustedes: «Di que no los asesiné». Y la reina replicó: «Pues di que no los asesinaste, pero muertos están...». Si declararan que esos hombres no son culpables, entonces sería igual de cierto decir que no hubo guerra, que no hubo matanza, que no hubo crimen. [XIX, p. 406]

La sala se quedó en silencio, conmovida por las palabras. Entonces el presidente llamó a *sir* Hartley Shawcross, que hablaría específicamente sobre la «culpa legal» de los acusados. Una vez más el nombre de Goering aparecía una y otra vez mientras se describía en detalle la evolución histórica de la administración nazi, tanto antes como después de la guerra, con un discurso extremadamente razonado en vez de darle un tratamiento emocional a sus palabras. Al tratar cargos específicos, Shawcross se refirió a la ejecución de los prisioneros de la RAF y afirmó que la «participación de Goering es una inferencia inevitable», porque la orden fue dada por Hitler, porque se había demostrado que Goering había estado presente cuando se decidió esa orden, y, por último, porque sus subordinados inmediatos la conocían sin lugar a dudas. Durante el segundo día del alegato, tras detallar una temible historia de genocidio y exterminio en masa de prisioneros y otras personas indeseables, se volvió contra Goering:

La responsabilidad de Goering en todos estos asuntos no se puede negar.

Detrás de su falso aire de mundana cordialidad, fue tan arquitecto como los demás de este sistema satánico. ¿Quién, aparte de Hitler, tenía más conocimiento de lo que pasaba, o más influencia para afectar su curso? El gobierno del Estado nazi, la organización gradual para la guerra, la agresión calculada, las atrocidades... todas esas cosas no suceden espontáneamente o sin la mayor de las cooperaciones entre los diferentes cargos del Estado. Los soldados no entran en territorio extranjero, aprietan el gatillo, sueltan sus bombas, construyen cámaras de gas y reúnen a las víctimas a menos que estén organizados y se les ordene. Los crímenes a escala nacional y sistemática que tuvieron lugar aquí involucran a cualquiera que formara parte de la necesaria cadena, ya que, sin participación, hubieran sido del todo imposibles los planes para la agresión y las masacres. El «principio de Führer» por el cual los nazis ponían sus cuerpos y sus mismísimas almas a disposición de su líder fue creación del partido nazi, y suya propia. Cuando me dirigí a ustedes al comienzo de este juicio, comenté que llega un momento en que un hombre tiene que escoger entre su conciencia y su líder. Nadie que escoja, como hicieron estos hombres, renunciar a su conciencia a favor del monstruo que crearon puede quejarse si ahora son declarados culpables de complicidad en lo que hizo ese monstruo. [XIX, p. 641-642]

Jackson había terminado su discurso citando a Shakespeare; Shawcross citó a Goethe:

Hace años Goethe dijo que algún día el destino golpearía a los alemanes, «les golpearía porque se han traicionado a ellos mismos y no quieren ser lo que son. Es triste que no conozcan el encanto de la verdad, detestable que la niebla, el humo y la inmoderación les sean tan queridos, patético que se sometan ingenuamente a cualquier canalla demente que apele a sus más bajos instintos, que les ratifique en sus vicios y les enseñe a concebir el nacionalismo como aislamiento y brutalidad». Con qué voz profética hablé, porque éstos de ahí son los canallas dementes que hicieron exactamente esas cosas. [XIX, p. 470]

Ésos fueron los alegatos principales de la acusación. Los de la acusación francesa y rusa fueron corolarios, reiterando lo que ya se había dicho. El general Rudenko, en particular, enumeró los crímenes de Goering en un catálogo de hechos.

Así concluyó la primera fase del juicio; a eso siguió la defensa formal de las organizaciones imputadas, que ocupó casi todo el mes de agosto.

El 20 de agosto, sin embargo, Goering volvió a subir brevemente al estrado cuando Maxwell-Fyfe le presionó para que revelara algún conocimiento de los inhumanos experimentos médicos que se llevaron a cabo con prisioneros indefensos

en Dachau y otros campos, en nombre del Instituto de Investigación, del cual era presidente. Goering protestó violentamente aduciendo que no sabía nada de esas prácticas e insistió en que «los experimentos con mujeres y demás, que han sido descritos aquí, chocan tan frontalmente con mi postura hacia las mujeres que me hubiera opuesto completamente a esos experimentos, no sólo ahora, después, sino entonces, en el momento», Sin embargo, algunos de los experimentos habían sido incluso filmados, y se habían impartido conferencias sobre ellos al personal de la fuerza aérea. Pese a ello, Goering seguía negando todo conocimiento de esos experimentos de los cuales los responsables últimos eran los hombres de Himmler.

El 31 de agosto, Goering hizo el breve alegato final que se le permitió a cada uno de los acusados. Se quejó de que la fiscalía había reunido declaraciones suyas dichas en el lapso de años, las había sacado de contexto y había tergiversado lo que en realidad había dicho. Afirmó que no se había presentado ninguna prueba definitiva de su complicidad en las masacres, atrocidades y asesinatos de individuos, o que tuviera siquiera conocimiento de esos hechos.

Condeno con todas mis fuerzas esas terribles masacres, y de forma que no haya malentendidos en ese sentido, deseo declarar de manera categórica... ante el gran tribunal que jamás ordené la muerte de un solo individuo en ningún momento, ni tampoco decreté cualquier otra atrocidad, ni las toleré, mientras tuve el poder y la información para impedir las. [XIII, p. 380]

Los Aliados, dijo, trataban a los alemanes de la misma manera que ellos mismos habían acusado a los alemanes durante ese juicio de tratar a los territorios ocupados. Pero, pese a lo que le ocurriera a sus dirigentes capturados, el pueblo alemán en conjunto debía ser declarado libre de culpa; simplemente había depositado su confianza en el Führer y, de ahí en adelante, no había tenido más influencia sobre los acontecimientos. Entonces terminó diciendo:

No quería que hubiera guerra, ni la traje. Hice todo lo posible por evitarla mediante la negociación. Después de que estallara, hice todo lo posible para asegurar la victoria... admito las cosas que he hecho, pero niego tajantemente que mis acciones estuvieran dictadas por el deseo de subyugar a los pueblos extranjeros mediante guerras, de exterminar, robar o esclavizar a esos pueblos o cometer atrocidades o crímenes. La única motivación que guio mis acciones fue mi ardiente amor por mi pueblo, y mi deseo de asegurar su libertad y felicidad. Pongo al Todopoderoso y a mi pueblo alemán como testigos de que así fue. [XII. p. 381]

Durante el almuerzo de ese mismo día, Papen atacó violentamente a Goering por

negarse a reconocer su responsabilidad; Goering simplemente se rio de él. Se dejó que los prisioneros meditaran en sus celdas durante otro mes más mientras se preparaban los veredictos y se determinaban las sentencias. Fue un periodo de gran tensión nerviosa y abatimiento durante el cual incluso Goering llegó a admitir su derrota final. «Ya no tendrán que preocuparse más por la leyenda de Hitler», dijo Goering según aparece en un informe de Gilbert. «Cuando el pueblo alemán sepa todo lo que ha sido revelado en este juicio, no será necesario condenarlo, se habrá condenado él mismo».

Desde mediados de septiembre se permitió que Emmy Goering, junto con las esposas de los otros prisioneros, visitara a su marido media hora al día durante las últimas semanas de su vida. Cuando se reunían, siempre había una reja entre ellos y un guardia de servicio. No podían tocarse las manos o besarse. Las visitas suponían, naturalmente, una gran tensión tanto para la esposa como para el marido, y se acabaron el 30 de septiembre, cuando el tribunal reanudó su sesión. Emmy volvería a ver a su marido una sola vez más gracias a una disposición especial. Goering se mostraba animado en esos encuentros, y sólo de derrumbó una vez, irrumpiendo en lágrimas, cuando Emmy llevó a Edda a ver a su padre.

Con anterioridad se les había permitido cartearse, aunque las cartas que se enviaban estaban sometidas a censura. Pero Goering no tenía miedo a expresar su amor por Emmy, como demuestra este extracto de una de sus cartas:

Ver tu amada caligrafía, saber que tus queridas manos han descansado sobre este mismo papel; todo eso y lo que has escrito me ha conmovido profundamente y, sin embargo, me han hecho de lo más feliz. A veces creo que el corazón se me partirá del amor y el anhelo que siento por ti. Ésa sería una hermosa muerte.

En otra ocasión escribió:

MI QUERIDA ESPOSA,

Te estoy sinceramente agradecido por toda la felicidad que siempre me has dado; por tu amor y por todo lo demás; no dejes que Edda se vaya nunca de tu lado. Podría contarte interminablemente lo que tú y Edda significáis para mí y cómo mis pensamientos siempre están con vosotras. Te rodeo con un apasionado abrazo y beso tu hermoso y dulce rostro con amor apasionado.

Tuyo para siempre,
Tu Hermann^[218]

El 30 de septiembre, el tribunal se reunió para oír el veredicto. El juez Lawrence, como presidente del tribunal, fue el primero en leer. Le siguió el juez Birkett; luego

los jueces de Francia, Estados Unidos y la Unión Soviética se turnaron para leer hasta que, finalmente, el juez Lawrence se ocupó de leer las secciones finales. Así, las voces y los lenguajes cambiaron según se revelaba el veredicto, trazando primero la historia del gobierno nazi y demostrando su historial de agresión, su negación de los derechos humanos y las libertades y su violación de pactos y acuerdos, para luego repetir los detalles de crueldad y barbarie que habían aparecido en los testimonios.

Al día siguiente, el martes 1 de octubre, el presidente dio el veredicto individual de los acusados. El primero fue Goering. Se resumió brevemente su historia desde que se uniera al partido en 1922 y fue considerado como «el segundo instigador principal de una guerra de agresión después de Hitler». Había usado y aprobado el uso de mano de obra esclava; había, según su propia admisión, saqueado los países ocupados. Había perseguido a los judíos, principalmente mediante su expulsión de la economía de Alemania y de los territorios ocupados, pero también ordenando a Himmler que, en sus propias palabras, «encontrara una solución completa al problema judío».

Lawrence terminó diciendo:

No hay nada que decir en su descargo. Goering era con frecuencia, de hecho casi siempre, el instigador principal, sólo superado por Hitler. Era el principal partidario de una guerra de agresión, como líder político y militar; era el director del programa de mano de obra esclava y el creador del programa de opresión contra los judíos y otras razas, tanto en Alemania como fuera de ella. Ha admitido con franqueza todos esos crímenes. En algunos casos específicos puede que haya testimonios conflictivos, pero en términos generales sus propias admisiones son más que suficientes para determinar su culpabilidad. Su culpabilidad es única en su enormidad. No hay excusas para este hombre.
[XXII, p. 487]

Por la tarde, los acusados fueron mantenidos a la espera mientras el tribunal se reunía por última vez. Uno a uno, fueron llamados a oír sus sentencias en la sala. En el pasillo, los guardas americanos probaban el equipo: «Uno... dos... tres... OK». El psicólogo se quedó abajo con los prisioneros.

Goering fue el primero en ser llamado. Fue conducido a la sala a través de la puerta deslizante al final del banquillo de los acusados, y allí permaneció de pie, ajustándose los auriculares para oír la traducción de su sentencia. El presidente empezó a hablar: «Hermann Wilhelm Goering, por los cargos de los que ha sido...» pero tuvo que parar porque Goering indicaba una avería; no recibía la traducción. Juez y prisionero se miraron mientras esperaban a que los técnicos repararan el equipo.

El presidente volvió a hablar: «Hermann Wilhelm Goering, por los cargos de los que ha sido declarado culpable, este Tribunal Militar Internacional le condena a morir

en la horca».

Al fin las palabras en alemán resonaron en los auriculares: «... *Tod durch den Strang*». Goering se quedó completamente inmóvil, observado en silencio por todos. Entonces tiró los auriculares al suelo con estrépito, se dio la vuelta y se marchó.

Abajo, en la celda, Gilbert le estaba esperando, con el objetivo de observar con cuidado sus reacciones. Goering llegó con el rostro pálido y desencajado, los ojos perdidos en una mirada fija. «Muerte» fue todo lo que dijo mientras se sentaba en su cama. Entonces las manos le empezaron a temblar y agarró un libro en un intento por controlarse. Los ojos se le llenaron de lágrimas y su respiración se volvió trabajosa; pidió que lo dejaran solo. Cuando Gilbert regresó, Goering dijo que sabía que recibiría la pena de muerte y que era mejor así: era la única sentencia posible para los mártires. Pero seguía preocupado, incluso en esos momentos postreros de su vida, por lo que los psicólogos pudieran escribir sobre él; le seguía preocupando la interpretación de un test de Rorschach que había hecho hacía ya tiempo, cuando había intentado borrar los puntos rojos de la hoja del test.

Las palabras de Goering a Papen cuando supo que éste había sido absuelto fueron. «*Ich freue mich für Sie*^[219]», «Me alegro por ti». El día después de la sentencia, pidió formalmente al tribunal que «se le evitara la ignominia de la horca y que se le permitiera morir como un soldado ante el pelotón de fusilamiento». La petición le fue denegada, y se le dejó que pasara como pudiera los catorce días antes de las ejecuciones, que estaban previstas para el 25 de octubre en un cadalso erigido en el gimnasio de la prisión. Se le permitió ver a Emmy una sola vez después de que se dictara su sentencia; tres días antes de su muerte.

La noche del 15 de octubre, dos horas antes de que estuviera previsto que tuviera lugar su ejecución, Goering pidió la extremaunción según el rito de la Iglesia luterana. Se le denegó, ya que no había mostrado señal alguna de arrepentimiento o pesar durante todo su periodo en prisión. Ni tampoco había arrepentimiento en su corazón, porque había obtenido, nadie sabía cómo, un vial de cristales que al tragarse y disolverse por los ácidos estomacales le provocó una muerte lenta y dolorosa^[220].

Los guardias estaban alerta, vigilando a los prisioneros que habían recibido sentencia de muerte y que pronto serían conducidos uno a uno al gimnasio, empezando por Goering. Al mirar a través de la rejilla de la celda, uno de los guardias vio a Goering retorciéndose con convulsiones. Se hizo venir rápidamente al médico a la celda, pero a los cinco minutos, a las once menos diez de la noche, Goering ya había muerto.

Dos horas después, de madrugada, Ribbentrop ocupó el lugar de Goering como primer hombre en morir ahorcado. Le siguieron los demás: Keitel, Kaltenbrunner, Rosenberg, Frank, Frick, Streicher, Sauckel, Jodl y Seyss-Inquart. Sus cadáveres fueron incinerados y sus cenizas esparcidas a los vientos. Goering, que había burlado al cadalso, fue lanzado al fuego junto con los demás.

Apéndice

El incendio del Reichstag

En 1960 la popular revista alemana *Der Spiegel* publicó una serie de artículos del Dr. Fritz Tobias, un dirigente del Partido Socialdemócrata, que cuestionaba la idea, casi universalmente aceptada en aquel tiempo, de que el incendio del Reichstag la noche del 27 de febrero de 1933 fue instigado por los nazis; que Goering y Goebbels, si no el propio Hitler, estuvieron implicados; que el motivo de Goering habría sido provocar el arresto en masa de los principales miembros del Partido Comunista, que fueron presentados como responsables de incendiar el Reichstag como parte de un complot para derrocar al nuevo régimen nazi durante sus primeras semanas en el poder; y que con ese fin los nazis introdujeron al pirómano holandés Van der Lubbe en el Reichstag y luego intentaron demostrar en el juicio que era un agente comunista. (Van der Lubbe, en las ocasiones en que se conseguía que hablara, siempre se jactó de que él solo era responsable del incendio, sin embargo durante el juicio se demostró que sólo podía haber estado en el edificio un tiempo comparativamente corto, a pesar de lo cual se dice que el fuego que prendió se extendió con una rapidez tremenda, causando grandes daños).

La afirmación que hacía ahora el Dr. Tobias en *Der Spiegel* era que Van der Lubbe era enteramente responsable del incendio y que había prendido fuego al edificio con gran habilidad y eficiencia, y que no se podía demostrar que los nazis hubieran tenido nada que ver con el desastre. Naturalmente, los artículos causaron un escándalo y A. J. P. Taylor retomó el debate en Inglaterra en *History Today* (agosto de 1960) y en el *Sunday Express* (enero de 1961). El Dr. Tobias expuso posteriormente su hipótesis en un libro de considerable extensión, *Der Reichstagsbrand* (Grote Verlag, 1962).

El Dr. Tobias emprendió su investigación originalmente para demostrar que los nazis realmente estuvieron involucrados en el incendio, y fue sólo durante sus indagaciones que llegó a creer lo contrario. No le resultó difícil refutar las obvias falsificaciones contenidas en el *Libro Pardo sobre el Terror de Hitler*, originalmente publicado en París bajo el auspicio del Partido Comunista para hacer parecer a Goering como la figura central en la conspiración. También rebatió otras alegaciones infundadas como, por ejemplo, que Van der Lubbe era homosexual.

Pero permitió que sus refutaciones le llevaran demasiado lejos, como demostró Heinrich Frankel en su reseña exhaustiva del libro del Dr. Tobias en *Der Monat* (mayo de 1962). En el transcurso de las investigaciones de Fraenkel sobre Goering en

Alemania y Holanda, encontró pruebas que le convencieron más allá de toda duda del desequilibrio psicológico que padecía Van der Lubbe y de su deseo patológico de publicidad y martirio; de su incapacidad física para haber incendiado el Reichstag completamente solo; y de sus relaciones con los nazis inmediatamente antes del incendio. Resumidas, estas pruebas son las siguientes:

1. El testimonio de Simon Hartevelde de Leiden, el hombre que enseñó a Van der Lubbe cuando era un aprendiz de albañil, que dijo que cuando era adolescente, Van der Lubbe quedó casi completamente ciego de manera permanente como resultado de una broma pesada que le gastaron cuando trabajaba en una obra. Todos los que tuvieron trato con Van der Lubbe reconocen que su visión era muy pobre.
2. El testimonio que dio Hartevelde de que adoctrinó a Van der Lubbe en su tipo particular de izquierdismo que iba en contra de la línea del Partido Comunista y animaba a emprender acciones individuales en nombre del proletariado. Van der Lubbe sufría del desequilibrio psicológico conocido como complejo Eróstrato, así llamado por el hombre que quemó el templo de Éfeso para hacerse famoso. Los efectos de este complejo adoptaron varias formas en la carrera de Van der Lubbe antes del periodo del incendio del Reichstag. Intentó obtener publicidad empezando a cruzar el Canal a nado sin entrenamiento ni preparación previa; intentó asumir el liderazgo en una huelga en la fábrica Tielemann con la que no tenía nada que ver, para poder ganar fama a través de la consiguiente represión. En otra fábrica afirmó haber roto ventanas cuando fueron otros obreros los que causaron los daños. De hecho, estaba decidido a ser perseguido por algo.
3. El testimonio de una enfermera diplomada, *Frau* Mimi Storbeck, anteriormente de nacionalidad alemana y posteriormente nacionalizada holandesa, que estuvo a cargo de un hogar de niños en Haarlem. Unos pocos días antes del incendio, cuando *Frau* Storbeck era enfermera a cargo de un distrito en Berlín, dos hombres de la SA le llevaron a Van der Lubbe, describiéndolo como un vagabundo extranjero que necesitaba asistencia pública. Los hombres de la SA fueron los únicos que hablaron, y *Frau* Storbeck se percató de que Van der Lubbe era casi ciego. Aunque se hallaba en estado de inanición, rechazó la comida que le ofreció la enfermera.
4. El testimonio del Dr. Stomps de Haarlem, el abogado holandés que fue enviado por un comité creado en Holanda para investigar el caso de Van der Lubbe en 1933, en la época de su juicio. Durante una hora entera intentó persuadir al acusado en su celda de que firmara la petición oficial que le hubiera dado el derecho a la ayuda de un abogado holandés ante un tribunal alemán. Van der Lubbe se negó a hablar con él. Las palabras finales de Dr. Stomps a Van der Lubbe fueron: «¿No quiere salvarse de ser ejecutado?». Van der Lubbe se volvió

hacia él con una sonrisa y exclamó una sola palabra: «¡No!».

Los hechos concernientes al incendio del Reichstag están siendo investigados en el momento de escribir este libro por el *Institut für Zeitgeschichte* de Múnich. Mientras tanto, hasta la fecha no ha salido a la luz ninguna evidencia que incrimine directamente a Goering. Pero parece claro a estas alturas que los nazis tuvieron alguna relación con Van der Lubbe, el incendiario «oficial».

Anexo Fotográfico



Los padres de Goering: Heinrich Ernst Goering, que fuera ministro residente, y *Frau* Franziska Goering.



El caballero Von Epenstein, padrino de Goering.



El castillo Mauterndorf.



Carin.



Goering como joven oficial en 1918.



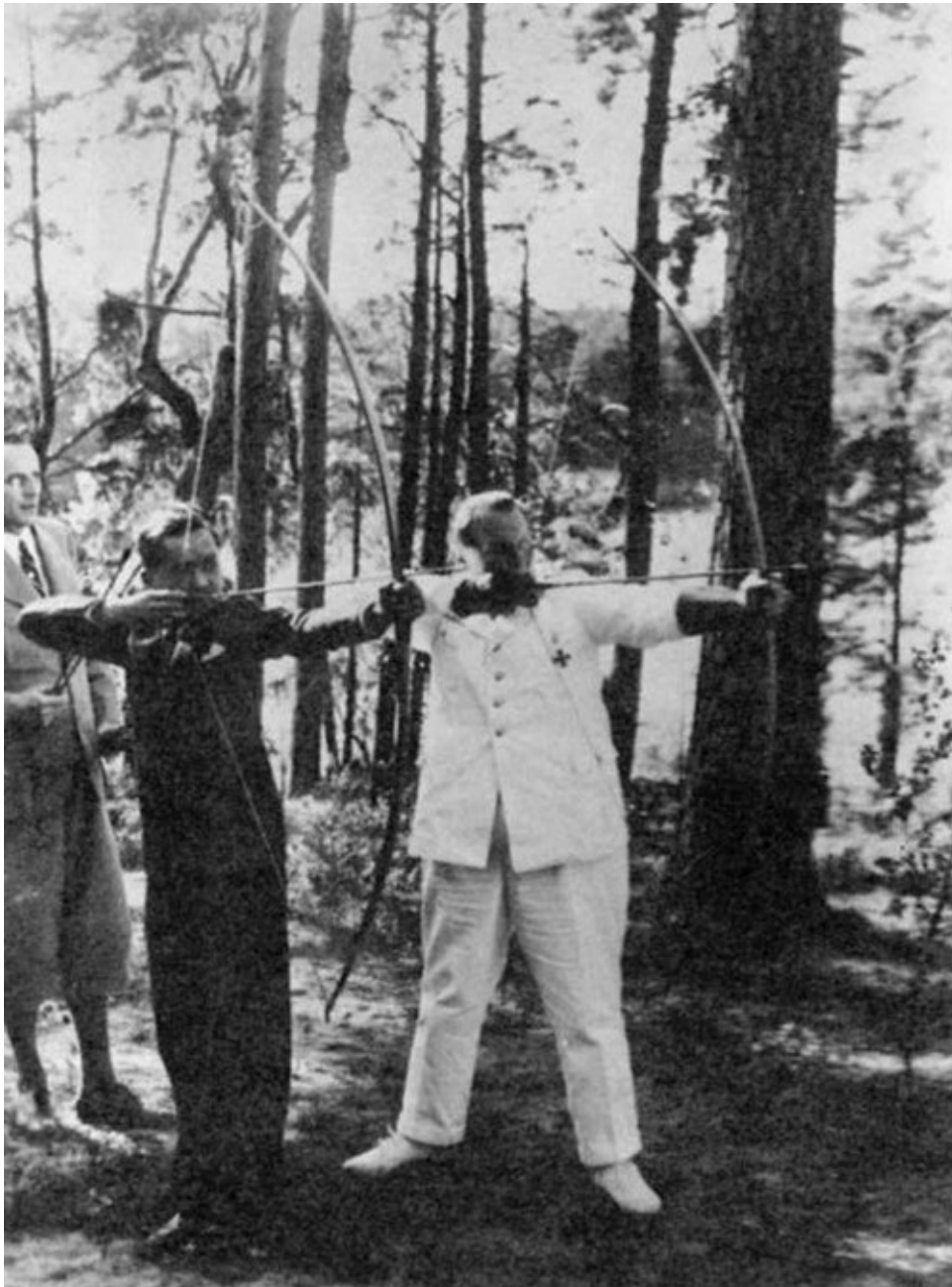
La habitación principal de Carinhall, poco después de que Goering adquiriera la propiedad.



Goering en el Juicio por el Incendio del Reichstag, 1933.



Hitler y Goering con Roehm (en el centro) antes de la purga contra Roehm.



Goering como arquero.



Goering como tirador.



Goering con su hija Edda.



Frau Emmy Goering con Goering (en uniforme de la Luftwaffe) en el teatro.



Goering en uniforme completo, sosteniendo su bastón de mariscal del Reich.



Goering discutiendo el Plan de Cuatro Años con Hitler.



Goering saliendo del Palacio Real Italiano durante una visita a Italia, llevando el abrigo forrado de piel que causó el comentario Ciano.



Goering poco después de su captura por el Ejército de los Estados Unidos.

Bibliografía

La siguiente bibliografía contiene solamente aquellos libros que son de especial relevancia en el estudio de la vida y carrera de Goering; no pretende representar la historia de Alemania o del Tercer Reich, aunque se incluyen determinados volúmenes de historia general debido a sus múltiples referencias a Goering. El lector también puede consultar los comentarios introductorios a las Notas de cada capítulo, donde se hace referencia a los títulos de los libros de particular importancia como fuente de ese capítulo.

Recopilaciones de Documentos Oficiales

Ciano's Diplomatic Papers, editado por Malcom Muggeridge. Londres, Odhams, 1948.

Documentary Background to World War II, editado por James W. Gantenbein. Nueva York, Columbia University Press, 1948.

Documents on British Foreign Policy, 1919-1939. Segunda Serie, Vols. I - VIII. Tercera Serie, Vols. I - IX, Londres: His Majesty's Stationery Office, 1946 en adelante.

Documents on German Foreign Policy, 1918-1945. Serie C, Vols. I - VIII; Serie D, Vols. I - IX. Londres: (HMSO, Servicio de Publicaciones de su Majestad), 1949 en adelante.

Documents concerning German-Polish Relations and the Outbreak of Hostilities between Great Britain and Germany. Londres, HMSO, 1939.

Documents and Materials Relating to the Eve of the Second World War, Vols. I y II. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1948.

French Yellow Book. Diplomatic Documents, 1938-39. Londres, Hutchinson, 1939.

Hitler Directs His War, editado por Felix Gilbert. Nueva York, Oxford University Press, 1951.

Nazi Conspiracy and Aggression, Vols. I - X. Washington: Servicio de Publicaciones del Gobierno de los Estados Unidos, 1946. Traducción al inglés de documentos recopilados para el juicio principal de Núremberg.

Polish White Book. Official Documents Concerning Polish-German and Polish-Soviet Relations, 1933-1939. Londres, Hutchinson, 1939.

Trial of the German War Criminals: Proceedings of the International Military

Tribunal, Vols. I - XXII. Londres: HMSO. Esta es la edición de las actas del juicio de Núremberg que se cita en este libro; aparece en la notas como IMT. Una edición en 23 volúmenes fue publicada en Núremberg como *Trial of the Major War Criminals* [Juicio a los Principales Criminales de Guerra]

Trial of the Major War Criminals Before the International Military Tribunal. Documents in Evidence. Vols. XXIVXLII. Núremberg. El texto de los documentos aceptados como pruebas en el juicio principal de Núremberg, en su idioma original.

Estudios Históricos

Ansel, Walter. *Hitler Confronts Britain*. Durham, N. C.: Duke University Press, 1960.

Churchill, Winston. *The Second World War*, Vols. I - V: Londres, Cassell, 1948 en adelante. [*La Segunda Guerra Mundial*, edición en dos volúmenes, La Esfera de los Libros]

Cooper, R. W. *The Nuremberg Trial*. Londres, Penguin Books 1947.

Craig, Gordon A. y Gilbert, Felix, editores. *The Diplomats*. Princeton, NJ, Princeton University Press, 1953.

Crankshaw, Edward. *Gestapo*. Londres, Putnam, 1956. Dulles, Allen Welsh. *Germany's Underground*. Nueva York, Macmillan, 1947.

Fitz Gibbon, Constantine. *The Blitz*. Londres, Wingate and Ace Books, 1959.

Flanner, Janet. *Men and Monuments*. Nueva York, Harper, 1947.

Jarman, T. L. *The Rise and Fall of Nazi Germany*. Londres, Cresset, 1955.

Knight-Patterson, W. M. *Germany from Defeat to Conquest*. Londres, Allen and Unwin, 1945.

Lee, Asher. *The German Air Force*. Londres: Duckworth, 1946.

Liddell Hart, B. H. *The Other Side of the Hill: The German generals Talk*. Londres, Cassell, 1948. [*El Otro lado de la Colina*. Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército de Tierra, 1983]

Namier, L. B. *Diplomatic Prelude*. Londres, Macmillan, 1948.

Namier, L. B. *Europe in Decay*. Londres, Macmillan, 1950.

Namier, L. B. *In the Nazi Era*. Londres, Macmillan, 1952.

Neumann, Franz. *Behemoth*. Londres: Gollancz, 1942.

Reed, Douglas. *The Burning of the Reichstag*. Londres, Gollancz, 1934.

Reitlinger, Gerald. *The Final Solution*. Londres, Valentine Mitchell, 1953. [*La solución final*, Grijalbo, 1973]

- Reitlinger, Gerald. *The SS, Alibi of a Nation*. Londres, Heinemann, 1956.
- Richards, Denis, y Saunders, Hilary St. George. *RAF 1939-45*. Londres, HMSO, 1953-1954.
- Rieckhoff, H. J. *Triumph oder Bluff?* Ginebra, Interavia, 1945.
- Rossi, A. *The Russo-German Alliance*. Londres, Chapman and Hall, 1950.
- Shirer, William L. *The Rise and Fall of the Third Reich*. Nueva York, Simon and Schuster, 1960. [*Auge y Caída del Tercer Reich*, Caralt Editores, 1971]
- Shulman, Milton. *Defeat in the West*. Londres, Secker and Warburg, 1949.
- Survey of International Affairs*. Informes anuales del periodo de 1920 a 1938. Londres, Oxford University Press para el Royal Institute of Foreign Affairs, de 1925 en adelante. Volúmenes subsiguientes: *The World in March, 1939* y *Hitler's Europe* (2 volúmenes).
- Taylor, A. J. P. *The Origins of the Second World War*. Londres, Hamish Hamilton, 1961.
- Wheatley, Ronald. *Operation Sea Lion*. Nueva York, Oxford University Press, 1958.
- Wheeler-Bennett, J. W. *Munich, Prologue to Tragedy*. Londres, Macmillan, 1948.
- Wheeler-Bennett, J. W. *Nemesis of Power*. Londres, Macmillan, 1953.
- Wiskemann, Elizabeth. *The Rome-Berlin Axis*. Nueva York, Oxford University Press, 1949.

Memorias, Diarios y Biografías.

- Alfieri, Dino. *Dictators Face to Face*. Londres, Elek, 1954. [*Dos Dictadores Frente a Frente*. Caralt Editores, 1971]
- Benadotte, Folke. *The Curtain Falls*. Nueva York, Knopf, 1945.
- Blood-Ryan, A. W. *Goering, the Iron Man of Germany*. Londres, Long, 1938.
- Bodenschatz, Karl, *Jagd in Flanders Himmel*. Munich, Verlag Knorrund Hirth, 1935.
- Boldt, Gerhardt. *In the Shelter with Hitler*. Londres, Citadel Press, 1948.
- Bormann, Martin. *The Bormann Letters*. Londres, Weidenfeld y Nicolson, 1954.
- Bross, Werner. *Gespräche mit Hermann Goering*. Flensburg, Verlag Christian Wolff, 1950.
- Bullock, Alan. *Hitler*. Londres, Odham Press, 1952. [*Hitler*, 2 volúmenes, Ed. Grijalbo]
- Butler, Ewan y Young, Gordon. *Marshall without Glory*. Londres, Hodder and Stoughton, 1951. [*Goering, mariscal sin Gloria*, Círculo de Lectores, 1982]

- Ciano, Galeazzo. *Ciano's Diary, 1937-1938*. Londres: Methuen, 1952.
- Ciano, Galeazzo. *Ciano's Diary, 1939-1943*. Londres, Heinemann, 1947. [Ambas obras están incluidas en *Diarios 1937-1943*, Editorial Crítica, 2004]
- Coulondre, Robert. *De Stalin À Hitler*. París, Hachette, 1950. Dahlerus, Birger. *The Last Attempt*. Londres, Hutchinson, 1948.
- Diels, Rudolf. *Lucifer Ante Portas*. Zurich, Zwischen Severing und Heydrich Inter Verlag, 1949.
- Dodd, Martha. *Through Embassy Eyes*. Nueva York, Harcourt, Brace & Co., 1939.
- Dodd, William E. *Ambassador Dodd's Diary, 1933-38*. Londres, Gollancz, 1948.
- Fromm, Bella. *Blood and Banquets*. Londres, Bles, 1943.
- François-Poncet, André. *Souvenirs d'une Ambassade à Berlin*. París, Flammarion, 1946.
- Frischauer, W. *Goering*. Londres, Odhams, 1951.
- Galland, Adolf. *The First and the Last*. Londres, Methuen, 1955. [Los Primeros y los Últimos, parte de sus *Memorias de Guerra*, Ediciones Altaya, 2008]
- Gilbert, G. M. *Nuremberg Diary*. Nueva York, Farrar Straus, 1947.
- Gisevius, Hans Bernd. *Psychology of Dictatorship*. Nueva York, Ronald Press, 1950.
- Gisevius, Hans Bernd. *To the Bitter End*. Londres, Cape, 1948.
- Goebbels, Joseph. *The Goebbels Diaries*. Londres, Hamish Hamilton, 1948.
- Goebbels, Joseph. *My Part in Germany's Fight*. Londres, Paternoster Library, 1938.
- Goering, Hermann. *Reden und Aufsätze*. Munich, Eher 1935.
- Goering, Hermann. *Germany Reborn*. Londres, Elkin Matthews, 1934.
- Gritzbach, Erich. *Hermann Goering: The Man and His Work*. Londres, Hurst and Blackett, 1939.
- Guderian, Heinz. *Panzer Leader*. Londres, Michael Joseph, 1952.
- Halder, Franz. *Hitler as Warlord*. Londres, Putnam, 1950.
- Halifax, Lord. *The Fullness of Days*. Londres, Collins, 1957.
- Hanfstaengl, Ernst. *Hitler: The Missing Years*. Londres, Eyre and Spottiswoode, 1957.
- Hassel, Ulrich von. *The Von Hassel Diaries, 1938-44*. Londres, Hamish Hamilton, 1948.
- Heiden, Konrad. *Der Führer*. Londres, Gollancz, 1944.
- Henderson, sir Nevile. *Failure of a Mission*. Londres, Hodder and Stoughton, 1940. [El Fracaso de una Misión: Berlín 1937-1939, Editorial Alfama, 2004]
- Hermann, Hauptmann. *The Luftwaffe, Its Rise and Fall*. Nueva York, Putnam, 1943.

Hibbert, Christopher. *Mussolini*. Londres, Longmans, 1962. [*Mussolini*, Editorial San Martín, 1975]

Hitler's Table Talk. Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1953. [*Conversaciones Privadas de Hitler*, Editorial Crítica, 2004]

Howe, Thomas C. *Salt Mines and Castles*. Nueva York, Bobs Merrill, 1946.

Hossbach, Friedrich. *Zwischen Wehrmacht und Hitler*. Wolfenbütteler Verlagsanstalt, 1949.

Kelley, Douglas M. *Twenty-Two Cells in Nuremberg*. Nueva York, Grenberg, 1947.

Kesselring, Albert. *Soldat Bis zum Letzten Tag*. Stuttgart, Athenäum Verlag, 1950.

Koller, Karl. *Der Letzte Monat*. Mannheim, Norbert Wohlgemuth Verlag, 1949.

Kirkpatrick, sir Ivone. *The Inner Circle*. London, Macmillan, 1959.

Lochner, Louis. *What About Germany?* Nueva York, Dodd, Mead, 1942.

Lochner, Louis. *Tycoons and Tyrant*. Chicago, Regnery, 1954.

Ludecke, Kurt G. W. *I Knew Hitler*. Londres, Jarrolds, 1938.

Manvell, Roger y Fraenkel, Heinrich. *Dr. Goebbels*. Nueva York, Simon and Schuster, 1960. [*Goebbels*, Tempus, en preparación]

Papen, Franz von. *Memoirs*. Londres, Deutsch, 1952.

Rommel, Erwin. *The Rommel Papers*. Londres, Collins, 1953.

Schacht, Hjalmar. *Account Settled*. Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1948.

Schacht, Hjalmar. *My First Seventy-Six Years*. Londres, Wingate, 1955.

Schellenberg, Walter. *The Schellenberg Memoirs*. Londres, Deutsch, 1956. [*Al Servicio de Hitler, Memorias del Jefe del Espionaje Nazi*. Belacqva de Ediciones y Publicaciones, 2005]

Schmidt, Paul. *Hitler's Interpreter*. Londres, Heinemann, 1951.

Semmler, Rudolf. *Goebbels, the Man Next to Hitler*. Londres, Westhouse, 1947.

Shirer, William L. *Berlin Diary*. Nueva York, Knopf, 1941. [*Diario de Berlín 1936-1941*, Ed. Debate]

Shirer, William L. *End of a Berlin Diary*. Nueva York, Knopf, 1947.

Trevor-Roper, H. R. *The Last Days of Hitler*. Londres, Macmillan, 1947. [*Los Últimos Días de Hitler*, Editorial Alba, 2000]

Thyssen, Fritz. *I Paid Hitler*. Londres, Hodder and Stoughton, 1941.

Valland, Rose. *Le Front de l'Art*. París, Plon 1961.

Weizsaecker, Ernst von. *The Weizsaecker Memoirs*. Londres, Gollancz, 1951.

Welles, Sumner. *The Time For Decision*. Nueva York, Harper, 1944.

Wheeler-Bennett, J. W. *Hindenburg: The Wooden Titan*. Londres, Macmillan.

Wilamowitz-Moellendorff, Fanny von. *Carin Göring*. Berlín: Verlag von Martin

Warneck, 1934.

Young, Desmond. *Rommel*. Londres, Collins, 1950 [*Rommel, el Zorro del Desierto*, varias ediciones]

Notas de los autores

Capítulo 1

Las principales fuentes para este capítulo, además de las anteriores biografías de Goering que hemos consultado, son los recuerdos personales de *Fräulein* Erna y *Fräulein* Fanny Graf de Múnich y del profesor Hans Thirring, el eminente médico. Todos ellos conocieron a Goering íntimamente cuando eran niños. El profesor Thirring es quien avala la existencia de una relación íntima entre *Frau* Franziska Goering y Von Epenstein. Cualquier duda sobre los orígenes judíos de Epenstein queda despejada por la inclusión de su nombre en el *Semi-Gotha*. Las legendarias o semilegendarias hazañas de la juventud de Goering fueron descritas en la biografía oficial escrita por Erich Gritzbach, *Hermann Goering: El Hombre y su Obra* [*Hermann Goering: The Man and His Work* en la edición inglesa], cuyo texto editó el propio Goering... ¡y luego insistió en quedarse con la mayor parte de los *royalties* por hacerlo! La carrera de Goering durante la última parte de la Segunda Guerra Mundial fue descrita por Karl Bodenschatz en su libro *Jagd in Flanders Himmel*, del cual hemos tomado citas de los informes de guerra de Goering. Hemos podido complementar este libro gracias a la información adicional obtenida de Bodenschatz y Hermann Dahlmann (ver nota 4 más abajo). La historia del encuentro de Goering con Carin von Kantzow fue contada con gran sentimiento por su hermana, la difunta Fanny von Wilamowitz-Moellendorff, en su libro *Carin Göring*.

1. El propio Goering le contó esta historia al Dr. Gilbert, el psiquiatra de la prisión de Núremberg. Ver el artículo de Gilbert en el *Journal of Abnormal and Social Psychology*, Vol. 43, N.º 2 (Abril de 1948). <<

2. Las principales historias sobre las hazañas de Goering que aparecen aquí han sido tomadas de la biografía de Gritzbach, que, hay que recordar, editó el propio Goering. <<

3. Heinrich Fraenkel (cuyo nombre a partir de aquí quedará indicado por las iniciales HF) escuchó una historia de cierta relevancia psicológica de boca del profesor Thirring: Cuando Goering tenía unos quince años y ya estaba desmedidamente orgulloso de su habilidad excepcional como arrojado alpinista, consiguió unirse a un equipo compuesto por los hermanos Thirring y un inglés llamado Bob Dunlop, todos ellos mucho mayores que él, equipo que intentaría el difícil ascenso de la cara sur del Gurpetschek. Goering, sin embargo, todavía estaba en una edad en la que tenía que pedir permiso a su padrino antes de hacer tal escalada, y, como las condiciones para la escalada al amanecer sólo fueron buenas una mañana, los demás escaladores

querían partir sin él, ya que Goering no podía salir inmediatamente. Cuando Goering se enteró de que se habían marchado sin él, se enfureció tanto que los siguió y observó la escalada con unos prismáticos. Cuando los demás regresaron por la tarde, montó una escena histérica y los acusó, casi al borde de las lágrimas, de «conducta deshonrosa» y de «abuso de confianza». Luego se mofó de sus habilidades como escaladores, llamándolos meros aficionados. <<

4. Hermann Dahlmann, un antiguo *general der Flieger* en la Luftwaffe, en conversación con HF, mostró más reservas que Bodenschatz sobre las cualidades de Goering como aviador y como oficial. Conocía bien a Goering desde 1914, y afirmó que fue Loerzer quien hizo campaña entre las autoridades para que Goering recibiera la *Pour Le Mérite* antes de que en realidad hubiera derribado los veinticinco aviones enemigos requeridos, una cifra que nunca logró. Recibió la condecoración como «piloto veterano» y se alegró desmedidamente. Cuando posteriormente fue puesto al mando del escuadrón Richthofen tuvo, según Dahlmann, más dificultades a la hora de mantener la disciplina de las que Bodenschatz admite, y se volvió muy impopular entre sus propios hombres debido a su arrogancia, una impopularidad que le acompañó mucho después de que acabara la guerra... y que de hecho duró hasta que llegó al poder y los hombres que habían servido bajo su mando se pensaron mejor el seguir evitándole. <<

5. Este relato de los encuentros del capitán (luego general de brigada de aviación) Beaumont con Goering aparece en el libro de Butler y Young *Mariscal sin Gloria*. Cuando HF habló con él acerca de esta historia, Beaumont dijo que los autores no habían sido fieles a la verdad. Sin embargo, no explicó de qué manera la historia era inexacta. <<

6. Citado en Gritzbach, *op. cit.*, p. 137. <<

7. Esta historia le fue contada a Roger Manvell (que a partir de ahora aparecerá mencionado como RM en estas notas) en Estocolmo por la periodista sueca Inger Reimers, que conocía a la dama en cuestión y avala la veracidad de la historia, que tiene un final divertido. En 1933, cuando Goering llegó al poder, envió a la dama una foto suya autografiada con su número de teléfono privado. Posteriormente esa foto resultaría ser muy útil. Durante la ocupación de Dinamarca escribió para una publicación antinazi y recibió una visita de la Gestapo en medio de la noche. Tan pronto como encontraron la fotografía entre sus documentos, adoptaron inmediatamente una actitud respetuosa y se marcharon. <<

8. Para el conde Von Rosen, la esvástica no significaba nada otra cosa que un emblema que él y unos amigos había adoptado en la escuela y que llegó a usar como símbolo de la familia. Introduciría la esvástica en el diseño de su *ex libris*, y todavía puede verse en Rockelstad y en la vidriera conmemorativa de la familia Rosen en la

Casa de la Nobleza en Estocolmo. Cuando el conde regaló un avión a Finlandia durante la guerra contra Rusia, éste también llevaba una esvástica pintada como símbolo de buena suerte, y Finlandia posteriormente adoptó el símbolo para todos los aviones militares. Esa información se la dio a RM en Estocolmo el señor Uno Lindgren, amigo de la familia Rosen. <<

9. Uno Lindgren le mostró a RM en Estocolmo un ejemplar de ese raro libro, impreso en alemán. <<

10. *Trial of German War Criminals: Proceedings of the International Military Tribunal* [Juicio a los Criminales de Guerra Alemanes: Actas del Tribunal Militar Internacional] (Edición británica), IX, pp 64-65. Los volúmenes de las actas del juicio de Núremberg serán indicados a partir de aquí con las iniciales TMI (Tribunal Militar Internacional). <<

Capítulo 2

Desde la fecha en la que comienza este capítulo, la historia de Goering coincide en su mayor parte con la de Hitler y la del movimiento nazi. Nuestras principales fuentes de referencia para información histórica han sido *The Rise and Fall of the Third Reich* [Auge y Caída del Tercer Reich] de William L. Shirer y *Hitler: A Study in Tyranny* [Hitler: Un Estudio en Tiranía] de Alan Bullock. Estamos en deuda con Ernst Hanfstaengl en lo que se refiere a la información personal sobre Goering en esa época. Las cartas que Carin Goering escribió a sus padres están tomadas de la biografía que de su hermana escribió Fanny Wilamowitz-Moellendorff. Los detalles sobre la reclusión de Goering en el manicomio de Langbro están tomados principalmente de *Mariscal sin Gloria* de Butler y Young. El psiquiatra principal de Langbro en el momento del tratamiento de Goering, el profesor Olaf Kinberg, murió en 1960. Sin embargo, RM entrevistó en Estocolmo a un psiquiatra que había observado a Goering durante el periodo inmediatamente anterior a su internamiento en Langbro, cuando aún estaba siendo tratado en hospitales privados. Era muy violento y hubo que ponerle camisa de fuerza. El psiquiatra recalcó, pese a todo, que no estaba loco; su inestabilidad se debía por completo a la influencia de la morfina en su sistema. Durante el periodo de enfermedad de Goering, todos los informes que los médicos hacían sobre individuos eran considerados documentos de dominio público en Suecia. Ése ya no es el caso, pero cuando Goering llegó al poder los comunistas consiguieron hacerse con el historial médico y certificados de Goering. El certificado que ordenaba su internamiento en Langbro fue reproducido en el *Libro Pardo* en 1933.

11. TMI, IX, p. 65. <<

12. Conversaciones Privadas de Hitler, p. 168. <<

13. Hanfstaengl, *The Missing Years*, p. 71. Ver también p. 111. <<

14. Goering se esforzaba por que la historia de su rescate de las calles permaneciera tan a oscuras como fuera posible. Ésta es la versión que le contó Hanfstaengl a HF: «Me contó cómo consiguió arrastrarse hasta detrás de uno de los leones monumentales delante del palacio Residenz después de ser herido. Algunos de los camisas pardas lo llevaron al primer doctor que había en la Residenzstrasse, que resultó ser judío; durante muchos años después, Goering habló con gratitud de su amabilidad y habilidad». HF oyó una versión más completa de boca del Dr. T. Eitel, que conocía bien a *Frau* Ballin, ya que fue su paciente en el sanatorio de Oberstdorf. Los Ballin estaban lejanamente emparentados con el conocido Albert Ballin, el amigo del Káiser y jefe de la Línea Hamburg-America. Vivían en la Odeonsplatz, según el informante de HF, y Goering fue llevado a ellos por unos cuantos miembros de las tropas de asalto, quienes, sin saber que eran judíos, llamaron a la puerta y preguntaron si estaban dispuestos a aceptar «a un hombre herido, un caballero de la *Pour le Mérite*». *Herr* Ballin respondió que estaba dispuesto a aceptar a cualquiera sin consideración hacia sus condecoraciones. Posteriormente, según Hanfstaengl, Goering permitió a los Ballin emigrar a Sudamérica sin demasiados problemas, dejando incluso que se llevaran parte de su dinero, un privilegio de lo más inusual. <<

15. De hecho, fue un holandés, un acaudalado simpatizante del partido llamado Schuler, quien llevó a Goering a Innsbruck atravesando la frontera. Esa información le fue dada a HF por Hanfstaengl. El matrimonio Goering tenía un amigo en Innsbruck, un especialista en enfermedades infantiles llamado Sopelsa, a cuya casa fueron llevados los fugitivos. La viuda del Dr. Sopelsa vivía en Salzburgo y era amiga de los Thirring. Le contó a HF cómo su marido había examinado la herida de Goering y vio que era necesario enviarlo inmediatamente a un hospital. <<

16. Ver Frischauer, *Goering*, p. 64. <<

17. Ver Butler y Young, *Mariscal sin Gloria*, pp. 84-87. <<

Capítulo 3

El regreso de Goering a Alemania lo devolvió a la historia del movimiento nazi. Además de las fuentes principales anteriormente mencionadas, recibimos información personal acerca de este periodo de la vida de Goering por parte de Ernst

Hanfstaengl, Hans Streck y Karl Bodenschatz, entre otros que aparecen citados en sus respectivos lugares. Las cartas de Carin, como antes, proceden del estudio biográfico escrito por su hermana, que también se convirtió en nuestra fuente principal acerca de los hechos de sus últimos años con Goering. El propio Goering relató su versión de la historia de sus servicios al movimiento nazi ante el Tribunal Militar Internacional de Núremberg.

18. La información concerniente a la situación financiera de Goering en esa época y sus diversos negocios le fue proporcionada a HF por el Dr. Justus Koch, Ernst Hanfstaengl y Erhard Milch. <<

19. Heiden, *Der Führer*, pp. 238-239. <<

20. Durante este periodo crítico, Goering se alojó en Múnich en la casa de Hans Streck, a quien HF entrevistó. Streck era un músico que había tomado parte en el *putsch* de 1923. Fue Roehm quién preguntó a los Streck si podían alojar a Goering, ya que éste no tenía dinero para un hotel. Pasó la noche en el sofá, dejando la sala de estar cuando el sirviente vino a limpiar al día siguiente. Al principio estaba muy deprimido e incluso llegó a hablar sobre un intento de suicidio, pero estaba decidido a reincorporarse al partido, aunque eso no era fácil teniendo en cuenta las críticas que, según Streck, Hitler había hecho mientras Goering estaba en el exilio. Era vital para su carrera empresarial conseguir que Hitler le asegurara que recibiría uno de los escaños del Reichstag que ganara el voto nazi en las siguientes elecciones. Sólo tras tres días de reuniones con Hitler consiguió arrancarle la promesa que necesitaba. Volvió contento de esa reunión final. Pese a su pobreza, *Frau* Streck recuerda sus pijamas de seda, su kimono de seda negra con dragones dorados bordados, su anillo de sello y sus manos bien cuidadas. Cuando se fue, dejó un florido mensaje en el libro de visitantes de los Streck. También es de interés que Streck fuera tutor de canto de la sobrina preferida en exceso de Hitler, Geli Raubal. Hanfstaengl también cree que la actitud indiscreta de Goering con Hitler durante su periodo de exilio explica la frialdad de este último; según Hanfstaengl, Goering más o menos chantajeó a Hitler para que lo aceptara de nuevo en el partido después de cuatro años y medio de separación. Después de lograrlo, Goering fue corriendo a la casa de Hanfstaengl presa de una gran excitación para gritarle que iba a ser diputado del Reichstag; le dijo a Hanfstaengl que había obligado a Hitler a aceptarle de nuevo recurriendo a argumentos tanto sentimentales como pragmáticos. Hanfstaengl cree que Hitler debió pensar durante las reuniones con Goering si era mejor para el partido tener a ese hombre excitable como amigo o como enemigo, y que al final decidió que podía ser un poderoso aliado si se le daba la oportunidad. Unas pocas semanas después, en una reunión privada, anunció: «He decidido que el Camarada del Partido Goering tendrá un escaño asegurado». Ver también *Hitler: The Missing Years* de Hanfstaengl, p. 143.

<<

21. Ver *Goebbels* de Manvell y Fraenkel, p. 84. <<
22. Thyssen, *I Paid Hitler*, p. 131. <<
23. Las citas de los discursos de Goering que aparecen aquí y más adelante están tomadas de Gritzbach, *op. cit.*, pp. 128, 74-76. <<
24. Thyssen, *op. cit.*, (p. 142), afirma que Goering pasó una semana con el ex-Káiser en Doorn en el otoño de 1932. <<
25. Citado en el *Hitler* de Bullock, p. 146. <<
26. Ver Knight-Patterson. *Germany from Defeat to Conquest*, p. 483. <<
27. Schacht, *My First Seventy-Six Years*, p. 279. <<
28. Las opiniones parecen divergir sobre las habilidades de Goering como conductor. La opinión de Hitler aparece registrada en *Conversaciones Privadas de Hitler*, p. 311. Milch está de acuerdo en que Goering era un conductor peligroso. Por otro lado, Birger Dahlerus alaba el estilo de Goering en la carretera cuando lo llevó de Carinhall a Berlín. *Frau Emmy Goering* afirma que era un conductor maravilloso, aunque en 1934 ambos tuvieron un accidente casi mortal cuando el coche de Goering chocó con un camión cerca de Rosenheim. <<
29. Ver Blood-Ryan, *Goering, The Iron Man of Germany*, pp. 136-137. Cuando *Frau Von Papen* se quejó a Goering, alrededor del año 1932, sobre la actitud de los nazis hacia los católicos, éste replicó: «Eso podría cambiarse enseguida. ¿Por qué la Iglesia Católica no repudia el Antiguo Testamento?». Le señaló que lo realmente importante era eliminar los orígenes judíos del cristianismo. Papen le contó esto a HF, añadiendo que Goering probablemente lo dijera bromeando. <<
30. Citado en Blood-Ryan, *op. cit.*, p. 151. Los comentarios de Goebbels en este periodo proceden de su diario publicado, *My Part in Germany's Fight*. <<
31. Citado en Butler y Young, *Mariscal sin Gloria*, p. 113. <<
32. Citado en Blood-Ryan, *op. cit.*, pp. 155-156. <<
33. TMI, IX, p. 69. <<
34. Esos homenajes a Hitler aparecen en el libro de Goering *Alemania Renacida*, pp. 77-98. <<
35. Según Knight-Patterson, *op. cit.* (p. 542), Goering recibió 367 votos contra 135 para el candidato socialista y 80 para el candidato comunista. <<
36. Citado en Gritzbach, *op. cit.*, p. 142. <<

37. Papen le contó a HF que no hubo rencores permanentes entre él y Goering como resultado de este truco. Papen lo aceptó como una brillante jugada de manipulación política. La cita de sus *Memorias* aparece en la página 208, la de *Alemania Renacida* en la página 103, y la del TMI en la página 69. <<

38. Papen, *op. cit.*, p. 242. <<

39. Goering, *Alemania Renacida*, p. 111. La cita siguiente procede de la biografía de Hindenburg de Wheeler-Bennett, *The Wooden Titan*, p. 434. <<

Capítulo 4

Además de las fuentes de referencia principales sobre la historia de la Alemania nazi y el testimonio de Goering en Núremberg, hemos recurrido tanto a las memorias publicadas como a los recuerdos personales de Papen, Schacht, Hanfstaengl, Schwerin von Krosigk y Hans Bernd Gisevius para obtener información adicional para este capítulo. Hemos consultado, entre otras muchas fuentes sobre el incendio del Reichstag, el excelente trabajo contemporáneo de Douglas Reed, pero hemos complementado este material publicado con investigaciones más particularmente centradas en las conexiones entre el incendiario holandés Van der Lubbe y los nazis, relaciones que pueden considerarse incuestionables. Sigue sin haber evidencias positivas de que Goering iniciara o estuviera implicado en el incendio. A partir de ahí disfrutó de mantener el misterio sobre si había sabido algo sobre el incendio, y se convirtió en una de sus bromas recurrentes. HF estuvo presente en la investigación legal sobre los orígenes del incendio que tuvo lugar en Londres en 1933, en la que las pruebas aportadas (no todas por medios legítimos) apuntaban a la implicación de Goering. En el juicio de Núremberg, sin embargo, Gisevius convirtió a Goering en el principal instigador del incendio. Ver también el apéndice a este libro «El Incendio del Reichstag». En cuanto a la conexión de Goering con la Gestapo y las SS, hemos consultado principalmente el libro de Gerald Reitlinger sobre las SS. *Frau Goering*, Karl Bodenschatz y Willy Schade, el experto en silvicultura que administraba la caza de Goering, no proporcionaron información especial. También hay innumerables descripciones publicadas de Carinhall hechas por visitantes a los que Goering llevó de visita guiada de sus propiedades; sus descripciones varían solamente en que la mansión estaba en un estado constante de reformas. La mejor descripción de la propiedad sigue siendo la dada por Gritzbach en su biografía oficial de Goering.

40. Gritzbach, *op. cit.* P. 22. <<

41. Gritzbach a HF. <<

42. Papen, *Memorias*, p. 256. <<
43. Documents on British Foreign Policy, Segunda Serie, IV, pp. 230-231. <<
44. Citado en Blood-Ryan, *op. cit.*, pp. 187-188. <<
45. Citado en Heiden, *op. cit.*, p. 430. <<
46. Goering, *Alemania Renacida*, pp. 126-127. <<
47. Ver *Documents on German Foreign Policy*, Serie C, I, pp. 93-94. <<
48. Goering, *Alemania Renacida*, p. 134. Las citas siguientes son de Frischauer, *op. cit.*, p. 104. Shirer, *op. cit.*, p. 193, cita la historia contada por Halder. La declaración de Goering al general Donovan aparece citada por Papen en sus *Memorias*, p. 271. Tanto Schwerin von Krosigk como Papen le contaron a HF los comentarios que hizo Goering mientras estaba cautivo en Mondorf. <<
49. Documents on British Foreign Policy, Segunda Serie, IV, p. 431. <<
50. Información proporcionada a HF por Berthus Smith de La Haya. <<
51. La primera de esas dos declaraciones contradictorias de Diels puede encontrarse en Shirer *op. cit.*, p. 193, la segunda, en las *Memorias* de Papen, p. 271. <<
52. El interesante aunque melodramático relato de Martha Dodd sobre el comportamiento tanto de Diels como de Goering durante el juicio puede encontrarse en su libro *Through Embassy Eyes*, pp 58-62. Pese a las amenazas de Goering, Dimitroff consiguió salir de Alemania después del juicio. Cuando el embajador Dodd publicó su diario en 1941, afirmó que Diels (que para ese entonces ya era hostil a Goering y estaba en peligro debido a determinados conocimientos que tenía sobre el incendio del Reichstag) apeló a un periodista americano del que no se da el nombre para que hiciera lo que pudiera para salvar a Dimitroff de ser asesinado. La historia fue cuidadosamente filtrada a la prensa extranjera; por tanto provocó un desmentido de Goebbels, quien admitió que Goering, que se hallaba ausente en ese momento, había hablado indiscretamente. Cuando apareció el libro de Hanfstaengl en 1957, recordó que Martha Dodd le había contado lo que su padre había averiguado y que, junto con Luis Lochner, habían arreglado las cosas para que el encargado de prensa de Goering, Sommerfeldt, almorzara con un nuevo e inexperimentado representante de la agencia Reuters que podía extender sin pudor el rumor que había oído y pedirle a Sommerfeldt una declaración en nombre de Goering. Sommerfeldt se vio obligado entonces a garantizar el derecho de Dimitroff a salir de Alemania sin ser molestado, cosa que hizo. Desafortunadamente para Hanfstaengl, Goering se enteró posteriormente de su parte en este asunto. Martha Dodd no hace ninguna mención de este asunto en su libro. <<

53. Durante el otoño de 1933 se organizó en Londres una investigación legal particular sobre el incendio del Reichstag que se llevó a cabo en el local de la Law Society en Carey Street. El presidente era lord Marley, y *sir* Stafford Cripps dirigía a un grupo de destacados abogados que cribaron los testimonios dados por muchos testigos que habían huido de Alemania recientemente. HF estaba presente. Con frecuencia se ha dicho que esa investigación estaba instigada por los comunistas; aunque muchos comunistas destacados tomaron parte, aquéllos que dirigían la investigación no procedían todos ni mucho menos de las filas de la izquierda. Por ejemplo, el renombrado abogado americano Arthur Garfield Hays participó y asistió después al juicio de Leipzig; describió sus experiencias en su libro *City Lawyer* (1942). Hubo abogados de varios países que actuaron como observadores de la investigación. <<

54. Citado en Shirer, *op. cit.*, p. 195. <<

55. El texto del telegrama de Hitler aparece en Blood-Ryan *op. cit.*, p. 211. La versión de Goering aparece en su *Alemania Renacida*, p. 136. <<

56. Kropp le contó esta versión a HF. <<

57. *Frau* Goering le dio a HF los siguientes detalles sobre su primera relación y posterior amistad con Goering: Su primer encuentro fue meramente casual, durante una asamblea del partido en Weimar en la que habría una representación privada de escenas de los clásicos del teatro alemán. El encuentro que finalmente condujo a su amistad tuvo lugar meses después en 1932, también en Weimar, donde fueron presentados por una amiga común. Pasearon y hablaron sobre Carin, cuya muerte aún pesaba mucho en la mente de Goering. Para cuando fue nombrado presidente del Reichstag vivían juntos en su piso del Kaiserdamm, donde Emmy tenía su propia habitación que Goering se enorgullecía de amueblar lo mejor que podía permitirse. <<

58. Una posible relación amorosa con Margarete von Schirach aparece mencionada en Blood-Ryan, *op. cit.*, p. 262. La que mantuvo con Käthe Dorsch pertenecía a su juventud, y ella siguió siendo amiga de la familia tras el matrimonio de Goering y Emmy, aunque Goering siguió siendo estrictamente fiel a Emmy. <<

59. En relación a esas declaraciones, ver el *Hitler* de Alan Bullock, p. 235, y *Der Führer* de Heiden, p. 462. <<

60. Thyssen, *op. cit.*, pp. 68, 168. <<

61. Rieckhoff en *Triumph oder Bluff?* (p. 37) deduce que Goering obligó a Hindenburg en lo referente a su promoción anunciando por adelantado a la prensa que había sido nombrado general. Milch le contó a HF que esa historia es falsa. Él

mismo fue enviado a hablar con Blomberg unas cuantas veces para discutir unas cuantas promociones, incluyendo la suya y la de Goering. Le dijo a Blomberg que Goering esperaba ser nombrado general y no simplemente general de brigada como era la intención de Blomberg, ya que en aquel momento Goering sólo era capitán. Blomberg accedió finalmente el 19 de octubre de 1933, Goering fue ascendido a general, y el ascenso se hizo efectivo con fecha retroactiva del 1 de octubre de 1931, para darle antigüedad. Goering estaba encantado. <<

62. La fuente principal sobre los hábitos privados de Goering es la información dada por Robert Kropp a HF. Los detalles dados por Cap, el cortador, que se dan a continuación, también fueron obtenidos en conversación con HF. <<

63. Un cierto número de los particulares que aparecen a continuación proceden de Blood-Ryan, *op. cit.*, pp. 216-225. <<

64. Hanfstaengl, *op. cit.*, p. 212. <<

65. Galland, *Los Primeros y los Últimos*, p. 17. <<

66. Ver *Documents on British Foreign Policy*. Segunda Serie, VI, pp. 749-751. <<

67. Los detalles sobre esta ceremonia de enterramiento fueron narrados a HF por Bodenschatz, que tuvo un papel destacado en llevar el cuerpo a Carinhall. Bodenschatz también examinó el coche de Himmler; había agujeros en el parabrisas, pero podían deberse tanto a piedras como a balas. <<

Capítulo 5

Las fuentes especiales para este capítulo y el siguiente, en los cuales la vida de Goering está íntimamente unida a la historia del régimen en conjunto, incluyen a Papan, Bodenschatz y Schacht; las memorias publicadas de embajadores, ministros y diplomáticos como Nevile Henderson, lord Halifax, François-Poncet, Coulondre, Kirkpatrick y, en menor medida, el embajador Dodd, son de un interés e importancia considerable. Los comentarios de Ciano y Hassel son útiles, y hemos recurrido muy a menudo a los *Documents on German Foreign Policy* y a los *Documents on British Foreign Policy*, junto con la documentación diplomática publicada en el *Polish War Book*, el *French Yellow Book* y otras recopilaciones según se indica más adelante. Los estudios diplomáticos de Namier fueron de especial relevancia: *Diplomatic Prelude, In the Nazi Era* y *Europe in Decay*; también lo fueron los estudios publicados anualmente para el *Royal Institute of International Affairs* [Instituto Real para Asuntos Exteriores], el *Survey of International Affairs* y los volúmenes subsiguientes, *Hitler's Europe. Rome-Berlin Axis* de Elizabeth Wiskemann nos ayudó en las

relaciones de Goering con los italianos. El propio testimonio de Goering en Núremberg y la historia de sus actividades que describió en *Alemania Renacida*, un libro escrito especialmente para su publicación en Inglaterra en 1934, han sido consultados, y también lo han sido los recuerdos de Paul Schmidt, el intérprete oficial de Hitler, que también trabajó para Goering. La información sobre la naturaleza de los tratamientos de desintoxicación periódicos a los que se sometía Goering se obtuvo del sanatorio Kahle en Colonia y de Robert Kropp. Dahlerus, por supuesto, publicó sus propios recuerdos de sus discusiones con Goering en su propio libro, *El Último Intento*.

68. Ver TMI, IX, p. 79. <<

69. Toda la policía alemana fue unificada bajo un único departamento en junio de 1936. Escribiendo en 1937, Gritzbach, el biógrafo oficial de Goering, dice (p. 42) que su «conexión directa y cercana con la policía alemana sigue siendo tan directa y cercana hoy en día como lo era cuando puso a Himmler al mando de ésta». Luego habla de «la confianza y camaradería mutuas» entre Goering y Himmler «en la persecución de su fin común». <<

70. Papen confirmó en conversación con HF que Goering sin duda le salvó la vida al ponerlo bajo arresto domiciliario. <<

71. Ver Wheeler-Bennett, *Nemesis of Power*, p. 323. <<

72. Esta descripción de la ceremonia fue confirmada por Milch en conversación con HF. <<

73. Goering repetía un comentario que una vez hiciera el Dr. Lueger, alcalde de Viena y conocido antisemita. Hay amplias evidencias de que Goering ayudó a muchos judíos a los que favorecía por una razón u otra, como los Ballin, cuya historia ha aparecido ya en estas notas. *Frau* Goering con frecuencia ponía en su conocimiento casos que creía merecedores de ayuda e intercedía por los hombres y mujeres implicados; también lo hacían Käthe Dorsch y Gustav Gründgens, el famoso actor, que era otro amigo de la familia. <<

74. Kropp le contó a HF el momento en que *Frau* Goering supo por primera vez que Goering quería casarse con ella: «Tenía que llevarla en coche a algún lugar donde el Jefe se reuniría con ella para el fin de semana, creo que era Weimar. El Jefe me había dado un sobre sellado que tenía que entregarle a *Frau* Sonnemann con estrictas instrucciones de que no lo abriera hasta que hubiéramos llegado. Cogió el sobre, pero siendo mujer, lo abrió al momento. La vi sonreír con deleite; salió del coche de un salto antes de que arrancara, volvió corriendo a la casa, donde acababa de dejar a Goering, y le puso los brazos al cuello. Sólo después supe lo que había en la carta; sólo dos palabras en la letra del Jefe: *Wir heiraten* [Nos vamos a casar]». <<

75. Schmidt, *Hitler's Interpreter*, pp. 30, 32. <<
76. Ver Namier, *Diplomatic Prelude*, pp. 220-221; *Polish War Book*, pp. 25-26; *Survey of International Affairs*, 1935, I, pp. 205-206. Para la misión de abril, ver Schmidt, *op. cit.*, pp. 27-30. <<
77. Ver el *Hitler* de Bullock, p. 328. <<
78. Ver TMI, IV, p. 66. <<
79. La versión de Schacht sobre su batalla con Goering por la política económica puede leerse en sus memorias, *My First Seventy-Six Years*, Capítulo 49. Ver también *Account Settled*, pp. 98-100. Sobre el asunto de la habilidad de Goering como ministro con potestad sobre asuntos económicos, Winkler, uno de los principales consejeros en materia económica de Hitler, le dijo a HF que Goering podía evaluar un balance general por intuición, cuando HF le repitió eso a Schacht, éste se simplemente se rio y dijo, «Goering, como economista, era un maldito idiota». Pero en muchos aspectos Goering era un buen ejecutivo que sabía cómo delegar la autoridad. <<
80. Sobre esas reuniones en Italia, ver Wiskemann, *Rome-Berlin Axis*, pp. 72-74; Schmidt, *op. cit.*, pp. 62-64; *The Ciano Papers*, pp. 80-81, y *Documents on German Foreign Policy*, Serie D, I, Números 199, 208. <<
81. Ver *Mussolini* de Hibbert, p. 83. <<
82. Ver *Survey of International Affairs*, 1937, I, pp. 325, 326, 409, 471. <<
83. Ellen Wilkinson dio su propia versión de este episodio a HF. <<
84. Sobre las visitas de lord Londonderry a Goering, ver Schmidt, *op. cit.* p. 52 y las *Memorias* de Papen, p. 399; sobre la visita de los Windsor, Schmidt, p. 74. <<
85. Ver François-Poncet, *Souvenirs d'une ambassade à Berlin*, pp. 10, 272, y Colouandre, *De Stalin à Hitler*, pp. 272-277. <<
86. *Polish White Book*, pp. 36-39. <<
87. Henderson, *Fracaso de una Misión*, p. 80. Las citas siguientes son de la página 84. <<

Capítulo 6

Las fuentes principales para la información de trasfondo ya han sido reseñadas en

la nota introductoria al capítulo 5. El Dr. Justus Koch, el asesor legal de *Frau Goering*, nos proporcionó las pruebas especiales sobre los ingresos de Goering y sus recursos económicos, ya que nos entregó una declaración jurada de después de la guerra firmada por *Herr Gerch*, el administrativo superior a cargo de los asuntos personales de Goering desde 1937 a 1945.

88. *Hassell Diaries*, pp. 23-24. Milch en conversación con HF consideró que Goering en cualquier caso sabía algo del historial de la esposa de Blomberg antes de que se casara con ella. Milch estuvo presente cuando Hitler se enfrentó al muchacho homosexual que estaba dispuesto a convertirse en el acusador de Fritsch. Ver también *Nemesis of Power* de Wheeler-Bennett, SS de Gerald Reitlinger y las Memorias de Schellenberg, p. 32. <<

89. Hay una copia completa de las transcripciones en la Biblioteca Wiener de Londres, y de ahí hemos tomado nuestras citas. <<

90. Las actividades de Goering durante la noche del *Anschluss* y al día siguiente han recibido especial atención en *Survey of International Affairs*, 1938, II, pp. 62-64; Namier, *Europe in Decay*, pp. 174-176; *Múnich* de Wheeler-Bennett y *Fracaso de una Misión* de Henderson. Ver También *Documents on German Foreign Policy*, Serie D, II, pp. 157, 164, 168, 183, y *Documents on British Foreign Policy*, Serie III, I, pp. 32, 36, 40, 44. <<

91. En la Biblioteca Wiener se guarda la transcripción de la llamada telefónica de Goering a Ribbentrop. <<

92. Ver *Documents on British Foreign Policy*, Tercera Serie, I, Números 152, 241, 439. <<

93. Sobre las declaraciones hechas por Goering en este párrafo, ver TMI, IV, 67; Documentos del Juicio R-140 y USA 160; *Survey of International Affairs*, 1938, III, pp. 43-44, 530 y 532; y Shirer, *Auge y Caída del Tercer Reich*, pp. 476-477. <<

94. Ver *Survey of International Affairs*, 1938, II, pp. 302-303. <<

95. Este famoso documento fue citado incesantemente en Núremberg. Nuestra transcripción está tomada de la copia que se guarda en la Biblioteca Wiener. <<

96. Documento del Juicio PS 710. Citado en Reitlinger, *La Solución Final*, p. 21. <<

97. Los métodos de trabajo de Goering fueron descritos a HF por Milch, Bodenschatz, Brauchitsch, Wohltat y Schwerin von Krosigk y respaldados por el interrogatorio de Diels que tuvo lugar el 22 de octubre de 1945. La cita de Kesselring proviene de su *Soldat Bis zum Letzten*, p. 160. La declaración de Speer procede de una serie de interrogatorios llevados a cabo durante agosto y septiembre de 1945. <<

98. Bernd von Brauchitsch describió esta escena en conversación con HF. <<
99. Ver *Documents on German Foreign Policy*, Serie D, II, Números 148 y 184; *Documents and Materials Relating to the Eve of the Second World War* (Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS), I, pp. 149-150. <<
100. La petición de Richthofen aparece recogida en *Documents on German Foreign Policy*, Serie D, III, Número 695. <<
101. *Ibid.*, II, N.º 816. <<
102. *Ibid*, IV, Números 68, 69 y 112. También Billock, *op. cit.*, p. 440 y Shirer, *Auge y Caída del Tercer Reich*, p. 433. <<
103. Goering también admitió esto ante Henderson en su momento. Ver *British Blue Book*, pp. 18-19. Y ver Wheeler-Bennett, *Múnich*, p. 344. <<
104. Goering, por supuesto, llevaba esos instrumentos con otro propósito. Milch le clarificó ese detalle a HF. <<
105. Ver Alfieri, *Dos Dictadores Frente a Frente*, p. 25. <<
106. Ver *Documents on British Foreign Policy*, Serie III, V, Números 377 y 510. <<
107. Ver *German-Polish Relations*, 28 de mayo de 1939, y *Documents on German Foreign Policy*, Serie III, V, Números 658-659. También Henderson, *Fracaso de una Misión*, pp. 225-227. <<
108. Ver *Nazi Conspiracy and Aggression*, VI, pp. 718-731. <<
109. En referencia sobre esas reuniones del Consejo, ver TMI, XVIII, p. 67; sobre el informe del embajador inglés, ver *German-Polish Relations*, p. 119, y *Documents on British Foreign Policy*, Serie III, VII, N.º 263; en referencia al informe Vogler, ver Louis P. Lochner, *Tycoons and Tyrant*, p. 58. <<
110. Goering llevaba algún tiempo presionando para un incremento en la importación de materias primas de Rusia; ver Shirer, *Auge y Caída del Tercer Reich*, pp. 476-477; sobre la visita de Bodenschatz a las embajadas, ver Namier, *Diplomatic Prelude*, p. 189. <<
111. No caben muchas dudas sobre la sinceridad de Goering al decir que no deseaba la guerra; su actitud no está en desacuerdo con su oportunismo. Esa guerra probablemente era inevitable en alguna fecha distante en el futuro que obviamente aceptaba, pero esperaba que las hostilidades pudieran ser pospuestas durante el máximo tiempo posible tanto por su propia comodidad como por el bien de Alemania. Esa actitud coincidía con la de los generales de Hitler y los condujo a

considerar la posibilidad de reemplazar a Hitler con Goering cuando el Führer les impuso la guerra antes de lo que deseaban. <<

112. Para una descripción más completa de los negocios de Goering en el campo de las obras de arte, ver el Capítulo 8. <<

113. Los nombres de los siete hombres de negocios fueron pronunciados en el juicio de Núremberg; ver TMI, IX, p. 320. Los nombres reproducidos están mal escritos en unos cuantos casos. Deberían ser: Charles McLaren y C. F. Spencer, que eran directores de John Brown and Co.; S. W. Rawson, un fabricante de Sheffield; *sir* Robert Renwick; Brian Mountain; A. Holde y T. Mensforth, miembro de una gran compañía eléctrica. <<

114. Aparentemente Goering alardeó jactanciosamente en un cierto número de ocasiones. Ver Shirer, *op. cit.*, p. 557. <<

115. Ver Halifax, *Fullness of Days*, p. 209. <<

116. Ver anteriormente en esta página. <<

117. Ver Namier, *Diplomatic Prelude*, p. 331. Goering parece ser la última persona a la que Hitler informó de esta cancelación. Compárese con la situación posterior cuando Hitler no le consultó sobre la respuesta enviada al ultimátum británico. Ver también la cita tomada de un interrogatorio de Goering tras la guerra que aparece en Shirer, *op. cit.* p. 557. <<

118. En Núremberg, Goering negó enérgicamente haberse comportado de ese modo con Hitler. <<

119. Ver *Hassell Diaries*, pp. 69-72. Thyssen afirma que ese mismo día, el 31 de agosto, le envió un telegrama a Goering urgiéndole a asegurar un periodo de tregua «para ganar tiempo para la negociación»; más tarde, el 22 de septiembre, le envió un memorando desde su lugar de exilio en Francia exigiendo entre otras cosas, que se le comunicara al pueblo alemán que él, Thyssen, estaba en contra de la guerra. Goering, según Thyssen, le exigió que regresara y se retractara, en cuyo caso no sufriría recriminación alguna por lo que había dicho y hecho. Thyssen se negó. Ver su *I Paid Hitler*, pp. 33, 36, 39-46 y 45. <<

120. El texto que Goering le dio a Dahlerus es más extenso que el que se publicó a continuación. Ver Dahlerus, *The Last Attemp*, y Namier, *Diplomatic Prelude*, pp. 430-431. <<

121. Ver Henderson, *Fracaso de una Misión*, pp. 275-282. También Namier, *Diplomatic Prelude*, p. 377. Parece que Goering le dio a Henderson una copia de la nota que Ribbentrop retuvo. <<

Capítulo 7

Además de las fuentes principales, la información para este capítulo fue recopilada a partir de *March of Conquest* de Telford Taylor; *Rome-Berlin Axis* de Elizabeth Wiskemann; *The German Air Force y Blitz on Britain* de Asher Lee; *Los Primeros y los Últimos* de Adolf Galland; *The Blitz* de Constantine Fitzgibbon; *La Solución Final y SS* de Reitlinger; *Hitler Confronts England* de Walter Ansel; *Triumph oder Bluff?* de Rieckhoff y *El otro lado de la colina* de B. H. Liddell Hart. También hemos recurrido a los diarios de Hassell, Ciano y Semmler, y a las memorias y escritos de Sumner Welles, Alfieri, Paul Schmidt, Schacht, Schellenberg, Goebbels y Rommel. Las *Actas del Juicio* del TMI y los documentos relacionados publicados en *Nazi Conspiracy and Aggression* son de gran importancia para el periodo de la guerra, y estamos especialmente agradecidos a la ayuda personal y los consejos recibidos sobre este periodo de Galland, Milch, Schacht, Semmler, Schwerin von Krosigk, Brauchitsch y Bodenschatz.

122. La estrategia de la *blitzkrieg* ya había sido propuesta en una fecha tan temprana como 1921 por el general italiano Douhet en su libro *El Dominio del Aire* (ver *The Blitz* de Fitzgibbon, Capítulos 1 y 2). Goering conocía y admiraba el libro de Douhet.

<<

123. Taylor, *March of Conquest*, p. 25. <<

124. Bodenschatz contó a HF esta significativa declaración de Goering. Sin embargo, tanto Bodenschatz como Brauchitsch niegan que Goering tuviera intenciones secretas de unirse a una conspiración contra Hitler. <<

125. Ver los documentos pertenecientes a este periodo en *Documents on German Foreign Policy*, Serie D, V. <<

126. Ver TMI, II, p. 421 y siguientes, y VI, p. 71. <<

127. Galland cita las siguientes cifras mensuales de producción de cazas diferenciada de la de bombarderos, aviones: 1940, 125; 1941, (bajo Udet), 375; principios de 1942, 250; 1942 (bajo Milch), 1000; otoño de 1944 (bajo Speer), 2500. La proporción de cazas a bombarderos en 1939 era de 1 a 3; en 1940 sólo de 1 a 4. Las investigaciones oficiales de los Estados Unidos después de la guerra hacen hincapié en el nivel asombrosamente bajo de producción armamentística durante el periodo de 1940 a 1942; la producción inglesa era de hecho mayor que la de Alemania, que parecía seguir pensando en términos de una guerra corta. Las cifras de producción inglesa para cazas durante los meses de mediados de 1940 ascendieron a casi 500 aparatos al mes. El servicio de inteligencia de Himmler era mucho más preciso en

esos asuntos que el de Goering, pero Goering, naturalmente, prefería refugiarse en busca de consuelo en las cifras más bajas que le daban sus propios hombres. Ver Schellenberg, *op. cit.* 125. <<

128. Ver Rossi, *The Russo-German Alliance*, p. 109. <<

129. Diarios de Ciano, 1939-43. p. 210. Ver también Wiskemann, *op. cit.*, p. 54. <<

130. Shirer, *Diario de Berlín*, p. 299. <<

131. Documento del Juicio EC-606. <<

132. El general Student le contó esto a Liddell Hart. Ver *El Otro Lado de la Colina*, p. 149. <<

133. Durante 1938 se le dijo al general Felmy que preparara un plan para la eliminación de la resistencia inglesa mediante ataque aéreo. El plan que presentó estaba diseñado con la intención de demostrar que la Luftwaffe no podía lograrlo; la operación estaría fuera del alcance de sus fuerzas. Goering garabateó su rabia sobre el plan: «no pedí un estudio que evalúe las posibilidades y que describa nuestras debilidades, yo las conozco mejor que nadie». Jeschonnek devolvió el plan a Felmy con un mensaje verbal de que si Goering «lanzaba la Luftwaffe contra Inglaterra concentrando todos los escuadrones entonces los cielos de Londres se oscurecerían». Felmy previó problemas tan embarazosos como la necesidad de una enorme escolta de cazas para los bombarderos de Goering y la falta de formación de los pilotos en orientarse cruzando el mar. Ver Ansel, p. 191 y Rieckhoff, pp. 16-17 y 10. <<

134. Goering denegó la petición de Raeder de que la Luftwaffe minara Scapa Flow y los estuarios para obstaculizar a la flota inglesa durante el traslado de buques alemanes a Noruega. <<

135. Rieckhoff en *Triumph oder Bluff?* da una extraordinaria descripción del mando de la Luftwaffe, con los técnicos en permanente desacuerdo con los diseñadores y fabricantes, y muchos de los oficiales superiores, ascendidos con demasiada rapidez, ansiosos por encubrir las deficiencias y cubrirse las espaldas ante Goering y Hitler, que pronto tuvieron una impresión completamente falsa de las fuerzas a su disposición. A la organización en tierra se la dotó de unos lujos tremendos, de forma que la moral de los jóvenes pilotos, como elite de la raza superior, se mantuviera en las nubes. <<

136. Hay una copia del diario de Halder en la Biblioteca Wiener. El diario de Jodl puede encontrarse en *Nazi Conspiracy and Aggression*, IV, pp. 377-411. <<

137. Shirer, *Auge y Caída del Tercer Reich*, p. 733. Halder en su panfleto *Hitler as Warlord* (publicado por primera vez en alemán en 1949) preveía la acusación contra

Goering expresada en su carta a Shirer. Escribió (p. 30): «El involucramiento de las fuerzas francesas e inglesas, que era el único objetivo de toda la ocupación, estaba a punto de lograrse cuando Goering advirtió a Hitler en contra de dejar un éxito así a los generales, insinuando que si lo conseguían obtendrían un prestigio ante el pueblo alemán que podría amenazar sus posiciones. Goering ofreció los servicios de su fuerza aérea para completar la destrucción del enemigo rodeado por casi todos los flancos, sin ayuda del ejército». Esa acusación se basaba, según Halder, en las declaraciones que hicieron en 1946 dos oficiales superiores de la fuerza aérea. Otros factores que intervinieron en la decisión fueron el deseo de Hitler de conservar las divisiones blindadas para la conquista de Francia, y el hecho de que el territorio alrededor de Dunkerque no era adecuado para los tanques. Y los alemanes tampoco habían creído posible la evacuación casi milagrosa que tuvo lugar en el puerto y las playas de Dunkerque. <<

138. Milch le dio esta información a HF. <<

139. << Según Butler y Young en *Mariscal sin Gloria*, (p. 202), Goering incluso intentó, en vano, quedarse con la embajada inglesa como residencia privada.

140. Shirer, *Diario de Berlín*, p. 435. Durante el mes de julio Goering se volvió a reunir con Dahlerus y sugirió que el rey de Suecia podía intentar organizar una conferencia de paz entre los alemanes y los ingleses. Ver TMI, IX, pp. 220-221. <<

141. El 22 de julio de 1938 Goering pasó un día en el nuevo destructor alemán *Hermann Schumann*. Mostró su desdén por la Marina diciendo: «A partir del verano de 1939 Alemania tendrá formaciones aéreas que representarán tal peligro para la flota británica que no podrán usar sus bases navales». Le gustaba decir «Para lo único que necesitaré a la Marina será para tener estaciones meteorológicas submarinas en el Atlántico». (Ansel, *op. cit.* p. 111). <<

142. Al comienzo de la Batalla de Inglaterra la RAF, según estimaciones de Ronald Wheatley en su libro *Operation Sea Lion*, tenía entre 600 y 700 cazas en servicio; la Luftwaffe tenía unos 950 cazas, 1000 bombarderos a nivel y 300 bombarderos en picado. Denis Richards, historiador oficial de la RAF sitúa el número de aviones alemanes en servicio activo, incluyendo unidades disponibles procedentes de Escandinavia y Francia, en torno a los 250 bombarderos en picado, 1000 bombarderos a nivel y 1000 cazas, mientras que los ingleses sólo tendrían unos 700 cazas con los que oponerse a éstos. Rieckhoff (*op. cit.*, p. 82), sin embargo, desmonta las estadísticas de la Luftwaffe, demostrando que una unidad que supuestamente tenía cuarenta y cinco aviones disponibles podía tener, por ejemplo, veinte aviones en operación un día y literalmente ninguno al siguiente debido a los daños sufridos, falta de suministros, revisiones, mantenimiento de motores, alteraciones mecánicas, reparaciones de radio... De lo que se desprende que Goering a menudo desplegaba

aviones de papel y maldecía que no aparecieran sobre los cielos de Inglaterra. <<

143. Las pérdidas alemanas en el periodo que va desde el 23 de agosto al 6 de septiembre fueron de 378 aviones; las pérdidas británicas fueron 277. En los quince días siguientes, durante el *blitz* de Londres, Alemania perdió otros 262 aparatos frente a los 144 de Inglaterra. Cuando terminaron los bombardeos en octubre, Galland estimó sus pérdidas en un tercio de los bombarderos y una cuarta parte de los cazas. Mientras tanto, Inglaterra superaba a Alemania en producción de aviones al construir 9924 aparatos durante 1940 frente a los 8070 de Alemania (ver Shirer, *Auge y Caída del Tercer Reich*, p. 781). <<

144. Ver la declaración de Koller a Frischauer en *Goering*, p. 213. Milch expresó a HF su opinión de que Hitler no había abandonado en absoluto la idea de invadir Inglaterra en algún momento futuro, y que era poco probable que la idea de invadir Rusia hubiera tomado ya una forma definitiva en su mente en esa época. <<

145. Ver Rossi, *The Russo-German Alliance*, p. 121. <<

146. Ver TMI, IX, p. 136; Shulman, *Defeat in the West*, donde cita un interrogatorio de Goering por los americanos, pp. 56-57; y la declaración de Student a Liddell Hart, *op. cit.*, pp. 231-233. <<

147. Milch en conversación con HF. Para información sobre la visita de Goering y Student a Hitler, ver Liddell Hart, *op. cit.*, pp. 228-231. <<

148. Documento del Juicio PS 2718. <<

149. TMI, III, p. 6; *Nazi Conspiracy and Aggression*, V, p. 378. Ver también TMI, III, pp. 4-7; IV, pp. 75-76; VI, pp. 151-154 y los Documentos del Juicio PS 2718 y 1743 y USSR 10. <<

150. Para el texto completo traducido de esta conferencia, ver *Hitler's Europe*, II, pp 230-236. Para las excusas de Goering sobre esta conferencia, ver TMI, IX, p. 317 y siguientes. <<

151. TMI, IV, p. 75 y VII, pp. 231-232. <<

152. Ver TMI, IV, p. 79 y IX, p. 250. Ver también Shirer, *Auge y Caída del Tercer Reich*, p. 964. El 20 de mayo de 1941 Goering prohibió toda emigración voluntaria de los judíos de Francia y Bélgica aduciendo que eso interfería con el plan general de evacuación y por tanto se adelantaba a la «solución final» que estaba al alcance de la mano. Ver Reitlinger, *Solución Final*, p. 82. <<

153. Ver TMI, IV. pp. 71-72. <<

154. Se ha sugerido que Goering fue responsable directo de conducir a Udet al

suicidio. Bernd von Brauchitsch lo niega; en conversación con HF afirma que Udet estaba mortalmente preocupado por un trabajo para el que no era apto y por sus problemas con una mujer. <<

155. *Ciano's Diplomatic Papers*, pp. 464-465. <<

156. Ver TMI, IV, pp. 71-73 y xv, p. 183 (Documentos PS 1666 y 1183). Ver también *Nazi Conspiracy and Aggression*, IV, p. 183. <<

157. TMI, VII, p. 167 y siguientes; IX, p. 322 y siguientes; y xv, p. 203, Documento USSR 170. <<

158. Ver Schellenberg, *op. cit.*, pp. 216-217, 300-301, 344. <<

159. Sobre esos encuentros iniciales con Goebbels, ver sus *Diarios*, pp. 96 y siguientes y 142-143. <<

160. En la Biblioteca Wiener se conservan documentos relativos al caso Pieper. <<

161. Ver Schacht, *My First Seventy-Six Years*, pp. 418-419. <<

162. Sobre las relaciones entre Goering y el matrimonio Rommel, ver *Rommel* de Young, pp. 179-80 y *The Rommel Papers*, pp. 366-69. <<

163. Ver los *Diarios de Ciano*, 1939-1943, pp. 529-532. <<

164. Halder, *Hitler as Warlord*, p. 6. <<

165. Al dar su opinión sobre Goering los generales expresaron poco amor por él. Ver *Liddell Hart*, *op. cit.* pp. 130, 456, y *Shulman*, *op. cit.*, pp. 85-86. <<

166. Schwerin von Krosigk le dio esta información a HF. <<

167. Semmler, *Goebbels*, p. 60. <<

168. TMI, IX, p. 200. <<

NOTA ESPECIAL:

En el testimonio que proporcionó Goering durante su interrogatorio por un investigador inglés en Núremberg (6 de abril de 1946), éste afirmó que fue responsable de toda la campaña aérea contra Inglaterra. La pausa que siguió a la caída de Francia se debió, según dijo, en parte a la necesidad de reorganizar y reforzar la Luftwaffe, y en parte a la incertidumbre de si debía venir primero la invasión de Inglaterra o la conquista del Mediterráneo. También explicó que, al tener que desviar sus bombardeos de los centros estratégicos de la RAF

en Londres para cumplir las exigencias de Hitler de represalias le impidieron destruir la principal defensa inglesa contra la invasión, es decir, la RAF y la Marina, aunque admitió que los alemanes iban escasos de transporte. Tanto la fuerza aérea como la Marina inglesas hubieran tenido que ser inutilizadas desde el aire antes de poder hacer un desembarco con éxito. Le dijo a Hitler que la moral de Inglaterra no se quebraría por los bombardeos de Londres; Bath fue atacada, según dijo, porque en una ocasión había mencionado a Hitler que las oficinas del gobierno habían sido evacuadas allí desde Londres. En respuesta a una pregunta directa sobre la verdad del asunto, admitió con una amplia sonrisa que nunca voló en ninguna misión sobre Inglaterra durante la guerra, y eso le fue confirmado por Brauchitsch a los autores.

Estamos muy agradecidos al señor McLouis Jacketts, director del departamento histórico del Ministerio del Aire, y al señor Denis Richards, coautor de *RAF 1939-45*, el libro con patrocinio oficial sobre la historia de la RAF durante la Segunda Guerra Mundial, por proporcionarnos los detalles sobre el interrogatorio de Goering descrito anteriormente. El señor Richards también hizo para nosotros la siguiente evaluación de Goering como comandante general de la Luftwaffe:

«El que la Luftwaffe fuera derrotada e inutilizada mucho antes de que las fuerzas terrestres alemanas sufrieran la derrota en el oeste se debe en no poca medida a su propio jefe corpulento. Su cordialidad, aspecto de bucanero y su encanto le habían servido bien durante los años de preparativos prebélicos y hasta el momento en que el ejército alemán se abrió camino con demasiada facilidad a través de los Países Bajos y Francia. Pero tan pronto como el ejército alemán llegó al Canal y se entró en una nueva fase de la guerra para la cual no había habido ensayos previos, sus imperfecciones como comandante se hicieron evidentes. En el mismísimo principio de la Batalla de Inglaterra detuvo, casi tan pronto como habían empezado, los ataques alemanes contra nuestras estaciones costeras de radar... ataques que de haber continuado bien pudieran haber sido decisivos para la guerra. Unas pocas semanas después tiró a la basura su segunda gran oportunidad. Abandonó su ataque de gran éxito contra nuestras estaciones de cazas de sector y en vez de eso se dedicó a bombardear Londres. Lo hizo bajo órdenes directas de Hitler, y aquí tenemos una de las claves de su debilidad como comandante: no presentó a Hitler ningún plan pensado ni consistente ni para el desarrollo de la fuerza aérea alemana ni para su empleo estratégico, sino que simplemente acataba las órdenes erráticas del Führer con una inclinación de cabeza. Y lo hizo aún a sabiendas de que las órdenes del Führer eran un disparate.

»Por encima de todo, aunque la Luftwaffe en 1940 poseía instrumentación de radio para realizar ataques nocturnos que estaban muy lejos que lo que tuviera la RAF en servicio en ese entonces, Goering no había considerado en serio

ninguna operación aérea fuera de las dos esferas de apoyo militar directo y simple terror. Demostró que era incapaz o bien de lanzar un ataque estratégico efectivo o de rechazar uno. Típico de sus limitaciones fue la forma desastrosa en que llevó el asunto del Me 262, el primer avión a reacción que entró en servicio.

»Mucho antes del final de la guerra, la ineptitud de Goering como dirigente de la Luftwaffe era casi célebre. Recibía los frutos del esfuerzo científico alemán, pero fracasaba a la hora de organizarlos o emplearlos de manera efectiva. Incapaz de repeler los ataques anglo-americanos, también carecía de medios para montar una ofensiva propia comparable; en un momento en que los bombardeos de los Aliados se volvían más frecuentes y de mayor éxito, la Luftwaffe podía tomar represalias sobre el suelo inglés sólo con sus armas V, vejatorias pero indiscriminadas y en esas circunstancias inefectivas. Pero para ese entonces, la que una vez fuera la brillante figura del mariscal del Reich había dejado de dominar cualquier escena más allá de los confines de Carinhall. Enclaustrado en su mansión privada alejada del centro de la tormenta, se había convertido en poco más que un número, un vehículo para transmitir las órdenes insensatas de Hitler, y un figura cada vez más ignorada por sus subordinados capaces, que sí se ocupaban de combatir en una guerra de verdad».

Capítulo 8

Hay un cierto número de libros dedicados entera o parcialmente al saqueo nazi de las colecciones de arte en Europa. Los libros más importantes son *Salt Mines and Castles* de Thomas Howe y *Le Front de l'Art* de Rose Valland. El asunto fue ampliamente debatido en el juicio de Núremberg, y los principales documentos relacionados con el Destacamento Especial Rosenberg están incluidos en los documentos publicados en relación con el juicio. HF, sin embargo, llevó a cabo una investigación especial en Alemania, Francia y Holanda y recibió una ayuda inestimable por parte del *Rijksinstituut voor Oorlog Documentatie* de Ámsterdam, donde hay abundante material sobre las adquisiciones de arte de Goering durante la guerra, y del Dr. Bruno Lohse, consejero de arte de Goebbels y agente suyo en París. También conoció a Andreas Hofer y la señorita Valland. El conocido pero todavía «restringido» Informe sobre el Saqueo de Arte recopilado por las Oficina de Servicios Estratégicos en 1945 también nos proporcionó información de valor.

169. Gretl Afzelius (Thirring de nacimiento, hermana del profesor Hans Thirring) le contó a HF el orgullo con que Goering solía hablar de los castillos de su familia. Cuando la presentó por primera vez a sus parientes suecos, Goering dijo de ella: «¡Se

crió en uno de nuestros castillos!». <<

170. *Frau* Emmy Goering le contó esta historia a HF. <<

171. Ver Thomas C. Howe, *Salt Mines and Castles*, p. 210; también TMI, IX, p. 125. <<

172. El Informe de la Investigación sobre Saqueo de Arte, conocido como el Documento Rousseau por Theodore Rousseau, uno de los principales investigadores junto con Thomas C. Howe, revela que la colección de Goering antes de la guerra sólo ascendía a unos 200 cuadros. <<

173. Ver TMI, III, pp. 62-65; IV, p. 72; IX, p. 115. Los principales Documentos del Juicio relacionados son PS 136, 138, 141, 3042. <<

174. Ver TMI, III, pp. 69-71. Entre las colecciones más famosas robadas por Rosenberg en colaboración con el gobierno de Vichy se hallan las de la familia Rothschild y las colecciones Katz, Kahn, Weill, Seligmann y Schloss. Esas y muchas otras colecciones fueron requisadas con la falsa excusa de que sus propietarios podían sacarlas ilegalmente de Francia y enviarlas a España. Goering insistió en que las autoridades francesas tuvieran la primera opción sobre cualquier obra que requirieran para el Louvre, y las obras enviadas a Alemania a veces eran pagadas, aunque a una tasación muy baja. El dinero obtenido de esta manera se pagaba a la Comisión de Vichy para Asuntos Judíos, nunca a sus dueños originales. <<

175. Documento del Juicio PS 1985. Ver también TMI, VII, p. 180. <<

176. El Dr. Lohse le contó a HF el caso del experto judío octogenario, el profesor Friedlaender. Había salido de Alemania para irse a Holanda y, después de la ocupación, Goering hizo todo lo posible para protegerle. Cuando finalmente la Gestapo apareció para arrestarle, Lohse voló a Berlín para apelar a Goering, quien le dijo que Hitler le había prohibido que siguiera intercediendo en casos de judíos. «Ya sabe cómo admiro al viejo», dijo Goering, «pero no puedo hacer nada». Entonces le sonrió a Lohse. «¿Y por qué no hace usted algo? ¡Use su propia iniciativa!». Lohse, sin usar el nombre de Goering, engañó a la Gestapo para que liberara a Friedlaender, que sobrevivió a la guerra y permaneció en Ámsterdam. Poco antes de su muerte, le dio a Lohse una fotografía firmada para conmemorar su intervención. <<

177. Documento depositado en el *Rijksinstituut*, Ámsterdam. <<

178. *Ibid.* <<

179. *Ibid.* <<

180. Ver *Men and Monuments* de Janet Flanner, p. 248. Ver también documentos

depositados en el *Rijksinstituut*, Ámsterdam. <<

181. De Boer en conversación con HF. <<

182. Goering pagó casi dos millones de florines por su falso Vermeer, parte en metálico y la otra parte entregando unas treinta obras de arte, cuyo valor total estimado seguía sin llegar al de venta del «Vermeer». Los Vermeer emergieron en medio de una atmósfera de artificioso secretismo; Hofer sólo consiguió ver el primero de ellos con dificultad por si quería adquirirlo para Goering. Se trataba del *Cristo en la Casa de María y Marta*. Su dueño, que insistía en permanecer en el anonimato, se lo había hecho llegar al marchante de Boer clavado al fondo de una caja de madera. Cuando Hofer pudo verlo al fin, lo aceptó como genuino, así como su esposa, que era una experta restauradora de pinturas. Hofer le escribió a Goering el 7 de julio de 1943, describiendo el cuadro como «la última sensación» pero aconsejando a Goering en contra de pagar por él la enorme suma que exigía el anónimo propietario. De Boer, sin embargo, había oído que se había descubierto un segundo «Vermeer» y dijo que intentaría encontrarlo para Goering. Pero en septiembre de 1943 Alois Miedl, el marchante de arte alemán que se había quedado con la Galería Goudstikker, telefoneó a Hofer desde Ámsterdam para informarle de que iría a Berlín con un cuadro muy importante. Éste resultó ser *Cristo y la Adúltera*; éste también estaba clavado al fondo de una caja de madera y tenía un propietario anónimo que pedía dos millones de florines por la obra. Goering consiguió impedir un intento de conseguir ese cuadro para Hitler, y tras mucho regateo finalmente accedió a pagar el precio de 1 650 000 florines. El propietario anónimo era el propio Van Meegeren. <<

183. Depositado en el *Deutsches Zentralarchiv*. Potsdam. <<

184. Información proporcionada por el *Rijksinstituut*, Ámsterdam.<<

185. Dar y recibir regalos se convirtió en parte del ritual renacentista de la vida de Goering. Recibía mucho más de lo que daba, pero no le faltaba generosidad a la hora de entregar innumerables regalos a su personal en ocasiones formales como Navidades. Se empaquetaban y enviaban cientos de regalos, y muchos más eran entregados en persona en las reuniones que se celebraban en Carinhall para intercambiar felicitaciones con el mariscal del Reich y su esposa. Tanto la vanidad como la buena voluntad estaban detrás de tales atenciones; se regalaban, por ejemplo, bolígrafos de plata, o incluso, como favor especial, una escopeta de gran calidad para un cazador. Pero una vez acabadas las Navidades, enero se convertía en la estación de recibir regalos, y aquellos que querían mantener el favor de Goering le enviaban caros regalos de cumpleaños que, o habían descubierto por su cuenta que Goering quería, o se lo habían dicho. Llegaban cientos de regalos, algunos de gran valor, haciendo cada año contribuciones sustanciales a la colección de arte de Goering.

Como ejemplos se puede citar un paisaje fluvial holandés pintado por Salomon van Ruysdael regalado por el Dr. Friedrich Frick y valorado en 80 000 marcos; un tapiz francés del siglo XVI, regalo del Dr. Planck de Colonia y valorado en 45 000 marcos, un paisaje invernal de Jan van Goyen, en nombre de Alois Miedl, el marchante de arte que se ocupaba de muchas obras para Goering pero que le entregó ésta, valorada en 80 000 marcos. Un caso que enfureció particularmente a Goebbels en medio de su campaña particular para la guerra total fue que el alcalde de Berlín le pidiera consejo en enero de 1944 sobre qué le podía regalar la ciudad a Goering ese año; en años anteriores, según la constancia que dejó Semmler de los airados comentarios de Goebbels, el ayudante de campo de Goering telefoneaba a las autoridades a principios de mes y les aconsejaba sobre el regalo adecuado para Goering... quizás un Van Dyck que costaba 250 000 marcos. Goebbels tenía la impresión de que 25 000 marcos sería una cifra más apropiada, pero es interesante señalar que incluso él aceptaba el hecho de que la ciudad debía hacerle algún regalo a Goering. Los archivos, de hecho, demuestran que en 1942 la ciudad le dio a Goering un Tintoretto valorado en 220 000 marcos, pero en 1944 las autoridades siguieron el consejo de Goebbels y le dieron un cuadro de la escuela de Antonio Moro valorado en sólo 25 000 marcos. <<

186. Gisela Limberger le contó a HF que Goering en una ocasión la llevó a París para que pudiera ver por sí misma los orígenes de las obras que le habían costado tanto trabajo. <<

187. Ver Janet Flanner, *Men and Monuments*, p. 243. <<

188. Según Louis P. Lochner (Diarios de Goebbels, p. 197) los estadounidenses encontraron unas 25 000 botellas de champán en el chalet alpino de Goering. <<

Capítulo 9

Además de las fuentes principales, la información para este capítulo ha sido tomada de *Los últimos Días de Hitler* del profesor Trevor-Roper; *Der Letzte Monat* de Karl Koller; *The German Air Force* de Asher Lee; *Los Primeros y los Últimos* de Adolf Galland; *Defeat in the West* de Milton Shulman; los *Diarios de Goebbels y Hitler Directs His War* de Felix Gilbert. Nos han sido de excepcional valor los recuerdos personales de Bernd von Brauchitsch, que acompañó a Goering al sur después de que se despidiera de Hitler. También son importantes los testimonios que nos proporcionaron *Frau Goering*, Karl Bodenschatz, Adolf Galland, Erhard Milch y Robert Kropp.

189. Ver Gilbert, *Hitler Directs His War*, pp. 40, 44. <<

190. Ver Frischauer, *Goering*, pp. 246-247. Cita a Kropp y Koller como las fuentes que respaldan la afirmación de que en esa época Goering se encontraba profundamente deprimido y que recurría a las drogas. La fuente de Frischauer para la conversación entre Goering y Jeschonnek antes del suicidio es descrita como «un amigo íntimo». <<

191. Schellenberg, *op. cit.* p. 301. <<

192. Ver Capítulo 6, nota 27, y Semmler, *Goebbels*, p. 97. <<

193. Ver TMI, XVII, p. 58. <<

194. La culpa inicial de este incidente recae sobre el propio Messerschmitt, que había respondido a lo que creía que era una pregunta ociosa de Hitler sobre si el nuevo avión podía llevar una bomba. Messerschmitt, sin pensárselo detenidamente, respondió «Sí, mi Führer», ante lo cual el Führer afirmó que había que considerar principalmente al avión como un bombardero. Goering en un principio se enfadó tanto por esa decisión como el resto de la Luftwaffe, pero carecía de la autoridad para imponerle su punto de vista a Hitler, quien, cansado de consejos que iban en contra de sus deseos, prohibió a todo el mundo mencionar el tema en su presencia. Esa decisión acortó la duración de la guerra de forma considerable. <<

195. Ver Butler y Young, *Mariscal sin Gloria*, pp. 233-234. <<

196. Milch en conversación con HF. <<

197. Ver Galland, *op. cit.*, p. 262. El mes anterior Goering había recomendado un aumento del número de prisioneros de guerra destinados a la producción armamentística. Ver TMI, VIII, p. 287. <<

198. Ver TMI, IX, pp. 144-145 y 283 y siguientes. <<

199. Ver Reitlinger, *SS*, p. 334 y nota. <<

200. Quince camiones sacaron las propiedades de Goering de Rominten en octubre cuando se vio amenazado por el avance ruso. Ver Frischauer, *Goering*, p. 255. <<

201. Ver Shulman, *op. cit.* p. 259. La declaración de Goering fue hecha bajo interrogatorio. <<

202. Ver Gilbert, *Hitler Directs His War*, p. 111 y siguientes. <<

203. *Frau Emmy Goering*, Bernd von Brauchitsch y Willy Schade nos dieron sus testimonios sobre la evacuación de Carinhall. Brauchitsch vio Carinhall por última vez el 19 de abril. Rose Valland le contó a HF que fue a Carinhall posteriormente, tan pronto como pudo entrar en Alemania. Encontró el lugar en ruinas, incluyendo el

mausoleo. Allí encontró un cráneo entre los escombros. Sólo podía ser el de Carin. «¡Lo dejé caer y, siendo cristiana, ofrecí una oración a *le bon Dieu!*», dijo. <<

204. Ver *The Bormann Letters*, pp. 112, 131, 146-147, 191. El comentario que Bormann le hizo a Lammers, a continuación, aparece citado en *Los Últimos Días de Hitler* de Trevor Roper, p. 100. <<

205. Ver Boldt, *In the Shelter with Hitler*, p. 27. <<

206. Galland en conversación con HF. <<

207. Brauchitsch recuerda bien la larga discusión sobre el texto de este mensaje dirigido a Hitler, Goering estaba profundamente preocupado. La frase final fue añadida para hacer parecer más humano el mensaje y expresar preocupación por Hitler, pero su significado exacto nunca quedó del todo claro. <<

208. Ver Trevor-Roper, *Los Últimos Días de Hitler*, p. 151 y siguientes. Ver también TMI, XVII, p. 57 y Frischauer, *Goering*, p. 256. <<

209. Ver Shirer, *End of a Berlin Diary*, p. 158 y *Los Últimos Días de Hitler*, p. 164. <<

210. El famoso ataque de la RAF contra Berchtesgaden ocurrió alrededor de las 9 A. M. El Berghof de Hitler fue destruido. Los barracones de la SS resultaron seriamente dañados. Una bomba cayó cerca del chalet de Goering, y una sección de la estructura se derrumbó. El refugio antiaéreo no podía acomodar a todo el mundo que intentaba apretujarse en él y captores y cautivos (todos conmocionados en mayor o menor medida) se trasladaron al *Stolen*, o pozo de mina, que ofrecía mayor seguridad, en la montaña. Bernd von Brauchitsch tiene vívidos recuerdos de esos momentos. <<

211. Brauchitsch le contó a HF que todo estaba desorganizado en ese momento y que la moral de los guardas de la SS era baja. Según, Kropp, Goering, junto con su familia y miembros de su personal, fue llevado a Mauterndorf tres días después del bombardeo, viajando de noche en una caravana de coches. Kropp escribe: «Teníamos libertad de movimientos en el castillo de Mauterndorf así como en el patio. Goering trató a los dos SS al mando como si fueran sus invitados; se sentaron a su mesa aunque sus órdenes eran ejecutar a Goering, a su familia y a todo su séquito tan pronto como Berlín cayera en manos enemigas. En Mauterndorf Goering no andaba escaso de píldoras de codeína. Podía tomar tantas como quisiera». <<

212. Ver Shulman, *op. cit.* p. 296. <<

213. Ver Butler y Young, *op. cit.* p. 259. <<

214. Brauchitsch estuvo presente en ese almuerzo, que describió como una buena

comida apropiada para un comedor de oficiales. La atmósfera no carecía de una cierta excitación y sensación de alivio después de los largos viajes que habían hecho con las carreteras en malas condiciones. Desde el punto de vista de los americanos, el haber capturado a Goering era un triunfo notable. Desde el punto de vista de Goering, la reunión parecía el primer paso hacia una nueva fase de prestigio, ya que negociaría una rendición honorable. El almuerzo, por tanto, tenía un cierto aire de celebración en un hermoso entorno primaveral. <<

215. Goering estuvo en Augsburgo casi quince días. Aparte de los interrogatorios, él y sus compañeros no tenían nada que hacer excepto pensar, y la inactividad deprimía a Goering, que rumiaba sus pensamientos en su habitación. Los americanos se hicieron cargo de proteger a su familia. Brauchitsch recuerda compartir con Kropp la tarea de destruir parte de la enorme cantidad de pastillas de paracodéina que Goering se había traído. Tiraron una cantidad enorme por el retrete, ya que no les parecía correcto que los americanos lo descubrieran en posesión de tantos miles de pastillas. Pese a ello, Goering conservó una reserva sustancial en su neceser. <<

Capítulo 10

Las fuentes principales para este capítulo, además del registro oficial del juicio, son los estudios que los psiquiatras penitenciarios estadounidenses, los Drs. M. Kelley y G. M. Gilbert realizaron sobre Goering en su publicación *22 Cells in Nuremberg* [22 Celdas en Núremberg] (Kelley) y *Hermann Goering, Amiable Psychopath* [Hermann Goering, Psicópata afable] y *Nuremberg Diary* [Diario de Núremberg] (ambas de Gilbert); ya que las entradas en el diario están fechadas, no hemos dado referencias de páginas para nuestras citas en el texto. Las notas del difunto lord Birkett sobre el comportamiento de Goering en la sala nos fueron amablemente cedidas por el propio lord Birkett poco antes de su muerte. Otros testimonios personales relacionados con ese periodo son los de *Frau Emmy Goering*. Robert Kropp, Papen y Schwerin von Krosigk.

216. Ver Kirkpatrick, *The Inner Circle*, pp. 194-196. <<

217. Los números de volumen y página a continuación de las referencias y citas en este capítulo hacen referencia a la edición inglesa en 22 volúmenes de los testimonios en el juicio principal de Núremberg: *Juicio a los Criminales de Guerra Alemanes. Actas del Tribunal Militar Internacional* [*Trial of the German War Criminals. Proceedings of the International Military Tribunal*], editado por el Servicio de Publicaciones de Su Majestad (*His Majesty's Stationery Office*, abreviado HMSO). <<

218. Citado en Kelley, *22 Cells in Nuremberg*, p. 62. <<

219. Confirmado a HF por Papen. <<

220. El misterio de cómo obtuvo Goering la cápsula de cianuro con la que se envenenó sigue sin resolverse. Papen afirma (*Memorias*, p. 551) que en dos ocasiones los guardas norteamericanos le ofrecieron medios para acabar con su vida, uno de ellos fue tan insistente que Papen tuvo que informar al oficial al mando. Milch afirma que no era difícil ocultar las cápsulas que todos los nazis principales, incluyéndolo a él, llevaban encima en caso de necesidad, y descarta por completo las aseveraciones de Bach-Zelewski de que fue él quien introdujo la cápsula en la celda de Goering; Goering no tenía a este hombre en ninguna consideración. Sin embargo, *Frau* Goering cree que no tenía la cápsula consigo en el momento de sus últimas entrevistas con él, que tuvieron lugar quince y tres días antes de su muerte. En ambas ocasiones ella murmuró «¿Tienes —?», usando una palabra en clave que ambos entendían y él respondió negando con la cabeza. Cree que finalmente obtuvo lo que quería de uno de los guardas. Según Frischauer, el pequeño contenedor metálico que encontraron junto a él era exactamente igual al que encontraron en una cavidad de las encías de Himmler; Himmler se había suicidado en cautiverio tras ser desvestido y registrado. La explicación oficial que dio a la prensa el comandante Frederick Teich, el oficial de operaciones de la prisión, era que Goering había tenido la cápsula a su lado durante todo su cautiverio y que la había escondido bajo el borde de la taza del retrete de su celda; Teich descartó por completo la teoría de que, antes de ser capturado, Goering se había sometido a una operación especial que le permitió esconder la cápsula en su carne, cerca de su cicatriz de guerra, que tras su muerte se descubrió que se había reabierto. <<



ARNOLD ROGER MANVELL (10 de octubre de 1909, Londres, Reino Unido - Boston, Massachusetts, 30 de noviembre de 1987). Fue el primer director de la Academia de Cine Británica (cargo que ocupó más de una década), autor de numerosos libros sobre películas y la realización de películas, y es coautor con Heinrich Fraenkel de muchos libros sobre la Alemania nazi, incluyendo biografías de Adolf Hitler, Rudolf Hess, Heinrich Himmler, Joseph Goebbels y Hermann Goering.

Durante la Segunda Guerra Mundial trabajó en el Ministerio de Información, con la creación de películas de propaganda para el gobierno británico. Durante su carrera fue profesor en las universidades de hasta cuarenta países de tres continentes (América, Europa y Oriente Medio), y se hizo un nombre como guionista y locutor. Se incorporó a la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Boston en 1975, dando clases de Historia del Cine. Manvell fue nombrado profesor de la Universidad en 1982.

Notas

[*] «Ritter» en alemán, título nobiliario menor cuyo equivalente sería el de «Caballero». (N. del T.) <<

[*] *Ministerpräsident*, «ministro presidente», es el jefe de gobierno de una región alemana, «ministro residente» es un dignidad diplomática de categoría inmediatamente inferior a la de ministro (o enviado) plenipotenciario. Sin embargo, a partir de aquí optaré por el título de «primer ministro» de la región como traducción de *Ministerpräsident*. (N. del T.). <<

[*] Carne de vacuno (*N. del T.*). <<

[*] Organización terrorista de la época, concebida como tribunal secreto para ejecutar a los enemigos de la nación alemana y que basaba sus prácticas en las de su predecesora medieval homónima. La palabra «Vehm» significa «castigo» en alto alemán medio y su forma moderna sería «Feme» (*N. del T.*). <<

[*] Goering hace referencia al «Complot de la Pólvora» de 1605, cuando un grupo de conspiradores católicos intentaron matar al rey Jaime I y a gran parte de la aristocracia protestante volando el parlamento durante su ceremonia de apertura. Guy Fawkes, que fue aprehendido por las autoridades mientras intentaba llevar a cabo el atentado, se convirtió en una figura icónica en la cultura popular inglesa y la noche del 5 de noviembre, la Noche de las Hogueras, se conmemora el hecho con fuegos artificiales y muñecos que representan a Fawkes (*N. del T.*). <<

[*] Neudeck era el feudo ancestral de la familia Hindenburg. Nabot es el protagonista de una historia bíblica (Reyes 21) sobre la disputa por la posesión de las tierras de viñedos de Nabot y el rey Acab (*N. del T.*). <<

[*] El *Porcellino*, (el cochinito) es el nombre popular de la fuente de bronce barroca con forma de jabalí del Mercato Nuovo de Florencia (*N. del T.*). <<

[*] *Julio César*, Acto IV, escena 1 (*N. del T.*). <<

[*] 1 Corintios 13:1-3 (*N. del T.*). <<

[*] Franz von Lenbach (1836-1904), famoso retratista alemán del siglo XIX (*N. del T.*).

<<

[*] Una forma de anestesia basada en una combinación de opiáceos y escopolamina
(*N. del T.*). <<

[*] Nombre dado a Austria por Alemania nacionalsocialista tras la anexión (*N. del T.*).

<<

[*] Westwall en alemán, la línea de fortificaciones defensivas que los Aliados llamaron la Línea Sigfrido (*N. del T.*). <<

[*] La región administrativa de mayor tamaño de las resultantes de la división del territorio polaco bajo el dominio alemán (*N. del T.*). <<

[*] *Chernozem*, literalmente «suelo negro», las célebres tierras fértiles de Rusia. (*N. del T.*). <<

[*] Literalmente, «caza del pueblo», debido posiblemente a las exigencias de producción industrial y pilotaje: debía ser barato, liviano, capaz de ser fabricado por operarios no especializados y además de fácil manejo. *(N. del T.)*. <<

[*] Medida usada en farmacopea que en el sistema inglés de medidas corresponde unos 65 miligramos (*N. del T.*). <<